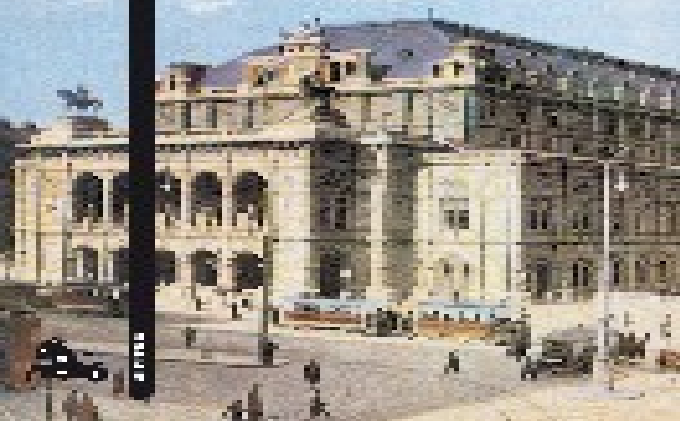




ROBLER  
MUSEI

# EL HOMBRE SIN ATRIBUTOS

2011



EL HOMBRE  
SIN ATRIBUTOS

# Datos del libro

Autor: Musil, Robert

ISBN: 786532189765276

Generado con: QualityEbook vo.62

# **EL HOMBRE SIN ATRIBUTOS**

# **ROBERT MUSIL**

# Volumen II - Libro segundo

**(D**E las páginas póstumas)

*(A cargo de Pedro Madrigal)*

Traducción de Feliu Formosa y Pedro  
Madrigal

# Biografía

**R**OBERT Musil nació en Klagenfurth, Austria, en 1880. A los diez años y siguiendo la costumbre de la burguesía aristocratizante austríaca, entró en una escuela de cadetes y posteriormente en la academia militar; no llegó, sin embargo, a terminar sus estudios, pues un repentino interés por la matemática le llevó al Politécnico, donde se licenció en ingeniería. Amplió luego su formación en Berlín, donde en 1908 se doctoró en psicología experimental. De esta primera época surgió su libro *Las tribulaciones del estudiante Tórless* (1906; Seix Barral, 1970 y 2001). La psicología de la mujer le interesa cada día más y publica *Uniones* (1991; Seix Barral, 1982 y 1995), libro con el que empieza a tropezar con un público indiferente, e incluso hostil. En la misma línea de análisis e

introspección del carácter femenino publicó *Tres mujeres* (1924; Seix Barral, 1968 y 1992). Sin embargo desde 1920 ya estaba trabajando en su obra cumbre, a la que dedicaría toda su vida, *El hombre sin atributos* (Seix Barral, 1968-1982, 2001 y 2004). Cuando en 1938 Hitler anexiona Austria al III Reich, Musil se exila a Ginebra, donde muere súbitamente en 1942.

# **LIBRO SEGUNDO - PARTE TERCERA**



# **Hacia el imperio milenario (los criminales)**

# 1 - La hermana olvidada

**A**L caer la tarde del mismo día, cuando Ulrich llegó a X... y salió de la estación, vio ante él una plaza ancha, de poca profundidad, con una calle en cada uno de sus extremos; produjo en su memoria un efecto casi doloroso, como suele ocurrir con un paisaje que uno ha visto a menudo y que luego ha olvidado.

-Le aseguro a usted que los ingresos se han reducido en un veinte por ciento y la vida ha aumentado también en un veinte por ciento:  $\frac{1}{2}$  que nos da un cuarenta por ciento!

- $\frac{1}{2}$  yo le aseguro que una carrera de seis días es un acontecimiento que contribuye a la unión de los pueblos!

Estas voces le estaban saliendo del oído; eran voces de un compartimiento de ferrocarril. Después oyó con mucha claridad:

-[Con todo, a mí lo que más me interesa es la ópera!

-¿Usted la considera sin duda como un deporte?

-[No, es una pasión!

Inclinó a un lado la cabeza, como si tuviera que sacudirse unas gotas de agua del oído: el tren iba repleto y el viaje había sido largo; eran gotas de la conversación general que habían penetrado en él durante el viaje y que ahora salían de nuevo. En medio de la animación y las prisas de los recién llegados, que el portal de la estación lanzaba al silencio de la plaza como la boca de una cañería, Ulrich había esperado a que salieran sólo gota a gota. Se hallaba ahora en la cámara de absorción del silencio que sigue al ruido. Y, coincidiendo con la agitación de su oído, provocada por la salida, se ofreció a sus ojos una calma insólita. Todo lo visible tenía, dentro de ella, una intensidad desacostumbrada, y al dominar la plaza con la vista, había al otro

lado las cruces, perfectamente vulgares, de las ventanas, negras sobre el lívido resplandor de los cristales, en la luz crepuscular, como si fueran las cruces del Gólgota. También las cosas que se movían se despegaban de todo lo inmóvil de la calle en una forma que no se da en las grandes ciudades. Al parecer, tanto lo que se desplazaba como lo que permanecía quieto tenían aquí un espacio suficiente para desplegar su importancia. Con cierta curiosidad, propia del reencuentro, lo descubrió Ulrich, y contempló la gran ciudad provinciana en la que había pasado períodos breves, pero poco agradables, de su vida. Sabía muy bien que en su carácter había algo de apátrida, de colonial: un núcleo remotísimo de burguesía alemana que fue a parar hace muchos siglos a tierra eslava diluyéndose en ella, de suerte que apenas si lo recordaban unas pocas iglesias y apellidos. Tampoco había mucho que ver de la antigua residencia de los Estados

Provinciales, concedida posteriormente a la ciudad, aparte de un bonito palacio, aún conservado; pero sobre este pasado se instaló, en la época del poder absoluto, el gran ejército de una administración imperial, con sus departamentos centrales provinciales, con sus escuelas superiores y principales, cuarteles, tribunales, prisiones, sede episcopal, fortificación, teatro, todo el personal anejo, y los comerciantes y artesanos consiguientes, de suerte que, a la postre, vino a añadirse a todo aquello una industria de empresarios inmigrados, cuyas fábricas, una nave tras otra, poblaron los suburbios y, durante las últimas generaciones, ejercieron, más que cualquier otra cosa, su influencia en los destinos de aquel pedazo de tierra. La ciudad tenía una historia, y también un rostro, pero en él, los ojos no se correspondían con la boca ni el mentón con los cabellos; por todas partes se notaban los vestigios de una vida muy agitada, interiormente vacía. Era

perfectamente posible que, en unas circunstancias personales específicas, aquella vida favoreciese grandes singularidades.

Para decirlo con una simple expresión, que dista mucho de ser irreprochable: Ulrich sentía algo “desprovisto de contenido interno”, algo en lo que uno se perdía hasta el punto de despertarle la tendencia a desenfundadas fantasías. Llevaba en el bolsillo el extraño telegrama de su padre y se lo sabía de memoria: “Te notifico que acabo de fallecer”, le había hecho comunicar el anciano caballero -¿o acaso habría que decir “le comunico”?- y en el telegrama se daba respuesta a esta cuestión, ya que acababa con las palabras “Tu padre”. Su Excelencia el Consejero Privado Titular no bromeaba jamás en los momentos graves: la alambicada construcción de la noticia no dejaba de poseer, por tanto, una lógica diabólica, porque era él mismo quien estaba informando a su hijo al redactar o dictar las

palabras mientras esperaba su próximo fin, y así decidía la validez de la información dada en aquellas circunstancias para el momento que seguiría a su último suspiro; en efecto, posiblemente era difícil expresar los hechos con mayor exactitud, y no obstante, de aquel proceder, en el que el presente intentaba dominar un futuro que ya no podría ser vivido, emanaba el inquietante hálito cada-  
vérico de una voluntad que se había descom-  
puesto con ira.

Ante tal comportamiento, que, por algún motivo, le recordaba el gusto casi minuciosamente falto de reflexión de las pequeñas ciudades, Ulrich pensó, no sin inquietud, en su hermana casada en provincias, a quien seguramente vería a los pocos minutos. Ya durante el viaje había pensado en ella, porque no sabía mucho de su vida. Muy de tarde en tarde, con las cartas de su padre, le habían llegado las noticias familiares de rigor, como por ejemplo: “Se ha casado tu hermana

Agathe”, noticia que se complementaba con los datos pertinentes, porque en aquella ocasión, Ulrich no pudo ir a casa. Y luego, un año más tarde, había recibido ya la notificación de la muerte del joven esposo; y a los tres años, si no se equivocaba, llegó la noticia: “Con gran satisfacción por mi parte, tu hermana ha decidido casarse por segunda vez.” A esta segunda boda, celebrada cinco años atrás, había asistido y vio a su hermana durante unos días; pero sólo recordaba que aquellos días fueron como una gigantesca rueda de ropa blanca que giraba sin cesar. Y recordaba al esposo, que no le gustó. Agathe debía de tener entonces veintidós años, y él mismo tendría veintisiete, porque acababa de obtener el doctorado; por consiguiente, su hermana tenía ahora veintisiete y, desde aquella época, él no la había vuelto a ver, ni había tenido correspondencia con ella.

Tan sólo recordaba que, posteriormente, su padre le escribió con frecuencia: “Por



desgracia, en el matrimonio de tu hermana no todo parece andar como Dios manda, aunque su marido es un hombre excelente.” Decía: “Me han alegrado mucho los recientes éxitos del marido de tu hermana.” Por lo menos, así constaba en las cartas, a las que, por desgracia, jamás prestó la debida atención; sin embargo, Ulrich lo recordaba ahora perfectamente, una de las veces, el reproche por la falta de descendencia de su hermana iba unido a la esperanza de que al menos se sintiera feliz en su matrimonio, aunque su carácter jamás le permitiera admitirlo así. “¿Qué aspecto tendrá ahora?”, pensaba. Una de las originalidades del anciano caballero, que con tanta minuciosidad informaba a un hermano de los asuntos del otro, había consistido en alejarlos a ambos de casa a una edad muy temprana, cuando acababa de morir su madre; fueron educados en institutos distintos, y Ulrich, que no se portaba muy bien, no podía ir muchas veces de

vacaciones. Así, no pudo volver a ver a su hermana de un modo continuado desde la niñez, época en la que se querían mucho, si exceptuamos un período algo más largo en que estuvieron juntos, cuando Agathe tenía diez años.

En estas circunstancias, a Ulrich le parecía natural que tampoco hubiesen tenido correspondencia. ¿Qué habrían podido escribirse? Ahora recordaba que, cuando Agathe se casó por primera vez, él era teniente y estaba en el hospital, herido por una bala en un duelo. ☐ Oh, Dios, qué asno era entonces! ☒, bien mirado, cuántos asnos distintos en una sola persona! Porque ahora se le ocurría que el recuerdo de su vida de teniente no tenía nada que ver con el disparo: por entonces debía estar ya a punto de ser ingeniero y tenía cosas “importantes” que hacer, circunstancia que le mantuvo alejado de la fiesta familiar. Y luego oyó decir que su hermana había amado mucho a su primer

marido: no recordaba ya quién se lo había dicho, pero, ¿qué significaba, al fin y al cabo, la frase “había amado mucho”? Son cosas que se dicen. Se había vuelto a casar y Ulrich no podía soportar al segundo marido: Esto era lo único cierto! No sólo no le gustaba por la impresión personal, sino por algunos libros que de él había leído, y posiblemente no era casual el hecho de que su hermana se le hubiese borrado de la memoria desde entonces. No era muy correcto, que digamos; pero tuvo que confesarse a sí mismo que ni siquiera durante el último año, en el que había pensado tantas cosas, se había acordado de ella ni una sola vez, ni lo había hecho al recibir la noticia del fallecimiento de su padre. No obstante, en la estación, preguntó al viejo que había ido a recibirle si su cuñado estaba en casa, y cuando supo que no esperaban al profesor Hagauer antes del entierro, tuvo una alegría, y aunque sólo faltaban para la ceremonia dos o tres días, este período de

tiempo le pareció un paréntesis de duración ilimitada, que podría pasar al lado de su hermana, como si ambos fueran las personas más unidas del mundo. Habría sido en vano preguntarse a sí mismo qué tenía que ver una cosa con otra; posiblemente la idea de la “hermana desconocida” era una de aquellas amplias abstracciones en las que hallan acomodo muchos sentimientos sin localización posible.

Y mientras se ocupaba de tales cuestiones, Ulrich iba penetrando lentamente en la ciudad, desconocida y familiar, que se abriría ante él. Mandó acercarse un coche para que llevara el equipaje, en el que aún había metido bastantes libros inmediatamente antes de la partida, y también al viejo criado que -unido ya a sus recuerdos infantiles- había ido a recogerle, un criado que reunía en su persona las funciones de conserje, de mayordomo y de bedel, de tal modo que los límites entre estos cargos se habían ido

borrando con los años. Probablemente fue a aquel hombre humilde y reservado a quien el padre de Ulrich dictó el telegrama con la noticia de su fallecimiento, y los pies de Ulrich seguían con maravillado placer la ruta que le llevaba a casa, en tanto que sus sentidos, despiertos y curiosos, captaban ahora las nuevas impresiones con que le sorprende a uno toda ciudad en crecimiento, cuando uno lleva mucho tiempo sin verla. En un lugar determinado, que los pies de Ulrich recordaron antes que él, éstos se desviaron con toda su persona de la ruta principal, y se encontró poco después en una calleja estrecha, formada tan sólo por dos vallas de jardín. En posición oblicua, se alzaba ante el recién llegado la casa, que no tenía más que dos pisos, con el cuerpo central, más alto, directamente enfrente, la vieja cuadra a un lado y, pegada todavía al muro del jardín, la casita habitada por el criado y su mujer; parecía como si a pesar de la confianza, el anciano dueño de la

casa hubiese querido mantenerlos lo más lejos posible, pero rodeados a la vez por sus murallas. Sumido en sus pensamientos, Ulrich había llegado a la puerta cerrada del jardín; hizo sonar el gran aldabón que, en lugar de la campanilla, colgaba de la puerta baja, ennegrecida por la edad, antes que llegara corriendo su acompañante y rectificara el error.

Tuvieron que volver atrás, rodeando el muro, hasta la puerta principal, donde se había detenido el coche, y sólo entonces, al ver ante sí la superficie hermética del edificio, se le ocurrió a Ulrich que su hermana no había ido a recibirle a la estación. El criado le comunicó que la señora había tenido jaqueca y se había retirado a descansar después de la comida; le había encargado que la despertara cuando viniese el doctor, su hermano. Ulrich preguntó luego si su hermana padecía de jaqueca, e inmediatamente lamentó esta torpeza, que ponía al descubierto su condición

de extraño ante un viejo hombre de confianza de la casa paterna, afectando además a unas relaciones familiares sobre las cuales era mejor callar.

-La señorita ha mandado servir el té dentro de media hora -repuso muy correcto el anciano con la expresión de ciega cortesía propia del sirviente y en la que, de una manera comedida, se daba la seguridad de que un criado no tenía por qué comprender nada que traspasara los límites de su deber.

Involuntariamente, Ulrich alzó la vista hacia las ventanas, suponiendo que Agathe podía estar de pie tras alguna de ellas, esperando su llegada. Se preguntó si ella tendría un aspecto agradable y descubrió molesto que su estancia le resultaría poco atractiva si su hermana no le gustaba. El hecho de que no estuviera en la estación ni le esperara en la puerta le pareció, de todos modos, un detalle muy de fiar, que denotaba cierta afinidad de sentimientos, porque, bien mirado, no

había motivo alguno para correr hacia él, como tampoco lo había para que él, apenas llegado, se precipitase hacia el ataúd donde estaba su padre de cuerpo presente. Mandó avisar que estaría dispuesto media hora después y fue a arreglarse un poco. La habitación que le habían asignado estaba en el piso segundo, abuhardillado, del cuerpo central, y había sido su habitación de niño, ahora extrañamente ampliada en su mobiliario por algunas piezas simplemente acumuladas, al parecer, y destinadas a una mayor comodidad de los adultos. “Probablemente no se puede arreglar de otra manera, mientras el muerto esté en casa”, pensó Ulrich, y se instaló en las ruinas de su infancia, no sin dificultad, pero también con una sensación ligeramente agradable, que ascendía desde el suelo como si fuera niebla. Quería mudarse de ropa, y entonces se le ocurrió ponerse un traje para andar por casa que parecía un pijama y que le cayó en las manos al deshacer



el equipaje. “[Al menos, podía saludarme cuando he llegado a casa!”, pensó, y había algo así como una reconvención en la despreocupada elección de aquella prenda de vestir, aunque persistía el sentimiento de que su hermana tendría para su conducta alguna razón que a él no le había de disgustar, y esto daba al cambio de ropa algo de la cortesía que hay en la libre expresión de la confianza.

Era un pijama amplio, de lana suave, el que se puso; casi una especie de traje de Pierrot, de cuadros negros y grises, y ceñido en los puños y tobillos como en la cintura; le gustaba por su comodidad, que tras la noche en vela y el largo viaje, se dejaba sentir agradablemente mientras bajaba la escalera. Pero cuando entró en la sala donde le esperaba su hermana, su atavío le causó una gran sorpresa, porque, por una misteriosa disposición del destino, se encontró frente a un gran Pierrot rubio, envuelto en cuadros grises y de color tostado, y que, a primera

vista, tenía un aspecto idéntico al suyo propio.

-No sabía que fuésemos mellizos -dijo Agathe, y se le iluminó el rostro.

## 2 - Confianza

**N**O se habían dado un beso de bienvenida, sino que se quedaron simplemente uno frente a otro, con aire amistoso; después cambiaron de posición y Ulrich pudo contemplar a su hermana. Tenían una estatura semejante. Los cabellos de Agathe eran más claros que los suyos, pero la piel de ella tenía la misma sequedad perfumada, la única cosa que a él le gustaba de su propio cuerpo. Su torso no se perdía en una excesiva rotundidad de los senos, sino que era esbelto y vigoroso, y los miembros de su hermana parecían fusiformes, con la forma larga y delgada que une la natural eficiencia a la belleza.

-Espero que se te haya pasado la jaqueca; no se nota que la hayas tenido -dijo Ulrich.

-No tenía jaqueca; he mandado que te lo dijeran sólo para simplificar las cosas -declaró ella-, porque, como es lógico, no podía hacerte llegar a través del criado una explicación más complicada; simplemente: tenía pereza. He dormido. Aquí me he acostumbrado a aprovechar cualquier minuto libre para dormir. Soy terriblemente perezosa; creo que por desesperación. Y cuando me dieron la noticia de que tú venías, me dije: “Esperemos que ahora será la última vez que tenga tanto sueño”, y me entregué a una especie de sueño curativo; después de pensarlo a fondo, he dado a todo ello el nombre de jaqueca, para uso del criado.

-¿No practicas ningún deporte? -preguntó Ulrich.

-Algo de tenis. Pero aborrezco el deporte.

Una vez más, contempló él el rostro de ella mientras hablaba. No le pareció que fuera muy semejante al suyo; pero tal vez se

equivocaba; tal vez se parecía a él como un dibujo al pastel podía parecerse a una xilografía, de suerte que la diversidad del material hacía olvidar la coincidencia de las líneas y las superficies. Aquel rostro le inquietaba por alguna razón. Al cabo de un rato se dio cuenta de que, simplemente, no podía identificar lo que expresaba. En él faltaba algo, faltaba lo que permite sacar unas conclusiones habituales sobre la persona. Era un rostro rico en contenido, pero nada en ninguna de sus partes estaba subrayado y sintetizado en unos rasgos caracterológicos del modo acostumbrado.

-¿Cómo es que también vas vestida así?  
-preguntó Ulrich.

-No puedo explicármelo -respondió Agathe-Pensé que sería agradable.

-Es muy agradable! -dijo Ulrich riéndose-. Pero precisamente se trata de un juego de magia del destino! Veo que tampoco te ha conmovido mucho la muerte de papá.

Agathe elevó con lentitud todo su cuerpo sobre las puntas de los pies y luego descendió con idéntica lentitud.

-¿Está también aquí tu marido? -preguntó su hermano, por decir algo.

-El profesor Hagauer sólo vendrá para el entierro.

Parecía gozarse en la oportunidad de pronunciar el nombre de un modo tan formulario, y de poderlo apartar de ella como algo extraño.

Ulrich no sabía qué responder.

-Sí, ya me lo han dicho -afirmó él.

Volvieron a mirarse y después, siguiendo la costumbre, se dirigieron a la pequeña habitación en la que se encontraba el muerto.

La habitación había sido artificialmente oscurecida durante todo el día; estaba saturada de color negro, y en su interior, las flores y los cirios encendidos despedían su luz y su olor. Los dos Pierrots estaban muy

erguidos ante el muerto y parecían observarlo.

-No pienso volver con Hagauer! -dijo Agathe, para que quedara constancia de ello.

Uno casi podía pensar que también el muerto tenía que oírlo. Estaba tendido en un catafalco, como lo había ordenado: de frac, con el cobertor a la altura del pecho, sobre el que resaltaba la almidonada camisa, las manos cruzadas y sin crucifijo, prendidas las condecoraciones. Los arcos superciliares pequeños y duros, las mejillas y los labios hundidos. Cosidos en la piel muerta, horrible y sin ojos, que aún forma parte de la persona y que le es ajena; el saco de viaje de la vida. Involuntariamente, Ulrich se sintió afectado en las más profundas raíces de su ser, donde no hay sentimientos ni ideas; pero ninguna otra parte se conmovió. Si hubiera tenido que expresarlo, lo único que habría acertado a decir era que había tocado a su fin una molesta relación sin amor. Del mismo modo que

un mal matrimonio pervierte a las personas que no pueden librarse de él, así también ocurre con cualquier vínculo previsto para toda la eternidad, difícil de soportar, cuando lo temporal se encoge y se retira bajo dicho vínculo.

-Me habría gustado que hubieses venido antes -continuó informándole Agathe-, pero papá no lo permitió. Él mismo dispuso todo lo referente a su muerte. Creo que le habría resultado penoso morir en tu presencia. Yo llevo ya dos semanas aquí; ha sido terrible.

-¿Te amaba, al menos? -preguntó Ulrich.

-Todo lo que él deseaba tener dispuesto lo confió a su viejo criado, y desde ese momento, la impresión que producía era la de un hombre que no tiene nada que hacer y se siente falto de todo objetivo. Pero cada cuarto de hora, más o menos, levantaba la cabeza para comprobar si yo estaba en la habitación. Así ocurrió durante los primeros



días. En los días siguientes, lo hacía cada media hora, y luego pasaban ya horas enteras, y en aquel horrible último día no lo hizo más que dos o tres veces. Y en ninguno de todos estos días me dirigió una sola palabra, excepto cuando yo le preguntaba algo.

Mientras ella le contaba todo aquello, Ulrich pensaba: “Es realmente dura. Ya de niña sabía ser increíblemente obstinada, aunque de un modo tranquilo. ¿Y no parece, con todo, una persona complaciente?” De pronto, se acordó de un alud. Una vez estuvo a punto de perder la vida en un bosque arrancado por un alud. Era como una nube blanda de polvo de nieve que, dominada por una violencia incontenible, se volvía dura como una montaña que se derrumba.

-¿Fuiste tú quien me envió el telegrama?

-preguntó él.

-Fue el viejo Franz, naturalmente. Todo estaba dispuesto. Tampoco dejó que yo le cuidara. Es evidente que nunca me quiso, y

no sé por qué me mandó venir. Me sentía mal y me encerraba en mi habitación siempre que podía. Y en uno de esos momentos ha muerto.

-Puede que así haya querido demostrarte que has cometido una falta. ¿Ven! -dijo Ulrich con amargura, y la hizo retroceder-. O tal vez quisiera que le acariciases la frente, o que te arrodillases junto a su lecho. Aunque para ello no tuviera otra razón que la de haber leído que es así como uno debe despedirse de un padre. A lo mejor no llegó a encontrar las palabras para pedírtelo.

-Es posible -dijo Agathe.

Estaban otra vez detenidos, mirándolo.

-¿En realidad, es todo tan espantoso! -dijo Agathe.

-Sí -opinó Ulrich-, y sabemos tan poco.

Cuando salieron de la habitación, Agathe volvió a detenerse y se dirigió a Ulrich:

-Te voy a dar una sorpresa que a ti, naturalmente, no puede importarte;  $\square$  el caso es que, precisamente durante la enfermedad de papá, he decidido no volver con mi marido, pase lo que pase!

Esta obstinación hizo sonreír involuntariamente a su hermano, porque Agathe tenía una arruga vertical entre los ojos y hablaba con vehemencia; parecía temer que él no estuviera de su parte, y recordaba una gata dominada por un gran temor y dispuesta valerosamente a pasar al ataque.

-¿Está él de acuerdo? -preguntó Ulrich.

-Aún no sabe nada -dijo Agathe-  $\square$  pero no estará de acuerdo!

El hermano miró a la hermana interrogativamente. Pero ella movió la cabeza con energía:

- $\square$  Oh, no, no es lo que tú piensas; no hay otro hombre!

Así terminó, por el momento, la conversación. Agathe pidió disculpas por no haber

tenido en cuenta el hambre y el cansancio de Ulrich; lo llevó a una habitación donde el té estaba servido y, al ver que faltaba algo, salió a buscarlo. Ulrich aprovechó la soledad para imaginar lo mejor que pudo cómo era el marido, con el fin de comprender mejor a su hermana. Era un hombre de mediana estatura, con el dorso de una pieza, las piernas encajadas en pantalones de corte tosco, los labios un poco abultados bajo un bigote erizado como un cepillo y una debilidad por las corbatas de dibujos llamativos, con la que quería demostrar que no era un maestro de escuela vulgar, sino un hombre amante de lo moderno. Ulrich sintió revivir su antigua desconfianza por la elección de Agathe, pero había que excluir toda posibilidad de que aquel hombre escondiese algún secreto, sobre todo cuando uno recordaba la franca luminosidad que emanaba de los ojos y la frente de Gottlieb Hagauer. “Se trata, pura y simplemente, del hombre ilustrado y capaz,

buena persona, que labora en pro de la humanidad en su campo profesional, sin meterse en las cosas que quedan fuera del mismo”, comprobó Ulrich, recordando al mismo tiempo los escritos de Hagauer y sumiéndose en pensamientos no demasiado agradables.

Tales individuos son ya identificables desde sus orígenes, en la etapa escolar. Como suele decirse, confundiendo los efectos con las causas, son gente que estudian menos a conciencia que de un modo ordenado y práctico. Empiezan por ordenarse cada una de sus tareas, del mismo modo que, por la noche, debe uno dejar arreglado el traje del día siguiente, sin olvidar los botones, si por la mañana quiere uno estar listo rápidamente y sin equivocarse. No hay proceso mental que, por medio de cinco o diez botones así preparados, no puedan fijar sólidamente en su entendimiento, y hay que confesar que después la cosa queda

perfectamente resuelta y resiste cualquier análisis. De ahí que sean alumnos aventajados sin hacerse moralmente desagradables a sus compañeros, y las personas que, como Ulrich, son llevados por su carácter a sobrepasar a veces ligeramente la medida normal y otras veces a quedar, no menos ligeramente, por debajo de ella, quedan siempre rezagados de un modo que se impone tan subrepticamente como el destino y a pesar de ser mucho más capacitados. Notó que, ante esta especie privilegiada de personas, sentía realmente un secreto recelo, porque la precisión mental de que estaban dotadas hacía que su propio entusiasmo por la precisión quedara un poco fútil. “No tienen ni rastro de alma -pensaba-, y son gente bondadosa; a los dieciséis años, cuando los jóvenes empiezan a apasionarse por cuestiones intelectuales, se quedan siempre aparentemente un poco en segundo término y no tienen capacidad suficiente para comprender

ideas y sentimientos nuevos; pero también en este caso trabajan con sus diez botones, hasta que llega el día en que pueden dar pruebas de que siempre lo han comprendido todo, “desde luego, sin los extremos que son insostenibles”, y a la larga son ellos quienes acaban por abrir paso en la vida a las nuevas ideas, cuando las mismas pertenecen para los demás a una juventud extinguida tiempo ha, o constituyen una exageración solitaria.” Así, cuando regresó su hermana, Ulrich seguía sin poder imaginar lo que podía haberle ocurrido, pero se daba cuenta de que una lucha de Agathe contra su marido, aunque fuera injusta, era algo que incluía una indigna tendencia a procurarle a él un placer.

Agathe parecía considerar inútil explicar de un modo razonable su decisión. Su matrimonio se hallaba externamente en perfecto orden; no se podía esperar otra cosa de un carácter como Hagauer. Ni peleas, ni

diferencias por el simple motivo de que Agathe -así se lo explicó a su hermano- jamás confiaba a su marido la propia opinión. Naturalmente, no había excesos: ni alcohol, ni juego; ni tampoco costumbres de soltero. Los ingresos estaban bien repartidos. La economía ordenada. El tranquilo transcurrir de una convivencia expansiva entre muchos y nada expansiva entre dos.

-Si te limitas a abandonarlo sin ningún motivo -dijo Ulrich-, tú saldrás perdiendo con la separación, siempre que él recurra a los tribunales.

-**R**ecurriré! -pretendió Agathe.

-Puede que fuera bueno concederle una pequeña ventaja económica, si se aviene a una solución amistosa.

-Sólo he traído conmigo -replicó ella- lo imprescindible para un viaje de tres semanas, fuera de algunas niñerías y recuerdos de la época anterior a Hagauer. Que se quede todo lo demás, no lo quiero. **P**ero en el



futuro no obtendrá de mí ni la menor ventaja!

Las últimas frases las gritó con una vehemencia sorprendente. Quizás se podían interpretar como un deseo de Agathe de vengarse por haber concedido a aquel hombre excesivas ventajas en otro tiempo. La combatividad, el sentido deportivo, la inventiva de Ulrich para superar dificultades se estaban despertando, aunque él no lo veía con gusto; porque era como el efecto de un excitante que pone en movimiento las emociones externas, dejando totalmente incólumes las internas. Desvió la conversación e intentó pasar, vacilante, a una visión de conjunto.

-He leído y oído algo de él -dijo-; por lo que sé, en el campo de la pedagogía y la educación se le considera incluso un hombre de gran porvenir.

-Sí, así es -contestó Agathe.

-Por lo que conozco de sus escritos, no sólo es un maestro de escuela que sabe por dónde anda, sino que propugnó muy pronto una reforma de nuestras instituciones de enseñanza superior. Recuerdo que una vez leí un libro suyo que trataba por una parte del valor insustituible de la enseñanza histórico-humanista para la formación moral; por otra parte del valor insustituible de la enseñanza matemático-científica para la formación intelectual, y en tercer lugar, del valor insustituible que tiene para la acción el cultivo continuado del deporte y la educación militar. ¿Me equívoco?

-No lo creo -dijo Agathe-; pero, ¿has observado cómo hace las citas?

-¿Las citas? Espera: tengo la vaga idea de que realmente algo me ha llamado la atención. Suele citar mucho. Cita a los viejos maestros. Y naturalmente..., también cita a los actuales, y... ahora lo sé: cita, de un modo casi revolucionario para un maestro de

escuela, no sólo los grandes de la pedagogía, sino también los constructores de aviones, los políticos y los artistas del momento... Pero esto es, en definitiva, lo que ya he dicho antes... -concluyó con aquella sensación de desaliento con que un recuerdo que se ha equivocado de vía avanza hacia los topes.

-Cita de manera -añadió Agathe- que, por ejemplo, en música es capaz de llegar hasta Richard Strauss y en pintura hasta Picasso; pero jamás citará, aunque sea como ejemplo de lo que no se debe hacer, un nombre que no haya adquirido cierta carta de ciudadanía en los periódicos, aunque éstos se hayan ocupado de él para vituperarlo.

Así era, en efecto. Era aquello lo que Ulrich había buscado en sus recuerdos. Levantó la vista. La respuesta de Agathe le satisfizo por el buen gusto y las dotes de observación que expresaba.

-Así ha llegado, con el tiempo, a ser un guía, por haber sido uno de los primeros en

ir tras él -precisó sonriente-. □Todos los que llegan más tarde, ven que se les ha adelantado! ¿Te gustan a ti nuestros primeros cerebros?

-No lo sé. De todos modos, no los cito.

-Seamos modestos, por lo menos -opinó Ulrich-. El nombre de tu esposo significa todo un programa, que hoy es para muchos él no va más. Su acción representa un sólido pequeño progreso. Su pública ascensión no puede hacerse esperar. A la corta o a la larga se convertirá, por lo menos, en catedrático de universidad, a pesar de los años que habrá tenido que apechugar como profesor de enseñanza media, y yo, que no tenía otra cosa que hacer más que lo que se me ponía por delante al seguir mi camino, he llegado a un punto en el que probablemente no puedo aspirar ni a una adjuntía. □Algo es algo!

Agathe estaba desengañada, y ésta era probablemente la causa de que su rostro adoptara la expresión neutra y como de

porcelana de una dama, mientras respondía en un tono amable:

-No sé, quizás debas dedicarte a Hagauer.

-¿Cuándo llega? -preguntó Ulrich.

-Para el entierro; no puede tomarse más tiempo. Pero que no se instale en esta casa! No lo permito!

-Como quieras! -decidió inesperadamente Ulrich-. Iré a recibirle y lo dejaré frente a un hotel. Y allí, si así lo deseas, le diré: "Aquí tiene usted una habitación que le espera!"

Agathe quedó sorprendida y se entusiasmó de pronto:

-Esto le molestará muchísimo, porque cuesta dinero, y él espera sin duda vivir aquí con nosotros!

Su rostro se transformó en un instante y recobró algo de la agresividad infantil, como en una travesura.

-¿Y cómo han quedado las cosas? -preguntó el hermano-. ¿Esta casa, es tuya, mía o de los dos? ¿Hay un testamento?

-Papá ha mandado que me entregaran un gran paquete en el que encontraremos todo lo que debemos saber. -Se dirigieron al despacho, situado al otro lado de la habitación mortuoria.

Nuevamente se deslizaron entre el resplandor de los cirios, el aroma de las flores y por el campo de visión de aquellos dos ojos que ya nada veían. En la penumbra trémula, Agathe fue por un segundo una niebla centelleante de color oro, gris y rosa. Encontraron el testamento, pero regresaron con los papeles a la mesita del té, donde olvidaron abrir el paquete.

Porque en el momento de sentarse, Agathe comunicó a su hermano que vivía prácticamente separada de su marido, aunque bajo el mismo techo; no dijo cuánto tiempo duraba tal situación.

De momento, aquello produjo una impresión desagradable a Ulrich. Cuando las mujeres casadas creen que un hombre puede ser su amante, muchas de ellas suelen contarle semejante historia, y aunque su hermana había hecho su confesión con embarazo, e incluso con rigidez, con una resolución inhábil, para asestar un golpe a ciegas, cosa que se podía descubrir con toda claridad, a Ulrich le desagradó que no se le hubiera ocurrido nada mejor para embaucarle, y consideró que aquello era pasarse de rosca.

-Nunca he llegado a comprender cómo has podido vivir con un tipo semejante! -confesó con toda franqueza.

Agathe le dijo que su padre lo había querido, y preguntó cómo habría podido oponerse.

-Pero entonces estabas ya viuda y no eras precisamente menor de edad!

-Precisamente. Había vuelto con papá; todo el mundo decía que yo era demasiado

joven para vivir sola, porque, aunque era viuda, sólo tenía diecinueve años; y luego no soporté vivir aquí.

-Pero ¿por qué no buscaste otro marido? ¿O por qué no estudiaste para conquistar así la independenciam? -preguntó Ulrich sin ningún miramiento.

Agathe se limitó a menear la cabeza. Sólo tras una pequeña pausa, respondió:

-Ya te he dicho que soy perezosa.

Ulrich sintió que aquello no era una respuesta.

-¿O sea, que tuviste alguna razón especial para casarte con Hagauer?

-Sí.

-¿Querías a otro y no pudiste conseguirlo?

Agathe vaciló:

-Yo amaba a mi difunto marido.

Ulrich lamentó haber usado la palabra amor de un modo tan vulgar, como si considerara algo inviolable la importancia de la



institución social que define. “Cuando se desea repartir consuelos, se crea inmediatamente una sopa de beneficencia”, pensó. Con todo, se sintió tentado a continuar hablando de la misma forma:

-Y entonces te diste cuenta de lo que había sucedido, y empezaste a complicarle la vida a Hagauer -dijo.

-Sí -confirmó Agathe-, pero no inmediatamente, sino más tarde -añadió-. Incluso mucho más tarde.

Y se enzarzaron entonces en una pequeña disputa.

Se notaba que aquellas confesiones le costaban a Agathe un gran esfuerzo, aunque las hacía espontáneamente, y resultaba evidente que veía en la organización de la vida sexual un importante tema de conversación, como correspondía a una persona de su edad. Desde el primer momento, pareció querer reducirlo a un problema de comprensión o incomprensión, buscaba confianza y

estaba decidida, no sin franqueza y pasión, a conquistar a su hermano. Pero Ulrich, que seguía gastando un humor moralizante, no consiguió un inmediato acuerdo con ella. A pesar de su energía interior, no estaba en absoluto libre de los prejuicios que su espíritu rechazaba, porque con demasiada frecuencia había permitido que su vida siguiera el camino que se le antojaba, mientras su espíritu seguía otro. Demasiado a menudo se había servido y había abusado de su influencia sobre las mujeres con el placer de un cazador que agarra la presa y se pone al acecho; de ahí que tuviera siempre presente la imagen correspondiente de la mujer como presa que sucumbe al venablo amoroso del hombre, y tenía fijada en su memoria la voluptuosidad de la humillación, a la que se somete la mujer que ama, en tanto que el hombre está muy lejos de una entrega semejante. Esta autoritaria idea masculina de la debilidad femenina es actualmente muy común, aunque

con las sucesivas oleadas de juventud han surgido nuevas concepciones, y la naturalidad con que Agathe trataba el tema de su dependencia de Hagauer ofendía al hermano. A Ulrich le pareció que su hermana había sufrido una afrenta, sin ser plenamente consciente de ella, al someterse a la influencia de un hombre que no le gustaba y al mantenerse aferrada a ella durante años. No lo manifestó, pero Agathe debió de leer algo así en sus ojos, ya que dijo de pronto:

-No podía dejarlo en seguida, puesto que me había casado con él. Habría sido algo insólito.

Ulrich -siempre el Ulrich en el papel del hermano mayor y con la pobreza conceptual del educador dispuesto a dar algo- se quedó de una pieza y exclamó:

-¿Habría sido algo realmente insólito sentir repugnancia y sacar inmediatamente de ello todas las consecuencias?

Intentó suavizar sus palabras sonriendo y mirando a su hermana con la mayor amabilidad posible.

También Agathe le miró; su rostro parecía abrirse por el esfuerzo con que intentaba descifrar algo en los rasgos de su hermano:

-¿Acaso una persona sana no puede ser tan sensible a esas molestias? -repitió-. ¿Qué importa, al fin y al cabo?

El resultado de estas palabras fue que Ulrich se contuvo y no quiso seguir confiando sus ideas a un yo parcial. Volvía a ser el hombre de la comprensión funcional.

-Tienes razón -dijo-; ¿qué importan, al fin y al cabo, los acontecimientos como tales? Lo que interesa es el sistema de ideas a través del cual se toman en consideración, y el sistema personal en el que se integran.

-¿Cómo has dicho? -preguntó Agathe con desconfianza.

Ulrich se disculpó por su forma abstracta de expresarse, pero al buscar una metáfora más accesible, volvió a hacer acto de presencia su celo fraterno e influyó en su elección:

-Supongamos que una mujer que no nos es indiferente haya sido violada -declaró-. De acuerdo con un sistema de ideas heroico, cabe esperar venganza o suicidio; de acuerdo con un sistema empírico-cínico, lo que cabe esperar es que la mujer se sacuda la afrenta como una gallina; y lo que hoy ocurriría realmente, sería una mezcla de ambas cosas; y sin embargo no hay nada más feo que esta incertidumbre interna.

Pero Agathe tampoco estuvo de acuerdo con este planteamiento de la cuestión.

-¿No te parece horrible? -se limitó a preguntar.

-No lo sé. Me pareció que era humillante vivir con una persona a quien no se ama. Pero ahora... [Como quieras!

-¿No es peor que a una mujer que desea casarse antes de los tres meses de estar divorciada, tenga que examinarle la matriz un médico, por encargo del Estado, para comprobar si no está embarazada, y todo por causa del derecho de sucesión? He leído que así lo hacen.

La rabia con que se defendía pareció redondear la frente de Agathe; volvía a tener la pequeña arruga vertical entre las cejas.

-¡Y todas las mujeres lo aceptan, si es necesario! -dijo con desprecio.

-No voy a contradecirte -replicó Ulrich;- todos los acontecimientos, una vez se producen en la realidad, pasan como la lluvia y el sol. Es probable que seas mucho más razonable que yo, si ves las cosas con tanta naturalidad; pero la naturaleza del hombre no es natural sino que transforma la naturaleza, y de ahí que a veces peque por exageración.

La sonrisa de Ulrich pedía amistad, y sus ojos veían lo joven que era el rostro de su

hermana. Al excitarse, aquel rostro no presentaba apenas arrugas; al contrario, lo que pasaba en su interior parecía tensarlo, dándole una tersura mayor, como cuando uno cierra el puño con la mano enguantada.

-Jamás me he detenido a pensarlo de un modo tan general -replicaba ahora-, pero después de escucharte, vuelve a parecerme que he vivido en una situación terriblemente injusta.

-Todo se debe únicamente -dijo el hermano para cancelar bromeando aquella recíproca confesión de culpas- a que me has dicho espontáneamente muchas cosas, pero no lo decisivo. ¿Cómo puedo acertar, si no me has confiado nada del hombre a causa del cual acabarás por abandonar a Hagauer?

Agathe le miró como un niño o como un estudiante a quien su educador ha ofendido:

-¿Tiene que haber un hombre? ¿No pueden venir las cosas por sí mismas? ¿He hecho algo malo, porque he sabido salir

adelante sin un amante? Te mentiría si te dijera que jamás he tenido uno; tampoco quiero ser tan ridícula. Pero no tengo ninguno, y me sabría mal que creyeras que necesito un amante para abandonar a Hagauer!

Su hermano no tuvo otro remedio que asegurarle que las mujeres apasionadas se les escapan a los maridos aunque no tengan un amante, y que, en su opinión, esto era incluso lo más digno. El té para el que se habían reunido se había transformado en una cena informal y prematura, porque Ulrich estaba muy cansado y así se lo había pedido a su hermana, ya que quería acostarse pronto, con el fin de estar descansado al día siguiente, una jornada que prometía gran agitación. Fumaron sus cigarrillos antes de separarse y él no acababa de entender a su hermana. En ella no había nada ni de mujer emancipada ni de vida bohemia, a pesar de estar ahí con los pantalones holgados que se puso para recibir a su hermano desconocido.



Más bien había en ella algo de hermafrodita, así se le ocurrió a Ulrich, el ligero traje masculino, en el desarrollo de la conversación, permitía adivinar con la semitransparencia de la superficie del agua, las suaves formas que había debajo, y en compensación de poder mover libremente las piernas en sus pantalones masculinos, llevaba el bonito cabello recogido de una manera muy femenina. Con todo, el centro de esta sensación de ambigüedad seguía siendo el rostro, que poseía en alto grado el encanto de la mujer, pero con algo borroso y reservado, cuya esencia él no lograba desentrañar.

Y el hecho de saber tan poco de ella y de estar a su lado con tanta confianza, y, por añadidura, en una relación tan distinta a la que habría existido con una mujer que hubiese podido considerarle un hombre..., todo aquello era muy agradable en medio del cansancio al que ya empezaba a ceder.

-[Qué gran cambio de ayer a hoy! -  
pensó.

Se sentía agradecido por ello y se esforzó en decir a Agathe, como despedida, algo cordialmente fraternal; pero como no tenía costumbre, no se le ocurrió nada. Se limitó a tomarla entre sus brazos y a darle un beso.

### **3 - Una mañana en una casa mortuoria**

**A** la mañana siguiente, Ulrich salió del sueño temprano, y tan limpiamente como un pez salta fuera del agua; la causa era una noche dormida sin sueños, que nada dejó del cansancio del día anterior. Fue en busca del desayuno, lo que le hizo recorrer toda la casa. El duelo no se había puesto aún en movimiento, y un simple olor a luto flotaba en todas las estancias: le recordaba un comercio que abre sus escaparates muy de mañana, cuando la calle está todavía desierta. Después sacó su trabajo científico de la maleta y se encaminó con él al despacho de su padre. El hecho de encontrarse en medio de él, sentado, con la estufa encendida, daba a la pieza un aspecto más

humano que el de la noche anterior; aunque un espíritu pedante, que sopesaba minuciosamente los pros y los contras, hubiese llevado la organización hasta la disposición simétrica de los bustos de yeso sobre los estantes de libros, habían quedado no obstante numerosos objetos personales -lápices, lupa, termómetro, un libro abierto, un pequeño plumero y otras cosas- que daban a la estancia aquella sensación patética de vacío que produce una concha recién desocupada. Ulrich estaba sentado en medio, en realidad muy cerca de la ventana, pero ante el escritorio, que constituía el punto clave de la pieza, y sentía un extraño cansancio de la voluntad. Colgaban de las paredes retratos de sus antepasados, y una parte de los muebles procedía aún de los tiempos en que ellos vivieron; la persona que había vivido aquí, había formado con las cáscaras de las vidas de ellos su propio huevo: ahora había muerto, y sus objetos domésticos se

imponían aún con precisión, como si a él acabaran de sacarle de la estancia; pero el orden se disponía ya a desmoronarse, a adaptarse al sucesor, y uno sentía que la mayor duración de la vida de los objetos empezaba a rebrotar, apenas visible, bajo su rígida expresión de luto.

En este estado de ánimo, Ulrich emprendió su trabajo, interrumpido durante semanas y aun meses, y sus ojos se posaron de inmediato en el pasaje de las ecuaciones físicas del agua, de las que no había conseguido pasar. Oscuramente recordaba que había pensado en Clarisse, al sacar de los tres estados principales del agua un ejemplo para demostrar con él que existía una nueva posibilidad matemática; y Clarisse le disuadió. No obstante, hay una forma de recordar que no evoca las palabras, sino el aire en el que fueron pronunciadas; de ahí que Ulrich pensara de pronto: “Carbono...”, y le pareció sentir, desde la nada, la impresión de

que sabiendo en cuántos estados se presenta el carbono, conseguiría salir adelante; pero no consiguió recordarlo, y en cambio pensó: “El ser humano se presenta en dos estados: hombre y mujer.” Lo estuvo pensando un buen rato, aparentemente paralizado por el asombro, como si fuera un milagro el descubrimiento de que el ser humano vive dividido en dos estados permanentes. Sólo que esta suspensión de su actividad mental escondía otro fenómeno. Porque se puede ser duro, egoísta, esforzado, extravertido, y, sin dejar de ser el mismo Ulrich Tal y Cual, sentirse precisamente lo contrario, concentrado en sus pensamientos, como un ser feliz, desprendido de todo, en medio de un estado de todas las cosas circundantes indescriptiblemente sensitivo y, en cierto modo, también desprendido de todo. Y entonces se preguntó: “¿Cuánto tiempo ha pasado desde que lo sentí por última vez?” Con gran sorpresa, descubrió que apenas hacía más de

veinticuatro horas. El silencio que rodeaba a Ulrich era refrescante, y el estado al que se veía transportado en sus recuerdos no le pareció tan insólito como de costumbre. “Es cierto que todos nosotros somos organismos -pensó tranquilizado-, unos organismos que deben imponerse en lucha recíproca, con toda su energía y su avidez, en un mundo hostil. Sin embargo, junto con los propios enemigos y las propias víctimas, cada uno es una partícula y un hijo de este mundo; probablemente menos desligado de aquéllos, menos independiente de lo que uno imagina.” Dándolo por supuesto, no le pareció en absoluto inconcebible que a veces brotara del mundo un atisbo de unidad y de amor, casi una certidumbre de que la evidente miseria de la vida sólo permitía descubrir, en circunstancias normales, una de las dos mitades de toda la interrelación existente entre los seres. No había nada en ello que pudiera molestar a un individuo inclinado a la

exactitud, a la matemática y a las ciencias físico-naturales: incluso le recordó a Ulrich el trabajo de un psicólogo con el que le unían relaciones personales: el caso era que existían dos grandes grupos de ideas, opuestos entre sí, uno de los cuales se basaba en el hecho de estar rodeado por el contenido de las experiencias, y el otro en esta misma acción de rodear; podía darse además la convicción de que la existencia de un “estar dentro de algo” y un “considerar algo desde fuera”, de unas “sensaciones cóncavas” y otras “convexas”, de un “ser espacial” y otro “objetivo”, de una “penetración” y una “concepción”, era algo que se repetía en otras muchas contradicciones de la experiencia y en sus imágenes lingüísticas, de suerte que era posible suponer tras ellas una ancestral duplicidad de la experiencia humana. No se trataba de una de aquellas investigaciones rigurosamente objetivas, sino de las que tienden un poco a lo fantasioso y deben su



origen a un impulso ajeno a la actividad científica cotidiana; pero sus fundamentos eran firmes y muy verosímiles sus conclusiones, que se movían en una unidad del sentimiento agazapada tras la niebla ancestral. De las ruinas de dicha unidad, revueltas innumerables veces, podía haber surgido en definitiva -así lo suponía Ulrich- la conducta actual, confusamente organizada en torno a la contradicción de un tipo de experiencia masculino y otro femenino, y misteriosamente sombreada por antiguos sueños.

En este punto, intentó -literalmente como cuando uno recurre a la cuerda y a las grapas para escalar una pendiente peligrosa- sentirse más seguro e inició una nueva reflexión:

“Las más antiguas tradiciones filosóficas, de una oscuridad casi indescifrable para nosotros, hablan a menudo de un “principio” masculino y otro femenino!”, pensó.

“Las diosas que, en las religiones primitivas, existían junto a los dioses, resultan ya realmente inaccesibles a nuestra sensibilidad”, pensó. “Para nosotros, sería masoquismo la relación con aquellas mujeres de fuerza sobrehumana!”

“Pero la naturaleza -siguió pensando-, da al hombre pezones y a la mujer un rudimento de sexo masculino, sin que ello permita deducir que nuestros antepasados fueran hermafroditas. Tampoco eran híbridos, por tanto, en el aspecto psíquico. Y luego, la doble posibilidad de la visión que da y la visión que toma debió de recibirse desde fuera como una doble cara de la naturaleza, y esto es, en cierto modo, mucho más antiguo que la diferenciación de los sexos, los cuales completarían mediante esta duplicidad su ropaje psíquico...”

Así estaba pensando, pero acto seguido ocurrió que le vino a la memoria *un* detalle de su infancia, un detalle que le desvió de sus

reflexiones; porque el hecho de recordar le producía placer, cosa que no le sucedía desde hacía largo tiempo. Hay que decir previamente que su padre cabalgaba y que había poseído incluso caballos de montar; de ello daba testimonio aún hoy la cuadra vacía junto al muro del jardín, lo primero que había visto Ulrich a su llegada. Fue ésta, probablemente, la única afición noble que su padre, a causa de la admiración que sentía por sus amigos feudales, se había permitido; pero Ulrich era por entonces un niño, y el aspecto en cierto modo infinito, o en todo caso inabarcable, que posee el cuerpo alto y musculoso de un caballo para un chiquillo que lo admira, se reproducía ahora en su sensibilidad como una montaña terrorífica y legendaria, cubierta de crines, por las que el temblor de la piel corría como una ventolera. Se dio cuenta de que era uno de aquellos recuerdos cuyo realce proviene de la impotencia que tiene el niño para realizar sus deseos;

pero esto expresa muy poco, comparado con la grandeza de aquel esplendor casi ultraterreno, o con el esplendor, no menos maravilloso, que el pequeño Ulrich pudo palpar después con las puntas de los dedos, cuando buscaba el primero. Porque por entonces habían sido fijados por toda la ciudad los carteles anunciadores de un circo, en los que no sólo aparecían caballos, sino también leones, tigres e incluso perros, grandes y espléndidos, que convivían amistosamente con aquellos otros animales; llevaba mucho tiempo contemplando embelesado los anuncios, cuando consiguió hacerse con uno de aquellos papeles multicolores y recortar los animales, a los que hizo sostener de pie con pequeños armazones de madera. Lo que sucedió después sólo puede compararse con la satisfacción de beber sin que se acabe nunca la sed, por más que uno lo prolongue sin cesar; porque aquello no tenía fin, ni se producía progreso alguno en todas las semanas

que iba durando; era un continuado penetrar en aquellas admiradas criaturas que, cuando él las contemplaba, relacionaba intensamente su posesión con la indecible felicidad del niño solitario, a la vez que sentía faltar en ella algo final, que no se podía llenar con nada, y de esta falta nacía para la posesión de aquellos objetos un fulgor que inundaba sin medida todo su cuerpo. Pero junto a este extraño recuerdo sin fronteras, surgía ahora del olvido, de manera natural, otra experiencia -vvida muy poco tiempo después- de aquella temprana época y, a pesar de su infantil fragilidad, se apoderaba del gran cuerpo que soñaba con los ojos abiertos. Era el recuerdo de la chiquilla que sólo tenía dos cualidades: la de pertenecerle necesariamente a él y la de obligarle a luchar por ella con otros muchachos. Y de ambas cosas, la única real eran las luchas, porque la chiquilla no existía. ¶Extraña época, en la que, como un caballero andante, se lanzaba

al cuello de enemigos desconocidos, con tanto mayor placer si eran mayores que él y le salían al paso en una calle solitaria, capaz de albergar cualquier misterio, y él se batía con los adversarios cogidos por sorpresa! No era él el que solía escapar con menos golpes de aquellas peleas, pero a veces obtenía también grandes victorias, y, fuese cual fuese el resultado, jamás quedaba satisfecho. Y la idea obvia de que las chiquillas que conocía realmente eran criaturas idénticas a aquella por la que se peleaba, no le vino jamás a las mentes, puesto que, como todos los muchachos de su edad, se sentía estúpido e incómodo en compañía de las mujeres; hasta que un día no dejó de producirse la excepción. Y con tanta claridad como si la imagen estuviera en el campo visual de un telescopio capaz de acercarle a uno los años pasados, Ulrich recordaba ahora una noche en la que a Agathe la vistieron para una fiesta infantil. Llevaba un vestido de terciopelo, y sus

cabellos caían sobre él como olas de terciopelo claro, de suerte que de pronto, y a pesar de que a él mismo le habían endosado un terrorífico vestido de caballero, sintió el anhelo de ser una muchacha, con la misma indecible intensidad con que había deseado los animales de los anuncios del circo. Entonces no lo consideraba imposible, tan poco era lo que sabía aún de hombres y mujeres, aunque sí sabía lo bastante como para no dejar de intentar -como suelen hacer los niños- la realización de su deseo, y ambas cosas, el hecho de saber y no saber, al buscar hoy una expresión para definir las, correspondían a la situación del que anda buscando a tientas una puerta en la oscuridad, tropieza con algo de una suavidad cálida o de una calidez de sangre, y se pega una y otra vez a aquel objeto que se enfrenta dulcemente a su deseo de penetrar en él, sin dejarle sitio para hacerlo. O tal vez aquel sentimiento se asemejaba a una especie inofensiva de pasión

parecida al vampirismo, que absorbía el objeto deseado, si bien aquel hombrecito no quería atraer hacia sí a aquella mujercita, sino ponerse totalmente en su lugar, y aquello sucedía con la deslumbrante ternura que sólo es propia de las primeras experiencias del sexo.

Ulrich se levantó y estiró los brazos, sorprendido de sus ensueños. A menos de diez pasos, tras la pared, estaba el cadáver de su padre, y sólo ahora se daba cuenta de que en torno a ambos había un hormiguelo de personas, como salidas de la tierra, que se afanaban en la casa muerta que continuaba sobreviviendo. Había mujeres ancianas que ponían alfombras y encendían nuevos cirios; sonaban martillos en las escaleras, traían flores, enceraban los suelos, y esta agitación se abría paso hacia él, porque le anunciaron la visita de personas que habían madrugado tanto porque deseaban algo o querían saber algo, y desde aquel momento no se



interrumpió ya la cadena. La universidad enviaba a preguntar la hora del entierro; un ropavejero entró y pidió tímidamente si había ropa usada; por encargo de una empresa alemana, se presentó con muchas disculpas un librero de ocasión de la ciudad e hizo una oferta por una obra jurídica rara, que al parecer debía hallarse en la biblioteca del difunto; un vicario deseaba entrevistarse con Ulrich de parte de la parroquia sobre algo que no había quedado muy claro; un caballero de una compañía de seguros de vida se entregó a largas disquisiciones; alguien buscaba un piano a buen precio; un agente inmobiliario dejaba su tarjeta por si la casa se ponía a la venta; un funcionario retirado se ofrecía para escribir sobres, y todo el mundo, en aquellas horas tan favorables de la mañana, iba y venía, preguntaba y deseaba, se vinculaba objetivamente a la defunción y reivindicaba su derecho a la existencia, verbalmente o por escrito; en la puerta

principal, donde el anciano sirviente intentaba deshacerse de los visitantes en la medida de sus fuerzas, y también arriba, donde Ulrich, a pesar de todo, tenía que recibir a los que habían podido colarse. Jamás había imaginado que hubiera tanta gente esperando de un modo tan educado la muerte de otro, ni que tantos corazones se pusiesen en movimiento cuando el propio se detenía; estaba bastante asombrado y le pareció que veía un escarabajo muerto en medio del bosque, y otros escarabajos, hormigas, pájaros y mariposas revoloteando, que se iban acercando a él.

Porque a la diligencia de esta actividad interesada se añadía por todas partes un tremolar y un aletear propios de las tinieblas de una profunda selva. El egoísmo brillaba tras los cristales de los ojos conmovidos como un farol que se deja encendido en pleno día, cuando entró un caballero con una gasa negra sobre su negro traje, que era una

mezcla de traje de luto y de ropaje oficinesco, se quedó de pie junto a la puerta y pareció esperar a que él mismo o Ulrich estallaran en sollozos. Al ver que no ocurría ninguna de las dos cosas, unos segundos más de espera le parecieron suficientes, porque se metió del todo en la habitación y, como lo hubiera hecho cualquier hombre de negocios, se presentó a sí mismo como el director de la empresa de pompas fúnebres. Venía a saber si Ulrich estaba satisfecho del trabajo efectuado hasta entonces. Aseguró que los trabajos posteriores se harían de manera que incluso el “difunto papá” habría tenido que estar forzosamente de acuerdo con ellos, a pesar de ser un hombre que, como todo el mundo sabía, no era fácil de contentar. Puso en la mano de Ulrich un pedazo de papel con numerosos apartados y recuadros impresos, y le conminó a leer, en los proyectos de contrato para las distintas clases de entierros, algunas palabras concretas, como por

ejemplo:... tiro de ocho o de dos caballos... coches para coronas... número... arreos a la... con jinete guía, revestido de plata... cortejo a la... antorchas a la manera de Marienburg... tipo Admont... número de acompañantes... tipo de iluminación... duración de la iluminación... madera del ataúd... ornamentación vegetal... nombre, fecha de nacimiento, sexo, profesión... en casos imprevistos, no se admiten reclamaciones. Ulrich no tenía ni idea del origen de aquellos nombres, de resonancias relativamente arcaicas. Preguntó; el director le miró con asombro; él tampoco tenía ni idea. Permanecía de pie ante Ulrich como un acto reflejo del cerebro humano mediante el cual se unían incitación y acción, sin que naciera de ello una consciencia. Aquel comerciante de la muerte tenía confiada una historia de siglos y podía disponer de ella como marca de fábrica; tenía la sensación de que Ulrich había abierto una puerta falsa, y se apresuró a cerrarla

rápidamente con una observación que debía tener como consecuencia la realización del pedido. Declaró que, por desgracia, todas aquellas diferencias venían impuestas por el convenio de la Asociación Imperial de Empresarios de Pompas Fúnebres, y que, además, tampoco tenía importancia que uno no las tuviera en cuenta, cosa que, por otra parte, no hacía nadie. Si Ulrich firmaba -su señora hermana no quiso hacerlo ayer, estando ausente su señor hermano-, esto significaría simplemente que el señor estaba de acuerdo con el encargo de su padre y que nada tendría que oponer a un entierro de primera.

Mientras firmaba, Ulrich preguntó al hombre si había visto ya en la ciudad una de aquellas máquinas eléctricas de hacer embutidos, en cuyo armazón había una imagen de san Lucas, patrón del gremio de carniceros; él las había visto en Bruselas...; pero no tuvo ocasión de esperar la respuesta, porque

el hombre había sido sustituido ya por otro que solicitaba algo de Ulrich; era un periodista que quería información para la nota necrológica del primer diario de la provincia. Ulrich se la dio y se despidió del enterrador; pero, tan pronto como empezó a contestar a la pregunta del periodista sobre qué era lo más importante en la vida de su padre, dejó de saber lo que era importante y lo que no lo era, y el visitante tuvo que acudir en su ayuda. Sólo entonces, agarrado por las tenazas inquisitivas de una curiosidad profesionalmente educada en discernir lo que era digno de conocerse, Ulrich consiguió salir adelante y tuvo la sensación de asistir a la creación del mundo. El periodista, un hombre joven, preguntó si la muerte del anciano caballero se había producido tras larga y penosa enfermedad o de un modo repentino, y al responder Ulrich que su padre había dado sus lecciones hasta la última semana, el periodista dio forma a sus palabras: “Muerto en la

plenitud de su vida y de su carrera.” Después empezaron a saltar virutas de la vida del anciano caballero, tropezando sólo con algunas nervaduras y nudosidades: nacido en Protiwin en 1844, asistió a tal y tal escuela, nombrado tal..., nombrado cual...; la cosa pareció agotarse tras mencionar cinco nombramientos y distinciones. Un matrimonio en medio; unos cuantos libros; en una ocasión, a punto de ser nombrado ministro de Justicia; lo impidió la oposición de ciertos sectores. El periodista escribía y Ulrich daba su aprobación, si la cosa era correcta. El periodista quedó satisfecho; tenía ya el número de líneas requerido. A Ulrich le sorprendió el montoncito de cenizas que quedan de toda una vida. Para todas las informaciones recibidas, el periodista disponía de fórmulas “de seis a ocho caballos”: gran erudito, mentalidad abierta, político creador y prudente, facultades universales, etc.; debía de hacer bastante tiempo que no había muerto nadie,

porque las palabras parecían haber esperado bastante a ser utilizadas y estar hambrientas de aplicación. Ulrich reflexionaba; le hubiera gustado decir alguna otra cosa agradable sobre su padre, pero el cronista, que se estaba guardando ya su material de escribir, le había sacado lo más fidedigno, y el resto era como querer agarrar el contenido de un vaso de agua sin tener el vaso.

Entretanto, las idas y venidas disminuyeron, porque, el día anterior, Agathe había dicho a todo el mundo que se entrevistarán con su hermano, y ahora la invasión había remitido; Ulrich se quedó solo al despedirse el periodista. Algo le había puesto de un humor de perros. ¿No había obrado acertadamente su padre al arrastrar los sacos del saber y al remover un poco los montones de grano de la ciencia, y al someterse, además, pura y simplemente, a una vida que era la que él juzgaba más plena? Pensaba en su propio trabajo, intacto en el escritorio de su



padre. Probablemente, de él no se podría decir siquiera lo que se decía de su padre: que había removido la ciencia a golpes de pala. Ulrich penetró en la pequeña estancia donde el cadáver estaba de cuerpo presente. Aquella celda rígida, de rectas paredes, en medio de la inquieta actividad que originaba, producía un fantástico desasosiego; duro como un madero, el muerto flotaba entre las olas del ajetreo, pero a veces la imagen podía invertirse y eran las cosas vivas las que aparecían rígidas, y él parecía deslizarse en un movimiento de inquietante calma. “¿Qué más le dan al viajero -se dijo-, las ciudades que quedan atrás después de cada escala? No he vivido aquí y me he comportado como estaba mandado, pero ahora vuelvo a partir!” La inseguridad del hombre que, en medio de los demás, quiere algo distinto a ellos, oprimió el corazón de Ulrich; miró a su padre a la cara.

Posiblemente todo lo que él consideraba una peculiaridad personal propia no era más que una contradicción dependiente de aquel rostro, adquirida en algún momento de la infancia. Buscó un espejo, pero no lo había, y sólo aquel rostro ciego reflejaba la luz. Buscó en él semejanzas. Puede que las hubiera. Quizás todo estuviera ahí, la raza, la obligación, la impersonalidad, la corriente de la herencia, de la cual uno no es más que una onda, la limitación, el desaliento, la eterna reiteración y el movimiento circular del espíritu, lo que él odiaba en lo más profundo de su voluntad de vivir!

Asaltado de pronto por aquel desaliento, pensó si no debía hacer el equipaje y marcharse antes del entierro. Si realmente aún podía hacer algo de provecho en la vida, ¿qué le quedaba por hacer allí?

Sin embargo, al pasar la puerta, tropezó en la habitación contigua con su hermana, que le estaba buscando.

## 4 - Yo tenía un cantarada

**P**OR primera vez la veía Ulrich con ropa de mujer y, tras la impresión del día anterior, casi le pareció que iba disfrazada. A través de la puerta abierta, entró luz artificial en el gris trémulo de primeras horas de la mañana, y la negra aparición, con el cabello rubio, parecía hallarse de pie en una gruta de aire, a través de la cual se filtraba un fulgor deslumbrante. Agathe llevaba el pelo más pegado a la cabeza, lo que daba a su rostro un aspecto más femenino que el día anterior. Su suave torso de mujer se adaptaba a la negrura de la severa indumentaria con el equilibrio, de suma perfección, entre ductilidad y resistencia que caracteriza la ligerísima dureza de una perla, y sobre las piernas, largas y esbeltas, semejantes a las suyas y que él había visto ayer, caía ahora el telón de unas faldas.

Y como aquella visión ya no se le parecía tanto en su totalidad, observó la semejanza del rostro. Se le antojó que era él mismo quien acababa de pasar la puerta e iba a su encuentro; sólo que era más bello, y estaba envuelto en un fulgor que nunca había visto a su alrededor. Por primera vez le asaltó la idea de que su hermana era una reproducción y una transformación de sí mismo; pero la impresión sólo duró un instante, y la olvidó de nuevo.

Agathe había entrado para recordar apresuradamente a su hermano unos deberes que a ella misma casi se le habían olvidado con el sueño. Tenía en sus manos el testamento y le llamó la atención sobre algunas disposiciones cuya realización apremiaba. Entre ellas había que tener en cuenta, sobre todo, una disposición extravagante sobre las condecoraciones del anciano, que también conocía el criado Franz. Agathe había subrayado en rojo, con celo, aunque

sin demasiado respeto, aquel pasaje de las últimas voluntades. El difunto quería ser enterrado con las condecoraciones, y no había pocas; pero como no quería que le enterasen con ellas por vanidad, se añadía en el testamento una larga y meditada justificación, de la que su hija sólo leyó el principio, dejando que su hermano le explicara el resto.

-¿Cómo explicártelo? -dijo Ulrich, una vez se hubo informado-. Papá quiere ser enterrado con las condecoraciones, porque considera falsa la teoría política individualista! Nos recomienda la universalista. Lo único que puede darle al hombre una finalidad suprapersonal, su bondad y su justicia, es la comunidad creadora del Estado; un hombre solo no es nada, y por ello el monarca representa un símbolo espiritual; en resumen, a su muerte, el hombre debe envolverse en todas sus condecoraciones, como se envuelve a un marino muerto en la bandera para sumergirlo en el mar!

-Pero yo he leído que las condecoraciones deben ser devueltas! -intervino Agathe.

-Los herederos deben restituir las condecoraciones a la Cancillería Imperial. Por esta razón, papá se procuró duplicados. Pero las compradas al joyero no le parecen probablemente las verdaderas condecoraciones, y sólo quiere que hagamos la sustitución cuando se cierre el ataúd. He aquí la dificultad! Quién sabe si no se trata de una muda protesta contra las ordenanzas, una protesta que no ha querido expresar de otro modo.

-Pero hasta entonces, vendrán centenares de personas, y lo olvidaremos! -temió Agathe.

-Podríamos hacerlo ahora mismo!

-Ahora no tenemos tiempo; tienes que leer lo que sigue, lo que ha escrito sobre el profesor Schwung. El profesor Schwung

puede venir de un momento a otro! ¡Ayer lo estuve esperando ya todo el día!

-Entonces, hagámoslo cuando se haya marchado Schwung.

-Es tan desagradable -objetó Agathe- no cumplir su deseo!

-Él ya no se entera.

Lo miró con expresión vacilante:

-¿Estás seguro?

-¡Oh! -exclamó Ulrich riendo-. ¿Acaso no lo crees seguro?

-No estoy segura de nada -contestó Agathe.

-Y si no lo fuera, ya sabes que él nunca estaba contento con nosotros.

-Es verdad -dijo Agathe-. Bueno, lo haremos más tarde. Pero, dime una cosa -añadió-: ¿jamás te preocupa lo que te piden?

Ulrich vaciló: “Ella sabe arreglárselas -pensó-; yo, no tenía por qué preocuparme inútilmente de que pudiera ser una provinciana.” No obstante, el hecho de que con

estas palabras se relacionara toda la noche anterior, le suscitó el deseo de dar una respuesta que pudiera sostenerse y que a ella le sirviera. Pero no sabía cómo empezar, para que su hermana no le interpretara equivocadamente, y acabó diciendo, en un tono juvenil que no deseaba dar a sus palabras:

-No sólo papá está muerto; también lo están todas las ceremonias que le rodean. Su testamento está muerto. Las personas que aparecen por aquí están muertas. No es nada malo lo que quiero decir; Dios sabe el agradecimiento que debemos quizás a los seres que contribuyen a la solidez del mundo. Pero todo esto pertenece a la cal muerta, no al mar de la vida!

Captó una mirada indecisa de su hermana y se dio cuenta de lo incomprensible de su palabrería.

-Las virtudes de la sociedad son vicios para los santos -concluyó sonriendo.



Con un aire entre altanero e insolente, puso las manos en los hombros de su hermana; lo hizo por pura timidez. Pero Agathe se echó hacia atrás y no entró en el juego.

-¿Son ideas tuyas? -le preguntó.

-No, lo dijo un hombre a quien amo.

Ella tenía algo del mal humor de un niño obligado a atormentarse con reflexiones, cuando resumió las respuestas de Ulrich en la siguiente frase:

-Así pues, tú no definirías como buena a una persona honrada por costumbre. ¿Calificarías, en cambio, de bueno a un ladrón que roba por primera vez, con el corazón en un puño?

Ulrich quedó estupefacto al oír tan extrañas palabras, y se puso más serio.

-En realidad no lo sé -dijo brevemente-. En determinadas circunstancias, tampoco me preocupa mucho si algo se considera justo o injusto, pero no puedo darte ninguna norma por la que uno pueda regirse.

90/11/23

Agathe separó lentamente de él su inquisitiva mirada y volvió a coger el testamento:

-Tenemos que continuar leyendo el testamento, hay más cosas subrayadas -se exhortó a sí misma.

Antes de meterse en cama definitivamente, el anciano caballero, había escrito una serie de cartas y en su testamento daba explicaciones sobre cómo entenderlas y sobre la manera de enviarlas. El pasaje especialmente destacado se relacionaba con el profesor Schwung, y el profesor Schwung era el viejo colega que, de un modo malhumorado, había ensombrecido el último año de vida del padre de los dos hermanos con la disputa sobre las leyes referentes a las facultades mentales restringidas, después de haber sido amigos de toda la vida. Ulrich reconoció inmediatamente las largas disquisiciones, tan conocidas, sobre voluntad y representación, precisión del Derecho e imprecisión de

la Naturaleza, de las que su padre aún le dio una exhaustiva descripción antes de su fallecimiento. En sus últimos días, nada parecía haber preocupado tanto al anciano como la denuncia contra la Escuela Social, a la que él se había unido, de ser una emanación del espíritu prusiano. Había emprendido la redacción de un opúsculo que debía titularse: “Estado y Derecho o consecuencia y denuncia”, cuando sintió que perdía las fuerzas y abandonó con amargura el campo a su adversario. En palabras solemnes, que sólo la proximidad de la muerte y la lucha por el tesoro sacrosanto de la propia reputación pueden inspirar, comprometía a sus hijos a que impidieran que su obra se perdiese, y conminaba especialmente a su hijo a aprovechar las relaciones con círculos influyentes, obtenidas gracias a las incansables amonestaciones de su padre, para que se frustraran de un modo radical las esperanzas

que tenía el profesor Schwung de ver recompensados sus esfuerzos.

El hecho de escribir tales cosas no excluye que, una vez realizada -o mejor dicho, prevista- la obra, uno sienta la necesidad de perdonar a un antiguo amigo unos errores imputables a una rastrera vanidad. Cuando se sufre mucho y cuando, aún en vida, siente uno que empieza a desprenderse poco a poco su corteza corporal, surge la inclinación a perdonar y a pedir perdón; pero si uno se restablece, entonces se vuelve atrás, porque el cuerpo sano tiene, por naturaleza, algo de irreconciliable; el anciano debió de conocer ambos estados de ánimo en las diversas alternativas de la situación en que se encontraba antes de morir, y debió de parecerle que una actitud era tan justificada como la otra. Semejante situación es, sin embargo, insostenible para un jurista de prestigio; de ahí que, con una lógica bien ejercitada, hallara un sistema de formular su última voluntad,

de forma que pudiera imponerse como tal, sin detrimento de su validez y sin posteriores sugerencias contrarias del sentimiento; escribió, pues, una carta de perdón y no la firmó ni le puso fecha, encomendando a Ulrich que le pusiera la fecha de su muerte y la firmara junto con su hermana, ambos en calidad de testigos, como suele ocurrir con un testamento oral que el moribundo no está en condiciones de firmar. Sin quererlo admitir, aquel pequeño anciano había sido un pillo redomado que se había sometido a las jerarquías de la existencia y las había defendido como su más celoso servidor, pero que a la vez alimentó en su interior toda clase de revueltas, a las que no pudo dar expresión a causa de la carrera que había escogido. Ulrich tuvo que recordar necesariamente la notificación del fallecimiento que él había recibido y que probablemente había sido dispuesta con parecido talante, e incluso vio en ello una afinidad con su propia manera de

ser, aunque esta vez no sintiera encono, sino compasión, por lo menos en el sentido de que esta hambre de expresarse le hacía comprender el odio que sintió el anciano por un hijo que se había facilitado la propia vida mediante unas libertades indebidas. Porque las soluciones que dan a su vida los hijos siempre son interpretadas así por los padres, y a Ulrich le invadió un sentimiento de piedad, al pensar en la cantidad de cosas sin resolver que él mismo escondía en su interior. Pero ya no tenía tiempo de dar a todo aquello una forma exacta y a la vez comprensible para Agathe, y apenas había empezado a intentarlo, cuando la penumbra de la estancia, en un esforzado impulso, hizo que se destacara la figura de un hombre en la habitación. Lanzado hacia el interior por su propio movimiento, fue a situarse bajo el resplandor de los cirios y allí, con un amplio movimiento, se cubrió la vista con la mano, a

un paso del catafalco, antes de que el criado paterno, desbordado, acudiera a anunciarle.

-Noble amigo! -exclamó el visitante con voz ampulosa.

He aquí que el pequeño anciano, con las mejillas apretadas, se encontraba tendido ante su enemigo Schwung.

-Jóvenes amigos: la majestad del cielo estrellado sobre nosotros; la majestad de la ley moral en nosotros! -prosiguió Schwung, y miró con los ojos velados a su compañero de facultad-. En este pecho, ahora frío, ha habitado la majestad de la ley moral!

Después dio un giro a todo su cuerpo y sacudió las manos de los dos jóvenes.

Ulrich aprovechó esta primera oportunidad para descargarse de su obligación.

-¿El señor Consejero Áulico y mi padre no fueron, por desgracia, adversarios en los últimos tiempos? -aventuró.

Se produjo la impresión de que la barba blanca debía sumirse en profundas reflexiones, antes de responder.

-[Simples divergencias de opinión, y de poca monta! -respondió magnánimo, contemplando intensamente al difunto. Pero, cuando Ulrich insistió con toda cortesía y dio a entender que se trataba de una última voluntad, la atmósfera se volvió repentinamente tensa en la habitación, como en un tugurio, cuando todo el local adivina que alguien ha sacado la navaja debajo de una mesa y la reyerta se desencadenará de un momento a otro. Así pues, el viejo había sabido encontrar la forma de amargarle la existencia a su colega Schwung, incluso después de muerto. Naturalmente, hacía ya mucho tiempo que aquella vieja enemistad no era un sentimiento, sino un hábito mental; si no había nada que suscitase de nuevo las pasiones de la hostilidad, estas pasiones no existían, y todo el contenido de los innumerables incidentes



desagradables del pasado se había concentrado en la forma de un mutuo juicio despectivo, tan independiente de los vaivenes de los sentimientos como una verdad carente de prejuicios. El profesor Schwung lo sintió exactamente igual a como lo sentía su atacante, ahora difunto; el perdón le parecía completamente infantil y superfluo, porque un arranque de tolerancia anterior al fin, que además era un simple sentimiento y no una refutación científica, no podía tener ninguna fuerza demostrativa frente a las experiencias de una polémica de años, y únicamente serviría de un modo desvergonzado -así es como lo consideraba Schwung- para situarle a él en falso si quería aprovechar su victoria. Esto no tenía nada que ver, naturalmente, con el hecho de que el profesor Schwung tuviera la necesidad de despedirse de su amigo muerto. ¶ Dios mío, si se conocían desde que ambos eran adjuntos y aún estaban solteros! “¿Recuerdas cuando tomamos una copa a la

luz del crepúsculo en el jardín de palacio y disputamos sobre Hegel? ¿Cuántas veces se ha puesto el sol desde entonces! Pero yo recuerdo especialmente aquella puesta de sol! ¿Y no recuerdas nuestra primera polémica científica, que casi nos convirtió en enemigos? ¿Qué hermoso era! Ahora estás muerto, y yo me Mantengo aún en pie, aunque junto a tu lecho de muerte!” Así suelen ser, como se sabe, los sentimientos de las personas entradas en años ante la muerte de la gente de su edad. Cuando uno llega a los fríos años de la vejez, la poesía se impone. Muchas personas, que no han escrito un poema desde los diecisiete años, se ponen a escribirlo de pronto a los setenta y siete, al redactar su testamento. Así como en el Juicio Final los muertos serán llamados uno por uno - aunque con el tiempo transcurrido, reposen con todos sus siglos a cuestas como la carga en el interior de los navíos naufragados-, así también en el testamento las cosas son

nombradas una por una y recobran la personalidad que perdieron con el uso. “La alfombra de Bukhara, con el agujero producido por un cigarro, que está en mi despacho”, se dice en uno de estos manuscritos finales, o bien: “El paraguas con mango en forma de rinoceronte, que compré en mayo de 1887 en la tienda de Sonnenschein & Winter”; incluso se hace referencia a los paquetes de acciones, citándolos uno a uno por sus números.

Y no es casual que, al hacerse la luz por última vez sobre cada uno de los objetos, surja también la exigencia de vincular a ellos una moral, una exhortación, una bendición, una ley, destinadas a conjurar con una fórmula enérgica esta inesperada multiplicidad que vuelve a emerger una vez más en torno al ocaso. Junto a la poesía nacida a la hora de hacer testamento, surge también, por todo lo dicho, la filosofía, y suele ser lógicamente una filosofía vieja y polvorienta, que vuelve a

desenterrarse tras cincuenta años de olvido. Ulrich comprendió de pronto que ninguno de aquellos dos ancianos habría podido ceder. “Que la vida haga lo que quiera, mientras se mantengan incontrovertidos los principios!”; he aquí una necesidad razonable cuando se sabe que, dentro de unos meses o de unos años, a uno le sobrevivirán los propios principios. Con toda claridad se veía que, en el anciano consejero áulico, ambos impulsos seguían en lucha: su romanticismo, su juventud, su poesía reclamaban un grande y bello ademán y una palabra noble; por contra, su filosofía postulaba que diera expresión a la intangibilidad de la ley de la razón a través de bruscos antojos sentimentales y transitorias debilidades afectivas como las que su difunto enemigo le tendió, como una trampa para hacerle caer. Schwung llevaba ya dos días dándole vueltas: ahora él ha muerto, y ningún obstáculo se cruza ya en el camino de la concepción de

Schwung sobre las facultades mentales restringidas. Así pues, su sentimiento afluyó en amplias oleadas hacia su viejo amigo, y como un plan de movilización minuciosamente preparado, que sólo necesita el toque de corneta para su puesta en marcha, urdió la escena de despedida, pero en ella había caído vinagre y la había diluido. Schwung había empezado con un enérgico movimiento, pero ahora le ocurría como a aquel que se vuelve razonable en medio de un poema y no recuerda las últimas líneas. Así estaban el uno frente al otro, una barba blanca hirsuta y los pelos hirsutos de una barba blanca, los dos con las mandíbulas inexorablemente apretadas.

¿Qué irá a hacer ahora?, se preguntó Ulrich, que contemplaba la escena con atención. Finalmente, en el consejero áulico Schwung, la alegre certidumbre de que el párrafo 318 del Código Penal sería admitido como él proponía, se impuso al enojo, y al

sentirse liberado de los malos pensamientos, lo que más le hubiera gustado habría sido ponerse a cantar: “Yo tenía un camarada...”, para dar libre curso al único y buen sentimiento que ahora le invadía. Pero como no podía hacerlo así, se dirigió a Ulrich y le dijo:

-[Créame usted, joven hijo de mi amigo, lo que pesa es la crisis moral; la decadencia social viene después! Después se volvió a Agathe y prosiguió:

-Lo grande de su padre fue que siempre estuvo dispuesto a hacer todo lo posible para que se impusiera una concepción idealista en los fundamentos del Derecho.

Luego tomó una mano de Agathe y una mano de Ulrich, las sacudió y exclamó:

-Su padre concedió una importancia excesiva a pequeñas divergencias de opinión inevitables en un largo trabajo en común. Siempre tuve el convencimiento de que debía hacerlo para no exponerse a ningún reproche, teniendo en cuenta lo muy sensible

que era en su sentido del derecho. Mañana, muchos profesores vendrán a despedirse de él, pero no habrá ninguno como él!

La escena acabó así de un modo conciliador, y Schwung, al despedirse, insistió aún en que Ulrich contara con los amigos de su padre, si se decidía por la carrera académica.

Agathe había estado escuchando con los ojos muy abiertos, considerando la inquietante forma definitiva que la vida acaba por dar a las personas.

-Era como un bosque de árboles de yeso! -dijo después a su hermano.

Ulrich sonrió y respondió:

-Me siento tan sentimental como un perro a la luz de la luna!

## 5 - Hacen mal

**-¿RECUERDAS** -le preguntó Agathe tras una pausa- que una vez, cuando yo todavía era muy pequeña, te caíste al agua hasta la cintura jugando con otros muchachos, y luego quisiste disimularlo y te sentaste a la mesa dejando visible la parte superior, seca, de tu cuerpo; pero te descubrieron la parte inferior porque te castañeteaban los dientes?

Cuando Ulrich, de chico, iba de vacaciones a casa después del curso en el Instituto -aquélla fue, en realidad, la única vez que pudo hacerlo en mucho tiempo- y cuando el pequeño cadáver encogido era aún para ambos un hombre casi omnipotente, no pocas veces ocurrió que Ulrich no quería confesar una falta y se resistía a arrepentirse de ella aunque no consiguiera negarla. Este comportamiento le costó atrapar en aquella



ocasión una fuerte calentura y hubo que meterle en cama a toda prisa.

-[Y] no te dejaron comer más que sopa! -añadió Agathe.

-[Es verdad! -confirmó su hermano, sonriente.

El recuerdo de haber sido castigado, que ahora ya no le afectaba, se le antojó en este momento como si viera en el suelo sus zapatitos de niño, que tampoco le afectaban en absoluto.

-[De todos modos no podías comer más que sopa, por la fiebre! -repitió Agathe-, [y encima te mandaron comerla como castigo!

-[Es verdad! -volvió a confirmar Ulrich-, pero no lo hicieron por rencor, sino por cumplir lo que se llama un deber.

No sabía adonde quería ir a parar su hermana. Él mismo seguía viendo sus zapatitos de niño. Pero no, no los veía; los veía simplemente como si los estuviera viendo. Sentía como antaño aquellos agravios, que

ahora ya no podían importarle por ser adulto. Pensó: “Este “no importar ya” expresa en cierto modo el hecho de que en ningún período de la vida está uno totalmente encajado en sí mismo.”

-Pero, de todos modos, no habrías podido comer más que sopa! -insistió una vez más Agathe, y añadió:- Creo que toda la vida he tenido miedo de ser tal vez la única persona incapaz de comprenderlo!

Los recuerdos de dos personas que hablan de un pasado conocido por ambas, ¿pueden no sólo complementarse, sino confundirse incluso antes de ser expresados? Algo así estaba ocurriendo en aquel momento!

Una situación común sorprendía, desconcertaba incluso, a los hermanos, como unas manos escondidas debajo de una capa, que aparecen donde menos se espera y se agarran unas a otras de improviso. Cada uno de ellos sabía del pasado mucho más de lo

que había supuesto, y Ulrich sintió de nuevo la luz de la fiebre, que entonces se subía por las paredes desde el suelo, como lo estaba haciendo la luz de los cirios en la habitación donde ahora se hallaban; luego había entrado el padre en la habitación y, tras vadear el cono de luz de la lamparita de sobremesa, se había sentado al borde de su cama.

-[Si tu conciencia estaba seriamente afectada por el alcance de tu acción, esta acción se nos aparecería bajo una luz atenuada, siempre que previamente lo reconocieras!

Puede que fueran palabras del testamento o de las cartas sobre el párrafo 318, que se filtraran subrepticamente en su memoria. Por lo demás, tenía poca memoria para los detalles y también para las palabras; por ello resultaba insólito en él que aparecieran en su recuerdo frases enteras, y esto se relacionaba con su hermana, de pie ante él, como sí la proximidad de ella fuese la que suscitara en Ulrich esta transformación.

-[Si has tenido la fuerza de decidirte por ti misma a cometer un acto malo, al margen de toda necesidad que te obligase a ello, debes confesar que has actuado de un modo culpable! -prosiguió, afirmando luego-: [Así debió de hablarte también papá!

-Puede que no lo hiciera así, exactamente -rectificó Agathe-. A mí solía concederme “disculpas condicionadas por mi disposición interna”. Siempre me hizo ver que un deseo no era una acción instintiva, sino relacionada con la reflexión.

-Es la voluntad -citó Ulrich- la que, con el creciente desarrollo de la razón y del entendimiento, debe someterse al deseo, o al instinto, adoptando la forma de la reflexión y de la consiguiente decisión.

-¿Es verdad? -preguntó su hermana.

-¿Por qué lo preguntas?

-Probablemente porque soy tonta.

-Tú no eres tonta.

-Siempre me ha costado aprender y nunca he entendido bien las cosas.

-Esto no prueba gran cosa.

-Entonces es probable que sea mala, porque lo que comprendo, no llego a asimilarlo.

Estaban apoyados, cara a cara, en las jambas de la puerta que conducía a la habitación contigua y que había quedado abierta tras la partida del profesor Schwung; la luz del día y la de los cirios jugaban en sus rostros, y sus voces se entrelazaban como en un responsorio, Ulrich recitaba sus frases como si rezara, y los labios de Agathe las seguían de un modo sosegado. El viejo tormento de las advertencias, que consistía en embutir dentro del tierno cerebro de la infancia, incapaz de comprender nada, un orden duro y extraño a él, les producía a los dos hermanos un placer con el que estaban jugando.

Y de repente, sin que todo lo precedente le indujera a ello de un modo inmediato, Agathe exclamó:

-Imagínate esta mentalidad extendida a todas las cosas: así es Gottlieb Hagauer! -y empezó a imitar a su marido como un escolar-: “¿Es verdad que no sabes que el lamium álbum es la ortiga muerta?” “¿Y cómo podríamos arreglárnoslas sin seguir paso a paso, con un guía de confianza, el mismo proceso laborioso de la inducción, el cual, a lo largo de un esforzado trabajo milenario, lleno de errores, ha llevado progresivamente al género humano a su actual estado de conocimiento?” “¿No te das cuenta, querida Agathe, de que el pensamiento es también un deber moral? El hecho de concentrarse supone vencer constantemente la propia comodidad.” “Y la disciplina espiritual implica una educación disciplinada de la mente, gracias a la cual el hombre está cada vez más en condiciones de elaborar racionalmente

largas series de conceptos, entre constantes dudas sobre sus propias intuiciones, es decir: mediante silogismos irreprochables, a través de encadenamientos de conclusiones y de conclusiones encadenadas, de inducciones o deducciones, no sometiendo el juicio obtenido a una verificación mientras las ideas no encajen unas con otras.”

A Ulrich le dejó estupefacto la exhibición memorística de su hermana.

Y a Agathe parecía proporcionarle un placer desenfrenado proferir, pronunciándolas impecablemente, aquellas frases pedantescas, sacadas de Dios sabe dónde, probablemente de algún libro. Agathe afirmaba que aquélla era la forma de hablar de Hagauer.

Ulrich no lo creyó.

-¿Cómo podrías haber cogido de simples conversaciones unas frases tan largas y complicadas?

-Se me han quedado grabadas en la memoria -replicó Agathe-. Yo soy así.

-Pero, ¿tú sabes -preguntó Ulrich asombrado- lo que es un encadenamiento de conclusiones o una verificación?

-Ni idea! -admitió Agathe riendo-. Puede que él mismo lo haya leído también en alguna parte. Pero así es como habla. Y yo lo he aprendido de memoria oyéndolo todo de sus propios labios, como una serie de palabras sin sentido. Creo que por la rabia que me da oírle hablar de esta forma. Tú no eres como yo: a mí, las cosas se me quedan, porque no sé qué hacer con ellas..., ésta es mi buena memoria. Como soy tonta, tengo una memoria tremenda!

Hablaba como si en sus palabras hubiese una triste verdad de la que tuviera que desprenderse para continuar con su insolencia:

-Con Hagauer, incluso cuando juega al tenis, las cosas funcionan así: "Si, cuando



aprendo a jugar al tenis, pongo por primera vez, a propósito, la raqueta en una posición determinada, para dar una determinada dirección a la pelota, de cuya trayectoria estaba satisfecho hasta ese momento, entonces intervengo en la marcha del fenómeno: Experimento!”

-¿Juega bien?

-Le gano por seis a cero.

Se echaron a reír.

-¿Sabes -dijo Ulrich- que, objetivamente, Hagauer tiene razón en todo lo que le haces decir? Es divertido!

-Es posible que tenga razón -respondió Agathe-; lo que pasa es que yo no lo entiendo. Pero, ¿sabes?, una vez un chiquillo de su escuela tradujo literalmente el siguiente pasaje de Shakespeare:

*Los cobardes mueren a menudo antes de su muerte;*

*los valientes no prueban la muerte más que una sola vez.*

*De todas las maravillas que he oído aún,*

*muy extraño me parece que los hombres deban sentir temor,*

*viendo que la muerte, un fin necesario, vendrá cuando quiera venir.*

“Y él lo corrigió; yo misma vi el cuaderno:

*El cobarde ha muerto muchas veces antes de morir! Los valientes sólo prueban la muerte una vez. De todas las maravillas que he oído jamás, la más grande me parece...*

“Y así sucesivamente, ~~La~~ traducción alemana de Schlegel, de carrerilla!

-Y aún me acuerdo de otro fragmento - prosiguió Agathe-, creo que es de Píndaro, y dice así: “~~La~~ ley de la naturaleza, reina de todos los mortales e inmortales, gobierna, permitiendo las cosas más violentas con mano omnipotente!” Y él le dio el “último toque”: “La ley de la naturaleza, que reina

sobre todos los mortales e inmortales, gobierna con mano omnipotente, permitiendo también la violencia.”

Acto seguido, Agathe le preguntó:

-¿No te parece que tuvo mucha gracia que el pequeño de su escuela, del que no estaba nada satisfecho, le tradujera el texto tan literalmente y de un modo tan lamentable, tomándolo palabra por palabra, como si fuera un montón de piedras desmoronadas? -Y repitió la traducción-: “Los cobardes mueren a menudo antes de su muerte; / los valientes no prueban la muerte más que una sola vez. / De todas las maravillas que he oído aún, / muy extraño me parece que los hombres deban sentir temor, viendo que la muerte, un fin necesario, / vendrá cuando quiera venir...”

Tenía puesta la mano alrededor de la jamba, como si fuera el tronco de un árbol, y lanzaba aquellos versos toscos con toda la brutalidad y la belleza que poseían, sin que la

turbara el hecho de que un infeliz cadáver encogido yaciera bajo sus ojos, que reflejaban el orgullo de la juventud.

Con la frente arrugada, Ulrich, miraba fijamente a su hermana. “Una persona que no retoca un viejo poema, sino que lo abandona a una descomposición que destruye a medias su sentido, es como el que, a una estatua antigua que le falta la nariz, no le pone una de mármol nuevo”, pensó. “Podría definirse como intuición estilística, pero no lo es. Y tampoco se trata de la persona cuya imaginación es tan viva, que no se siente molesta por el defecto. Más bien se trata del que no concede valor alguno a la integridad material y, por consiguiente, no exige que sus sensaciones sean “totales”. [A ella la habrán besado -dedujo con una transición súbita-, sin que todo su cuerpo se haya derrumbado inmediatamente!” En este instante, le pareció que de su hermana no necesitaba conocer más que aquellos versos apasionados, para

saber que jamás “se metería de lleno en algo” y que era, como él mismo, la persona del “apasionado trabajo a medias”. Incluso llegó a olvidar la otra mitad de su ser, la que reclamaba medida y dominio. Ahora habría podido decir a su hermana con toda seguridad que ninguna de sus acciones se ajustaba a lo que la rodeaba de un modo inmediato, sino que todas ellas dependían de un ambiente mucho más vasto y extraordinariamente problemático, y aun de un ambiente que no comienza en ninguna parte ni está limitado por nada, y las impresiones contradictorias de la primera noche hallarían así una explicación favorable. Pero la reserva a la que estaba acostumbrado era mucho mayor aún, y esperó con curiosidad e incluso con ciertas dudas a que Agathe descendiera de la elevada rama a la que se había subido. Seguía de pie, con la mano apoyada en la jamba de la puerta, y un solo instante de más bastaría para estropearlo todo. Le horrorizaban las

mujeres que se comportaban como si un pintor o un director de escena les hubiese puesto en el mundo, o que, tras una excitación como la de Agathe, se perdían en un artificioso “piano”.

“Quizás sea capaz -reflexionó Ulrich-, de dejarse caer de pronto desde la cumbre de su entusiasmo, con la expresión estúpida y sonámbula de una médium al despertarse; es probable que no le quede otro remedio, [y] también esto resultará un poco penoso!” Pero Agathe parecía saberlo ella misma, o tal vez había adivinado el peligro que la acechaba en la mirada de su hermano: saltó alegremente de su éxtasis, cayendo sobre los dos pies, y [sacó] la lengua a Ulrich!

Pero luego se quedó seria y silenciosa, no dijo ni una palabra más y fue a buscar las condecoraciones. Así pues, ambos hermanos se dispusieron a contrariar la última voluntad de su padre.

Agathe puso manos a la obra. Ulrich sentía una especie de reparo en tocar al anciano, que yacía indefenso; pero Agathe tenía una forma de obrar mal que no le suscitaba a uno la idea del mal. Los movimientos de sus ojos y manos se asemejaban a los de una mujer que está atendiendo a un enfermo, y en ocasiones tenían el aspecto conmovedor, de un ingenuo primitivismo, de los animales jóvenes que dejan de jugar para asegurarse de que su dueño sigue observándolos. Y éste tomaba las condecoraciones quitadas del pecho del cadáver y alargaba a su hermana las condecoraciones falsas. Se sentía como el ladrón a quien le salta el corazón en el pecho. Y si tenía la impresión de que las cruces y las estrellas adquirirían un brillo más vivo en la mano de su hermana que en la suya, e incluso pasaban a convertirse inmediatamente en objetos mágicos, esta transformación podía ser real, dentro de la verdinegra estancia, llena de reflejos múltiples de las plantas

de hojas grandes; pero la impresión podía deberse también a que intuía la voluntad de su hermana, que le guiaba entre vacilaciones y se apoderaba juvenilmente de la suya; y como en ello no se adivinaba intención alguna, en aquellos momentos de un contacto al que nada se mezclaba, volvía a nacer de la presencia de ambos un sentimiento casi sin dimensión, y en consecuencia de una tremenda fuerza.

Entonces Agathe interrumpió su trabajo, que ya estaba listo. Sólo quedaba algo que hacer aún, y, tras una breve pausa de reflexión, dijo sonriendo:

-¿Por qué no escribimos los dos algo bonito en un papel y se lo metemos en el bolsillo?

Esta vez, Ulrich supo en seguida lo que ella quería decir, porque tales recuerdos comunes no eran muy abundantes, y le vino a las mientes que, a una edad determinada, ambos sentían gran predilección por los



versos y las historias tristes, en las que alguien moría y era olvidado de todos. Puede que aquello lo provocara la sensación de desamparo de su infancia; con mucha frecuencia imaginaban una historia juntos. Con todo, Agathe tendía ya por entonces a convertir aquellas historias en acción, en tanto que Ulrich se sentía empujado simplemente a empresas más viriles, temerarias y carentes de sensibilidad. De ahí que la decisión que tomaron una vez de cortarse cada uno una uña y enterrarla en el jardín partiera de Agathe, que unió además a las dos uñas un mechón de sus rubios cabellos. Ulrich declaró con orgullo que, cien años más tarde, tal vez alguien daría con aquellos objetos y se preguntaría maravillado a quién debieron de pertenecer. Al decirlo, le dominaba el deseo de pasar a la posteridad; en cambio la pequeña Agathe concedía más importancia al hecho mismo de enterrar los objetos; tenía la sensación de esconder una parte de sí misma

y sustraerla así al control de un mundo cuyas exigencias pedagógicas la intimidaban, sin que por otra parte le merecieran demasiado respeto. Por entonces se estaba construyendo precisamente la pequeña vivienda para el servicio a un extremo del jardín, y con tal motivo se pusieron de acuerdo para hacer algo desacostumbrado. Escribirían unos versos maravillosos en dos pedazos de papel, añadiendo quiénes eran ellos dos, y los meterían dentro de una pared de la casa; sin embargo, al ponerse a escribir los versos, que debían poseer una belleza especial, no se les ocurrió nada; iban pasando los días y las paredes se iban alzando ya sobre los cimientos. Finalmente, cuando el tiempo apremiaba, Agathe escribió una frase de su libro de matemáticas, y Ulrich puso “yo soy...” y luego su nombre. A pesar de todo, el corazón les palpitaba con furia cuando, en el jardín, pasaron furtivamente junto a los dos albañiles que allí trabajaban. Agathe se

contentó con arrojar el papel al hoyo en que se hallaban los dos obreros, y escapó corriendo. Pero Ulrich que, por el hecho de ser mayor y de ser hombre, tenía más miedo a que los albañiles le detuvieran y le preguntaran sorprendidos qué quería, no consiguió mover ni un dedo, a causa de la excitación que le dominaba. Entonces Agathe, envalentonada por el hecho de que a ella no le había ocurrido nada, se decidió a regresar y cogió el papel de su hermano. Avanzó con él, como si estuviera dando un paseo sin intención alguna, descubrió en el extremo de una pared un ladrillo recién colocado, lo levantó y dejó el nombre de su hermano metido en la pared antes de que nadie lo notara. Ulrich, entretanto, la había seguido vacilante y, en el mismo momento de la acción, sintió que la ansiedad que tan terriblemente le oprimía, se transformaba en una rueda de afilados cuchillos que giraban en el interior de su pecho, con tanta velocidad que, a los pocos

momentos, la rueda se convirtió en un sol que lanzaba chispas, como los que se hacen estallar en los castillos de fuegos artificiales. A aquello había hecho alusión Agathe, y Ulrich estuvo mucho rato sin contestar nada, limitándose a sonreír a la defensiva, porque repetir semejante juego con el muerto no le parecía lícito.

Pero ya Agathe se había agachado y quitado una ancha liga de seda que llevaba para aligerar el cinto; le sacó la guarnición y metió la liga en el bolsillo de su padre.

¿Y Ulrich? Al principio no daba crédito a sus ojos, ante este recuerdo que resucitaba. Luego estuvo a punto de saltar sobre su hermana para impedirlo; pura y simplemente porque le parecía contrario a toda norma. Pero después captó en los ojos de su hermana un destello del fresco rocío matinal, no enturbiado aún por la agitación diurna, y aquello fue lo que le contuvo.

-¿Qué estás haciendo? -dijo en tono de leve reconvención.

No sabía si quería aplacar al muerto por el mal que se le había hecho, o si deseaba darle algo porque él mismo cometió tantas injusticias. Ulrich habría podido preguntarlo; pero la bárbara idea de regalar al muerto, ya frío, una liga que conservaba aún el calor de la pierna de su hija, le produjo un nudo en la garganta y provocó en su cerebro un total desconcierto.

## **6 - El anciano caballero puede descansar al fin**

**E**L poco tiempo que aún quedaba disponible antes del entierro se llenó de innumerables e insólitos pequeños deberes y transcurrió con gran rapidez, y al final, la llegada de las visitas, que recorría todas las horas como un hilo negro, se había convertido en una enlutada fiesta, media hora antes de la salida del cadáver. Los empleados de la funeraria estuvieron martilleando y cepilando más que nunca -con la seriedad de un cirujano al que uno le ha confiado su vida, sin que en lo sucesivo tenga ya oportunidad de intervenir- y habían tendido a través de la intacta cotidianidad de las otras partes de la casa una pasarela de sentimientos solemnes que, desde la puerta principal, se extendía

escalera arriba hasta la cámara mortuoria. Las flores y las plantas de interior, los crespones y paños negros, los candeleros de plata y las pequeñas lenguas doradas y trémulas de las llamas, que salían al encuentro de los visitantes, conocían su misión mucho mejor que Ulrich y Agathe, los cuales, en nombre de la familia, tenían que saludar a todo aquel que deseaba rendir un último homenaje al difunto. En la mayoría de los casos, ninguno de los dos hermanos sabían quién era el visitante, excepto cuando el viejo criado de su padre, a escondidas, les llamaba la atención sobre los huéspedes de especial importancia. Y todos los que iban apareciendo se deslizaban junto a ellos, se escapaban de su lado e iban a echar el ancla, solos o en grupos, a cualquier parte de la habitación, observando en suspenso a los hermanos. Un aire de serio comedimiento les cubría rígidamente el rostro, hasta que por fin el maestro de ceremonias, el propietario

de la empresa de pompas fúnebres -el tipo que había estado esperando a Ulrich con su papel impreso y que durante aquella última media hora no había subido y bajado la escalera menos de veinte veces-, avanzó de lado hacia Ulrich como disparado, y con la importancia, de una espectacularidad circunspecta, con que un ayudante de campo da el parte a su general en un desfile, le comunicó que todo estaba dispuesto.

Dado que la comitiva debía recorrer solemnemente la ciudad, no subirían a los coches hasta más tarde, y Ulrich tuvo que ponerse en cabeza, al lado del delegado imperial y real, el cual acudió en persona para rendir los debidos honores al último descanso de un miembro de la cámara alta; al otro lado de Ulrich iba un señor no menos importante, decano de una delegación de tres miembros de la cámara alta; los otros dos nobles caballeros venían detrás; seguía el rector y el senado de la universidad y sólo



tras ellos -aunque precediendo a la incalculable riada de sombreros de copa pertenecientes a todo tipo de fuerzas vivas, cuya dignidad iba disminuyendo lentamente de la cabeza a la cola del cortejo-, caminaba Agathe, flanqueada por señoras enlutadas, las cuales indicaban el lugar que, en medio de las máximas autoridades, correspondía al duelo familiar y privado; porque la libre participación de los que no eran más que “simpatizantes” con el duelo no empezaría hasta que hubieran pasado todos los que venían representando oficialmente a algo, y era muy posible que no la compusieran más que los dos ancianos sirvientes, avanzando solitarios tras el cortejo. Se trataba de un cortejo compuesto principalmente de hombres, y Agathe no tenía a su lado a Ulrich, sino a su marido el profesor Hagauer, cuyo rostro encarnado como una manzana, con el bigote de pelos erizados sobre la boca, se había convertido ya en algo extraño para ella; aquel rostro

tenía una tonalidad azul oscura a través del velo negro y espeso que permitía a Agathe contemplarlo a escondidas. El propio Ulrich, que había pasado las largas horas precedentes en compañía de su hermana, tuvo de pronto la impresión de que el arcaico ceremonial del entierro, procedente de los tiempos en que fue fundada la universidad, le había arrebatado a Agathe, y la echaba de menos, sin que ni siquiera tuviese la posibilidad de volverse a mirarla; imaginó una broma con la que la saludaría cuando volveran a verse, pero a sus pensamientos les quitaba libertad la presencia del delegado del gobierno, que avanzaba a su lado en silencio y con majestad, pero que de vez en cuando le dirigía unas palabras en voz baja, que él tenía que captar, y además, a él iba dedicada la atención de todas aquellas excelencias, ilustrísimas, eminencias y señorías, puesto que era considerado la sombra del conde de Leinsdorf, y la desconfianza que todo el

mundo sentía cada vez más por la Acción Patriótica le daba prestigio.

Por añadidura, en las aceras y tras las ventanas se amontonaban los curiosos, y aunque sabía que dentro de una hora, ni más ni menos que en una representación teatral, todo habría pasado, los acontecimientos de ese día le afectaban con especial viveza, y la general participación en su destino le pesaba sobre los hombros como una capa adornada con pesadas guarniciones. Por primera vez sentía la inflexibilidad de la tradición. Precediendo como una oleada al cortejo, la compunción de la masa humana en las aceras, una masa que conversaba, enmudecía y volvía a respirar aliviada, la magia de los clérigos, los golpes sordos que daban sobre la madera los grumos de tierra, cuya proximidad se presentía, el comprimido silencio del cortejo, todo aquello pulsaba las clavijas del cuerpo, como si se tratara de un primitivo instrumento musical, y Ulrich sintió con

asombro una resonancia indescriptible en su interior, en cuyas ondas vibratorias se enderezaba su cuerpo, como si lo aguantara de un modo muy real la sostenida ampulosidad que le rodeaba. Y como en ese día se encontraba más próximo a los demás, inmediatamente se imaginó que las cosas serían en realidad muy distintas si, en aquel momento, de acuerdo con el sentido originario de aquella pompa semiolvidada y rediviva, él fuera en efecto el heredero de un gran poder. La tristeza se esfumó con tales pensamientos, y la muerte pasó de ser un terrible asunto privado a ser una transición que se efectuaba a través de una solemnidad pública; no se abría ya aquel agujero obsesionante que deja todo hombre a cuya existencia uno se ha acostumbrado, en los días que siguen inmediatamente a su desaparición, sino que el sucesor pasa ya a ocupar el puesto del difunto, la multitud le sostiene con su aliento; la fiesta de muerte era a la vez

una ceremonia de entrada en la virilidad para el que ahora tomaba el sable en sus manos y, por primera vez, sin que nadie le precediera, avanzaba solo hacia su propio fin. “No tenía la obligación -pensó Ulrich involuntariamente-, de cerrarle los ojos a mi padre! No por él, o por mí, sino...”, y fue incapaz de llevar el pensamiento hasta el final; pero el hecho de que no hubiera querido a su padre ni éste le hubiera querido a él se le antojó -ante aquel orden establecido- una mezquina sobreestimación de la importancia personal. En efecto, ante la muerte, los pensamientos personales tenían un insípido sabor a insignificancia; en cambio, todo lo que en aquel momento tenía importancia parecía emerger de aquel inmenso cuerpo que constituía el cortejo y que avanzaba lentamente entre el callejón de seres humanos, a pesar de que lo impregnaran la ociosidad, la curiosidad y la simple presencia física, vacía de pensamientos.

Sin embargo, la música seguía sonando; era un día ligero, claro, magnífico, y los sentimientos de Ulrich se movían de un lado a otro como el palio que se lleva sobre el Santísimo en una procesión. De vez en cuando miraba a los cristales del coche mortuario que avanzaba ante él y veía reflejada en ellos su cabeza, con el sombrero, y sus hombros, y a veces observaba en el piso del coche, cerca del féretro adornado con blasones heráldicos, las pequeñas costras de cera de otros entierros, que no habían sido limpiadas, y entonces su padre le dio simplemente lástima, como un perro atropellado en plena calle. Se le humedecieron los ojos, y cuando su mirada pasó del exceso de color negro a los espectadores de las aceras, éstos le parecieron flores recién regadas, de vivos colores. La idea de que era él, Ulrich, quien lo veía, y no el hombre que había pasado todos sus días en la población y que, además, sentía mayor preferencia que él por la

solemnidad, era una idea muy extraña y casi le pareció imposible que su padre no pudiera asistir a la propia despedida de un mundo que para él era, en general, bueno. Aquello le producía a Ulrich una intensa emoción, aunque no por ello se le escapó que el agente o empresario de las pompas fúnebres, que conducía el entierro católico al cementerio y velaba porque todo estuviera en orden, era un judío alto y robusto, de unos treinta años: un largo bigote rubio adornaba su rostro; llevaba en el bolsillo papeles, como un guía turístico; se movía afanosamente arriba y abajo y arreglaba los arreos de un caballo o susurraba algo al oído de los músicos. Además, esto le recordaba a Ulrich que el cadáver de su padre no había estado en la casa el último día, y sólo lo devolvieron a ella poco antes del entierro, de acuerdo con una disposición testamentaria, inspirada por el libre espíritu de investigación, que había puesto el cadáver a disposición de la ciencia.

Sin duda era presumible que, tras la intervención anatómica, sólo muy por encima habían vuelto a coser el cuerpo del anciano caballero; así pues, detrás de los cristales que reflejaban la imagen de Ulrich avanzaba un objeto mal recosido, y aquel objeto era el centro de la gran ostentación, hermosa y solenne. “¿Con o sin sus condecoraciones?”, se preguntó Ulrich confuso; no había vuelto a pensar en ello y no sabía si en el laboratorio de anatomía habrían vuelto a vestir a su padre antes de que el féretro cerrado volviera a casa. También era incierto el destino de la liga de Agathe; quizás la hubieran encontrado, y pudo imaginar las bromas de los estudiantes. Todo aquello era extremadamente molesto y las objeciones del presente volvían a dividir su sensibilidad en muchos aspectos de detalle, después de haberse redondeado durante un momento hasta convertirse casi en la lisa corteza de un sueño vivo. Ya no sentía más que lo absurdo, la



oscilación caótica del orden humano y de sí mismo. “Me he quedado completamente solo en el mundo... -pensó-, se ha roto una amarra..., ¡me elevo por los aires!” Este recuerdo de la impresión primera que recibió al serle comunicada la muerte de su padre, volvió a recubrir su sentimiento, mientras seguía caminando entre murallas humanas.

## 7 - Llega una carta de Clarisse

ULRICH no había dejado a nadie su dirección, pero Clarisse la obtuvo de Walter, con la que estaba tan familiarizado como con su propia infancia. Clarisse escribía:

“Mi adorado, mi acobardado, mi a do!

“¿Sabes lo que es un ado? No he llegado a descubrirlo. Puede que Walter sea un apocado. (La sílaba “ado” aparecía siempre fuertemente subrayada.)

“¿Crees que fui a tu casa borracha? No puedo emborracharme! (Los hombres se emborrachan antes que yo. Es muy extraño.)

“Pero no sé lo que te he dicho; no puedo recordarlo. Temo que te figures que te he dicho cosas que no he dicho. No las he dicho.

“Pero esto tiene que convertirse en una carta... **I**nmediatamente! Antes: tú sabes cómo se abren los sueños. Tú sabes, cuando sueñas, lo que pasa a veces: ya habías estado en este lugar; con estas personas ya habías hablado en alguna otra ocasión... Es como si volvieras a encontrar tu memoria.

“*Tengo la lucidez de ver que he sabido estar despierta!*

“(Tengo amigos de sueño.)

“¿Sabes aún quién es Moosbrugger?

Tengo que contarte algo:

“*De pronto, su nombre estuvo presente de nuevo.*

“Las tres sílabas musicales.

“Pero la música es vértigo. Cuando está sola, quiero decir. La música sola es esteticismo o algo así; debilidad vital. Pero cuando la música se une a la visión, entonces las murallas tiemblan, y de la fosa del presente surge la vida de los hombres venideros. Las tres sílabas musicales, no sólo las

he oído; también las he visto. Han emergido en el recuerdo. Bruscamente, ¿sabes? En el lugar donde emergen, aún queda otra cosa. Es cierto que una vez escribí a tu conde una carta sobre Moosbrugger: [C]ómo se puede olvidar una cosa así! Ahora oigo-veo un mundo, en el que las cosas están quietas y las personas andan, como siempre las has conocido, pero sonoro-visibles. No puedo describirlo con precisión, porque no han emergido de ello más que tres sílabas. ¿Lo entiendes? Quizás sea aún demasiado pronto para hablar de ello.

“Le he dicho a Walter: “[Q]uiero conocer a Moosbrugger!”

“Walter ha preguntado: “¿Quién es Moosbrugger?”

“Le he contestado: “El amigo de Ulo, el asesino.”

“Hemos leído el periódico; era por la mañana, y Walter tenía que ir a la oficina. ¿Recuerdas que una vez leímos el periódico

los tres juntos? (¿Tienes poca memoria, no te acordarás!) Bueno pues, yo había desplegado la parte del periódico que me había dado Walter; un brazo a la derecha, un brazo a la izquierda. Siento de repente la dureza de la madera, estoy clavada en cruz. Le pregunto a Walter: “¿No decía nada el periódico de ayer de un accidente ferroviario cerca de Budweis?”

““Sí”, contestó. “¿Por qué lo preguntas? Fue un accidente de poca importancia: un muerto o dos.”

“Tras una pausa, dije: “Es que en América también ha ocurrido un accidente. ¿Dónde está Pennsylvania?”

“No lo sabe. “En América”, dice.

“Yo digo: “¿Los conductores no dejan nunca intencionadamente que choquen sus locomotoras!”

“Me mira. Es evidente que no me comprende. “Claro que no”, opina.

“Le pregunto cuándo vendrá Siegmund a vernos. No lo sabe con certeza.

“Ya lo estás viendo: naturalmente, los conductores no dejan que choquen sus trenes con mala intención; pero, ¿por qué lo hacen? Te lo diré: en la enorme red de raíles, desvíos y señales que se extienden por todo el globo terráqueo, todos perdemos la fuerza de la consciencia. Porque si tuviéramos la fuerza de ponernos a prueba una vez más y de tener en cuenta una vez más nuestro deber, haríamos siempre todo lo posible para evitar el accidente. **E**l accidente es nuestro detenernos en el penúltimo paso!

“Naturalmente, no se puede esperar que Walter lo vea claro en seguida. Creo que yo puedo alcanzar esta enorme fuerza de la consciencia, y he tenido que cerrar los ojos, para que Walter no vea el relámpago que hay en ellos.

“Por todas estas razones considero mi deber conocer a Moosbrugger.

“Tú sabes que mi hermano Siegmund es médico. Él me ayudará.

“Le esperé.

“Vino el domingo a casa.

“Cuando le presentan a alguien, dice: “Pero yo no soy ni..., ni un músico.” Éste es su chiste. Como se llama Siegmund, no quiere que le tomen por un judío ni por un músico. Fue engendrado en la embriaguez wagneriana. Es imposible arrancarle una respuesta razonable. Durante todo el tiempo en que traté de convencerle, no hizo más que decir disparates refunfuñando. Tiró una piedra a un pájaro e hizo agujeros en la nieve con su bastón. También quiso excavar un camino; viene a menudo a trabajar a casa, porque dice que en la suya no trabaja a gusto, con su mujer y los niños. Es sorprendente que no le hayas encontrado nunca: “¡Tenéis las Fleurs du mal y un huerto!”, nos dice. Yo le he tirado de las orejas y le he dado

puñetazos en las costillas, sin que haya servido de nada.

“Después hemos ido a buscar a Walter, que naturalmente estaba sentado al piano, y Siegmund ha apretado su chaqueta bajo el brazo y mantenía levantadas sus manos llenas de suciedad.

““Siegmund -le he dicho delante de Walter-, ¿cuándo comprendes tú una pieza musical?”

“Con una sonrisa de conejo, ha contestado: “Nunca.”

““Cuando te la haces tuya íntimamente”, he dicho. “¿Cuándo comprendes a una persona? Tienes que ser copartícipe de su realización personal.” ☐o-partícipe! ☐ste es el gran secreto, Ulrich! Tienes que ser igual que esa persona: ☐pero no eres tú quien tienes que meterte dentro de ella, sino que ella tiene que salir fuera de sí misma para meterse en ti! En este salir fuera está nuestra manera de redimir: ☐sta es la forma fuerte!



Nos metemos dentro de las acciones de las personas, pero nos salimos fuera de ellas al llenarlas y las desbordamos, nos elevamos por encima de ellas.

“Perdona que escriba tanto sobre este tema. Pero los rasgos se confunden unos con otros, porque la consciencia no da el último paso. Los mundos no salen a flote si uno no tira de ellos. Seguiré hablando de esto en otra ocasión. El hombre genial tiene el deber de atacar! Tiene la inquietante energía para hacerlo! Pero Siegmund, el muy cobarde, ha mirado el reloj y nos ha recordado la cena, porque tiene que regresar a su casa. ¿Sabes?, Siegmund se mantiene siempre en el término medio entre la indiferencia indolente de un médico experto, que no tiene una idea muy favorable sobre los conocimientos de su profesión, y la indiferencia indolente de un hombre contemporáneo, que, más allá de la tradición intelectual, ha regresado ya a la higiene de la sencillez y al cultivo del

huerto. Pero Walter ha exclamado: “¡Por el amor de Dios! ¿A qué viene hablar ahora de tales cosas? En realidad, ¿qué queréis de este Moosbrugger?” Y esto me ha servido mucho.

“Porque en este momento ha dicho Siegmund: “O es un enfermo mental o es un criminal, no hay duda. Pero, ¿y si Clarisse se imagina de pronto que puede mejorarle? ¡No soy médico, y también tengo que permitir que el cura del hospital se lo imagine! ¿Ella habla de redimirlo? Pues bien, ¿por qué no ha de poder verle, al menos?”

“Se ha cepillado el pantalón, ha adoptado una pose de hombre tranquilo y se ha lavado las manos; durante la cena hemos concertado todo lo que había que concertar.

“También hemos visto ya al doctor Friedenthal; a quien Siegmund conoce es al asistente. Siegmund ha dicho sin preámbulo que corre de su cuenta introducirme con algún título falso, diciendo, por ejemplo, que soy escritora y deseo ver al hombre.

Pero esto fue un error, porque pidiéndolo de un modo tan directo, el otro sólo podía decir que no. “Si usted fuera Selma Lagerlof, estaría encantado con su visita, y la verdad es que estoy encantado de todos modos, pero aquí, por desgracia, los únicos intereses que reconocemos son los científicos.”

“Era muy bonito pasar por escritora. Le miré con insistencia y le dije: “En este caso, yo soy algo más que la Lagerlof, porque lo que quiero no es estudiar!”

“Me miró, y luego dijo: “No hay más que una posibilidad: que venga usted con una recomendación de su embajada para nuestro jefe de clínica.” Me tomó por una escritora extranjera y no comprendió que era la hermana de Siegmund.

“Finalmente acordamos que yo no vería al enfermo, sino al detenido Moosbrugger. Siegmund me procuró una recomendación de una asociación benéfica y un permiso del

tribunal regional. Después, Siegmund me contó que el doctor Friedenthal considera la psiquiatría como una ciencia medio artística, y añadió que él le llamaba el “director de un circo de demonios”. A mí, esto me encantaría.

“Lo más bonito era que la clínica estaba instalada en un antiguo monasterio. Tuvi-  
mos que esperar en el pasillo, y el auditorio está en la capilla. Tiene grandes ventanas de iglesia, y pude ver lo que había al otro lado del patio. En las salas, los enfermos iban vestidos de blanco y estaban sentados al lado del profesor, en la cátedra. Y el catedrático se inclinaba muy amistosamente sobre los sillones donde ellos estaban. Yo pensé: puede que ahora traigan a Moosbrugger. Tuve la sensación de que, a través de las altas ventanas con cristales, deseaba volar hacia la sala. Tú dirás que no puedo volar; pues en este caso, ¿saltar por la ventana? Pero es

evidente que tampoco hubiera saltado, porque no sentía que pudiese hacerlo.

“Espero que regresarás pronto. Jamás puede uno expresar las cosas. Y mucho menos por carta.”

Y debajo, subrayado con energía: “Clarisse.”

## 8 - Familia de dos

**U**LRICH dice:

-Cuando dos hombres o dos mujeres deben compartir durante cierto tiempo un espacio cerrado (de viaje, en el coche-cama o en la fonda repleta) nada tiene de extraño que entre ellos se establezca una extraña amistad. Cada uno tiene una forma distinta de enjuagarse la boca o de inclinarse cuando se quita los zapatos, o de doblar la pierna cuando se mete en cama. La ropa blanca y los vestidos, iguales en conjunto, acusan en los detalles innumerables diferencias mínimas, que se ponen de manifiesto ante los ojos de uno. Debido probablemente al desmesurado y tenso individualismo de nuestra actual forma de vida, se produce al principio una resistencia, que se asemeja a un ligero asco y que impide una

aproximación; es una vulneración de la propia personalidad, que acaba por superarse, y entonces se establece una comunidad que tiene un origen desacostumbrado, como una cicatriz. Tras este cambio, muchas personas se muestran más alegres que de costumbre; la mayoría, más inofensivas; muchas se vuelven más locuaces y casi todas más amables. La personalidad se ha transformado, casi puede decirse que, bajo la piel, se ha trocado en otra, menos peculiar: el “yo” ha sido sustituido por el primer atisbo del “nosotros”, sentido claramente como algo incómodo, como una disimulación, pero completamente irresistible.

Agathe responde:

-Esta aversión a una convivencia íntima se da especialmente entre mujeres. Jamás he podido acostumbrarme a las mujeres.

-También se da entre hombre y mujer -dice Ulrich-. Sólo que entonces queda camuflada por los compromisos del erotismo que

inmediatamente reclaman su atención. Con todo, no es raro que las personas implicadas salgan de pronto de este erotismo y vean cómo despliega sus actividades a su lado (con estupor, ironía o deseo de evasión, según la manera de ser cada uno) una criatura completamente extraña; a muchas personas les sucede incluso después de muchos años. Entonces no pueden decir qué es lo más natural: su conexión con el otro o la huida, ofendida y rápida, de su yo, que abandona aquella conexión y regresa a la ilusión de su singularidad; es evidente que ambas cosas están en nuestra naturaleza. ¶ ambas cosas se confunden en el concepto de familia! La vida en familia no es la vida en plenitud; los jóvenes se sienten expoliados, disminuidos, fuera de sí mismos, cuando se hallan dentro del círculo familiar. Observa a las hijas mayores, cuando no se han casado: la familia las deja vacías y les chupa la sangre;



se convierten en extraños híbridos de “yo” y de “nosotros”.

Ulrich ha sentido la llegada de la carta de Clarisse como un estorbo. Los bruscos y caprichosos arrebatos que contiene le inquietan menos que el trabajo tranquilo y de apariencia casi razonable que ella realiza en lo profundo de su ser por un proyecto de una insensatez manifiesta. Ulrich se ha dicho que, a su regreso, tendrá que hablar de ello con Walter, y desde este instante, su voluntad le empuja a hablar de otras cosas.

Agathe, tendida en el diván, ha levantado una rodilla y le increpa vivamente:

-[Con lo que dices, explicas tú mismo por qué no tuve más remedio que volverme a casar! -dice.

-Y sin embargo, en el llamado sentimiento sagrado de la familia, en este deshacerse los unos en los otros, en este servirse mutuamente, en el movimiento inconsciente dentro de un círculo cerrado, no deja

de haber algo digno de tenerse en cuenta - prosigue Ulrich, sin preocuparse de lo que ha dicho su hermana, y Agathe se extraña de que sus propias palabras vuelvan a alejarse de ella con tanta frecuencia, cuando ya han estado tan cerca.

-Por lo común -sigue diciendo Ulrich-, este “yo” colectivo no es otra cosa que un egoísta colectivo, y entonces un fuerte sentido de la familia es la cosa más insoportable que uno pueda imaginar; sin embargo, este saltar incondicionalmente los unos en defensa de los otros, este luchar y soportar las heridas en común, se puede concebir también como un sentimiento ancestralmente agradable, profundamente enraizado en el transcurrir histórico del hombre, e incluso grabado ya en la horda animal.

Así oye Agathe hablar a su hermano, y sus palabras no le dan mucho que pensar, como tampoco la frase que sigue:

-Este estado degenera fácilmente, como ocurre con todos los estados viejos, cuyo origen se ha perdido. -Y sólo cuando concluye con las palabras-: ¶ probablemente hay que exigir que los individuos sean ya algo especialmente estructurado, si el conjunto que forman no debe convertirse en una absurda caricatura! -vuelve ella a sentirse cómoda junto a su hermano y desea, mientras lo mira, no permitir que se le cierren los ojos y la imagen de él desaparezca; porque es tan maravilloso que él esté ahí sentado y hable de cosas que se pierden en las alturas hasta que vuelven a caer de pronto como una pelota de goma que hubiese quedado prendida en las ramas de un árbol.

Los dos hermanos se habían encontrado al caer la tarde en la sala de recibir; habían pasado unos días desde el entierro.

Este salón de forma oblonga, estaba instalado no sólo con el gusto, sino con el auténtico mobiliario del Imperio burgués;

entre ventana y ventana, colgaban los alargados rectángulos de los espejos, circundados por lisos marcos de oro, y las sillas moderadamente tiasas se hallaban con el dorso pegado a las paredes, de suerte que el suelo vacío parecía haber rondado la habitación con el brillo oscuro de sus cuadrángulos, y llenar una piscina de poco fondo en la que uno no se atrevía a poner el pie. Al borde de esta falta de hospitalidad, llena de estilo, del salón -porque seguía reservado a Ulrich el despacho donde se instaló la primera mañana-, y aproximadamente en el lugar donde, en el interior de una hornacina rinconera, se hallaba la estufa como un rígido pilar, con un vaso encima (y justamente en la línea central de su cara anterior, en un reborde que la rodeaba a la altura de las caderas, había un único candelabro), Agathe se había creado para ella una península muy personal. Había mandado instalar una otomana y puesto a sus pies una alfombra, cuyo

viejo color azul y rojo, junto con el estampado turco de la tumbona, con un dibujo que se repetía absurdamente hasta el infinito, representaba una exuberante provocación para el gris suave y las ondulaciones razonables aplicadas a la estancia por una voluntad ancestral. Además, seguía ofendiendo esta voluntad noble y comedida con una planta verde, de hojas grandes, que tenía la altura de un hombre. La había conservado de la ornamentación mortuoria y, dándole el nombre de “bosque”, la había puesto con la maceta en su cabecera, al otro lado de la gran lámpara de pie que debía permitirle leer acostada y que, en el paisaje clasicista de la habitación, quedaba como un reflector o como el poste de una antena. Este salón, con su techo artesonado, sus pilastras y alacenas, había cambiado poco en cien años, porque se usaba raras veces y jamás había llegado a incorporarse del todo a la vida de sus últimos propietarios; probablemente en tiempos de

los antepasados, las paredes estaban recubiertas aún por telas finas, en lugar de la pintura clara que ahora ostentaban, y puede que también fueran distintas las fundas de las sillas; pero en su aspecto actual, Agathe conocía el salón desde su infancia y no sabía siquiera si fueron sus bisabuelos o personas desconocidas quienes lo habían decorado de aquella forma; porque ella había crecido en la casa, y lo único que sabía de cierto consistía en el recuerdo de que siempre entró en la estancia con el temor que se inculca a los niños por todo aquello que pueden ensuciar o estropear fácilmente. Ahora Agathe había abandonado ya el último símbolo del pasado, el traje de luto, y se había puesto otra vez su pijama; estaba tendida en el diván, introducido en la estancia como una rebelión, y, desde primeras horas de la mañana, leía libros, buenos y malos, que había recogido al azar, interrumpiendo de vez en cuando su actividad para comer o dormir. Cuando el

día así transcurrido tocaba a su fin, Agathe miró, a través de la habitación que se iba oscureciendo, los claros visillos que, bañados ya en la penumbra crepuscular, se hinchaban como velas en las ventanas, y entonces se sintió como si viajara en la intensa aureola de luz de su lámpara a través de la habitación, suave y rígida a la vez, y acabara precisamente de detenerse. Así fue como la encontró su hermano, que captó de una ojeada su iluminada instalación; porque también él conocía la sala, e incluso pudo contar a su hermana que el primer propietario de la casa había sido un jico comerciante, posteriormente venido a menos, razón por la cual el bisabuelo de ellos dos, que era notario imperial, se encontró en situación muy favorable para adquirir la bonita finca. Ulrich sabía otras muchas cosas de aquel salón, que había estado observando a fondo, y su hermana se sintió especialmente impresionada con la explicación de que, en tiempos de sus

bisabuelos, una decoración tan severa se consideraba muy natural; a Agathe le costaba entenderlo, porque le parecía un engendro salido de una lección de geometría, y necesitó un buen rato para que fuera penetrando en ella la mentalidad de una época harta de las formas recargadas del barroco, hasta el punto de que su propia conducta, simétrica y un tanto envarada, quedaba encubierta por la dulce ilusión de actuar en el sentido de una naturaleza pura, libre de arabescos y pensada como algo razonable. No obstante, cuando Agathe acabó de hacerse cargo de esta transformación de conceptos, gracias a los detalles añadidos por Ulrich, le pareció bonito saber muchas cosas; en cambio antes, por la experiencia de toda su vida, le había parecido odioso. Y cuando su hermano quiso enterarse de lo que leía, se lanzó rápidamente, con todo su cuerpo, sobre su provisión de libros, aunque a la vez



afirmó con audacia que le gustaban lo mismo las buenas que las malas lecturas.

Ulrich se había pasado la mañana trabajando y después salió de casa. Hasta ese día, no se había cumplido su esperanza de llegar a concentrarse, y el efecto provechoso que se podía esperar de la interrupción de su vida habitual quedaba compensado por las distracciones que los nuevos contactos llevaban consigo. Sólo después del entierro se produjo un cambio, cuando las relaciones con el mundo exterior, activadas de un modo tan vivo, se rompieron de golpe. Los hermanos, que sólo en cierto modo habían sido el centro de la atención general durante unos días como representantes de su padre, y que habían sentido los múltiples lazos que comportaba su posición, no conocían a nadie en la ciudad, fuera del anciano padre de Walter, a quien hubieran querido visitar. Tampoco les invitaba nadie, por respeto al luto, y el profesor Schwung fue el único que no se

limitó a comparecer el día del entierro, sino también al día siguiente, para informarse de si su difunto amigo había dejado un manuscrito sobre el problema de las facultades mentales restringidas, cuya publicación póstuma cabía esperar. Este paso sin transición de una efervescencia constante a la calma plúmbea que la siguió producía un choque casi físico. A esto se añadía el hecho de que como no había en la casa habitaciones para los huéspedes, ambos hermanos seguían durmiendo en sus habitaciones infantiles, en la buhardilla y en camas improvisadas, rodeados por los pobres trastos de la infancia, que tenían algo de la incomodidad mísera de la celda de un maníaco y que penetraban hasta el mismo sueño, con el brillo mezquino del hule que cubría las mesas o el linóleo del suelo, en cuya yerma soledad proyectaban antaño las ideas fijas de su arquitectura los cubos del juego de la construcción. Estos recuerdos, tan disparatados e

infinitos como la vida, para la cual sirvieron de preparación, hicieron que ambos hermanos encontraran agradable el hecho de que sus dormitorios fueran, por lo menos, contiguos, separados tan sólo por una pequeña cámara de trastos y ropa vieja. Y como el cuarto de baño estaba en el piso de abajo, se encontraban, al despertar, confiados a sus propias fuerzas, se cruzaban, ya desde la mañana, en el vacío de las escaleras y de toda la casa, y ambos tenían que guardarse mutuas consideraciones y resolver en común todos los problemas que les planteaba la necesidad de llevar una casa ajena, una necesidad que se les había presentado de pronto. De este modo descubrieron también, naturalmente, los aspectos cómicos que no dejaba de poseer esta vida en común, tan íntima como imprevista: se parecía a la comicidad novelesca de un naufragio, que les había devuelto a la isla solitaria de su infancia, y ambas cosas les

llevaron a que, tras los primeros días -en cuyo transcurso no habían tenido influencia alguna-, buscaran la independencia; pero cada uno de ellos lo hacía más por consideración al otro que a sí mismo.

De ahí que Ulrich estuviera ya levantado antes de que Agathe construyera su península en el salón, y se hubiera deslizado silenciosamente en el gabinete de trabajo, donde emprendió su interrumpida investigación matemática, más para matar el tiempo que con la intención de conseguir algo positivo. Pero, como pequeña sorpresa, en las escasas horas de una mañana, pudo dejar concluido hasta los menores detalles un trabajo que no había tocado durante meses. Para obtener tan inesperada solución, vino en su ayuda uno de aquellos pensamientos ajenos a toda norma, de los que no sólo puede decirse que nacen cuando menos se espera, sino también que su sorprendente centelleo recuerda a la amada, confundida largo tiempo entre las

otras amigas, antes de que el estupefacto pretendiente deje de concebir que pueda ser comparada con las demás. En tales inspiraciones no sólo interviene la razón, sino que existe siempre algún condicionamiento de la pasión, y a Ulrich se le antojó que en aquel momento debía sentirse necesariamente libre y con el trabajo listo, e incluso le pareció que, en la imposibilidad de descubrir una razón (y un objetivo, casi había acabado prematuramente, y la energía que le quedaba se perdió en el ensueño. Entrevió la posibilidad de que la idea de haber resuelto su trabajo podía ser aplicada a problemas de alcance mucho mayor; proyectó como por juego la primera fantasía de semejante método y, en estos momentos de dichosa distensión, se sintió incluso tentado por la insinuación del profesor Schwung de volver a su profesión y de buscar el camino de la influencia y la consideración pública. Sin embargo, tras los escasos minutos de deleite intelectual, cuando

Ulrich se hizo cargo con lucidez de las consecuencias que resultarían de ceder a su ambición y de emprender la carrera académica con tanto retraso, tuvo por primera vez en su vida la sensación de que era demasiado viejo para emprender una cosa. Desde su adolescencia no había sentido esta noción medio impersonal de los años como algo dotado de contenido independiente, y mucho menos había conocido antes esta idea: “¡Hay algo que ya no puedes hacer!”

Cuando Ulrich, al caer la tarde, le contó todo aquello a su hermana, se sirvió al azar de la palabra destino, que suscitó el interés de Agathe, la cual quiso saber qué era el “destino”.

-¡Algo que está entre “mis dolores de muelas” y “las hijas del rey Lear”! -replicó Ulrich-. No soy de esas personas que se sirven con frecuencia de esta palabra.

Pero resulta que para la gente joven forma parte del canto de la vida; desean tener un destino y no saben lo que es.

Ulrich objetó a su hermana:

-Más adelante, en tiempos mejor informados, la palabra destino adquirirá probablemente un sentido estadístico.

Agathe tenía veintisiete años. Era lo bastante joven como para haber conservado alguna de las formas de sensibilidad sin contenido que uno adquiere al principio; pero era también lo bastante mayor como para adivinar el contenido de las otras, las que llena la realidad. Respondió:

-[Envejecer es ya un destino! -y quedó insatisfecha de esta respuesta, que expresaba su melancolía juvenil de un modo que no le parecía nada significativo.

Pero su hermano no hizo caso y puso un ejemplo:

-Cuando me hice matemático -contó-, deseaba el éxito científico y dediqué todas

mis fuerzas a conseguirlo, aunque no dejaba de parearme una etapa previa para alcanzar otra cosa. Y mis primeros trabajos contenían (naturalmente de un modo imperfecto, como sucede siempre en los comienzos) ideas que entonces eran nuevas y que pasaron desapercibidas e incluso encontraron oposición, aunque se aceptara de buen grado todo lo restante. Podría darse el nombre de destino al hecho de que pronto perdí la paciencia de continuar aplicando todas mis fuerzas a que la cuña siguiera penetrando.

-¿Cuña? -interrumpió Agathe, como si la pronunciación de aquella palabra viril y activa hubiera de causar necesariamente disgustos-. ¿Por qué lo llamas cuña?

-Porque era lo que yo quería hacer antes que otra cosa: quería avanzar como una cuña, y luego perdí la paciencia. Hoy, al concluir un trabajo que tal vez será el último y que aún se remonta a aquellos tiempos, veo con claridad que probablemente tendría



razones para considerarme a la cabeza de un movimiento, si entonces hubiese tenido más suerte o demostrado más constancia.

-¿Podrías recuperar el tiempo perdido! - volvió a intervenir Agathe—. Un hombre siempre tarda más que una mujer en ser demasiado viejo para hacer algo.

-No -replicó Ulrich-, no quiero recuperar el tiempo perdido. Porque es sorprendente, pero cierto, que nada (ni en el curso de las cosas ni en la evolución de la ciencia) hubiera experimentado el menor cambio. Puedo haberme adelantado diez años a mi tiempo; pero con más lentitud y por otros caminos, hay otras personas que han llegado adonde yo les habría llevado a lo sumo, un poco más de prisa; siendo ya bastante dudoso que tal transformación en mi vida hubiese bastado para darme a mí mismo un nuevo impulso que me llevara más allá de la meta alcanzada. Ahí tienes, pues, un pedazo de lo que se llama destino personal, y que va

a desembocar en algo que sorprende por su impersonalidad.

-En resumidas cuentas -prosiguió-, cuanto más envejezco, me sorprende con más frecuencia haber odiado una cosa que luego encuentro en mi camino, al cual ha llegado dando un rodeo, de suerte que, de golpe, no puedo negarle ya su razón de ser; o bien ocurre que se ponen de manifiesto los daños experimentados por ideas o acontecimientos por los que me había apasionado. Al recorrer mayores distancias, parece ya completamente indiferente el hecho de que uno se haya entusiasmado, así como el sentido en que aplicó su entusiasmo. Todo conduce al mismo objetivo, y todo sirve a una evolución impenetrablemente opaca e indefectible.

-Antes se atribuía a los designios inescrutables de Dios -respondió Agathe arrugando la frente, y tenía el tono del que habla por propia experiencia y sin demasiado respeto.

Ulrich recordó que su hermana había sido educada en un convento. Estaba tendida en el diván, con sus largos pantalones, ceñidos en su parte inferior, y Ulrich estaba sentado a sus pies. La lámpara de pie les iluminaba a ambos, formando en el suelo una gran hoja de luz, donde se repetían en negro sus dos figuras.

-Actualmente, el destino produce más bien la impresión del movimiento predeterminado de una masa -dijo Ulrich-; uno está metido en él y por él es arrastrado.

Recordó haber tenido ya la idea de que toda verdad llegaba hoy al mundo dividida en sus partes imperfectas, y sin embargo, de esta forma tortuosa y voluble podía resultar una productividad total mayor que si cada individuo se esforzaba por cumplir todo su deber de un modo serio y en soledad. Esta idea, metida como un garfio en su sentimiento de la propia dignidad y no exenta de una posibilidad de grandeza, la había

expuesto una vez con la conclusión, que no tomaba en serio, de que cada uno podía hacer lo que quisiera. Porque nada le era más ajeno que esta conclusión, y precisamente ahora que su destino parecía haberle dejado a un lado y sin nada más que hacer; en este momento peligroso para su ambición, en el que, movido por un impulso extraño, había dado fin a lo último que le unía a sus viejos tiempos -este trabajo rezagado-; en este momento, pues, en que precisamente se hallaba como recién lavado en el aspecto personal, sentía nacer en él, en lugar de una renuncia, la nueva tensión que había surgido después de su partida. No tenía nombre; provisionalmente podía decirse que una persona joven, íntimamente ligada a él, le pedía consejo, aunque también se podía decir algo muy distinto: pero él veía con una precisión sorprendente la estera brillante de oro claro sobre el color verdinegro de la estancia, con los suaves cuadros del traje de payaso de

Agathe, y se veía a sí mismo y a la casualidad de la convivencia de ambos, delimitada con claridad extrema y sacada de la oscuridad.

-¿Cómo lo has dicho? -preguntó Agathe.

-Lo que hoy se llama todavía destino personal es desplazado por procesos colectivos y, en definitiva, abarcables estadísticamente -repitió Ulrich.

Agathe se quedó pensativa y luego no tuvo más remedio que reírse.

-Naturalmente, no lo entiendo, pero, ¿no sería maravilloso ser redimidos por la estadística? Hace ya tiempo que el amor no lo consigue! -opinó.

Y estas palabras indujeron a Ulrich a contar de pronto a su hermana lo que le había sucedido al terminar su trabajo, cuando salió de su casa y se fue al centro de la ciudad para llenar con algo la indeterminación que quedaba en él. No había querido hablar de ello, porque le parecía un asunto demasiado personal. Puesto que, cada vez

que sus viajes le llevaban a ciudades con las que no se sentía ligado por ningún asunto concreto, le gustaba mucho la especial sensación de soledad que de ello se desprendía, y pocas veces dicha sensación había sido tan fuerte como ahora. Había visto los colores de los tranvías, de los coches, de los escaparates, de los portales, y las formas de los campanarios, de los rostros y de las fachadas, y aunque presentaban los rasgos familiares de lo europeo, la mirada pasaba volando por encima de ellos como un insecto extraviado en un campo lleno de atractivos colores desconocidos, que no sabe dónde posarse, aunque tiene ganas de hacerlo. Este caminar sin rumbo ni objetivo determinado por una ciudad activamente ocupada en sí misma, esta creciente tensión de la experiencia en un distanciamiento creciente, acentuada además por la convicción de que uno no cuenta, sino que sólo cuenta esta suma de rostros, estos movimientos separados del

cuerpo, compuestos de ejércitos independientes de brazos, piernas o dientes a los que pertenece el futuro, puede producir la sensación de que uno, como ser humano que aún pasea como una unidad cerrada y total, resulta ya casi un ser asocial y delincuente; pero, cuando uno sigue cediendo a esta sensación, puede producirse de improviso una falta de responsabilidad y un encanto tan torpemente físico como si el cuerpo no perteneciera ya a un mundo en que el “yo” sensorial está encerrado en pequeños vasos y manojos de nervios, sino a un mundo irrigado por una soñolienta dulzura. Con estas palabras, Ulrich describió a su hermana lo que tal vez fuera consecuencia de un estado de ánimo sin meta ni ambición, o consecuencia de una mengua de la ilusión de la propia personalidad, aunque quizás no fuera otra cosa que el “mito primigenio de los dioses”, el “rostro doble de la naturaleza”, la “visión que da” y la “que recibe”, tras la que él corría

como un cazador. Ulrich esperaba con curiosidad a que Agathe diera alguna señal de acuerdo o demostrara que conocía impresiones semejantes; viendo que no ocurría ninguna de ambas cosas, continuó sus explicaciones:

-Es como una ligera escisión de la consciencia. Uno se siente abrazado, rodeado y penetrado hasta el corazón por una dependencia involuntariamente deliciosa; pero, por otra parte, se mantiene vigilante y capaz de ejercer una crítica del gusto, e incluso dispuesto a entablar querrela con estas cosas y personas imbuidas de una presunción cerril. Es como si en nosotros existieran dos estratos de vida relativamente independientes, que mantienen con todo un equilibrio profundo. Y ya que hemos hablado de destino, es también como si se tuviesen dos destinos: uno activo (insignificante, que se cumple) y otro inactivo (importante, que jamás se llega a experimentar).



Agathe, que había estado escuchando durante un buen rato sin el menor movimiento, dijo de improviso:

-¡Es como besar a Hagauer!

Se había apoyado en un codo y se reía; las piernas seguían estiradas en el diván. Añadió:

-¡Naturalmente, jamás ha sido tan bello como tú lo describes!

Y Ulrich se rio con ella. No estaba muy claro el motivo de su risa. En cierto modo, aquella risa había descendido sobre ambos desde el aire o desde la casa, o de los vestigios de asombro e incomodidad que habían dejado en ellos los solemnes acontecimientos de los últimos días, en un inútil contacto con el más allá, o quizás del placer desacostumbrado que les producía su conversación; porque cualquier costumbre humana perfeccionada hasta el máximo lleva ya en sí el germen del cambio, y toda excitación que traspasa los límites de lo normal se cubre

pronto con un hálito de tristeza, de absurdo y de hastío.

De tal modo y con tal rodeo, habían ido a parar finalmente, y en cierto modo como un alivio, a la conversación, más inofensiva, sobre el “yo”, el “nosotros” y la familia, llegando al descubrimiento, entre bromas y sorpresa, de que los dos constituían una familia.

Mientras Ulrich habla del anhelo de comunidad -de nuevo con el celo de un hombre que se inflige una tortura dirigida contra su naturaleza, aunque no sabe si va contra su naturaleza verdadera o adoptada-, Agathe escucha cómo las palabras de él se le acercan y vuelven a alejarse, y Ulrich se da cuenta de que, en la figura de ella, que se encuentra muy indefensa ante él bajo la fuerte luz y en su traje caprichoso, ha estado buscando algo que pudiera repelerle -como desgraciadamente tiene Por costumbre-, pero no ha encontrado nada, y lo agradece con un afecto puro y sencillo, que no suele

sentir jamás. Y está encantado con la conversación. Sin embargo, cuando ésta termina, Agathe pregunta despreocupada:

-¿Y tú estás en realidad a favor o en contra de eso que llamas familia?

Ulrich responde que no se trata de esto, puesto que él ha hablado de una indecisión del mundo y no de una vacilación de su persona individual.

Agathe reflexiona.

Al fin, dice de un modo súbito:

-Es algo que yo no puedo juzgar! Pero me gustaría estar alguna vez totalmente de acuerdo conmigo misma, y también..., Bueno, vivir de cualquier manera! ¿No te gustaría intentarlo alguna vez?

## **9 - *Agathe, cuando no puede hablar con Ulrich***

**E**N el momento en que Agathe había subido al tren y emprendido el inesperado viaje a casa de su padre, había ocurrido algo que tenía todos los visos de un súbito desgarramiento, y los dos pedazos en que se hendió el momento de la partida huyeron uno de otro como si nunca hubiesen constituido una sola cosa. Su marido la había acompañado a la estación, se había quitado el sombrero y lo sostenía oblicuamente en el aire -el sombrero duro, redondo, negro, que cada vez se veía más pequeño- como corresponde a las despedidas, mientras ella se alejaba. A Agathe le pareció que la nave de la estación retrocedía a la misma velocidad con que avanzaba el tren. En este momento, aunque

poco antes creía aún que no estaría ausente más tiempo que el exigido por las circunstancias, decidió no volver más, y su conciencia se agitó como un corazón que, de golpe, escapa a un peligro del que nada sabía.

Cuando Agathe lo reflexionaba más tarde, no estaba en modo alguno satisfecha de su decisión. En su comportamiento, encontraba reprobable que, por su forma, le recordara una extraña enfermedad que tuvo de pequeña, poco después que empezara a ir a la escuela. Durante más de un año tuvo una fiebre de cierta consideración, que ni aumentaba ni disminuía, y adelgazó hasta llegar a una fragilidad que suscitó la preocupación de los médicos, los cuales no acertaban a descubrir la causa de la dolencia; posteriormente, tampoco se llegó jamás a explicación alguna. Sin duda, a Agathe le había gustado que los grandes médicos de la universidad, que entraron llenos de dignidad y de sabiduría en su habitación, perdieran de

una semana a otra algo de su seguridad; y aunque tomó dócilmente todas las medicinas que le recetaron, e incluso le hubiera gustado ponerse buena, sólo porque se lo pedían, no dejaba de alegrarse de que los médicos no consiguieran adelantar nada con sus recetas, y se sintió transportada a un estado ultraterrenal, o al menos fuera de lo ordinario, en tanto que cada día iba quedando menos de su persona. Estaba orgullosa de que el orden de los adultos no tuviera poder alguno sobre ella, mientras durara la enfermedad, y no sabía cómo su pequeño cuerpo consiguió semejante cosa. Pero al fin se curó voluntariamente y de un modo no menos insólito en apariencia.

Hoy apenas sabía más que lo que le habían contado posteriormente los criados, según los cuales la había embrujado una mendiga que frecuentaba la casa, pero que una vez había sido echada groseramente antes de cruzar el umbral; y Agathe jamás

llegó a descubrir qué había de cierto en aquella historia; porque las gentes de la casa se inclinaban con gusto a las alusiones, pero jamás cedían a dar explicaciones concretas y además tenían miedo de una severa prohibición, procedente al parecer del padre de Agathe. Ella misma no conservaba de esta época más que una sola imagen, por lo demás muy viva; en ella veía a su padre, encendido de ira, lanzándose sobre una mujer de aspecto sospechoso y golpeándole repetidas veces la mejilla con la mano abierta; era la única vez en su vida que Agathe había visto a aquel hombre diminuto, siempre atormentado por aplicar la razón de un modo equitativo, tan cambiado y fuera de sí; no obstante, por lo que recordaba, aquello no había ocurrido antes, sino durante su enfermedad, porque creía recordar que ella estaba en cama y que la cama no estaba en el cuarto de los niños, sino un piso más abajo, “con los mayores”, en una de las habitaciones donde

los criados no debían haber permitido la entrada a la mendiga, a pesar de que aquella mujer tenía acceso a las habitaciones de servicio y a las que daban a la escalera principal. Agathe pensaba incluso que el incidente debía de haberse producido más bien en los últimos tiempos de su dolencia, y que, a los pocos días, se había curado de pronto y se había levantado con la extraña impaciencia que puso fin a la enfermedad tan inesperadamente como se había iniciado.

Lo cierto era que no sabía si todos aquellos recuerdos correspondían a la realidad o eran una invención producida por la fiebre. “Probablemente, lo único sorprendente de tales recuerdos -pensaba con desasosiego-, es que estas imágenes se hayan podido conservar dentro de mí entre la verdad y la ilusión, sin que en ellas haya visto nada que sea extraordinario!”

Las sacudidas del taxi, que recorría las calles mal empedradas, impedían una



conversación. Ulrich había propuesto aprovechar el tiempo seco del invierno para una excursión, y el objetivo adonde quiso dirigirse no era tal objetivo, sino una incursión a paisajes recordados a medias. Se encontraban, pues, en un coche que debía llevarlos a la periferia de la ciudad. “Esto será, sin duda, lo único notable!”, se repetía a sí misma Agathe, recordando lo que había pensado poco antes. De un modo semejante había aprendido las cosas en la escuela, de suerte que jamás supo si era tonta o inteligente, si tenía o no tenía voluntad: las respuestas que se le pedían quedaban fijadas con facilidad en su mente, sin que descubriera el objeto de estas cuestiones pedagógicas, contra las cuales se sentía protegida por una profunda indiferencia interior. Después de su enfermedad, había vuelto a la escuela tan a gusto como antes; a uno de los médicos se le había ocurrido aconsejar que sería ventajoso alejarla de la soledad de la casa paterna

y hacerla convivir con muchachas de su edad; de ahí que la llevaran a una institución religiosa: allí también la consideraron alegre y dócil, y después asistió al gimnasio, para la enseñanza media. Cuando le decían que algo era necesario o verdadero, se atenía a ello y aceptaba de buen grado todo lo que le exigían, porque era lo que le parecía menos costoso, y se le habría antojado absurdo intentar nada contra instituciones sólidas que no tenían ninguna relación con ella y, al parecer, pertenecían a un mundo construido de acuerdo con la voluntad de padres y educadores. Pero no creía una palabra de todo lo que aprendía, y el hecho de que, a pesar de su conducta aparentemente dócil, no fuera en modo alguno una alumna modelo y de que, cuando sus deseos contradecían a sus convicciones, hacía con tranquilidad lo que le venía en gana, determinó que gozara de la consideración de sus condiscípulas, e incluso de aquella simpatía admirativa que halla en

la escuela todo el que consigue llevar una vida cómoda. Incluso era posible que su extraña enfermedad infantil fuera una de esas componendas, porque, con esa única excepción, siempre había estado sana y había sido poco nerviosa. “O sea que se trata simplemente de un carácter apático y sin valor”, constató insegura. Recordaba con cuánta mayor violencia se habían rebelado a menudo sus amigas contra la rígida disciplina del internado, y cómo sus arremetidas contra el orden establecido se sustentaban en unos principios de indignación; sin embargo, en la medida en que a ella le fue dado observarlo, resultó que precisamente las que más apasionadamente se habían sublevado contra los detalles fueron las que posteriormente supieron entendedérselas mejor con la totalidad de la vida, y de aquellas muchachas habían salido unas mujeres que se habían casado con buenos partidos y que habían educado a sus hijos con unos métodos muy semejantes

a los que ellas habían sufrido. De ahí que, a pesar de su insatisfacción con ella misma, tampoco estuviera convencida de que fuese mejor ser un carácter bueno y activo. Agathe detestaba la emancipación de la mujer, tanto como despreciaba la necesidad de convertirse en una clueca a la que el marido debe proporcionar el nido. Recordaba con gusto la época en que sintió por primera vez sus senos contra la tela de su vestido y llevó sus labios ardientes a través del aire refrescante de las calles. Pero la afanosidad erótica de la mujer, que sale de los velos de la adolescencia como una rodilla redonda asomando bajo un tul de color rosa, era algo que le había causado repugnancia toda la vida. Cuando se preguntaba de qué estaba realmente convencida, la respuesta era una sensación de que había sido elegida para vivir algo extraordinario y distinto a todo; así le ocurría ya entonces, cuando apenas si sabía nada del mundo y no creía en lo poco que le habían

enseñado. Y siempre le pareció una actividad misteriosa, acorde con esta impresión, la de dejarse llevar provisionalmente, si era necesario, sin sobreestimar los acontecimientos.

Agathe miró de reojo a Ulrich, que oscilaba, serio y tieso, en el coche; recordó la dificultad con que, la primera noche, su hermano había comprendido que no huyera de su marido en la misma noche de bodas, a pesar de no amarle. Había sentido una tremenda adoración por su hermano mayor, mientras estuvo esperando su llegada; ahora sonreía y rememoraba en secreto la impresión que le producían los gruesos labios de Hagauer durante los primeros meses, cuando se redondeaban amorosamente bajo las cerdas del bigote; entonces toda la cara, en pesadas arrugas, se concentraba en las comisuras de los labios, y ella sentía inmediatamente una especie de hastío: [¿qué feo es este hombre! Soportó asimismo su ligera

vanidad y bondad de maestro de escuela como un simple malestar físico, más externo que interno. Tras la primera sorpresa, le había engañado de vez en cuando con otros hombres: “**S**i es que puede llamarse así - pensaba- al hecho de que a una criatura sin experiencia, cuyos sentidos están dormidos, le parezca en el primer momento que los esfuerzos de un hombre que no es el propio son como truenos que chocan contra la puerta!”. Porque lo cierto es que había mostrado pocas dotes para la infidelidad: en el momento en que acababa de conocerlos, los amantes no le parecían más exigentes que un marido, y pronto se le traslucía que podría haber tomado tan en serio las máscaras de danza de una tribu de negros como las caretas amorosas que se pone el hombre europeo. No es que jamás hubiese perdido la cabeza; **P**ero ya a los primeros intentos de repetición, todo había acabado! El bien aderezado mundo de ideas y la teatralidad

del amor no le producían la menor embriaguez. Estas indicaciones sobre la puesta en escena del ánimo, elaboradas principalmente por los hombres y que desembocaban todas ellas en la constatación de que la vida, tan dura, debe tener, aquí y allá, sus horas débiles -con cualquier subespecie de debilidad, como la caída, la extinción, el ser tomada, el entregarse, el sucumbir, el enloquecer, etc.- le parecían una ficción exagerada y untuosa, porque en ningún momento había conocido otro estado que la debilidad, en un mundo tan certeramente organizado por la fuerza de los hombres.

La filosofía que adquirió Agathe de esta forma fue la del ser humano femenino que no admite engaños y que observa involuntariamente lo que el ser humano masculino trata de hacer para engañarla. Puede decirse incluso que no se trataba de una filosofía, sino sólo de una decepción orgullosamente encubierta; esto se mezclaba además con una

refrenada disposición para una ignota entrega, que podía incluso aumentar en la medida en que se reducía la revuelta externa. Agathe era una persona leída, pero poco inclinada, por su naturaleza, a las teorías; de ahí que, cuando comparaba sus propias experiencias con los ideales de los libros y el teatro, tuviera a menudo ocasión de maravillarse de que sus seductores no la hubiesen paralizado como una trampa a un ciervo (lo que habría correspondido al autorretrato donjuanesco, cuya actitud solía adoptar un hombre cuando daba el resbalón con una mujer) o de que la convivencia con su esposo no se desarrollara a lo Strindberg, como una guerra de sexos (en cuyo caso la mujer prisionera, siguiendo también otra moda, torturaba hasta la muerte a su dueño, torpe y despótico, con los recursos de la astucia y de la debilidad). Por el contrario, su convivencia con Hagauer, en contraste con sus sentimientos profundos hacia él, había sido siempre



buena. Durante la primera noche, Ulrich se había servido de grandes palabras, como terror, shock nervioso y violación, palabras que no correspondían en absoluto a la realidad. Era una lástima, seguía pensando Agathe al recordarlo porfiadamente, no poder pasar por un ángel; pero lo cierto era que en aquel matrimonio todo había transcurrido con naturalidad. Su padre había apoyado las pretensiones del hombre con motivos razonables, y ella misma había tomado la decisión de volverse a casar: son cosas que se hacen; hay que permitir que a uno le ocurra lo que tenga que ocurrirle; ¶no es ni muy bello ni excesivamente desagradable! ¶Incluso ahora le sabía mal ofender conscientemente a Hagauer, aunque deseaba hacerlo de todas formas! No había deseado amor; había pensado que las cosas marcharían de un modo u otro, porque se trataba de un buen hombre.

Sin duda, se trataba más bien de uno de esos individuos que siempre actúan bien; pero no hay bondad en su interior, pensaba Agathe. □ Al parecer, la bondad desaparece del hombre a medida que se va convirtiendo en buena voluntad o en buenas acciones! ¿Cómo lo había dicho Ulrich? Un río que hace funcionar fábricas, pierde la fuerza de su corriente. También, también se había expresado así; pero no era esto lo que ella buscaba. Ahora lo tenía: “Parece que sólo las personas que no hacen el bien en abundancia, están en condiciones de conservar toda su bondad.” Pero en el momento de encontrar esta frase, tan convincente como debió de haberla pronunciado Ulrich, le pareció completamente absurda. No se podía aislar del contexto olvidado de la conversación. Intentó colocar las palabras en otro orden y las cambió por otras semejantes; pero entonces se demostraba que la primera frase era la correcta, puesto que las otras eran como

pronunciadas en el viento y no quedaba prácticamente nada de ellas. Así pues, Ulrich lo había dicho así, pero: “¿Cómo se puede llamar buenas a personas que se portan mal?”, pensó. “Es realmente una insensatez!”, y supo que, al pronunciarla Ulrich, aquella afirmación le había parecido maravillosa, sin que tuviera entonces más contenido que ahora. Aunque tampoco la palabra “maravillosa” era la adecuada: casi se sintió enferma de felicidad, al oír aquella frase! Frases semejantes explicaban toda su vida. Aquella frase, por ejemplo, fue pronunciada en medio de su última gran conversación, después del entierro y de que el profesor Hagauer hubiera partido de nuevo; y de pronto tuvo conciencia del abandono con que siempre había actuado, también cuando había pensado simplemente que “las cosas marcharían de un modo u otro” con Hagauer, porque era “un buen hombre”! Ulrich hacía con frecuencia observaciones que,

en determinados momentos, la llenaban de felicidad o de infelicidad, aunque ella no podía “retener” tales momentos. Agathe se preguntaba cuándo, por ejemplo, había dicho su hermano que él podría amar a un ladrón, pero jamás a un hombre honrado por costumbre. Entonces no pudo recordarlo, pero lo más divertido fue que pronto tuvo la seguridad de que aquello no lo había afirmado Ulrich, sino ella misma. Por lo demás, muchas de las cosas que él decía ya las había pensado ella, sólo que sin palabras; porque, abandonada a sí misma como antes estaba, jamás habría sido capaz de formular unas afirmaciones tan precisas. Agathe, que se había sentido hasta entonces muy a gusto entre los saltos Y sacudidas del coche, que avanzaba por las accidentadas calles suburbanas y envolvía a ambos, impotentes para hablar, en una red de mecánicos temblores, se había servido del nombre de su marido, en medio de sus pensamientos, sin sentimiento

alguno y únicamente como determinación temporal y de contenido para dichos pensamientos; pero ahora, sin que previamente hubiera existido motivo alguno, se sentía recorrida lentamente por un terror infinito: Hagauer había estado sin duda junto a ella en carne y hueso! Se esfumó la forma equitativa en que hasta entonces había pensado en su marido, y se le hizo un nudo amargo en la garganta.

*f*

Hagauer había llegado la misma mañana del entierro; a pesar de su retraso, había deseado con amable insistencia ver por última vez a su suegro, fue al laboratorio de anatomía, hizo que esperaran a cerrar el féretro y se conmovió profundamente, de un modo delicado, sincero, estrictamente comedido. Después del entierro, Agathe se había refugiado en su agotamiento, y Ulrich tuvo que comer fuera de casa con su cuñado. Como lo contó después, la constante

presencia de Hagauer le había puesto tan frenético como un cuello demasiado estrecho, y por esta razón hizo cuanto pudo para sacárselo de encima lo antes posible. Hagauer había venido con la intención de ir a la capital para asistir a una reunión de pedagogía, de dedicar otro día a gestiones en el ministerio y a visitas de inspección; además, había reservado otros dos días para pasarlos con su esposa, como un marido solícito, y para preocuparse por su parte de la herencia; pero Ulrich, de acuerdo con su hermana, había inventado una historia que debía hacer imposible la permanencia de Hagauer en la casa, y le anunció que le habían reservado ya una habitación en el mejor hotel de la ciudad. Como era de esperar, Hagauer había vacilado; le parecía que el hotel era incómodo, caro, y que, por decoro, debía pagarlo él; por otra parte, estaban los dos días que pensaba dedicar a gestiones y visitas en la capital, y si uno viajaba de noche, se

ahorraba pagar una noche de hotel. Así pues, simulando que lo sentía mucho, Hagauer dio a entender que le resultaba difícil hacer uso de la previsión de Ulrich, y finalmente expuso su resolución, prácticamente irrevocable, de partir aquella misma noche. Quedaban aún por resolver las cuestiones de la herencia, y a Agathe volvió a escapársele una sonrisa, ya que, por deseo de ella, Ulrich contó a su marido que el testamento no sería abierto hasta unos días más tarde. Quedaba Agathe en la casa, le dijo, para velar por sus derechos, y ya le enviarían una notificación en toda regla, y en cuanto a muebles, recuerdos personales y otros objetos semejantes, Ulrich, como soltero que era, no reclamaría nada que no estuviese dispuesto a someter a los deseos de su hermana. Finalmente preguntó a Hagauer si estaría de acuerdo en el caso de que desearan vender la casa, que no usaba nadie; naturalmente sin ningún compromiso, ya que ninguno de ellos había visto

aún el testamento. Y Hagauer había declarado que, naturalmente sin ningún compromiso, no tenía nada que objetar por el momento, aunque quería reservarse su opinión para el caso de una ejecución efectiva. Todo aquello se lo había propuesto Agathe a su hermano, y él lo había repetido, porque no tenía ideas propias al respecto y quería librarse de Hagauer. No obstante, Agathe volvió a sentirse mísera de pronto, porque tras arreglar tan bien las cosas entre los dos, su marido volvió a presentarse en casa acompañado de su hermano, con la intención de despedirse de ella. Agathe se mostró entonces tan poco amable como pudo y declaró que le era absolutamente imposible decir cuándo regresaría. Conocía a su marido lo suficiente para darse cuenta en seguida de que no estaba preparado para aquello y de que le sentaba muy mal quedar como un marido falto de amor con su resolución de partir inmediatamente; además, se sintió de



pronto molesto ante la pretensión que tuvieron de instalarlo en un hotel, y por la fría acogida que había recibido; pero como era hombre metódico, no dijo nada y decidió planteárselo todo más adelante a su mujer. La besó en los labios, como correspondía, tras tomar el sombrero. Y aquel beso, del que Ulrich fue testigo, pareció aniquilar a Agathe. “¿Cómo ha podido ocurrir -se preguntaba consternada-, que haya resistido tanto tiempo al lado de este hombre? Pero, ¿acaso no he aceptado toda mi vida sin resistencia?” Y se hizo, con apasionamiento, el siguiente reproche: “Si valiera un poco, no habría llegado todo a este extremo!”

Agathe desvió su rostro de Ulrich a quien había contemplado hasta entonces, y miró por la ventana. Casas bajas, de suburbio, una calle helada, personas abrigadas: eran las impresiones de una fea soledad que se iban sucediendo y le mostraban el solitario páramo de la vida al que ella se sentía

transportada por su descuido. Ya no se mantenía erguida en el asiento, sino que se había reclinado un poco sobre el tapizado del vehículo, que olía a viejo, para poder mirar mejor por la ventana, y ya no cambió esta posición, poco bella, en la que los saltos del vehículo le comprimían el vientre y la sacudían groseramente. Este cuerpo le producía una sensación inquietante al ser sacudido como un trapo, porque era lo único que poseía. A veces, en el internado, cuando despertaba en la semipenumbra matinal, tenía la impresión de avanzar hacia el futuro dentro de su cuerpo, como entre los maderos de una canoa. Ahora su edad era más o menos el doble de la que tenía entonces. Y en el coche reinaba la misma semipenumbra que en aquellos tiempos. Pero seguía sin poder imaginar su vida y no tenía ni idea de cómo habría de ser. Los hombres eran un complemento y un perfeccionamiento de su propio cuerpo, pero no un contenido espiritual;

había que tomarlos como la tomaban a ella. Su cuerpo le decía que dentro de pocos años empezaría a perder su belleza, a perder por consiguiente los sentimientos que, procedentes de un modo inmediato de la seguridad de ser ella misma, sólo en una parte mínima podían expresarse con palabras o ideas. Luego todo habría concluido sin que nada hubiera pasado. Se le ocurrió que Ulrich se había expresado en parecidos términos sobre la inutilidad de su deporte, y mientras obligaba a su rostro a mantenerse vuelto hacia la ventana, se propuso preguntárselo todo a su hermano.

## ***10 - De cómo continúa la excursión a la Schwedenschanze. La moral del segundo paso***

**L**OS dos hermanos habían abandonado el coche junto a las últimas casas bajas, y ya completamente rurales, de los límites de la ciudad, e iban paseando cuesta arriba por una ruta vecinal, ancha, llena de surcos y que formaba una pendiente poco pronunciada; las roderas heladas se deshacían en polvo bajo sus pies. Pronto sus zapatos quedaron cubiertos por el mísero gris de aquel piso para cocheros y campesinos, que formaba contraste con su elegante indumentaria ciudadana, y aunque no hacía frío, un fuerte viento soplaba sobre ellos desde lo alto, y sus mejillas empezaban a abrasarles, de suerte

que una vítrea rigidez impedía que les salieran las palabras de la boca.

El recuerdo de Hagauer impulsaba a Agathe a dar explicaciones a su hermano. Estaba convencida de que aquel matrimonio fallido, por dondequiera que se mirase, debía ser incomprensible, incluso de acuerdo con las más simples exigencias sociales; sin embargo, aunque en su interior ya tenía dispuestas las palabras, no acababa de decidirse a superar la resistencia que ofrecían el ascenso, el frío y el aire que le daba en pleno rostro. Ulrich caminaba ante ella por una ancha pista de trineos que les servía de sendero; Agathe veía su espalda ancha y esbelta. Siempre lo había imaginado duro, inflexible y un poco aventurero, quizás basándose únicamente en las palabras de reprobación que había oído sobre él a su padre, y también algunas veces a Hagauer, y se había avergonzado de su propia blandura en la vida, ante aquel hermano que se había escapado

de la familia para convertirse en un extraño. “Tenía razón al no ocuparse de mí.”, pensaba, y se repetía su consternación por el hecho de haber aguantado tantas situaciones intolerables. En realidad sentía en ella la misma pasión turbulenta y contradictoria que le hizo recitar a gritos aquellos versos bárbaros entre las jambas de la puerta que daba acceso a la cámara mortuoria de su padre. Se esforzó por alcanzar a Ulrich, perdió el aliento y resonaron de pronto preguntas balbuceadas que probablemente aquella ruta, destinada a un objetivo concreto, no había oído jamás, y el viento fue rasgado por palabras que jamás habían sonado a los oídos de los hermanos de aquel rústico viento de las colinas.

-Seguro que lo recuerdas -gritó Agathe, y citó algunos célebres ejemplos de la literatura-: Tú no me has dicho si puedes perdonar a un ladrón; pero, ¿dirías acaso que son buenos estos criminales?

-Naturalmente! -le respondió gritando Ulrich-. Es decir..., no, espera; quizás sean hombres de buena disposición, hombres valiosos. Y siguen siéndolo después, como criminales. Pero ya no vuelven a ser buenos!

-¿Por qué los amas, entonces, después de su fechoría? Seguro que no es por su buena disposición anterior, sino porque siguen gustándote!

-Así sucede siempre -dijo Ulrich-. El hombre da carácter al acto, y no viceversa! Distinguimos el bien y el mal, pero en el fondo de nosotros mismos sabemos que forman un todo.

Agathe había enrojecido más allá del rojo que le provocaba el frío, al no poder ofrecer más que alusiones a libros para explicar la pasión de sus preguntas, que a la vez expresaba y ocultaba con las palabras. El abuso que se suele cometer con las “cuestiones culturales” es tan nefasto, que casi se podría tener la sensación de creerlas fuera de

lugar donde hay árboles y sopla el viento, como si la cultura humana no fuese la síntesis de todas las formaciones naturales! Pero ella había combatido con valentía, tenía puesto el brazo en el de su hermano y respondía ahora cerca de su oído, de suerte que ya no necesitaba gritar, y con una extraña insolencia temblándole en el rostro, dijo:

-Por esto suprimimos a los malvados, pero antes les ofrecemos amablemente una última comida.

Ulrich, que adivinaba algo de la pasión que tenía a su lado, se inclinó hacia su hermana y le dijo al oído, aún bastante fuerte:

-Todo ser humano tiende a creer de sí mismo que no hará nunca nada malo, porque es una buena persona!

Al pronunciar aquellas palabras, habían llegado arriba, donde el camino ya no ascendía, sino que cortaba las ondulaciones de una vasta altiplanicie sin árboles. El viento



cesó de pronto y ya no hacía frío; pero en aquella agradable calma, la conversación enmudeció como cortada de cuajo, y ya no fue posible proseguirla.

-¿Cómo es que, sólo en plena ventolera, se te ha ocurrido hablar de Dostoievski y Beyle? -preguntó Ulrich después de un rato-. Si nos hubiera visto alguien, nos habría tomado por locos.

Agathe se rió:

-Hubiera comprendido tan poco de nuestras palabras como de los gritos de las aves... Además, no hace mucho me hablaste de Moosbrugger.

Apretaron el paso.

Tras una pausa, dijo Agathe:

-Pero a mí no me gusta ese hombre!

-La verdad es que también yo casi lo había olvidado -respondió Ulrich.

Después de andar un rato más en silencio, Agathe se detuvo.

-¿Cómo es eso? -preguntó-. ¿No es cierto que tú también has cometido muchos actos irresponsables? Recuerdo, por ejemplo, que una vez estabas en el hospital, porque alguien te pegó un tiro en un duelo. ¿No es cierto, acaso, que tampoco reflexionas a tiempo todo lo que haces?

-¿Qué preguntas haces hoy! -opinó Ulrich-. ¿Qué quieres que te responda?

-¿No te arrepientes nunca de lo que haces? -preguntó Agathe con viveza-. Tengo la impresión de que jamás te arrepientes de nada. Tú mismo has dicho algo así en algún momento.

-¡Por Dios! -respondió Ulrich, que había vuelto a apretar el paso-. En cada menos hay un más. Puede que lo haya dicho, pero no hay que tomarlo todo al pie de la letra.

-¿En cada menos hay un más?

-En todas las cosas malas hay algo bueno. O al menos en muchas de ellas. Generalmente, en toda variante humana de signo

negativo se esconde una variante desconocida de signo positivo: esto es, probablemente, lo que quise decir. Y si te arrepientes de una cosa, en ese mismo arrepentimiento puedes hallar la fuerza para hacer algo tan bueno como no conseguiste hacerlo nunca. **¶**Lo decisivo no es jamás lo que uno hace, sino siempre lo que uno hace después!

-Y si alguna vez matas a alguien, ¿qué puedes hacer después?

Ulrich se encogió de hombros. Sólo por ser consecuente tenía ganas de responder: “**¶**Puede que esto me capacitara para escribir un poema que diera la vida interior a millares de personas, o para efectuar un gran invento!”, pero se contuvo. “**¶**Es algo que no podría ocurrir jamás!”, pensó. “Sólo, un enfermo mental podría imaginarlo. O un esteta de dieciocho años. Son ideas que, Dios sabe por qué, contradicen las leyes de la naturaleza. Por otra parte -se corrigió-, así sucedía con el hombre primitivo; mataba,

porque el sacrificio humano era un gran poema religioso.”

No pronunció ni esta frase ni las otras, pero Agathe continuó diciendo:

-Puede que te haga objeciones estúpidas, pero cuando te he oído decir por primera vez que lo importante no era el paso que uno da, sino el siguiente, me ha venido esta idea: si una persona pudiera volar interiormente o, por así decirlo, moralmente, y obtener con gran rapidez incesantes mejoras, entonces no conocería el remordimiento. **Me** has dado una envidia tremenda!

-Esto no tiene sentido -replicó Ulrich con insistencia-. He dicho que lo importante no era el paso en falso, sino el paso que seguía a éste. Pero, ¿qué es lo que cuenta tras este segundo paso? ¿No cuentan sin duda los pasos siguientes? Y después del paso enésimo, ¿no es el enésimo más uno el que cuenta? Un hombre así tendría que vivir sin un final y sin decisión alguna, casi sin

realidad. Y sin embargo es cierto que lo que cuenta es siempre el paso siguiente. La verdad es que no tenemos métodos para manejar como corresponde esta serie ininterumpida. Querida -concluyó bruscamente-, a veces me arrepiento de toda mi vida!

-En esto sí que no aciertas! -opinó su hermana.

-¿Por qué no? ¿Por qué dices que no?

-Yo -replicó Agathe- jamás he hecho nada y por ello siempre he tenido tiempo de arrepentirme de lo poco que he hecho. Estoy convencida de que no conoces semejante cosa: Un estado tan carente de luz! Vienen las sombras, y todo lo que ha ocurrido tiene poder sobre mí. Se me hace presente en los menores detalles, y no puedo olvidar nada ni comprender nada. Es un estado desagradable...

Lo dijo sin emoción, con mucha humildad. En efecto, Ulrich no conocía este reflujo de la vida, porque la suya se había

dispuesto siempre en extensión, y aquello le recordó simplemente que su hermana se había quejado más de una vez de sí misma de un modo muy ostensible. Pero él renunció a hacerle ninguna pregunta, porque entretanto habían llegado a la colina que Ulrich había puesto como límite de su excursión, y avanzaron hasta el borde de la misma. Era una gran elevación del terreno que la leyenda relacionaba con un asedio de los suecos durante la Guerra de los Treinta Años, porque tenía la apariencia de una obra de fortificación, aunque era en realidad demasiado grande para ello; un verde bastión de la naturaleza, sin matorrales ni árboles, que terminaba en una alta pared rocosa de color claro en la parte que miraba a la ciudad.

El lugar estaba rodeado por un mundo bajo y vacío, de colinas; no se veían aldeas ni casas, sólo sombras de nubes y pastizales grises. Ulrich volvió a sentir la atracción de aquel lugar, que conocía por sus recuerdos

juveniles: la ciudad seguía extendiéndose allá en el fondo, medrosamente apiñada en torno a unas cuantas iglesias, que parecían gallinas con sus polluelos, hasta el punto de que uno sentía involuntariamente el deseo de alcanzarlos de un salto y andar entre ellos, o de agarrarlos con mano gigantesca y tenerlos entre los dedos.

-Debió de ser una magnífica sensación la que tuvieron aquellos aventureros suecos cuando, tras muchas semanas de trotar a caballo, llegaron a este lugar y divisaron por primera vez su botín desde la silla -dijo Ulrich, tras explicar a su hermana el significado del lugar-. El peso de la vida, la tristeza, que nos atormenta en secreto, de tener que morir, de que todo es tan breve y seguramente tan vano, es algo que sólo se alza en nuestro interior en momentos como éste.

-¿A qué momentos te refieres? -preguntó Agathe.

Ulrich no sabía qué responder. En realidad, no quería responder. Recordaba que, en su juventud, siempre había sentido en este mismo lugar la necesidad de apretar los dientes y callarse. Acabó respondiendo:

-[A los momentos de aventura en que los acontecimientos nos arrastran: o sea, en realidad a los momentos que no tienen sentido!

Al decir esto, sentía la cabeza como una nuez vacía sobre el cuello, y en su interior viejos dichos como: “comadre muerte” o “me lo he jugado todo por nada”; y al mismo tiempo, el “fortissimo” en extinción de los años en que aún no ha sido abolida la frontera entre la esperanza de vida y la vida. Pensó: “¿Qué experiencias he tenido hasta ahora que sean claras y felices? [Ninguna!”

Agathe replicó:

-Yo he actuado siempre sin sentido, y esto sólo produce la infelicidad.



Había avanzado hasta muy cerca del borde; las palabras de su hermano penetraban vacías en su oído, no las entendía y tenía ante ella un paisaje grave, desnudo, cuya tristeza armonizaba con la suya. Al volverse, dijo:

-un paisaje para matarse -y sonrió-; el vacío de mi cabeza se disolvería con infinita dulzura en el vacío de este panorama. Retrocedió unos pasos en dirección a Ulrich.

-Toda mi vida -continuó- se me ha reprochado que no tengo voluntad, que nada me inspira amor, que no respeto nada, en una palabra: que no soy una persona decidida a vivir. [Me lo reprochó papá, me lo ha criticado Hagauer! Haz el favor de decirme, por el amor de Dios, ¿en qué momentos de la vida se nos impone como necesaria alguna cosa?

-[Cuando uno se revuelve en la cama! - declaró Ulrich en tono desabrido.

-¿Qué significa esto?

-Perdona -suplicó Ulrich- que te haya puesto un ejemplo tan vulgar. Pero es realmente así: uno está descontento de su situación; piensa sin cesar en cambiarla, y adopta una resolución tras otra, sin ponerlas en práctica; finalmente, renuncia:  $\square$  de pronto todo ha cambiado! En realidad habría que decir que a uno le han dado la vuelta. No se sigue otro modelo de comportamiento, ni en la pasión, ni en las decisiones largo tiempo maduradas.

Mientras hablaba, no la miraba a ella, sino que se estaba respondiendo a sí mismo. Le dominaba el mismo sentimiento: “He estado ahí de pie, y he tenido un deseo que jamás ha sido satisfecho.”

Ahora Agathe sonreía también, pero algo así como un movimiento doloroso pasó por sus labios. Regresó nuevamente a su lugar y tendió la vista en silencio hacia la lejanía aventurera. Su abrigo de piel se destacaba; oscuro, contra el cielo, y su

esbelta figura contrastaba de un modo agudo con la espaciosa calma del paisaje y las nubes que surcaban el cielo: En este momento, Ulrich tuvo una intensa e indescriptible sensación del paso de la vida. Casi se avergonzó de estar allí en compañía de una mujer en lugar de estar junto a un caballo ensillado. Y, si bien fue claramente consciente de que la causa era la tranquila conformación visual que emanaba en este instante de la figura de su hermana, tuvo la impresión de que las cosas no ocurrían en él, sino en cualquier lugar del mundo, y él se las estaba perdiendo. Se consideró ridículo. Y sin embargo, había algo de cierto en su afirmación, formulada irreflexivamente, de que se arrepentía de su vida. A veces anhelaba estar envuelto, como en una lucha pugilística, en cualquier tipo de sucesos, aunque fuesen absurdos o criminales, con tal de que fuesen auténticos. Definitivamente auténticos, sin la provisionalidad permanente que poseen cuando el

hombre se mantiene superior a las experiencias que vive. “Definitivos, pues, y cerrados en sí mismos”, reflexionó Ulrich, que ahora buscaba seriamente una expresión, y, de un modo imprevisto, la idea dejó de perderse en imaginarios sucesos y se concretó en el aspecto que ofrecía la propia Agathe, puro espejo de sí misma. Así, los hermanos se mantuvieron bastante rato distanciados y sumidos cada uno en sí mismo, y una vacilación, repleta de contradicciones les impedía todo cambio. Con todo, lo más notable era que Ulrich, en aquella ocasión, estaba muy lejos de pensar que en aquel momento ya había ocurrido algo, puesto que a su desprevenido cuñado, por encargo de Agathe y con el deseo de quitárselo de encima, le había hecho creer la mentira de que existía un testamento cerrado, que no sería abierto hasta dentro de unos días, y, contra su propia convicción, le aseguró que Agathe cuidaría de

sus intereses, cosa que Hagauer calificó posteriormente de complicidad.

Comoquiera que fuese, abandonaron aquel lugar, donde cada uno de ellos se había sumido en sus cavilaciones, sin haberlo expresado todo. El viento volvía a ser fresco, y Agathe mostraba cansancio; de ahí que Ulrich propusiera ir en busca de una casa de pastores cuya proximidad conocía. Era una cabaña de piedra que encontraron fácilmente; tuvieron que inclinar la cabeza para entrar, y la mujer del pastor les miró fijamente, con embarazo y prevención. En la jerga germánico-eslava que comprendían en aquella comarca y que él aún recordaba vagamente, Ulrich pidió que les permitieran calentarse y comer bajo techo las provisiones que habían traído, y apoyó tan de buen grado su petición con una moneda, que la involuntaria anfitriona empezó a lamentar con espanto que, por su lamentable pobreza, no pudiera atender mejor a “unos invitados tan

guapos". Limpió la mesa grasienta, situada junto a la ventana de la cabaña, encendió un fuego de pequeñas ramas secas en el hogar y les sirvió leche de cabra. Pero Agathe había ido ya a acomodarse a la mesa, junto a la ventana, sin conceder atención alguna a todas aquellas circunstancias, como si fuera perfectamente lógico encontrar refugio en cualquier parte, sin que importara el lugar. A través del empañado y pequeño cuadrado de cuatro cristales, miró la comarca que, tras la "fortificación", se metía hacia el interior del país y que, sin el vasto campo que aquélla ofrecía a la vista, recordaba más bien la sensación de un nadador al que rodean verdes ondulaciones de agua. Por otra parte, el día aún no tocaba a su fin, pero había superado su apogeo y ya había perdido luz. Agathe preguntó de pronto:

-¿Por qué no hablas nunca en serio conmigo?

¿Cómo hubiera podido Ulrich responder más acertadamente que con una mirada furtiva, destinada a demostrar inocencia y sorpresa? Estaba ocupado en extender jamón, embutidos y huevos en un papel, entre él y su hermana.

Pero Agathe prosiguió:

-Cuando se tropieza de improviso contra tu cuerpo, uno se hace daño y se asusta de la enorme diferencia. Pero cuando quiero preguntarte algo decisivo, te disuelves en el aire.

No tocó las provisiones que él le tendía y, en su aversión a terminar el día con un ágape rústico, había adoptado una actitud tan rígida, que ni siquiera tocaba la mesa. Y entonces se reprodujo algo que era muy semejante a su ascensión por el camino. Ulrich apartó los tazones de leche de cabra, los cuales, desde el hogar, acababan de llegar a la mesa, y llevaban a las narices, desconocedores del placer de aquella bebida, un aroma poco agradable; la trivial y ligera

repugnancia que aquello le produjo a Ulrich tuvo el mismo efecto purificador que posee a veces una súbita amargura.

-Siempre te he hablado seriamente -adujo-. Si no te gusta, nada puedo hacerle; porque lo que no te gusta de mis respuestas es la moral de nuestra época.

En este instante vio con toda claridad que quería explicárselo todo a su hermana, tan a fondo como fuese posible; todo lo que ella tenía que saber para comprenderse a sí misma y también un poco a su hermano. Y con la resolución de un hombre que considera superflua cualquier interrupción, inició una larga charla:

-La moral de nuestro tiempo, por mucho que se hable, es la moral de la producción. Cinco quiebras más o menos fraudulentas no importan, cuando a la quinta sigue una época de abundancia y prodigalidad. El éxito puede hacer que todo se olvide. Cuando se llega al punto en que se gasta dinero en



subvenciones y se compran cuadros, se adquiere también la benevolencia del Estado. Para ello existen normas que no están escritas: si uno gasta dinero en ayudar a la Iglesia, en obras de beneficencia y en partidos políticos, necesitará a lo sumo una décima parte de lo que debería gastar si le pasara por la cabeza demostrar su buena voluntad patrocinando el cultivo de las Bellas Artes. Sólo que, para el éxito, también existen fronteras: aún no es posible obtenerlo todo por todos los medios; algunos principios fundamentales de la Corona, de la nobleza y de la sociedad ejercen cierto efecto de freno en el “advenedizo”. Por otra parte, el Estado mismo, como persona suprapersonal, se declara descaradamente partidario del principio de que uno puede robar, asesinar y estafar, siempre que de ello resulte poder, civilización y esplendor.

Naturalmente, yo no afirmo que todo esto deba ser admitido teóricamente;

teóricamente, las cosas son más bien confusas. Pero con lo dicho te he expuesto los hechos más corrientes. Junto a tales hechos, la argumentación moral no es más que otro medio para llegar al fin, un medio de combate del que puede hacerse un uso más o menos igual a la mentira. Así es el mundo creado por los hombres, y me gustaría ser una mujer, si... Las mujeres no amasen a los hombres! Hoy se considera bueno lo que nos produce la ilusión de que nos va a conducir a algo; pero esta convicción es precisamente lo que tú has denominado el hombre que vuela sin remordimientos, habiéndolo definido yo como un problema para cuya solución nos falta el método. Como individuo de formación científica, en cada situación tengo la sensación de que mis conocimientos son incompletos y constituyen simples postes indicadores, y de que tal vez mañana poseeré una nueva experiencia que me haga pensar de un modo distinto a hoy. Por otra parte,

incluso un hombre absolutamente dominado por su sentimiento, “un hombre en ascenso”, como tú lo describiste, percibirá cada una de sus acciones como un escalón que le sirve para elevarse hasta el siguiente. Por tanto, en nuestro espíritu y en nuestra alma hay algo, una “moral del segundo paso”; pero, ¿se trata simplemente de la moral de las cinco quiebras? ¿Tan adentro llega la moral de empresa de nuestro tiempo, o estamos tan sólo ante la ilusión de una coincidencia? ¿O acaso la moral de los trepadores es el engendro sarcástico, venido al mundo prematuramente, de otros fenómenos más profundos? Por el momento, ninguna respuesta puedo darte.

La pequeña pausa que, para tomar aliento, introdujo Ulrich en sus explicaciones, era una pausa eminentemente retórica, porque su intención era continuar desarrollando sus puntos de vista. Pero Agathe, que hasta entonces había estado escuchando con

su aire, tan peculiar a veces, a la vez vivo y sin vida, desvió el curso de la charla con la simple observación de que aquella respuesta le era indiferente, ya que ella sólo quería saber lo que opinaba Ulrich en persona, y no estaba en disposición de comprender todo lo que se podía pensar.

-No obstante, si tú me pidieras ahora de una forma u otra que realizara algo, me gustaría más no tener moral alguna -añadió.

-[G]racias a Dios! -exclamó Ulrich-. [M]e alegro cada vez que me detengo a mirar tu juventud, tu belleza y tu fuerza, y cuando te oigo decir que careces totalmente de energía! A nuestra época le sobra ya energía por todas partes. Ya no quiere ver ideas, sino únicamente acciones. Esta terrible energía sólo se debe a que no hay nada que hacer. Interiormente, quiero decir. Pero, al fin y al cabo, todo individuo no hace más que repetir un único acto durante toda su vida, también en el aspecto externo; entra en una profesión y

progresar en ella. Creo que una vez más hemos desembocado en la pregunta que me hiciste antes, al aire libre. Es tan fácil tener energía y tan difícil buscar un sentido a la acción! Los que hoy lo comprenden son los menos. De ahí que los hombres de acción parecen jugadores de bolos que, adoptando poses napoleónicas, se disponen a tumbar nueve objetos de madera. Ni siquiera me extrañaría nada que, al final, se echaran violentamente los unos sobre los otros, sólo porque en su cabeza se iría imponiendo cada vez más el hecho incomprensible de que ni siquiera todas las acciones son suficientes!

Había empezado vivamente, pero de nuevo se había puesto pensativo e incluso calló durante un rato. Finalmente se limitó a levantar la vista sonriente y dijo:

-Declaras que, si yo te exigiera un esfuerzo moral, me decepcionarías. Y yo te digo que si exigieras de mí consejos morales, sería yo quien te decepcionaría. Opino que

no tenemos nada especial que exigirnos el uno al otro; me refiero a todo el mundo. En realidad no deberíamos exigirnos acciones los unos a los otros, sino crear las condiciones para las mismas; así lo siento.

-¿Cómo podríamos hacerlo? -dijo Agathe.

Se daba cuenta perfectamente de que Ulrich se había desviado del gran discurso general que había iniciado, y había ido a parar a algo que le afectaba personalmente, pero que para el gusto de ella continuaba siendo muy general. Como se sabe, tenía un prejuicio contra los análisis generales y consideraba relativamente estéril todo esfuerzo que, por así decirlo, fuera más allá de la propia piel; obraba así con seguridad, siempre que era ella misma la que tenía que esforzarse, pero resultaba muy posible que extendiera tal actitud a las afirmaciones generales de otros. Con todo, entendía muy bien a Ulrich. Notó que su hermano, mientras

mantenía la cabeza baja y hablaba quedadamente contra la energía, estaba haciendo cortes y muescas en la mesa con el filo de la navaja, que, sin darse cuenta de ello, no había soltado de sus dedos, y estaban en tensión todos los tendones de la mano. El movimiento maquinal, pero casi apasionado, de aquella mano, y el hecho de haber dicho tan sinceramente a Agathe que era joven y bella, eran dos cosas que formaban como un dúo sin sentido sobre el fondo orquestal constituido por las otras palabras, y ella no le concedía, por otra parte, ningún sentido, aparte del hecho de estar sentada allí, mirando.

-¿Qué habría que hacer? -replicó Ulrich en el mismo tono que antes-. Un día, en casa de nuestra prima, le hice al conde Leinsdorf la propuesta de que fundara un secretariado mundial de la precisión y el alma, para que también las personas que no van a la iglesia supieran lo que tienen que hacer.

Naturalmente, se lo dije en broma, porque hace ya mucho tiempo que, para la verdad, hemos creado la ciencia; pero si uno quisiera exigir algo semejante para todo lo que queda colgado, pronto tendríamos que avergonzarnos casi de haber cometido una insensatez. ¶ sin embargo, todo lo que hemos venido hablando los dos nos llevaría a la creación de ese secretariado!

Había renunciado, pues, a su discurso y se apoyaba, erguido, contra el respaldo de su banco.

-Seguramente volveré a disolverme en el aire, si añadido: ¿cómo se realizaría hoy todo esto? -preguntó.

Como Agathe no respondió, se hizo el silencio. Al cabo de un rato, Ulrich dijo:

-Por lo demás, yo mismo creo muchas veces que no soy capaz de sostener esta convicción. Cuando te he visto antes -prosiguió a media voz-, de pie en la "fortificación", tuve, no sé por qué, una tremenda necesidad de



hacer algo de pronto. Ya en anteriores ocasiones he hecho realmente cosas irreflexivas; el mágico atractivo del hecho consiste en que, después que todo hubo pasado, aún quedaba algo junto a mí. A veces se me ocurre pensar que, incluso a través de un crimen, un hombre puede conseguir la felicidad, porque esto le da un cierto lastre, y quizás le permite mantener un rumbo más constante.

Tampoco esta vez respondió su hermana inmediatamente. La contemplaba tranquilo, incluso quizás un poco inquisitivo, pero sin que se reprodujera la experiencia de la que estaba hablando, y sin que, por lo demás, pensara en nada. Tras una pequeña pausa, ella le preguntó:

-¿Té enfadarías conmigo si cometiera un crimen?

-¿Qué voy a contestarte? -manifestó Ulrich, inclinado de nuevo sobre su navaja.

-¿No hay una decisión?

-No, hoy no es posible una decisión real.

Entonces Agathe dijo:

-Me gustaría asesinar a Hagauer.

Ulrich se obligó a sí mismo a no levantar la vista. Las palabras penetraron ligeras y tenues en su oído, pero una vez que hubieron pasado por él, dejaron en su memoria algo así como el ancho surco de una rueda. Olvidó en seguida la entonación; habría tenido que ver la expresión del rostro para saber cómo había que entender las palabras; pero tampoco quería conceder a aquello demasiada importancia.

-Bien -dijo- ¿por qué no habías de hacerlo? ¿Es que en la actualidad queda alguien a quien no le haya venido semejante deseo? Hazlo, si es que verdaderamente puedes! Es exactamente lo mismo que si hubieras dicho: Me gustaría amarle por sus defectos!

Sólo entonces se irguió y miró la cara de su hermana. Tenía una expresión endurecida

y de una excitación sorprendente. Apartando la vista del rostro de Agathe, dijo lentamente:

-¿Lo ves? Hay algo que no marcha; en el límite entre lo que pasa dentro de nosotros y lo que pasa fuera, falta hoy alguna mediación, ambas cosas se mezclan y transforman sólo con inmensas pérdidas; casi podríamos decir que nuestros malos deseos son la parte oscura de la vida que llevamos realmente, y la vida que llevamos realmente sería la parte oscura de nuestros buenos deseos. Imagina que llegaras a hacerlo realmente: no sería en absoluto como lo has pensado y quedarías, al menos, terriblemente desengañada...

-Puede que de pronto me convirtiera en otra persona; ¡tú mismo lo has admitido! -le interrumpió Agathe.

En este instante, cuando Ulrich miró a un lado, recordó que no estaban solos: otras dos personas escuchaban su conversación.

La vieja campesina -apenas tendría más de cuarenta años, pero sus harapos y las huellas de su vida mísera la avejentaban- se había sentado amablemente junto al hogar, y a su lado lo había hecho el pastor, que había penetrado en la cabaña durante la conversación, sin que los dos huéspedes, vivamente ocupados de sí mismos, lo hubiesen visto. Los dos ancianos tenían las manos sobre las rodillas y escuchaban, por lo visto, halagados y sorprendidos, la conversación que llenaba su cabaña, muy satisfechos de un diálogo semejante, aunque no entendieran ni una palabra. Veían que la leche estaba sin beber, y que tampoco habían sido tocados los embutidos; era un espectáculo, posiblemente emocionante. Ni siquiera se atrevían a hablar en voz baja entre ellos. La mirada de Ulrich se dirigió a sus ojos muy abiertos; confuso, les dedicó una sonrisa, que sólo halló respuesta en la vieja, en tanto que el marido

se aferraba con expresión serena a su respetuosa reserva.

-¡Tenemos que comer! -dijo Ulrich en inglés a su hermana-. ¡Estamos llamando la atención!

Obediente, Agathe mordisqueó un poco de pan y carne, y él mismo comió con gesto decidido, e incluso tomó un poco de leche. Pero Agathe dijo en voz alta y con ingenua naturalidad:

-La idea de hacerle daño de verdad me resulta desagradable, cuando me la planteo seriamente. Puede que no tenga ganas de matarlo. ¡Pero me gustaría borrarlo del mapa! Hacerlo pedacitos, triturarlos en un mortero y luego esparcir el polvo en el mar: ¡esto es lo que me gustaría hacer! ¡Acabar total y radicalmente con todo lo ocurrido!

-¿Sabes que lo que estamos hablando aquí resulta algo curioso? -observó Ulrich.

Agathe permaneció un instante callada. Después dijo:

-[E]l primer día me prometiste que te pondrías de mi parte contra Hagauer!

-Claro que lo haré. Pero no así.

Agathe volvió a callar. Luego dijo de pronto:

-Si quisieras comprar o alquilar un coche, podríamos ir a mi casa pasando por Iglau, y regresar dando un rodeo, creo que por Tabor. A nadie se le ocurriría pensar que estuvimos allí de noche.

-¿Y los criados? [A]fortunadamente no dispongo de coche! -Ulrich se rió, pero luego meneó la cabeza con desagrado:- [S]on las ideas de hoy en día!

-Eres tú quien lo dice -opinó Agathe.

Con la uña empujaba pensativa, de un lado a otro, un pedazo de tocino, y era como si aquella uña, en la que ahora había una pequeña mancha de grasa, hiciera sola aquel movimiento. Agathe siguió diciendo:

-[Y] no obstante, dices que las virtudes de la sociedad son vicios para los santos!

-¡Lo que no he dicho es que los vicios de la sociedad sean virtudes para los santos! -rectificó Ulrich.

Se rió, tomó la mano de Agathe y la limpió con un pañuelo.

-¡Siempre repites todo lo que has dicho! -le reprendió Agathe, y sonreía insatisfecha, mientras la sangre le afluía al rostro, porque intentaba soltar sus dedos.

Los dos viejos sentados junto al hogar, los cuales seguían mirándoles con la misma fijeza que antes, sonreían ahora, como un eco, con toda la cara.

-Cuando hablas así conmigo, pasando de un tema a otro -dijo Agathe en voz baja-, es como si me estuviera mirando en los pedazos de un espejo roto; contigo, es imposible verse de cuerpo entero!

-No -replicó Ulrich sin soltarle la mano-, hoy no puede uno verse nunca de cuerpo entero, ni es posible moverse jamás con todo el cuerpo: esto es lo que pasa.

Agathe cedió y luego, de repente, desvió la atención de su brazo.

Seguro que soy todo lo contrario a una santa -declaró quedamente-. Puede que con mi indiferencia haya sido peor que una prostituta. Es cierto que tampoco soy una persona decidida y probablemente soy incapaz de matar a nadie. Pero cuando has hablado por primera vez de los santos, hace ya un buen rato, he podido ver algo “de cuerpo entero”...

Bajó la cabeza para reflexionar, o para impedir que se le viera la cara. -He visto a un santo, que estaba acaso de pie junto a una fuente. A decir verdad, puede que no haya visto nada, pero algo he sentido que se podría expresar de esta forma. El agua se desbordó, y lo que hizo el santo se desbordó también, como si fuera la pila de una fuente con el agua rebosando lentamente en todas direcciones. Pienso que si fuéramos así,



siempre actuaríamos bien y sería del todo indiferente lo que hiciéramos.

-Agathe se ve a sí misma de pie en el mundo, en santa plenitud y temblando por sus pecados, y observa incrédula que las serpientes y los rinocerontes, las montañas y los abismos, mansos y aún más pequeños que ella, se posan a sus pies. Pero, ¿qué pinta aquí Hagauer? -se chanceó Ulrich.

-Aquí está el quid. No cabe. Tiene que irse.

-Voy a contarte una cosa -le dijo su hermano-. Siempre que he tenido que participar en algo comunitario, en cualquier asunto humano normal, me he sentido como un hombre que sale del teatro antes del último acto, a tomar un poco el aire, ve el gran vacío oscuro, lleno de estrellas, y abandona sombrero, abrigo y representación, para escapar.

Agathe le miró inquisitiva. Era y no era una respuesta.

Ulrich, a su vez, le miró la cara.

-A ti te atormenta también a menudo una antipatía contra la cual no existe aún simpatía alguna -dijo, y pensó: “¿Se parece realmente a mí?”

Y una vez más le vino la idea de que tal vez se parecían como un pastel y un grabado al boj. Se consideraba el más sólido de los dos. Y ella era más hermosa que él. De una belleza tan agradable... Del dedo pasó ahora a tomarle toda la mano: era una mano larga, cálida, llena de vida, que antes sólo había tenido en la suya con intención de saludo. Su hermana menor estaba excitada, y si no había lágrimas en sus ojos, tampoco dejaba de pasar por ellos un aire húmedo.

-Dentro de unos días me dejarás también -dijo Agathe- y entonces, ¿cómo podré arreglármelas?

-Podemos seguir juntos; tú puedes venir conmigo.

-¿Cómo lo ves? -preguntó Agathe; tenía su pequeña arruga en la frente.

-Aún no acabo de verlo; se me ha ocurrido ahora mismo.

Ulrich se levantó y dio otra moneda a los pastores, “por la mesa cortada”. Agathe vio, tras una nube, que los dos rústicos sonreían con intención, hacían inclinaciones de cabeza y repetían algo placentero, en palabras breves e incomprensibles. Cuando Agathe pasó junto a ellos, sintió los cuatro ojos acogedores fijos en su rostro, puros y conmovidos, y comprendió que les habían tomado por una pareja de amantes que se habían peleado y vuelto a reconciliar.

-Nos han tomado por dos amantes! -dijo.

Rebosante de gozo, puso su brazo sobre el de su hermano, y su alegría acabó por estallar.

-Deberías darme un beso! -pidió, y oprimió riendo el brazo de Ulrich contra su

cuerpo, mientras, de pie en el umbral, vieron abrirse la puerta baja de la cabaña a la oscuridad de la noche.

## **11 - Conversaciones sagradas. Comienzo**

**D**URANTE el resto de la estancia de Ulrich se habló ya poco de Hagauer, pero tampoco volvieron los dos hermanos en mucho tiempo a la idea de dar más duración a su encuentro y de iniciar una vida en común. Sin embargo, el fuego del deseo desenfrenado que sintió Agathe de eliminar a su marido y que se había declarado como viva llamarada, continuaba quemando bajo las cenizas. Se desplegaba en conversaciones que no tenían fin y que no obstante siempre volvían a empezar de nuevo; habría que decir tal vez que el espíritu de Agathe buscaba otra posibilidad de arder libremente.

Por lo general, al principio de una de esas conversaciones, formulaba una pregunta

precisa y personal, cuya forma interna era “¿puedo o no puedo?”. La anarquía de su manera de ser había adoptado hasta entonces la forma triste y cansada de la siguiente convicción: “Lo puedo todo; lo que pasa es que no quiero hacerlo”, y así resultaba que las preguntas de su hermana menor producían a veces en Ulrich, no sin fundamento, una impresión semejante a las preguntas de un niño, que son tan cálidas como las pequeñas manos de tan indefensa criatura. Las respuestas de él tenían un carácter distinto, que no le resultaba ráenos significativo: en todos los casos la obsequiaba gustoso con una parte de los frutos de su propia vida y de sus reflexiones y, de acuerdo con su costumbre, se expresaba de una forma tan franca como intelectualmente atrevida. Siempre pasaba a referirse en seguida a la “moral de la historia” de la que su hermana le había hablado; la reducía a fórmulas, se ponía gustosamente a sí mismo

como término de comparación y, de esta suerte, contaba a Agathe muchas cosas de él, de su vida anterior, más agitada. Agathe no le contaba nada de sí misma, pero admiraba en su hermano la facultad de poder hablar así de la vida propia, y le parecía muy bien que considerara todas las sugerencias de ella a la luz de la moral. Porque la moral no es otra cosa que un orden del alma y de las cosas, abarcando una y otras, y nada tiene de extraño que los jóvenes, cuya voluntad de vivir no está embotada en ningún aspecto, hablen mucho de ella. Más bien en un hombre de la edad y la experiencia de Ulrich se hacía necesaria una explicación; porque los hombres sólo hablan de moral profesionalmente, cuando el término pertenece a su lenguaje oficial; pero, por lo común, la palabra ha sido engullida en ellos por las actividades de la vida y no vuelve ya a reaparecer con libertad. Cuando Ulrich hablaba de moral, esto significaba en él un desorden

profundo, que atraía a Agathe, animada por parecidos sentimientos. Ahora, ella se avergonzaba de la confesión, un tanto ingenua, de que quería vivir “completamente de acuerdo consigo misma”; porque intuía las intrincadas condiciones que se le imponían, y no obstante deseaba con impaciencia que su hermano llegara con la mayor rapidez posible a un resultado, ya que a menudo le parecía que todo lo que decía su hermano tendía a dicho resultado, e incluso con mayor precisión cuando más se acercaba al final, y que sólo se detenía al dar el último paso ante el umbral, momento en que siempre abandonaba la empresa.

El lugar de este viraje y de este último paso, cuyo efecto paralizador tampoco se le escapaba a Ulrich, se puede definir, del modo más general, diciendo que cada uno de los principios de la moral europea conduce a un punto tal, que no se puede seguir adelante; de suerte que un hombre que rinde



cuentas de sí mismo tiene al principio los gestos del que chapotea en aguas poco profundas, mientras siente debajo de él unas convicciones firmes; pero luego hace los gestos desesperados del que se ahoga, cuando avanza un poco más, como si el fondo de la vida pasara súbitamente de la poca profundidad a un abismo totalmente incierto. En los dos hermanos, esto se expresaba también externamente de un modo determinado: Ulrich podía hablar tranquilamente y con claridad de todo lo que aducía en el primer momento, en tanto se sentía partícipe de ello con el raciocinio, y Agathe mostraba idéntico celo en oírlo; pero luego, cuando se interrumpían y callaban, aparecía en sus rostros una tensión mucho más viva. Así, ocurrió una vez que fueron arrastrados más allá del límite en que, inconscientemente, se habían, mantenido hasta entonces. Ulrich había afirmado:

-La única característica sustancial de nuestra moral es que sus preceptos se contradicen. El más moral de todos los principios es:  $\square$ La excepción confirma la regla!

Probablemente sólo le había movido a dicha formulación la repugnancia contra todo proceder moral que se presenta como inflexible y que, en su realización práctica, debe ceder a doblegarse, con lo que se viene a encontrar precisamente en contradicción con un proceder exacto, que atiende ante todo a la experiencia y que deduce la ley de su observación. Ulrich conocía naturalmente la diferencia que se establece entre leyes naturales y leyes morales, siendo las primeras copiadas de la naturaleza amoral, mientras que las segundas deben ser impuestas a la naturaleza humana, menos tenaz. Sin embargo opinaba que en esta división había algo que no encajaba ya en la actualidad, e incluso habría podido decir que la moral lleva cien años de retraso en su situación

ideológica; por ello es tan difícilmente adaptable a las nuevas necesidades. Con todo, antes de que llegara tan lejos en su explicación, le interrumpió Agathe con una respuesta que se presentaba como algo muy simple, pero que, en aquel momento, le desconcertó.

-Entonces, ¿no es bueno ser bueno? -le preguntó a su hermano, y en sus ojos había algo que recordaba el momento en que, con las condecoraciones de su padre, hacía algo que seguramente no habría sido bueno a juicio de todo el mundo.

-Tienes razón -respondió Ulrich animadamente-. Es cierto que sólo se puede formar una frase así cuando uno quiere captar el sentido originario de las cosas! Pero a los niños les gusta la bondad como les gustan aún las golosinas...

-También les gusta ser malos... -completó Agathe.

-Pero la bondad, ¿es acaso una de las pasiones de los adultos? -preguntó Ulrich-.  
Es uno de sus principios! No son buenos, puesto que esto les parecería infantil, sino que obran bien; un hombre bueno es el que tiene buenos principios y hace buenas obras: Es un secreto a voces que al mismo tiempo, puede ser el mayor de los bribones! , -Léase Hagauer -completó Agathe.

-Hay una paradójica insensatez en estas personas buenas -opinó Ulrich-. Convierten un estado en una exigencia, una gracia en una norma, un ser en una meta. Durante toda la vida, en esta familia de los buenos, no se comen más que restos; De ahí que corra el rumor de que hubo antaño un día de fiesta, del que proceden todas estas personas! Es cierto que, de vez en cuando, vuelven a ponerse de moda unas cuantas virtudes, pero tan pronto como esto se produce, pierden de nuevo su frescor.

-¿No dijiste una vez que la misma acción puede ser buena o mala según el contexto? -preguntó Agathe.

Ulrich asintió. Su teoría era que los valores morales no son magnitudes absolutas sino conceptos funcionales. No obstante, cuando moralizamos y generalizamos, los separamos de su totalidad natural:

-Y probablemente es ahí donde algo empieza a fallar en el camino de la virtud -dijo.

-¿Cómo podrían, si no, ser tan aburridos los individuos morales -adujo Agathe- cuando su intención de ser buenos debería de ser indudablemente lo más encantador, lo más difícil y lo más divertido que se pueda imaginar!

Su hermano vaciló; pero súbitamente dejó que se le escapara la afirmación que les llevaría a ambos a unas relaciones desacostumbradas.

-Nuestra moral -declaró- es la cristalización final de un movimiento interior completamente ajeno a ella! Seguramente no hay nada cierto en todo lo que estamos diciendo! Toma por ejemplo una frase cualquiera; se me ocurre precisamente ésta: “En una cárcel tiene que reinar el arrepentimiento!” Es una frase que podemos pronunciar con buena conciencia; pero nadie la toma al pie de la letra, porque esto sería el infierno para los reclusos! ¿Cómo tomarla, entonces? Es seguro que muy Pocos saben lo que es el arrepentimiento, pero todo el mundo dice dónde debe reinar. O piensa simplemente que algo te exalta; ¿a qué se debe que este algo se haya introducido en la moral? ¿En qué momento hemos estado tumbados con la cara en el polvo, lo que nos pone en la favorable disposición para ser elevados? O bien, supón que, literalmente, una idea se apoderase de ti; en el momento en que sintieses físicamente este encuentro, te

hallarías ya en la frontera del reino de la locura! Y así, cada palabra desea ser tomada al pie de la letra, para no echarse a perder convirtiéndose en una mentira; pero tampoco se puede tomar ninguna palabra al pie de la letra, porque el mundo se convertiría en una casa de locos. Alguna enorme embriaguez surge de este hecho como un oscuro recuerdo, y a veces le viene a uno la idea de que todas las cosas que vivimos son partes desprendidas y destrozadas de un antiguo todo que un día fue mal restaurado.

La conversación en la que cayó dicha observación tenía lugar en el despacho-biblioteca, y mientras Ulrich estaba sentado ante algunas obras que había traído con él en el viaje, su hermana revolvía el legado de obras jurídicas y filosóficas, del que era coheredera, y de ellas sacaba en parte el incentivo para hacer sus preguntas. Desde su excursión, los dos hermanos habían salido raras veces de casa. Y pasaban el tiempo

ocupándose en tales cosas. A veces salían a pasear al jardín, de cuyos matorrales el invierno se había llevado las hojas, de suerte que, debajo de ellos, aparecía por todas partes la tierra, hinchada de humedad. Era una visión penosa. El aire era pálido como algo que ha estado mucho tiempo en el agua. El jardín no era grande. Los caminos volvían pronto sobre sí mismos. El estado de ánimo que se apoderaba de ambos hermanos en aquellos caminos se arremolinaba como las aguas de un río junto a una presa que provoca su crecida. Cuando regresaban a la casa, las habitaciones eran oscuras y guarecidas, y las ventanas parecían profundos pozos de luz, por los cuales el día entraba, tan suave y rígido como si fuera de tenue marfil. Tras la última y vivaz exclamación de Ulrich, Agathe había descendido ya de la escalera de biblioteca en la que estaba sentada y puso el brazo sobre los hombros de su hermano, sin contestar. Era una afectuosidad insólita,



porque, fuera de los dos besos -el de la noche de su encuentro y el de unos días antes, al salir de la cabaña de los pastores para dirigirse a casa-, la natural frialdad fraterna no se había disuelto más que en unas pocas palabras o en pequeñas amabilidades, e incluso aquellas dos veces, el efecto del contacto familiar quedaba encubierto por los efectos de la sorpresa y de la exaltación. Pero esta vez Ulrich pensó en seguida en la liga que, aún caliente, había dado su hermana al muerto, en lugar de dedicarle muchas palabras. Y también le pasó esta idea por la cabeza: “Seguro que tiene un amante; pero no parece preocuparle demasiado, porque de lo contrario no permanecería aquí con tanta tranquilidad!” Vio claro que era una mujer que había llevado una vida de mujer independiente a la de él, y que seguiría llevándola. Sus hombros sentían ya, en el peso que se repartía sobre ellos, la belleza del brazo de su hermana, y hacia el lado al que ella se

inclinaba Ulrich percibía como sombra vaga, la proximidad de su rubia axila y el contorno de su pecho. Sin embargo, para no quedarse sentado sin resistencia, a merced del silencioso abrazo, rodeó con su mano los dedos de la de su hermana, posados cerca del cuello, y con este contacto intentó dominar el otro.

¿Sabes? Es un poco infantil todo lo que estamos diciendo - dijo, no sin cierto mal humor-. El mundo está lleno de decisiones activas, y nosotros nos quedamos aquí, sentados, y hablamos con perezosa superabundancia de la dulzura de ser bueno y de los pucheros teóricos que podríamos llenar con ella!

Agathe liberó sus dedos, pero volvió a dejar la mano donde estaba.

-¿Qué es lo que estás leyendo todos estos días? —preguntó.

-Ya lo sabes -respondió Ulrich-; más de una vez has mirado el libro por encima de mi hombro.

-Pero no acabo de enterarme.

Ulrich no podía decidirse a informarla. Agathe, que entretanto había acercado una silla, se encogió tras él y tenía la cara puesta, simple y apaciblemente, sobre los cabellos de su hermano, como si durmiera en ellos. Esto le recordó a Ulrich, de un modo sorprendente, el momento en que su enemigo Arnheim le había rodeado con el brazo; el contacto, que se producía sin control, de otro ser había penetrado en él como por una brecha abierta. Pero esta vez su propia naturaleza no rechazaba la extraña, sino que algo venía al encuentro de ella, algo que había permanecido sepultado bajo los escombros de la desconfianza y las aversiones que van llenando el corazón de un hombre que ha vivido mucho. La relación de Agathe con él, que oscilaba entre la de

hermana y mujer, extraña y amiga; sin que fuera equiparable a ninguna de ellas, tampoco era exactamente como él la había imaginado: una coincidencia de ideas y sentimientos capaz de llegar muy lejos; pero sí se había identificado completamente, como lo notaba casi maravillado en este instante, con un hecho consumado en unos días relativamente escasos y nacido de innumerables Opresiones que no se podían resumir con brevedad: el hecho de que la boca de Agathe estuviera posada sin otra pretensión en sus cabellos, y de que sus cabellos se impregnaran de la humedad y el calor del aliento de Agathe. Esto era a la vez físico y espiritual. Porque, cuando Agathe repitió su pregunta, se apoderó de Ulrich una seriedad como no la había vuelto a sentir desde los días llenos de fe de su juventud, y antes de que se disipara nuevamente esta nube de ingrátida seriedad que, desde la habitación, detrás de su espalda, hasta el libro en que descansaban

sus pensamientos, le recorría todo el cuerpo, dio una respuesta que le sorprendió a él mismo, más por su tono totalmente desprovisto de ironía que por el contenido; dijo:

-Me estoy informando sobre las vías de la santidad.

Se había levantado, pero no con la intención de alejarse de su hermana, quedándose de pie a unos pasos de ella, sino para verla mejor desde allí:

-No tienes por qué reírte -dijo-. No soy devoto; contemplo el camino de la santidad preguntándome si se podría circular por él en coche.

-Sólo me reía -replicó Agathe- por la curiosidad que me inspira lo que vas a decir. Los libros que has traído contigo me son desconocidos, pero imagino que no son para mí totalmente incomprensibles.

-¿Conoces esta sensación? -preguntó su hermano, casi convencido de que ella la conocía-. Uno puede encontrarse de lleno en

el movimiento más impetuoso, pero sus ojos observan de pronto el juego de cualquier cosa abandonada de Dios y del mundo, y ya no puede uno desprenderse de ella. Te sientes transportado de pronto por aquel ser minúsculo como una pluma que vuela al viento, sin peso y sin fuerza.

-Excepto lo del movimiento impetuoso, que subrayas con tanta fuerza, creo conocer esta sensación -dijo Agathe, y tuvo que reírse otra vez de la enorme perplejidad que se pintó en el rostro de su hermano y que no encajaba con la dulzura de sus palabras.

-A veces olvidamos ver y oír, y perdemos totalmente el habla. Y sin embargo, es en tales minutos cuando uno siente que, por un momento, se ha encontrado a sí mismo.

-Yo diría -prosiguió vivamente Ulrich- que es algo así como dejar que la vista se pierda en una gran superficie de agua, como un espejo: los ojos creen verlo todo oscuro, de tanta claridad como hay por todas partes,

y en la orilla opuesta, las cosas no parecen tocar tierra, sino flotar en el aire con una difanidad suave y excesiva, que casi duele y confunde. Hay en esta impresión tanto una elevación como un extravío. Nos sentimos unidos a todo, y a nada podemos acceder. Tú estás a un lado y el mundo a otro, por encima del yo y de los objetos, pero ambas cosas con una claridad casi dolorosa, y lo que separa y enlaza estos elementos, comúnmente entremezclados, es una oscura intermitencia, un desbordarse y extinguirse, una oscilación que viene y va. Flotáis como el pez en el agua o como el ave en el aire, pero no hay una orilla ni una rama de árbol, ni otra cosa más que este flotar!

Ulrich ejercitaba sin duda su inventiva; sin embargo, el fuego y la firmeza de su lenguaje resaltaban metálicamente de su contenido suave y fluctuante. Parecía haber desechado una precaución que generalmente le

dominaba, y Agathe lo miraba con asombro, pero también con un inquieto gozo.

¿Y tú piensas -preguntó- que hay algo detrás? ¿Algo más que una “veleidad”, o cualquier palabra tan detestablemente apaciguadora?

¿Y qué, si lo pensara?

Y volvió a sentarse en su primitivo lugar, para hojear los libros que allí tenía, en tanto que Agathe se levantaba para dejarle espacio. Después, Ulrich abrió uno de los escritos, diciendo:

-Los santos lo describen así -y leyó-: “Durante aquellos días estaba sumamente inquieto. Tan pronto me sentaba un poco como andaba errante por la casa. Era como un tormento, y sin embargo más podía llamarse dulzura que tormento, porque no había disgusto en ello, sino un encanto extraño, totalmente sobrenatural. Había llevado hasta más allá del límite todas mis facultades, hasta la fuerza oscura. Podía oír sin



sonido y ver sin luz. Después, mi corazón se quedó sin fondo, mi espíritu sin forma y mi naturaleza sin esencia.” A ambos les pareció que aquellas palabras tenían alguna semejanza con la inquietud que les llevaba a ellos mismos a rondar la casa y el jardín, y sobre todo Agathe quedó sorprendida de que también los santos dijeran que tenían el corazón sin fondo y el espíritu sin forma; pero a Ulrich pareció acometerle en seguida su ironía de siempre.

Declaró:

-Los santos dicen: antes estaba encerrado, luego me arranqué de mí mismo y, sin conocimiento, me sumí en la divinidad. Los emperadores, al ir de caza (como nos decían nuestros libros de lectura), lo describen de otra forma: cuentan que se les apareció un ciervo con una cruz en la cornamenta, y que entonces el venablo asesino se les cayó de las manos; y luego mandaron construir una capilla en aquel lugar, para poder así continuar

cazando. Y las damas inteligentes y ricas que yo frecuento, si se te ocurriera preguntárselo, te contestarían inmediatamente que el último que pintó tales experiencias fue Van Gogh. Puede que, en lugar de hablar de un pintor, te mencionen a Rilke; pero en general prefieren a Van Gogh, que supone una magnífica inversión y que se cortó la oreja porque su pintura le parecía insuficiente al lado del fervor de las cosas. Por el contrario, en nuestro pueblo, la mayor parte de la gente diría que cortarse la oreja no es expresión de un sentimiento alemán, sino que más bien lo sería el inconfundible vacío de la visión desde lo alto, sentido cuando uno se sube a la cumbre de una montaña. Para ellos, la soledad, las florecillas y los riachuelos rumorosos son la suma y el compendio de la elevación humana. E incluso en esta disposición noblemente bovina del goce de la naturaleza en crudo reside la última y mal comprendida consecuencia de una segunda vida

misteriosa que, después de todo, tiene que existir o haber existido realmente.

-En este caso, sería mejor que no te burlaras -objetó Agathe, sombría por el afán de saber y radiante de impaciencia.

-Sólo me burlo porque lo amo -replicó brevemente Ulrich.

## **12 - Conversaciones sagradas. Accidentada continuación**

**E**N lo sucesivo, hubo siempre sobre la mesa una gran cantidad de libros; en parte los había traído Ulrich de casa y en parte los había comprado después. A veces, para hablar libremente de ellos, para aducir una prueba de algo o para citar literalmente alguna máxima, los abría en alguno de los pasajes que tenía señalados con una hoja introducida entre sus páginas. Casi siempre eran biografías o confesiones de místicos lo que tenía delante, o bien trabajos científicos sobre ellos, y generalmente solía tomarlos como punto de partida para iniciar una conversación con las palabras: “Veamos con la mayor serenidad posible lo que pasa aquí.”

Era una actitud precavida que no abandonaba tan fácilmente por voluntad propia. En aquella ocasión, dijo una vez más:

-Si tú pudieras leer de cabo a rabo estas descripciones que unos hombres y mujeres de pasados siglos nos han dejado sobre su estado de identificación anímica con la divinidad, hallarías la verdad y la realidad en cada letra, y en cambio las afirmaciones formadas por dichas letras estarían en aguda contradicción con tu voluntad de vivir el presente. - Dicho esto, continuó-: Hablan de un fulgor que les inunda. De una infinita vastedad, de un infinito reino de la luz. De una “unidad” fluctuante de todas las cosas y fuerzas del alma. De un maravilloso e indescriptible impulso del corazón. De reconocimientos tan rápidos, que todo en ellos es simultáneo, y que son como gotas de fuego que caen en el mundo. Y por otra parte, hablan de un olvido, de un dejar de entender, y aun de una desaparición de las cosas. Hablan de un

enorme descanso, liberado de las pasiones. De un enmudecer. De un esfumarse los pensamientos y los propósitos. De una ceguera en la que ven claro, de una claridad en la que están muertos y vivos de un modo sobrenatural. Le dan el nombre de “desvivirse”<sup>1</sup> y afirman en cambio que viven de una forma más plena que nunca: aunque la dificultad de la expresión las encubra de un modo centelleante, ¿no son éstas las mismas sensaciones que uno tiene aún hoy, cuando el corazón (□ávido y saciado”, como ellos dicen!) va a parar a las regiones utópicas que se encuentran en todas partes y en ninguna, entre una dulzura infinita y una infinita soledad?

En la pequeña pausa de reflexión que hizo Ulrich, se introdujo la voz de Agathe:

Es lo que llamaste una vez los dos estratos que se superponen en nosotros.

-¿Yo? ¿Cuándo?

-Tú fuiste a la ciudad sin saber por qué, y tuviste la sensación de disolverte en ella, pero a la vez te repugnaba. Y yo te dije que a veces me sucede lo mismo.

-Oh, sí! Incluso te referiste a "Hagauer"! -exclamó Ulrich-. Y ambos nos reímos; ahora lo recuerdo. Pero entonces no lo tomamos muy en serio. Y también te he hablado ya de la visión que da y la visión que toma, del principio masculino y el femenino, del hermafroditismo de la fantasía primitiva y de otras cosas semejantes: puedo hablar mucho de todo esto! Como si mi boca estuviera tan lejos de mí como la luna, siempre en su puesto cuando, en la noche, buscamos a alguien de confianza con quien charlar! Pero lo que cuentan estas gentes devotas sobre las aventuras de su alma -prosiguió, y en la amargura de sus palabras se mezcló de nuevo la objetividad y también la admiración- aparece descrito a veces con la fuerza y la implacable convicción de un

análisis de Stendhal. Por lo demás -añadió con ánimo de restringir las cosas- esto sólo les pasa mientras se mantienen puramente en los fenómenos y no interviene su juicio, falseado por la lisonjera convicción de que han sido elegidos por Dios para vivir la divinidad de un modo inmediato. Porque a partir de este momento no nos cuentan ya, naturalmente, sus percepciones, difíciles de describir, en las que no hay sustantivos ni verbos, sino que hablan en frases con sujeto y objeto, porque creen en Dios y en su alma como si se tratara de dos jambas de una puerta, entre las cuales se abrirá lo maravilloso. Y es así como llegan a interpretar que el alma les será arrancada del cuerpo y se sumirá en el Señor, o que el Señor penetrará en ellos como un amante; quedan presos, devorados, engullidos, deslumbrados, raptados, violentados por Dios, o su alma se expande hacia Él, se adentra en Él, gusta de Él, lo abraza con amor y oye sus palabras. En estas



sensaciones aparece ya de un modo inequívoco el modelo terrenal; y tales descripciones no se asemejan ya a enormes descubrimientos, sino que se parecen simplemente a las imágenes algo monótonas con que un poeta amoroso adorna su objeto, sobre el que sólo puede dar una opinión: a mí, por lo menos, que he sido educado en la contención, estas descripciones me ponen en el potro de la tortura; porque estos elogios, en el momento en que aseguran que Dios les ha hablado o que han entendido el lenguaje de los árboles y de las bestias, omiten siempre decirme lo que les ha sido comunicado, y si me lo dicen, siempre se salen por la tangente de los asuntos puramente personales o de las más sobadas informaciones clericales. Es infinitamente lamentable que ningún investigador de la ciencia exacta haya tenido visiones! - concluyó Ulrich su larga réplica.

-¿Crees acaso que podrían tenerlas? -le insinuó Agathe.

Ulrich vaciló un instante. Después respondió como quien hace profesión de fe:

-No lo sé; puede que a mí me suceda! -  
Al oír sus propias palabras, sonrió, para restringir una vez más el efecto de las mismas.

También Agathe sonrió; ahora parecía tener la respuesta, tan codiciada, y su rostro reflejó el pequeño instante de desengaño que sigue al súbito cese de una tensión. De ahí que quizás protestara tan sólo porque quería volver a incitar a su hermano.

-Tú sabes -le dijo- que yo he sido educada en una institución muy piadosa: la consecuencia de ello ha sido que en mí se manifiesta siempre un gusto por la caricatura, que se vuelve sencillamente descarado cuando alguien habla de ideales piadosos. Nuestras educadoras llevaban un hábito cuyos dos colores formaban una cruz; esto recordaba seguramente una de las ideas supremas, que de este modo no perderíamos de vista en todo el día; pero no pensábamos en ella ni un

segundo. Y a las madres las llamábamos simplemente las arañas de la cruz, por su aspecto y por sus discursos, de una suavidad de seda. Así, mientras tú leías para mí, tan pronto sentía ganas de reír como de llorar.

-¿Sabes lo que esto demuestra? -exclamó Ulrich-. Simplemente que la fuerza del bien, existente de un modo u otro en nuestro interior, empieza a corroer las paredes cuando se la encierra en una forma fija, y por el agujero que se forma, vuela inmediatamente hacia el mal. Esto me recuerda la época en que yo era oficial y, junto con mis camaradas, servía de sostén al trono y al altar:  $\square$ nunca en mi vida había oído hablar con tanta libertad de ambos como en nuestro círculo! Los sentimientos no toleran ser sujetos, y mucho menos determinados sentimientos. Estoy convencido de que vuestras excelentes educadoras creían lo que os predicaban:  $\square$ pero la fe no puede envejecer ni siquiera una hora!  $\square$ Así es!

Agathe lo comprendió por sí misma, a pesar de que Ulrich, en su apresuramiento, no había expresado a entera satisfacción propia el hecho de que la fe de aquellas monjas -una fe que había quitado a su hermana las ganas de creer- era algo puramente “en conserva”. Por así decirlo había sido conservado en su propia “salsa”, sin que perdiera ninguna propiedad en cuanto a fe, pero no era “fresco”, e incluso, de un modo imperceptible, había adquirido un estado distinto al original, un estado que tal vez en aquel instante flotaba como un presentimiento ante el aprendiz de santo, extraviado y díscolo.

Con las restantes cosas que habían dicho ya sobre moral, aquello constituía una de las dudas conmovedoras que su hermano había introducido en Agathe, y también pertenecía al estado de nuevo despertar que sentía, sin llegar a verlo claro. Porque la situación de indiferencia que a sabiendas aparentaba y se

provocaba no había dominado siempre su vida. Alguna vez ocurrió algo que originó esta necesidad de autocastigo, surgida de una profunda depresión que la hacía aparecer indigna ante ella misma; porque no se creía autorizada a guardar fidelidad a sensaciones elevadas, y desde entonces se odiaba a sí misma por la indolencia de su corazón. Este acontecimiento se situaba entre su vida de muchacha en la casa paterna y el incomprendible matrimonio con Hagauer, y sus límites eran tan estrechos, que incluso a Ulrich, a pesar de su deseo de comprensión, se le había escapado hasta ahora preguntárselo. Lo que ocurrió es fácil de contar: a los dieciocho años, Agathe se había casado con un hombre muy poco mayor que ella, y en un viaje que se inició con la boda y terminó con la muerte de su marido, éste le fue arrebatado en cuestión de semanas por una enfermedad que contrajo entretanto, antes de que hubiesen elegido siquiera su futura

vivienda. Los médicos dijeron que era tifo y Agathe les imitó, encontrando en ello una apariencia de orden, porque éste era el aspecto del suceso retocado para presentarlo al mundo. Pero la parte no retocada era muy diferente: Agathe había vivido hasta entonces aliado de su padre, respetado de todo el mundo, hasta el punto de que ella admitía dudosa que cometía una injusticia no amándole, y la incierta espera de sí misma, en el internado, por la desconfianza que le merecía, le había impedido fortalecer sus relaciones con el mundo; luego por el contrario, cuando, con una vitalidad surgida de pronto y en un esfuerzo común con su compañero de juventud, superó en pocos meses todos los obstáculos que se oponían a su matrimonio -nacidos de la juventud de ambos y a pesar de que las familias no tenían objeciones que oponerse-, resultó que dejó de repente de encontrarse sola y, precisamente por ello, se encontró a sí misma. Sin

duda aquello podía ser calificado de amor; pero hay amantes que miran el amor como quien mira el sol y se quedan simplemente ciegos, y hay amantes que miran asombrados la vida, por primera vez, cuando el amor la ilumina: Agathe pertenecía a estos últimos, y apenas había llegado a saber sí amaba a su compañero u otra cosa, cuando sobrevino ya lo que en el lenguaje del mundo inculto se llamaba una enfermedad infecciosa. Fue una tormenta de horror que estalló de improviso, procedente de las regiones ignotas de la vida, un gesto de defensa, una llamarada y un irse extinguiendo, el azote de dos seres humanos que se aferran el uno al otro y el hundimiento de un mundo sin recelo en el vómito, la inmundicia y el miedo.

Este suceso, que aniquiló sus sentimientos, jamás había sido reconocido por Agathe. Fuera de sí de desesperación, se había arrojado junto a la cama del moribundo y se había obstinado en creer que era capaz de

provocar la misma energía con que, de niña, había dominado su propia enfermedad; sin embargo, al ir avanzando el derrumbamiento, y perdida ya la conciencia del enfermo, ella se había quedado mirando fijamente el desvalido rostro, sin comprender nada, en las habitaciones de un hotel extranjero, oprimiendo el cuerpo del moribundo entre sus brazos, sin pensar en el peligro; sin noción de la realidad, de la que cuidaba una enfermera indignada, no había hecho otra cosa que murmurar durante horas al oído, ya sordo: “¡No puedes hacerlo, no puedes, no puedes!” No obstante, cuando todo hubo pasado, se levantó asombrada y, sin creer ni pensar nada en concreto, por la simple capacidad para el sueño y la obstinación de una naturaleza solitaria, en su fuero interno trató todo lo ocurrido -desde el momento de aquel asombro vacío- como si no fuera nada definitivo. Cualquier persona muestra sin duda el atisbo de una actitud semejante cuando no



quiere dar crédito a la noticia de una desgracia o tiñe de un matiz consolador lo irrevocable. Pero lo singular del comportamiento de Agathe era la fuerza y la extensión de esta reacción, y propiamente el desprecio del mundo que la acometió de pronto. Desde entonces, sólo admitió a sabiendas las cosas nuevas como si, en lugar de del actual, fuesen algo extraordinariamente incierto, un comportamiento que le fue facilitado en gran medida por la desconfianza que, ya desde siempre, le había inspirado la realidad. En cambio, todo lo pasado se congeló bajo el golpe recibido y fue erosionado por el tiempo mucho más lentamente de lo que suele ocurrir con los recuerdos. Sin embargo, nada había en ello de la irrupción del sueño, del exclusivismo ni de las deformaciones que reclaman la presencia del médico; al contrario, Agathe seguía viviendo en lo externo con claridad, con una virtud sin pretensiones y tan sólo con algo de aburrimiento, en un

ligero distanciamiento extático de la voluntad de vivir, que realmente se asemejaba de un modo extraño a la fiebre que había padecido voluntariamente cuando era niña. Y el hecho de que en su memoria, que jamás tendía normalmente a disolver sus impresiones en generalidades, se mantuviera vivo lo pasado y lo terrible, hora tras hora, como un cadáver envuelto en un blanco sudario, era algo que la hacía dichosa a pesar del tormento que implicaba la precisión del recuerdo; porque su efecto era como un indicio misteriosamente tardío de que aún no había pasado todo, y preservaba en ella, en el decaimiento de su ánimo, una tensión incierta, pero magnánima. En realidad, todo aquello provenía sin duda de que había vuelto a perder el sentido de su existencia y se sumía voluntariamente en un estado que no correspondía a su edad; porque sólo las personas viejas viven de un modo que les mantiene aferradas a las experiencias y éxitos del

tiempo pasado y no son ya afectadas por el presente. No obstante, por suerte para Agathe, aunque en la edad en que entonces se encontraba suelen tomarse resoluciones para la eternidad, resulta que un año pesa ya como media eternidad, y no podía dejar de ocurrirle que, al poco tiempo, la naturaleza reprimida y la fantasía encadenada conquistaran tumultuosamente su libertad. Era indiferente saber cómo había ocurrido aquello en sus detalles; un hombre, cuyos esfuerzos, en otras circunstancias, no habrían conseguido nunca hacerle perder el equilibrio, se convirtió en su amante y, tras breve tiempo de fanática esperanza, este intento de volver a empezar acabó en un apasionado desencanto. Agathe se sentía escupida tanto de su vida real como de su vida irreal, e indigna de todo elevado propósito. Era una de aquellas personas vehementes que pueden pasarse mucho tiempo sin reaccionar y a la expectativa, hasta que en una ocasión

determinada caen de pronto en un mar de confusiones; de ahí que, en su decepción, no tardara en adoptar una decisión poco meditada que, para decirlo en pocas palabras, consistía en castigarse a sí misma con algo opuesto a lo que la había hecho pecar, condenándose a convivir con un hombre que le inspirara una ligera repugnancia. Y el hombre que escogió para castigarse a sí misma fue Hagauer.

“Indudablemente, esta conducta no fue justa ni considerada para con él!”, se confesaba Agathe, y hay que admitir que en aquel momento lo admitía así por primera vez; porque la justicia y la consideración no son virtudes predilectas de la gente joven. Aunque también es cierto que el “castigo” de aquella convivencia no había sido pequeño, y Agathe seguía dándole vueltas al asunto. Se había perdido en sus reflexiones, y también Ulrich estaba buscando algo en sus libros y, al parecer, había olvidado continuar la

conversación. “En siglos anteriores -pensaba Agathe-, una persona en mi estado de ánimo habría entrado en un convento”; el hecho de que, en lugar de ello, se hubiera casado, no dejaba de poseer un aspecto inocentemente cómico, que hasta ahora se le había escapado. Esta comicidad, que su espíritu juvenil no había percibido antes, no era otra que la propia de la época presente, una época que, en el peor de los casos, satisface su necesidad de evadirse del mundo en una fonda para turistas, aunque generalmente lo hace en un hotel de los Alpes, e incluso tiene el prurito de poner bonitos muebles en los establecimientos penitenciarios. Esto expresa la profunda necesidad europea de no exagerar nada. Hoy en día ningún europeo se flagela, ni se cubre de ceniza, ni se corta la lengua, ni se entrega de verdad o se retira totalmente del mundo de los hombres, ni sucumbe a la pasión, ni ata a nadie a una rueda ni lo empala; pero todo el mundo tiene a

veces la necesidad de hacerlo, hasta el punto de que resulta difícil decir en qué reside realmente el valor de evitar el acto: en el deseo o en la inacción. ¿Por qué tiene que pasar hambre un asceta? Lo único que consigue con ello es tener visiones molestas! Una ascesis razonable consiste en tener aversión a la comida sin abandonar por ello una buena alimentación! Semejante ascesis promete una larga duración y permite que el espíritu posea la libertad que no tiene cuando está sujeto a la apasionada renuncia del cuerpo! Estas explicaciones, entre amargas y divertidas, que Agathe había aprendido de su hermano, le hacían mucho bien, porque deshacían lo “trágico” en lo que su inexperiencia, durante largo tiempo, le había inducido a creer ciegamente como si fuera un deber, y lo descomponían en una ironía y en una pasión que no tenía nombre ni objetivo, y precisamente por ello no se acababa en absoluto con lo que ella había vivido.

De esta suerte, desde que estaba en compañía de su hermano, pudo hacer la constatación de que en la gran disociación que existe entre una vida irresponsable y una fantasía ultraterrena -y que ella había experimentado- se introducía un movimiento redentor, que volvía a atar los cabos sueltos. Por ejemplo, ahora que entre ella y su hermano reinaba un armisticio que los libros y los recuerdos hacían más profundo, recordó la descripción que le había hecho Ulrich de cómo, andando al azar, había penetrado en la ciudad y la ciudad había penetrado en él: esto le recordaba a ella con gran precisión sus pocas semanas de felicidad; y también era cierto que ella había reído, y lo había hecho sin motivo y alocadamente, cuando su hermano se lo contaba; porque percibía que, de esta inversión del mundo, de este cómico y bendito volverse del revés a que Ulrich se refería, también había algo en los labios de Hagauer, cuando se abombaban

para besarla. Entonces se trataba sin duda de un escalofrío de horror; pero un escalofrío, pensaba, se produce también bajo la clara luz del mediodía, y ella había sentido de un modo u otro que aún no se habían perdido para ella todas las posibilidades. Algo así como una nada, una interrupción que siempre había existido entre pasado y presente, se había disipado en los últimos tiempos. Miró furtivamente a su alrededor. La habitación en que se hallaba había constituido una parte de las estancias donde se había forjado su destino. Ahora lo pensaba por primera vez desde que volvía a pisarlas. Allí mismo, sabiendo que su padre no estaba en casa, se había reunido con su compañero de juventud, cuando ambos tomaron la gran decisión de amarse; aquí recibió más de una vez al “indigno” había permanecido de pie junto a la ventana, con lágrimas furtivas de rabia o de desesperación, y aquí, finalmente, estimulada por su padre, se había producido



la petición de mano de Hagauer. Después de ser durante tanto tiempo el revés inadvertido de los acontecimientos, los muebles, las paredes, la luz extrañamente cautiva, adquirirían una sorprendente solidez en el momento del reencuentro, y las aventuras transcurridas en medio de ellos constituían un pasado tan corporal, y ya tan poco ambiguo, como si se tratara de ceniza o de madera carbonizada. Sólo el sentimiento cómico-difuso de lo que fue, esta maravillosa comezón que se siente ante viejos vestigios de uno mismo, reseco hasta convertirse en polvo, y que uno no puede ni ahuyentar ni retener en el momento de sentirlo, había permanecido y adquiriría una fuerza casi insoportable.

Agathe se aseguró de que Ulrich no le prestaba atención, y se abrió con precaución el vestido sobre el pecho, donde, en contacto con la piel, guardaba el pequeño estuche con la minúscula fotografía que no la había

abandonado en todos aquellos años. Se acercó a la ventana e hizo corno si mirara al exterior. Con cuidado, hizo saltar el agudo reborde de la diminuta ostra de oro y contempló a escondidas a su amado muerto.

Tenía los labios gruesos y los cabellos espesos y sedosos; la mirada resuelta del joven de veinte años saltaba de un rostro que aún transcendía la infancia. Estuvo un buen rato sin saber lo que pensaba, pero de pronto pensó: “Dios mío, un hombre de veintiún años!”

¿De qué hablan los jóvenes entre sí? ¿Qué importancia conceden a sus asuntos? ¿Qué raros y presumidos son a veces! ¿Cómo les engaña la viveza de sus intuiciones sobre el valor de las mismas! Con curiosidad, Agathe quitaba el papel de seda del recuerdo que envolvía viejas sentencias, conservadas en él como algo de maravillosa inteligencia: “Dios mío, pues sí que era poca su importancia!”, pensó. Pero, de hecho, ni siquiera

eso podía afirmarse con seguridad, si no se imaginaba el jardín en que se habían hablado, con las extrañas flores cuyo nombre no conocían, las mariposas que se posaban en ellas como beodos cansados, y la luz que surcaba sus rostros, como si cielo y tierra se hubiesen disuelto en ella. Comparada con entonces, ahora era una mujer mayor y experimentada, aunque el número de años transcurridos no fuese muy grande. Un tanto confusa, se dio cuenta de la desproporción que suponía el hecho de que ella, a los veintisiete años, hubiese amado hasta entonces a un hombre de veinte: Se había vuelto demasiado joven para ella! Se preguntó: “¿Qué sentimientos debería tener si, a mi edad, este hombre con rostro de niño fuese realmente lo más importante para mí?” Probablemente habrían sido unos sentimientos muy extraños. Para ella no significaban nada, y ni siquiera era capaz de hacerse una

idea clara sobre ellos. La verdad es que todo se deshacía en la nada.

En una gran oleada de emoción, Agathe reconoció que, en la única pasión orgullosa de su vida, había sido víctima de un error, y el núcleo de dicho error estaba compuesto de una niebla de fuego que no se podía tocar ni asir, aunque se dijera que la fe no puede durar ni una hora, o se definiera de cualquier otro modo; y siempre era aquél el tema del que le hablaba su hermano desde que estaban juntos, y siempre era ella misma el objeto de sus discursos, aunque hiciera toda suerte de ceremonias conceptuales y su cautela fuese a menudo demasiado lenta para la impaciencia que ella sentía. Una y otra vez volvían a la misma conversación, y la propia Agathe ardía en deseos de que su llama no disminuyera.

Entonces, cuando ella dirigió la palabra a Ulrich, éste no había notado lo mucho que había durado la interrupción. Pero quien no

haya descubierto, por las pistas dadas, lo que estaba ocurriendo entre aquellos dos hermanos, puede abandonar este relato, porque en él se describirá una aventura que jamás podrá aprobar: un viaje a los confines de lo posible, que bordeaba los peligros de lo imposible y lo antinatural, e inclusive lo repulsivo, y que quizás no siempre se limitara a bordearlos; un “límite”, como lo llamó Ulrich posteriormente, de validez limitada peculiar, que recordaba la libertad con que a veces las matemáticas se sirven del absurdo para llegar a la verdad. Él y Agathe fueron a parar a un camino que tenía algo que ver con los asuntos de los poseídos por la divinidad, pero lo recorrían sin tener nada de piadosos, sin creer en Dios ni en el alma, y ni tan siquiera en un Más Allá ni en un Otra Vez; fueron a dar en él como hombres de este mundo, y como tales lo recorrían; y esto era precisamente lo digno de atención. Ulrich, que, en el momento en que su hermana

volvió a hablarle, se había visto reclamado una vez más por sus libros y por las cuestiones que éstos le planteaban, no había olvidado ni un instante la conversación interrumpida en la resistencia de su hermana contra la devoción de sus educadoras y contra su propia exigencia de “visiones exactas”. Replicó inmediatamente: -¶No es preciso ser un santo para experimentar algo parecido! ¶Uno puede también sentarse en un árbol caído o en un banco en la montaña, y contemplar un rebaño de vacas que pacen, y experimentar así algo no menos grande que si a uno le hubiesen transportado de pronto a otra vida! ¶Uno se pierde y luego vuelve en sí de repente: tú misma has hablado ya de ello!

-Pero, ¿qué es lo que ocurre? -preguntó Agathe. -¶Antes tienes que ver claro qué es lo normal, hermana mía! -explicó Ulrich en un intento de frenar aquel pensamiento demasiado arrebatador con una broma-. Lo normal es que un rebaño no signifique para nosotros

más que carne de vaca apacentándose. O bien será un objeto pintoresco con un telón de fondo. O bien no llegaremos a darnos cuenta de que está ahí. Los rebaños de vacas en los caminos de montaña pertenecen a los caminos de montaña, y lo que experimentamos al contemplarlos, sólo lo notaríamos sí en su lugar hubiera un reloj regulador eléctrico o una casa de pisos de alquiler. Lo normal es que uno reflexione si debe permanecer de pie o sentado; nos molestan las moscas que rodean a enjambres el rebaño; observamos si hay algún toro en él; pensamos a dónde llevará el sendero: se trata de innumerables pequeñas intenciones, preocupaciones, cálculos y descubrimientos, que además constituyen algo así como el papel en que se halla el dibujo del rebaño. No pensamos en el papel, sino en el rebaño que tiene pintado encima...

-**Y** de pronto se rasga el papel! -intervino Agathe.

-Sí. Es decir: se rasga en nosotros algún tejido habitual. Entonces ya no hay nada comestible pastoreando; nada pintoresco; nada que te cierre el camino. Ni siquiera puedes ya formar las palabras “apacentar” o “pastorear”, porque para ello se requiere una cantidad de ideas útiles, prácticas, que tú has perdido de repente. Lo que queda en la superficie de la imagen, más bien podría recibir el nombre de una oleada de sensaciones que sube y baja, o que respira y resplandece, como si llenara sin contornos todo el campo visual. Naturalmente, en su interior se contienen además innumerables percepciones aisladas, colores, cuernos, movimientos, olores y todo lo que forma parte de la realidad: pero todo ello no es ya reconocido, aunque sea percibido. Yo diría que los detalles no poseen ya su egoísmo, un egoísmo del que se servían para reclamar nuestra atención, sino que se han entrelazado fraternalmente y, en sentido literal,



“íntimamente”. Y, como es lógico, no existe ya una “superficie de la imagen”, sino que, de algún modo, todas las cosas se han metido, sin límites, en ti.

Entonces Agathe, vivamente, reemprendió la descripción:

-Ahora, en lugar de egoísmo de los detalles, te basta con hablar de egoísmo de las personas -exclamó-; es lo que tan difícil resulta de expresar: “Ama a tu prójimo” no significa: ámalo como tú eres, sino que define una especie de estado de sueño.

-Todos los principios de la moral -confirmó Ulrich- definen una especie de estado de sueño, evadido ya de las reglas que pretenden definirlo!

-No cierto es que entonces no existe ya la bondad y la maldad, sino sólo la fe... o la duda! -exclamó Agathe, que ahora parecía estar próxima al estado, originario y autónomo, de la fe, y también a su extravío en la moral de la que habló su hermano al

decir que la fe no podía envejecer ni una hora.

-Sí, en el momento en que uno se escabulle de la vida insignificante, surge una nueva relación entre todas las cosas -convino Ulrich-Casi diría que ninguna relación. Porque se trata de una relación totalmente desconocida, de la cual no tenemos experiencia alguna, y las relaciones restantes se extinguen. No obstante, esta relación única, a pesar de su oscuridad, es tan manifiesta, que no se puede negar. Es fuerte, pero con una fuerza inabarcable. Podríamos decir también que normalmente uno mira algo, y la mirada es como una varilla o un hilo tenso gracias al cual se sostienen mutuamente el ojo y lo que ve, y hay alguna gran materia entretejida de esta suerte, que sostiene cada segundo; por contra, en este algo hay alguna cosa dolorosamente dulce que arrastra por separado los rayos que vienen del ojo.

No tenemos nada en este mundo, a nada podemos ya aferrarnos y nada nos sostiene - dijo Agathe-. Es todo como un árbol muy alto en que no se mueve ni una hoja. Y en este estado, es imposible cometer ninguna baja.

-Se dice que, en este estado, nada puede ocurrir que no esté en armonía con él - añadió Ulrich-. Un deseo de “abandonarse a él” es el único motivo, la determinación amorosa y la única forma de toda acción y de todo pensamiento que en él se producen. Es algo infinitamente tranquilo y vasto, y todo lo que ocurre en él multiplica su significación, que se incrementa con calma; o no la multiplica, y entonces es el mal; pero el mal no puede ocurrir, porque en el mismo momento el silencio y la claridad se desgarran y cesa el estado maravilloso.

Ulrich miraba inquisitivo a su hermana, evitando que ella se diera cuenta; seguía teniendo la sensación de que la cosa estaba llegando a su fin. Pero el rostro de Agathe

permanecía hermético: estaba pensando en cosas pasadas hacía mucho tiempo. Contestó:

-Me sorprendo a mí misma, pero realmente ha existido un breve período de tiempo en que no conocía la envidia, la malicia, la vanidad, la codicia ni nada semejante; es difícil de creer, pero me parece como si entonces hubieran desaparecido de golpe, no sólo del corazón, sino del mundo! Entonces no sólo a nosotros nos resulta imposible obrar con bajeza, sino que tampoco los demás pueden obrar así. Una persona buena hace que se vuelva bueno todo lo que toca, hagan lo que hagan los demás para impedirselo: en el momento en que las cosas entran en su campo de acción, él las transforma.

-No -interrumpió Ulrich-, no es así, exactamente; al contrario, esto sería uno de los más antiguos malentendidos! Porque una persona buena no consigue en absoluto que

el mundo se vuelva bueno, no efectúa en él la menor transformación; lo único que consigue es aislarse.

-Pero si está metido en él!

—Está metido en él, pero le ocurre como si el espacio se retirara de las cosas o sucediera alguna cosa imaginaria. Es difícil decirlo! - A pesar de todo, tengo idea de que una persona “de elevados sentimientos” (son las palabras que se me ocurren) no encuentra nada vil en su camino; puede que sea un disparate, pero es una experiencia.

-Puede que sea una experiencia -adujo Ulrich-, pero también existe la experiencia contraria! ¿O crees acaso que los soldados que crucificaron a Cristo no se sentían viles? Y en cambio eran instrumentos de Dios! Además, incluso en los testimonios de los místicos se dan los malos sentimientos: lamentan perder el estado de gracia y sentir entonces un indecible disgusto; conocen el miedo, el dolor y la vergüenza, e incluso el

odio. Sólo cuando se reanuda el silencioso ardor, se vuelven beatíficos el arrepentimiento, la ira, el miedo y el dolor. Todo esto es tan difícil de juzgar!

-¿Cuándo estuviste tú tan enamorado? -preguntó Agathe de pronto.

-¿Yo? Oh, ya te lo he contado! Había huido a mil kilómetros de la amada, y cuando me sentía seguro contra toda posibilidad de que me abrazara realmente, ¡la llamé a gritos como un perro que aúlla a la luna!

Entonces Agathe le confesó la historia de su amor. Estaba excitada. Su última pregunta la había soltado ya como una cuerda excesivamente tensa, y lo que siguió tenía el mismo aspecto. Temblaba por dentro, al dejar salir libremente cosas que llevaban muchos años ocultas.

A su hermano, sin embargo, aquello no le conmovió mucho.

-Normalmente, los recuerdos envejecen junto con las personas -le dijo a su hermana-

y los más apasionados acontecimientos se ven con el tiempo en una perspectiva cónica, como si los viéramos al fondo de noventa y nueve puertas abiertas una tras otra. Pero a veces, si fueron unidos a sentimientos muy intensos, algunos recuerdos aislados no envejecen y mantienen pegados a ellos estratos enteros de la personalidad. Éste fue tu caso. Casi en todos los seres humanos hay puntos que desfiguran un poco la armonía psíquica; su comportamiento fluye entonces por encima de ellos como un río sobre una roca invisible, y en ti, esto ha sido simplemente tan fuerte, que casi se ha identificado con un estancamiento. Pero finalmente has conseguido liberarte y vuelves a estar en movimiento!

Lo exponía con la calma de un pensamiento casi profesional; era tan fácil desviarse! Agathe era desgraciada. Dijo de un modo obstinado:

-Naturalmente que estoy en movimiento, pero no estoy hablando de ello! Quiero saber a dónde estuve a punto de llegar entonces!

Estaba también enojada sin quererlo, sólo porque tenía que expresar de un modo u otro su excitación; sin embargo, continuó hablando en la primera dirección de su movimiento, y sintió que la cabeza le daba vueltas entre la dulzura de sus palabras y el enojo situado en un segundo plano. Se refirió al curioso estado de creciente receptividad y sensibilidad que provoca una sobreabundancia y un reflujo de las impresiones, de lo que surge el sentimiento de estar, como en el blando espejo de una superficie acuática, unido a todas las cosas, de dar y de recibir sin voluntad; es un maravilloso sentimiento de eliminación y falta de fronteras, tanto del exterior como del interior, un sentimiento común al amor y a mística! Agathe no se sirvió, naturalmente, de tales palabras, que



intuyen ya una explicación, sino que se limitaba a alinear apasionados fragmentos de su recuerdo; pero también Ulrich, aunque a menudo había reflexionado sobre ello, era incapaz de dar explicación alguna a tales vivencias, y sobre todo no sabía si tenía que intentar dar alguna, con su peculiar manera de verlo o de acuerdo con los habituales procedimientos de la razón; en ambas cosas estaba conforme, pero no con el palpable apasionamiento de su hermana. De ahí que lo que expresó en su respuesta fue una simple mediación, una especie de examen de posibilidades y aludió a la curiosa afinidad que, en el estado de elevación del que hablaban, existía entre pensamiento y moral, de suerte que todo pensamiento se sentía como una dicha, un acontecimiento y un regalo, y no pasaba a los almacenes de provisiones, ni se relacionaba en modo alguno con sentimientos de apropiación y dominio, de retención y observación, por lo cual en la cabeza, no

menos que en el corazón, el goce por la posesión de sí mismo era sustituido por un regalarse y un mutuo entrelazarse que no tenían límites.

-Una vez en la vida -contestó Agathe con decidida exaltación-, lo que uno ha hecho se produce para otra persona. Se ve salir el sol para ella. Está en todas partes y, en cambio, uno mismo no está en ninguna parte. Y sin embargo, esto no es un “egoísmo entre dos”, porque a la otra persona debe ocurrirle exactamente lo mismo. ¶Finalmente, ambos están apenas ahí el uno para el otro, y lo que queda es un mundo para dos personas bien distintas, un mundo hecho de reconocimiento, entrega, amistad y desprendimiento!

En la oscuridad de la estancia, su mejilla ardía de exaltación como una rosa que permanece en la sombra. Y Ulrich pidió:

-Ahora tendríamos que volver a hablar serenamente; en estas cuestiones hay demasiadas trampas.

A Agathe no le pareció mal. Quizás el enojo, que aún no se había disipado del todo, hacía que su entusiasmo fuera reprimido un poco por la realidad evocada; pero no era una sensación desagradable, este inseguro temblor de los límites.

Ulrich empezó a hablar del abuso que representaba interpretar las experiencias que eran objeto de su conversación como si en ellas no se produjera simplemente una curiosa transformación del pensamiento, sino una sustitución del pensamiento habitual por un pensamiento sobrehumano. Tanto si se llamaba inspiración divina o, siguiendo la moda de la época, simplemente intuición, él lo consideraba el principal obstáculo para una comprensión verdadera. Tenía la convicción de que nada se ganaba cediendo a imaginaciones que no resistían una meditada verificación. Era algo así como las alas de cera de Ícaro, que se fundían en las alturas, exclamó; si uno no quería volar solamente en

el sueño, tenía que aprender a hacerlo con alas de metal.

Y señalando los libros, prosiguió tras una pequeña pausa:

-Éstos son testimonios cristianos, judíos, indios y chinos; entre algunos de ellos hay una distancia de más de mil años. No obstante, en todos se reconoce la misma estructura del movimiento interno, distinta de lo habitual, pero unitaria en sí misma. Casi lo único que les distingue es lo que resulta de la conexión con un edificio doctrinal de la teología y la cosmogonía a cuyo techo protector se han acogido. Por tanto, debemos presuponer un segundo estado concreto e insólito, de gran importancia, que el hombre es capaz de alcanzar y que es anterior a todas las religiones.

-Por otra parte, las iglesias -concedió-, es decir, las comunidades civilizadas de hombres religiosos, han tratado siempre este estado con una desconfianza semejante a la

que siente el burócrata hacia la empresa privada. Jamás han reconocido sin reservas esta experiencia mística, antes al contrario, han dedicado grandes esfuerzos, en apariencia justificados, a poner en su lugar una moral reglamentada y comprensible. Así, la historia de este estado comporta una negación y una atenuación crecientes, que recuerdan la desecación de un pantano.

-Y cuando el régimen espiritual eclesiástico -concluyó- y su vocabulario envejecieron, se llegó comprensiblemente a considerar nuestro estado pura y simplemente como una quimera. ¿Por qué la cultura burguesa, cuando sustituyó a la religiosa, habría tenido que ser más religiosa que ésta? Y aquel otro estado fue reducido a una aportación de conocimientos. Actualmente, hay una gran cantidad de personas que se quejan de la razón y quieren convencernos de que, en sus momentos más lúcidos, piensan con ayuda de una facultad

especial, superior al pensamiento: es un último residuo, público y ya totalmente racionalizado; el último residuo de la desecación a que nos referíamos se ha convertido en mera charlatanería. Así pues, al margen de la poesía, sólo se permite el antiguo estado a personas incultas durante las primeras semanas del amor, como un período de confusión transitoria; son, por así decirlo, las últimas y tardías hojas verdes que brotan de vez en cuando en la madera de las camas y de las cátedras; pero cuando dicho estado pretende regresar a su gran prepotencia originaria, se le arranca y se le extirpa sin contemplaciones,

Ulrich había hablado aproximadamente con tanta prolijidad como la de un cirujano al lavarse las manos y los brazos, para no llevar ningún germen al campo de la operación; lo había hecho también con la paciencia, la solicitud y la ecuanimidad que se hallan en contraste con la excitación que

comportará el trabajo inminente. Sin embargo, tras haberse esterilizado, pensó casi con nostalgia en un poco de infección y de fiebre, porque no amaba la serenidad por ella misma. Agathe estaba sentada en una pequeña escalera de mano, que servía para coger libros, y ni siquiera al callarse su hermano dio el menor signo de participación; miraba al exterior, al cielo de un gris infinito y marino, y atendía al silencio como antes escuchó las palabras. Así, Ulrich continuó hablando con cierta disminución de su seguridad, mal disimulada bajo un tono festivo.

-Volvamos a nuestro banco de la montaña con el rebaño de vacas -suplicó-. Imagina que allí está sentado un jefe de oficina cualquiera, con pantalones de cuero recién salidos de fábrica y unos tirantes de color verde con una inscripción bordada que dice: "Grüss Gott"; este hombre representaría el contenido real de la vida, que está de

vacaciones. Esto hace que la conciencia que tiene de su propia existencia se transforme, naturalmente, por unos momentos. Cuando contempla el rebaño de vacas, no cuenta, no calcula, no valora el peso en vivo de los animales que pacen ante él, sino que perdona a sus enemigos y piensa benévolamente en su familia. Para él, el rebaño ha pasado de ser un objeto práctico a ser, por así decirlo, un objeto moral. Naturalmente, también puede ocurrir que cuente y calcule un poco y que no perdone del todo a sus enemigos, pero todo ello estará rodeado, al menos, por los rumores del bosque, los murmullos del arroyo y los rayos del sol. Resumiéndolo en una sola frase: lo que ordinariamente constituye el contenido de su vida le parece “lejano” y “carente en realidad de importancia”.

-Es el estado de ánimo de un día de fiesta -concluyó Agathe mecánicamente.

-Exacto! Y si la existencia de los días laborables le parece “carente de



importancia”, esto sólo significa: mientras duren las vacaciones. Hoy, la verdad es ésta: el hombre tiene dos estados de existencia, de conciencia y de pensamiento, y se protege del mortal terror fantasmagórico que esto debería inspirarle, considerando que un estado es como unas vacaciones del otro, una interrupción del mismo, una pausa de reposo o cualquier otra cosa relacionada con el estado que él cree conocer. Por el contrario, la mística estaría relacionada con la intención de hacer unas vacaciones ininterrumpidas. El funcionario diría que tal cosa es deshonorosa y sentiría, como lo siente siempre cuando las vacaciones tocan a su fin, que la vida real se asienta en su ordenada oficina. ¿Acaso nosotros lo sentimos de un modo diferente? Si hay algo que poner o no poner en orden, lo decidirá siempre, en definitiva, el hecho de que lo tomemos o no lo tomemos en serio; y tales experiencias son poco afortunadas precisamente porque, en miles de

años, no han conseguido superar su desorden y su insuficiencia originarias. Y para definirlo se dispone del concepto de delirio..., delirio religioso o delirio amoroso, como prefieras; puedes estar convencida de que, hoy, incluso la mayor parte de las personas religiosas están tan contagiadas del pensamiento científico que ya no se atreven a ver lo que arde en lo más profundo de su corazón, y en cualquier momento estarían dispuestas a definir médicamente como delirio este éxtasis, aunque oficialmente hablan de otro modo.

Agathe consideró a su hermano con una mirada que crepitaba como el fuego bajo la lluvia.

-Has conseguido maniobrar de forma que los dos nos hemos extraviado -le reprochó, al ver que no continuaba hablando.

-Tienes razón -admitió él-. Pero lo curioso es que lo hemos tapado como si fuera un pozo sospechoso, y sin embargo ha

quedado alguna gota de esta inquietante agua milagrosa que abre un orificio en nuestros ideales. Ninguno de ellos es totalmente justo, ninguno nos hace felices; todos se refieren a algo que no está presente; pero hoy ya hemos hablado bastante de ello. Nuestra cultura es un templo de lo que, en estado de tranquilidad, llamaríamos delirio, pero es a la vez su depósito, y no sabemos si lo sufrimos por exceso o por defecto.

-Puede que nunca te hayas atrevido a dejarte llevar por este delirio -dijo Agathe en tono de queja, y se bajó de la escalera; porque, de hecho, estaban poniendo en orden el legado escrito de su padre y sólo habían abandonado este trabajo, cada vez más urgente, primero a causa de los libros y después por su conversación. Ahora reanudaron el examen de las disposiciones e indicaciones referentes a la distribución de sus bienes; porque se acercaba el día que habían dado como cita a Hagauer para que

éste se aviniera a dejarles solos; con todo, antes de que se hubiera metido de lleno en su trabajo, Agathe levantó la vista de los papeles y volvió a preguntar:

-¿Hasta qué punto crees tú mismo todo lo que has dicho?

Ulrich contestó sin levantar los ojos:

-Imagina que, en medio del rebaño, mientras tu corazón se ha apartado del mundo, se encuentra un toro maligno. Intenta creer de veras que la mortal enfermedad de que me has hablado habría seguido otro curso si tu ánimo no hubiese cedido ni un segundo!

Después levantó la cabeza e indicó los papeles que tenía bajo sus manos:

-¿Y la ley, el derecho y la medida? ¿Pienzas acaso que son cosas superfluas?

-¿Hasta qué punto lo crees? -repitió Agathe.

-Lo creo y no lo creo -dijo Ulrich.

-O sea que no lo crees -completó Agathe.

Se produjo entonces un hecho casual, que se introdujo en la conversación; cuando Ulrich, que no tenía ganas de reanudar la charla ni tenía la calma suficiente para pensar como un hombre de negocios, reunió en aquel momento todos los papeles esparcidos ante él, algo cayó al suelo. Era un lío suelto y compuesto por toda clase de objetos, que, por descuido, había aparecido con el testamento y que estaba en la esquina de un cajón del escritorio, donde probablemente se había pasado unas decenas de años sin que lo supiera su dueño. Ulrich miró distraídamente lo que recogió del suelo y reconoció en algunos de los papeles la letra de su padre; pero no era la escritura de su edad senil, sino la de sus años de madurez; miró más detenidamente, vio que, además de los papeles escritos, había naipes, fotografías y toda clase de pequeños chismes, y comprendió en seguida lo que había encontrado. Era el compartimiento secreto del escritorio. Había

chistes, obscenos la mayoría, cuidadosamente copiados a mano; fotografías de desnudos; postales para enviar en pliego sellado, con rollizas vaqueras a las que se les podía abrir el pantalón por detrás; juegos de cartas que parecían completamente normales, pero que, vistas a contraluz, mostraban cosas tremendas; hombrecillos que, al apretarles el vientre, sacaban fuera todo lo que tenían, y otras muchas cosas de este género. Sin duda el anciano caballero había olvidado completamente los objetos que había al fondo del cajón, porque de lo contrario los habría destruido a tiempo. Probablemente databan de aquellos años de la edad madura en los que no pocos solterones y viudos se calientan con tales obscenidades, pero Ulrich enrojeció ante la mal guardada fantasía de su padre, que la muerte había despegado de la carne. Instantáneamente vio clara la relación con el interrumpido diálogo. No obstante, su primer impulso fue destruir

aquellos documentos, antes de que Agathe los viera. Pero Agathe había visto ya que algo anormal le había caído en las manos, por lo que cambió de idea inmediatamente y dijo a su hermana que se acercara.

Quiso esperar lo que diría ella. De improviso le dominó otra vez la idea de que ella era una mujer que debía tener experiencias y que este hecho había quedado totalmente fuera de su conciencia durante las profundas conversaciones que habían tenido. Pero su rostro no permitía deducir lo que estaba pensando; miraba, seria y tranquila, el ilegal legado de su padre, y a veces se reía francamente, pero no con mucha animación. Y así Ulrich, a pesar de sus propósitos, prosiguió:

-He aquí el último residuo de la mística! -dijo en un tono entre resentido y alegre-. En el mismo cajón están las severas exhortaciones morales y esta bazofia.

Se había levantado y paseaba por la habitación. Y apenas había empezado a hablar,

cuando el silencio de su hermana le indujo a continuar haciéndolo.

-Me has preguntado lo que creo -empezó-. Creo que todos los preceptos de nuestra moral son concesiones a una sociedad de salvajes.

-Creo que no hay ninguna que sea justa.

-Otro sentido centellea tras ellas. Un fuego que tendría que refundirlas.

-Creo que nada ha tocado a su fin.

-Creo que no hay nada en equilibrio, sino que todas las cosas quieren imponerse apoyándose las unas en las otras.

-Es esto lo que creo; una cosa que me es congénita o yo lo soy para ella.

Se detenía al pronunciar cada una de las frases, porque no hablaba en voz alta, y de algún modo tenía que dar fuerza a su confesión. Su mirada se detenía ahora en las clásicas figuras de yeso que había sobre los estantes; vio una Minerva, un Sócrates; recordó que Goethe había puesto en su



habitación una cabeza de Juno de tamaño muy superior al natural. Esta preferencia se le antojó angustiosamente lejana: lo que antaño fue una idea floreciente, había pasado a ser desde entonces un clasicismo muerto; se había convertido en un rezagado ergotismo jurídico-obligativo de los contemporáneos de su padre. Había sido en vano.

-La moral que nos han legado es como si nos hubiesen puesto en una cuerda floja tendida sobre un abismo -dijo- sin darnos otro consejo que el de “Mantente derecho!”

“Al parecer he nacido sin quererlo con otra moral.

“Me has preguntado lo que creo! Creo que, aunque me demostraran mil veces con las razones al uso que algo es bueno o es hermoso, me da lo mismo, y que me guiaré única y exclusivamente por una señal: la de si este algo me eleva o me hunde.

“Si me despierta o no me despierta a la vida.

“Si sólo son mi lengua o mi cerebro los que hablan de ello, o bien el rutilante escalofrío de las puntas de mis dedos.

“Pero tampoco yo puedo probar nada.

“E incluso estoy convencido de que la persona que ceda a esta señal está perdida. Cae en las tinieblas crepusculares. En la niebla y en la charlatanería. En un aburrimiento inarticulado.

“Si tú te llevas lo inequívoco de nuestra vida, lo que queda es un gallinero sin zorro.

□Creo que, entonces, aun lo más abyecto puede ser nuestro espíritu protector!

“□Por consiguiente: no creo!

“Pero en lo que menos creo es en la contención del mal por el bien que constituye nuestro refrito cultural: □me da asco!

“□Por consiguiente: creo y no creo!

“Pero creo quizás que, dentro de algún tiempo, una parte de los hombres será inteligente y la otra se compondrá de místicos. Puede que, ya ahora, nuestra moral se esté

escindiendo en estos dos componentes. Podría llamarlos también: matemática y mística. □Mejoramiento práctico y aventura desconocida!

Hacía años que no estaba tan abiertamente excitado. Los “quizás” de su discurso no los notaba, y le parecían simplemente naturales.

Entretanto Agathe se había arrodillado junto a la estufa; había puesto a su lado, en el suelo, el paquete de escritos y fotografías, las iba mirando otra vez una por una y luego las echaba al fuego. No era totalmente insensible a la vulgar sensualidad de las indecencias que contemplaba. Sentía su cuerpo enardecido por ellas. Le pareció que era algo tan fuera de sí misma como cuando se ve saltar un conejo en alguna parte de un árido desierto. No sabía si tenía que avergonzarse por su hermano en el caso de que se lo dijera; pero estaba profundamente cansada y no quería hablar de nada más. Tampoco

prestaba atención a lo que él decía; su corazón estaba ya demasiado agitado por aquel pasear de un lado a otro y se sentía incapaz de seguir. Ciertamente, siempre había otras personas que sabían mejor que ella lo que era justo; en esto pensaba, pero tal vez por el hecho de sentir vergüenza, lo hacía con una secreta altivez. Seguir el camino prohibido o secreto: en esto se sentía superior a Ulrich. Ella le oía retirar, una y otra vez, todo aquello por lo que se había dejado arrastrar, y sus palabras caían en el oído de Agathe como grandes gotas de dicha y tristeza.

## ***13 - Ulrich regresa y es informado por el general de todo lo que se ha perdido***

**C**UARENTA y ocho horas después, estaba Ulrich, de pie, en su vivienda abandonada. Era a primeras horas de la mañana. La casa había sido cuidadosamente arreglada, habían quitado el polvo y todo estaba reluciente; los libros y escritos estaban exactamente igual a como los había dejado en las mesas, al marcharse precipitadamente, conservados por una mano servicial, abiertos o atravesados por señales de lectura que se habían vuelto incomprensibles; este o aquel legajo tenían incluso un lápiz entre las páginas, puesto por el propio Ulrich. Pero todo estaba enfriado y rígido como el contenido

de un crisol bajo el cual se ha olvidado alimentar el fuego. Dolorosamente desencantado y sin comprenderlo, Ulrich contemplaba la impronta de una hora pasada, los moldes de excitaciones y pensamientos agitados que la llenaron. Sintió una indecible repugnancia a entrar en contacto con aquellos residuos de sí mismo. “Esto se extiende ahora -pensó-, por toda la casa, a través de las puertas, hasta llegar a la misma estupidez de la cornamenta de ciervo que hay abajo, en el salón. ¿Qué vida he llevado durante el último año!” De pie como estaba, cerró los ojos para no tener que ver nada. “¿Qué bien que ella me siga dentro de poco! ¿No cambiaremos todo!”, pensó. Y luego sintió, a pesar de todo, la atracción de rememorar las últimas horas que había pasado en la casa; le pareció que había estado ausente mucho tiempo y quiso hacer comparaciones. Clarisse: no era nada. Pero antes y después: ¿La extraña excitación con que había acudido presuroso

hacia la casa, y luego aquel nocturno derretirse del mundo! “Como el hierro, cuando se ablanda bajo una gran fuerza”, reflexionó. “Empieza a fluir y sin embargo no deja de ser hierro. Un hombre penetra con fuerza en el mundo -imaginó-, pero el mundo se cierra de pronto a su alrededor, y todo cambia de aspecto. Ya no hay conexiones. No hay un camino por donde ha llegado y por donde debe seguir andando. Un cerco de luz brillante en el lugar donde poco antes había visto un objetivo o, propiamente, el sereno vacío que precede a todo objetivo.” Ulrich seguía con los ojos cerrados. Lentamente, como una sombra, volvía la sensación. Se produjo como si regresara al lugar donde Ulrich estaba de pie, y ahora, esta sensación que se hallaba más en la estancia, al exterior que en la conciencia, en el interior; en realidad no era en modo alguno un sentimiento ni una idea, sino un proceso inquietante. Cuando alguien está tan sobreexcitado y solitario como

lo estaba él entonces, puede creer perfectamente que la esencia del mundo se vuelva al revés; y de pronto lo vio claro -lo incomprendible era simplemente que aquello se produjera en aquel momento- y se presentaba como una tranquila y franca mirada atrás el hecho de que ya entonces su sentimiento le hubiese anunciado el encuentro con su hermana; porque desde aquel momento su espíritu había sido guiado por fuerzas extrañas hasta... Pero he aquí que Ulrich, antes de que consiguiera formar en su mente la palabra “ayer”, se apartó de sus recuerdos, con tanta rapidez y con un despertar tan evidente como sí se hubiese golpeado con el borde de algo; allí había algo en lo que aún no quería pensar!

Se acercó al escritorio y dio un repaso al correo amontonado encima de él sin quitarse la ropa de viaje. Tuvo una decepción al ver que no había ningún telegrama de su hermana, aunque no tenía por qué esperarlo.



Una montaña de cartas de pésame se mezclaba con comunicaciones científicas y anuncios de librerías. Había asimismo dos cartas de Bonadea que, al tacto, resultaban tan compactas que ni siquiera las abrió. Y también había un urgente requerimiento del conde Leinsdorf para que fuera a visitarle, y dos melifluas cartas de Diotima, que le invitaba asimismo a dejarse ver tan pronto como regresara; leídas con atención, una de ellas, la segunda, contenía florituras extraoficiales, muy amables, melancólicas y casi un poco tiernas. Ulrich pasó entonces a las llamadas telefónicas que habían sido anotadas durante su ausencia: el general Von Stumm, el jefe de sección Tuzzi, dos veces la secretaria particular del conde Leinsdorf, unas cuantas veces una dama que no dio su nombre y que probablemente era Bonadea, el director de banca Leo Fischel y otras llamadas de negocios. Mientras Ulrich estaba leyendo, todavía de pie

junto al escritorio, sonó el teléfono, y cuando Ulrich se puso al aparato oyó que decían:

-Ministerio de la Guerra, sección de educación y cultura, habla el cabo Hirsch.

El militar, muy sorprendido al encontrarse inesperadamente con la voz de Ulrich, aseguró solícito que el general había dado orden de llamar cada mañana a las diez y que inmediatamente se pondría él mismo al aparato.

Cinco minutos más tarde, Stumm aseguraba que, aquella misma mañana, tenía que asistir a “conferencias de relevante importancia” y que antes debía ver necesariamente a Ulrich; al preguntarle éste de qué se trataba y por qué no podía resolverlo por teléfono, el general suspiró junto al micrófono del aparato y dijo:

-Noticias, preocupaciones, preguntas - sin que fuera posible sacarle nada concreto.

Veinte minutos después, un automóvil del Ministerio de la Guerra se detuvo ante la

puerta principal y el general Stumm penetró en la casa, seguido de una ordenanza que llevaba una gran cartera de cuero colgada del hombro. Ulrich, que conocía aquel receptáculo de las inquietudes espirituales del general, unidas a los planes de marcha y las hojas del registro catastral de las grandes ideas, arrugó la frente con gesto interrogativo. Stumm von Bordwehr sonrió, mandó al ordenanza que regresara al coche, se desabrochó la guerrera para sacar la pequeña llave del cerrojo de seguridad -la llevaba colgada al cuello con una cadenita- y sin decir palabra, sacó de la cartera, que no contenía otra cosa, un par de panes de munición.

-Es nuestro nuevo pan -explicó tras una estudiada pausa-. Lo he traído para que lo pruebes.

-Ha sido muy amable por tu parte -dijo Ulrich- que, después de pasarme la noche viajando, me hayas traído pan, en lugar de dejarme dormir.

-Si tienes algún licor en casa, como es de suponer -adujo el general impertérrito-, el pan y el licor son el mejor desayuno después de una noche en blanco. Una vez me dijiste que nuestro pan de munición fue lo único que te gustó del servicio al emperador, y yo me atrevería a afirmar que el ejército austríaco supera a todos los ejércitos en la fabricación del pan, [especialmente desde que Intendencia ha obtenido este nuevo modelo “1914”! De ahí que lo traiga conmigo; ésta es una de las razones. Y luego, debes saber que ahora estoy haciendo esto por principio. Naturalmente, no tengo por qué pasarme todo el día sentado en mi butaca ni dar cuenta de todos los pasos que doy fuera de mi habitación, esto se sobreentiende; pero tú sabes que no en vano el Estado Mayor Central se llama el “cuerpo de los jesuitas”, y siempre hay murmuraciones cuando uno sale demasiado y su excelencia Von Frost, mi superior, no tiene tal vez, al fin y al cabo, una idea del alcance

del espíritu (del espíritu civil, digo) y por ello, desde hace algún tiempo, siempre llevo conmigo la cartera y un ordenanza cuando quiero salir un poco. Y para que el ordenanza no piense que la cartera está vacía, meto uno o dos panes dentro. Ulrich tuvo que reírse, y el general se rió con él de buena gana. -¿No parece que encuentres menos placer que antes en las grandes ideas de la humanidad? -preguntó Ulrich.

-Todo el mundo encuentra menos placer en ellas -le explicó, cortando el pan con su navaja de bolsillo-. Se ha dado ya la consigna de la acción.

-Tendrás que explicármelo,

-Para eso estoy aquí. ¶ No eres precisamente el hombre de acción por excelencia!

-¿No?

-No.

-¶ yo sin saberlo!

-Puede que tampoco yo lo sepa. Pero se dice, a -¿Quién es este “se”? Vi, -Arnheim, por ejemplo.

-¿Estás en buenas relaciones con Arnheim?

-Naturalmente! Nos llevamos la mar de bien. Si no fuera un alma tan grande, habríamos llegado incluso a tutearnos!

-¿Tienes también algo que ver con los campos petrolíferos?

El general dio un sorbo a la copa de aguardiente que le había hecho servir Ulrich y mordisqueó el pan para ganar tiempo.

-Esto sabe a gloria -dijo con dificultad, y continuó mascando.

-Seguro que tienes algo que ver con los campos petrolíferos! -confirmó Ulrich en una súbita inspiración-. Es sin duda una cuestión que interesa a vuestra sección de marina, la cual necesita combustible para te navíos, y si Arnheim quiere adquirir los yacimientos, tiene que haceros la concesión de

abastecerlos a buen precio. Por otra parte, Galicia es zona estratégica y un glacis contra Rusia; por consiguiente, vosotros tenéis que tomar las medidas necesarias para que la obtención de petróleo, a la que él quiere dar impulso, quede especialmente protegida en caso de guerra. Por tanto, nuevamente os será muy favorable para construir Vuestros cañones su fábrica de planchas para blindaje. ¿Cómo no lo había previsto! ¿Si precisamente habéis nacido el uno para el otro!

Como medida de precaución, el general se había puesto a mascar un segundo pedazo de pan; pero ahora no pudo ya contenerse y, haciendo enormes esfuerzos para tragarse todo lo que tenía en la boca, dijo:

-Para ti, es fácil decir que nos será favorable; ¿no tienes idea de lo

tacaño que es! Te pido que me perdones -corrigió su manera de expresarse- ¿con qué dignidad moral trata un negocio semejante! Yo no tenía ni idea de que, por ejemplo, diez

céntimos por tonelada-kilómetro de ferrocarril fuera una cuestión de mentalidad que obligara a consultar a Goethe o una filosofía de la historia.

-¿Eres tú quien lleva las negociaciones?

El general bebió un poco más de aguardiente.

-No no he dicho que se estén llevando negociaciones! Por mí, puedes llamarlo un cambio de ideas.

-¿Y te lo han encomendado a ti?

-No se lo han encomendado a nadie! Se habla, simplemente. Se puede, en uno u otro momento, hablar de algo distinto a la Acción Paralela. Y si se lo hubiesen encomendado a alguien, no sería a mí. En todo caso, no es asunto para la sección de Educación y Cultura. Una cosa así atañe a la oficina presidencial y, a lo sumo, a Intendencia. Si yo tengo que pintar algo en el asunto, será sólo como una especie de asesor especializado en cuestiones de espíritu civil, una especie de



intérprete, por la preparación cultural que tiene Arnheim.

-**Y** porque el asunto lo ves continuamente a través de mí y de Diona!  
**Q**uerido Stumm, si quieres que continúe aguantándote, debes decirme la verdad!

Pero Stumm había tenido tiempo de ponerse en guardia.

-¿Por qué me preguntas, si ya lo sabes todo? -contestó indignado-. ¿Crees que puedes engañarme y que no sé que Arnheim te ha hecho confidencias?

-**N**o no sé nada!

-Además, has dicho que teníamos intereses comunes con Arnheim en estos yacimientos petrolíferos. Dame tu palabra de honor de que lo sabes, y luego podré decírtelo todo.

Stumm von Bordwehr agarró la mano vacilante de Ulrich, le miró a los ojos y dijo socarronamente:

-Bien, ya que me das tu palabra de honor de que lo sabías todo, yo también te doy la

mía de que no te queda nada por saber, ¿de acuerdo? Eso es todo. Arnheim quería servirse de nosotros y nosotros de él. ¿Sabes?, [A] veces he tenido los más complejos conflictos interiores a causa de Diotima! -exclamó-. [P]ero tú no debes decírselo a nadie, es un secreto militar!

El general estaba divertido.

-¿Sabes acaso lo que es un secreto militar? -prosiguió-. Hace unos años, cuando hubo movilización en Bosnia, intentaron echarme del ¿Ministerio de la Guerra (entonces era todavía coronel) y me hicieron comandante de un batallón; naturalmente, también habría podido mandar una brigada, pero como, según decían, era de caballería, y lo que querían para librarse de mí, me mandaron a un batallón. Y como para hacer la guerra se necesita dinero, me dieron, a mi llegada, la caja de un batallón. ¿Viste alguna en tu época de militar? Su aspecto oscila entre el de un ataúd y el de una caja de

forraje; es de madera dura y está guarnecida de ,tiras de hierro, como la puerta de un castillo. Tiene tres cerrojos, y las llaves están en manos de tres hombres, una cada uno, para que ninguno pueda abrirla él solo. Estos tres hombres son el comandante y dos responsables de los cerrojos. Así que, a mi llegada, nos reunimos los tres como para rezar el rosario, y abrimos los cerrojos uno tras otro. Luego, con ,gran respeto, sacamos los líos de billetes, y me imaginé a mí mismo como un arcipreste con dos acólitos; sólo que, en lugar del Evangelio, .eran leídas las cifras de las actas del erario. No obstante, al terminar volvimos a cerrar la caja, a poner en su sitio las barras de hierro, a cerrar con llave, todo en orden inverso a como lo habíamos hecho para abrirla; yo tuve que decir unas palabras que ya no recuerdo, y de este modo acabó la ceremonia. Así lo pensé, y tú mismo lo habrías pensado, con gran respeto por la inquebrantable prudencia de la administración

militar en tiempos de guerra. Pero yo tenía por entonces un pequeño fox-terrier, antepasado del que tengo ahora, y era un animal muy inteligente, y no existía ninguna ordenanza que le impidiera asistir a la ceremonia; sólo , que no podía ver un agujero sin ponerse a escarbar en él como un loco. Bueno pues, cuando me dispongo a marcharme, veo que Spot, así se llamaba y era un perro inglés, está afanándose en la caja y es imposible arrancarlo de allí. Muchas veces hemos oído contar que, gracias a perros fieles, se han descubierto las conspiraciones más secretas, y como además estaba a punto de estallar la guerra, pues yo me dije: a ver lo que le pasa a Spot, y... ¿qué crees que le pasaba a Spot? Tú ya sabes que a los batallones de Landsturm, los de Intendencia no destinan precisamente el material más nuevo; nuestra caja era también muy vieja y venerable, pero jamás hubiera pensado que, mientras nosotros la

cerrábamos tres veces por delante, tuviese en la parte trasera, cerca del suelo, un agujero en el que cabía toda la mano! Era una nudosidad de la madera, que se había desprendido en alguna de las guerras anteriores. ¿Qué se podía hacer? La alarma en Bosnia tocaba ya a su fin, cuando recibimos la caja de recambio pedida, y hasta que llegó, tuvimos que repetir nuestra ceremonia cada semana, y yo me vi obligado a dejar a Spot en casa, para que no revelara el secreto a nadie. Ya ves el aspecto que puede tener en determinadas circunstancias un secreto militar!

-Lo que yo pienso es que sigues estando mucho menos abierto que tu caja -respondió Ulrich-. En realidad, ¿vais a hacer el negocio, sí o no?

-No lo sé. Te doy mi gran palabra de honor de oficial del alto mando: no hay nada seguro.

-¿Y Leinsdorf?

-Naturalmente, no tiene ni idea. Tampoco se le puede ganar para la causa de Arnheim. Me han dicho que se ha puesto furioso por la manifestación en la que has participado; ahora está totalmente en contra de los alemanes.

-¿Y Tuzzi? -preguntó Ulrich, continuando su interrogatorio,

-Es el último que puede saber nada! Lo echaría todo a perder en seguida. Naturalmente, todos queremos la paz, pero los militares tenemos otra manera de servirla que los burócratas.

-¿Y Diotima?

-Por favor! Esto es cosa de hombres, en todos los aspectos; ni siquiera con los guantes puestos, podría ella pensar en un asunto semejante! Ir a molestarla con la verdad es algo superior a mis fuerzas. Comprendo perfectamente que Arnheim tampoco le diga una palabra. Ya sabes que habla mucho y bien, y también puede ser un placer

para él guardar silencio sobre algo. Para mí, debe ser algo así como tomarse a escondidas una copa de estomacal.

-¿Sabes que te has vuelto un sinvergüenza?  A tu salud! -y Ulrich levantó su copa hacia él.

-No, no soy un sinvergüenza -se defendió el general-. Soy miembro de una conferencia ministerial. En una conferencia, cada uno expone lo que quiere obtener y lo que considera justo, y al final, lo que sale de todo esto es algo que nadie quería; precisamente, el resultado final. No sé si me entiendes, pero no puedo expresarlo mejor.

-Claro que te entiendo. Pero os estáis portando muy mal con Diotima.

-Lo sentiría mucho -dijo Stumm-. Pero, ya lo sabes, un verdugo es un tipo indigno, esto no se discute; en cambio, el fabricante de cuerdas que suministra las sogas a la administración de la cárcel puede ser miembro

de una Sociedad Moral. Es algo que no tienes en cuenta lo suficiente.

-¡Hablas por boca de Arnheim!

-Es posible. No sé. ¡Hoy en día, uno llega a tener un espíritu tan complicado! -se lamentó sinceramente el general.

yo, ¿qué es lo que tengo que hacer en el asunto?

,-Bueno, mira, he pensado que eres un antiguo oficial...

,-Muy bien. Pero, ¿cómo se compagina esto con lo de ser un “hornee acción”? -preguntó Ulrich ofendido. .-¿Hombre de acción? -repitió asombrado el general. J|. -¡Has empezado diciendo que yo no soy un hombre de acción!

-Ah, ya. Naturalmente, no tiene nada que ver con lo nuestro. Sólo lo he dicho para empezar. Creo que Arnheim no te considera precisamente un hombre de acción; me lo dijo una vez. No tienes nada que hacer, según él, y esto te da ideas. O algo así...



-Y estas ideas, son inútiles, ¿no? ¿Son ideas que no se pueden “trasladar a esferas de poder”? ¿Ideas que sólo valen por sí mismas? [En una palabra: ideas exactas e independientes! ¿No? ¿O acaso ideas de un apartado del mundo”?

-sí -aseguró Stumm con diplomacia-, Algo parecido.

-¿Parecido a quién? Según tú, ¿qué es más peligroso para el espíritu: los sueños o los yacimientos petrolíferos? No necesitas seguir taponándote la boca con pan, [Déjalo ya! Me importa un comino lo que Arnheim piense de mí. Pero tú has dicho al principio: “Por ejemplo Arnheim”; ¿hay alguien más que no me considere lo bastante hombre de acción?

-Bueno, te diré -aseguró Stumm-, la verdad es que no hay pocos. Ya te he dicho que ahora se ha lanzado la consigna de la acción.  
: -¿Qué significa esto?

-No lo sé con exactitud. Leinsdorf ha dicho que ahora tiene que pasar algo: así ha empezado.

-¿Y Diotima?

-Diotima dice que es un espíritu nuevo. Y muchos lo dicen ahora en el concilio. Me gustaría saber si conoces una situación semejante: [a] uno se le revuelven las tripas cuando una mujer bonita tiene una cabeza así de importante!

-Ya lo creo -admitió Ulrich, que no dejaba escapar a Stumm-, pero me gustaría oír lo que dice Diotima del nuevo espíritu.

-Lo que dicen todos -respondió Stumm-. La gente del concilio dice que nuestro tiempo tendrá un espíritu nuevo. No inmediatamente, sino dentro de unos años; siempre que antes no ocurra nada especial. Y en este espíritu nuevo no cabrán muchas ideas. Tampoco los sentimientos están de moda. Ideas y sentimientos son cosas que interesan sobre todo a los que no tienen nada que

hacer. En una palabra: es un espíritu de la acción, yo tampoco sé nada más. Pero de vez en cuando -añadió pensativo el general- se me ocurre pensar que tal vez, al fin y al cabo será simplemente el espíritu militar.

-Una acción debe tener un sentido! -reclamó Ulrich, y como algo profundamente serio, agazapado tras aquella desatinada conversación, le vino a las mientes la primera conversación que tuvo sobre ello con su hermana en el Fortín de los Suecos.

Pero también el general dijo:

-Es lo que yo digo. Cuando uno no tiene nada que hacer y no sabe en qué ocupar su tiempo, entonces se siente la fuerza de la acción. Uno se pone a pegar gritos a la gente, se emborracha, se pelea y fastidia a todo el mundo. Pero, por otra parte, tienes que admitir que cuando uno sabe lo que quiere, se vuelve un hipócrita socarrón. No tienes más que ver a uno de estos jóvenes oficiales de Estado Mayor, apretando los labios sin decir

nada y poniendo una cara como la del general Moltke: diez años después tienen debajo de los botones una curva prominente, de mariscal, pero no se trata de una prominencia benévola como la mía, sino de un saco de veneno. Es muy difícil determinar la cantidad de sentido que puede tener una acción-reflexionó, y añadió-: Cuando uno sabe arreglárselas, en el ejército puede aprender muchísimas cosas, cada vez estoy más convencido; pero, ¿no crees que, por así decirlo, lo más fácil sería descubrir aún la gran idea?

-No -replicó Ulrich-. Sería una estupidez.

-Bueno, sí, pero entonces lo que queda es realmente la acción -suspiró Stumm-. Yo mismo he llegado casi a proclamarlo. Por lo demás, ¿recuerdas que una vez te advertí que todas estas ideas desmesuradas sólo podían acabar en la muerte violenta? Habría que impedirlo! -afirmó- Para ello debería tomar

el mando una sola persona! -concluyó en tono seductor.

-¿Y qué misión has tenido la bondad de otorgarme a mí? -preguntó Ulrich, y bostezó sin ningún disimulo.

-Ya me voy -aseguró Stumm-. Pero ahora que nos hemos expresado tan bien los dos, si fueras un buen camarada, tendrías que hacer algo importante: entre Diotima y Arnheim hay algo que no marcha como debiera.

-¿Qué me dices? -y el dueño de la casa se animó un poco.

-Tú mismo lo verás, no hace falta que te lo cuente! Además, ella tiene más confianza contigo que conmigo.

-¿Ella tiene confianza contigo? ¿Desde cuándo?

-Se ha acostumbrado un poco a mí -dijo el general orgulloso. —Enhorabuena.

-Sí. Y luego tendrás que ir pronto a ver a Leinsdorf. A causa de su aversión a los prusianos,

-No lo haré.

-Mira, ya sé que no soportas a Arnheim. Pero tienes que hacerlo, a esar de todo.

-No es por esta razón. Es que no quiero ver a Leinsdorf para nada.

-¿Por qué no? Es un anciano tan distinguido. Es arrogante y yo no puedo tragarle, pero contigo se porta magníficamente.

-Me retiro de toda esta historia.

-Pero Leinsdorf no dejará que lo hagas. Y tampoco Diotima. ☒ mucho menos yo! ¿No vas a dejarme solo? -Este asunto me parece demasiado idiota.

-Como siempre, tienes razón de un modo espléndido, pero, ¿qué hay que no sea idiota? Mira, yo mismo soy completamente idiota..., sin ti. Hazlo por mí y vete a ver a Leinsdorf.

-Pero, ¿qué pasa entre Diotima y Arnheim? -No te lo diré, porque tampoco irías a ver a Diotima!

El general tuvo de pronto una idea luminosa:

-Si quieres, Leinsdorf puede ponerte un secretario que te represente en todo lo que no quieras hacer tú mismo. O yo pongo a tu disposición a alguien del Ministerio de la Guerra. Entonces podrás retirarte, si es tu gusto, pero tu mano tiene que seguir actuando sobre mí.

-Lo primero que tienes que hacer es dejarme dormir -suplicó Ulrich.

-No me iré hasta que no me digas que sí.

-Bien, lo consultaré con la almohada -concedió Ulrich-. Que no “se te olvide meter otra vez en la cartera el pan de la ciencia militar.

## ***14 - Novedades en casa de Walter y Clarisse. Un exhibicionista y sus espectadores***

**L**A intranquilidad de su estado de ánimo movió a Ulrich, al caer la tarde, a visitar a Walter y Clarisse. Por el camino, intentó recordar la cata que no conseguía encontrar, perdida o escondida entre el equipaje, pero no recordó detalle alguno, sino tan sólo la última frase: “Espero que volverás pronto” y también, de un modo global, la impresión de que tenía que hablar con Walter, una impresión a la que no sólo se asociaba un sentimiento de pesar e incomodidad, sino también un malicioso placer. En este sentimiento fugaz e involuntario, de escasa importancia, se recreó Ulrich, en lugar de



ahuyentarlo, y en él encontró algo semejante a lo que siente un individuo presa del vértigo, al que le tranquiliza poderse agachar.

Al recorrer el último trecho hacia la casa, vio a Clarisse, de pie junto a la pared lateral, tomando el sol, donde estaban los melocotoneros formando una hilera; con las manos atrás, se apoyaba en el flexible ramaje y miraba a lo lejos, sin reparar en el recién llegado. Su actitud tenía algo de abandono de sí misma y de rigidez; pero a la vez había algo, apenas perceptible, de teatral, que sólo podía observar el amigo que conociera sus singularidades: parecía como si estuviera interpretando las importantes ideas que llenaban su mente y que una de ellas la hubiese retenido y no la hubiese soltado. Ulrich recordó sus palabras: “De ti, me gustaría tener el hijo.” Hoy no le sonaban tan desagradables como entonces; llamó en voz baja a la amiga y esperó.

Pero Clarisse pensaba: “Esta vez será en nuestra casa donde se metamorfoseará Meingast!” La vida de Meingast contenía ya varias metamorfosis muy notables, y sin dar ninguna réplica a la detallada respuesta de Walter, una vez había convertido en realidad el anuncio de que un día iba a venir. Clarisse estaba convencida de que el trabajo que inmediatamente había empezado a efectuar en casa de ellos se relacionaba con una metamorfosis. El recuerdo de un dios indio que, antes de cada purificación, se establece en alguna parte, se mezclaba en ella con el recuerdo de que ciertos animales eligen un lugar determinado para transformarse en crisálida, y desde esta idea, que le produjo la impresión de estar tremendamente sana y ligada a la tierra, había pasado al olor sensual de los melocotones que maduraban en la pared de la casa, bañada por el sol: el resultado lógico de todo ello fue que se hallaba bajo la ventana, expuesta a los abrasadores

rayos del sol poniente, en tanto que el profeta se había retirado a la gruta de sombra que quedaba en la parte trasera. El día antes, había explicado a ella y a Walter que la palabra lacayo, Knecht, knight, significaba originariamente joven, mozo, escudero, hombre capaz de llevar armas y héroe; Clarisse se decía ahora: “¡No soy su lacayo!”, y le servía y le protegía en su trabajo: para ello no se necesitaban palabras; ella se limitaba a mantenerse firme, con el rostro deslumbrado, a los rayos del sol.

Cuando Ulrich le habló, ella volvió la cara lentamente hacia el lugar de donde provenía la voz inesperada, y Ulrich descubrió que había cambiado algo. Los ojos que se enfrentaban a los suyos tenían una frialdad semejante a la que despiden los colores de la naturaleza tras extinguirse la luz del día, y Ulrich lo supo inmediatamente: “¡No quiere saber nada de ti!” En su mirada no había ya ni rastro de su deseo de

“ayudarle a salir esculpido de su bloque de piedra”, de su convicción de que él era un gran diablo o un gran dios, de que ella había querido huir con él a través del “agujero de la música” y de que había querido asesinarlo si no la tomaba. A Ulrich, aquello le resultaba indiferente, probablemente era un pequeño suceso sin importancia aquella extinción del calor del egoísmo en una mirada; a pesar de todo, fue como un pequeño desgarrón en el velo de la vida, un desgarrón por el que asoma la nada indiferente, y fue entonces cuando se creó el motivo de las cosas que pasaron después. Ulrich supo que Meingast estaba en la casa, y comprendió. Entraron sin hacer ruido a recoger a Walter, y volvieron a salir los tres al aire libre, para no molestar a aquel creador. Ulrich consiguió echar un par de ojeadas, a través de una puerta abierta, a la espalda de Meingast. Se alojaba en una habitación separada, vacía, que pertenecía a la vivienda; Clarisse y Walter

habían sacado de alguna parte una cama de hierro; un taburete de cocina y un barreño servían de lavabo y baño, y además de estas piezas, había en la habitación -que no tenía cortinas en las ventanas-, un viejo aparador con libros y una pequeña mesa de madera sin pintar. Meingast estaba sentado a la mesa, escribiendo, y no volvió la cabeza hacia las personas que pasaban. Todo aquello lo vio Ulrich en parte, y en parte se lo contaron sus amigos, que no tenían ningún escrúpulo de conciencia por haber instalado al maestro mucho más pobremente que ellos, sino al contrario, se sentían orgullosos al ver que se contentaba con tan poco. Era algo conmovedor, y muy cómodo para ellos; Walter aseguró que aquella estancia, cuando uno entraba en ella en ausencia de Meingast, mostraba aquella cualidad indescriptible que posee un viejo guante, muy gastado, usado por una mano noble y enérgica. Y realmente se notaba que Meingast trabajaba muy a

gusto en aquel ambiente, cuya simplicidad guerrera le envanecía. Dentro de él situaba su voluntad, que daba forma a las palabras en el papel. Si, además, Clarisse estaba como antes, de pie bajo su ventana o en la escalera, o simplemente en su habitación -"envuelta en el manto de una invisible luz septentrional", como ella misma le confesó-, esta discípula ambiciosa, a la que él paralizaba, aumentaba aún más su gozo. Entonces la pluma daba curso a sus ideas, y los grandes ojos oscuros sobre la nariz afilada, temblona, se ponían a brillar. Sería uno de los capítulos más importantes de su nuevo libro el que pensaba terminar en aquellas circunstancias, ☐ aquella obra no podría llamarse un libro, sino una orden de movilización para el espíritu de los hombres nuevos! Cuando, desde el puesto de Clarisse, se abrió paso hasta él una voz masculina desconocida, interrumpió su trabajo y echó una ojeada con precaución; no reconoció a Ulrich, pero lo recordó

vagamente y, en los pasos que ascendían por la escalera, no vio una causa para cerrar su puerta ni para levantar la vista de su trabajo. Llevaba un grueso chaleco de lana bajo la chaqueta y mostraba su insensibilidad al clima y a los seres humanos.

Llevaron a Ulrich a dar un paseo y éste pudo comprobar el entusiasmo que despertaba el maestro, mientras se dedicaba de lleno a su obra.!

Walter dijo:

-[Cuando uno se hace amigo de alguien como Meingast, comprende que siempre haya sentido repugnancia por todos los demás! [En el trato con él, diría que todo se pinta de colores puros, sin nada de gris!

Clarisse dijo:

-Al tratarle, te invade de golpe la sensación de que tienes un destino; te quedas ahí, iluminado de un modo personal y total.

Walter concluyó:

-Hoy todo se divide en mil estratos, se vuelve opaco y borroso: su espíritu es como el cristal!

Ulrich respondió a ambos:

-Hay carneros expiatorios para los pecados y las virtudes; y luego hay corderos que necesitan de ellos!

Walter le dio la réplica:

-Era de esperar que este hombre no te caería bien!

Clarisse exclamó:

-Una vez afirmaste que no se puede vivir de acuerdo con la idea, ¿lo recuerdas? Mein-gast puede hacerlo!

Walter dijo con más circunspección:

-Naturalmente, yo podría oponerle ciertos reparos...

Clarisse le interrumpió:

-Se sienten escalofríos de luz, oyéndole hablar.

Ulrich objetó:



-Las cabezas masculinas especialmente hermosas suelen estar vacías; los filósofos especialmente profundos suelen ser pensadores de poca agudeza; en la creación literaria, hay talentos que no superan apenas el término medio y que los contemporáneos consideran grandes.

Es muy extraño el fenómeno de la admiración. En la vida del individuo se limita a “accesos”, pero, en el seno de la generalidad, se convierte en una institución estable. En realidad a Walter le habría parecido más satisfactorio ocupar el lugar de Meingast en el respeto de su mujer y de él mismo; no comprendía en absoluto que no fuera así; aunque en ello había también alguna pequeña ventaja. Y el sentimiento economizando de esta forma redundaba en provecho de Meingast, como cuando se adopta como propio un niño ajeno. Aunque por otra parte, precisamente por estas razones, esta admiración por Meingast no era un sentimiento puro y

sano, y esto lo sabía el propio Walter; más bien se trataba de una exigencia sobreexcitada de entregarse a la fe en él. Había en ella algo de premeditado. Era una “sensación pianística”, que surgía tumultuosa, sin plena convicción. Ulrich también lo intuyó así. Una de las necesidades primarias de pasión, que hoy rompe la vida en mil pedazos, mezclándolos hasta lo irreconocible, intentaba volver a los orígenes; porque Walter ensalzaba a Meingast con la misma furia con que un público teatral, más allá de los límites de su verdadera opinión, aplaude unos lugares comunes mediante los cuales se estimula su necesidad de asentimiento; lo ensalzaba en uno de aquellos estados de emergencia de la admiración para los que se dispone de las fiestas y las ceremonias, de los grandes contemporáneos o de las ideas, y de los honores que se les tributan, en los que todo el mundo participa y nadie sabe exactamente por qué y para quién, y en el fondo todos están

dispuestos a ser más vulgares que nunca al día siguiente, para no tener nada que reprocharse. Así pensaba Ulrich de sus amigos, y los mantenía en movimiento por medio de agudas observaciones, lanzadas de vez en cuando contra Meingast; porque, como cualquier hombre que sabe mejor cómo van las cosas, innumerables veces había tenido que disgustarse por la capacidad de entusiasmo de sus contemporáneos, que casi siempre yerra sus tiros y que, además, destruye lo que la indiferencia había dejado en pie.

Había llegado ya el crepúsculo, cuando, metidos aún en aquellas conversaciones, regresaron a la casa.

-Este Meingast vive de que hoy se confunden el presentimiento y la fe -dijo Ulrich a modo de conclusión-. Casi todo lo que no es ciencia se puede únicamente presentir, y para ello se necesita pasión y prudencia. Así, una metodología de lo que no se sabe, sería casi lo mismo que una metodología de la

vida. Pero vosotros “creéis” así que se os presenta un tipo como Meingast! Y todo el mundo lo hace. Y esta “fe” es, más o menos, una fatalidad; es como si, con toda vuestra preciosa persona, os diera por sentaros sobre un cesto de huevos, para incubar su contenido desconocido!

Estaban al pie de la escalera. Y de pronto supo Ulrich por qué había ido allí y por qué estaba hablando con sus dos amigos como en otro tiempo. No se sorprendió que Walter le contestara:

-¿Y el mundo tiene que esperar inmóvil, hasta que tú estés listo con tu metodología?

Al parecer, todos le menospreciaban porque no comprendían hasta qué punto está descuidado este dominio de la fe, que se extiende entre la seguridad de la ciencia y los vapores del presentimiento. Viejas ideas se apelotonaban en su cabeza; el pensamiento casi se extinguía por la fuerza de su combate. Pero él sabía que ya no era necesario volver a

empezar desde el principio como un fabricante de tapices al que un sueño le ha cegado los sentidos, y que sólo por esta razón volvía a estar allí. En los últimos tiempos, todo se había vuelto más sencillo. Los últimos quince días habían quitado vigencia a todo lo anterior y las líneas del movimiento interno estaban atadas con un fuerte nudo.

Walter esperaba que Ulrich le respondería alguna cosa que le permitiera enojarse. Quería pagárselo por partida doble! Se había propuesto decirle que los hombres como Meingast son salvadores. “Originariamente, la palabra salvo significa íntegro o entero”, pensaba. Y quería decir: “Los salvadores pueden equivocarse, pero siempre nos hacen personas enteras o íntegras.” Y luego pensaba añadir aún: “¿No eres capaz de imaginar una cosa así?” Ante Ulrich sentía entonces una aversión semejante a la que le invadía cuando tenía que ir al dentista.

Pero Ulrich, simplemente distraído, preguntó qué había escrito y qué había tenido entre manos Meingast durante los últimos años.

-¡No ves! -dijo Walter decepcionado-.  
 No ves! Ni siquiera lo sabes, y ya estás echando pestes.

-¡Ah! -dijo Ulrich-, no necesito saberlo;  
 me basta con leer un par de líneas! -y puso el pie en la escalera.

Entonces, Clarisse lo retuvo cogiéndole la chaqueta y le susurró:

-Pero si no se llama Meingast!

-Naturalmente que no! ¿Acaso es un secreto?

-Una vez se convirtió en Meingast, y ahora, en nuestra casa, vuelve a sufrir una metamorfosis -susurró Clarisse con vehemencia y en tono de misterio, y aquel susurro parecía una llamarada. Walter se echó encima para apagarla.

-Clarisse! -le conminó-. Clarisse, no digas disparates!

Clarisse calló y sonrió. Ulrich se adelantó escalera arriba: ya tenía ganas de ver, por fin, a aquel apóstol, que había descendido desde las montañas de Zarathustra hasta la vida familiar de Walter y Clarisse, y cuando llegaron arriba, Walter estaba en mala disposición para hablar, no sólo de él, sino de Meingast.

Éste recibió a sus admiradores en su oscuro alojamiento. Los había Visto venir, y Clarisse avanzó en seguida hacia él ante la gris superficie de la ventana: una sombra pequeña y aguda, al lado de él, alto y flaco; no hubo presentación, o sólo la hubo por una de las dos partes, al ser evocado a la memoria del maestro el nombre de Ulrich. Después callaron todos; Ulrich, que tenía curiosidad por saber cómo se desarrollarían los “acontecimientos, se situó junto a la segunda ventana, libre, y Walter, de manera

sorprendente, fue a reunirse con él, quizás simplemente porque, al producirse un momentáneo equilibrio en las fuerzas de repulsión, se sintió atraído por la claridad de los cristales menos confusos, que iluminaban la estancia con un resplandor crepuscular.

Corría el mes de marzo. Pero la meteorología no es siempre de fiar y a veces, antes o después, nos obsequia con una tarde de junio; así lo pensaba Clarisse, mientras la oscuridad que se veía a través de la ventana se le antojaba una noche estival. En las zonas donde caía la luz de los faroles de gas, la noche se esmaltaba de amarillo claro. Al lado, los matorrales formaban una ondeante masa negra, y cuando les daba la luz, se volvían verdes o blanquecinos -era difícil definirlo-, se les recortaban las hojas y oscilaban a la luz de los faroles como prendas de ropa empapadas por una ligera corriente de agua. Una delgada tira de hierro, sostenida en postes enanos -sólo como un simple



recuerdo o advertencia para llamar al orden-, se extendía un trecho a lo largo del césped donde crecían las matas, y luego desaparecía en la oscuridad. Clarisse sabía que allí se interrumpía definitivamente; quizás en otro tiempo se había proyectado dotar a aquel lugar de una cierta ornamentación de jardinería, y en seguida se había abandonado el proyecto. Clarisse se acercó mucho a Meingast, para poder abarcar con la vista el espacio mayor posible del camino desde el ángulo de su ventana; tenía la nariz pegada al cristal, y los dos cuerpos tenían contactos tan duros y múltiples como si Clarisse se hubiera tendido en una escalera, cosa que ocurría más de una vez; sobre su brazo derecho, que debía apartarse para dejar sitio, se posaron entonces, a la altura del codo, los largos dedos de Meingast, como si fueran las ávidas garras de un águila muy distraída, que estrujara un pequeño Pañuelo de seda. Clarisse llevaba ya un rato mirando a un

hombre al que le estaba pasando algo anormal, que ella no lograba descubrir: tan pronto caminaba con vacilación como andaba sin prestar atención a nada, daba la impresión de que algo se enredaba en su voluntad de andar, y cada vez que conseguía rasgarlo, andaba un trecho como cualquier persona normal, que no tiene prisa, pero tampoco llega a detenerse. El ritmo de aquel movimiento irregular había captado la atención de Clarisse; cuando el hombre pasó junto a un farol, intentó distinguirle el rostro, y le pareció que era como vacío e indiferente. Junto al penúltimo, ella pensó que se trataba de un rostro insignificante, huraño y sin bondad; pero cuando llegó junto al último, situado casi bajo su ventana, el rostro era pálido, y flotaba de un lado a otro a la luz, del mismo modo que la luz flotaba de un lado a otro en la oscuridad, de suerte que, junto a él, se destacaba, muy derecho y tenso, el poste delgado del farol, y atraía la

mirada con un verde claro más insistente de lo que propiamente le hubiera correspondido.

Los cuatro se habían puesto, uno tras otro, a mirar a aquel hombre, que creía pasar inadvertido. Se había fijado ahora en las matas, bañadas por la luz, y le recordaban el borde de encajes de unas enaguas femeninas, tan prieto como jamás lo había visto, pero no por falta de ganas de verlo. En aquel instante había tomado ya su decisión. Pasó por encima de la baja estacada; estaba de pie en el césped, que le recordaba la lana verde que se pone bajo los árboles de un juego de construcciones; desconcertado, miró durante unos breves instantes sus pies, le despertó un movimiento de su cabeza, que miró con precaución a los lados, y luego se perdió entre las sombras como tenía por costumbre. Había excursionistas que regresaban a casa y que habían salido atraídos por el tiempo caluroso; se oían ya desde lejos su ruido y su

alegría; aquello llenó de temor al hombre, el cual, en desquite, se escondió tras las enaguas de follaje. Clarisse seguía sin saber lo que le ocurría al hombre. Volvía a reaparecer cada vez que pasaba de largo un tropel de gente y que sus ojos, a causa de la luz del farol, no podían resistir la oscuridad. Entonces, sin dar un paso, se acercaba a aquel círculo luminoso, como una persona que, en una orilla de poca pendiente, no se atreve a entrar en el agua más allá de las punteras de sus zapatos. A Clarisse le sorprendía la extrema palidez del hombre; su rostro aparecía desfigurado hasta recordar un lívido cristal. Clarisse sintió por él una fuerte compasión. Pero él estaba efectuando unos movimientos pequeños y extraños, que ella tardó mucho rato en comprender, hasta que de pronto tuvo que buscar, aterrada, algo en que apoyarse, y como Meingast seguía sosteniendo su brazo impidiéndole todo movimiento de cierta amplitud, ella se agarró a sus anchos

pantalones y, en busca de protección, se mantuvo aferrada al paño que se distendía junto a la pierna del maestro como una bandera al viento. Así permanecían ambos, sin soltarse.

Ulrich creyó ser el primero en darse cuenta de que el hombre bajo la ventana era uno de aquellos enfermos que, por lo irregular de su vida sexual, excitan vivamente la curiosidad de las personas normales, y estuvo un buen rato preocupándose inútilmente de cómo Clarisse, tan insegura de sí misma, tomaría aquel descubrimiento. Luego lo olvidó, y él mismo hubiera querido saber qué pasaba en realidad con una persona como el hombre de abajo. Pensó que, en el momento en que el tipo saltara la verja, la transformación debía de ser tan completa, que apenas si podría describirse en detalle. Y con tanta naturalidad como si se tratara de una comparación adecuada, recordó inmediatamente un cantante que, tras comer y

beber, se acerca al piano, enlaza las manos sobre el vientre y, abriendo la boca para cantar su lied, en parte es otra persona, y en parte no. Recordó asimismo al Excelentísimo conde Leinsdorf, que podía enchufarse en una corriente ético-religiosa y en una corriente mundano-bancaria carente de prejuicios. La plena perfección de esta metamorfosis, que se consuma en el interior, pero que, en el exterior, halla su confirmación en el asentimiento del mundo, le había hechizado: le era indiferente saber cómo aquel hombre, en la calle, llegaba psicológicamente a ser como era; pero no tuvo más remedio que imaginar cómo la cabeza del individuo se llenaría progresivamente de tensión, como un globo en el que se inyecta el gas, probablemente durante muchos días y poco a poco, pero siempre oscilando aún en el extremo de las cuerdas que le mantienen unido a tierra firme, hasta que una voz de mando inaudible, una causa fortuita o

simplemente el transcurso de un tiempo determinado, que convierte en una causa la primera cosa que se presenta, hacen que se suelte la cuerda, y la cabeza flota en el vacío de lo antinatural, sin contacto con el mundo de los hombres. En efecto, el hombre, con su rostro vacío e insignificante, se hallaba protegido por el follaje y estaba al acecho como un animal de presa. Para llevar a cabo sus propósitos, habría tenido que esperar en realidad a que los excursionistas fuesen más escasos y el lugar resultara para él más seguro; pero, así que, entre los grupos, pasó una sola mujer, e incluso cuando, a veces, pasaba una riendo alegremente y protegida, avanzando con andar balanceante en medio de un grupo, aquellos seres ya no eran personas para él, sino muñecos a los que, en su consciencia, cortaba a su medida absurda. Le llenaba una falta de escrúpulos tan cruel hacia ellas como si fuera un criminal, y como si el miedo a la muerte no le importara nada;

pero, al mismo tiempo, él mismo se sintió presa de ligera inquietud ante la idea de que le descubriesen y le acosasen como a un perro, antes de que hubiera conseguido llegar a lo más alto de su arrobo, y le temblaba la lengua en las fauces, de miedo que tenía. Con la cabeza vacía de expresión y de pensamientos, esperaba, y poco a poco se extinguió el último resplandor del crepúsculo. Ahora se acercaba a su escondrijo una mujer sola, y, aun separándole de ella los faroles, pudo percibir, al margen de todo lo que la rodeaba, cómo emergía y desaparecía de nuevo en las oleadas de claridad y oscuridad, y era una masa negra que chorreaba luz, antes de aproximarse. También Ulrich se dio cuenta de que era una mujer sin formas, de mediana edad, la que se estaba acercando. Tenía el cuerpo como un saco lleno de grava, y de su rostro no emanaba simpatía alguna, sino que era un rostro dominante y penden-ciero. Pero la flaca palidez escondida tras las



matas sabía muy bien cómo acercarse a ella sin que lo notara, antes de que fuera demasiado tarde. Probablemente los estólidos movimientos de los ojos y de las piernas de ella actuaban ya, convulsos en la carne de él, y el hombre se preparaba a atacarla sin que ella pudiera hacer nada para defenderse, a atacarla con su mirada, que penetraría en la mujer sorprendida y se quedaría metida en ella para siempre, por mucho que se revolviere para librarse. Esta excitación zumbaba y giraba en las rodillas, manos y garganta; así se lo pareció a Ulrich mientras observaba cómo el hombre se abría paso a tientas por la parte del seto en la que se prendía ya la media luz, y cómo efectuaba sus preparativos para salir fuera en el momento decisivo y mostrarse. Fuera de sí, el desgraciado, apoyado aún en la última y leve resistencia de las ramas, tenía fijos los ojos en el feo rostro, que cabeceaba ahora a plena luz, y la respiración del hombre jadeaba al ritmo de la

persona desconocida. “¿Gritará?”, pensaba Ulrich. Esta tosca persona sería muy capaz de enfurecerse, en lugar de asustarse, y pasar a la ofensiva: entonces, el cobarde demente tendría que emprender la huida, y la interrumpida voluptuosidad le clavaría sus cuchillos, por el mango plano, en la carne. Pero en este momento de tensión, Ulrich oyó las despreocupadas voces de dos hombres que venían por el camino, y, del mismo modo que él los oyó, podían percibir el silbo de la excitación allá abajo, en la calle, porque el hombre dejó caer de nuevo las dos cortinas, semiabiertas, de follaje, y se retiró en silencio a la oscuridad.

“¡Cerdo!”, susurró en ese mismo momento Clarisse a su vecino, hablando con energía, pero sin ninguna indignación. Antes de que Meingast se hubiera metamorfoseado, había oído muchas veces palabras semejantes de boca de ella, palabras que entonces se referían al comportamiento, de

una libertad excitante, de Meingast; así pues, la palabra pronunciada podía considerarse histórica. Clarisse daba por supuesto que también Meingast, a pesar de su metamorfosis, tenía que recordarlo, y realmente le pareció que, como respuesta, los dedos de él se posaban levemente en su brazo. Aquella noche no había absolutamente nada que fuese casual; ni siquiera aquel hombre había elegido al azar la ventana de Clarisse para exhibirse debajo. [Su opinión de que ella atraía de un modo atroz a los hombres que tenían alguna anormalidad se reafirmaba y se había visto confirmada como verdadera en múltiples ocasiones!

En conjunto, sus ideas no eran tan confusas como para no dejar espacio a elementos intermedios o impregnarse de afectos en ciertas zonas donde otras personas no tienen semejantes fuentes interiores. Su convicción de que fue ella la que, en su momento, dio a Meingast la posibilidad de transformarse

completamente, no dejaba de ser, en sí misma, verosímil; si se consideraba, además, la incoherencia -por la distancia o por los años sin contacto- con que se había consumado aquella transformación, y también su importancia -puesto que había convertido un hombre de mundo superficial en un profeta-, así como el hecho de que, poco después de la despedida de Meingast, el amor de Walter y Clarisse había llegado a la más alta cima de los combates en que aún se mantenía, resultaba que la suposición de Clarisse según la cual ellos habrían tenido que cargar sobre sí los pecados de un Meingast aún no transformado con el fin de permitirle su ascensión, era una suposición no menos fundamentada que innumerables ideas prestigiosas, a las que la gente da crédito en la actualidad. De todo ello resultaba, sin embargo, la relación, de un servilismo caballeresco, en la que Clarisse creía estar con el hombre que había regresado, y si

ahora hablaba de la nueva “metamorfosis” de Meingast, en lugar de referirse a un simple cambio, sólo expresaba así, de manera adecuada, el estado de elevación en que se hallaba desde entonces. La conciencia de sostener una relación importante podía elevar a Clarisse en un sentido literal. No se sabe exactamente si hay que representar a los santos con una nube bajo los pies o, a un dedo del suelo, sosteniéndose simplemente en la nada, y esto era precisamente lo que le ocurría a Clarisse desde que Meingast había elegido su casa para ejecutar en ella su gran trabajo, que probablemente tenía un profundísimo trasfondo. Clarisse no estaba enamorada de él como mujer, sino más bien como un muchacho que admira a un hombre; entusiasmado, cuando consigue ponerse el sombrero del mismo modo que éste, y lleno del secreto deseo, no ya de emularle, sino de superarle.

Y Walter lo sabía. Ni podía oír lo que se estaban susurrando Clarisse y Meingast, ni su mirada alcanzaba a percibir de ellos más que una masa, pesadamente informe, de sombras que se recortaban contra la luz crepuscular de la ventana; pero lo observaba todo, sin excepción. También él se había dado cuenta de lo que ocurría con el hombre de los matorrales, y el silencio que dominaba la habitación pesaba sobre él más que sobre nadie. Pudo deducir que Ulrich inmóvil junto a él, miraba por la ventana con el ánimo tenso, y presuponía que los otros dos, en la otra ventana, estaban haciendo lo mismo. “¿Por qué no rompe nadie este silencio?”, pensó. “¿Por qué no hay nadie que abra la ventana y ahuyente a este monstruo?” Se le ocurrió que tenían la obligación de llamar; pero no había teléfono en la casa, y él no tenía valor para intentar nada que pudiera provocar el menosprecio de sus compañeros. No quería, de ninguna manera, ser un

“filisteo escandalizado”, sólo que estaba realmente muy excitado. La “relación caballeresca” existente entre su mujer y Meingast podía incluso comprenderla perfectamente, porque ni siquiera en el amor podía Clarisse imaginar una elevación sin esfuerzo: sus transportes no provenían de la sensualidad, sino de la ambición. Walter recordaba la inquietante vitalidad que podía tener a veces entre sus brazos, cuando él se ocupaba aún en obras de arte; pero jamás conseguía calentarla, si no era mediante este tipo de rodeos. “¿Es posible que las personas sólo reciban estímulos eficaces para exaltarse a través de la ambición?”, reflexionó lleno de dudas. No se le había escapado que Clarisse “montaba guardia” cuando Meingast trabajaba, para proteger los pensamientos de él con su cuerpo, aunque ni siquiera conocía tales pensamientos. Dolorosamente, Walter contemplaba al egoísta solitario entre la maleza, y aquel desgraciado le daba un

ejemplo ilustrativo de las devastaciones que se pueden producir en un espíritu excesivamente aislado. Además, le martirizaba la idea de saber con toda exactitud lo que sentía Clarisse en aquel momento, mientras él la observaba. “Estará ligeramente alterada, como si hubiera subido corriendo una escalera”, pensó. En la imagen que tenía ante sus ojos percibió incluso una especie de presión, como si en ella se envolviera algo que quisiera romper su cáscara, y sintió que en esta misteriosa presión, acusada también por Clarisse, se agitaba la voluntad de no limitarse tan sólo a mirar, sino de hacer algo pronto, inmediatamente, y de sumergirse en lo que estaba sucediendo con el fin de liberarse de ello. Es cierto que en otras personas las ideas son resultado de la vida, en Clarisse, todo lo que vivía nacía siempre de las ideas,  $\square$  era una cualidad tan envidiable! Y Walter sentía más inclinación por las exageraciones de su esposa, que era tal vez una



enferma mental, que por los pensamientos de su amigo Ulrich, el cual se figuraba que era precavido y audaz: de un modo u otro, lo más insensato le resultaba más agradable, le dejaba probablemente intacto y era algo que se dirigía a su compasión, cualquier caso, hay muchas personas que prefieren las ideas locas a las fáciles, e incluso a él le producía una cierta satisfacción el hecho de que Clarisse estuviese cuchicheando en la oscuridad con Meingast, mientras Ulrich estaba condenado a permanecer a su lado como una sombra muda; era como si le confesara que se sabía derrotado por Meingast. No obstante, de vez en cuando le atormentaba la posibilidad de que Clarisse abriera de pronto la ventana o se lanzara escaleras abajo hacia los setos; y entonces aborrecía a las dos sombras masculinas y su silenciosa presencia, nada decente, que cada vez hacía más crítica la situación para el pobre, pequeño Prometeo

protegido por él y expuesto a todas las tentaciones del espíritu.

En este momento, la vergüenza y el placer truncado, en el enfermo que se había retirado nuevamente tras la maleza, se habían fundido en una unidad de decepción que se iba vertiendo en el molde de su cara vacía como si se tratara de una masa amarga. Al llegar a la oscuridad más profunda, se dobló sobre sí mismo, se dejó caer al suelo y su cabeza coligaba del cuello como una hoja. El mundo se alzaba ante él dispuesto al castigo, y vio que su situación era más o menos como les habría parecido a los dos hombres que pasaban si le hubiesen descubierto. Pero después que el hombre hubo llorado un rato, sin lágrimas, por sí mismo, se produjo en él el cambio de antes mezclado incluso, esta vez, con algo más de desafío y de espíritu de venganza. Y de nuevo fracasó. Una chiquilla, que tendría unos quince años y que al parecer se había retrasado en alguna parte, pasó

por la calle y a él se le aparecía ya como un bonito, pequeño y veloz ideal; el degenerado sintió que, en realidad, debía mostrarse del todo y dirigirse a ella amablemente, pero esta idea le precipitó en un terror cerval. Su fantasía, dispuesta a presentar ante él todas las posibilidades que suscita la presencia de una mujer, se sintió temerosamente entorpecida ante la única posibilidad natural de admirar en toda su belleza aquella pequeña criatura que se acercaba indefensa. Producía tanto menos placer a su yo nocturno cuanto más apropiada resultaba para agradar a su yo diurno, e intentó en vano odiarla, ya que no podía amarla. Permaneció indeciso en la frontera entre la luz y la sombra, y finalmente se mostró. Cuando la pequeña descubrió su secreto, ya había pasado junto a él y se había alejado unos ocho pasos; primero se había limitado a mirar el lugar en que el follaje se movía, sin darse cuenta de lo que iba a suceder, y cuando lo descubrió podía

sentirse ya en un lugar lo bastante seguro como para no asustarse mortalmente: con todo, se quedó con la boca abierta durante un rato y luego lanzó un grito agudo y echó a correr; incluso tuvo la picardía de volverse a mirar, y el hombre sintió que le abandonaban a su vergüenza. Rabioso, esperaba que al menos una gota de veneno hubiese caído en los ojos de la muchacha, y que más tarde aquella gota le roería el corazón.

Este desenlace, relativamente inofensivo y cómico, supuso un ligero alivio para la humanidad de los espectadores, que quizás esta vez habrían tomado partido, en el caso de que la escena no se hubiese diluido de aquella forma; y bajo esta impresión, apenas si se dieron cuenta de cómo había terminado el asunto en la calle, y tuvieron que confirmar que todo había acabado observando que la “hiena” macho, como luego lo llamó Walter, se había esfumado de pronto. Fue un ser humano de tipo medio, el que permitió al

hombre conseguir su propósito; lo miró desconcertada y con repulsión, se detuvo un instante involuntariamente y luego intentó hacer como que no había visto nada. En este instante, sintió, junto al techo de follaje y todo aquel mundo invertido del que acababa de salir, que se deslizaba profundamente hacia el interior de la mirada de la mujer indefensa, que se le resistía. Así debió de suceder, o también de otra forma. Clarisse no se había dado cuenta. Respirando profundamente, se irguió y abandonó su posición inclinada, después que Meingast y ella se habían soltado hacía rato. Le pareció que de pronto aterrizaba con las plantas de los pies en el entarimado, y un remolino de placer inexpresable y cruel se fue calmando en el interior de su cuerpo. Casi estaba convencida de que todo lo que había sucedido poseía un significado especial, destinado a ella; y por muy raro que pueda parecer, el repugnante incidente le produjo la impresión de que ella

era una novia a quien acababan de dar una serenata, y en su mente danzaban sin orden ni concierto propósitos que había querido llevar a cabo, mezclados con otros nuevos.

-¡Es divertido! -dijo de repente Ulrich en la oscuridad, rompiendo así el silencio de los cuatro-. ¡Es inexplicablemente ridículo pensar que a este tipo le habríamos agudado la fiesta, si llega a saber que alguien le estaba observando!

De la nada se destacó la sombra de Meingast y permaneció de pie en dirección de donde le venía la voz de Ulrich, como una delgada concentración de la tiniebla.

-Concedemos una importancia demasiado grande a lo sexual -dijo maestro-. En realidad todo esto son cabriolas del espíritu de nuestro tiempo.

Y no dijo nada más. Pero Clarisse, que se sobresaltó desagradablemente por las palabras de Ulrich, sintió que las de Meingast la empujaban hacia adelante, aunque la

oscuridad de las mismas le impidiera saber en qué dirección.

## ***15 - El testamento***

**C**UANDO Ulrich regresó a casa, sumido en un sentimiento de insatisfacción aún mayor que antes a causa de lo que había vivido, no quiso rehuir por más tiempo una decisión, y evocó, con la máxima exactitud con que pudo recordarlo, el “incidente”, palabra con que definía, suavizándolo, lo que había ocurrido en las últimas horas de su convivencia con Agathe y pocos días después de la gran conversación.

Ulrich había hecho el equipaje para tomar un coche-cama en el tren que pasaba tarde por la ciudad, y los dos hermanos se habían reunido para la última cena; ya con anterioridad, habían decidido que Agathe seguiría a su hermano poco tiempo después, y de un modo muy impreciso calcularon que



la separación duraría de cinco días a un par de semanas.

En la mesa, Agathe había dicho: “ -Pero antes tenemos aún algo que hacer!

-¿Qué? -preguntó Ulrich

-Tenemos que cambiar el testamento.

Ulrich recordaba ahora que había mirado a su hermana sin sorpresa; a pesar de todo lo que llevaban hablado, él había estado esperando que su hermana le saldría aún con una broma. Pero Agathe miraba a su plato y tenía la familiar arruga de reflexión en el arranque de la nariz. Dijo lentamente:

-De mí, no debe tener entre sus dedos ni lo que queda de una hebra de lana después de quemarla.

Algo debía de haber trabajado en ella intensamente durante los últimos días. Ulrich iba a decirle que estas reflexiones sobre la forma de perjudicar a Hagauer las consideraba ilícitas y no deseaba volver sobre ellas- pero en aquel instante entró el viejo

ordenanza-mayordomo de su padre a servirles los platos de la comida, y ya sólo pudieron expresarse veladamente y por alusiones.

-Tía Malwine -dijo Agathe dirigiendo una sonrisa a su hermano-, ¿no te acuerdas de tía Malwine?... Había destinado toda su fortuna a nuestra prima; era algo ya convenido y todo el mundo lo sabía. En cambio, dentro de la herencia paterna, ella vio reducida su parte a lo estrictamente obligatorio, en beneficio de su hermano, para que ninguno de los dos hermanos, a los que su padre amaba con idéntica ternura, recibiera más que el otro. Tienes que acordarte... La renta anual que Agathe... Alexandra, tu prima -corrigió sonriendo-, recibió desde su matrimonio se calculó hasta nueva orden sobre esta parte obligatoria, y era un asunto complicado, para dejar que tía Malwine tuviera tiempo de morirse...

-No te entiendo -había gruñido Ulrich.

-Pero si es facilísimo de entender! Hoy, tía Malwine ha muerto, pero antes de morir había perdido toda su fortuna; incluso hubo que socorrerla. Ahora, basta que papá, por algún motivo, haya olvidado anular su propia modificación testamentaria, para que Alexandra no reciba absolutamente nada, aun cuando en su matrimonio se acordara establecer la comunidad de bienes.

-No lo sé, creo que la cosa sería muy arriesgada! -dijo involuntariamente Ulrich-. Y además, deben existir algunas promesas precisas del padre. El padre no puede haberlo hecho todo sin tener antes alguna discusión con su yerno!

Sí; Ulrich recordaba muy bien haber contestado en aquellos términos, porque no podía quedarse callado ante el peligroso error de su hermana. También seguía teniendo muy presente la sonrisa con que luego le había mirado. “Cómo es mi hermano!”, parecía pensar. “Basta con presentarle un

asunto como si, en lugar de ser algo entrañable, fuera una cosa general, para poder llevarlo arrastrando de la nariz!” Y luego había preguntado brevemente:

-¿Había en este caso algún convenio escrito? -y se dio a sí misma la respuesta:- Jamás lo he oído decir, y en cambio tendría que saberlo! Papá era muy extraño en todo.

En aquel momento les sirvieron, y ella aprovechó la imposibilidad de defenderse de Ulrich para añadir:

-Los acuerdos verbales pueden impugnarse siempre. Pero si después de arruinarse tía Malwine se volvió a modificar el testamento, todo indica que esta segunda modificación se ha perdido!

Y una vez más Ulrich se dejó inducir a una corrección y dijo: -De todos modos queda todavía la parte obligatoria, no despreciable; y ésta no se les puede quitar a los hijos auténticos,

-Pero si ya te he dicho que fue pagada íntegramente en vida del padre! Alexandra se casó dos veces!

-Se quedaron solos unos momentos, y Agathe añadió rápidamente:

-He estudiado a fondo este pasaje: basta con cambiar unas pocas palabras, y parecerá que la parte obligatoria ya la he cobrado hace tiempo. ¿Quién lo sabrá? Cuando, tras las pérdidas de la tía, papá volvió a ponernos a partes iguales, lo hizo en un codicilo, que se puede destruir; además, yo podía haber renunciado a mi parte obligatoria para cedértela a ti, por cualquier razón.

Ulrich miró confuso a su hermana y desaprovechó la ocasión de dar a las invenciones de ella la respuesta a que se creía obligado; cuando iba a hacerlo, volvían a ser tres, y tuvo que camuflar sus palabras:

-Una cosa así -empezó vacilante-, en realidad no habría ni que pensarla!

-¿Y por qué no? -replicó Agathe.

Semejantes preguntas son muy simples en situación de descanso, pero cuando se yerguen, son como una serpiente monstruosa, enrollada de forma que parece una mancha inofensiva. Ulrich recordaba la respuesta que había dado:

-[El propio Nietzsche prescribe a los “espíritus libres” el respeto hacia ciertas reglas externas en pro de la libertad interna!

Dio esta respuesta con una sonrisa, pero sintió que era una cobardía esconderse tras las palabras de otro.

-[Es un principio paralizador! -decidió Agathe de un modo tajante-. [Yo me casé siguiendo este principio!

Y Ulrich pensó: “Sí, en efecto, es un principio paralizador.” Parece ser que los hombres que tienen una respuesta nueva y transformadora para determinadas preguntas establecen a cambio un compromiso con todo lo demás, un compromiso que asegura la supervivencia de una moral en zapatillas;

y sobre todo, tal proceder -que intenta mantener constantes todas las condiciones con excepción de la única que pretende cambiar- corresponde en todo y por todo a la economía creadora del pensamiento, que les es familiar. Al propio Ulrich, aquello le había parecido siempre más rígido que negligente: pero entonces, al tener lugar aquella conversación entre él y su hermana, se sentía personalmente afectado; no soportaba ya la indecisión que antes amara, y le parecía que Agathe tenía precisamente la misión de llevarle a aquel extremo. Y mientras esgrimía, a pesar de todo, las reglas de los espíritus libres, vio que ella reía y le preguntaba si no se daba cuenta de que, en el momento de buscar la forma de crear unas reglas generales, otro hombre ocupaba su puesto.

-Y aunque seguramente lo admiras con razón, en el fondo te es completamente indiferente -afirmó.

Miraba a su hermano de un modo petulante y provocador. Éste sintió nuevamente que algo le impedía contestar; calló, esperando que de un momento a otro se produciría una alteración, y no acababa de decidirse a romper el diálogo. Esta situación envalentonó a Agathe.

-En los pocos días que hemos estado juntos -continuó-, me has dado consejos tan maravillosos para mi vida como jamás me habría atrevido a imaginarlos; pero luego, ¿has preguntado siempre si además eran verdaderos! ¿Me parece que, como tú la usas, la verdad es una fuerza que maltrata a los seres humanos!

No sabía de dónde sacaba el derecho a hacerle a su hermano aquellos reproches; su propia vida le parecía tan desprovista de valor, que hubiese tenido que callarse. Pero el valor que mostraba lo sacaba de su propio hermano, y era tan singularmente femenina



la actitud de apoyarse en él para atacarlo, que él mismo lo sintió así.

-Tú no posees comprensión alguna para la exigencia de reunir ideas en grandes masas organizadas, y te son extrañas las experiencias de lucha del espíritu; en ellas no ves más que cierta marcha acompañada de columnas que avanzan, la impersonalidad de muchos pies que levantan remolinos de verdad como una nube de polvo! -dijo Ulrich.

-Pero, ¿no me has descrito tú mismo los dos estados en los que puedes vivir, con una claridad y una precisión de las que yo jamás habría sido capaz? -respondió Agathe.

Una nube incandescente, cuyos límites cambiaron con rapidez, flotó sobre su rostro; su intención era llevar a su hermano lo bastante lejos como para que no pudiera retroceder. Esta idea la puso febril, pero no supo si tendría ánimo, y demoró el final de la cena.

Todo aquello lo sabía Ulrich, lo adivinaba; pero ya se había despabilado y habló a su hermana. Estaba sentado frente a ella, con la mirada ausente, la boca forzada con violencia a la conversación, y tenía la impresión de que no estaba dentro de sí mismo, sino que se había quedado detrás y se estaba gritando a sí mismo lo que tenía que decir.

-Supon que en un viaje -dijo- tengo ganas de quitarle la pitillera de oro a un desconocido; ¿no es esto algo completamente inimaginable? Por consiguiente, tampoco ahora quiero comentar si una decisión como la que tienes en la cabeza se puede o no se puede justificar con una suprema libertad de espíritu. Aun cuando fuera justo ocasionar algún dolor a Hagauer. Pero imagínate que me encuentro en el hotel, y que ni estoy en la miseria, ni soy un ladrón profesional, ni un deficiente mental con deformaciones en la cabeza o en el cuerpo, ni tengo una madre histérica ni un padre bebedor, ni me siento

extraviado o estigmatizado por cualquier otra cosa..., y sin embargo robo. ¶Te repito que un caso así no se da en todo el mundo! ¶Simplemente, no llega a producirse! ¶Se puede considerar imposible casi con seguridad científica!

Agathe se puso a reír a carcajadas:

-¶Pero, Uli! ¿Y qué pasa si, a pesar de todo, uno lo hace?

Ante esta respuesta, que no tenía prevista, Ulrich no tuvo más remedio que reírse también; se levantó de un salto y apartó la silla hacia atrás con un rápido movimiento, para que ella no se sintiese envalentonada con su aprobación. Agathe se levantó de la mesa.

-¶No puedes hacerlo! -le dijo Ulrich.

-¶Pero, Uli! -replicó ella-, ¿es que tú mismo estás pensando en sueños o estás soñando algo que sucede?

Esta pregunta le recordó a Ulrich la afirmación, hecha unos días antes, de que todas

las exigencias de la moral remiten a una especie de estado onírico, que escapaba de ellas en el momento en que las mismas se V convierten en algo fijo. Pero Agathe, después de hablar, se había dirigido al despacho de su padre, que se veía iluminado, a través de dos puertas abiertas, y Ulrich, que no la había seguido, la veía de pie en aquel marco. Sostenía un papel a favor de la luz y lo estaba leyendo. “¿No tiene ni idea de la responsabilidad que carga sobre ella?”, se preguntó Ulrich. Pero el manajo de llaves de ciertas nociones actuales como: inferioridad de tipo nervioso, síntomas de deficiencia, debilidad y cosas parecidas, no eran aplicables, y en el hermoso aspecto que Agathe ofrecía durante su delito, no había ni el menor rastro de avidez, ni de venganza, ni de cualquier otra deformidad interna. Y aunque, con ayuda de tales nociones, incluso los actos de un criminal o de un medio loco le hubieran parecido a Ulrich relativamente moderados y

civilizados -puesto que en ellos brillan desde lo profundo los móviles desfigurados y desajustados de la vida normal-, en aquel momento le dejó totalmente perplejo la resolución, a la vez dulce y salvaje, de su hermana, en la que se mezclaban indiscriminadamente la pureza y el delito. No le cabía en la cabeza que aquella persona, que estaba claramente a punto de cometer una mala acción, pudiera ser una mala persona, y por añadidura, tenía que ver cómo Agathe tomaba del escritorio un papel tras otro, los leía, los dejaba a un lado y buscaba seriamente en ellos unas anotaciones determinadas. Su firmeza producía la impresión de que había descendido, desde otro mundo, al nivel de las decisiones habituales.

Además, durante estas observaciones, a Ulrich le inquietaba una cuestión, la de por qué había convencido a Hagauer para que se marchara sin ninguna mala fe. Se le antojó que, desde el primer momento, había

actuado como un instrumento de la voluntad de su hermana, y hasta el último momento, aun cuando la contradecía, le había dado respuestas que la inducían a seguir adelante. Ella le había dicho que la verdad maltrataba a los seres humanos: “Muy bien dicho! Lo que ocurre es que ella no sabe lo que es la verdad!”, reflexionó Ulrich. “Con los años, le provoca a uno ataques de gota, pero en la juventud es una vida de caza y de navegar a toda vela!” Se había vuelto a sentar. De pronto se le ocurrió que Agathe no sólo había tomado de él, en cierto modo, lo que decía de la verdad, sino que también lo que estaba haciendo en la habitación vecina le había sido señalado por él mismo. Sin duda había dicho que, en el estado más elevado de una persona, ya no existen el bien y el mal, sino únicamente la fe y la duda; que las normas establecidas contradicen la esencia más íntima de la moral y que la fe no puede envejecer más de una hora; que cuando se tiene fe,

no se puede cometer ninguna bajeza; que el presentimiento es un estado más apasionado que la verdad: y ahora Agathe estaba a punto de abandonar el campo de los límites de la moral y de aventurarse a la profundidad sin límites, donde no hay más decisión que la de ascender o caerse. Lo estaba haciendo como, en otro momento, había tomado, de la mano vacilante de su hermano, las condecoraciones de su padre para cambiarlas, y en aquel instante, él la amaba, a despecho de su falta de conciencia, con el curioso sentimiento de que eran sus propias ideas las que habían pasado de él a ella, y las que ahora volvían a él, empobrecidas en reflexión, pero exhalando un balsámico aroma a libertad, como una bestia salvaje. Y mientras Ulrich temblaba por el esfuerzo que le costaba refrenarse, le propuso a su hermana con precaución:

-Retrasaré un día mi viaje y pediré informaciones a un notario o a un abogado.

¿Puede que sea terriblemente fácil de descubrir lo que pretendes!-

Pero Agathe ya se había enterado de que el notario del que se había ido su padre hacía tiempo que estaba muerto. -Nadie sabe nada del asunto -dijo-, no remuevas las cosas! Ulrich observó que había tomado una hoja de papel y hacía intentos por imitar la ortografía de su padre.

Atraído por ello, Ulrich se había acercado y colocado detrás de su lana. Ante ella tenía montones de papeles en los que había vivido la mano de su padre, cuyo movimiento casi se percibía aún, y al lado, Agathe hacía nacer como por ensalmo algo muy parecido, como en una imitación teatral. Era un espectáculo curioso. La razón de que aquello se produjera, la idea de que servía para una falsificación, se esfumaban al verlo. La verdad era que Agathe tampoco había pensado en ello en absoluto. En torno a ella flotaba una justicia que despedía llamas, en



lugar de lógica. La bondad, la decencia y la equidad, tal como había conocido dichas virtudes en personas cercanas, especialmente en el profesor Hagauer, siempre le habían parecido como si uno quitara las manchas de un vestido; pero la injusticia que en este momento flotaba alrededor de ella misma, era como cuando el mundo se anega en la luz de un amanecer. -Le pareció que justicia e injusticia no eran ya conceptos generales ni un compromiso para millones de personas, sino un mágico encuentro del yo y el tú, la demencia de la primera creación, que aún no se puede comparar con nada ni medir con medida alguna. En realidad, Agathe obsequiaba a Ulrich con un delito, al ponerse en sus manos, llena de confianza en que él comprendería su falta de reflexión, y lo hacía como los niños que, cuando quieren regalar algo y no poseen nada, tienen las más insospechadas ocurrencias. Y Ulrich lo adivinaba casi todo. Cuando sus ojos seguían los

movimientos de su hermana, éstos le proporcionaban un placer que no había sentido jamás, porque había algo de la absurdidad de los cuentos de hadas en el hecho de ceder una vez, totalmente y sin previa advertencia, a lo que hacía otro ser. Aunque a ello se uniera el recuerdo de que sin duda se estaba perjudicando a la vez a un tercero, este recuerdo lanzó un destello de un segundo, como un hacha, y en seguida volvió Ulrich a tranquilizarse con la idea de que, en realidad, lo que estaba haciendo su hermana no le importaba a nadie; no estaba decidido que aquellos intentos caligráficos fuesen realmente utilizados, y lo que hiciera Agathe entre sus cuatro paredes era cosa suya mientras sus efectos no se dejaran sentir fuera de la casa.

En aquel momento Agathe llamó a su hermano, se volvió y quedó sorprendida al ver que estaba detrás de ella. Abandonó su ensimismamiento. Había escrito ya todo lo

que deseaba escribir y lo oscurecía con resolución a la llama de una vela, para dar al escrito el aspecto de algo viejo. Tendió su mano libre a Ulrich, que no la tomó, aunque tampoco consiguió dar a su rostro una expresión inaccesible frunciéndolo de un modo sombrío. Ella dijo:

-Escucha! Cuando alguna cosa es una contradicción, y tú amas esta contradicción en sus dos caras (quiero decir que la amas de verdad!), ¿no la superas ya por este simple hecho, lo quieras o no?

-Esta pregunta está formulada demasiado a la ligera -murmuró Ulrich.

Pero Agathe sabía cómo la juzgaría en su “segundo pensamiento”. Tomó una hoja en blanco y escribió altivamente, con los rasgos anticuados que tan bien imitaba: “Mi mala hija Agathe no me da ningún motivo para cambiar estas disposiciones, tomadas hace ya tiempo, en favor de mi buen hijo Uli.” Aún no se dio por satisfecha y escribió en otra

hoja: “Mi hija Agathe debe ser educada aún durante algún tiempo por mi buen hijo Uli.”

Así habían ocurrido las cosas, pero Ulrich, tras rememorarlas hasta los menores detalles, sabía tan poco lo que debía hacer como al principio.

No tenía que haber partido sin volver a poner las cosas en su sitio: Esto estaba fuera de duda! Al parecer, la superstición contemporánea de que no se puede tomar nada en serio le había jugado una mala pasada al insinuarle que lo primero que tenía que hacer era abandonar el campo y no aumentar la importancia del litigioso incidente con una resistencia puntillosa. Las cosas no pueden comerse recién salidas del fuego. De las más vehementes exageraciones, cuando uno las abandona a sí mismas, surge con el tiempo una nueva mediocridad; uno no podría sentarse jamás en un tren y tendría que andar siempre por la calle con la pistola a punto de disparar, si no se pudiera confiar en la ley del

término medio, que hace espontáneamente inverosímiles las posibilidades excesivas: a esta fe experimental se había sometido Ulrich cuando, a pesar de todas sus reservas, había vuelto a su casa. En el fondo casi se alegraba de que Agathe se hubiese mostrado diferente.

Con todo, desde un punto de vista legal, el asunto sólo podía acabar recuperando Ulrich el tiempo perdido, y con la mayor urgencia posible- Sin vacilaciones, hubiera tenido que enviar a su hermana una carta urgente o un telegrama, y se imaginó que el contenido debía ser más o menos el siguiente: “Declino toda colaboración contigo, mientras no...!”

Pero en modo alguno tenía el ánimo dispuesto a escribirlo; en aquel momento, le era completamente imposible.

Además, aquella funesta escena había estado precedida por la decisión de vivir, o al menos de habitar juntos, y en el breve período, que les daba hasta el momento de la

despedida, habían tenido que hablar principalmente de aquella decisión. Al principio acordaron que sería mientras durara el divorcio”, para que Agathe tuviera el consejo y la protección de su hermano. Pero Ulrich recordaba ahora, al rememorar todo, una observación anterior de su hermana, según la cual quería cuidar a Hagauer”, y al parecer aquel “plan” había ido trabajando su espíritu y adoptando una forma nueva. Había insistido vivamente en vender sin pérdida de tiempo la finca familiar, y esto debía tener el sentido de que ella deseaba que la propiedad desapareciera, aunque la venta pudiera parecer aconsejable también por otras razones; en cualquier caso, los dos hermanos habían decidido ponerse en contacto con una agencia inmobiliaria y habían fijado sus condiciones. Por consiguiente, Ulrich debía pensar también en lo que sería ahora de su hermana, tras regresar él a su descuidada vida anterior, que él mismo no reconocía como

válida. La situación en que Agathe se encontraba no podía durar, por muy próximos que se hubiesen sentido el uno al otro durante aquellos breves días -con la apariencia de un encuentro determinado por el destino, aunque también, probablemente, por una serie de detalles independientes entre sí, por más que Agathe tuviera quizás una concepción aventurera de todo aquello-, también se podía afirmar que sabían muy poco el uno del otro por lo que respecta a las múltiples relaciones superficiales de las que depende una vida en común. Cuando pensaba en su hermana de un modo imparcial, Ulrich topaba incluso con muchos problemas sin resolver, y ni siquiera acertaba a formarse un juicio seguro sobre el pasado de Agathe; la suposición más plausible le parecía la de que su hermana trataba con mucha indolencia todo lo que pasaba por ella o con ella, y que vivía, de un modo muy incierto y tal vez fantástico, en unas esperanzas que corrían

paralelas a su vida real. Tal explicación tenía confirmada por el hecho de haber vivido tanto tiempo al lado de Hagauer y de haber roto tan bruscamente con él. Con este hecho encajaba también la irreflexión con que trataba el futuro: había escapado de casa y esto parecía bastarle por el momento, absteniéndose de preguntar lo que pasaría después. Y Ulrich tampoco podía hacerse a la idea de que su hermana siguiera viviendo sin un hombre y de que tuviera que esperar en la incertidumbre, como una muchacha, ni podía imaginar qué aspecto había de tener el hombre que armonizara con ella; así se lo había dicho poco antes de la despedida.

Pero ella, asustada -y probablemente también con un terror un poco teatral-, le había mirado a la cara y luego le había contestado tranquilamente con una pregunta:

-¿Es que, en los primeros tiempos, no puedo vivir sencillamente a tu lado, sin que decidamos nada?



Así, sin mayor precisión, se había reafirmado el acuerdo de ir a vivir juntos. Pero Ulrich comprendió que con aquel intento anulaba el suyo de “vivir en vacaciones”. No quería pensar las consecuencias que tendría aquello, pero el hecho de que, en lo sucesivo, tendría que someter su vida a ciertas limitaciones no le parecía tan desagradable. Por primera vez volvió a pensar en el ambiente, y sobre todo en las mujeres de la Acción Paralela. La idea de romper con todo, unida al nuevo cambio de vida, se le antojaba incluso maravillosa. Del mismo modo que, en una habitación, basta a veces con cambiar un pequeño detalle para que un eco desanimado se convierta en una magnífica resonancia, así también, en la fantasía de Ulrich, su pequeña casa se transformaba en una concha que permitía oír los ruidos de la ciudad como una corriente lejana.

Y luego, en la última parte de esta conversación, se había situado aún otra pequeña conversación especial.

-Viviremos como los ermitaños -dijo Agathe con una alegre sonrisa-, pero en las cuestiones amorosas, naturalmente, cada uno será libre de hacer lo que quiera. Tú, por lo menos, actuarás sin trabas! -le aseguró.

-¿Sabes -le dijo Ulrich como respuesta- que entramos en el Imperio milenario?

-¿Qué es esto?

-Hemos hablado ya bastante del amor que no corre como un riachuelo hacia un objetivo, sino que, como el mar, constituye un estado permanente! Contéstame con sinceridad: cuando en la escuela te contaban que los ángeles, en el Paraíso, no hacían más que recrearse en la faz del Señor y alabarle, ¿podrías imaginarte esta bendita situación de no hacer ni pensar nada?

-Siempre lo imaginé como algo muy aburrido, y esto se debe seguramente a mi propia imperfección -fue la respuesta de Agathe.

-Pero después de todas las cosas en las que hemos llegado a un acuerdo -declaró Ulrich-, debes imaginarte ahora que este mar es una movilidad y un aislamiento, colmado de acontecimientos de permanente pureza cristalina. En otros tiempos se intentó imaginar esta vida ya sobre la tierra: éste es el Reino milenario, formado a nuestra imagen y sin embargo distinto a todos los reinos que conocemos. ¶ así viviremos! hartaremos de nosotros todo egoísmo, no acumularemos riquezas, ni conocimientos, ni amantes, ni amigos, ni principios, ni a nosotros mismos: así nuestro espíritu se abrirá, se disolverá frente a hombres y bestias y se desenvolverá de modo que nosotros ya no podremos seguir siendo nosotros y sólo podremos

mantenernos en pie si nos mezclamos con todo el mundo.

Esta pequeña conversación incidental había sido una broma. Ulrich tenía un papel y un lápiz en la mano, tomaba notas y, en las pausas, hablaba con su hermana de lo que les esperaba si se llevaba a cabo la venta de la casa y su instalación. Por otra parte, seguía enojado y ni él mismo sabía si blasfemaba o fantaseaba. A causa de todo aquello, no habían llegado a plantearse a fondo la cuestión del testamento.

En aquella conclusión residía, aún hoy, el motivo de que Ulrich no llegara por ningún camino a un remordimiento activo. El golpe de mano de su hermana tenía algo que le gustaba, aunque fuera él mismo quien lo recibiera; tuvo que confesarse que, a través de él, el hombre que iba pasando la vida “de acuerdo con las normas de los espíritus libres” y al que él había concedido un lugar pasablemente cómodo en su interior,

había caído de golpe en una peligrosa contradicción con el hombre profundamente indefinido del que nace la verdadera seriedad. No quería ceder tampoco a este acontecer, enmendándolo en seguida y de un modo habitual: pero luego dejaron de existir las normas y hubo que dejar que las cosas evolucionaran por sí mismas.

## ***16 - Reencuentro con el marido diplomático de Diotima***

**L**A mañana no sorprendió a Ulrich con las ideas más claras y por la tarde -con la intención de aliviar el peso de las graves ideas que le oprimían- decidió visitar a su prima, ocupada en librar el alma de la civilización.

Con gran sorpresa por su parte, antes de que Rachel regresara de la habitación de Diotima, fue recibido por el jefe de sección Tuzzi, que le salió al paso.

-Hoy mi mujer no se encuentra muy bien -declaró el bien ejercitado esposo, con aquella delicadeza descuidada en la voz, cuyo sonido, por el uso de meses y meses, es ya una fórmula en la que se pone al descubierto

el secreto doméstico-. No sé si podrá recibir su visita.

Estaba vestido para salir, pero se quedó gustoso a hacer compañía a Ulrich.

Éste aprovechó la ocasión para informarse sobre Arnheim.

-Arnheim ha estado en Inglaterra y se encuentra ahora en San Petersburgo -le contó Tuzzi.

Esta noticia insignificante y perfectamente natural le produjo a Ulrich, que se hallaba aún bajo la impresión de sus deprimentes experiencias, una impresión tan agradable como si a él afluyera el mundo, la plenitud y el movimiento.

-Las cosas están bien así -opinó el diplomático-. ☐Que viaje mucho de un lado para otro! Es la manera de observar cosas y de enterarse de todo.

-¿Sigue usted creyendo que viaja por encargo del zar, con una misión de paz? -preguntó divertido Ulrich.

-Lo creo más que nunca -aseguró llanamente el funcionario responsable de la aplicación de la política austro-húngara.

Pero de pronto, Ulrich dudó si Tuzzi estaba realmente en las nubes o si lo simulaba y le tomaba el pelo, un poco molesto, abandonó el tema de Arnheim y se informó:

-He oído decir que, posteriormente, aquí se ha dado la consigna de la acción.

Como siempre, a Tuzzi parecía divertirse hacerse el ingenuo y el pícaro ante la Acción Paralela; se encogió de hombros y sonrió irónicamente:

-No quiero anticiparme a mi mujer; ella se lo dirá tan pronto como pueda recibirle!

Pero, a los pocos momentos, su pequeño bigote empezó a temblar sobre su labio superior y los grandes ojos oscuros en el rostro de color de cuero brillaron con un pesar indefinido.

-Usted que es una especie de doctor de la ley -dijo vacilante-quizás pueda



explicarme lo que significa eso de que un hombre tiene alma.

Parecía como si Tuzzi quisiera hablar realmente de aquella cuestión, y su inseguridad producía una impresión manifiesta de que estaba sufriendo. En vista de que Ulrich no se decidía a contestar, prosiguió:

-Cuando se dice que una persona tiene el alma buena, se piensa en un tipo fiel, que acepta pacientemente sus obligaciones, honrado (yo tengo un jefe de departamento que es así); pero, en definitiva, no deja de tratarse de una cualidad subalterna! O puede que el alma sea una cualidad de las mujeres: y esto sería comparable al hecho de que lloran con más facilidad que los hombres y les cuesta menos ruborizarse.

-Su señora esposa tiene alma -le corrigió Ulrich con tanta seriedad como si dijera que tenía los cabellos azules como la noche.

Una ligera palidez invadió el rostro de Tuzzi.

-Mi mujer tiene espíritu -dijo lentamente-, se la considera con razón una mujer de ingenio. A veces la fastidio y le hecho en cara que es una mujer de espíritu. Y ella se enfada. Pero esto no llega a ser aún lo que llamamos alma... -Reflexionó un poco y luego preguntó-: ¿No ha visitado nunca a una mujer de esas que tienen visiones místicas? Le leerá el futuro en la mano o en un cabello, y a veces lo acertará de un modo desconcertante: lo que tiene son unos dones o unos trucos. Pero, ¿puede usted imaginar algo sensato, cuando alguien dice, por ejemplo, que deben existir signos de que se acerca un tiempo en el que nuestras almas podrán contemplarse a sí mismas casi sin mediación de los sentidos? Me apresuro a añadir -completó rápidamente- que esto no debe concebirse simplemente en sentido figurado, sino que, en el caso de que usted no sea bueno, puede usted hacer lo que quiera, y esto (hoy que estamos ya en una época de despertar

del alma) se dejará sentir con mucha mayor claridad que en los siglos precedentes. ¿No lo cree así?

Con Tuzzi, no se sabía nunca si sus agudas alusiones iban dirigidas a él mismo o al oyente; en cualquier caso, Ulrich contestó:

-En su lugar, yo haría la prueba!

-No se haga el gracioso, mi queridísimo amigo: esto es innoble, cuando uno está en seguridad -se lamentó Tuzzi-. Pero mi mujer exige de mí que comprenda seriamente estos principios, aun cuando no los apruebe, y entonces tengo que capitular sin que tenga ocasión de defenderme. De ahí que, en mi apurada situación, haya recordado que usted es una especie de doctor de la ley.

-Estas dos afirmaciones son de Maeterlinck, si no me equivoco -le ayudó Ulrich.

-¿Ah, sí? ¿De...? Bueno, podría ser. ¿Es el que...? Vaya, eso está muy bien: ¿no es el que dice también que la verdad no existe?

«Excepto para los que se aman! Así lo dice. Si yo amo a una persona, inmediatamente participaré de una verdad misteriosa, más profunda que la normal. Por contra, si manifestamos algo sobre la base de un conocimiento y una observación precisa de los hombres, esto no tendrá naturalmente ningún valor. ¿También lo que acabo de decir proviene de este hom... hombre?»

-En realidad no lo sé. Quizás. Podría ser suyo.

-Me había figurado que era de Arnheim.

-Arnheim ha tomado mucho de él, y él mucho de otras personas; ambos son unos eclécticos muy bien dotados.

-¿Sí? ¿O sea que son cosas viejas? «Entonces explíqueme, en nombre del cielo, cómo podría expresarse hoy una cosa así! -suplicó Tuzzi-. Si mi mujer me responde: “La razón no demuestra nada, los pensamientos no llegan al fondo del alma!”, o bien: “Por encima de la precisión, hay un reino de

sabiduría y amor que las palabras nacidas de la reflexión sólo pueden prostituir!”, entonces yo comprendo cómo ha ido a parar a estas ideas: se trata precisamente de una mujer y así se defiende contra la lógica del hombre. Pero un hombre, ¿cómo puede expresar algo semejante?

Tuzzi se acercó y puso la mano en la rodilla de Ulrich:

-La verdad -dijo- nada como un pez en un principio invisible; si uno la agarra y la saca, se muere. ¿Qué dice usted a esto? ¿Acaso tiene algo que ver con la diferencia entre un “erótico” y un “sexual”?

Ulrich sonrió:

-¿De verdad quiere que se lo diga?

-Ardo en deseos de saberlo.

-No sé cómo empezar.

-¿Lo ve? Entre hombres, estas cosas no llegan a pronunciarse nunca. Pero si usted tuviera alma, ahora se limitaría a contemplar y admirar la mía. Entonces llegaríamos a una

altitud en la que no existen ideas, palabras, ni hechos. Ahí sólo hay, por el contrario, poderes misteriosos y un silencio sobrecogedor! ¿Puede un alma fumar? -preguntó, encendiendo un cigarrillo, y sólo entonces recordó sus deberes de anfitrión y ofreció la tabaquera a Ulrich.

En el fondo estaba un poco orgulloso de haber leído los libros de Arnheim, y precisamente porque seguían resultándole intolerables le enorgullecía como un descubrimiento personal el hecho de haber reconocido la posible utilización de sus hinchados giros de lenguaje para los inescrutables designios de la diplomacia. En realidad, ninguna otra persona habría querido efectuar en vano un trabajo tan difícil, y cualquier otro, en su lugar, habría empezado por divertirse un poco, según las ganas que tuviera de ello, y pronto habría cedido al deseo de aducir alguna que otra cita, con carácter de prueba, o bien de dar la forma de aquellas ideas

nuevas, enojosas por su falta de claridad, algo que no se consigue expresar con precisión. Esto se suele hacer a regañadientes, porque a uno todavía le parece ridículo el nuevo traje, pero pronto se acostumbra a él, y así se va transformando imperceptiblemente el espíritu de la época en sus formas de aplicación, y sobre todo, Arnheim podía haber conquistado un nuevo admirador. Incluso Tuzzi admitía ya que, bajo la exigencia de unir alma y economía, a pesar de la mutua hostilidad fundamental, se podía imaginar algo así como una psicología económica, y lo que le hacía invulnerable a Arnheim era únicamente Diotima. Porque por entonces, entre ella y Arnheim había empezado ya a abrirse paso una frialdad -desconocida de todos-, que cargaba a todo lo que Arnheim había dicho sobre el alma con el peso de una sospecha: la de que todo aquello no era más que un subterfugio, a consecuencia del cual Tuzzi acogía con más irritación que nunca el

hecho de que le echaran en cara aquellas manifestaciones. Era disculpable que, en aquellas circunstancias, creyera que la relación de su esposa con aquel extraño estaba aún en proceso de mejora, y que aquella relación no era un amor contra el que un marido pudiese tomar sus medidas, sino que era un “estado de amor” y un “pensamiento amoroso”, tan por encima de toda baja sospecha que la propia Diotima hablaba abiertamente de los pensamientos que le inspiraba, e incluso en los últimos tiempos llegaba a exigir con bastante insistencia a Tuzzi que participara intelectualmente de él.

Tuzzi se sentía increíblemente perplejo y sensible, rodeado por aquella situación que le cegaba como una luz solar que viene de todas partes, sin que el astro tenga una posición fija que le permita a uno orientarse, con el fin de hallar sombra y protección.

Y escuchaba las palabras de Ulrich:



-Pero yo quisiera hacerle observar lo siguiente. En nosotros suele haber un constante flujo y reflujo de la experiencia vital. Las excitaciones que se forman en nuestro interior son provocadas desde fuera, y vuelven a salir al exterior en forma de acciones o palabras. Puede imaginárselo como un juego mecánico. Y luego, piense que se detiene: ¿debe producirse un estancamiento? ¿O un desbordamiento? En determinadas circunstancias, puede tratarse de una simple crecida...

-Por lo menos habla usted de un modo sensato, aunque se trate de insensateces... -manifestó Tuzzi, reconocido.

No comprendió inmediatamente que en realidad había de madurar una explicación, pero en cambio había mantenido su actitud, y mientras en su interior se perdía en la aflicción, seguía en sus labios la sonrisita maligna con tanta altivez, que sólo necesitaba volvérsela a tragar.

-Creo que los fisiólogos dicen -prosiguió Ulrich- que lo que nosotros llamamos acción consciente surge porque la incitación, por así decirlo, no entra y sale simplemente a través de un arco reflejo, sino que se ve obligada a dar un rodeo; así también, el mundo que experimentamos y el mundo en que actuamos, aunque nos parecen una sola cosa, se asemejan en realidad a las aguas altas y bajas de un molino, y se relacionan a través de una especie de embalse de la consciencia, de cuya altura, fuerza y otras cosas semejantes depende la regulación de la entrada y la salida de las aguas. En otras palabras: cuando en uno de los dos lados se produce una interrupción (alienación del mundo o disgusto por la acción), entonces se podría admitir perfectamente que, de esta suerte, se llegaría a constituir una segunda consciencia, más elevada. ¿O no lo cree usted así?

-¿Yo? -dijo Tuzzi-. Debo decir que creo que me da absolutamente lo mismo. Que los

profesores se las arreglen entre ellos, si les parece importante. Pero, hablando de un modo práctico -aplastó pensativo la punta del cigarrillo en el cenicero y levantó los ojos malhumorado-, ¿son los hombres de dos embalses o los de uno solo quienes deciden la marcha del mundo?

-Yo pensaba que usted sólo quería oír cómo me imagino yo el nacimiento de tales ideas.

-Si usted me lo ha dicho, es posible que no lo haya comprendido -opinó Tuzzi.

-Es muy sencillo: usted no posee el segundo dique; por consiguiente no posee el principio de la sabiduría ni entiende una palabra de lo que dicen las personas que tienen alma. ☒ le felicito por ello!

Ulrich había adquirido progresivamente la conciencia de que, en forma insultante y en una compañía sorprendente, estaba expresando ideas que no debían de ser inadecuadas para explicar los sentimientos que

movían de un modo incierto su propio corazón. La suposición de que una exacerbada receptividad podía dar lugar a un desbordamiento y a un reflujó de las experiencias vividas, las cuales podían, de un modo suave y sin confines, unir como el espejo de una superficie de agua los sentidos con todas las cosas, era algo que le rememoraba las grandes conversaciones con Agathe, y su rostro adquirió involuntariamente una expresión entre endurecida y extraviada. Tuzzi le observaba bajo los párpados indolentemente caídos, y en la especie de sarcasmo de Ulrich notó en parte que él no era el único cuyos “diques” no correspondieran a sus deseos. Apenas les había llamado a ambos la atención lo mucho que duraba la ausencia de Rachel, retenida por Diotima para que la ayudase a dar a ella misma y a su cuarto de enferma un aspecto ordenado, dentro del sufrimiento, un aspecto que debía ser desembarazado, pero a la vez a propósito para

recibir a Ulrich; entonces, la criada le dio a éste el recado de que no se fuera, sino que tuviera aún un poco de paciencia, y regresó apresuradamente a la habitación de su señora.

-Todas las frases que usted me ha citado son naturalmente alegorías -continuó diciendo Ulrich después de la interrupción, para resarcir al dueño de la casa por la atención que tenía al estar con él-. Es una especie de lenguaje de mariposas! Las personas como Arnheim me producen más o menos la impresión de que se llenan el vientre con este sutilísimo néctar. Es decir -añadió rápidamente, porque se dio cuenta a tiempo de que no podía incluir a Diotima en sus reproches- precisamente ante Arnheim tengo esta impresión, y también, por otra parte, me produce la impresión de que lleva su alma en el pecho como si fuese una cartera.

Tuzzi volvió a dejar su cartera y sus guantes, que había tomado al entrar Rachel, y respondió con vehemencia:

-¿Sabe usted qué es? Me refiero a lo que me ha explicado de manera tan interesante. No es más que el espíritu del pacifismo! - Hizo una pausa para esperar los efectos de su manifestación-. En manos de diletantes, el pacifismo incluye sin duda un gran peligro - añadió con gesto significativo.

Ulrich iba a reírse, pero Tuzzi estaba hablando terriblemente en serio, y en sus palabras había relacionado dos cosas que, en realidad, tenían una afinidad remota, por extraña que pudiera parecer la asociación de amor y pacifismo, por el simple hecho de haber suscitado en él la impresión de un vicio diletante. Ulrich no supo entonces qué responder y aprovechó simplemente la ocasión para volver a la Acción Paralela, aduciendo que en ella se daba precisamente la consigna de la acción.

-«Esto es una idea de Leinsdorf! -manifestó Tuzzi con desprecio-. ¿Recuerda usted la conversación que tuvimos aquí, en esta casa, poco antes de su partida? Leinsdorf dijo: «Es preciso que ocurra algo!» Eso es todo, y a esto se llama ahora la consigna de la acción! Y naturalmente, Arnheim intenta introducir bajo mano su pacifismo ruso. ¿Recuerda que ya se lo advertí? Temo que volverán a pensar en mí! En ninguna parte resulta tan difícil la política exterior como en nuestro país, y ya entonces dije que el que hoy se proponga realizar ideas políticas fundamentales, debe tener algo de especulador de banca y de criminal!

Esta vez, Tuzzi se manifestó con toda franqueza, sin duda porque Ulrich podía ser llamado por su esposa de un momento a otro, y porque, en aquel intercambio de impresiones, no quería ser el único aleccionado.

-La Acción Paralela suscita la desconfianza internacional -informó- y su

repercusión en la política interior, desde cuyo punto de vista se considera tanto anti-alemana como antieslava, se deja sentir también en la política exterior. Para que usted comprenda la diferencia que hay entre pacifismo de diletantes y pacifismo de especialistas, le voy a explicar una cosa: Austria podría evitar la guerra por lo menos durante treinta años, si se adhiriera a la entente cordiale. Y en la celebración del aniversario del gobierno, podría hacerlo naturalmente con un gesto pacifista de extraordinaria belleza, asegurando además a Alemania un amor fraternal, al margen de que este país imitara o no su ejemplo. La mayor parte de nuestras nacionalidades se sentirían henchidas de entusiasmo. Luego, con créditos ingleses y franceses poco onerosos, podríamos fortalecer nuestro ejército hasta conseguir que Alemania no pudiera ya intimidarnos. Nos libraríamos de Italia. Francia no podría hacer nada sin nosotros: en una palabra, seríamos



la llave de la paz y la guerra y haríamos el gran negocio político. Al decirle esto, no le estoy revelando ningún secreto: se trata de un simple cálculo diplomático, al alcance de cualquier agregado comercial. ¿Por qué no se realiza? Imponderables de la Corte! Se puede tolerar tan poco a Su Majestad, que se consideraría indecente ceder ante él. Hoy las monarquías se encuentran en una situación de inferioridad porque están cargadas de decencia! Además, hay imponderables por parte de la llamada opinión pública. Por esto defiende la Acción Paralela. ¿Por qué no se educa a la opinión pública? ¿Por qué no se le facilita una concepción objetiva? ¡Mire usted -y aquí las explicaciones de Tuzzi perdieron verosimilitud y produjeron más bien la impresión de una disimulada fatiga-, Este Arnheim me hace gracia con todo lo que está escribiendo! No son cosas que él haya descubierto; el otro día, como no pude dormirme hasta muy tarde, tuve tiempo de pensarlo un

poco. Siempre ha habido políticos que han escrito novelas o que han hecho piezas teatrales, por ejemplo Clemenceau, o el mismo Disraeli; Bismarck no, pero es que Bismarck fue un destructor. Y ahora, no tiene más que ver a estos abogados franceses que hoy llevan el timón: Son envidiables! Negociantes de la política que, sin embargo, son aconsejados por una magnífica diplomacia profesional, que les da las líneas maestras, todos han tenido ocasión de escribir sus novelas o sus piezas teatrales in la menor preocupación, al menos durante su juventud, y aún hoy siguen escribiendo libros. ¿Cree usted que estos libros valen para algo? Yo “o lo creo. Pero le juro que, ayer por la noche, pensé: a nuestra diplomacia le falta algo, porque no produce libros, y le diré por qué no lo hace: en primer lugar, para un diplomático, como para un deportista, es importante que pueda eliminar agua a través del sudor. En segundo

luar, así aumenta la seguridad pública. ¿Sabe usted lo que es el equilibrio europeo?

Fueron interrumpidos por Rachel, que entró con el recado de que Diotima esperaba a Ulrich. Tuzzi requirió su abrigo y su sombrero.

-Si usted fuera un patriota... -dijo metiendo los brazos en las mangas, mientras Rachel le sostenía el abrigo.

-¿Qué haría? -preguntó Ulrich, y miró las negras pupilas de Rachel.

-Si usted fuera un patriota, haría que mi mujer o el conde Leinsdorf se fijaran un poco en estas dificultades. Yo no puedo hacerlo; en un marido, resulta algo mezquino.

-Pero a mí nadie me toma en serio en esta casa -objetó Ulrich con tranquilidad.

-[Ah, no hable usted así! -exclamó vivamente Tuzzi-. No se le toma en serio de la misma forma que a otras personas; pero hace tiempo que todo el mundo tiene mucho miedo de usted. Temen que de usted a

Leinsdorf un consejo completamente disparatado. ¿Sabe lo que es el equilibrio europeo? -indagó con insistencia el diplomático.

-Me imagino que sí, más o menos... -dijo Ulrich.

-Entonces le felicito! -replicó Tuzzi irritado e infeliz-. Entre nosotros, los diplomáticos de profesión, no hay nadie que lo sepa. Es lo que no se debe alterar, si queremos que no empiece todo el mundo a darse tortazos. Pero nadie sabe exactamente qué es lo que no sé debe alterar. Sírvase recordar un poquito lo que ha sucedido y está sucediendo a su alrededor en los últimos años: Guerra turco-italiana, Poincaré en Moscú, cuestión de Bagdad, intervención armada en Libia, tensión servo-austríaca, problema del Adriático... ¿Es esto un equilibrio? Nuestro inolvidable barón de Áhrenthal..., pero no quiero entretenerle más!

-¡Máxima! -aseguró Ulrich-. Si es así como hay que concebir el equilibrio europeo, vemos que en él se expresa inmejorable el espíritu europeo.

-Sí, esto es lo interesante -replicó Tuzzi, ya desde la puerta, con una sonrisa devota-. En este sentido no se puede subestimar la actividad intelectual de nuestra Acción!

-¿Por qué no lo impide?

Tuzzi se encogió de hombros.

-En nuestro país, cuando un hombre que ocupa la posición de Su Excelencia quiere algo, no se puede oponer nada en contra. Lo único que se puede hacer es ponerse en guardia!

-¿Y usted, cómo está? -preguntó Ulrich, tras la partida de Tuzzi, a la pequeña centinela de servicio, blanca y negra, que le conducía hacia Diotima.

## 17 - *Diotima ha cambiado sus lecturas*

**-QUERIDO** amigo -dijo Diotima, al entrar Ulrich-, no quería dejarle marchar sin hablarle antes, **pero** tengo que recibirle así!

Llevaba un vestido para andar por casa en el que la majestad de sus formas, por una posición casual, recordaba un poco el estado de gravidez; esto daba a aquel cuerpo orgulloso, que jamás había dado a luz, algo del impudor, a veces delicioso, de los dolores de la maternidad; una estola de piel, con la que al parecer se había abrigado, yacía junto a ella, en el sofá, y le rodeaba la frente una compresa para la jaqueca; probablemente no se la había quitado porque sabía que podía parecer una cinta griega. Aunque era tarde, no había ninguna luz encendida, y el olor a

medicamentos y a bebidas refrescantes contra un desconocido dolor flotaba en el aire, mezclado con un perfume fuerte, que cubría como un manto los restantes olores.

Ulrich se agachó profundamente para besar la mano de Diotima, como si en el aroma del brazo quisiera descubrir los cambios que se habían producido en su ausencia. Pero la piel exhalaba tan sólo el olor intenso, bañado, de todos los días.

-¡Ah, mi querido amigo -repitió Diotima-, me alegra que haya vuelto! ¡Oh! -se quejó de pronto sonriendo-. ¡Me duele tanto el estómago!

Esta comunicación, que, en una persona natural, habría sido tan natural como hablar del tiempo, adquiría en boca de Diotima toda la fuerza de un hundimiento y de una confesión.

-¡Prima! -exclamó sonriente para mirarle a la cara. En aquel momento, lo que Tuzzi había insinuado con delicadeza sobre

el malestar de su esposa, se había mezclado en Ulrich con la idea de e Diotima estaba encinta y de que aquella decisión agobiaba la casa.

Ella tuvo un lánguido gesto de negación, al adivinar a medias lo que Ulrich pensaba. En realidad sólo tenía dolores propios de la menstruación, lo que, por lo demás, nunca le había ocurrido; aquello se podía relacionar vagamente con sus fluctuaciones entre Arnheim y su marido, acompañadas desde hacía unos meses por aquellas dolencias, cuando se enteró del regreso de Ulrich, la noticia significó un consuelo para ella, y lo había dejado entrar para saludar en él al confidente de sus luchas. Ahí estaba, manteniendo sólo a medias su posición de persona sentada, y, en compañía de Ulrich, a merced de los dolores que se cebaban en ella, era como un pedazo de naturaleza abierta, sin cercas ni tablas con prohibiciones, cosa que muy raras veces ocurría en ella. En



cualquier caso, había supuesto que sería algo digno de crédito utilizar como protección previa sus dolores de estómago nerviosos, y que serían además un signo de su disposición emotiva; de lo contrario no se habría mostrado a Ulrich.

-Tome usted algo -propuso éste.

-¡Ah! -suspiró Diotima-. Esto es debido tan sólo a las emociones. Mis nervios no lo soportarán mucho tiempo!

Hubo una pequeña pausa, porque Ulrich habría tenido que pedir noticias de Arnheim, pero sentía curiosidad por saber algo de los acontecimientos que le afectaban a él mismo, y no encontró inmediatamente una salida. Acabó por preguntar:

-¿Es que la idea de liberar el alma de la civilización crea dificultades? -y añadió:- Por desgracia, puedo jactarme de haberle predicho hace tiempo que sus esfuerzos por abrir al espíritu un callejón en el mundo acabarían en un doloroso fracaso!

Diotima recordaba que había abandonado la reunión y se había sentado con Ulrich en un cajón de zapatos situado en la antecámara: su abatimiento era casi el mismo que ahora, y sin embargo quedaban en medio innumerables altibajos de la esperanza.

-¡Qué estupendo era, amigo mío -dijo-, cuando aún creíamos en la gran Idea! ¡Hoy puedo decir que el mundo nos prestó atención, pero yo estoy tan decepcionada!

-¿Por qué? -preguntó Ulrich.

-No lo sé. Puede que sea culpa mía.

Quería añadir algo sobre Arnheim, pero Ulrich deseaba saber cómo se las habían arreglado con la manifestación; el último recuerdo que tenía era el de no haber encontrado a Diotima, cuando el conde Leinsdorf le envió a verla para prepararla ante una intervención decidida y para tranquilizarla al mismo tiempo.

Diotima hizo un gesto de altivez.

-La policía detuvo a unos cuantos jóvenes y volvió a soltarlos: Leinsdorf está muy enojado, pero, ¿qué otra cosa se podía hacer? Ahora se aferra a Wisnieccky y dice que tiene que ocurrir algo: pero Wisnieccky no puede hacer propaganda, si no sabe por qué.

-Me han dicho que ahora se trataba de la consigna de la acción -intervino Ulrich.

El nombre del barón Wisnieccky, cuya actuación como ministro había fracasado por la resistencia de los partidos alemanes y que por estar a la cabeza de la comisión que abogaba por la participación en la gran idea patriótica y desconocida de la Acción Paralela, debía suscitar una gran desconfianza, puso ante los ojos de Ulrich la actuación política de Su Excelencia, que había constituido un éxito. Al parecer, el sereno proceso evolutivo de las ideas condales leinsdorfianas -reafirmado tal vez por el esperado fracaso de todos los esfuerzos por

despertar el espíritu de la patria y el de amplios sectores de Europa mediante la acción conjunta de sus hombres más importantes-había conducido al descubrimiento de que lo mejor era dar un golpe mortal a este espíritu, viniera de donde viniera dicho golpe. Posiblemente, en las reflexiones de Su Excelencia, esto se sustentaba también en las experiencias hechas con posesos, a los que a veces les va bien que se les trate a gritos o se les golpee sin ningún miramiento; pero tal conjetura, a la que Ulrich llegó precipitadamente, antes de que Diotima pudiera responder, fue interrumpida por la respuesta de ella.

Esta vez, la enferma volvió a servirse de la expresión “querido amigo”.

-Querido amigo -dijo-, algo hay en ello de verdad. Nuestra época tiene hambre de acción. Una acción...

-Pero, qué acción! ¿Qué tipo de acción?  
-interrumpió Ulrich.

- ¡Da lo mismo! En la acción hay un magnífico pesimismo frente a las palabras. No negamos que, en el pasado, lo único que se ha hecho ha sido hablar: hemos vivido por y para unas palabras y unos ideales grandes y eternos; por un incremento de lo humano; por nuestra más íntima personalidad propia; por una plenitud creciente de la existencia. Hemos aspirado a una síntesis, hemos vivido por nuevos goces estéticos y valores hedonistas, y no voy a negar que la búsqueda de la verdad es un juego de niños al lado de algo tan tremendamente serio como convertirse uno mismo en una verdad: **¶**pero esto era forzar demasiado las cosas frente al escaso contenido actual de realidad que tiene el alma, y así resulta que, en un anhelo soñador, hemos vivido, por así decirlo, para nada!

Diotima se había erguido con energía, sosteniéndose sobre un codo:

-Hay algo de saludable en el hecho de renunciar hoy a buscar el acceso cegado del alma, y de preferir el intento de aceptar la vida como es -concluyó.

Ulrich poseía ahora, junto a la supuesta interpretación leinsdorffiana, otra versión, también digna de crédito, de la consigna de la acción. Diotima parecía haber cambiado sus lecturas; recordaba que, al entrar, la había visto rodeada de muchos libros, pero estaba ya demasiado oscuro para descifrar sus títulos, y una parte de ellos quedaba cubierta además por el cuerpo de la preocupada joven, como el de una gruesa serpiente, que ahora se había incorporado aún más que antes y miraba a Ulrich expectante. Después que, desde sus años de adolescencia, Diotima se había alimentado de libros muy sensibles y subjetivos, se había apoderado de ella -así lo dedujo Ulrich de sus palabras- la fuerza de renovación cultural que trabaja incesantemente para no llegar a encontrar, con las

ideas de los veinte años venideros, lo que tampoco consiguió encontrar con las ideas de los veinte años anteriores; de donde acaban por surgir tal vez los grandes cambios de talante de la historia, que oscilan entre humanitarismo y crueldad, tumulto e indiferencia, u otras contradicciones que no se explican por ninguna razón lo bastante clara. A Ulrich le pasó por la cabeza que aquel pequeño e inexplicable residuo de imprecisión que queda en toda experiencia moral y del que tanto había hablado con Agathe, podía ser en realidad la causa de aquella inseguridad humana; pero, como no quería permitirse la dicha de recordar aquellas conversaciones, obligó a sus pensamientos a un desvío, para orientarlos hacia el general, que fue quien le habló primero de que se avecinaban los tiempos de un espíritu nuevo; y se lo había contado de un modo cuya sana animosidad no dejaba lugar alguno para recrearse en dudas fascinadoras. El hecho de

recordar de pronto al general le trajo también a la memoria la petición de éste de que le dejara ocuparse del orden alterado entre su prima y Arnheim, y así, a aquel discurso con que Diotima se despedía del alma, dio esta escueta respuesta:

-Por lo visto, no le ha sentado a usted bien el “amor sin límites”!

-Ah, no cambiará usted nunca! -suspiró la prima, y se dejó caer de nuevo en los cojines, cerrando los ojos.

La ausencia de Ulrich le había quitado el hábito de enfrentarse con preguntas tan directas; de ahí que tuviera que reconsiderar hasta qué punto se había confiado a él. Y de pronto, la proximidad de Ulrich puso en movimiento las cosas olvidadas. Recordó vagamente una conversación con Ulrich sobre el “amor desmedido”, que aún había podido proseguir después de su último o antepenúltimo encuentro, en el que ella se había jurado que las almas podían salir de la



prisión del cuerpo, o al menos, por así decirlo, asomar medio cuerpo al exterior, y Ulrich le había respondido que aquello eran delirios del hambre de amor y que lo que debía hacer era otorgar su confianza a Arnheim, o a él, o a cualquier otro; incluso a Tuzzi había metido en ello, y ahora le volvía a la memoria: las proposiciones de este tipo se recuerdan más fácilmente que todo lo que dice un hombre como Ulrich. Y probablemente entonces tuvo razón Diotima al considerarlo una impertinencia; pero el dolor pasado, en comparación con el presente, es como un viejo amigo inofensivo; de ahí que ahora tuviera la ventaja de ser un recuerdo propio de una camaradería familiar. Por consiguiente, Diotima volvió a abrir los ojos y dijo:

-Puede que en la tierra sea imposible el amor perfecto!

Sonrió, pero bajo la venda de la frente había arrugas de preocupación, que daban a

su rostro, en la luz crepuscular, una expresión curiosamente desfigurada. En las cuestiones que le afectaban personalmente, Diotima no renunciaba a creer en posibilidades supraterrrenales. La misma aparición inesperada del general Von Stumm en el Concilio la había asustado como si se tratara de la obra de espíritus fantasmales, y cuando era niña había rezado por no morir nunca. Esto le había facilitado otorgar también a sus relaciones con Arnheim una fe sobrenatural o, por mejor decirlo, la incredulidad incompleta, el “no excluir la posibilidad”, que hoy se han convertido en la forma fundamental de la fe. Si Arnheim no sólo hubiese estado en condiciones de sacar del alma de ella y de la suya propia algo invisible, que se pudiera palpar en el aire a una distancia de cinco metros de ambos, y si las miradas de ella hubiesen sido capaces de hacer que, tras todo aquello, quedara un grano de café, un grumo de sémola, una mancha de tinta, cualquier

rastró de uso o un simple progreso, Diotima habría podido esperar -como cosa inmediata- que un día pudiera elevarse aún más, hasta cualquiera de aquellas relaciones supraterrrenales que uno puede imaginar con tan poca precisión como la mayoría de las terrenales. Había soportado con paciencia que, en los últimos tiempos, Arnheim estuviera de viaje o ausente más tiempo que antes, y que, incluso cuando estaba presente, le ocuparan con sorprendente intensidad toda clase de negocios. No se permitía la menor duda sobre el hecho de que el amor hacia ella seguía siendo el gran acontecimiento de su vida, y cuando volvían a quedarse solos, la elevación de sus almas era tanta, y tan sustancial el contacto, que los sentimientos enmudecían aterrados; y si no se presentaba la ocasión de hablar de algo impersonal, se creaba un vacío que dejaba tras sí un amargo agotamiento, no se podía excluir que aquello fuera una pasión, tampoco se podía excluir -

acostumbrada como estaba Diotima a ver que en su época, todo lo que no era práctico era necesariamente artículo de fe, de aquella fe tan insegura- que tras aquella pasión seguiría algo que contradiría todas las previsiones razonables. Pero en aquel mismo minuto en que abrió los ojos y los dirigió francamente a Ulrich, del que sólo se distinguía un oscuro contorno que no daba ninguna respuesta, Diotima se preguntó: “¿Qué estoy esperando? ¿Qué es lo que va a pasar?” Ulrich contestó por fin: -Arnheim se quería casar con usted, ¿no? Diotima volvió a incorporarse sobre su brazo y dijo: -¿Es que el problema del amor se resuelve divorciándose o casándose?

“Me equivoqué en lo del embarazo”, tomó nota Ulrich en silencio; porque no sabía qué contestar a la exclamación de su prima. No obstante, lanzándose al ruedo, dijo de pronto:

-Ya la he puesto en guardia contra Arnheim! Tal vez en aquel instante se sintiera obligado a comunicarle lo que sabía: que el nabab había unido sus dos almas a sus negocios; pero inmediatamente renunció a ello, porque se daba cuenta de que, en aquella conversación, a cada palabra correspondía precisamente su lugar, como a los objetos de su habitación, que había encontrado cuidadosamente limpios de polvo a su regreso, como si hubiese estado muerto durante un minuto. Diotima le reprendió:

-No debe tomarlo tan a la ligera. Entre Arnheim y yo subsiste una profunda amistad, y si, a pesar de todo, a veces hay algo entre nosotros, algo que yo llamaría un gran terror, esto se debe precisamente a la sinceridad. No sé si usted lo ha vivido nunca, o si es capaz de vivirlo: entre dos personas que alcanzan una cierta elevación del sentimiento puede resultar imposible toda

mentira, de suerte que apenas si pueden ya hablar entre ellas.

Con su fino oído, Ulrich percibió en aquella reprensión que el acceso al alma de su prima estaba más abierto que nunca para él, y muy contento porque ella le acababa de confesar involuntariamente que no podía hablar con Arnheim sin mentir, creyó que su propia sinceridad le recomendaba guardar silencio, y luego se inclinó, porque Diotima había vuelto a echarse, sobre el brazo de ella, para besarle la mano con amable ternura. Ligera como médula de saúco, descansaba en la suya, y en ella se quedó después del beso. El pulso se sentía palpitar en las mismas puntas de los dedos. El suave olor a polvos de las proximidades quedó prendido en el rostro de Ulrich como una nubecilla. Y aunque aquel beso en la mano no había sido más que una broma galante, tenía en común con una infidelidad el amargo deje del placer causado por hallarse inclinado tan cerca de

una persona, bebiendo de ella como un animal y sin volver a ver la propia imagen, tragada por las aguas.

-¿Qué está pensando? -preguntó Diotima.

Ulrich se limitó a menear la cabeza y -en la oscuridad que sólo iluminaba un último reflejo aterciopelado- volvió a darle a ella ocasión de efectuar estudios comparativos sobre el silencio. Una maravillosa frase le vino a Diotima a la memoria: “Hay personas con las que ni el más grande de los héroes se atrevería a guardar silencio.” Así rezaba, más o menos. Creyó recordar que era una cita; la había usado Arnheim, y ella se la había hecho suya. Y desde las primeras semanas de su matrimonio, no había sostenido la mano de ningún hombre, fuera de la de Arnheim, durante más de dos segundos; lo hacía ahora con la mano de Ulrich, por primera vez. En su desconcierto, no podía ver cómo continuaría aquello; pero un instante después llegó

al agradable convencimiento de que había tenido toda la razón no esperando en la inactividad la hora del amor supremo, que quizás aún vendría o quizás era una hora imposible, sino aprovechando el tiempo de la duda para dedicarse un poco más a su marido. Las personas casadas tienen suerte; en los casos en que los demás rompen la fidelidad a sus amantes, ellas pueden decir que aspiran a cumplir con su deber; Diotima se decía que, viniera lo que viniera, tenía que cumplir con su deber en el puesto en que el destino la había colocado; de ahí que hubiese emprendido el intento de compensar las faltas de su marido y de hacerle donación de un poco más de alma. De nuevo le vinieron a las mientes las palabras de un poeta; venían a decir que no hay desesperación peor que la de sentirse enlazado en un destino común con una persona a quien no se ama, y también estas palabras demostraban que tenía que esforzarse en sentir algo por Tuzzi



mientras el destino no les hubiera separado aún. En lógica contradicción con los incalculables cambios del alma, que ella no quería hacerle ya pagar a él, Diotima había empezado aquella tarea de un modo sistemático; y sentía orgullosa, debajo de su cuerpo, los libros sobre los que estaba tumbada, porque trataban de fisiología y psicología del matrimonio, y de algún modo se complementaban una serie de hechos: estaba oscuro, tenía los libros consigo, Ulrich le sostenía la mano, ella le había dado a entender el grandioso pesimismo, que pronto tal vez se manifestaría también en su actividad pública mediante una renuncia a sus ideales, y Diotima apretaba de vez en cuando la mano de Ulrich al pensar todo aquello, como si ya tuviera hecho el equipaje para despedirse de todo lo ocurrido. Después gemía levemente, y una ligera oleada de dolor le recorría, como excusa, todo el cuerpo; entonces Ulrich respondía a la presión, calmándola con las

puntas de los dedos. Después de repetirse el juego unas cuantas veces, Diotima pensó probablemente que ya era demasiado, pero no se atrevió a retirar la mano, porque la sentía ligera y seca en la de él, y a veces la recorría incluso un temblor, como si aquello le pareciese a ella misma una referencia inadmisibles a la fisiología del amor, y no quería traicionarse a ningún precio con un torpe movimiento de huida.

Fue “Rachelle”, que se había puesto a trajar en la habitación vecina y que, desde hacía algún tiempo, se había vuelto extrañamente descortés, la que puso fin a la escena encendiendo la luz de pronto al otro lado de la puerta de comunicación, que permanecía abierta. Con rapidez, Diotima apartó su mano de la de Ulrich; un hueco, vacío del ingravido bulto que le había llenado, quedó en la mano de él por breves instantes.

–“Rachelle” -dijo en voz baja Diotima-, enciende también nuestra luz.

Una vez encendida, las cabezas iluminadas parecían acabar de emerger de un líquido, como si la oscuridad aún no se les hubiese secado totalmente. Había sombras en torno a la boca de Diotima, y le daban un aspecto húmedo e hinchado; los pequeños abombamientos, de color de madreperla, de su cuello y mejillas, que parecían creados para el sensual y refinado paladeo de los amantes, se veían duros como un grabado al linóleo, burdamente entintado. También la cabeza de Ulrich se alzaba pintada en blanco y negro, bajo la luz normal, como la de un hombre primitivo camino de la guerra. Parpadeó e intentó descifrar los títulos de las obras que rodeaban a Diotima, y reconoció con asombro el ansia de conocimientos de su prima en el terreno de la higiene espiritual y corporal, un ansia de saber que se ponía de manifiesto en la elección de aquellos libros. “Ahora volverá a ofenderme con algo!”, pensó ella, que siguió su mirada y se

inquietó; pero la idea no llegó a concretarse en su conciencia en forma de una frase; simplemente, se sentía demasiado a merced de su primo, ahora que estaba expuesta a su mirada bajo la luz, y tenía la necesidad de darse a sí misma un aspecto seguro. Con un gesto que parecía muy estudiado, como corresponde a una mujer “independiente” si las hay, indicó ampliamente sus lecturas y dijo en el tono más objetivo de que fue capaz:

-¿Creerá usted que el adulterio me parece a veces una solución demasiado sencilla para los conflictos matrimoniales?

-De todos modos es la más inofensiva! -respondió Ulrich y su tono burlón ofendió a Diotima-. Yo diría que no perjudica en ningún caso.

Diotima le dirigió una mirada de reproche y le hizo una señal indicando que Rachel podía oírles desde la habitación contigua. Luego dijo en voz alta:

-¡Yo no opino lo mismo! -y llamó a la doncella, que compareció con expresión desabrida, para enterarse, con amargos celos, de que tenía que marcharse. Este incidente permitió que los sentimientos se pusieran en orden; la idea, favorecida por la oscuridad, de cometer juntos una pequeña infidelidad, aunque fuera, por así decirlo, indefinible y no dirigida contra nadie, se desvaneció con la claridad, y Ulrich intentó dar expresión a ciertos asuntos que aún quedaban por tratar, con el fin de poder marcharse.

-Aún no le he dicho que dejaba mi puesto de secretario -empezó.

Pero Diotima ya estaba enterada y le manifestó que debía quedarse, que no tenía otro remedio.

-El trabajo que nos queda por hacer es enorme -le dijo en tono de súplica-. ¡Tenga un poco de paciencia, que pronto vendrá la solución! Se pondrá a su disposición un verdadero secretario.

Aquel “se” completamente indefinido le llamó la atención a Ulrich, que quiso saber más.

-Arnheim se ha ofrecido a prestarle su secretario.

-No, gracias -replicó Ulrich-. Tengo la impresión de que esto no sería completamente desinteresado.

En aquel preciso instante, volvió a sentir deseos de explicar a Diotima lo que ocurría, lisa y llanamente, con los yacimientos petrolíferos, pero a ella ni siquiera le había sorprendido la expresión dudosa de su respuesta, y se limitó a continuar informándole:

-Además, mi marido se ha ofrecido a cederle uno de los empleados de su oficina.

-¿Le parecería a usted correcto?

-Francamente, no me gustaría demasiado -manifestó Diotima, por primera vez con toda claridad-. Sobre todo teniendo en cuenta que no nos falta donde escoger;

también su amigo el general tendría mucho gusto en tener a la disposición de usted uno de sus ayudantes. -¿Y Leinsdorf?

-Las tres posibilidades mencionadas me han sido ofrecidas voluntariamente; de ahí que no tuviera ya ningún motivo para consultar a Leinsdorf. No obstante, es evidente que no evitaría sacrificios.

-Me están mimando demasiado.

Con estas palabras, resumió Ulrich la sorprendente buena disposición de Arnheim, Tuzzi y Stumm, con la intención de asegurarse a poco precio cierto control sobre todos los procesos de la Acción Paralela.

-Puede que lo más inteligente fuera aceptar el hombre de confianza de su marido.

-¿Querido amigo...? -dijo Diotima en tono de repudio, pero sin saber exactamente cómo proseguir. Probablemente por esta razón, lo que siguió fue una explicación muy complicada. Volvió a apoyarse en un codo y

dijo con vehemencia:- No me gusta el adulterio, porque es una solución demasiado grosera para los conflictos matrimoniales: ya se lo he dicho! Y sin embargo, nada hay más difícil que sentirse unida en un solo destino con un hombre al que no se ama lo suficiente.

Era una expansión natural que no podía ser menos natural. Pero Ulrich, sin sentir emoción alguna, persistió en su decisión.

-Sin duda, el jefe de sección Tuzzi pretende adquirir así una influencia sobre todo lo que usted emprenda; pero también lo quieren los demás! -le dijo Ulrich-. Los tres hombres la aman, y los tres tienen que relacionar de un modo u otro este amor con su deber.

Casi le sorprendió ver que Diotima no comprendía ni el lenguaje de los hechos ni las observaciones que le estaba haciendo. Levantándose para despedirse, concluyó de un modo aún más irónico:



-El único que la ama desinteresadamente soy yo; porque no tengo absolutamente nada que hacer ni tengo deberes. Pero los sentimientos sin derivación alguna son destructores: usted misma lo ha experimentado en estos últimos tiempos, y siempre ha sentido hacia mí una desconfianza justificada, aunque sea puramente instintiva.

Sin saber exactamente por qué, y posiblemente por el motivo, a veces tan simpático, de que le resultaba agradable ver que Ulrich tomaba su partido en la cuestión del secretario, Diotima no soltó la mano que él le había tendido.

-¿Y cómo lo compagina usted con su relación con “aquella” mujer? -preguntó, enlazando de un modo arrogante sus palabras con la observación de él, en la medida en que Diotima era capaz de sentir arrogancia, lo que sugería más o menos la idea de un atleta de peso pesado jugando con una pluma.

Ulrich no comprendió a quién se refería.

-Con la mujer del presidente del tribunal, que usted me presentó!

-¿Lo notó usted, prima?

-El doctor Arnheim me lo hizo notar.

-¿Ah, sí? Me halaga que con ello crea perjudicarme a los ojos de usted. Pero, naturalmente, mis relaciones con la dama en cuestión son completamente irreprochables!

-defendió Ulrich, a la manera habitual, el honor de Bonadea.

-Durante su ausencia, no ha ido más que dos veces a su casa! -Diotima reía-. La primera vez la vimos por casualidad, y de la segunda nos enteramos por otros conductos. Por consiguiente, es inútil su discreción. Lo que me gustaría, en cambio, es comprenderle! No puedo!

-Dios mío! ¿Cómo explicárselo? A usted, precisamente!

-Hágalo! -ordenó Diotima.

Había puesto la cara de “impudor oficial”, una expresión como si llevara gafas,

que adoptaba cuando su espíritu la obligaba a escuchar o a decir cosas prohibitivas para su alma de gran señora. Pero Ulrich se negó a hablar y repitió que, sobre la personalidad de Bonadea, lo único que podía hacer eran suposiciones.

-Bien -confesó Diotima-. [Su amiga, en cambio, no ha ahorrado las alusiones! [Es como si creyera que tiene que protegerme de alguna injusticia! [De todos modos, si usted lo prefiere, hable como si sólo pudiera recurrir a suposiciones!

Entonces Ulrich sintió grandes deseos de saber, y se enteró de que Bonadea había sido recibida ya varias veces por Diotima, y no sólo para tratar de asuntos relacionados con la Acción Paralela y con el puesto de su marido.

-Debo confesar que la encuentro muy hermosa -concendió Diotima-. Además, cree en los ideales de un modo poco común. [En realidad, me indigna que usted solicite mi

confianza y que se reserve siempre concederme la suya!

En este instante, Ulrich sintió más o menos un deseo: “¡Que os lleve el diablo a todos!” Quería asustar a Diotima y hacer pagar a Bonadea su falta de reserva, si bien, por un momento, sintió toda la distancia que le separaba de la vida que se había permitido llevar.

-Escúcheme pues -manifestó con una mirada aparentemente sombría;- ¡Esta mujer es una ninfómana!

“Profesionalmente”, Diotima sabía lo que era ninfomanía. Hubo una pausa, y luego respondió, alargando las palabras:

-¡Pobre mujer! ¿Y a usted le gusta?

-Es tan idiota! -dijo Ulrich.

Diotima quería saber “más”; él tuvo que explicarle y “humanizarle” el “lamentable fenómeno”. No lo hizo precisamente con muchos detalles, y sin embargo se apoderó de Diotima un progresivo sentimiento de

satisfacción, en cuya base estaba la típica actitud de dar gracias a Dios por no ser como aquella mujer, pero cuya cima se perdía en el terror y en la curiosidad, lo que no dejaría de influir en sus posteriores relaciones con Ulrich. Dijo, meditabunda:

-Debe de ser sencillamente horrible abrazar a una persona que no nos convence íntimamente!

-¿Le parece? -replicó ingenuamente su primo.

Diotima sintió que, ante semejante alusión indirecta, le subían a la cabeza la humillación y la indignación; pero no podía demostrarlo; se limitó a soltar la mano de Ulrich y a dejarse caer de nuevo en los cojines con un gesto de despedida.

-No debía contarme esto! -dijo, hundida en los cojines-. Acaba usted de portarse de un modo muy feo con esa pobre mujer, y ha sido indiscreto!

-Nunca soy indiscreto! -se defendió Ulrich, y no pudo evitar la risa ante la reacción de su prima-. Es usted realmente injusta. Es la primera mujer a quien hago confesiones sobre otra, y además, ha sido usted quien me ha inducido a ello.

Diotima se sentía halagada. Quería decir, más o menos, que, sin una metamorfosis espiritual, se producía un engaño en el aspecto mejor de las cosas; pero no consiguió formularlo, porque de pronto sintió que le afectaba personalmente. Finalmente, el recuerdo de uno de los libros que la rodeaban le ayudó a hallar una respuesta no comprometida, protegida en cierto modo por los límites oficiales:

-Usted comete los errores de todos los hombres -le censuró-. Usted no trata a la pareja amorosa como una persona con los mismos derechos, sino como un simple complemento de sí mismo, y luego se siente desengañado. ¿No se ha preguntado nunca si

el camino hacia un erotismo armónico y alado no pasa tal vez por una dura ascesis?

Ulrich estuvo a punto de quedarse con la boca abierta; pero, defendiéndose involuntariamente de este ataque intelectualizado, respondió:

-¿Sabe usted que hoy el jefe de sección Tuzzi me ha preguntado también por las posibilidades de formación y elevación del alma?

Diotima se salió de sus casillas:

-¿Cómo? -preguntó-. ¿Tuzzi habla con usted del alma?

-Sí, naturalmente; quiere saber lo que es -aseguró Ulrich, al que ya nada más podía retener allí. Se limitó a prometer que quizás en otra ocasión rompería su deber de callar y que también le contaría aquello.

## **18 - *Dificultades de un moralista para escribir una carta***

**E**STA visita a Diotima puso fin al estado de inquietud en que se hallaba Ulrich tras su regreso; ya al caer la tarde del día siguiente, se sentó ante su mesa de despacho, con la que, gracias a esta acción, volvió a sentirse familiarizado, y se puso a escribir una carta a Agathe.

Vio claro -con la misma facilidad y claridad que a veces posee un día sin viento- que el irreflexivo acto de su hermana era extremadamente peligroso; lo que había ocurrido podía no significar otra cosa que una broma osada -que sólo a él y a ella les concernía-, pero esto dependía únicamente de que se pudiera anular antes de entrar en vías



de realización, y el peligro aumentaba a medida que iban pasando los días. En estos términos venía expresándose Ulrich en su carta, cuando se interrumpió y empezó a preocuparle el hecho de dar al correo una carta en que todo aquello se ventilaba con tanta claridad. Se dijo que, de todos modos, quizás fuera más conveniente que él mismo tomara el primer tren en lugar de la carta; pero, como es lógico, también le pareció un disparate hacerlo tras haber dejado pasar tantos días sin ocuparse para nada del asunto. Y supo que lo dejaría correr.

Se dio cuenta de que, en la base de su actitud, había algo que era tan firme como una decisión: tenía ganas de arriesgarse a esperar lo que saldría del incidente. La única pregunta que se le planteaba era saber hasta qué punto lo quería de un modo claro y efectivo, y al pensar en ello, le pasaron por la cabeza toda clase de ideas imprecisas.

De entrada, hizo el descubrimiento de que, hasta entonces, siempre que había adoptado una conducta “moral”, la situación espiritual en que se había encontrado había sido peor que en acciones o ideas susceptibles de ser calificadas de “inmorales”. Se trata de un fenómeno general: porque todo el mundo, ante acontecimientos que le ponen a uno en contradicción con su ambiente, despliega todas sus fuerzas; en cambio, cuando sólo cumple con su deber, el comportamiento es, comprensiblemente, el mismo que cuando se pagan los impuestos; de lo cual resulta que todo lo malo se realiza con más o menos fantasía o apasionamiento, mientras que lo bueno se caracteriza por una pobreza de emotividad y una sensación de inferioridad inconfundibles. Ulrich recordaba que su hermana había expresado muy ingenuamente esta situación crítica preguntando si ya no era bueno ser bueno. Había afirmado que la bondad debía de ser

algo difícil y que daba vértigo, y se había extrañado, de que, con todo, las personas morales fuesen casi siempre tan aburridas.

Sonrió con satisfacción y estas ideas le llevaron inmediatamente a pensar que Agathe y él, en relación con Hagauer, se hallaban en un tipo especial de oposición, que podía definirse como la de unas personas que son malas de una forma buena, respecto a un hombre que es bueno de una forma mala. Y si hacemos abstracción del gran término medio de la vida, ocupado justamente por personas en cuyo pensamiento no aparecen los términos generales de bondad y maldad desde que se han soltado de las faldas de su madre, vemos que las zonas marginales, en las que aún quedan esfuerzos voluntariamente morales, se abandonan hoy a estas personas buenas-malas o malas-buenas; las primeras no han percibido jamás el aleteo ni el canto del bien, y por ello exigen de sus iguales que se apasionen con

ellos por una naturaleza de la moral en la que unos pájaros rellenos de paja se posen en árboles muertos; en cambio, las segundas, los seres mortales que son malos-buenos, azuzados por sus rivales, revelan -al menos en sus pensamientos- una inclinación consecuente al mal, como si estuvieran convencidos de que en algunas acciones malas que no están tan gastadas como las buenas se agita todavía un poco de vitalidad moral. De esta suerte -sin que Ulrich, naturalmente, fuese del todo consciente de tal previsión- el mundo había tenido entonces la posibilidad de elegir entre sucumbir por causa de su moral paralizada o de sus vitales inmoralistas, y es probable que, hasta hoy mismo, el mundo no sepa por qué ha acabado por decidirse con un éxito tan resonante: puede que los más, la gente que nunca tiene tiempo de ocuparse de la moral en general, fuesen los que se decidiesen a ocuparse de ella en particular, habiendo perdido toda confianza

en la situación ambiental, y luego, en lo sucesivo, en otras muchas cosas; porque los hombres malos-malos, a los que tan fácilmente se puede hacer responsables de todo, eran ya tan escasos entonces como ahora; y los buenos-buenos representaban un ideal tan remoto como una lejana nebulosa. Pero precisamente en ellos estaba pensando Ulrich en tanto que le era indiferente todo lo otro en lo que parecía pensar.

Y dio a sus pensamientos una forma aún más general y despersonalizada, al sustituir bien y mal por la relación existente entre las órdenes “¡Hazlo!” y “¡No lo hagas!”. Puesto que, mientras exista una moral que se encuentre en auge -y esto es válido tanto para el espíritu del amor al prójimo como para el de una horda de hunos-, la expresión “¡No lo hagas!” es sólo el reverso y la consecuencia natural del “¡Hazlo!”; el hacer y el dejar hacer son lo que mantiene una situación candente, y los posibles errores que contengan carecen

de importancia, porque son errores de héroes y de mártires. En estas condiciones, el bien y el mal se identifican con la felicidad y la desgracia de todo el ser humano. Sin embargo, tan pronto como lo cuestionable ha alcanzado el predominio, se ha propagado y no encuentra ya dificultades especiales para su cumplimiento, la relación entre exigencia positiva y prohibición atraviesa necesariamente una situación decisiva, en la que el deber no resurge, nuevo y vivo, cada día, sino que, diluido y escindido en “si” y en “pero”, debe tenerse dispuesto para múltiples usos. Así se inicia un proceso en cuyo transcurso el vicio y la virtud, al tener su origen en las mismas reglas, leyes, excepciones y limitaciones, cada vez se van identificando más, hasta que por fin surge la contradicción interna, admirable pero insoportable en el fondo, de la que Ulrich había partido, y según la cual la diferencia entre el bien y el mal pierde toda su importancia ante la complacencia en un

proceder puro, profundo y original, que puede emerger como una luz centelleante, tanto de acciones lícitas como de acciones ilícitas. En efecto, todo el que se preocupa por ello sin prejuicios, reconocerá probablemente que la parte de la moral que prohíbe está más cargada de dicha tensión que la parte positiva: parece relativamente natural que determinadas acciones, calificadas de “malas”, no pueden ser cometidas o, en el caso de que alguien las cometa, no debieran, al menos, ser cometidas -como, por ejemplo, la apropiación de los bienes del prójimo o el desenfreno en el placer-, en cambio las tradiciones positivas de la moral que les corresponden -en este caso concreto, la entrega absoluta de uno mismo o el gusto de renunciar a todo lo terreno- casi se han perdido totalmente, y cuando todavía se ejercen, son asunto de locos y visionarios, o de beatos de piel descolorida. Y en semejante situación, en que la virtud se halla achacosa y el

comportamiento moral consiste principalmente en poner limitaciones a lo inmoral, puede suceder que la inmoralidad parezca no sólo más original y vigorosa que la moral, sino incluso más moral, si se nos permite usar esta palabra, no en el sentido de derecho y de ley, sino como medida de toda pasión que aún pueda ser provocada por cuestiones de conciencia. ¿Puede existir, no obstante, algo más contradictorio que favorecer íntimamente lo malo, porque, con lo que nos resta de alma, estamos buscando lo bueno?

Ulrich no había sentido nunca esta contradicción con tanta intensidad como en el momento en que la curva ascendente recorrida por sus reflexiones le llevó nuevamente a Agathe. La prontitud, inherente a la naturaleza de su hermana, en servirse -aplicando una vez más el término superficial- de una forma de expresión mala-buena, una predisposición manifestada de un modo



relevante en la falsificación del testamento paterno, ofendía la misma predisposición, inherente a la naturaleza de Ulrich y que, en él, había adoptado tan sólo una forma intelectualizada, casi podría decirse una admiración de pastor de almas hacia el diablo. Sin embargo, como persona, Ulrich no sólo había conseguido vivir como un hombre de bien, sino que además -y así lo veía ahora- no quería que le alteraran esta forma de vida. Con tanta satisfacción melancólica como irónica claridad, comprobaba que toda su ocupación teórica con el mal se reducía en el fondo a proteger las malas acciones, sobre todo contra las malas personas dispuestas a convertirlas en realidad, y sintió de pronto un ansia de bondad, a semejanza del hombre que, tras vagar sin norte por tierra extraña, imagina lo que será la vuelta a casa y el ir directamente a beber agua en la fuente de su pueblo. No obstante, de no haberse interpuesto esta imagen, quizás hubiese visto que

todo su intento de imaginar a Agathe bajo el concepto de un ser moralmente ambivalente -de los que hoy tanto abundan-, sólo fue un pretexto para protegerse ante una perspectiva que le aterraba mucho más. Porque el comportamiento de su hermana, tan reprochable si se analizaba a conciencia, ejercía curiosamente una seducción fascinante, cuando se compartían los sueños de Agathe; entonces desaparecía todo lo cuestionable y lo equívoco, y se imponía la sensación de una bondad apasionada, positiva, ansiosa de entrar en acción, que, al lado de las desvirtuadas formas cotidianas, podía parecer un vicio primigenio.

Ulrich no se permitía fácilmente esta exaltación de sus sensaciones, ni quería hacerlo tampoco ante la carta que tenía que escribir, de modo que volvió a orientar sus pensamientos hacia lo general. Éstos habrían sido incompletos, si no hubiese recordado con cuánta facilidad y con cuánta frecuencia, en

los tiempos que le tocaba vivir, la exigencia de un deber nacido de la totalidad le había llevado a extraer, de las reservas disponibles de virtudes, ahora una, ahora otra, y a situarlas en el centro de una turbulenta adoración, Virtudes nacionales, cristianas, humanistas, se habían ido sucediendo; a veces la firmeza y otras veces la bondad, ora la personalidad, ora la comunidad, hoy la décima de segundo y ayer el abandono a la historia: el cambio de humor de la vida pública se basa en el fondo en el intercambio de tales ideas maestras; pero esto, a Ulrich, siempre le había dejado indiferente, y la única consecuencia que para él había tenido era la de hacer que se sintiese al margen. Incluso ahora, no significaba para él más que el complemento del panorama general; porque sólo una visión parcial puede hacer creer que uno es capaz de hacer frente a la inextricabilidad moral de la vida (que ha llegado a un nivel de complicaciones demasiado grandes) mediante una de las

interpretaciones ya contenidas en ella misma. Tales intentos se asemejan pura y simplemente a los movimientos de un enfermo a quien la inquietud hace cambiar de posición, en tanto que la parálisis no deja de progresar, manteniéndole encadenado a su lecho. Ulrich estaba convencido de que la situación en que tales cosas se producían era inevitable y caracterizaba el estadio a partir del cual toda civilización inicia un movimiento de retroceso, sin que ninguna de ellas haya sido capaz hasta el momento de sustituir la perdida tensión interna por otra nueva. También estaba convencido de que a toda moral futura le esperaba un destino idéntico al de todas las morales pasadas. Porque el relajamiento moral no reside en el dominio de los mandamientos y de su obediencia; es independiente de sus diferencias e inaccesible a todo rigor externo; se trata de un proceso completamente interno, equivalente a un progresivo abandono del sentido

de toda acción y de la fe en una unidad de su responsabilidad.

Así, los pensamientos de Ulrich, sin que lo hubiese deseado de antemano, volvieron a la idea que, dirigiéndose burlonamente al conde Leinsdorf, había definido como “secretariado general de la precisión y el alma”; y aunque antes siempre había hablado de ello con impertinencia y en broma, veía ahora que, desde que era un hombre, siempre se había comportado como si tal “secretariado general” entrara en el dominio de lo posible. Tal vez -esto podía decirlo en su descargo- cualquier hombre pensante lleva en su interior esta idea del orden, del mismo modo que los hombres adultos llevan bajo la ropa la imagen del santo que su madre les colgó del cuello cuando eran niños, y esta imagen del orden, que nadie se atreve a tomar en serio ni a rechazar, no puede tener un aspecto muy distinto que el que a continuación describimos: en una de las caras, se

representa oscuramente el anhelo de una ley para vivir con rectitud, a la vez férrea y natural, que no tolera excepciones ni admite objeción alguna; desinhibidora como una embriaguez y sobria como la verdad; en la otra cara, se destaca la convicción de que jamás los propios ojos divisarán esta ley, ni la pensarán los propios pensamientos, ni será 'impuesta por el mensaje y la violencia de uno solo, sino por el esfuerzo de todos, en el supuesto de que no sea una quimera. Ulrich vaciló unos instantes. Sin duda era un hombre creyente que, por lo demás, no creía en nada: su entrega suprema a la ciencia no consiguió jamás hacerle olvidar que la belleza y la bondad del hombre vienen de lo que éste cree, y no de lo que sabe. Pero la fe se había aliado siempre con la ciencia - aunque se tratara de una ciencia imaginada - desde los días remotos de su mágico origen. Y esta parte antigua de la ciencia lleva ya mucho tiempo podrida, y arrastró consigo a

la fe hacia la misma putrefacción: de ahí que hoy interese restablecer dicha alianza. Y esto, naturalmente, no hay que hacerlo limitándose a elevar la fe “a la altura de la ciencia”, sino haciendo que la fe, desde esta altura, emprenda el vuelo. Hay que ejercitar de nuevo el arte de elevarse por encima de la ciencia. Y como esto no puede hacerlo uno solo, todo el mundo debe orientar su espíritu en este sentido, dondequiera que lo tengan situado; y si Ulrich, en este instante, imaginaba un proyecto de decenios, de siglos o de milenios, al que la humanidad tenía que entregarse para llevar sus esfuerzos al objetivo que, de hecho, no puede conocer todavía, tampoco necesitó preguntarse mucho para saber que lo había imaginado desde hacía mucho tiempo, dándole los nombres más diversos, como la vida verdaderamente experimental. Porque con la palabra fe se refería no tanto al deseo atrofiado de saber, a la crédula ignorancia que comúnmente conocemos por

dicho nombre, como al presentimiento científico, a algo que no es ni conocimiento ni imaginación, pero tampoco fe, sino que es “aquella otra cosa” que se sustrae a tales nociones.

Con rapidez, atrajo la carta hacia él, pero inmediatamente volvió a apartarla.

Su rostro, que poco antes estaba aún inflamado por la tensión interior, se apagó de nuevo, y su idea favorita, tan peligrosa, le pareció ridícula. Como si echara una ojeada a través de una ventana abierta instantáneamente, sintió lo que en realidad le rodeaba: los cañones y los negocios de Europa. La idea de que unas gentes que vivían así pudieran asociarse nunca para una navegación premeditada de su destino espiritual era algo sencillamente inimaginable, y Ulrich tuvo que reconocer que la evolución histórica jamás se había realizado a través de semejante relación planificada de las ideas, una relación que, en caso de apuro, es



posible en el espíritu del ser humano individual, sino que había sido siempre pródiga y derrochadora, como si la mano de un jugador brutal la hubiese arrojado sobre la mesa de juego. Incluso le dio un poco de vergüenza. Todo lo que había estado pensando durante aquella hora recordaba de un modo sospechoso cierta “encuesta para adoptar una decisión orientadora y para verificar los deseos de los círculos diversos de la población”; el hecho de que se dedicara incluso a moralizar, este pensamiento eminentemente teórico que contempla la naturaleza a la luz de las velas, se le antojaba algo completamente antinatural; en cambio, el hombre sencillo, acostumbrado a la clara luz del sol, sólo se aferra a lo más inmediato y lo único que le preocupa es la cuestión, muy precisa, de saber si puede atreverse a esta acción o efectuarla.

En este instante, los pensamientos de Ulrich volvieron a fluir desde lo general

hacia sí mismo, y entonces sintió la importancia de su hermana. A ella le había mostrado aquel maravilloso y absoluto estado, increíble e inolvidable, en que todo es un "sí". El estado en que uno no es capaz de efectuar otro movimiento espiritual que el moral, y el único en que existe también una moral sin fisuras, aun cuando sólo consista en el hecho de que todas las acciones floten en él sin fundamento. Y Agathe no hacía más que tender la mano hacia este estado. Ella era la persona que tiende la mano, y en lugar de las reflexiones de Ulrich, aparecían los cuerpos y formas del mundo real. Todo lo que había pensado le parecía ahora a Ulrich simple dilación y transición. Quería "ver venir las cosas" que saldrían de la inspiración de Agathe, y en ese preciso instante le era indiferente que la misteriosa promesa se hubiese iniciado con una acción reprensible de acuerdo con las ideas de la generalidad. Sólo había que esperar a que la moral del

“alza y la baja”.se mostrara tan aplicable como la simple moral de la probidad. Y entonces recordó la apasionada pregunta de su hermana, cuando le pidió si él mismo creía lo que estaba contando; pero tampoco podía dar ahora una respuesta afirmativa. Se confesó que esperaba a Agathe para contestar a esta pregunta.

Entonces sonó el teléfono y Walter, que estaba al aparato, le abordó inopinadamente con argumentos precipitados y palabras como cogidas al vuelo. Ulrich escuchó indiferente y atento, y después de colgar el aparato y levantarse, le pareció que seguía oyendo el timbre, hasta que por fin cesó; profundidad y sombras se replegaron, bienhechoras, a su alrededor, pero él no habría podido decir si había en ello sonidos o colores; era como una profundidad de todos los sentidos. Sonriente, tomó la hoja de papel en la que había empezado a escribir a su

hermana y la rompió n pedazos muy pequeños antes de abandonar la habitación.

## 19 - *En marcha, hacia Moosbrugger!*

**E**N aquel mismo momento, Walter, Clarisse y el profeta Meingast estaban sentados alrededor de una bandeja llena de rábanos, mandarinas, almendras, queso blando y grandes ciruelas pasas de Turquía, y daban cuenta de aquella sana y deliciosa cena. Sobre el torso, algo descarnado, el profeta volvía a llevar únicamente su chaqueta de lana y, de vez en cuando, ensalzaba los gozces naturales que se le ofrecían, mientras el hermano de Clarisse, Siegmund, con guantes y sombrero, estaba sentado a cierta distancia de la mesa e informaba sobre una entrevista que había “sostenido”, una vez más, con el doctor Friedenthal, asistente de la clínica psiquiátrica, para facilitar a su hermana,

“loca como un cencerro”, una visita a Moosbrugger.

-Friedenthal insiste en que sólo puede hacerlo con un permiso del tribunal -concluyó en tono despreocupado-, y en el tribunal no se contentan con la solicitud de la Asociación Asistencial “Última hora”, que os facilite, sino que exigen una recomendación de la embajada, puesto que nosotros hicimos pasar a Clarisse por extranjera. No hay otra solución:  $\square$ mañana el doctor Meingast tendrá que ir a la embajada suiza!

Siegmund se parecía a su hermana, sólo que su rostro era menos expresivo, a pesar de ser el mayor. Cuando uno veía juntos a ambos hermanos, en el pálido rostro de Clarisse, la nariz, la boca y los ojos semejaban grietas en un terreno seco; en cambio, los mismos rasgos en la cara de Siegmund tenían las líneas suaves y un poco borrosas de un terreno cubierto de hierba, aunque sólo un pequeño bigote cubría su

bien afeitado rostro. El aspecto burgués distaba mucho de haberse borrado en él como lo había hecho en su hermana, y este aburguesamiento le daba una naturalidad involuntaria, incluso en los momentos en que osaba disponer tan descaradamente del precioso tiempo de un filósofo. A nadie le hubiera sorprendido ver salir rayos y truenos de la bandeja de rábanos; pero el gran hombre acogió amablemente la insinuación -lo que sus admiradores consideraron un acontecimiento muy anecdótico- e hizo un signo de asentimiento con un ojo, como un águila que tolera a un gorrión en la misma barra donde está posada.

Por lo demás, la tensión que surgió de pronto, falta de posibilidades de derivación, hizo que Walter no pudiera contenerse por más tiempo. Apartó su plato y, rojo como una nube matutina, afirmó con énfasis que una persona sana, si no era médico o

guardián, no tenía nada que buscar en una casa de locos.

También a él, el maestro le aprobó con un gesto apenas perceptible. Siegmund, que lo vio y al que la vida le había enseñado muchas cosas, completó aquella aprobación con las higiénicas palabras:

-No cabe duda de que es una repugnante costumbre de la burguesía acomodada, ésta de ver algo demoníaco en los enfermos mentales y en los criminales.

-[A] ver si me explicas entonces -gritó Walter- por qué tenéis que ayudar todos a Clarisse a hacer algo que no aprobáis y que a ella sólo puede ponerla más nerviosa todavía!

Su misma esposa no se dignó responder. Puso una cara desagradable, ante cuya expresión, alejada de la realidad, casi se podía sentir miedo; dos largos trazos orgullosos le bajaban desde ambos lados de la nariz, y la barbilla se hizo más puntiaguda. Siegmund



no se creyó obligado ni autorizado a tomar la palabra por los demás. De ahí que a la pregunta de Walter siguiera un breve silencio, hasta que Meingast, con una voz baja y sosegada, dijo:

-Clarisse ha sufrido una fuerte impresión, y esto no puede quedar así.

-¿Cuándo? -preguntó Walter en voz alta.

-No hace mucho; ayer por la noche, junto a la ventana.

Walter se puso pálido, porque era el único que no se había enterado aún, mientras que Clarisse se había confiado al parecer a Meingast e incluso a su hermano. “¡Pero ella es así!”, pensó.

Y aunque no habría sido absolutamente necesario, tuvo de pronto -apartándose de la bandeja de frutas y verduras- la sensación de que todos eran, más o menos, unos diez años más jóvenes. Era la época en que Meingast, que aún era el viejo Meingast sin metamorfosear, se despidió y Clarisse se decidió por

Walter. Más tarde, ella le había confesado que por entonces Meingast, aunque ya había renunciado a ella, la había besado y tocado aún más de una vez. El recuerdo era como el gran movimiento de un columpio. Walter se elevaba cada vez más alto, y entonces todo era posible para él, aunque quedaran en medio algunas zonas profundas. Y también entonces Clarisse, cuando Meingast estaba cerca, no había podido hablar con Walter; a menudo tenía que enterarse por otros de lo que ella pensaba o hacía. Al lado de él, se ponía rígida. “**Si** tú me tocas, me pongo totalmente rígida!”, le había dicho. “**Mi** cuerpo se vuelve serio, y esto es muy diferente de lo que me ocurre con Meingast!”

Y cuando él la besó por primera vez, ella le dijo: “**He** prometido a mamá no hacer nunca una cosa así!” Aunque posteriormente ella le había confesado que Meingast, en aquellos tiempos, siempre le había tocado el pie a escondidas, por debajo de la mesa del

comedor. Ésta era la influencia de Walter! La riqueza de la evolución interior que él había desencadenado en ella le impedía a Clarisse la libertad de movimientos. Así se lo explicaba Walter.

Y le vinieron a la memoria las cartas que había intercambiado entonces con Clarisse: hoy seguía creyendo que no se les podía equiparar fácilmente en su pasión y en su originalidad, ni siquiera repasando toda la literatura. En aquellos tiempos tempestuosos, castigaba a Clarisse marchándose, si ella permitía a Meingast permanecer a su lado; luego le escribía una carta; y ella le escribía cartas a él en las que le aseguraba su fidelidad y le comunicaba lealmente que Meingast había vuelto a besarle la rodilla a través de la media. Walter quiso editar aquellas cartas en forma de libro, y aún en la actualidad pensaba que alguna vez lo haría. Pero, por desgracia, lo único que hasta entonces había salido de todo aquello había

sido un grave malentendido, que se produjo muy al principio, con el ama de Clarisse; un día, Walter le había dicho: “¡Ya verá cómo dentro de muy poco lo arreglo todo!” Lo había manifestado así pensando en sus propias intenciones, y se imaginó el gran éxito de justificación que obtendría ante la familia, tan pronto como la edición de las “Cartas” le hiciera famoso; porque, bien mirado, ya en aquellos tiempos había muchas cosas que no andaban como debían entre él y Clarisse. El ama de Clarisse -una parte de la herencia familiar que mantenía su título con el honorable pretexto de ser una especie de segunda madre- lo entendió mal y a su manera, de suerte que no tardó en circular entre la familia el rumor de que Walter pensaba hacer algo que le facilitara pedir la mano de Clarisse; y una vez el rumor en circulación, surgieron extrañas venturas y obligaciones. Por así decirlo, la vida real se despertó de golpe: el padre de Walter declaró

que no estaba dispuesto a mantener a su hijo más tiempo, si éste no ganaba algún dinero con su propio esfuerzo; el futuro suegro de Walter lo llamó a su taller y le habló de las dificultades y desengaños del arte que sólo es algo puro y sagrado, tanto si se trata de las artes plásticas como de la música o la literatura; finalmente, el propio Walter y Clarisse sintieron el prurito, que tomó cuerpo de una manera súbita, de tener una economía independiente, niños, un dormitorio común, públicamente reconocido, y todo ello era algo parecido a una llaga en la piel, que nunca llega a curarse, porque uno siempre se rasca involuntariamente. Así, ocurrió que, pocas semanas después de su prematura manifestación, Walter se comprometió oficialmente con Clarisse, lo que les hizo a ambos muy felices, pero a la vez los llenó de excitación, porque empezó la búsqueda de un lugar estable en la vida, una búsqueda a la que se añadieron todas las vicisitudes de Europa,

puesto que el empleo que Walter buscaba como un loco, no sólo debía estar determinado por unos ingresos, sino por seis repercusiones posibles: en Clarisse, en él mismo, en el erotismo, en la literatura, en la música y en la pintura. En realidad apenas habían salido de los sucesivos torbellinos formados en el momento en que él, ante la anciana señorita, se había sentido dominado por la locuacidad, cuando Walter aceptó el puesto en la Oficina de Monumentos y penetró con Clarisse en aquella modesta casa donde el destino había de decidirse una vez más.

Y Walter pensaba, en el fondo, que era perfectamente posible que el destino se diera ya por satisfecho; porque entonces el fin no habría sido lo que el principio prometía; pero las manzanas caen sólo cuando están maduras, y no caen hacia arriba sino hacia el suelo.

Éstos eran los pensamientos de Walter, y mientras tanto, en el extremo, situado frente a él, de la diagonal formada por la

bandeja multicolor, llena de sanos alimentos vegetales, flotaba la pequeña cabeza de su esposa, y Clarisse se esforzaba en completar la declaración de Meingast con la mayor objetividad posible, casi con la misma objetividad con que se había expresado el propio Meingast.

-Tengo que hacer algo para atenuar la impresión; según Meingast, la impresión ha sido demasiado fuerte para mí -explicó, y añadió por su cuenta-: [S]eguro que no fue pura casualidad el hecho de que aquel hombre se escondiera entre la maleza, precisamente bajo mi ventana!

-[T]onterías! -rechazó Walter aquella suposición como un durmiente que se sacude una mosca-. [T]ambién era mi ventana!

-[B]ueno, nuestra ventana! -corrigió Clarisse, entreabriendo los labios en una sonrisa, cuya mordacidad no permitía diferenciar si en ella se expresaba la amargura o el sarcasmo-. Vino atraído por nosotros.

¿Tengo que decirte el nombre que se puede dar a lo que... ha hecho aquel hombre?  
Era un ladrón de placer sexual!

A Walter le dolía la cabeza: la tenía completamente llena de pasado y el presente se introducía en ella como una cuña, sin que la diferencia entre presente y pasado tuviera nada de convincente. Había otra vez una maleza de arbustos, que formaban en la cabeza de Walter claras masas de follaje, con pistas para bicicletas que las surcaban. La audacia de largos viajes y paseos se sentía, por la mañana, igual que ahora. De nuevo ondeaban al aire los vestidos de muchachas que, en aquellos años, dejaban al descubierto con osadía los tobillos y hacían encrespase, en el nuevo gesto deportivo, la espuma de unas blancas enaguas. El hecho de que Walter creyera entonces que entre él y Clarisse “no todo andaba como debía” había sido sin duda una interpretación eufemística, porque, en realidad, durante aquellas excursiones



primaverales de su año de noviazgo había ocurrido todo lo que tiene que ocurrir para que una doncella lo pierda todo excepto su doncellez. “Casi increíble, en una chica decente”, pensaba Walter, mientras lo recordaba con embeleso. Clarisse lo llamaba “cargar con los pecados de Meingast”, de aquel Meingast que entonces aún se llamaba de otra forma y que acababa de irse al extranjero. “Ahora sería una cobardía no ser sensual porque él lo fue!”; así se lo manifestó a Clarisse, y le había anunciado: “Pero nosotros lo deseamos de un modo espiritual!” Ciertamente, a Walter le había inquietado a veces que estos sucesos estuvieran tan íntimamente relacionados con el hombre que acababa de desaparecer, pero Clarisse respondía: “Cuando uno desea algo grande, como nos ocurre, por ejemplo, a nosotros en arte, entonces está prohibido inquietarse por otras cosas”; y así, Walter podía recordar el celo con que habían destruido el pasado,

reproduciéndolo en un nuevo espíritu, y el gran placer con que descubrieron la mágica facultad de disculpar delicias corporales ilícitas atribuyéndoles una misión suprapersonal. De hecho, en aquel tiempo, Clarisse desarrolló en la lascivia la misma especie de energía que mostró después en su negación; así se lo confesaba Walter, y dejando de lado por un instante la conexión entre ambos hechos, una idea subrepticia le dijo que los pechos de Clarisse tenían hoy la misma dureza que entonces. Todo el mundo podía verlo, incluso bajo la ropa. Precisamente Meingast estaba mirando el pecho de ella, aunque quizás no se daba cuenta. “**S**us senos son mudos!”, declamó Walter para sí, dando a sus palabras tal riqueza de implicaciones como si se tratara de un sueño o de un poema; y casi con la misma fuerza, entretanto, el presente penetraba entre las paredes acolchadas del sentimiento:

“Dígame, Clarisse, en qué piensa!”, oyó que Meingast daba ánimos a Clarisse como un médico o como un maestro; por alguna razón, desde su regreso, a veces volvía al tratamiento de “usted”.

Walter se dio cuenta también de que Clarisse miraba a Meingast de un modo inquisitivo.

“Usted me ha hablado de un tal Moosbrugger, que es carpintero...”

Y Clarisse miraba.

“¿Quién más era carpintero? El re-dentor! ¿No lo ha dicho usted? Incluso me dijo que había escrito una carta a no sé qué persona influyente.”

-Basta! -suplicó Walter con vehemen-cia. Le daba vueltas la cabeza. Apenas había gritado su indignación, cuando vio con claridad que tampoco de aquella carta le habían dicho nada, y adoptando un tono más débil, preguntó:- ¿De qué carta se trata?

Nadie le dio respuesta. Meingast pasó por alto la pregunta y dijo:

-Ésta es una de las ideas más actuales. No estamos en condiciones de liberarnos nosotros mismos; no puede haber ninguna duda al respecto; lo llamamos democracia, pero ésta no es más que la expresión política para el estado anímico del “se puede hacer así, pero también de otra manera”. Estamos en la época de la papeleta del voto. Cada año elegimos incluso nuestro ideal sexual, la reina de belleza, por medio de la papeleta electoral; el hecho de que hayamos convertido la ciencia positiva en nuestro ideal intelectual no significa más que poner la papeleta en la mano de los llamados hechos, para que ellos elijan en nuestro lugar. La época es antifilosófica y cobarde; no tiene el coraje de decidir lo que vale y lo que no vale, y la democracia, para expresarlo en pocas palabras, significa: **Hacer las cosas que suceden!** Y, dicho sea de paso, esto es uno de los más

viles círculos viciosos que jamás haya existido en la historia de nuestra raza.

El profeta acababa de romper con enojo una nuez, quitaba las pieles de cada uno de los pedazos y se los iba metiendo en la boca. Nadie había comprendido sus palabras. Interrumpió su discurso para ceder el paso a un largo movimiento de masticación de sus mandíbulas, en el que participaba también la punta, un poco doblada hacia arriba, de su nariz; el resto de la cara mantenía una ascética rigidez, aunque los ojos no se apartaban de Clarisse, posándose en sus senos. Involuntariamente, la vista de los otros dos hombres se apartó del rostro del maestro y siguió la dirección de su mirada ausente. Clarisse sintió un movimiento de succión, como si, al mirarla más tiempo de aquella forma, los seis ojos pudieran sacarla fuera de sí misma. Pero el maestro tragó con violencia el último resto de la nuez y continuó adoc-trinando a los presentes:

-Clarisse ha descubierto que la leyenda cristiana hace del redentor carpintero: esto ni siquiera es del todo exacto; sólo lo fue su padre adoptivo. Naturalmente, tampoco tiene nada de correcto que Clarisse quiera sacar una conclusión del hecho de que un criminal que le ha llamado la atención sea casualmente carpintero. Intellectualmente, es algo que no resiste la crítica. Moralmente, resulta irreflexivo. Pero indica que ella es valiente, **¶** es!

Meingast hizo una pausa para dejar que la palabra “valiente”, pronunciada con dureza, produjera su efecto. Después prosiguió con calma:

-Hace poco ha visto, como lo hemos visto nosotros, a un psicópata exhibicionista; y ella sobreestima el hecho, porque hoy suele sobreestimarse lo sexual, pero Clarisse dice: “No es casual que este hombre se pusiera bajo mi ventana...” y nosotros vamos a intentar comprender sus palabras. Son falsas,

puesto que, en el aspecto causal, el encuentro no deja de ser, naturalmente, una casualidad. No obstante, Clarisse se dice a sí misma: “Si considero que todo está claramente explicado, el hombre jamás podrá cambiar nada del mundo.” Ella considera inexplicable que un asesino cuyo nombre es (si no me equivoco) Moosbrugger, sea precisamente carpintero; también considera inexplicable que un enfermo desconocido, aquejado de perturbaciones sexuales, se coloque precisamente bajo su ventana; y de este modo se ha acostumbrado a considerar inexplicables otras muchas cosas que le suceden, y... -Meingast volvió a dejar en suspenso unos instantes a sus oyentes, y su voz había recordado, en las palabras precedentes, los movimientos de un hombre decidido, que se acerca con extrema precaución, caminando de puntillas; luego volvió al ataque:  $\square$  por esta razón, ella hará alguna cosa! -declaró con firmeza.

Clarisse sintió frío.

-Repito -dijo Meingast- que esto no puede ser criticado intelectualmente. Pero ya sabemos que el intelectualismo es sólo la expresión o el instrumento de una vida que se ha secado; por el contrario, lo que expresa Clarisse, viene ya, con toda probabilidad, de otra esfera: la de la voluntad. Es previsible que Clarisse jamás pueda explicar lo que le sucede, pero probablemente podrá resolverlo; y a esto lo llama ya, muy acertadamente, "redimir"; instintivamente se sirve de la palabra justa. Porque uno de nosotros podría decir fácilmente que todo esto lo ve como un montón de ideas delirantes, o que Clarisse es una persona de nervios débiles; pero semejante cosa no tendría sentido: actualmente, el mundo está tan desprovisto de locura que no sabe, ante ningún objeto, si debe amarlo u odiarlo, y como todo es ambivalente, por esta misma razón todos los hombres son neurasténicos y débiles. En una



palabra -concluyó de pronto el profeta-, a los filósofos no les resulta fácil renunciar al conocimiento, pero la necesidad de esta renuncia se está convirtiendo probablemente en el mayor descubrimiento del siglo XX. Para mí, en Ginebra, es culturalmente más importante que hoy exista un profesor francés de boxeo que el hecho de haber trabajado en la ciudad Rousseau, el analítico destructor.

Meingast habría dicho más, puesto que ya tenía el impulso. En primer lugar, sobre el hecho de que la idea de redención había sido siempre antiintelectual. “En el mundo de hoy, nada es más deseable que una buena locura activa”; esta frase la había tenido incluso en la punta de la lengua, pero se la había tragado en beneficio de la otra conclusión que formuló. En segundo lugar, habría podido hablar también de la significación corporal de la idea de redención (Erlösung), que se da ya en la raíz losen

(resolver), emparentada con lockern (atraer); esta significación corporal nos sugiere que sólo los hechos pueden redimir, es decir, las experiencias vitales que abarcan al hombre total, en carne y sangre. En tercer lugar, había querido hablar de que, a causa de la superintelectualización del hombre, la mujer tomaría a su cargo, en determinadas circunstancias, la práctica instintiva de la acción, y Clarisse era uno de los primeros ejemplos. Y finalmente, habría hablado de la transformación de la idea de redención en la historia de los pueblos en general, y habría expuesto cómo en la actualidad la idea, predominante durante largo tiempo, de que la redención era una noción derivada de un sentimiento religioso, dejaba el paso al descubrimiento de que esta redención podía ser provocada por la resolución de la voluntad e incluso, si era necesario, por la violencia. Porque la redención del mundo por la violencia era en aquellos momentos el centro de

sus pensamientos. Pero entretanto, Clarisse no había podido soportar el movimiento de succión de las miradas atentas que se le dirigían, y cortó la palabra al maestro, dirigiéndose a Siegmund, por considerarlo el punto de menos resistencia; le dijo casi a gritos:

-¡Ya te lo he dicho: sólo comprendemos las cosas en cuya realización participamos! Por esta razón tenemos que ir nosotros mismos al manicomio!

Walter, que, para conservar la calma, estaba mondando una mandarina, hizo en este instante un corte demasiado profundo y le saltó al ojo un chorro de jugo irritante; saltó bruscamente hacia atrás y buscó el pañuelo que estaba en su bolsillo.

Siegmund, vestido con el mismo esmero de siempre, consideró primero, con objetivo interés, los efectos de la irritación en el ojo de su cuñado, y luego los guantes de piel de gamuza que, como una naturaleza muerta de la honorabilidad, descansaban junto con el

bombín en sus rodillas; sólo cuando vio que los ojos de su hermana no se apartaban de su rostro y que nadie respondía por él, alzó los ojos con un grave ademán de su cabeza y murmuró con voz cansina:

-Jamás he dudado que el lugar de todos nosotros es el manicomio. Entonces, Clarisse se volvió a Meingast y dijo: -Ya te he hablado de la Acción Paralela; puede que fuera un deber y una oportunidad extraordinaria para acabar con ese “da lo mismo una cosa que otra” que constituye el pecado del siglo. El maestro asintió sonriendo.

Clarisse, inundada por el entusiasmo de la propia importancia, exclamó sin dilación y con testarudez:

-Una mujer que se lo permite todo a un hombre, debilitándole así el espíritu, es también una delincuente sexual! Meingast exhortó:

-Pensemos únicamente en la generalidad! Por lo demás, puedo tranquilizarte en

una de las cuestiones. En esas deliberaciones un tanto ridículas, en las que se pretende que la democracia agonizante aún sería capaz de alumbrar una gran misión, he puesto desde hace tiempo mis observadores y mis hombres de confianza.

Clarisse sintió simplemente como si tuviera hielo en las raíces de los cabellos.

En vano intentó Walter, una vez más, detener el proceso que se estaba incubando. Combatiendo a Meingast con gran respeto y en un tono totalmente distinto al que había utilizado para hablar con Ulrich, se dirigió a él con las siguientes palabras:

-Lo que tú dices viene a ser lo mismo que yo vengo diciendo desde hace tiempo: que sólo habría que pintar con colores puros. Hay que acabar con lo borroso y con las medias tintas, con las concesiones a la atmósfera vacía, a la cobardía de la mirada, que ha dejado de atreverse a ver que cada cosa tiene un contorno definido y un color local: lo digo

en términos pictóricos, y tú lo expresas en términos filosóficos. No obstante, aunque seamos de la misma opinión...

De pronto se sintió cortado y sintió que no podría expresar ante los demás la razón por la que temía el contacto de Clarisse con el enfermo mental:

-¡No, no quiero que Clarisse lo haga -exclamó-, y si lo hace, no será con mi consentimiento!

El maestro había escuchado amablemente, y le contestó con la misma amabilidad, como si ninguna de las palabras, pronunciadas en un tono de tanta importancia, hubiese penetrado en sus oídos:

-Hay algo que Clarisse ha expresado también de una forma muy bella: ha afirmado que todos nosotros, además de la “forma pecaminosa” en que vivimos, poseíamos una “forma inocente”; a esta expresión se le podría dar la bella significación de que nuestra facultad imaginativa,

independientemente del lamentable mundo llamado experimental, posee acceso a un mundo de grandeza en el que, en los momentos de lucidez, podemos sentir nuestra imagen movida por una dinámica mil veces distinta. ¿Cómo lo ha dicho usted, Clarisse? -preguntó en tono de aliento, volviéndose hacia ella-. ¿No ha dicho usted que si conseguía identificarse sin repugnancia con aquel ser indigno, penetrar en su interior y tocar día y noche el piano en su celda sin sentirse paralizada, entonces forzosamente le sacaría los pecados del cuerpo, los cargaría sobre usted y se elevaría con ellos? Naturalmente -observó dirigiéndose nuevamente a Walter- esto no hay que entenderlo al pie de la letra, sino que se trata de un proceso profundo del espíritu del tiempo que, a través de la parábola de este hombre, se infiltra en la voluntad de Clarisse...

En este momento no estaba seguro si debía añadir algo sobre la relación de

Clarisse con la historia de la idea de una rendición, o si sería más atractivo volver a explicarle a ella misma, a solas, su misión directiva; pero he aquí que ella abandonó su asiento de un salto, como un niño excesivamente contento, levantó el brazo con el puño cerrado, sonrió con una mezcla de brutalidad y de vergüenza, e interrumpió con un grito estridente sus alabanzas de Meingast:

-**En** marcha, hacia Moosbrugger!

-Pero si aún no hay nadie que pueda facilitarnos el acceso a él... -observó Siegmund.

-**Yo** no voy! -aseguró Walter con firmeza.

-**Yo** no puedo pretender favor alguno de un Estado donde reinan la libertad y la igualdad, a ningún precio y bajo ningún concepto! -declaró Meingast.

-**En** este caso, Ulrich debe proporcionarnos la autorización! -exclamó Clarisse.

Los demás aprobaron de buena gana esta decisión, gracias a la cual, después de un



esfuerzo indudablemente muy grande, se sentían liberados hasta otra ocasión, y el propio Walter, a pesar de su resistencia, tuvo que aceptar el encargo de llamar por teléfono, desde la tienda más próxima, al amigo que habían elegido para que viniera en su ayuda. Al haberlo, ocurrió que Ulrich se vio definitivamente interrumpido en sus inatentos de escribir una carta a Agathe. Reconoció con asombro la voz de Walter y oyó el mensaje. Walter añadió por su cuenta que sobre aquello se podían tener opiniones diversas, pero que sin duda la idea no era tan sólo un capricho. Probablemente había que empezar haciendo una cosa u otra, y la cosa en sí tenía menos importancia. La presencia de la persona de Moosbrugger en el asunto significaba, naturalmente, algo casual; pero Clarisse era de una espontaneidad tan notable: sus ideas adoptaban siempre el aspecto de las pinturas modernas, pintadas en colores puros, duras y toscas, pero a menudo

de una sorprendente exactitud, si se aceptaba su estilo. Por teléfono era difícil explicarlo todo; lo que le pedía a Ulrich era que no le dejase en la estacada...

A Ulrich le sentó bien que le llamaran y aceptó la invitación, aunque mal podía relacionarse el largo camino que tendría que recorrer con el cuarto de hora escaso que podría emplear charlando con Clarisse; puesto que ésta había sido invitada a cenar por sus padres, en compañía de Walter y Siegmund. Durante el trayecto, a Ulrich le sorprendió haber pasado tanto tiempo sin pensar en Moosbrugger, y de haberlo hecho siempre a través de Clarisse, a pesar de que anteriormente aquel hombre hubiera reaparecido una y otra vez en sus pensamientos. Ni siquiera en la oscuridad por la que avanzaba Ulrich mientras se dirigía de la última parada del tranvía al domicilio de sus amigos había lugar para aquel espectro; se había cerrado el vacío en que hiciera su

aparición. Ulrich lo comprobó con satisfacción y con aquella ligera incertidumbre sobre uno mismo que es consecuencia de unas transformaciones cuya magnitud resulta más clara que sus causas. Complacido, cortó la esponjosa tiniebla con el negro, más sólido, de su propio cuerpo, cuando Walter le salió al encuentro, inseguro; temía la soledad de aquel lugar, pero deseaba tener unas palabras con Ulrich antes de que ambos fueran a enfrentarse con los demás. Vivamente, continuó su exposición en el punto en que la había interrumpido. Daba la impresión de que quería defenderse y defender a Clarisse contra posibles malentendidos. Aunque las ideas de su esposa parecieran incoherentes, tras ellas uno tropezaba siempre con una materia patológica que, de hecho, estaba fermentando en la época; ésta era la más sorprendente facultad que poseía Clarisse, según Walter. Era como una varilla capaz de detectar yacimientos ocultos. Se trataba en

este caso de la necesidad de que el comportamiento pasivo, meramente intelectual y sensible del hombre contemporáneo, fuese sustituido nuevamente por “valores”; la inteligencia contemporánea no había dejado en parte alguna un punto de apoyo, y sólo la voluntad -y en caso necesario, la violencia- podía ya, por consiguiente, crear una nueva jerarquía de valores en la que el hombre encontrara un principio y un fin para su vida interior... repitió con vacilación pero con cierto entusiasmo lo que le había oído a Meingast.

Ulrich, que lo adivinó, le preguntó de mala gana:

-¿Por qué te expresas de un modo tan hinchado? ¿Es que vuestro profeta se expresa así? [Antes, la sencillez y la naturalidad nunca te sobraban!

Walter soportó estas palabras por Clarisse, para que el amigo no le negara su ayuda; pero si hubiese brillado un solo rayo

de luz en la noche sin luna, se habría visto el reflejo de sus dientes en la boca, entreabierta por una sensación de impotencia. No contestó a Ulrich, pero el enojo reprimido le debilitó, y la proximidad del musculoso compañero que le protegía contra una soledad un tanto angustiosa le volvió blando. De pronto, dijo:

-Imagina que amas a una mujer, y entonces encuentras a un hombre al que admiras, y te das cuenta de que tu mujer también lo admira y lo ama, y ambos sentís con amor, celos y admiración la superioridad de este hombre...

-[Soy incapaz de imaginarlo! -Ulrich habría tenido que escucharle, pero la risa le arqueaba ya la espalda cuando le interrumpió.

Walter lanzó en dirección a Ulrich una mirada llena de veneno. Su intención había sido preguntarle: "¿Qué harías en tal caso?" Pero se repitió el antiguo juego de los amigos

de juventud. Cruzaron la semiclaridad de la escalera de entrada y exclamó:

-¡No saques las cosas de quicio! ¡No has llegado nunca a tal extremo de insensibilidad!

Luego tuvo que correr para alcanzar a Ulrich e informarle en voz baja, aún en la escalera, de todo lo que tenía que saber.

Una vez arriba, Clarisse preguntó:

-¿Qué te ha contado Walter?

-Puedo hacerlo -contestó Ulrich sin rodeos-, pero dudo que sea razonable.

-¡Ya lo oyes: la primera palabra que pronuncia es “razonable”! -gritó Clarisse sonriente en dirección a Meingast. Estaba en pleno ajetreo, moviéndose entre el armario ropero, el lavabo, el espejo y la puerta entreabierta que comunicaba su dormitorio con la sala en que se hallaban los hombres. Se la veía de vez en cuando; con la cara mojada y el pelo colgante, con el pelo recogido sobre la cabeza, con las piernas desnudas, en medias

y sin zapatos, con la parte inferior del cuerpo vestida ya con la larga ropa de sociedad y el torso cubierto aún por el peinador, que recordaba una bata de algún asilo o prisión... estas idas y venidas le sentaban bien. Desde que había conseguido imponer su voluntad, todos sus sentimientos se habían sumergido en una ligera voluptuosidad.

-**E**stoy bailando sobre cuerdas de luz! - gritó en dirección a la sala. Los hombres sonrieron; sólo Siegmund miró el reloj y le dio prisa en tono rutinario. Todo aquello le parecía una especie de ejercicio gimnástico.

Sobre un “rayo de luz”, Clarisse se deslizó hacia el rincón del dormitorio para coger un broche, y revolvió el cajón de la mesita de noche.

-**M**e visto más de prisa que un hombre! - gritó hacia la habitación contigua, dirigiéndose a Siegmund; pero de pronto se detuvo a pensar en el doble sentido de la palabra “anziehen”,<sup>2</sup> que, en aquel momento, tanto

podía significar “vestirse” como la “atracción” de unos destinos misteriosos. Acabó de arreglarse con rapidez y asomó la cabeza por la puerta, contemplando con expresión grave a sus amigos, uno tras otro. Quien no lo considerara una broma, se habría podido asustar de que, en aquel rostro serio, pareciera haberse apagado algo, algo que debiera pertenecer a la expresión de un rostro sano y normal. Se inclinó ante sus amigos y dijo solemnemente:

-Ahora he “atraído” a mi destino!

Pero al incorporarse de nuevo, tenía la expresión acostumbrada, incluso más sugestiva, y su hermano Siegmund gritó:

-Adelante, en marcha! Ah papá no le gusta que la gente se retrase a la hora de la cena!

Al dirigirse los cuatro, uno al lado de otro, hacia el tranvía -Meingast se había esfumado antes de la despedida-, Ulrich se retrasó un poco con Siegmund y le preguntó si,



en los últimos tiempos, no le preocupaba su hermana. El cigarrillo encendido de Siegmund describió en la oscuridad una curva ligeramente ascendente.

-No cabe la menor duda de que su estado no es normal -respondió-. Pero, ¿acaso es normal Meingast, o el propio Walter? ¿Es normal tocar el piano? Se trata de un estado de excitación desacostumbrado, unido a un temblor de las muñecas y de los tobillos. Para un médico, nada es normal. Pero, si me lo pregunta usted en serio le diré que mi hermana está algo sobreexcitada y que, en mi opinión, su estado mejorará cuando se vaya el gran maestro. ¿Qué piensa usted de él?

Había subrayado con malicia los verbos en futuro.

-Pienso que es un farsante! -dijo Ulrich.

-¿Verdad que sí? -gritó Siegmund, satisfecho-. Es repelente, repelente! -y, tras una pequeña pausa para tomar aliento, añadió:-

Pero es interesante como pensador, no voy a negarlo.

## **20 - *El conde Leinsdorf no espera nada de “Propiedad y Cultura”***

**H**E aquí que Ulrich compareció de nuevo en casa del conde Leinsdorf.

Encontró a Su Excelencia envuelto en silencio, devoción, solemnidad y belleza, ante su mesa de despacho; había puesto el periódico sobre un elevado montón de actas y lo estaba leyendo. El aristócrata vinculado al gobierno imperial meneaba la cabeza con preocupación, tras dar el pésame a Ulrich una vez más.

-Su papá fue uno de los últimos representantes auténticos de “Propiedad y Cultura” -dijo-. Aún recuerdo bien la época en que me senté junto a él, en el parlamento de

Bohemia. Merecía la confianza que le otorgamos siempre.

Por cortesía, Ulrich se informó sobre los progresos que había efectuado en su ausencia la Acción Paralela.

-A causa de la algarada callejera delante de mi casa, en la que usted participó, hemos iniciado una "encuesta para conocer los deseos de los círculos correspondientes de la población en relación con la reforma del régimen interior" -explicó el conde Leinsdorf-. El propio primer ministro ha expresado el deseo de que le descarguemos, por el momento, de ello, porque gozamos, por así decirlo, de la confianza general debido a nuestra condición de empresa patriótica.

Ulrich aseguró con el rostro serio que el nombre mismo había sido muy bien escogido y prometía cierta repercusión.

-Sí, una expresión justa es algo que cuenta mucho -dijo Su Excelencia pensativo, y preguntó de pronto-: ¿Qué dice usted de la

historia de los funcionarios municipales de Trieste? ¶Me parece que, para el gobierno, ya era hora de reaccionar adoptando una actitud resuelta!

Hizo el ademán de pasarle a Ulrich el periódico que había plegado al verlo entrar; pero se decidió en el último momento a abrirlo él mismo y leyó con vivo énfasis a su visitante un texto largo y prolijo.

-¿Cree usted que existe en el mundo otro Estado donde fuera posible semejante cosa? -preguntó al terminar su lectura-. La ciudad austríaca de Trieste lleva ya años obrando así: tomando a su servicio a italianos del Imperio, para destacar que no se sienten unida a nosotros, sino a Italia. Estuve allí una vez, en el aniversario del Emperador; ¶no vi ni una sola bandera en todo Trieste, con excepción de las del palacio del gobernador, la delegación de hacienda, la cárcel y algunos cuarteles! ¶En cambio, si a usted se le ha perdido algo en alguna oficina de

Trieste por el cumpleaños del rey de Italia, no verá ni un solo funcionario que no lleve una flor en el ojal!

-¿Por qué lo han tolerado hasta ahora? - se informó Ulrich.

-¿Por qué no habíamos de tolerarlo? - contestó el conde Leinsdorf de pésimo humor-. Si el gobierno obliga a las autoridades municipales a despedir a sus funcionarios extranjeros, en seguida somos acusados de germanizantes. Y éste es un reproche que teme cualquier gobierno. Ni siquiera a Su Majestad le gusta oírlo. ¶ Nosotros no somos prusianos!

Ulrich creyó recordar que la ciudad costera y portuaria de Trieste había sido fundada por la República de Venecia, en plena expansión, dentro del territorio eslavo, y que hoy tenía una importante población eslovena; así pues, si se la consideraba un simple asunto privado de sus habitantes -a pesar de ser la puerta del comercio con Oriente de

toda la Monarquía y de que ésta dependiera de dicho comercio para su prosperidad-, no se podía eludir el hecho de que la numerosa pequeña burguesía eslava reivindicaba apasionadamente el derecho a considerar la ciudad como cosa propia frente a la gran burguesía privilegiada, que hablaba italiano. Ulrich expresó estas ideas.

-Esto es verdad -le explicó el conde Leinsdorf-. Pero, cuando se trata de decir que germanizamos, los eslovenos se alían inmediatamente con los italianos, aunque anden a la greña en todo lo demás! En este caso, los italianos reciben el apoyo de todas las nacionalidades restantes.

Lo hemos visto muchas veces. Si queremos ser políticamente realistas, tenemos que ver en los alemanes, queramos o no, el principal peligro para nuestro convenio.

El conde Leinsdorf acabó muy pensativo y así permaneció un rato, porque había ido a parar al gran proyecto político que le

preocupaba, sin que aún tuviera sobre él una idea clara. De repente, volvió a animarse y prosiguió, aliviado:

-Pero al menos esta vez se les ha dicho a los otros lo que había que decirles!

Con un gesto inseguro a causa de la impaciencia, volvió a encajarse sobre la nariz los lentes de pinza, y volvió a leer, recreándose en ellos, los pasajes que más le gustaban del comunicado del gobierno imperial en Trieste, reproducido en el periódico.

-”Las reiteradas advertencias de las autoridades oficiales no han dado ningún fruto... perjuicio de los habitantes del país... Ante esta actitud persistente frente a las disposiciones oficiales, el gobernador de Trieste se ha visto obligado a intervenir para que sean respetados los reglamentos vigentes...”  
¿No le parece que es un lenguaje digno? -se interrumpió.

Levantó la cabeza, pero inmediatamente volvió a bajarla, porque su atención era



reclamada ahora por el pasaje final, cuya cívica dignidad oficial subrayó con estética complacencia:

-”Por lo demás -leyó-, el gobierno imperial siempre puede reservarse dar, en lo individual, un trato benevolente a las solicitudes de nacionalización que puedan llegarle particularmente de tales funcionarios públicos, siempre que las mismas parezcan dignas de especial consideración gracias a un prolongado servicio municipal y a una conducta irreprochable; el gobierno imperial se inclina, en tales casos y en lo que respecta a su posible intervención, a prescindir hasta nueva orden de la aplicación inmediata de esta disposición, manteniendo plenamente su punto de vista” Es así como el gobierno debía haber hablado siempre! -proclamó el conde Leinsdorf.

-¿Usted no cree, Excelencia, que este párrafo final... dejará las cosas como están? -preguntó Ulrich tras una breve pausa,

después que la cola de la serpiente de la frase curialesca hubo penetrado del todo en su oído.

-Sí, en efecto -respondió Su Excelencia y, con las manos unidas, hizo girar los pulgares durante un minuto, como solía hacer cuando una idea difícil de digerir le ocupaba el cerebro. Después miró a Ulrich con expresión inquisitiva y se le manifestó con toda franqueza:

-¿Recuerda usted que, en la inauguración de la Exposición Policial, el ministro del Interior tenía puestas sus esperanzas en un espíritu de "complacencia y rigidez"? Yo no pido que metan en la cárcel inmediatamente a todos los elementos subversivos que alborotaron delante de mi casa, pero el ministro habría tenido que pronunciar ante el parlamento algunas palabras de protesta - dijo, ofendido.

; -Yo pensaba que esto había ocurrido durante mi ausencia! -exclamó Ulrich con

una sorpresa bien estudiada, porque se dio cuenta de que en el ánimo de su benévolo amigo se agitaba un dolor verdadero.

-No ha ocurrido nada! -dijo Su Excelencia.

Una vez más lanzó al rostro de Ulrich una mirada inquisitiva de sus ojos desorbitados por la preocupación, y luego continuó confesándose:

-Pero ocurrirá!

Se irguió y luego volvió a reclinarse en su asiento, quedándose silencioso.

Había cerrado los ojos. Cuando volvió a abrirlos, inició una explicación en tono sosegado:

-Vea usted, amigo mío; nuestra constitución del año 1861 ha dado a la nacionalidad alemana y, dentro de ella, a la Propiedad y a la Cultura, la dirección incuestionable en esta vida política iniciada con carácter de prueba. Fue un gran obsequio, lleno de confianza y quizás un tanto

inoportuno, de la generosidad de Su Majestad; porque, ¿qué ha sido después de la Propiedad y la Cultura?

El conde Leinsdorf levantó una mano y luego dejó que se posara en la otra con un gesto de abandono:

-En el año 1848, cuando Su Majestad subió al trono en Olmütz, o sea prácticamente en el exilio... -prosiguió con lentitud; pero, de pronto fue dominado por la impaciencia o por la inseguridad; con dedos temblorosos, sacó un borrador de su chaqueta; excitado, luchó porque sus lentes encontraran el lugar preciso en la nariz, y leyó, a trechos con voz estremecida por la emoción y siempre esforzándose en descifrar su proyecto:

-... a su alrededor bullía el ansia tremenda de libertad de los pueblos. Su Majestad consiguió refrenar el excesivo entusiasmo de la misma. A pesar de haber hecho algunas concesiones a la voluntad de

los pueblos, acabó saliendo vencedor; más aún: fue un vencedor generoso y clemente, que perdonaba los errores de sus súbditos y les tendía la mano para ofrecerles una paz que también era honrosa para ellos. Ciertamente, la constitución y las otras libertades fueron otorgadas por él bajo la presión de los acontecimientos, o fueron, en cualquier caso, un acto libre de la voluntad de Su Majestad, fruto de su sabiduría y de su piedad, y también de su esperanza en el progreso cultural de los pueblos. Pero esta bella relación entre emperador y pueblo se ha visto turbada en los últimos años por elementos subversivos, demagógicos...

El conde Leinsdorf interrumpió la lectura de su exposición de la historia política, en la que cada palabra estaba cuidadosamente estudiada y perfilada, y miró pensativo la imagen de su antepasado, caballero de María Teresa y mariscal, que colgaba de la pared que tenía enfrente. Y

cuando la mirada de Ulrich, deseosa de conocer la continuación, atrajo nuevamente la suya, dijo el conde:

-No hay más. Pero, ya ve usted que, en los últimos tiempos, he estudiado a fondo estos problemas -explicó-, lo que acabo de leerle es el principio de la respuesta que el ministro debiera haber dado al Parlamento al producirse la manifestación contra mí, si realmente fuera digno de ocupar el lugar que ocupa! Yo mismo lo he ido elaborando poco a poco, y puedo decirle en confianza que encontraré la ocasión de hacerlo llegar a Su Majestad tan pronto como lo tenga listo. Porque, vea usted, la constitución del 61 no dejaba de tener sus intenciones al confiar el mando a la Propiedad y la Cultura; era como una garantía: pero, ¿dónde están hoy la Propiedad y la Cultura?

Parecía muy enojado contra el ministro del Interior, y para distraerle, Ulrich observó ingenuamente que de la propiedad podía

decirse al menos que, además de estar en manos de los bancos, lo estaba también en las de la nobleza feudal, que eran unas manos de probada experiencia.

-No tengo nada contra los judíos -aseguró el conde Leinsdorf, como si Ulrich hubiese dicho algo que exigiera esta justificación-. Son inteligentes, laboriosos y de carácter fiel. Pero se ha cometido un grave error dándoles nombres que no les van. Rosenberg y Rosenthal, por ejemplo, son nombres nobles; Low, Bar y otros como Viecher proceden originariamente de animales heráldicos; Meier viene de la gran propiedad agraria; Gelb, Blau, Rot, Gold son colores de escudos nobiliarios; todos estos nombres judíos -manifestó de un modo sorprendente Su Excelencia- no son otra cosa que una insolencia de nuestra burocracia contra la nobleza. Es a ella a quien se pretendía atacar, y no a los judíos; de ahí que, al lado de estos nombres, se les hayan dado a los judíos

otros, como por ejemplo, Abel, Jüdel o Tropfelmacher. Este resentimiento de nuestra burocracia contra la antigua nobleza podría observarlo usted también en la actualidad, si tuviera una visión panorámica del asunto - vaticinó sombrío y obstinado, como si la lucha entre la administración central y el feudalismo no llevara ya mucho tiempo superada por la historia ni hubiera desaparecido totalmente de la perspectiva de los vivos. En realidad, nada podía ofender tan cordialmente a Su Excelencia como las prerrogativas sociales de que gozaban por su posición los altos funcionarios, se llamasen Fuchsenbauer o Schlosser. El conde Leinsdorf no era un "junker" recalcitrante y deseaba compartir los sentimientos de su época; dichos nombres no le molestaban en un parlamentario, aunque fuera ministro, ni en un particular influyente; tampoco se cerraba a la influencia política y económica de la burguesía; pero precisamente los altos



funcionarios de la administración con nombres burgueses le provocaban una apasionada indignación que era residuo de honorables tradiciones. Ulrich se preguntaba si la observación de Leinsdorf no había sido provocada por el marido de su prima; tampoco esto era imposible, pero el conde Leinsdorf continuó hablando y, como siempre solía ocurrir, pronto se elevó por encima del terreno personal, movido por una idea que, a lo que parecía, debía llevar bastante tiempo preocupándole.

-La cuestión judía sería completamente eliminada si los judíos quisieran decidirse a hablar hebreo, a adoptar sus antiguos nombres y a vestirse a lo oriental -declaró-. Admito que un galiziano que acabara de hacerse rico en nuestro país, y que se vistiera de tirolés, con su plumero, no quedaría muy bien en la explanada de Ischl. Pero métalo usted en una túnica de amplios pliegues, que pueda costar mucho dinero y que le cubra las

piernas, y verá lo bien que encajan su rostro y sus vivos ademanes con este ropaje! Todo lo que hoy sólo da pie a chistes, quedaría situado en el lugar que le corresponde; incluso los valiosos anillos que tanto les gusta ponerse. Soy enemigo de la asimilación, como la practica la aristocracia inglesa; es un proceso largo e incierto; en cambio, devuelva usted a los judíos su verdadera personalidad, y verá cómo se convierten en una joya de precio, e incluso llegan a formar una nobleza de índole especial entre los pueblos que se agrupan agradecidos alrededor del trono de Su Majestad, o bien, si prefiere imaginarlo de un modo más cotidiano y claro, que se pasean por nuestro paseo del Ring, un paseo que es único en el mundo, hasta el punto de que en él puede uno ver, si lo desea, a un mahometano con su fez rojo, a un eslovaco con su piel de cordero o a un tirolés con las piernas desnudas, en medio de la más refinada elegancia de la Europa occidental.

En este punto, Ulrich no pudo hacer otra cosa que manifestar su admiración por la agudeza de Su Excelencia, una agudeza a la que estaba reservado descubrir el “verdadero judío”.

-Ya sabe usted que la auténtica religión católica nos educa para ver las cosas como son en realidad -explicó el conde condescendiente- Pero usted no sería capaz de adivinar cómo he llegado a estas conclusiones. No a través de Arnheim; ahora no estoy hablando de los prusianos. Pero tengo un banquero, naturalmente de religión mosaica, con el que, desde hace tiempo, me veo obligado a conferenciar; al principio siempre me molestaba un poco su entonación, hasta el punto de que no podía prestar la debida atención a los asuntos de negocios. La verdad es que habla como si quisiera convencerme de que es mi tío; quiero decir que se expresa como si acabara de bajar del burro; diría que habla como nuestra propia gente:

no obstante, de vez en cuando, cuando se acalora, la cosa le falla y entonces habla..., en una palabra: habla “como un judío”. Esto me molestaba mucho, me parece que ya se lo he dicho al principio; y me molestaba porque se producía precisamente en los momentos comercialmente más importantes, hasta el punto de que yo lo esperaba ya involuntariamente y me era imposible prestar atención a todo lo demás, o bien se me escapaba algo muy importante. Entonces tuve una idea: cada vez que se ponía a hablar de aquella forma, yo imaginaba que estaba hablando la lengua hebrea, [v] usted habría tenido que oír lo bien que sonaba! Sencillamente encantador; es como una lengua de iglesia; [c]antan de un modo tan melódico! Hay que decir que yo soy un temperamento muy musical; en una palabra: desde entonces me hacía llegar como si tocara el piano los más difíciles cálculos sobre intereses y descuentos -y el

conde Leinsdorf, por algún motivo, sonrió melancólicamente.

Ulrich se permitió la insinuación de que las personas distinguidas por la benevolente simpatía de Su Excelencia rechazarían probablemente su proposición.

-¡Claro que no lo querrán! -dijo el conde-. Pero entonces habría que obligarlas, por su bien! La monarquía cumpliría así una misión universal y poco importa que, momentáneamente, lo hiciera contra la voluntad de los demás! Ya sabe usted que en muchas cosas hay que empezar obligando a la gente. Pero piense usted también lo que significaría, más tarde, estar aliados con un Estado judío agradecido, en lugar de estarlo con los alemanes imperiales y los prusianos! Cuando nuestra Trieste es, por así decirlo, el Hamburgo del Mediterráneo! Por no mencionar el hecho de que un Estado que tiene a su favor a los judíos, además del Papa, es diplomáticamente invencible.

Bruscamente, añadió:

-Piense que, además, me ocupo ahora de cuestiones de bolsa -y nuevamente sonrió con una curiosa expresión de tristeza y distracción.

Era evidente que Su Excelencia había solicitado insistentemente la visita de Ulrich y que, ahora que éste ya había llegado, no hablaba de las cuestiones del momento, sino que le estaba exponiendo de un modo disperso y profuso sus ideas. Pero probablemente, mientras no tuvo a su interlocutor en su presencia, le habían venido a las mientes muchas ideas, y estas ideas eran comparables a la agitación de las abejas, que se alejan mucho de su enjambre, pero se reúnen con su miel en el momento preciso.

-Quizás pueda usted objetarme -volvió a la carga el conde, aunque Ulrich callaba- que en otras ocasiones he expresado reiteradamente mi desprecio por las finanzas. No se lo discuto: porque, cuando algo es excesivo, es

excesivo, y en el mundo actual hay un exceso de finanzas; Pero precisamente por ello tenemos que interesarnos por las finanzas! Mire: la cultura no ha sabido mantenerse al nivel del capital; aquí está el secreto de toda la evolución desde el año 1861. De ahí que tengamos que ocuparnos del capital.

Su Excelencia hizo una pausa casi imperceptible, pero lo bastante larga como para anunciar al interlocutor que ahora seguiría el secreto del capital; pero luego prosiguió con una familiaridad sombría:

-Mire usted: en toda cultura, lo más importante es lo que prohíbe a la gente; cosas que ya no forman parte de ella y que de este modo quedan eliminadas. Por ejemplo, un hombre educado nunca comerá la salsa con el cuchillo; sabe Dios por qué; es algo que no se puede enseñar en la escuela. Es lo que se llama tacto, y para ello hay que tener un estado de privilegio al que vuelve sus ojos la cultura, un modelo cultural, y para decirlo en

una sola palabra: una nobleza. Admito que nuestra nobleza no fue siempre lo que hubiera podido ser. Y precisamente ahí está el sentido, la tentativa propiamente revolucionaria de la constitución de 1861: la Propiedad y la Cultura hubieran tenido que ponerse a su lado. ¿Lo hicieron? ¿Supieron utilizar la amplia perspectiva que les abrió entonces la generosidad de Su Majestad? [E]stoy convencido de que tampoco usted afirmará que las experiencias de las que cada semana tenemos noticia sobre el gran intento de su prima corresponden a tales esperanzas!

Su voz se animó nuevamente, y exclamó:

-[S]abe usted, es muy interesante todo lo que hoy recibe el nombre de espíritu! No hace mucho se lo decía a Su Eminencia el cardenal, yendo de caza en Müurzsteg...; [N]o, fue en Müurzbruck, en la boda de la pequeña Hostnitz! He aquí que el cardenal da unas palmadas y ríe: “[C]ada año -dice- inventan algo! [Y]a ve lo modestas que son nuestras



pretensiones! ¡Llevamos casi dos mil años sin contar nada nuevo a la gente!” Es muy cierto! La fe consiste precisamente en creer siempre las mismas cosas, incluso, diría, cuando se trata de una fe herética. “Mira -me dice entonces el cardenal-, yo siempre voy de caza, porque también iba de caza mi antecesor, bajo Leopold de Babenberg. Pero yo no mato animales -es cierto que tiene fama de no haber disparado nunca un tiro en una cacería-, porque una íntima repugnancia me dice que no correspondería a mis hábitos talares. A ti puedo hablarte de ello, porque, de muchachos, aprendimos ya a bailar juntos. Pero nunca me atreveré a presentarme en público y a decir: ¡No dispararás cuando vayas de caza! Dios sabe si esto es verdad, pero no es una doctrina de la Iglesia. En cambio los invitados de tu amiga dan un valor oficial a todo lo que les pasa por la cabeza! ¡Ahí tienes lo que hoy recibe el nombre de espíritu!” Tiene motivos para reírse, Su

Eminencia -continuó diciendo en nombre propio el conde Leinsdorf-, porque su cargo es inmutable. Pero nosotros, los laicos, tenemos la difícil función de descubrir el bien en el cambio incesante. Así se lo dije a él. Le pregunté: “¿Por qué Dios ha permitido que exista una literatura, una pintura y otras cosas por el estilo, cuando en el fondo nos resultan tan insustanciales?” Entonces me ha dado una explicación muy interesante. “¿Has oído hablar del psicoanálisis?”, me pregunta. Yo no sé qué contestarle. “Bueno -me dice-, quizás me respondas que es una porquería. No vamos a discutirlo, ya que todo el mundo lo dice; y en cambio acuden más a estos médicos de moda que a nuestros confesonarios católicos. No te digo que van ellos a manadas, porque la carne es débil! Airean sus pecados secretos, porque para ellos es un gran placer, y si luego reniegan de ello, yo te digo que lo que se aborrece es lo que se compra. Pero también puedo demostrarte que lo

que imaginan haber inventado sus médicos incrédulos no es más que lo que la Iglesia viene haciendo desde sus comienzos: expulsar a los demonios y curar a los posesos. Incluso en los detalles existe esta coincidencia con el ritual del exorcismo, por ejemplo: cuando, por todos los medios, inducen al poseso a contar lo que se esconde en su interior; éste es, según la doctrina de la Iglesia, el momento preciso en que el demonio se lanza por primera vez a la ofensiva. Sólo que nosotros hemos olvidado adaptarnos a tiempo a las nuevas necesidades y hablar de psicosis, inconsciente u otros modernismos, en lugar de seguir hablando de obscenidad y de demonios.” ¿No le parece interesante? -preguntó el conde Leinsdorf.

-Pero lo que viene es quizás más interesante todavía, porque me dijo: “No vamos a hablar, sin embargo, de que la carne es débil, sino de que también lo es el espíritu! Y la Iglesia ha tenido la inteligencia de no dejar

pasar nada. El hombre teme muchísimo menos al demonio que se apodera de su cuerpo, incluso cuando simula combatirlo, que a la iluminación que le viene del espíritu. Tú no has estudiado teología, pero por lo menos la respetas, y esto es más de lo que jamás llega a alcanzar un filósofo profano en su ceguera; puedo decirte que la teología es tan difícil que, tras ocuparse sólo en ella durante quince años, **¶** único que uno sabe de la misma es que no entiende ni una sola palabra en su verdadero sentido! Y naturalmente, nadie tendría fe, si supiera lo difícil que es en el fondo; **¶** todo el mundo diría pestes de nosotros! Nos criticarían... ¿lo comprendes ahora? -me dijo con astucia—, exactamente igual que critican a todos aquellos que escriben libros y pintan cuadros y pronuncian frases contundentes. Hoy dejamos de buena gana el campo libre a su pretensión, porque, puedes creerme, cuanto más grande es su seriedad, menor es su

preocupación por sus placeres y sus ingresos y más sirven a Dios, a su errónea manera: más insustanciales son para la gente y más pestes dicen de ellos. “Esto no es la vida”, dicen. Nosotros sí sabemos lo que es la verdadera vida y se lo mostraremos. Porque nosotros podemos esperar y tú mismo vivirás tal vez su regreso a nosotros, furiosos contra tanta inteligencia inútil. Hoy puedes observarlo ya en nuestras propias familias: y en tiempos de nuestros padres creían Dios sabe qué, que podían convertir el cielo en una universidad!”

-No voy a afirmar -concluyó el conde Leinsdorf esta parte de su exposición para iniciar la siguiente- que todo esto lo dijera literalmente así. En Mürzbruck, los Hostnitz tienen un famoso vino del Rhin, que el general Marmont dejó olvidado allí el año 1805, porque tuvo que emprender a escape la marcha hacia Viena; y de este vino nos sirvieron en la boda. Pero el cardenal tenía razón

en las cosas esenciales. Y si ahora me pregunto cómo debo entenderlo, sólo puedo decir: seguro que es exacto, pero probablemente hay algo que falla. Es decir: no puede haber duda de que la gente invitada por nosotros, porque se nos dice que representan el espíritu de nuestra época, son gente que no tienen nada que ver con la vida real, y la Iglesia puede esperar con tranquilidad; pero nosotros, los políticos civiles, no podemos esperar; tenemos que extraer de una vez lo que haya de bueno en la vida como es. Es cierto que el hombre no vive sólo de pan, sino del alma; el alma sirve, por así decirlo, para que el hombre pueda digerir el pan; y para ello, en opinión del conde Leinsdorf, la política debía espolear el alma.

-O sea que tiene que ocurrir algo -dijo-, lo exige nuestra época. Hoy tienen este sentimiento todos los hombres, por así decirlo, y no sólo los políticos. Nuestra época tiene

algo de interino, que a la larga no puede soportar nadie.

Había adoptado la idea de que había que dar un golpe al equilibrio vacilante de las ideas, sobre el que se sustenta, si cabe, el no menos vacilante equilibrio de las potencias europeas.

-[La naturaleza de este golpe es algo casi secundario! -le aseguró a Ulrich, el cual, con simulado terror, declaró a Su Excelencia que casi se había vuelto un revolucionario desde la última vez que lo vio.

-[Sí! ¿Por qué no? -replicó halagado el conde Leinsdorf-. Naturalmente, Su Eminencia también sostenía que sería, por lo menos, un pequeño paso adelante el hecho de que Su Majestad pudiera proveer de otra forma el Ministerio del Interior; pero a la larga, estas pequeñas reformas quedan sin efecto, por muy necesarias que sean. ¿Sabe usted que, en mis actuales reflexiones, casi pienso algunas veces en los socialistas?

Dejó a su interlocutor el tiempo suficiente para que se recuperase del asombro que él estimaba inevitable, y luego prosiguió en tono resuelto:

-Puede creerme que el verdadero socialismo no sería tan terrible como se supone. Usted podrá objetar que los socialistas son republicanos; y ciertamente, no hay que hacerles mucho caso cuando hablan, pero si uno los toma en consideración con realismo político, casi puede llegar a la convicción de que una república socialdemócrata con un fuerte soberano a la cabeza, no sería una forma política imposible. Yo, por mi parte, estoy seguro de que, si se les hicieran algunas concesiones, renunciarían al uso de la violencia y se sentirían aterrados ante sus reprobables principios; en cualquier caso, tienden ya a atenuar la lucha de clases y la lucha contra la propiedad. Y entre ellos hay gente que anteponen aún el Estado al Partido; en cambio los burgueses, desde las



últimas elecciones, se han radicalizado ya completamente en sus contradicciones nacionales. Queda el Emperador -prosiguió con una voz amortiguada y amistosa-. Ya le he insinuado antes que debemos aprender a pensar en términos de economía política; la unilateral política de las nacionalidades ha llevado al Imperio a la inoperancia. Toda esta ensalada de libertades checo-polaco-germano-italianas es para el Emperador, ¿cómo decirlo?, algo completamente ajeno. Lo que Su Majestad siente en el fondo de su razón es únicamente el deseo de que sean votados sin limitaciones los benditos militares para el fortalecimiento del Imperio, y luego siente también una viva repugnancia contra las pretensiones del mundo de ideas de burguesía, conservadas probablemente desde el cuarenta y ocho. Pero, en estos dos sentimientos, Su Majestad es, por así decirlo, el primer socialista del Estado. ¶Creo que ahora se da usted cuenta de la magnífica

perspectiva de la que le estoy hablando! Queda tan sólo la religiosidad, que implica aún una oposición infranqueable, y de ella tengo que hablar todavía con Su Eminencia.

Su Excelencia se abismó silencioso en la convicción de que la historia, especialmente la de su patria, a causa del estéril nacionalismo al que se había visto abocada, no tendría más remedio que dar un paso hacia el futuro; en este sentido, concebía la esencia de la historia, por una parte, como un ser bípedo, y por otra parte la consideraba una necesidad filosófica. Así, era comprensible que, de pronto, y con los ojos irritados, regresara a la superficie como un buzo tras haber bajado a demasiada profundidad.

-[Sea como sea, tenemos que prepararnos a cumplir con nuestro deber! -dijo.

-¿En qué consiste, según Su Excelencia, nuestro deber? -preguntó Ulrich.

-¿En qué consiste nuestro deber? [Precisamente consiste en cumplir con nuestro

deber! Es siempre lo único que le queda a uno por hacer! Pero para pasar a otro tema... -sólo entonces pareció recordar nuevamente el conde Leinsdorf el montón de periódicos y de protocolos sobre el que descansaba su puño cerrado.

-Vea usted, el pueblo pide hoy una mano fuerte; pero una mano fuerte necesita bellas palabras, de lo contrario el pueblo no se deja convencer. Y usted, precisamente usted, en mi opinión, posee de un modo eminente esta cualidad. Lo que dijo, por ejemplo, la última vez, cuando nos reunimos todos en casa de su prima antes de su viaje... ¿lo recuerda? Dijo usted que nosotros debíamos fundar un comité central para la beatitud con el fin de poderla conciliar en lo ideológico con nuestra exactitud terrenal, y esto es algo que, planteado de un modo tan simplista, resulta imposible..., pero Su Eminencia se rió de buena gana cuando le hablé de ello. En cierto modo, como suele decirse, se lo metí bajo las

narices, y aunque él suele burlarse de todo, yo sé muy bien si la risa le viene de la bilis o del corazón. No podemos en modo alguno prescindir de usted, querido doctor...

Las restantes manifestaciones del conde Leinsdorf durante aquel día habían tenido la forma elaborada de los sueños penosos; en cambio, el deseo de que Ulrich abandonara su propósito de dimitir de su puesto de secretario honorario de la Acción Paralela “por lo menos de un modo provisionalmente definitivo”, lo formuló de un modo tan preciso y contundente, y la mano del conde Leinsdorf se posó de un modo tan agresivo en el brazo de Ulrich, que éste casi tuvo la sensación, nada tranquilizadora, de que todos los discursos anteriores habían sido más astutos de lo que al principio imaginó, y que sólo habían sido destinados a adormecerle la prudencia. En este instante, se sentía muy enojado con Clarisse, que era quien le había llevado a aquella situación; pero como él

había solicitado el favor del conde Leinsdorf cuando, en el primer hueco de la conversación, tuvo la oportunidad de hacerlo, y como el complaciente aristócrata, deseoso de hablar sin interrupción, le había respondido inmediatamente del modo más amable, a Ulrich no le quedó otro remedio que pagarle a regañadientes la contrapartida.

-Tuzzi me ha hecho comunicar -respondió satisfecho el conde Leinsdorf- que usted se decidiría tal vez por un hombre de su oficina, el cual le descargaría del trabajo más penoso. “Bien -le he contestado-, [con tal que lo haga realmente!” En definitiva, el hombre que le darán ha jurado su cargo, y mi secretario, que con gusto pondría a su disposición, es desgraciadamente un cretino. Simplemente, quizás sería mejor que no le mostrara nada de los asuntos reservados; porque, bien mirado, no es muy agradable que nuestro hombre nos venga recomendado precisamente por Tuzzi; por lo demás, desde

ahora puede usted arreglárselas como mejor le convenga.

De este modo concluyó Su Excelencia, condescendiente, tan fructífera entrevista.

## ***21 - Echa al fuego todo lo que tengas, hasta los zapatos***

**D**URANTE todo este tiempo, y desde el momento en que se quedó sola, Agathe vivió en un relajamiento total de todas sus relaciones y en un distanciamiento suavemente melancólico de la voluntad: un estado que recordaba una elevada cumbre, desde la cual sólo se ve el inmenso azul del cielo. Cada día andaba un poco por la ciudad, con el fin de distraerse; cuando estaba en casa, leía; se dedicaba a sus asuntos. Esta actividad suave, insignificante, de la vida, la sentía con un placer agradecido. Nada amenazaba su estado de ánimo, ni vínculos con el pasado, ni preocupaciones por el futuro; si sus ojos se posaban en alguno de los objetos que la

rodeaban, era como si quisiera atraer hacia ella un cordero joven: o se le acercaba dulcemente o no le prestaba la menor atención; no actuaba nunca con intención, con el movimiento de avidez interior que da algo, de violento y efímero a la vez a la inteligencia fría, puesto que ahuyenta la felicidad que está en las cosas. De este modo, a Agathe le parecía que cuanto la rodeaba era mucho más comprensible que de costumbre; pero lo que más le daba que pensar eran aún las conversaciones con su hermano. De acuerdo con la peculiar naturaleza de su memoria, singularmente fiel, capaz de no deformar su contenido con ningún prejuicio ni designio, en torno a ella volvían a emerger las palabras vivas, las pequeñas sorpresas de la entonación y los ademanes de aquellas conversaciones, sin mucha coherencia y más bien en el estado que tenían antes de que Agathe captara y supiera cuál era su objeto. No obstante, todo estaba lleno de sentido en



el más alto grado. Su recuerdo, presidido ya muy a menudo por el remordimiento, se llenaba esta vez de tranquilo afecto, y de un modo acariciador, el tiempo pasado se mantenía estrechamente pegado al calor de su cuerpo, en lugar de perderse como de costumbre en el frío y la oscuridad que esperan al tiempo que uno ha vivido en vano.

Y así, envuelta en una luz invisible, Agathe hablaba también con los abogados, notarios y comerciantes a cuyas casas la llevaban sus paseos. Jamás se vio rechazada; los deseos de la encantadora joven, cuyo apellido era además una recomendación, eran siempre bien acogidos. Con todo, ella misma no dejaba de actuar en el fondo con tanta mayor seguridad, cuanto mayor era su distracción: lo que había decidido era algo inamovible, aunque quedara en cierto modo fuera de su mente, y la experiencia adquirida en su vida anterior -es decir, algo que se puede diferenciar de la persona- seguía

trabajando en aquella resolución como un afanoso jornalero que aprovecha con serenidad las ventajas que se le ofrecen para cumplir su misión; la idea de que todo lo que hacía la ponía en camino de cometer una impostura -una interpretación semejante de sus actividades, evidente para quien las considerara desde fuera- jamás llegó a preocuparla durante todo ese tiempo. La unidad de su consciencia excluía dicha posibilidad. El fulgor de su consciencia eclipsaba este punto oscuro que, en cierto modo, estaba en el centro de la misma como el núcleo de la llama. Ni la propia Agathe sabía cómo expresarlo: a causa de su designio se hallaba en un estado situado a una distancia enorme de la fealdad de ese mismo designio.

La misma mañana en que partió su hermano, Agathe se había examinado a sí misma con atención; casualmente, empezó por la cara, porque sus ojos se sintieron atraídos por ella y ya no pudo apartarlos del

espejo. Fue retenida como cuando uno no quiere marcharse, pero recorre cien pasos una y otra vez hasta un objeto que se ha hecho visible el último momento, al cual quiere uno dirigirse definitivamente, y al final acaba siempre por dejarlo correr. Así fue retenida Agathe, sin vanidad, ante el paisaje de su “yo”, situado frente a sus ojos como bajo un velo de cristal. Pasó a los cabellos, que seguían siendo como terciopelo claro. Desabrochó el cuello de su figura reflejada en el espejo y dejó que la ropa se deslizara por su espalda; luego la desvistió completamente y la examinó hasta las rosadas placas de las uñas con que termina el cuerpo en las manos y en los pies, y casi deja de pertenecerse a sí mismo. Todo era aún como el día brillante que se acerca al cénit: ascendente, puro, preciso e irrigado por el devenir que precede al mediodía y que, en un ser humano o en un animal joven, se expresa de la misma forma indescriptible que en una pelota que no ha

alcanzado aún el punto más alto de su trayectoria, pero se halla muy poco por debajo de él. “Puede que en este mismo momento lo esté cruzando”, pensó Agathe. Esta idea la asustó. En cualquier caso, aún podía faltar algún tiempo: sólo tenía veintisiete años. Su cuerpo, no influido por el deporte, ni por los masajes, ni por la maternidad, no había sido moldeado más que por el impulso de su propio desarrollo. Si hubiese sido posible trasladarlo, desnudo, a uno de aquellos vastos y solitarios paisajes que forman, mirando al cielo, elevadas cadenas montañosas, la inmensa y estéril ondulación de aquellas alturas hubiera podido sostener aquel cuerpo como el de una diosa pagana. En una naturaleza de esta especie, el mediodía no vierte haces de luz y calor; parece, simplemente, elevarse un poco más sobre su punto álgido y pasar imperceptiblemente a la belleza de la tarde que flota en su descenso. Del espejo

venía la sensación algo inquietante de la hora indefinida.

En aquel momento, Agathe había pensado que también Ulrich dejaba pasar su vida como si tuviera que durar eternamente. “Puede que sea un error no habernos conocido ya de ancianos”, se dijo a sí misma, y tuvo la visión de dos bancos de nubes precipitándose sobre la tierra al caer la tarde. “No son tan bellos como el luminoso mediodía - pensó-, pero ¿qué les importa a esas dos masas grises amorfas lo que de ellas piensen los humanos? ¡Ha llegado su hora, y es tan suave como la más fulgente del mediodía!” Casi daba ya la espalda al espejo; pero una tendencia a la exageración inherente a su estado de ánimo la incitó de pronto a volverse de nuevo, y no pudo reprimir la risa al recordar a dos obesos bañistas de Marienbad que vio años atrás en un banco de color verde, acariciándose con la mayor de las ternuras. “También su corazón late con

fuerza bajo la grasa y, sumidos en la visión interior, nada saben de la hilaridad que produce su exterior”, se dijo Agathe, y adoptó una expresión de arrobo, intentando dar a su cuerpo un aspecto más grueso e imaginarlo con pliegues de grasas. Una vez hubo pasado el acceso de presunción, parecía que hubiera en sus ojos unas minúsculas lágrimas de ira, y entonces se contuvo con frialdad y volvió al examen de su físico. Aunque pasaba por ser delgada, observó en sus miembros, con exaltación, una posibilidad de que pudieran volverse pesados. Probablemente la caja torácica era también demasiado ancha. De la piel muy blanca, oscurecida en el rostro por el tono rubio de los cabellos, se destacaba, como iluminada por velas encendidas durante el día, la nariz, quizás demasiado grande, y en uno de los lados, su línea, casi clásica, se deprimía en la punta. Por todas partes, bajo la forma primera, semejante a la llama, se escondía una segunda forma más

ancha y severa, como una hoja de tilo caída entre ramas de laurel. Agathe sentía curiosidad por sí misma, como si por primera vez se viese exactamente como era. Así podían haberla visto, sin duda, los hombres con quienes había tenido relaciones, y ella misma no tuvo nunca la más ligera idea. Esta sensación no era demasiado tranquilizadora; sin embargo, por algún capricho de la imaginación, antes de que pudiera pedir cuenta de ello a sus recuerdos, le pareció que, tras todo lo que había vivido, se podía oír el bramido de amor, prolongado y ardiente, del asno, que siempre la había excitado de un modo extraño: suena con una torpeza y una fealdad sin límites, pero precisamente por ello no existe otro heroísmo del amor tan desconsoladamente dulce como el suyo. Se encogió de hombros al pensar en su vida amorosa y volvió con firme voluntad a su imagen, intentando descubrir en ella algún lugar en que se manifestaran ya los efectos

de la edad. Había las pequeñas zonas junto a los ojos y los oídos, que son las primeras en modificarse y parece, al principio, como si algo hubiese dormido encima de ellas, o la curva bajo la cara interior de los senos, que tan pronto pierde su claridad; en aquel momento la habría tranquilizado y dado un poco de paz el hecho de poder observar en su cuerpo una transformación; pero en ninguna parte del mismo era perceptible dicha transformación, y la belleza del cuerpo flotaba casi de un modo inquietante en las profundidades del espejo.

En este momento, a Agathe le pareció realmente extraño ser la señora de Hagauer, y la diferencia entre las claras e innumerables relaciones implícitas en dicho nombre y la incertidumbre que, dentro de las mismas, se apoderaba de ella era tan grande, que tuvo la sensación de no tener cuerpo, de que su cuerpo pertenecía a la señora Hagauer que estaba al fondo del espejo, la



cual vería ahora cómo Agathe acababa con aquel cuerpo, porque había admitido unos vínculos inferiores a los que exigía su dignidad. También en aquello había algo del indeciso y fluctuante goce de la vida, que a veces es como una terrorífica visión, y lo primero que -tras volverse a vestir a toda prisa- resolvió Agathe fue algo que la llevó a su dormitorio a buscar una cajita que debía de estar allí, entre las prendas de su equipaje. Aquella cajita hermética, que tenía entre sus objetos casi desde que se casó con Hagauer y de la que no se separaba jamás, contenía una reducida dosis de una sustancia de color desagradable; le habían dicho que se trataba de un veneno muy activo. Agathe recordaba ciertos sacrificios que se había visto obligada a hacer para entrar en posesión de aquella materia prohibida, de la que sólo conocía lo que le habían contado sobre su efecto y el nombre, un nombre químico que sonaba a fórmula mágica, uno de aquellos nombres

que los no iniciados deben recordar sin entenderlos. Es evidente, sin embargo, que todos los medios que, como la posesión de veneno o de armas, o la búsqueda de peligros a superar, nos acercan un poco más a nuestro fin pertenecen al romanticismo del goce de vivir. Y es posible que la vida de la mayor parte de los seres humanos se desarrolle con tanta opresión, con tantas vacilaciones, con tanta oscuridad dentro de la claridad, y, en general, de un modo tan absurdo, que tan sólo la posibilidad remota de acabar con ella es ya capaz de liberar la alegría que habita en su interior. Agathe se sintió tranquilizada cuando sus ojos se posaron en el pequeño objeto metálico que, por la incertidumbre que pesaba sobre ella, le pareció un talismán y un amuleto que le traería suerte.

Esto no significaba en modo alguno que Agathe tuviese por esta época la intención de matarse. Al contrario, temía -la muerte como la teme toda persona joven cuando, por

ejemplo, antes de dormirse tras un día de sana actividad, piensa, ya en la cama: “Es inevitable; habrá algún día, tan bello como hoy, en el que estaré muerto.” Además, uno no tiene las menores ganas de morirse cuando ha visto a otra persona en este mismo trance, y el fallecimiento de su padre había atormentado a Agathe con impresiones cuyo horror surgía de nuevo ante ella desde que, tras la partida de su hermano, se había quedado sola en la casa. Pero Agathe se decía con frecuencia: “Estoy ya un poco muerta”, y precisamente en instantes como aquellos en los que acababa de tomar conciencia de la bella conformación y de la salud de su cuerpo joven, de su tensa belleza, tan gratuita en su misteriosa coherencia como la disolución de sus elementos en la muerte, Agathe pasaba fácilmente del estado de feliz seguridad en sí misma al estado de desasosiego, de asombro y de mutismo que sentimos cuando, de una estancia llena de

vida, pasamos de pronto a encontrarnos bajo el brillo tembloroso de las estrellas. A despecho de los designios que bullían en su interior, y a pesar de la complacencia por haber conseguido salvarse de una vida malograda, se sentía ahora un poco desprendida de sí misma y unida a la vez a sí misma con unos lazos que eran muy imprecisos. Fríamente, pensaba en la muerte como en un estado en el que son abolidos todos los esfuerzos y todas las imaginaciones, y se la representó como un adormecimiento interior: uno reposa en la mano de Dios, y esta mano es como una cuna o como una hamaca atada a dos gruesos árboles y movida un poco por el viento. Imaginó la muerte como un gran apaciguamiento y un gran cansancio, liberados de toda volición y de todo esfuerzo, de toda reflexión y de toda atención; algo así como la agradable flojedad que se siente en los dedos cuando el sueño los desprende cuidadosamente de algún objeto, el último

del mundo al que todavía se aferran. Con todo ello, Agathe se había hecho, sin duda, una idea bastante cómoda y tolerante de la muerte, como correspondía a las necesidades de alguien que jamás se ha sentido favorablemente inclinado a los trabajos de la vida; finalmente se sintió divertida al observar que todo aquello le recordaba la otomana que había mandado poner en el severo salón paterno para leer tendida en ella, única transformación efectuada por su propia iniciativa en la casa.

No obstante, la idea de renunciar a la vida era en Agathe todo lo contrario de un simple juego. A ella le parecía profundamente digno de crédito que a una agitación tan decepcionante debiera seguir un estado cuya reconfortante calma adoptara involuntariamente en su imaginación una especie de contenido corporal. Lo sentía así porque no tenía necesidad alguna de la apasionante ilusión de que el mundo tenía que mejorar, T

se sentía siempre dispuesta a renunciar a su participación en dicho mundo, siempre que ello pudiera hacerse sólo de un modo agradable; pero resultaba además que, durante la insólita enfermedad que contrajo en el límite entre su infancia y su adolescencia, había tenido un singular encuentro con la muerte. Entonces -en una disminución apenas controlable de su fuerza, que parecía inscribirse en el menor espacio de tiempo y que, en conjunto, era de una rapidez irresistible- cada día había más partes de su cuerpo que se desprendían de ella y eran aniquiladas; pero al mismo ritmo que este aniquilamiento y que este alejamiento de la vida, nació en ella una aspiración nueva e inolvidable a un objetivo que desterraba toda la inquietud y el miedo de la enfermedad y constituía un estado curiosamente preñado de contenido, en el cual podía incluso ejercer cierto dominio sobre los adultos que la rodeaban, cada vez más inseguros. No es imposible que esta ventaja

que ella conoció en unas circunstancias tan impresionantes, constituyera después el núcleo de su disposición anímica a abandonar de esta misma manera la vida cuyos estímulos, por alguna razón, no correspondían a sus esperanzas; no obstante, es aún más probable que se comportara a la inversa y que aquella enfermedad, gracias a la cual se sustrajo a las exigencias de la escuela y del hogar paterno, fuese la primera manifestación de su transparente relación con el mundo, en cierto modo permeable a una irradiación afectiva para ella desconocida. Porque Agathe, en armonía con una manera de ver las cosas originariamente simple, se sentía predispuesta a la calidez, a la vitalidad e incluso a la alegría, y era fácil de contentar, y había sabido arreglárselas muy bien en las más diversas situaciones de la vida; tampoco se había producido jamás en ella aquella caída en la indiferencia que amenaza a las mujeres incapaces de soportar por más

tiempo su desilusión: pero, en medio de la risa o del alboroto de las aventuras sensuales, que continuaban produciéndose a pesar de todo, se escondía la depreciación que llenaba de cansancio todas las fibras de su cuerpo y le daba un ansia de algo distinto, que podía definirse sobre todo con la palabra “nada”.

Esta “nada” tenía un contenido definido, aunque indefinible. Durante mucho tiempo y en múltiples ocasiones, Agathe se había repetido a sí misma la frase de Novalis: “¿Qué puedo hacer por mi alma, que habita en mí como un enigma indescifrado y da al hombre visible la mayor arbitrariedad, porque no puede dominarlo de ninguna manera?” Pero la luz vacilante de esta frase, tras haberla iluminado como un relámpago, volvía a perderse una y otra vez en la sombra; porque ella no creía en el alma, ya que dicha creencia le parecía presuntuosa y se le antojaba demasiado precisa para aplicarla además a su



persona. Y mucho menos podía creer aún en lo terrenal. Para comprenderlo, basta con hacerse cargo de que esta desconfianza en el orden terreno, sin que exista la fe en un orden supraterreno, es algo profundamente natural; porque en todo cerebro, al lado del pensamiento lógico, con su simple y estricto sentido ordenador, reflejo de las relaciones exteriores, se impone también un pensamiento afectivo, cuya lógica, si es que se puede definir como tal, corresponde a las propiedades de los sentimientos, pasiones y estados de ánimo, de suerte que las leyes de ambos pensamientos se interrelacionan más o menos como ocurre con las leyes que rigen en un almacén de maderas (donde los troncos están cortados en forma rectangular y amontonados para su traslado) y las leyes oscuramente intrincadas del bosque, con sus rumores y su fuerza de crecimiento. Y como los objetos de nuestro pensamiento no son en modo alguno independientes de sus

estados, resulta que en cada ser humano no sólo se mezclan ambas formas de pensamiento, sino que a la vez pueden enfrentarlo hasta cierto punto a dos mundos, por lo menos inmediatamente antes y después del “primer momento misterioso e indescriptible” que, según la afirmación de un célebre pensador religioso, aparece en toda percepción sensorial, antes de que el sentimiento y la idea se separen y ocupen los lugares donde uno tiene la costumbre de hallarlos: como un objeto en el espacio y como una reflexión encerrada en el observador.

Por consiguiente, cualquiera que sea la conformación de la relación entre las cosas y el sentimiento en la concepción filosófica madura del hombre civilizado, todo el mundo es capaz de conocer los momentos de superabundancia en los que se ha producido aún una escisión, como si tierra y agua no se hubiesen separado aún, como si las olas del sentimiento estuviesen en el mismo

horizonte de las elevaciones y los valles que forman la figura de las cosas. Ni siquiera es preciso aceptar que Agathe viviera tales momentos con una frecuencia insólita; simplemente, los percibía con mayor viveza o, si se quiere, con mayor contenido de superstición, porque estaba siempre dispuesta a creer en el mundo y a dejar de creer en él inmediatamente después, como lo hacía desde su época escolar, sin que posteriormente, cuando entró en más íntimo contacto con la lógica de los hombres, dejara de hacerlo. En este sentido, muy distante de la arbitrariedad y del capricho, Agathe -de haber sido más consciente de sí misma- habría podido pretender definirse a sí misma como la más ilógica de las mujeres. Pero jamás tuvo la ocurrencia de ver nada más que una singularidad personal en los sentimientos de abandono y de desvío que experimentaba. Sólo al encontrarse con su hermano se había operado en ella una transformación. En las estancias

vacías, excavadas en las sombras de la soledad, que hasta hacía poco habían estado repletas de conversaciones y de una comunidad que penetraban hasta lo más profundo del alma, la diferencia entre separación corporal y presencia espiritual se perdía de un modo involuntario; Agathe, durante los días que se iban deslizando sin ningún signo característico, sentía con tanta intensidad como jamás había sentido el encanto particular de la omnipresencia y de la omnipotencia, que va unido al paso del mundo de los sentimientos al mundo de las percepciones. Su capacidad de atención parecía estar abierta, no ya a los sentidos, sino a lo más profundo de su corazón, que nada quería iluminar más que lo que brillara tanto como él; al margen de la ignorancia de la que generalmente solía acusarse, Agathe - al recordar las palabras de su hermano - creía comprenderlo todo sin tener la obligación de reflexionar sobre ello. Y así como, de esta

suerte, su espíritu se sentía lleno de sí mismo, hasta el punto de que la idea más viva tenía siempre algo de la silenciosa fluctuación de un recuerdo, así también todo lo que le ocurría se extendía formando un presente ilimitado; incluso cuando hacía algo, esta acción consistía en abolir una separación entre ella, que actuaba, y lo que ocurría, y su movimiento parecía ser en realidad el camino emprendido por las cosas mismas para acercarse a ella, cuando ella les tendía los brazos. Este dulce poder, su conocimiento y la presencia parlante del mundo -cuando Agathe se preguntaba sonriente lo que estaba haciendo- apenas si podían distinguirse de la ausencia, de la impotencia y de una profunda mudez espiritual. Exagerando un poco sus sensaciones, Agathe habría podido decir de sí misma que ya no tenía ni idea de dónde se hallaba. Por todas partes se encontraba metida en algo quieto, inmóvil, dentro de lo cual se sentía a

la vez elevada y absorbida hasta desaparecer. Hubiera podido muy bien decir: estoy enamorada, pero no sé de quién.

Una clara voluntad que siempre había echado de menos en ella, la llenaba, pero no sabía lo que se estaba iniciando en esta claridad; porque todo lo que hubo de bueno y de malo en su vida carecía de significación.

Así, no sólo cuando contemplaba la cajita de veneno, sino todos los días, Agathe pensaba que quería morir o que la dicha de la muerte debía de ser semejante a la dicha con que estaba pasando aquellos días en los cuales esperaba reunirse con su hermano y durante los cuales hacía precisamente todo lo que él le había suplicado no hacer. No podía hacerse una idea de lo que ocurriría cuando estuviera junto a su hermano en la capital. Casi con ganas de reprochárselo, recordaba que, más de una vez, su hermano había dejado entrever sin ambages su esperanza de que ella tendría allí mucho éxito y de

que pronto encontraría un nuevo esposo o al menos un amante; **A**quello era precisamente lo que no ocurriría! **A**gathe lo sabía! Amor, niños, días felices, alegres reuniones, viajes y un poco de arte...; era tan sencilla la buena vida; ella comprendía su complacencia y no era insensible a la misma. Pero, por muy predispuesta que /estuviera a sentirse inútil, Agathe llevaba en su interior todo el desprecio, propio de la persona nacida para la rebelión, contra aquella sencillez demasiado simple. La reconocía como un engaño. La vida que se pretende plenamente vivida es en realidad algo lleno de “incongruencia”; siempre le falta algo en su fin, y también en su verdadero fin real, la muerte. Es como -y Agathe buscaba una expresión para definirlo- un montón de cosas acumuladas, que no han sido ordenadas por ninguna exigencia superior: algo no completo en su plenitud, lo contrario de la simplicidad, una confusión pura y simple que uno acepta con la alegría

de la costumbre. Y dando un inesperado salto en su proceso mental, pensó: “Es como un montón de niños desconocidos, que uno contempla con una amabilidad aprendida, con un miedo creciente, porque entre ellos no puede distinguir a los niños propios.”

El hecho de haberse propuesto acabar con su vida la tranquilizó, aun suponiendo que, tras la última mutación que aún tenía en perspectiva, esta vida no experimentara ningún cambio. Como el fermento en el vino, fluía en ella la esperanza de que la muerte y el terror no serían la última palabra de la verdad. No tenía necesidad de pensar en ello. E incluso temía dicha necesidad, a la que Ulrich con tanto gusto cedía, y este temor tenía un carácter agresivo. Porque sentía que todo aquello a lo que con tanta fuerza se agarraba, no estaba totalmente exento de la constante sospecha de que era simple apariencia. Pero con idéntica certidumbre, la apariencia contenía una realidad fluida, diluida: quizás se



tratará de realidad aún no convertida en tierra. Así lo pensaba; y en uno de aquellos momentos milagrosos en los que el lugar donde ella se encontraba parecía disolverse en lo impreciso, llegaba a creer que tras ella, en el espacio donde jamás alcanzaba la vista, quizás estaba Dios. Este exceso la aterró! Una amplitud, un vacío tremendos penetraron en ella de pronto, una claridad sin orillas ensombreció su espíritu y sumió su corazón en el temor. Su juventud -fácilmente predispuesta a esta preocupación, que trae consigo la inexperiencia- le susurraba que estaba en peligro de dejar crecer los síntomas de una locura en embrión; hizo un esfuerzo por volverse atrás. Con vehemencia, se hizo la idea de que no creía en Dios. Y realmente no creía en Él desde que le habían enseñado a creer, y esto era una subdivisión de la desconfianza que sentía contra todo lo que le habían enseñado. Lo era todo menos religiosa en aquel firme sentido que tiende a

una convicción supraterrrena o simplemente moral. Sin embargo, agotada y temblorosa, tuvo que confesarse tras cierto espacio de tiempo, una y otra vez, que había sentido a “Dios” con la claridad con que habría sentido la presencia de un hombre detrás de ella, dispuesto a poner un abrigo sobre sus espaldas.

Una vez hubo reflexionado bastante sobre todo aquello, y tras recuperar su sangre fría, descubrió que la significación del proceso vivido no se relacionaba con el “eclipse de sol” en que habían caído sus sensaciones corporales, sino que tenía un carácter eminentemente moral. Una transformación súbita de su más íntimo estado de ánimo y, consiguientemente, de todas sus relaciones con el mundo, le había dado por un instante aquella “unidad de conciencia y sentidos” que hasta entonces sólo había conocido a través de escasos augurios, tan escasos que apenas bastaban para dar a la vida cotidiana algo de inconsolable, de tristemente

apasionado, tanto si Agathe intentaba actuar bien como si intentaba actuar mal. Se le antojó que esta transformación habría sido un incomparable fluir que partía tanto del ambiente e iba hacia ella, como viceversa; una unificación del más elevado significado con el más insignificante movimiento del espíritu, que apenas si se distinguía de las cosas. Las cosas estaban impregnadas de las sensaciones, y éstas lo estaban por las cosas, de una manera tan convincente, que Agathe no se sentía afectada ni siquiera por todo aquello que hasta entonces había sido definido por ella con la palabra convicción. Y esto había ocurrido en unas circunstancias que excluían la posibilidad de darse por convenida de acuerdo con la concepción habitual.

Así, la importancia de lo que ella experimentaba en su soledad no residía en el papel que le hubiese correspondido psicológicamente, como síntoma de una personalidad hipersensible o susceptible de ser destruida

fácilmente, puesto que no estaba en la persona, sino en lo general o en la relación de la persona con lo general, una relación que Agathe, no sin razón, calificaba de moral; en este sentido, a la joven mujer, desengañada de sí misma, le parecía que si podía vivir siempre como en los minutos que constituían una excepción, y si, a la vez, no era tan débil como para aferrarse demasiado a ellos, podía amar al mundo e insertarse en él de buena gana; no había otra forma de salir adelante! Entonces experimentó un deseo apasionado de volver atrás; pero los momentos de la mayor exaltación no vuelven a producirse recurriendo a la violencia; y con la claridad que tiene un día sin color tras ponerse el sol, la inutilidad de sus tempestuosos esfuerzos le hizo ver que lo único que podía esperar ,(y que en realidad esperaba con una impaciencia que se escondía pura y simplemente detrás de su soledad) era aquella perspectiva singular que su hermano

había denominado una vez, medio en serio, medio en broma, el Imperio milenario. Igualmente habría podido escoger cualquier otra expresión; porque lo que para Agathe significaba era simplemente el eco convincente y esperanzado de algo que está por llegar. No se habría atrevido a afirmarlo. Tampoco ahora sabía con seguridad si era verdaderamente posible. Ni sabía siquiera de qué se trataba en realidad. Transitoriamente, había olvidado todas las palabras con las que su hermano demostró que tras todo lo que llenaba de luminosa niebla el espíritu de ella, volvía a extenderse la posibilidad de acceder hasta lo ilimitado. Pero durante todo el tiempo que estuvo en compañía de Ulrich, Agathe tuvo siempre la sensación de que en las palabras de su hermano se configuraba un país, y no lo hacía precisamente en su cabeza, sino realmente bajo sus pies. El hecho de que con frecuencia se limitara a hablar de ello de un modo irónico, y la

misma alternancia de frialdad y sentimiento que en los primeros tiempos tanto la había confundido, ahora la alegraba en su abandono, y lo hacía mediante una especie de garantía de hablar en serio, una garantía que los estados de mal humor adoptan en mayor grado que los estados de arrobó. “Probablemente sólo he pensado en la muerte porque temo que él no hablara lo bastante en serio”, se confesó.

Le sorprendió el último día que tenía que pasar en su abandono; de pronto, todo en la casa estaba limpio y en orden; lo único que quedaba por hacer era entregar las llaves al anciano matrimonio que, por disposición testamentaria, seguía ocupando la casa de la servidumbre hasta que la finca pasara a manos de un nuevo propietario. Agathe se había resistido a ir a un hotel y, hasta el momento de su partida, prevista para después de medianoche, quiso permanecer en su sitio. Todo en la casa estaba ya embalado y

enfundado. Había sólo unas luces provisionales. Unas cajas de embalaje, unidas entre sí, formaban una mesa y una silla. Al borde de una angostura, en una especie de terraza de cajas, Agathe se había hecho servir la cena. El viejo criado de su padre hacía balancear los utensilios de la vajilla entre la luz y las sombras; él y su mujer habían insistido en servirse de su propia cocina, para que la “joven señora” -así la llamaban- no estuviese mal servida al comer por última vez en su casa paterna. Y de pronto, Agathe tuvo unas ideas que se apartaban completamente del espíritu en el que había pasado los últimos días: “¿Se habrán dado cuenta de algo?”, pensó. Podía ser que no hubiese destruido todos los papeles en que había hecho las pruebas para la posterior falsificación del testamento. La invadió un terror frío, la tremenda opresión de pesadilla que se apodera de todos los miembros, el mezquino terror de la realidad que, no sólo no da nada al

espíritu, sino que le quita todo lo que puede. En este momento sintió con apasionada fuerza el deseo de vivir que había renacido en ella. Rechazó con violencia la posibilidad de que algo pudiera impedírselo. Cuando regresó el viejo criado, intentó con decisión escrutar su rostro. Pero el anciano, con su prudente sonrisa, iba y venía sin la menor sospecha y daba la sensación de algo mudo y solemne. Ver algo en su rostro era tan difícil como verlo a través de un muro, y Agathe no sabía si tras aquel fulgor ciego se escondía alguna otra cosa. También ella sentía ahora la presencia de algo mudo, solemne y triste. El anciano había sido siempre el confidente de su padre, incondicionalmente dispuesto a confiarle cualquier secreto de los hijos que llegase a sus oídos: pero Agathe había nacido en la casa, y todo lo que había venido ocurriendo desde entonces llegaba hoy a su fin; a Agathe le conmovía que ahora, ella y él, estuviesen solos y se comportasen tan



ceremoniosamente. Tomó la decisión de hacer al criado un pequeño obsequio en metálico y, sintiéndose débil de pronto, tuvo la idea de decir que lo hacía por encargo del profesor Hagauer; no lo pensó por astucia, sino que su idea era producto de una sensación de arrepentimiento y respondía a la intención de no dejar nada por hacer, aunque veía claramente que aquello era tan improcedente como supersticioso. Antes de que el anciano volviese a entrar, sacó una vez más sus dos pequeñas cajitas, y la que tenía la fotografía de su amante inolvidable -tras contemplarla por última vez con el ceño fruncido- la deslizó bajo la tapa de una caja de embalaje mal clavada, que a una hora determinada pasaría a un almacén por tiempo indefinido y que debía de contener batería de cocina o lámparas; porque oyó un sonido metálico, como cuando se caen las ramas de un árbol; luego puso la cajita del veneno en el lugar ocupado antes por la fotografía.

-[Qué anticuada soy! -pensó sonriendo-

[Ciertamente, hay cosas más importantes que las experiencias amorosas!

Pero no lo creía así.

En este momento habría sido imposible decir si rechazaba o si deseaba establecer relaciones ilícitas con su hermano. Dependría del futuro. Pero en su estado actual, nada armonizaba con la precisión de una pregunta semejante.

La luz daba un toque de color a las tablas en las que estaba sentada: entre un blanco estridente y un negro profundo. Y la idea de que estaba pasando la última noche en la casa donde había sido traída al mundo por una mujer que jamás había podido recordar y de la cual también había nacido Ulrich, era una idea que llevaba esa misma máscara trágica que daba algo de inquietante a su significación, por lo demás bien simple. Una ancestral impresión se deslizó en su interior: la de que a su alrededor había payasos

de rostro mortalmente serio y con extraños instrumentos. Se pusieron a tocarlos. Agathe reconoció en ellos algo que había soñado despierta en su infancia. Ella no podía oír aquella música, pero todos los payasos la miraban. Se dijo que, en ese instante, su muerte no sería una pérdida para nadie ni para nada, y para ella misma significaría tan sólo la conclusión exterior de una progresiva muerte interior. Así pensaba, mientras los payasos hacían llegar las notas de sus instrumentos hasta el techo, y se vio a sí misma sentada en medio de la pista de un circo cubierta de serrín, y las lágrimas goteaban sobre sus dedos. Fue un sentimiento de profunda absurdidad, un sentimiento que había experimentado con frecuencia cuando era una muchacha, y pensó: “¿Es posible que haya sido una niña hasta hoy?”; esta idea no le impidió pensar en algo que adquiriría un aspecto desmesuradamente grande a causa de las lágrimas: en el hecho de que,

precisamente al encontrarse, ella y su hermano llevaban puestos unos monos de payaso semejantes. “¿Qué significa el hecho de que precisamente se haya relacionado con la presencia de mi hermano lo que ahora siento en mí?”, se preguntó. Y de pronto se puso a llorar realmente. No habría podido aducir otra causa que la de que lloraba porque el corazón se lo pedía; meneó la cabeza con energía, como si en su interior hubiera algo que no pudiera ni deshacer ni recomponer.

Entonces, con una simplicidad natural, pensó que Ulrich hallaría respuesta a todas las preguntas, y luego entró nuevamente el anciano servidor y contempló con emoción a la emocionada joven.

-Mi joven señora... -dijo, meneando también la cabeza.

Agathe lo miró confusa; pero al comprender el malentendido de esta lamentación, referida a un infantil sentimiento de

duelo, renació en ella la altivez de su juventud.

-Echa al fuego todo lo que tienes, hasta los zapatos. Si ya no te queda nada más, no pienses siquiera en la mortaja y échate desnudo al fuego -le dijo al criado.

Era una vieja sentencia que Ulrich le había leído fascinado; el viejo sonrió al primer impulso, grave y dulce, de estas palabras, que ella le decía con los ojos brillantes por las lágrimas; era una sonrisa breve e indecisa, que revelaba comprensión, y -siguiendo la indicación de la mano de su señora, deseosa de facilitarle esta comprensión induciéndole a un error- miró las cajas amontonadas, como dispuestas para una hoguera. Al oír la palabra "mortaja", el viejo había hecho un signo de asentimiento, dispuesto a seguir, aunque el camino de las palabras le pareciera también algo escabroso; pero cuando oyó la palabra "desnudo" -al repetirle Agathe la sentencia- volvió a la cortés

rigidez de su máscara de criado; su expresión aseguraba que no quería ver, ni oír, ni juzgar.

Durante todo el tiempo que sirvió a su señor, aquella palabra jamás fue pronunciada delante de él; a lo sumo, se había utilizado la expresión “desvestido”. Pero los jóvenes de ahora eran distintos, y él no podría servirlos nunca con la misma satisfacción. En medio de la calma de aquella víspera de fiesta, sintió que su carrera de sirviente tocaba a su fin. Pero el último pensamiento de Agathe, antes de la partida, fue: “¿Sería Ulrich realmente capaz de echarlo todo al fuego?”

***22 - Sobre la crítica de Koniatowski al principio de Danielli sobre el pecado original. Del pecado original al enigma sentimental de la hermana***

**E**L estado en que se hallaba Ulrich al pisar la calle, tras abandonar el palacio del conde Leinsdorf, era semejante a la prosaica sensación que da el hambre; se quedó parado ante un tablón de anuncios y calmó su hambre de civismo burgués leyendo los avisos y la publicidad. El tablón, de varios metros cuadrados, estaba completamente cubierto de palabras. “En realidad, se podría creer -pensó-,

que precisamente estas palabras, repetidas en todos los rincones de la ciudad, tienen algún valor para el conocimiento.” Con sus giros tópicos, le parecían semejantes a las palabras que pronuncian los personajes de las novelas de moda en las situaciones más importantes de su vida, y leyó: “¿Ha llevado usted nunca nada tan agradable y práctico como las medias de seda Topinam?”, “Su alteza se divierte”, “La noche de San Bartolomé, nueva versión”, “Ambiente agradable en el Caballito Negro”, “Erotismo a lo grande y baile en el Caballito Rojo”. Al lado de estos anuncios, le llamó la atención un cartel político que hablaba de “Criminales maquinaciones”, pero no se refería a la Acción Paralela, sino al precio del pan. Se volvió y, después de dar unos pasos, miró el escaparate de una librería. “La nueva obra del gran poeta”, leyó en una pancarta de cartón situada junto a quince volúmenes iguales y bien alineados. Frente a la pancarta, en el otro



extremo del escaparate, había otro anuncio semejante, que hablaba de otra obra: “Tanto la señora como el caballero se sumergen con el mismo apasionamiento en Babel del amor, de...” “¿El “gran” poeta?”, pensó Ulrich. Recordaba haber leído de él un solo libro y haber dado por supuesto que no se vería obligado a leer nunca otro; desde entonces, el hombre se había hecho famoso. Frente a esta exposición del espíritu alemán, Ulrich recordó una vieja gracia de su época de soldado: la palabra “Mortadela”, sobrenombre de un general de división muy poco apreciado; el mote hacía referencia al popular embutido italiano, y cuando uno preguntaba el por qué de este sobrenombre, se le contestaba: “Porque es mitad asno, mitad cerdo.” Ulrich, excitado por esta ocurrencia, estaba dispuesto a continuar con la comparación, de no habérselo impedido una mujer que le abordó con estas palabras:

-¿Espera usted el tranvía?

Entonces cayó en la cuenta de que ya no estaba frente a la librería. Y tampoco había notado que se había quedado inmóvil al lado del poste de una parada de tranvías. La señora que se lo hizo notar llevaba una mochila y gafas; era una conocida profesora de astronomía, asistente en el Instituto y una de las pocas mujeres que había hecho algo importante en aquella disciplina masculina. Ulrich le miró la nariz y las zonas de debajo de los ojos, a las que el habitual esfuerzo de reflexión había dado un aspecto semejante al de unas sobaqueras de gutapercha; después, en la parte baja, percibió su falda de paño tirolés, y en la parte alta una pluma de urogallo sobre un sombrero verde que flotaba sobre aquel sabio rostro; sonrió.

-¿Va usted a la montaña? -preguntó a la señora.

La doctora Strastil iba a pasar tres días a la montaña para “desintoxicarse”.

-¿Qué me dice usted del trabajo de Koniatowski? -le preguntó a Ulrich.

Ulrich no decía nada.

-A Kneppler no le va a gustar nada - opinó ella-. Pero la crítica que hace Koniatowski a la deducción de Kneppler sobre el principio de Danielli es interesante, ¿no le parece? ¿Considera usted posible esta deducción?

Ulrich se encogió de hombros.

Él era uno de aquellos matemáticos denominados “logicistas” a los que nada les parecía bien y que estaban estructurando una nueva doctrina fundamental. Pero tampoco encontraba totalmente correcta la lógica de los logicistas. Si hubiese continuado trabajando, habría vuelto de nuevo a Aristóteles; tenía sus propias opiniones al respecto.

-A pesar de todo, yo no considero que la deducción de Kneppler esté desencaminada,

sino que más bien me parece falsa -reconoció la doctora Strastil.

Lo mismo hubiera podido afirmar que consideraba desencaminada la deducción pero que, en sus rasgos fundamentales, no le parecía falsa; sabía lo que quería decir, pero en el lenguaje habitual, en el que las palabras no están bien definidas, nadie acierta a expresarse con absoluta precisión; debajo de su sombrero turístico se agitaba -sirviéndose de aquel lenguaje “de vacaciones”- algo de la altanería temerosa que el mundo sensual de los profanos debe provocar en un monje, cuando se ocupa del mismo sin las debidas precauciones.

Ulrich subió al tranvía con la señorita Strastil; no sabía por qué. Tal vez porque la crítica de Koniatowski a Kneppler le parecía realmente importante. Quizás porque quería hablar con ella de literatura, un tema del que la doctora no entendía nada.

-¿Qué va a hacer usted en la montaña? - preguntó Ulrich.

La intención de ella era ir al Hochschwab.

-Va a encontrar aún demasiada nieve. Con esquís no se puede llegar ya a la cumbre, y aún no es época de ir sin esquís -dijo Ulrich, que conocía la montaña.

-Entonces me quedaré abajo -declaró la señorita Strastil-. Una vez pasé tres días en los chalets del Farsenalm, junto a la ruta de ascenso a la montaña. [Sólo quiero tener un poco de contacto con la naturaleza!

La cara que puso la digna astrónomo al pronunciar la palabra naturaleza indujo a Ulrich a preguntarle por qué motivo deseaba dicho contacto.

La doctora Strastil se indignó sinceramente. Dijo que podía pasarse tres días enteros allí sin moverse, como una roca.

-[Será porque usted es una científica! - adujo Ulrich-. [Un campesino se aburriría!

La doctora Strastil no estaba de acuerdo. Habló de los miles de personas que, durante aquel primer día de fiesta, iban en busca de la naturaleza a pie, en bicicleta, en barco.

Ulrich habló de la emigración de los campesinos, que los llevaba del campo a las ciudades.

La señorita Strastil dudaba de que su sensibilidad fuese tan elemental.

Ulrich afirmó que, al lado de la comida y del amor, era elemental la comodidad y no la huida a la montaña. La sensibilidad natural que, al parecer, inducía a aquella huida, era más bien una tendencia rousseauniana moderna, un comportamiento sentimental y complejo. Mientras hablaba, no se sentía nada cómodo; le era indiferente lo que decía; únicamente seguía hablando porque aquello no era aún lo que quería extraer de sí mismo. La señorita Strastil le lanzó una mirada de desconfianza. No estaba en condiciones de entenderle; su gran experiencia en el campo

de los puros conceptos no le era del más mínimo provecho; no podía ni disociar ni sintetizar las ideas con las que él parecía limitarse a lanzar ágiles imágenes al exterior; ella suponía que Ulrich estaba hablando sin pensar lo que decía. El hecho de estar escuchando aquellas palabras con una pluma en el sombrero le proporcionaba la única satisfacción y confirmaba su gozo por la soledad que la esperaba.

En este instante, los ojos de Ulrich se posaron en el periódico de su vecino; leyó un anuncio impreso en gruesos caracteres: “Nuestra época nos formula unas preguntas; nuestra época nos da unas respuestas”: probablemente, debajo de aquel título se recomendaba el uso de unas plantillas o la asistencia a una conferencia; en nuestra época ya no es posible diferenciarlo; pero sus ideas encontraron de pronto una vía de expresión. Su compañera se esforzaba por ser objetiva, y confesó con inseguridad: -Por desgracia, sé

muy poco de literatura. A la gente como nosotros no le queda tiempo. Además, es posible que no conozca lo que hay que conocer. Pero, por ejemplo -y citó un nombre de moda-, es un escritor que me da una cantidad increíble de cosas. Yo pienso que cuando un escritor nos puede hacer sentir tan vivamente las cosas, está haciendo verdaderamente algo grande.

Pero como Ulrich creía haberse aprovechado ya lo bastante de la asociación, existente en el espíritu de la doctora Strastil, entre un extraordinario desarrollo del pensamiento abstracto y una evidente debilidad de la comprensión psíquica, se levantó satisfecho, dedicó a su colega un burdo cumplido y se apeó a toda prisa, pretextando que se le habían pasado ya dos paradas. De nuevo en la calle, volvió a saludar. La señorita Strastil recordó haber oído en los últimos tiempos opiniones desfavorables sobre los trabajos de Ulrich y se sintió humanamente



agitada por una oleada de rubor provocada por las amables palabras con que él se había despedido, unas palabras que, de acuerdo con las convicciones de la señorita Strastil, no le favorecían en absoluto. Pero Ulrich sabía ya -y aún no lo sabía del todo bien- por qué sus pensamientos giraban en torno al tema de la literatura y qué era lo que en él buscaban, desde la interrumpida comparación del general con la mortadela hasta la inconsciente manera de inducir a la buena Strastil a hacer confidencias. La verdad era que la literatura no le importaba desde que, a los veinte años, escribiera su último poema; de todos modos, antes de esa edad, el escribir en secreto se había convertido para él en una costumbre bastante regular, y no la había abandonado porque se hubiese hecho mayor o porque hubiese visto que no tenía dotes para la literatura, sino por unos motivos a los que, bajo las impresiones de aquel momento, habría querido aplicar algún

término que expresara, tras muchos esfuerzos, el hecho de desembocar en el vacío.

Porque Ulrich era uno de aquellos amantes de los libros a los que ya no les gusta leer, porque todo el conjunto de lo que se lee y de lo que se escribe les parece una enormidad. “Si la razonable Strastil quiere que la “hagan sentir” ☐ en esto tiene razón, y si yo la hubiera contradicho, me habría salido triunfalmente con el ejemplo de la música!” (al pensar así, como suele ocurrir, Ulrich lo hacía parcialmente en palabras y parcialmente se le imponía la reflexión en la conciencia como una objeción tácita); “si, por consiguiente, la juiciosa Strastil quiere que la “hagan sentir”, semejante pretensión desemboca en lo que todo el mundo desea: que el arte mueva, conmueva, divierta, sorprenda a los hombres, que les permita husmear unas ideas nobles o, en una palabra, que les haga “vivir” realmente algo y que él mismo sea algo “vivo”, una “experiencia

vivida”“. Por otra parte, Ulrich tampoco quería negar totalmente esta idea del arte. Entonces le vino a las mentes una idea, derivada de lo anterior, que se le presentó como una mezcla de leve emoción y de ironía recalcitrante: “El sentimiento es bastante infrecuente. Conservar cierta temperatura del sentimiento, para evitar que éste se hiele, significa probablemente preservar el calor de la incubación, como producto de la cual nace toda evolución intelectual. Y cuando un hombre es arrancado de la confusión de intenciones inteligentes que le ponen en múltiple conexión con innumerables objetos para él desconocidos, y situado por unos momentos en una situación totalmente carente de objetivo -por ejemplo: cuando oye música-, entonces se halla casi en el estado vital de una flor sobre la que caen la lluvia y los rayos del sol.” Quería añadir que existe una eternidad más eterna en las pausas y en los momentos de reposo del espíritu humano

que en su actividad; pero tan pronto pensaba en el "Asentimiento" como en la "experiencia vivida", y esto implicaba una contradicción. Porque también había experiencias de la voluntad! Había experiencias de acción culminada! Probablemente se podía admitir que cada una de ellas, al alcanzar su suprema y más resplandeciente amargura, aún no es más que un sentimiento; pero entonces, ¿la contradicción no residiría en el hecho de que el estado de "sentir", en toda su pureza, fuese un "detenerse", una desaparición de la actividad? ¿No había ahí una contradicción? ¿No existía un orden maravilloso, según el cual la actividad suprema sería, en su núcleo, inmovilidad? Pero en esto se demostraba que esta serie de inspiraciones constituían menos una idea subalterna o marginal que una idea no deseada; porque Ulrich, en una brusca reacción contra su sensitivo viraje, revocó todas las consideraciones a las que se había dejado llevar. En modo alguno se sentía

inclinado a reflexionar sobre determinados estados, ni tampoco -mientras reflexionaba sobre ellos- a caer él mismo en sentimientos semejantes.

Entonces le vino de pronto a la cabeza que todo lo que había tomado en consideración podía definirse, del modo más idóneo y sin ambages, como la inútil actualidad o la eterna perentoriedad de la literatura. ¿Acaso la literatura conduce a algún resultado? O es un enorme rodeo desde una experiencia a otra experiencia, y luego vuelve a sí misma, o es la quintaesencia de unos estados de excitación, de la que jamás sale nada definido. “Un charco -pensó entonces-, produce, involuntariamente, con mayor frecuencia e intensidad, una impresión de profundidad superior a la que produce el océano, y ello por la simple razón de que uno tiene más oportunidades de experimentar un charco que un océano” así le pareció que ocurría también con el sentimiento y, por idéntico motivo, los

sentimientos cotidianos eran tomados por sentimientos profundos. Porque el hecho de anteponer el sentir al sentimiento, característica de todas las personas sensibles, así como el deseo de hacer sentir y de que le hagan sentir a uno, un deseo que es común a todas las instituciones que están al servicio del sentimiento, son cosas que acaban por rebajar el rango y la esencia de los sentimientos en contraposición a su presencia más allá de un estado personal, y abocan además a la frivolidad, al estancamiento de la evolución y a la absoluta insignificancia, de lo que no nos faltan ejemplos en general. “Naturalmente, una concepción semejante pensó Ulrich a guisa de conclusión-, debe repugnar a todos los hombres que se sienten tan cómodos en sus sentimientos como el gallo en sus plumas, [e] incluso pretenden, siempre que les es posible, que la eternidad vuelva a empezar de nuevo con cada “personalidad”!” Tenía una idea clara de una enorme

inversión, precisamente de una inversión de proporciones humanas, pero no conseguía expresarlo de un modo que fuese totalmente satisfactorio para él, porque las conexiones y los contextos eran seguramente demasiado múltiples y demasiado complejos.

Mientras se ocupaba con aquellos pensamientos, observaba los tranvías que pasaban y esperaba uno que le llevara lo más cerca posible del centro de la ciudad. Veía a la gente subir y bajar de los tranvías. Su mirada, técnicamente experta, jugaba distraídamente con las relaciones de forja y fundido, laminado y remachado, construcción y mantenimiento, evolución histórica y estado actual que formaban parte de la invención de aquellas barracas con ruedas que estaban al servicio de la gente. “Finalmente, una delegación de la administración de los tranvías se presenta en la fábrica de vagones y decide cómo han de ser los revestimientos de madera, la pintura, el tapizado, la colocación

de pasamanos y agarraderos, ceniceros, etc. - pensó luego-, y precisamente estos pequeños detalles, así como el color rojo o verde de la carrocería, y el ímpetu con que pisan el estribo al subir al tranvía, son para decenas de miles de personas todo lo que les queda, todo lo que conservan del genio. Esto constituye su carácter, le da agilidad o comodidad, hace que el tranvía rojo sea para ellos la patria y el tranvía azul sea el extranjero, y forma el inconfundible olor a pequeños hechos, que se pega a las ropas durante siglos.” Por consiguiente, era innegable, y se relacionaba de pronto con todo lo que había constituido la reflexión principal de Ulrich, el hecho de que la vida desemboca en gran parte en una actualidad insignificante, o bien, para expresarlo en términos técnicos, que el coeficiente intelectual de eficacia es mínimo.

Y de pronto, cuando se sentía a sí mismo saltar al interior del vehículo, se dijo: “Tengo que inculcar a Agathe una cosa: □ que la



moral es la coordinación de todos los estados momentáneos de nuestra vida para formar un estado duradero!” Este principio se le había ocurrido de pronto bajo la forma de una definición. Sin embargo, a esta brillante y aguda idea la habían precedido otras ocurrencias no del todo desarrolladas ni articuladas; otras la siguieron y completaron su sentido. Una rígida concepción y funcionalización para la inofensiva ocupación del sentimiento, una rígida necesidad de jerarquía se planteaban así como perspectiva, reducidas aún a un breve esquema incierto: los sentimientos deben servir, o deben pertenecer a un estado extremo, aún no bien descrito, vasto como el mar sin orillas. ¿Había que darle el nombre de idea, o el de nostalgia? Ulrich tuvo que dejar la cosa en suspenso, porque en el momento en que le vino a las mientes el nombre de su hermana, la sombra de Agathe le oscureció los pensamientos. Como siempre que pensaba en ella, tuvo la

impresión de que, durante el tiempo que pasaron juntos, él había exhibido una disposición de espíritu distinta a la habitual. Sabía también que deseaba ardientemente volver a aquella misma disposición. Pero el mismo recuerdo le cubrió de la vergüenza de pensar que se había comportado de un modo ficticio, ridículo, lleno de embriaguez, como una persona que, en su paroxismo, se echa a los pies de otras gentes, a las que luego, al día siguiente, no se atreve a mirar a la cara. Teniendo en cuenta la relación relativamente comedida entre los dos hermanos, la impresión de Ulrich era tremendamente exagerada, y, si bien no carecía totalmente de fundamento, había que considerarla tan sólo como una compensación de unos sentimientos que aún no tenían forma. Ulrich sabía que Agathe llegaría a los pocos días, lo cual no impedía nada. ¿Había cometido ella alguna acción poco correcta? Era de suponer que, al pasarle el capricho, hubiese

renunciado a sus designios. De todos modos, un presentimiento muy vivo le aseguraba que la intención de Agathe seguía en pie; Habría podido preguntárselo. Una vez más se sentía obligado a advertirla por carta. No obstante, lejos de tomar en serio por un instante aquel proyecto, Ulrich se representó lo que podía haber inducido a Agathe a su in-sólita conducta: lo veía como un gesto de increíble vehemencia, a través del cual su hermana le otorgaba su confianza y se ponía en sus manos. “Su sentido de la realidad es muy escaso -pensó-, pero tiene una forma maravillosa de hacer lo que le da la gana. Podía decirse que se trataba de una forma irreflexiva; pero al mismo tiempo, tan ausente de frialdad! Cuando está enojada, ve el mundo de un color rojo intenso!” Sonrió afectuosamente y se vio a sí mismo entre la gente que viajaba a su lado. Todos ellos tenían malos pensamientos, era evidente, y todos los reprimían, y nadie los tomaba por

la tremenda; pero no había nadie que tuviese estos malos pensamientos fuera de sí mismos, en otra persona que les diera la atractiva inaccesibilidad de una experiencia soñada.

Desde el momento en que Ulrich dejó su carta sin terminar, veía por primera vez con toda claridad que ya no tenía donde escoger, sino que se hallaba en un estado en el que aún no osaba entrar del todo. De acuerdo con sus leyes -se permitía la presuntuosa ambigüedad de llamarlas sagradas-, la falta de Agathe no podía ser objeto de arrepentimiento, sino ser reparada tan sólo por acontecimientos posteriores a ella, lo que, por otra parte, correspondía sin duda al sentido originario de la palabra arrepentimiento, puesto que el arrepentimiento es un estado de ardiente purificación y no de degradación. Pagar el daño o incapacitar para el daño al incómodo marido de Agathe no habría sido otra cosa que reasumir un daño,

esta doble negación paralizante en que consiste generalmente la buena conducta, la cual se neutraliza, interiormente, a cero. Lo que debía ocurrirle a Hagauer, como un peso que era preciso “cargar sobre los propios hombros”, sólo era posible -por otra parte- si se dedicaba a él un gran sentimiento; y no se podía pensar en ello sin asustarse. Así, según la lógica que Ulrich se esforzaba en aplicar, lo que necesitaba una reparación era algo muy distinto al daño, y no dudó ni un momento que en ningún caso podía tratarse de toda la vida de él y de su hermana. “Hablando con pedantería -pensó-, la cosa puede formularse así: Saulo no reparó ni una sola de las consecuencias de sus anteriores faltas, sino que se convirtió en Pablo.” No obstante, el sentimiento y la convicción hacían a esta lógica peculiar la tradicional objeción de que, en cualquier caso, sería más conveniente, sin impedir el despliegue de futuros impulsos, empezar por arreglar las cuentas con el

cuñado y pensar luego en la nueva vida. La moralidad que tanto le atraía no había sido concebida en absoluto para arreglar las cuestiones de dinero ni las contradicciones que de ellas se seguían. De ahí que, en el límite que separaba esta otra vida de la cotidiana, tuvieran que surgir casos contradictorios e insolubles, que era preferible no dejar convertir en casos límite, sino eliminarlos previamente con los métodos habituales, desapasionados, de la decencia. Pero entonces volvió a sentir Ulrich que uno podía atenerse a las condiciones habituales de la bondad, si se querían dar los primeros pasos hacia el dominio de la bondad incondicional. La misión de entrar en lo nuevo, que se le había confiado, no parecía tolerar enmiendas.

El último reducto que le quedaba estaba ocupado por la fuerte repugnancia contra el hecho de que ideas como el Yo, el Sentimiento, la Bondad, la otra Bondad, la Maldad - de las que tanto uso había hecho- eran

nociones tan personales y a la vez de una generalidad tan subjetiva, elevada y etérea, como únicamente suelen serlo las consideraciones morales de personas mucho más jóvenes. Le ocurría, pues, lo que le ocurrirá sin duda a más de uno de los lectores que siguen su historia; se detenía con disgusto en palabras aisladas y, por ejemplo, se preguntaba: “¿Producción y resultados de sentimientos? Qué concepción tan maquinal, racional y desconocedora del ser humano!” “¿Es la moral el problema de un estado duradero al que se subordinan todos los estados particulares y nada más? Qué cosa tan inhumana!” Si uno lo veía con los ojos de un hombre razonable, todo le parecía terriblemente absurdo. “La esencia de la moral consiste, ni más ni menos, en el hecho de que los sentimientos importantes siempre sean los mismos -pensó Ulrich-, y todo lo que el individuo tiene que hacer es actuar en consonancia con ellos!” Pero precisamente

entonces, las líneas, creadas con el compás y la regla, del lugar móvil en que se hallaba metido, se detuvieron en un lugar en el que sus ojos -saliéndose del cuerpo del medio de comunicación moderno y formando parte aún, involuntariamente, de su estructura- se posaron en una columna de piedra que estaba al borde de la calle desde la época barroca, de suerte que la confortabilidad técnica, inconscientemente aceptada, de la creación racional entraba de pronto en contradicción con la pasión desencadenada del antiguo gesto, que no dejaba de parecerse a un dolor de vientre petrificado. El efecto de este choque óptico fue una confirmación extraordinariamente activa de las ideas a las que Ulrich quería sustraerse momentos antes. ¿Había algo que pudiese mostrar lo desatinado de la vida con mayor claridad que aquella visión casual? Sin tomar partido estéticamente por el ahora o por el antes como suele ocurrir en tales confrontaciones- su



espíritu no vaciló un momento en sentirse abandonado tanto por los nuevos como por los viejos tiempos, viendo únicamente en ello el gran planteamiento de un problema que en el fondo debía ser moral. No llegó a poner en duda que la caducidad de lo que se tiene por estilo, cultura, voluntad del tiempo, y se admira como tal, era una caducidad moral. Porque, dentro de los grandes módulos de las épocas, equivale tan sólo a lo que sería a la escala más reducida de la propia vida, si cada uno desarrollara sus facultades unilateralmente y se perdiera en exageraciones disolventes, si no obtuviera nunca una medida de su voluntad ni llegara a adquirir una formación completa, haciendo tan pronto una cosa como otra, en un apasionamiento falto de coherencia. De ahí que lo que se llama cambio, o incluso progreso de los tiempos, le pareciera sólo una palabra para expresar el hecho de que ninguna tentativa conduce al punto en que todas deberían

unirse, al camino de una convicción de conjunto, y, en consecuencia, a la posibilidad de una evolución ininterrumpida, de un goce duradero y de la seriedad que tiene la gran belleza, de la que hoy apenas si llega de vez en cuando a nuestra vida una sombra fugaz.

Naturalmente, a Ulrich le pareció excesivamente presuntuoso admitir que todo debía de haber sido equivalente a nada. Y sin embargo, era equivalente a nada. Inconmensurable en cuanto a su ser; un caos en cuanto a su sentido. Al menos, a juzgar por los resultados, no era más que lo que ha dado origen al alma moderna, es decir: bien poca cosa. Mientras Ulrich lo pensaba, se abandonó a esta “poca cosa” con tanta desazón como si se tratara del último ágape en la mesa de la vida que le permitían sus proyectos. Se había apeado del tranvía y había tomado un camino que le devolviera lo más rápidamente posible al centro de la ciudad. Le parecía como si acabara de salir de un

sótano. Las calles chillaban de placer y las llenaba un calor prematuro, como de día estival. El dulce sabor emponzoñado del monólogo desaparecía de su boca; todo se mostraba comunicativo y soleado. Ulrich se detenía ante casi todos los escaparates. Aquellas botellitas de tantos colores, perfumes encerrados en sus cápsulas, innumerables variantes de utensilios para la manicura: ¿qué cantidad de genio había en una simple peluquería! Una guantería: ¿qué cantidad de manipulaciones e invenciones, antes de que una piel de cabra se tienda sobre la mano de una dama y la piel del animal sea más elegante que la propia piel! Contemplaba admirado las cosas más naturales, las innumerables insignificancias de la vida próspera, como si las viera por primera vez. ¿Qué encantadoras palabras para definir las! ¿Y qué dicha no había en esta enorme armonización de la vida en común! ¿En ella no se percibía ya nada de la costra terrenal de la vida, de los

caminos no asfaltados de la pasión, de la... - así lo sentía él realmente-, de la falta de civilización del alma! Clara y ágil, la atención flotaba sobre un jardín de frutas, piedras preciosas, tejidos, formas y atractivos a los que los ojos dulcemente se abrían penetrando en todos los colores. Por entonces se prefería tener la piel blanca y había que protegerla del sol; de ahí que algunas sombrillas multicolores flotaran ya sobre las masas de gente y pusieran sombras sedosas en los rostros pálidos de las mujeres.

La mirada de Ulrich fue fascinada incluso por el color dorado mate de la cerveza, que vio al pasar frente a los cristales de un restaurante, sobre los manteles de las mesas, tan blancos que formaban manchas azules en el límite de las sombras. Luego pasó junto a él el arzobispo; una calesa dulce y pesada, en cuyas sombras se veían los colores rojo y morado; debía de ser el coche del arzobispo, porque los arreos, que Ulrich siguió con la

vista, tenían un aspecto muy eclesiástico, y dos policías se cuadraron y saludaron al sucesor de Cristo, sin pensar en sus antecesores, que habían clavado una lanza entre las costillas del Maestro.

Se entregaba a aquellas impresiones, que poco antes había definido aún como “la vana actualidad de la vida”, con tanto entusiasmo que, poco a poco, mientras se iba saciando del mundo, volvió a renacer su anterior estado de hostilidad. Ulrich sabía ahora con exactitud dónde residían los puntos débiles de sus reflexiones. “¿Qué importancia puede tener -se preguntó-, ante semejante magnificencia, llegar a un resultado que esté por encima, por detrás o por debajo? ¿Se trata acaso de una filosofía? Una convicción que lo abarque todo, ¿será una ley?, ¿o el dedo de Dios? ¿O bien, en su lugar, la suposición de que a la moral le ha faltado hasta ahora una “mentalidad inductiva”, hasta el punto de que ser bueno es

mucho más difícil de lo que uno creía, y de que para serlo sería necesaria una cooperación tan interminable como la que se requiere para la investigación científica? Admito que no exista una moral, porque es imposible deducirla de una constante; lo que sí existe son sólo normas para la inútil conservación de situaciones pasadas; y admito también que no existe felicidad profunda sin moral profunda: pero al mismo tiempo me parece un estado antinatural y trasnochado el hecho de reflexionar sobre ello, "¡No es esto lo que quiero!" De hecho, se hubiese podido formular una pregunta mucho más simple: "¿Qué es lo que yo he asumido?", y así lo hizo realmente. Pero esta pregunta afectó más a su sensibilidad que a su pensamiento, interrumpiendo incluso la actividad de éste, y, aun antes de que él lo notara, había arrasado a Ulrich a una distancia cada vez mayor del placer que siente el mariscal al trazar sus planos. Al principio había sido como una

oscura nota que sonaba en su oído y le acompañaba; después la nota sonaba dentro de sí mismo, sólo que a una octava más baja que todo lo restante; y finalmente Ulrich había llegado ya a formar un todo con su pregunta y se veía a sí mismo como una nota extrañamente baja en el mundo, de una clara dureza, una nota separada de las restantes por un largo intervalo. Así pues, ¿qué era lo que en realidad había asumido y prometido?

Extremó sus esfuerzos. Sabía que la expresión “Imperio milenario”, a pesar de haber recurrido a ella como simple comparación, no la había usado como una simple broma. Si se tomaba en serio aquella promesa, se desembocaba en el deseo de vivir, con ayuda del amor recíproco, en un estado de ánimo profano de tal exaltación que sólo admite que se sienta y se haga lo que conserve y aumente dicho estado. Que tal situación del hombre existe en forma de indicios le parecía a Ulrich algo indudable,

hasta donde le era dado pensar. La cosa se había iniciado con la “historia de la señora del mayor”, y las experiencias posteriores no habían sido importantes, pero sí siempre idénticas. Resumiéndolo todo, uno no podía estar muy lejos de pensar que Ulrich creía en el “pecado original” y en la “culpa hereditaria”. Es decir: casi habría admitido que en algún momento se produjo en el comportamiento del hombre una transformación radical, que casi debió de ser como cuando un amante recupera su serenidad: entonces ve, sin duda, toda la verdad; pero hay algo más grande que se ha roto en pedazos, y la verdad no es más que una parte que ha quedado y que ha sido recompuesta. Puede que realmente fuera la manzana del “conocimiento” lo que ocasionara dicha transformación en el espíritu y arrancara al género humano de su estado originario, del cual sólo pudiera volver a hallar el camino y recuperar la sabiduría gracias a innumerables experiencias



y pecados. Pero Ulrich no creía en estas historias en la forma en que nos han sido transmitidas, sino tal como él las había descubierto: creía en ellas como un calculador que tiene ante sí el sistema de sus sentimientos y, por no poder justificar ninguno de ellos, llega a descubrir la necesidad de introducir una hipótesis imaginaria cuya naturaleza únicamente se puede reconocer por presentimientos. No era una minucia! Había pensado con frecuencia cosas semejantes, pero jamás se había encontrado en la situación de tener que decidir en pocos días si quería tomarlas en serio de un modo decisivo para su vida. Sintió un poco de sudor bajo el sombrero y junto al cuello de la camisa, y la proximidad de los seres humanos que pasaban junto a él le excitaba. Lo que estaba pensando significaba romper con la mayor parte de las relaciones de su vida; no se engañaba al respecto. Porque hoy se vive de un modo parcial y parcialmente mezclado con otros seres

humanos; lo que uno sueña se relaciona con el hecho de soñar y con lo que sueñan los demás; lo que se hace, depende de la misma cosa hecha, pero depende aún más de lo que hacen otras personas; y las cosas de las que uno está convencido están en conexión con unas convicciones de las que uno sólo participa en una proporción mínima: el deseo de actuar a partir de la propia realidad plena es una exigencia ajena a la realidad. Y él, precisamente, había estado toda su vida penetrado de la idea de que hay que compartir las propias convicciones, tener el valor de vivir en medio de las contradicciones morales, porque gracias a ello se obtiene el mayor rendimiento. ¿Estaba convencido, al menos, de lo que pensaba sobre la posibilidad y la importancia de vivir una vida distinta? De ningún modo! A pesar de todo, no podía impedir que su sentimiento se dejara llevar por esta idea como si tuviera ante él los síntomas

inequívocos de un hecho esperado durante años.

Ahora tenía que preguntarse sin duda con qué derecho había llegado, como una persona enamorada de sí misma, a no querer hacer ya nada que fuese indiferente al alma. Esta pretensión crea tensiones a la mentalidad de la vida activa, que hoy lleva en sí cualquier persona, y si ha habido épocas convencidas de la existencia de la divinidad que han podido desarrollar tal aspiración, ésta no ha dejado de ir desvaneciéndole como las sombras del crepúsculo matutino a medida que aumenta la luz del sol. Ulrich sentía en él un perfume de recogimiento y de dulzura, al que sus gustos se resistían cada vez más. De ahí que, dentro de lo posible, se esforzara en restringir sus pensamientos y creyera, aunque no de un modo totalmente franco y sincero, que la promesa de un Imperio milenario -hecha a su hermana de un modo tan extraño- no representaba,

considerándolo racionalmente, más que una especie de obra benéfica. Evidentemente, el trato con Agathe exigiría de él un esfuerzo de ternura y de desinterés que hasta entonces había sido demasiado extraño a su habitual comportamiento. Como se recuerda el paso por el cielo de una nube extraordinariamente translúcida, recordaba Ulrich ciertos momentos de la pasada convivencia con su hermana, que habían tenido ya tales características. “Puede que el contenido del Imperio milenario no sea otra cosa que el aumento de esta fuerza, que al principio sólo se pone de manifiesto en el trato entre dos personas, hasta llegar a la impetuosa comunidad de todos”, pensó, un poco confuso. Nuevamente se remitió a su propia “historia de la señora del mayor”, que se puso a recordar: dejando aparte las ilusiones amorosas, que habían sido la causa del error por su puerilidad, Ulrich concentró toda su atención en las moderadas sensaciones de bondad y de

adoración de las que entonces fue capaz en su soledad, y le pareció que sentir confianza y afecto o vivir para otra persona debía ser una felicidad conmovedora hasta las lágrimas, tan bella como el flamígero hundirse del día en la paz crepuscular, pero también algo triste, carente de placer y adormecedor del espíritu. Porque, entretanto, su designio se le había ido apareciendo como algo más bien cómico, como el acuerdo de establecer una convivencia tomado por dos solterones; tales oscilaciones de la fantasía le hicieron sentir hasta qué punto la idea del amor fraterno y servicial era poco apropiada para satisfacerle. Con relativa objetividad, se confesó que la relación entre Agathe y él incluía una fuerte proporción de elementos asociales. No sólo los asuntos de Hagauer y del testamento, sino también el tono general de sus sentimientos, daban idea de algo vehemente, y era indudable que en aquella fraternidad no había más amor recíproco que aversión

hacia el resto del mundo. “¡No!”, pensó Ulrich. “El deseo de vivir para otro no es más que la bancarrota del egoísmo, que abre un nuevo comercio, al lado del anterior, con un socio!”

De hecho, su tensión interior, a pesar de esta observación tan agudamente matizada, había sobrepasado ya su punto álgido en el momento en que intentó meter en una pequeña lámpara terrenal la luz que le llenaba de un modo impreciso; luego, al demostrarse que aquello había sido un error, faltaba ya a su pensamiento la intención de buscar una decisión, y con gusto dejó que estas ideas se apartaran de su mente. Entonces, cerca de él, dos hombres chocaron entre sí y empezaron a insultarse, como si quisieran llegar a las manos, y Ulrich intervino con una atención nuevamente fresca. Apenas volvió la espalda, cuando sus ojos se encontraron con los de una mujer, una

mirada que era como una flor pesada, inclinada sobre su tallo.

Con el humor agradable en el que se mezclan iguales dosis de sentimiento y de atención por el mundo exterior, hizo la comprobación de que la exigencia ideal de amar al prójimo se dividía, en el hombre real, en dos partes; la primera de ellas consiste en no poder soportar a los semejantes, en tanto que la segunda busca la compensación en el hecho de establecer relaciones sexuales con la mitad de estos semejantes. Sin pensar en ello, tras dar algunos pasos, volvió atrás con la intención de seguir a la mujer; sucedió aún de un modo totalmente mecánico, como consecuencia del contacto de sus miradas. Veía su figura bajo la ropa, como un gran pez blanco que nada cerca de la superficie del agua. Deseó lanzarle virilmente el arpón y verlo agitarse, y en ello había tanta aversión como deseo. Por signos apenas perceptibles, tuvo la seguridad de que la mujer sabía que

él la estaba siguiendo y lo aprobaba. Intentó adivinar a qué grado de la escala social pertenecía, y se detuvo en aquella clase media elevada, de la que es difícil determinar exactamente el lugar que ocupa. “¿Familia de comerciantes? ¿Familia de funcionarios?”, se preguntó. Otras imágenes fueron surgiendo al azar, entre ellas incluso la de una farmacia: sintió el olor fuerte y dulzón del hombre que llega a casa; la atmósfera compacta del hogar, donde no queda rastro de los movimientos convulsivos producidos bajo la luz de la linterna de un intruso. Sin duda era algo repugnante y a la vez de un vil atractivo.

Y mientras Ulrich continuaba detrás de la mujer y temía en realidad que se detuviera ante algún escaparate y le obligara a seguir andando estúpidamente o a dirigirse a ella, algo inalterable y de una claridad viva seguía manteniéndose en su interior. “¿Qué es lo que Agathe debe querer de mí”, se preguntó por primera vez. No lo sabía. Supuso



que debía de ser algo semejante a lo que él quería de ella; pero sólo tenía razones sentimentales para suponerlo. ¿No tenía motivos para admirarse de la manera rápida e inopinada con que se había producido todo? Fuera de unos pocos recuerdos infantiles, Ulrich no sabía nada de su hermana, y lo poco que llegó a saber -por ejemplo, la relación que tenía desde hacía ya unos años con Hagauer- no hizo más que disgustarle. También recordaba ahora la extraña vacilación, casi la repugnancia, con que, a su llegada, se había acercado a la casa paterna. Y de pronto una idea anidó en él: “¡Mi sentimiento por Agathe es sólo imaginación!” En un hombre que siempre persiga algo distinto a lo que le rodea -volvió a pensar de nuevo con seriedad-, en un hombre así, siempre dispuesto a la aversión, sin llegar nunca al afecto, la benevolencia habitual y la tibia bondad de la humanidad deben deshacerse con facilidad y degenerar en una dureza fría,

sobre la que flota una nube de amor impersonal. Una vez lo llamó amor seráfico. También se podía decir que era un amor sin oponente. O asimismo: amor sin sexualidad. Hoy se ama tan sólo sexualmente: los semejantes no se soportan el uno al otro, y en el cruce de los sexos, la gente se ama con una creciente sublevación contra la sobreestimación de este impulso sexual. Pero el amor seráfico estaba libre de ambas cosas. Era un amor liberado de las corrientes opuestas de las aversiones sociales y sexuales. Este amor, perceptible hoy en todas partes en compañía de la crueldad de la vida actual, podía recibir el nombre de amor de hermano: una época en que no hay lugar para el amor de hermano, se dijo Ulrich entre sobresaltos de indignación.

Pero, aunque sus pensamientos le llevaban a aquella conclusión, soñaba, al mismo tiempo y alternativamente, con una mujer totalmente inaccesible. Flotaba ante él como

los últimos días otoñales en la montaña, donde el aire tiene algo de exangüe y agonizante, mientras los colores arden con supremo apasionamiento. Veía ante sus ojos los panoramas azules, sin fin, en sus ricas gradaciones misteriosas. Olvidó completamente a la mujer que iba realmente delante de él; estaba lejos de todo deseo y tal vez cerca del amor.

Sólo la insistente mirada de otra mujer le distrajo, una mirada semejante a la de la primera, pero no tan húmeda ni insolente como aquélla, sino de una delicadeza propia de la buena sociedad, como una tajada de pastel, una mirada que necesitaba una mínima fracción de segundo para penetrar y grabarse en otra persona. Ulrich levantó la vista y, en un estado de total agotamiento interior, vio a una dama muy bella en la que reconoció a Bonadea.

El magnífico día la había atraído a la calle. Ulrich miró el reloj: sólo llevaba un

cuarto de hora paseando y apenas hacía cuarenta y cinco *minutos que había abandonado el palacio del conde Leinsdorf. Bonadea dijo:*

-Hoy no estoy libre.

Ulrich pensó: “**Q**ué largos pueden ser un día entero, un año, e incluso una decisión para toda la vida!” Era algo inconmensurable.

## 23 - *Bonadea o la recaída*

**O**CURRIÓ que, poco después, Ulrich recibió la visita de su amiga abandonada. El encuentro en la calle no había bastado ni para los reproches que él quería hacerle por haber abusado de su nombre para ganar la amistad de Diotima, ni tampoco para que Bonadea tuviera tiempo de reprocharle a él su largo silencio y no sólo de defenderse contra la acusación de haber sido indiscreta y haber llamado a Diotima “inmunda serpiente”, sino de hallar una prueba. Por esta razón, entre ella y su amigo retirado de servicio, acordaron a toda prisa que tenían que hablar de todo aquello en otra ocasión.

La mujer que se presentó no era ya la Bonadea que se retorció el pelo con las manos, hasta dar a su cabeza un aspecto más o menos griego, cuando se contemplaba en el

espejo con los ojos parpadeantes, y decidía que quería ser tan pura y noble como Diotima; ni era tampoco la que, en noches tempestuosas y salvajes, maldecía groseramente y con femenina pericia a su modelo por las curas de desintoxicación que le imponía; volvía a ser la vieja y querida amiga Bonadea, sobre cuya frente, no demasiado inteligente, caían los pequeños rizos, o se erguían (según la moda), y en cuyos ojos había siempre algo parecido al aire que se alza sobre el fuego. Mientras Ulrich se disponía a hacerle revelar por qué había hecho públicas las relaciones que él tenía con su prima, ella se quitaba con cuidado el sombrero ante un espejo; y cuando Ulrich quiso averiguar con precisión hasta dónde había hablado, ella le describió, satisfecha y con precisión que le había contado a Diotima la siguiente historia: que ella había recibido una carta de él en la que le rogaba cuidar de que Moosbrugger no fuese olvidado, y que no encontró mejor solución

que la de dirigirse con ella a la mujer cuyo elevado espíritu tanto le había ensalzado el autor de la carta. Luego se sentó en el respaldo de la silla de Ulrich, le besó la frente y le aseguró con modestia que todo era cierto, con excepción de la carta.

Un gran calor emanaba de su seno.

-Entonces, ¿por qué llamaste serpiente a mi prima? ¡Tú sí que fuiste una serpiente! -dijo Ulrich.

Bonadea, pensativa, apartó la vista de él y la dirigió a la pared.

-¡Ah, no lo sé! -respondió-. ¡Está tan amable conmigo! ¡Se interesa tanto por mis cosas!

-¿Qué significa esto? -preguntó Ulrich-. ¿Compartes acaso sus esfuerzos en pro de la bondad, la verdad y la belleza?

Bonadea respondió:

-Me explicó que ninguna mujer podía vivir su amor de acuerdo con sus fuerzas; a ella le era tan difícil como a mí misma. Por

ello toda mujer debe cumplir con su obligación en el lugar en que la haya puesto el destino. ¡Es tan respetable! -continuó Bonadea, más pensativa aún-. , Me convence de que tengo que ser indulgente con mi marido, y afirma que una mujer superior halla una considerable felicidad en el dominio de su matrimonio; según ella, esto está muy por encima del adulterio. ¡En el fondo, yo siempre he pensado lo mismo!

Y realmente era cierto: Bonadea jamás había pensado de otro modo; se había contentado con actuar siempre de otro modo; de ahí que pudiera manifestar su acuerdo con las ideas de Diotima sin escrúpulos de conciencia. Cuando Ulrich se lo dijo, se ganó otro beso; esta vez no en la frente, sino más abajo.

-¡Estás alterando mi equilibrio poligámico! -dijo con un leve suspiro de disculpa por la contradicción existente entre sus ideas y sus acciones.



Tras un largo intercambio de preguntas y respuestas, resultó que había querido decir “equilibrio poliglandular”, término fisiológico que por entonces sólo comprendían los iniciados y que se podía traducir por equilibrio de los humores, suponiendo que en la sangre actúan ciertas glándulas, las cuales, con sus impulsos y detenciones, influyen sobre el carácter, sobre el temperamento, y muy especialmente sobre el tipo de temperamento que, en determinadas circunstancias, poseía Bonadea en cantidades casi insoportables.

Ulrich frunció el ceño con curiosidad.

-Se trata, pues, de una cuestión de glándulas -dijo Bonadea-. [Se queda un poco más tranquila cuando sabe que nada puede hacer! -Dedicó una melancólica sonrisa a su amigo perdido-. Y si se pierde con rapidez el equilibrio, se producen fácilmente experiencias sexuales fallidas.

-Pero, Bonadea -dijo Ulrich admirado-, ¿cómo hablas?

-Hablo como me han enseñado. Tú eres una experiencia sexual fallida, según tu prima. Pero también dice que se pueden evitar las profundas consecuencias corporales y espirituales, si nos comportamos de forma que nada de lo que hagamos sea un simple asunto personal. De mí, afirma que mi defecto personal es que, en el amor, me he apegado demasiado a un solo detalle, en lugar de considerar la vida amorosa en su conjunto. Al decir “detalle” (¿me entiendes?) se refiere a lo que ella llama la “experiencia en bruto”: a menudo es interesante conocer una cosa así bajo la luz que ella le presta. Pero hay una cosa de ella que no me gusta: aunque dice que una mujer fuerte busca la obra de su vida en la monogamia y debe amarla como una artista, ella no deja de tener tres (y contigo quizá cuatro) hombres en

reserva; en cambio yo, por suerte para mí, ahora no tengo ninguno!

La mirada con que, al pronunciar aquellas palabras, examinó a su reservista desertor era una mirada cálida y dubitativa. Pero Ulrich no quiso darse por enterado.

-¿Habláis de mí? -preguntó a Bonadea, lleno de presentimientos.

-Ah, sólo de vez en cuando! -replicó ella-. Cuando tu prima busca un ejemplo o cuando está presente tu amigo, el general.

-¿Y es posible que también esté presente Arnheim?

-Escucha con dignidad la conversación de las nobles damas -se burló Bonadea, no sin ciertas dotes para una discreta imitación; pero luego añadió con seriedad-: Su conducta con tu prima no me gusta nada. Casi siempre está de viaje; y cuando está en casa, dice demasiadas cosas a todo el mundo, y cuando ella cita el ejemplo de la señora Von Stern y de la...

-¿La señora Von Stein? -corrigió Ulrich interrogativo.

-Naturalmente, me refería a la Stein; Diotima habla de ella realmente con bastante frecuencia. Pues bien: cuando habla de las relaciones entre la señora Von Stein y la otra, la Vul... ¿cómo se llama? Tiene un nombre así como indecente.

-Vulpius.

-Ahí, sí, claro. ¿Sabes? Entonces oigo pronunciar tantas palabras extranjeras que se me van de la cabeza las más corrientes! Bueno pues, cuando compara a la señora Von Stein con la otra, Arnheim no aparta sus ojos de mí, como si, al lado de la idolatrada, yo sólo fuese buena para hacer lo mismo que hace... ésa que tú has dicho.

Ulrich pidió entonces que le aclarasen estos cambios.

Resultó que Bonadea, después de reivindicar el título de confidente Ulrich, había

hecho también grandes progresos como confidente de Diotima.

Esta reputación de ninfomanía, que con tanta ligereza fue promovida por el enojado Ulrich, había tenido en su prima unos efectos ilimitados. Aceptando a la recién llegada en sus veladas, considerándola una dama siempre se ocupaba de algún modo no muy definido en hacer el bien a los hombres, la había observado muchas veces a escondidas; aquella intrusa, cuyos ojos eran como un papel secante que absorbía la imagen de su casa, no sólo le parecía bastante inquietante, sino que además había suscitado en ella tanta curiosidad femenina como aversión. A decir verdad, cuando Diotima pronunciaba las palabras “enfermedad venérea”, tenía unas sensaciones tan imprecisas como cuando se imaginaba las actividades de su nueva amistad; esperaba con la conciencia intranquila que, de un momento a otro, se produjera algún proceder imposible, algo

infame y vergonzoso. Sin embargo, Bonadea consiguió mitigar esta desconfianza con su comportamiento ambicioso, que recordaba la conducta especialmente correcta de unos niños desvergonzados en un ambiente que les despierta un sentido de emulación moral. Incluso llegó a olvidar que estaba celosa de Diotima, y ésta observó con asombro que su inquietante protegida sentía tanto entusiasmo por el ideal como ella misma. Porque “la hermana caída”, como la llamaba ahora, se había convertido en su protegida, y pronto le dedicó un interés especialmente activo, porque se sentía empujada por su propia situación a ver en el indigno misterio de la ninfomanía una especie de espada de Damocles femenina, la cual, colgada de un hilo delgado, podía estar suspendida incluso sobre la cabeza de una Genoveva. “Lo sé, hija mía”, instruía a Bonadea, que casi tenía su misma edad, con ánimo de consolarla, “no hay nada tan trágico como abrazar a un

hombre que no nos convence íntimamente!”, y entonces besaba la boca impúdica con una dosis de coraje que le hubiera bastado para poner sus labios sobre los hocicos ensangrentados de un león.

La situación que entonces atravesaba Diotima, era la de una alternativa entre Arnheim y Tuzzi: una situación nivelada horizontalmente, Para decirlo de un modo gráfico, en uno de cuyos lados había demasiado peso, y en el otro demasiado poco. El propio Ulrich, a su regreso, había encontrado aún a su prima con la cabeza vendada y envuelta en paños calientes; pero estas calamidades femeninas, en la intensidad de las cuales ella adivinaba la rebelión de su cuerpo contra las contradictorias instrucciones de su alma, habían despertado también en Diotima la noble resolución que era propia de ella cuando no quería ser como las otras mujeres. Al principio era realmente problemático saber si dicha misión debía ser emprendida

por el alma o por el cuerpo, si la respuesta era mejor darla cambiando el comportamiento hacia Arnheim o hacia Tuzzi; pero la decisión vino con ayuda del mundo exterior; puesto que, mientras el alma, y sus amorosos enigmas, se le escapaba como un pez que uno quiere atrapar con las manos desnudas, resultó que, con gran sorpresa por su parte, su dolorosa búsqueda halló consejos abundantes en los libros de su tiempo, sobre todo cuando se decidió por primera vez a agarrar su destino por el otro extremo, el corporal, representado por la persona de su marido. No supo que nuestro tiempo, que se ha apartado probablemente del concepto de pasión amorosa porque es más religioso que sexual, juzga pueril preocuparse aún del amor; en cambio dedica sus esfuerzos al matrimonio, cuyos naturales procesos investiga con renovada meticulosidad en todas sus facetas. Ya por entonces habían aparecido muchos de aquellos libros que, con la



pureza de un profesor de educación física, hablan de los “trastornos de la vida sexual” y pretenden ayudar a la gente a vivir casados y a la vez contentos. En estos libros, el hombre y la mujer son definidos como “el portador de gérmenes masculinos y el portador de gérmenes femeninos” o como “los oponentes sexuales”, y el aburrimiento que hay que eliminar a través de toda clase de variantes físicas e intelectuales se denomina “problema sexual”. Cuando Diotima penetró en esta literatura, al principio se le arrugó la frente, pero luego se le alisó de nuevo; porque fue como un ataque a su ambición el hecho de ver que se le había escapado un gran movimiento en auge del espíritu de la época; finalmente, arrastrada por él, se llevó las manos a la frente por el asombro que le producía ver que había sabido dar al mundo un objetivo (aunque no se sabía muy bien cuál), pero que jamás le había pasado por la cabeza que se pudieran tratar los enervantes

inconvenientes del matrimonio con una superioridad intelectual. Esta posibilidad correspondía muy bien a sus inclinaciones y le daba de pronto la posibilidad de convertir las relaciones con su esposo, soportadas hasta entonces como un tormento, en una ciencia y un arte.

-¿Por qué perderse en cosas vagas y remotas, cuando lo bueno está tan cerca? -dijo Bonadea, reforzando aquellas opiniones con su propia predilección por los lugares comunes y las citas. Porque las cosas evolucionaron de forma que, muy pronto, Diotima, siempre dispuesta a proteger a alguien, aceptó y trató a Bonadea como discípula en estas cuestiones. Ocurrió de acuerdo con el principio pedagógico de aprender enseñando; por una parte, esto no dejaba de ayudar a Diotima a sacar de impresiones transitorias de sus lecturas, aún bastante desordenadas y poco claras para ella misma, una verdad de la que estaba

firmeramente convencida; guiada por el feliz misterio de la “intuición” de que a veces acierta cuando menos piensa uno acertar. Por otra parte, Bonadea se contaba también con una ventaja que le facilitaba aquel efecto retroactivo, sin el cual ni el mejor maestro puede sacar absolutamente nada del discípulo; la abundancia de sus conocimientos prácticos, aunque tenía la precaución de disimularlos, representaba para la teórica Diótima Ana fuente de experiencia observada temerosamente desde que ella, la desposa del jefe de sección Tuzzi, se había propuesto rectificar la evolución de su matrimonio mediante los libros.

-Mira, seguramente yo soy mucho menos instruida que ella -explicó Bonadea-, pero la verdad es que en los libros hay a veces cosas de las que no tenía ni idea, y esto a veces la desalienta, y entonces dice lamentándose: “Estas cosas no se pueden decidir en el tapete verde del lecho conyugal,

sino que para ello es preciso, por desgracia, poseer una experiencia y una práctica sexuales muy grandes y adquiridas sobre material vivo.”

-Pero, en nombre del cielo! -exclamó Ulrich, que ya no podía dominar la risa al pensar en su púdica prima perdida en los vericuetos de la “ciencia sexual”-. ¿Qué es lo que busca en realidad?

Bonadea reunió todos sus recuerdos sobre la feliz alianza de intereses científicos de nuestro tiempo, y los unió a una forma de expresarse irreflexiva y maquinal:

-Se trata de la mejor educación y administración de su instinto sexual -replicó, dentro del espíritu de su profesora-. Y ella sostiene la convicción de que el camino de un erotismo alado y armonioso debe pasar por la más rígida autoeducación.

“-¿Os estáis educando a fondo? ¿Y de la manera más rígida? Tienes una magnífica forma de expresarte! -exclamó Ulrich una

vez más-, pero, ¿serías tan amable de explicarme con qué fin se está educando Diotima?

-**¶** quien educa primero es a su marido!  
-le corrigió Bonadea.

“**¶**obre hombre!”, pensó involuntariamente Ulrich, y luego pidió: me gustaría mucho saber cómo lo hace; **¶** no te vuelvas tan discreta, así, de repente!

Realmente, ante estas preguntas, Bonadea se sentía paralizada por la ambición, como un alumno aventajado en un examen.

-Su atmósfera sexual está intoxicada - declaró con precaución-. Y si quiere salvar esta atmósfera, sólo lo conseguirá a base de que ella y Tuzzi ejerzan un riguroso control de toda su actividad. En este campo no existen reglas generales. Hay que esforzarse en observar al otro en sus reacciones vitales. Y para poder observar con precisión, hay que tener ciertos conocimientos sobre la vida sexual. Diotima dice que hay que contrastar la experiencia práctica con la sedimentación

de la investigación teórica. Hoy, precisamente, existe una actitud nueva y distinta de la mujer ante el problema sexual: No sólo exige del hombre una acción; lo que le exige es una acción nacida de un conocimiento exacto de lo femenino!

Y para distraer a Ulrich, o tal vez porque a ella misma la divertía, añadió con buen humor:

-Imagínate el efecto que todo esto debe producir en su marido, que no tiene la menor idea de estas cosas nuevas y que se entera de la mayoría de ellas en el dormitorio, al desnudarse, cuando Diotima, con el pelo medio suelto, está buscando las agujas y tiene la falda apretada entre las piernas, y de pronto se pone a hablar de estos temas. Yo he intentado hacerlo con mi marido, y casi le da un ataque; y es que si tiene que existir un “matrimonio para toda la vida”, hay que admitir una cosa: que por lo menos debe tener la ventaja de sacarle al compañero para toda

la vida todo su potencial erótico, y esto es lo que Diotima está intentando hacer con Tuzzi, que es un poquitín tosco.

-¡Empieza una dura temporada para vuestros maridos! -se burló Ulrich.

Bonadea se rió, y él pudo observar hasta qué punto estaría satisfecha de poder escapar de vez en cuando a la opresora severidad de su escuela erótica.

Pero la voluntad investigadora de Ulrich no cejaba; presentía que su transformada amiga se estaba callando algo que, en el fondo, habría preferido tratar. En confianza, planteó la objeción de que, por lo que había llegado a sus oídos, el defecto de los dos maridos afectados había consistido más bien en un exceso de “contenido erótico”.

-¡Sí, es lo único que piensas siempre! -le aleccionó Bonadea, y acompañó sus palabras con una mirada cuya larga punta tenía en su extremo un pequeño gancho que podía

interpretarse como una lamentación por el hecho de haber reconquistado su inocencia.

-¿Tú también abusas de la debilidad fisiológica de las mujeres!

-¿De qué abuso? ¿Has hallado una magnífica expresión para la historia de nuestro amor!

Bonadea le dio una pequeña bofetada y se arregló el pelo nerviosamente ante el espejo. Mirándole a través del mismo, le dijo:

-¿La he sacado de un libro!

-Naturalmente. De un libro muy famoso.

-Pero Diotima me lo discute. Ha encontrado algo en otro libro; es la expresión: “la inferioridad fisiológica del hombre”. Se trata de un libro escrito por una mujer. ¿Crees que esto desempeña realmente un papel tan importante?

-No tengo ni idea de lo que se trata, y no puedo contestarte ni una palabra.

-Entonces, escúchame! Diotima parte de un descubrimiento que ella llama “la



disponibilidad permanente de la mujer para el placer sexual". ¿Te sugiere algo?

-En el caso de Diotima, no.

-**N**o seas grosero! -le reprochó su amiga-. Esta teoría es muy delicada, y yo tengo que esforzarme por explicártela de modo que no saques falsas conclusiones de la circunstancia de estar yo sola contigo en tu casa. Esta teoría se basa en el hecho de que una mujer puede ser amada aun cuando ella no quiera. ¿Lo entiendes ahora?

-Sí.

-Por desgracia, se trata de algo innegable. Por el contrario, es muy frecuente que el hombre no pueda amar aunque quiera. Diotima dice que esto está demostrado científicamente. ¿Lo crees así?

-Es admisible.

-**N**o sé...! -dudó Bonadea-. Pero Diotima dice que, a la luz de la ciencia, la cosa se comprende por sí misma. Porque, en oposición a la disponibilidad permanente de

la mujer, el hombre, y concretamente la parte más masculina del hombre, se intimida muy fácilmente.

Tenía el rostro de color de bronce, al retirarse del espejo.

-Me extraña de Tuzzi -dijo Ulrich, dando un nuevo giro a la cuestión.

-Yo tampoco creo que antes fuesen así las cosas -dijo Bonadea-, sino que esto viene a ser una confirmación a posteriori de la teoría, porque ella se la expone cada día. Diotima la llama la teoría del “fiasco”. Como resulta que el portador de los gérmenes masculinos está tan expuesto al “fiasco”, sólo se siente sexualmente seguro cuando no tiene que temer una superioridad intelectual de la mujer; de ahí que los hombres no tengan casi nunca el valor de habérselas con una mujer que sea humanamente igual a ellos. Como mínimo, no dejan de intentar rebajarla.

Diotima dice que el leitmotiv de todas las empresas amorosas masculinas y en

especial el de sus pretensiones de superioridad, es el miedo. Lo sienten incluso los grandes hombres. Y cuando habla de grandes hombres se refiere a Arnheim. Los hombres “pequeños” la ocultan tras unas brutales pretensiones corporales y abusan de la vida espiritual de la mujer. ¶ al decir esto, me refiero a ti! Y ella se refiere a Tuzzi. Este “ahora... o nunca!” con que a menudo nos hacéis caer, no es más que una abusiva compre...

Viendo Ulrich que no le salía la palabra, le susurró:

-Compensación.

-Sí. De esta forma os sustraéis a la sensación de vuestra inferioridad física.

-¿Y qué es lo que habéis decidido? -preguntó Ulrich resignado.

-Debemos esforzarnos en ser amables con los hombres. Por esta razón he venido a verte. ¶ A ver cómo te lo tomas!

-Pero, ¿y Diotima?

-¡Dios mío! ¿Qué te importa Diotima? Arnheim pone unos ojos como platos cuando ella le dice que los hombres intelectualmente superiores sólo parecen hallar satisfacción plena con mujeres inferiores, y en cambio renuncian ante mujeres que son intelectualmente iguales a ellos, como está científicamente demostrado en los casos de la señora Von Stein y de la Vulpius. (¿Ves? Ahora ya no tengo dificultad en recordar el nombre. Pero he sabido siempre que ella ha sido la compañera sexual del viejo Olímpico.)

Ulrich intento llevar nuevamente la conversación a Tuzzi, para alejarla de él mismo. Bonadea se echó a reír; no carecía de comprensión por la situación penosa de aquel diplomático que tanto le gustaba como hombre, y le daba una cruel satisfacción y una sensación de complicidad el hecho de saber que tenía que sufrir bajo la férula del alma. Contó que, en el tratamiento de su marido, Diotima partía de la suposición de

que tenía que librarlo del miedo que él sentía hacia ella y de que, para ello, le era necesario reconciliarse un poco con la “brutalidad sexual” de su marido. Admitía haber descubierto que el error de su vida era tener una superioridad excesiva para el ingenuo sentimiento de superioridad de su compañero matrimonial masculino; y ahora iba a corregir dicho error ocultando su superioridad intelectual bajo una coquetería erótica más acomodaticia.

Ulrich intervino para preguntar con viveza qué entendía ella por dicha coquetería.

La mirada de Bonadea penetró gravemente hasta lo más profundo de su rostro.

-Le dice, por ejemplo: “Hasta ahora nuestra vida se ha deteriorado a causa de la competición por imponer nuestras respectivas personalidades” Y luego le reconoce que los efectos ponzoñosos del ansia

de imposición masculina dominan también toda la vida pública...

-Pero esto no es ni coquetería ni erotismo! -objetó Ulrich. -Claro que lo es! Debes tener en cuenta que un hombre, cuando sexualmente está dominado por la pasión, se comporta con una mujer como un verdugo con su víctima. Es el ansia de dominación, como se dice ahora. Y por otra parte, no me negarás que el instinto sexual es también importante para la mujer! -Claro que no!

-Bien. Pero, para que la relación sexual se desarrolle felizmente, es imprescindible un toma y daca. Si se quiere obtener del amante un abrazo satisfactorio, hay que admitir que existe una absoluta igualdad de derechos, y no considerarlo sólo como el complemento pasivo de uno mismo - prosiguió, adoptando la forma de expresarse de su maestra, como -una persona que, sobre una superficie lisa, se ve arrastrada, con

temor y ;sin quererlo, por su propio movimiento-. Porque, si ninguna relación humana soporta un constante oprimir y ser oprimido, mucho menos lo soportará la relación sexual.

-¡Ojo! -replicó Ulrich.

Bonadea le apretó el brazo y sus ojos re-  
lucían como una estrella al caer.

-¡Cállate! -balbuceó-. **A** todos os falta conocer por experiencia propia la psique femenina! Y si quieres que te siga contando cosas de tu prima... -pero ahora había llegado ya al límite de sus fuerzas, y sus ojos brillaban como los de una tigresa frente a cuya jaula pasa alguien con un pedazo de carne-. **B**asta, yo tampoco puedo oír más! -gritó.

-¿Habla ella realmente así? -preguntó Ulrich-. ¿Ha dicho todo esto realmente?

-**T**odos los días no oigo hablar de otra cosa más que de práctica sexual, de abrazos satisfactorios, de puntos esenciales del amor, de glándulas, de secreciones, de deseos reprimidos, de entrenamiento erótico y de

regulación del instinto sexual! Probablemente cada uno tiene la sexualidad que se merece; así lo afirma, al menos, tu prima; pero, ¿merezco yo acaso tal grado de sexualidad?

Su mirada resistió a la de su amigo.

-No lo creo -afirmó Ulrich lentamente.

-¿Se podría decir, en definitiva, que mi gran capacidad para la experiencia representa una plusvalía fisiológica? -preguntó Bonadea riendo de un modo alegremente ambiguo.

No hubo ya respuesta alguna. Cuando, mucho después, se dejó sentir en Ulrich una resistencia, centelleaba la luz del día a través de las rendijas de las ventanas, y al mirar hacia ella, la habitación oscura parecía la cámara mortuoria de un sentimiento atrofiado hasta lo irreconocible. Bonadea estaba tendida con los ojos cerrados y no daba ninguna señal de vida. Las sensaciones que le proporcionaba ahora su cuerpo no dejaban de



parecerse a las de un niño cuya testarudez ha sido vencida a fuerza de golpes. Cada pulgada de su cuerpo, completamente saciado y molido, reclamaba la ternura de un perdón moral. ¿Por parte de quién? Evidentemente no podía esperarlo del hombre en cuya cama estaba acostada y a quien había suplicado que la matase, porque ninguna repetición ni gradación podían romper su placer. Mantenía los ojos cerrados para no tener que verlo. Intentó, simplemente, pensar: “Estoy acostada en su cama!” Y luego: “No permitiré que nadie me eche de ella!”; ambas frases las había gritado en su interior pocos momentos antes; ahora, aquellas frases expresaban sólo una situación de la que no se podía salir sin hacer frente a penosas escenas. Con indolencia y lentitud, Bonadea reanudó sus pensamientos donde los había interrumpido.

Pensó en Diotima. Las palabras de ella iban volviendo a su memoria

progresivamente, frases enteras y fragmentos de frases; pero casi siempre un simple sentimiento de satisfacción por su existencia, cuando pasaban por su oído formando conversaciones, palabras incomprensibles e inolvidables como hormona, glande, cromosoma, cigoto o secreción interna. Porque el pudor de su maestra no tenía límites, cuando éstos eran borrados por la luz de la investigación científica. Diotima estaba en condiciones de decir a sus oyentes: “¶La vida sexual no es un oficio que se pueda aprender, sino que para nosotros será siempre la más sublime de las artes que nos es dado aprender en la vida!”; sintiendo a la vez tanto apego por lo científico como cuando hablaba con entusiasmo de un “punto de atracción sexual” o de un “punto difícil”. Y su discípula recordaba ahora con precisión aquellas expresiones. Iluminación crítica del contacto sexual, clarificación corporal de la situación, zonas excitables, camino para dar la máxima

satisfacción a la mujer, hombres bien disciplinados, atentos a su compañera... aproximadamente una hora antes, Bonadea se había juzgado groseramente engañada por estas sesiones científicas, intelectuales y completamente respetables que generalmente admiraba. Con gran sorpresa, había adquirido la conciencia de que tales palabras no sólo tenían un significado para la ciencia, sino también para el sentimiento, cuando ya brotaban las llamas de su arte afectiva, que escapa a todo control. Entonces, había odiado a Diotima: “Hablar así de tales cosas, hasta el punto de hacerle perder a una “gusto por ellas!”, había pensado, y, con tremendos sentimientos de venganza, tuvo la impresión de que Diotima -contando ella misma con cuatro hombres- no le concedía absolutamente nada y le estaba dando gato por liebre. Sí, Bonadea había visto que la explicación con que la ciencia sexual elimina los oscuros procesos eróticos era realmente

una maquinación de Diotima. Y ahora podía entenderlo tan poco como el apasionado deseo de estar con Ulrich. Intentó rememorar los instantes en que todas sus ideas y sensaciones habían desembocado en la locura; con toda seguridad, no es menos incomprensible el comportamiento de una persona que tiene una hemorragia y que intenta rememorar la impaciencia que le condujo a arrancarse el vendaje protector. Bonadea pensó en el conde Leinsdorf, que calificaba el matrimonio de elevado servicio y que había comparado los libros de Diotima sobre el mismo con una racionalización de los reglamentos de dicho servicio; pensó en Arnheim, que era multimillonario y que había definido como una auténtica necesidad de nuestra época la restauración de la fidelidad conyugal a partir de la idea del cuerpo; y pensó en otros muchos hombres famosos que había conocido en los últimos tiempos, sin recordar siquiera si tenían las piernas cortas o

largas, si eran gordos o delgados: porque sólo había visto en ellos el luminoso concepto de la celebridad, completada por una incierta masa corpórea, del mismo modo que los suaves tabiques del cuerpo de un pichón asado adquieren consistencia con un relleno de hierbas. Tras recordar todo aquello, Bonadea se juró a sí misma que nunca más quería ser presa de una de esas tormentas súbitas que confundían lo de arriba con lo de abajo, y se lo juró con tanta vehemencia, que si conseguía mantenerse fiel a sus propósitos, se veía ya, en espíritu y sin ninguna precisión corporal, convertida en la amante del más refinado de los hombres, un hombre que quería elegir entre los adoradores de su gran amiga. Aunque, dado que por el momento se hallaba aún, poco vestida, en la cama de Ulrich y que no quería abrir los ojos, su rico sentimiento de contrición voluntaria se convirtió en un mal humor lamentable y

exasperado, en lugar de evolucionar hacia una situación cada vez más consoladora.

La pasión cuyos efectos convertían la vida de Bonadea en un mar de contradicciones, tenía su más profundo origen, no en la sensualidad, sino en la ambición. Así pensaba Ulrich, que conocía bien a su amiga, y callaba para no provocar sus reproches, mientras contemplaba su rostro, cuyos ojos le ocultaban una mirada. La forma originaria de todas las aspiraciones de Bonadea le parecía un deseo de honor que se había extraviado por falsos caminos, e incluso, literalmente, por falsos caminos del sistema nervioso. ¿Por qué la ambición social de batir récords, que celebra sus mayores triunfos por el hecho de beber la mayor cantidad de cerveza posible o de llevar colgadas al cuello las mayores piedras preciosas, no había de manifestarse también en Bonadea, en forma de ninfomanía? Después de pasar lo que había pasado, ella volvía a adoptar a pesar

suyo aquella forma de expresión; Ulrich lo veía y comprendía también perfectamente que el minucioso comportamiento antinatural de Diotima se le impusiera como una situación paradisiaca, a ella, que siempre había abierto los brazos al diablo. Ulrich contemplaba los globos de sus ojos, que descansaban, pesados y sosegados, en sus cavidades; vio la nariz morena, que se destacaba resueltamente, y los dos agujeros rojos, que acababan en punta en uno de sus extremos; se percató, algo confuso, de las líneas de aquel cuerpo: allí donde, sobre el rígido corsé que formaban las costillas, se hallaban los grandes y redondos senos y donde, de la forma bulbosa de las nalgas, arrancaba la cóncava espalda; el lugar en que las uñas duras y puntiagudas contrastaban con las blandas yemas de los dedos. Y cuando, por fin, se pasó un buen rato contemplando con asco, a poca distancia de sus ojos, unos pelos minúsculos que emergían de los orificios

nasales de su amada, recordó el modo tan seductor con que aquella persona había atraído sus deseos. La sonrisa, vital y ambigua, con que Bonadea había venido para “hablar” con él; el modo tan natural con que se defendió de todos los reproches o le dio una noticia de Arnheim, y esta vez la precisión, casi cómica, de sus observaciones: la verdad era que había experimentado una ventajosa transformación; parecía ser una mujer más independiente; las fuerzas que la atraían a las alturas y a las profundidades se mantenían dentro de ella en un equilibrio más libre, y esta ingravidez moral había beneficiado con su acción refrescante a Ulrich, el cual llevaba algún tiempo atormentado por su propia seriedad; él mismo podía sentir aún el placer con que había escuchado sus palabras y contemplado el juego de expresiones en su rostro, que era como el sol y las olas. Y de pronto, mientras su vista se detenía en el rostro, ahora desabrido, de Bonadea, se le



ocurrió que sólo las personas serias pueden ser malas. “Las personas alegres -pensó-, se pueden considerar totalmente al abrigo de la maldad. [Del mismo modo que el intrigante siempre canta con voz de bajo!” Para él, esto significaba, de un modo no totalmente indiscutible, que los términos bajo y sombrío se relacionaban entre sí; porque es evidente que una culpa se vuelve más ligera cuando el acto culpable ha sido cometido por una persona alegre, desde su “lado frívolo”; por otra parte, también es posible que tal afirmación sólo sea aplicable al amor, donde los seductores de carácter melancólico resultan mucho más destructores y más difíciles de perdonar que los frívolos, aunque unos y otros hagan más o menos lo mismo. Éste era el curso errante de sus pensamientos, y no sólo le había decepcionado el hecho de que la hora del amor, iniciada con tanta ligereza, hubiese acabado en la melancolía, sino que,

por otra parte, se sentía inesperadamente animado.

Y así fue como olvidó sin saber cómo a la Bonadea que estaba a su lado, y luego, con la cabeza apoyada en el brazo y la mirada perdida a lo lejos, en cosas que estaban más allá de las paredes, le dio la espalda pensativo, en el mismo momento en que ella se sintió movida por el absoluto silencio de él al abrir los ojos. En este instante, Ulrich pensó, sin sospechar nada, que, durante un viaje, se había apeado del tren antes de llegar a su destino, porque un día claro y transparente, que había desvelado el paisaje con una misteriosa complicidad, le había atraído desde la estación a un paseo, para dejarlo después abandonado al caer la noche, hallándose sin equipaje en un lugar que distaba unas cuantas horas de la estación. Por lo demás, creía recordar que siempre había tenido el don de estar ausente por tiempo indefinido y de no regresar nunca por el mismo camino; y

de repente, desde un recuerdo remoto, situado en una etapa de su infancia a la que raras veces había accedido en su memoria, se hizo una luz en su vida. En la rendija de un tiempo incalculablemente pequeño, creyó sentir de nuevo el misterioso deseo que lleva a un niño hacia un objeto que ve, que quiere tocar o incluso metérselo en la boca, 'acabando luego la fascinación en una especie de callejón sin salida; con esta misma duración, le pareció probable que tampoco fuese mejor ni peor el deseo que impulsa a los adultos a lo lejano, para convertirlo en algo cercano, un deseo como el que a él mismo le dominaba y que, a causa de una cierta falta de contenido simplemente disfrazada de curiosidad, se caracterizaba claramente como una violencia; y esta imagen de base acabó transformándose por tercera vez en el proceso impaciente y decepcionante en que había desembocado el reencuentro con Bonadea, ajeno a la voluntad de ambos. Esta

posición de dos personas tendidas juntas en una cama le parecía ahora a Ulrich de una puerilidad extremada. “Pero, ¿qué significa entonces lo contrario, el amor lejano, inmóvil, etéreamente tranquilo, tan incorpóreo como un día de principios de otoño?”, se preguntó. “Probablemente tampoco es otra cosa que un juego de niños modificado!”, pensó lleno de dudas, y recordó los animales coloreados que, cuando era niño, le gustaban más de lo que ahora le gustaba su amiga. Pero Bonadea llevaba ya bastante tiempo viéndole sólo la espalda para poder calibrar las proporciones de su desgracia, y le dirigió las siguientes palabras:

- ¡La culpa es tuya!

Ulrich se volvió hacia ella sonriente y respondió sin detenerse a pensarlo:

- Dentro de unos días vendrá mi hermana a vivir conmigo, ¿no te lo había dicho? Apenas nos quedará tiempo para vernos.

-¿Cuánto va a durar? -preguntó Bonadea.

-Siempre -respondió Ulrich con una nueva sonrisa.

-¿Y qué? -dijo Bonadea-. ¿Es que esto puede impedir algo? ¿Pretendes hacerme creer que tu hermana no te permite tener una amante!

-Esto es precisamente lo que pretendo -dijo Ulrich.

Bonadea se echó a reír.

-¡Hoy he venido a verte inocentemente, y tú ni siquiera me has dejado contártelo todo hasta el final! -le objetó.

-Mi naturaleza está construida como una máquina que desvaloriza la vida sin cesar. ¡Quiero cambiar de una vez! -replicó Ulrich.

Ella no podía entenderle, pero recordó con altivez que amaba a Ulrich. De pronto dejó de ser el fantasma de sus nervios y halló

una convincente naturalidad. Dijo con simplicidad:

-¿Has iniciado unas relaciones con ella!

Ulrich la reprendió, y lo hizo con más gravedad de lo que habría deseado.

-Me he propuesto pasar mucho tiempo sin amar a ninguna mujer más que como a una hermana -declaró, y luego guardó silencio.

Por su duración, este silencio produjo en Bonadea la impresión de una resolución mayor a la que quizá le correspondía por su contenido.

-¿Qué perverso eres!:-exclamó de pronto en tono de profética advertencia, y saltó de la cama para correr de nuevo a la escuela sapiencial de Diotima, cuyas puertas estaban abiertas, sin la menor sospecha, a la alumna que volvía reanimada y arrepentida.

## ***24 - Agathe llega de verdad***

**A**QUELLA misma noche llegó un telegrama y al día siguiente, por la tarde, Agathe.

La hermana de Ulrich llegó con poco equipaje, de acuerdo con su intención de dejarlo todo tras ella; de todos modos, el número de maletas no correspondía totalmente al principio: “Échalo todo al fuego, sin dejar ni los zapatos.” Cuando Ulrich se enteró de este precepto, se echó a reír: incluso dos cajas de sombreros habían escapado a las llamas.

La frente de Agathe adquirió la encantadora expresión de la persona ofendida que reflexiona inútilmente sobre la ofensa.

Si Ulrich tenía razón al criticar la expresión imperfecta de un sentimiento que

había sido grande y arrebatador, fue algo que quedó en la incertidumbre, porque Agathe no mencionó la cuestión; la alegría y el desorden provocados involuntariamente por su llegada vibraban en sus ojos y oídos como una danza que se abandona a su balanceo entre los músicos de una banda: Agathe estaba muy contenta y se sentía ligeramente decepcionada, aunque no esperaba nada concreto e incluso durante el viaje se había abstenido intencionadamente de cualquier esperanza. Sólo se sintió, de repente, muy cansada, al recordar la noche anterior, que había pasado en vela. Le pareció muy bien que su hermano, un poco más tarde, tuviera que confesarle que, al tener noticia de su llegada, no había podido aplazar una cita fijada para la tarde de aquel mismo día; prometió estar de vuelta al cabo de una hora y, con un lujo de atenciones que casi inducía a la risa, dejó a su hermana bien acomodada en el diván que había en su despacho.



Cuando Agathe despertó, había pasado mucho más de una hora, y Ulrich no estaba allí. La estancia se hallaba sumida en una penumbra profunda, y a ella le pareció tan extraño, que se asustó al pensar que se hallaba ya en la nueva vida, tan esperada. Por lo que podía percibir, las paredes estaban cubiertas de libros, como lo estuvieron las del despacho de su padre, y la mesa llena de escritos. Abrió con curiosidad una puerta y penetró en la estancia contigua; encontró en ella roperos, cajas de zapatos, el Punching-ball, unas pesas, una escalera dorsal. Siguió adelante y volvió a encontrar más libros. Llegó a las aguas de colonia, perfumes, cepillos y peines del cuarto de baño, y luego a la cama de su hermano, a la decoración de objetos de caza del vestíbulo. Su paso era señalado por luces que se encendían y se apagaban alternativamente, pero el azar quiso que Ulrich no se diera cuenta de nada, aunque ya estaba en casa; había ido

aplazando su propósito de despertarla, para que tuviera más rato de descanso, y ahora tropezaba con ella en el vestíbulo, al que ascendía por una escalera subterránea, muy poco utilizada, que venía de la cocina. Había estado en ella con la intención de procurarse un refrigerio para su hermana, porque ese día, por falta de previsión, no había el menor servicio en la casa. Al encontrarse frente a frente, Agathe sintió que se concentraban todas las impresiones hasta entonces sentidas de un modo desordenado, y esto fue acompañado por una sensación de malestar que la desalentó, como si lo mejor fuera volver a marcharse. En aquella casa había algo de indiferente y frío, un amontonamiento caprichoso de objetos que la aterraba.

Ulrich, que se dio cuenta, se disculpó por ello y le dio explicaciones divertidas. Contó cómo había ido a parar a aquella vivienda y explicó su historia con detalle, desde la cornamenta del ciervo, que poseía

sin haber ido jamás de caza, hasta el punching-ball, que hizo danzar ante los ojos de Agathe. Agathe volvió a mirarlo todo con una seriedad inquietante, e incluso volvía la cabeza para examinarlo bien todo, cada vez que pasaban de una habitación a otra: Ulrich hubiera querido encontrar gracioso este examen, pero al repetirlo, su vivienda se le hizo insoportable. Ahora se demostraba lo que había disimulado la costumbre: que sólo habitaba las piezas más imprescindibles, y las restantes colgaban de éstas como un descuido adorno. Cuando ambos se hallaban sentados después del recorrido, Agathe preguntó:

-¿Por qué lo has hecho, si no te gusta?

Su hermano le dio té y todo lo que la casa podía ofrecer; quería mostrarse hospitalario, aunque fuera con retraso, para que este segundo encuentro no quedase por debajo del primero en cuanto a amable

solicitud. Corriendo de un lado para otro, aseguró:

-Lo he arreglado todo muy a la ligera, de un modo falso y que no corresponde en absoluto a mi manera de ser.

-Pero si todo es muy bonito! -le consoló Agathe.

Ulrich opinó que, arreglándolo de otra forma, el resultado aún podía haber sido peor.

-No me gustan las casas hechas a la medida del espíritu de una persona -declaró-. Me daría a mí mismo la impresión de haber encargado mi propia persona a un arquitecto de interiores.

Y Agathe dijo:

-También a mí me dan miedo este tipo de casas.

-Sin embargo, esto no puede quedar como está ahora -rectificó Ulrich.

Estaba sentado a la mesa con su hermana, y la simple cuestión de si tenían que

comer siempre juntos suscitaba una serie de problemas. Ulrich taba realmente sorprendido al descubrir que ahora, en efecto, muchas cosas tenían que cambiar; se le antojó un trabajo totalmente fuera de lo común, que se le exigía, y al principio mostraba el celo de un neófito. Si un hombre solo -dijo en respuesta a la tolerante predisposición de su hermana a dejarlo todo como estaba- puede tener una debilidad: la incorpora a sus restantes cualidades y desaparece entre ellas. Pero cuando dos personas comparten una debilidad, si la comparamos con las cualidades no comunes a ambos, esta debilidad adquiere un peso doble y se parece mucho a una profesión de fe voluntaria.

Agathe no estaba de acuerdo.

-En otras palabras: como hermanos, no podemos permitirnos algunas de las cosas que nos hemos permitido como individuos aislados; precisamente por esto nos hemos reunido.

Esto le gustó a Agathe. No obstante, la formulación negativa, el hecho de estar juntos sólo para no hacer algo, le parecía insuficiente; tras una pausa, preguntó, volviendo a la instalación suministrada a Ulrich por los mejores decoradores:

-No acabo de entenderlo. ¿Por qué te has instalado de esta forma, si no te parece bien?

Ulrich acogió su mirada divertida y contempló a la vez su rostro, que, sobre las ropas de viaje algo arrugadas que todavía llevaba, le pareció de pronto tan liso y brillante como la plata, y tan maravillosamente presente, que podía considerarse a la vez próximo y lejano, o pensarse que la proximidad y la lejanía eran abolidas por aquella presencia, como cuando la luna, desde las profundidades del cielo, asoma de pronto tras el techo del vecino.

-¿Por qué lo he hecho? -replicó Ulrich-. Ya no lo sé. Probablemente porque igual

habría podido hacerlo de otra forma. No sentí ninguna responsabilidad. Pero esto no me parecería ya tan seguro, si quisiera explicarte que la irresponsabilidad que hoy preside aún nuestra vida podría ser el primer escalón de una nueva responsabilidad.

-¿En qué sentido?

-Ah, en muchos! Ya sabes: puede que la vida de una persona sola no sea más que una pequeña oscilación en torno al valor medio más probable de una serie. Y así sucesivamente...

Agathe no escuchó más que lo que veía claro en aquellas afirmaciones de su hermano. Dijo:

-De ahí que digamos “muy bonito” o “muy agradable”. Pronto deja uno de saber hasta qué punto es abominable su forma de vida. Pero a veces resulta tan horroroso como despertarse, tras una muerte aparente, en una cámara mortuoria.

-¿Y tú, cómo estabas instalada?

-De un modo típicamente pequeñoburgués; muy propio de Hagauer; “muy bonito”, y tan poco auténtico como el tuyo.

Entretanto, Ulrich había tomado un lápiz y, sobre el mantel de la mesa, dibujaba el plano de la casa y una nueva distribución de los espacios de la misma. Fue un trabajo fácil y hecho con tanta rapidez que el movimiento de ama de casa que hizo Agathe para proteger el mantel llegó demasiado tarde y se detuvo, inútil, en la mano de Ulrich. Las dificultades no se plantearon de nuevo hasta que se trató de los principios fundamentales de la nueva instalación.

-Aquí tenemos una casa -propuso Ulrich- y tenemos que transformarla para nosotros dos; pero, hoy por hoy, esta cuestión es ya algo superado y ocioso; esto de “arreglar una casa” disimula un aspecto meramente superficial y de simple apariencia externa, debajo de la cual ya no hay nada; las relaciones sociales y personales ya no son



lo bastante sólidas como para pensar en casas; nadie encuentra un verdadero placer en mostrar hacia el exterior una persistencia y una constancia. Así se hacía antes, y uno demostraba quién era por el número de habitaciones, de criados y de huéspedes. Hoy si-ente casi todo el mundo que una vida sin forma es la única forma que corresponde a la multiplicidad de posibilidades y de voluntades que llenan nuestra vida, y los jóvenes prefieren la desnuda sencillez que recuerda un escenario teatral sin muebles, o bien sueñan con un baúl-armario, con el campeonato de bob y de tenis, con un hotel de lujo junto a la autopista, rodeado de verdes campos de golf y con música en todas las habitaciones, que se pueda conectar y desconectar a voluntad.

Así habló Ulrich, y lo hizo en el tono de una conversación mantenida con una persona desconocida; hablaba con un esfuerzo por mantenerse en la superficie de sí mismo,

porque la mezcla de lo definitivo con lo simplemente iniciado que había en aquella convivencia le intimidaba.

Pero tras dejarle hablar hasta el fin, le preguntó su hermana:

-¿Propones acaso que vayamos a vivir a un hotel?

-¡En absoluto! -se apresuró a contestar Ulrich-. Lo máximo que atrevo a proponer es que vivamos en lugares distintos, viajando. -¿Y para el tiempo restante, nos haremos construir una cabaña en isla o un refugio en la montaña?

-Naturalmente, nos instalaremos aquí -respondió Ulrich con más edad de la que correspondía a aquella conversación.

El diálogo se interrumpió unos instantes; Ulrich se había levantado “y paseaba de un lado a otro de la estancia; Agathe hacía como si tuviera talgo que arreglar en el borde de su vestido, y apartó la vista de la línea en la que hasta entonces se habían encontrado

sus miradas. De pronto, Ulrich se detuvo y dijo, en un tono vacilante pero sincero:

-Mi querida Agathe, hay un círculo de problemas que tiene un gran perímetro y carece de centro. Y todos responden a la pregunta siguiente: "¿Cómo tengo que vivir?"

También Agathe se había levantado, pero seguía sin mirarle. Se encogió de hombros: ... -¡Hay que intentarlo! -dijo.

La sangre le había subido a la frente; pero cuando alzó la cabeza, había en sus ojos un brillo de altivez, y sólo en las mejillas se mantenía aún el rubor, como una nube que pasa.

-Si queremos permanecer juntos -declaró-, lo primero que tienes que hacer es ayudarme a deshacer el equipaje, a instalarme y a cambiarme, porque no he visto una criada por ningún lado.

De nuevo, su hermano sintió en sus brazos y piernas el influjo de la mala conciencia que galvanizaba sus miembros,

haciéndolos más ágiles para reparar su falta de atención, con el estímulo y la ayuda de Agathe. Vacío armarios como un cazador que destripa a una pieza, y abandonó su dormitorio jurando que pertenecía a Agathe y que él encontraría un diván en cualquier parte. Vivamente, llevaba de un lado a otro objetos de uso diario, que hasta entonces habían vivido inmóviles, cada uno en su lugar, como las flores de un parque, esperando tan sólo la mano que las escogiera, como una transformación posible de su destino. Se amontonaron trajes en las sillas; en los estantes de cristal del cuarto de baño, mediante un meticuloso amontonamiento de todos los objetos de aseo se creó un departamento masculino y otro femenino; cuando todo el orden se hubo convertido más o menos en un desorden, quedaban aún las brillantes zapatillas de cuero de Ulrich en el suelo, abandonadas, como un Perrito faldero humillado, echado de su pequeño cesto, imagen

lamentable de una comodidad destruida en sus aspectos tan agradables como insignificantes. Sin embargo, no quedó tiempo para la compasión, porque les tocaba ya el turno a las maletas de Agathe. Aunque al principio parecían pocas, su contenido se reveló inagotable, por la cantidad de cosas cuidadosamente dobladas que, al sacarlas fuera, se desplegaron y florecían en el aire como centenares de rosas que un mago sacara de su sombrero. Tenían que ser colgadas y colocadas una sobre otra, sacudidas y amontonadas; y como Ulrich también colaboró, el proceso fue acompañado de pequeños incidentes y de risas.

Toda esta actividad tenía que inducirle a pensar constantemente una cosa: que había estado solo toda su vida y que aún lo estaba pocas horas antes. Ahora había llegado Agathe. Esta pequeña frase, “ha llegado Agathe”, se repetía en oleadas; recordaba el asombro de un niño al que le regalan un

juguete; había en él algo de paralizador, pero contenía, por otra parte, una plenitud de presencia prácticamente incomprensible, que retrotraía una y otra vez a aquella pequeña frase: “ha llegado Agathe”. “¿Puede decirse qué sea alta y delgada?”, pensó Ulrich, y la observaba a escondidas. En realidad no lo era: era más baja que él y sus hombros tenían una sana robustez. “¿Es graciosa?”, se preguntó. Tampoco podía decirse que lo fuera: su orgullosa nariz, por ejemplo, vista de lado, se doblaba un poco hacia arriba; de ella emanaba un encanto más vigoroso que la gracia. “En definitiva, ¿es bella?”, se preguntó Ulrich de un modo algo extraño. Porque no le resultaba fácil formularse tal pregunta, aunque Agathe, si se prescindía de toda convención, era para él una mujer desconocida. No existe ninguna prohibición interior que impida ver a una consanguínea con ojos de hombre; sólo por costumbre o por pretextos morales o higiénicos se

justifica esta prohibición. Además, el hecho de no educarse juntos impidió que surgiera entre Ulrich y Agathe el esterilizador sentimiento fraterno que caracteriza a la familia europea. No obstante, la simple costumbre tradicional bastó para quitar una punta finísima a sus mutuos sentimientos, aunque sólo se tratara de la inofensiva consideración mental sobre la belleza; Ulrich adivinó su falta en aquellos momentos por la confusión y la sorpresa que sentía. Encontrar bella alguna cosa significa probablemente y por encima de todo encontrarla: trátase de un paisaje o de una amante, tienen que estar presentes, mirar al arrobado contemplador que las ha encontrado; como si sólo le hubiesen estado esperando a él. Y fue así, con el encanto de saber que ahora le pertenecía y que quería ser descubierta por él, como le gustaba su hermana por encima de toda medida; sin embargo, pensó: “Uno no puede encontrar realmente bella a su propia hermana;

a lo sumo puede sentirse halagado de que se sientan atraídos por ella.” Pero luego, donde antes no hubo más silencio, oyó su voz durante unos minutos y, ¿cómo era su voz? Oleadas de perfume acompañaban el movimiento de sus ropas y, ¿cómo era su perfume? Su movimiento era tan pronto una rodilla, como un dedo suave, como la contumacia de un rizo. Lo único que se podía decir era: “está aquí”. Estaba allí, donde antes no había nada. La diferencia de intensidad entre el momento más vivo de aquellos en que Ulrich pensó en su hermana ausente y el más vacío de los momentos actuales constituía un placer tan grande y tan nítido como cuando un lugar sombrío se llena de calor y del aroma de plantas que se abren a los rayos del sol.

Agathe también se dio cuenta de que su hermano la observaba, pero no se lo dio a entender. En los momentos de silencio, al sentir ella que los ojos de él seguían sus



movimientos, y cuando preguntas y respuestas o se interrumpían tanto como parecía, sino que se deslizaban como un vehículo con el motor parado por una empinada y peligrosa cuesta, entonces ella gozaba de la extraordinaria presencia, de la tranquila intensidad que se aliaba a su reencuentro. Una vez deshecho el equipaje y arreglada la habitación, cuando Agathe se había metido sola en el cuarto de baño, se desarrolló una aventura que irrumpió como el lobo en aquel pacífico paisaje; porque Agathe se había desvestido, hasta quedarse en ropa interior, en una habitación donde Ulrich, fumando cigarrillos, guardaba ahora los bienes de su hermana. Completamente mojada, pensaba qué podía hacer. No había servicio y tocar el timbre habría sido probablemente tan inútil como gritar; la única posibilidad era, al parecer, envolverse en la toalla de baño de Ulrich, que colgaba de una pared, llamar a la puerta y hacer salir a su hermano de la habitación

donde se hallaba. Pero Agathe, divertida, pensó en la seria familiaridad que acababa de nacer entre ellos -aunque no existiera aún del todo- y dudó que pudiera permitirse el comportamiento de una joven y recatada señora, pidiendo a Ulrich que se retirara; decidió prescindir de toda feminidad equívoca y presentarse ante él como la compañera natural que, aun poco vestida, debía representar para su hermano.

Pero cuando, con pasos decididos, entró en la estancia donde él se hallaba, ambos sintieron en su corazón un inesperado movimiento. Los dos trataron de no azorarse. Pasaron unos instantes sin poder superar la natural inconsecuencia que, junto al mar, permite una desnudez casi total y luego, en la habitación, hace del borde de unas enaguas o de unas bragas la linde de la aventura romántica. Ulrich sonrió torpemente cuando Agathe, con la luz de la habitación precedente iluminándola por detrás, se le apareció

como una estatua de plata levemente envuelta en una bruma de batista; con una voz cuya inocencia acentuó de un modo excesivo, Agathe pidió sus medias y su ropa, que se hallaban en la habitación contigua. Ulrich condujo a su hermana hasta allí, y ella caminaba produciendo en él un secreto encanto, un poco como un adolescente, y gozando de ello con una especie de desafiante altivez, como suelen hacerlo las mujeres cuando no se sienten protegidas detrás de su falda. Luego se produjo un hecho nuevo, cuando, un poco más tarde, Agathe se encontraba con el vestido medio puesto y sin poder acabar de ajustarlo a su cuerpo; llamó a Ulrich en su ayuda. Al sentirlo moverse a sus espaldas se dio cuenta -sin celos fraternos, sino más bien con una especie de agrado- que se las entendía muy bien con la ropa femenina, y ella misma se movía con los vivos gestos que exigía el carácter del acontecimiento.

Inclinado sobre la espalda de piel suave y movable, pero llena, y atento a aquel insólito cometido que le enrojecía la frente, Ulrich se sintió halagado por una sensación que no podía traducirse en palabras; podía decirse que su cuerpo se sentía acometido a la vez por el hecho de tener tan cerca una mujer y de no tener a una mujer; pero también podía afirmarse que se mantenía sin dudarlo dentro de sus zapatos, pero arrastrado a la vez fuera de sí mismo, como si le hubiesen dotado de un segundo cuerpo, mucho más bello.

Tras volver a erguirse, lo primero que le dijo a su hermana fue:

-Ahora sé lo que eres: eres mi amor propio!

Sonaba muy extraño, pero con aquellas palabras describía Ulrich lo que realmente sentía.

-El amor propio, tan acentuado en otras personas, es algo que, en cierto sentido, me

ha faltado siempre -explicó-, y ahora, al parecer, sea por error o por influjo del destino, se ha personificado en ti, en lugar de hacerlo en mí mismo -añadió sin transición.

Era el primer intento que hacía aquella noche de emitir un juicio sobre la llegada de su hermana.

## 25 - Los mellizos siameses

**E**NTRADA ya la noche, Ulrich volvió a la misma idea.

-Debes saber -le contó a su hermana- que no conozco cierta especie de amor propio, cierta relación de ternura hacia mí mismo, que al parecer es natural en la mayoría de las personas. No sé cómo describirlo. Podría decir, por ejemplo, que siempre he tenido amantes con las que mis relaciones han sido falsas. Han sido ilustraciones de ideas súbitas, caricaturas de mis caprichos, y por tanto simples ejemplos de mi incapacidad para establecer relaciones naturales con otras personas. Este solo hecho va unido al comportamiento que uno tiene consigo mismo. En el fondo, siempre he escogido amantes que no me gustaban...

-¡Tienes toda la razón al actuar así! -le interrumpió Agathe-. Si yo fuese hombre, no tendría el menor escrúpulo de conciencia tratando a las mujeres sin la menor confianza. Las desearía tan sólo por distracción o por estupefacción.

-¿Ah, sí? ¿Eso es lo que harías? ¡Muy amable por tu parte!

-No son más que parásitos ridículos. Comparten, junto con el perro, la vida del hombre. -Agathe emitió este juicio sin la menor indignación moral.

Estaba agradablemente cansada, mantenía los ojos cerrados; se había retirado a descansar muy temprano, y Ulrich, que había venido a despedirse de ella, la veía tendida en la cama, ocupando su propio lugar.

Era, además, la misma cama en que, treinta y seis horas antes, había estado acostada Bonadea. Probablemente por ello había vuelto Ulrich al tema de sus amantes.

-Pero yo sólo quería ir a parar a mi incapacidad para una relación conmigo mismo basada en la ternura -repitió sonriente-. Para experimentar algo con plena participación, es preciso que sea parte de un contexto o estar subordinado a una idea. La experiencia misma prefiero tenerla detrás de mí, en el recuerdo; el gasto actual de sentimiento se me antoja desagradable y de una inoportunidad ridícula. Así veo las cosas cuando intento describirme a mí mismo sin miramiento alguno. Y la idea más espontánea y más simple que se puede tener, por lo menos en los años de la adolescencia, es que uno es un tipo condenadamente original, un tipo al que el mundo estaba esperando. Pero esto no se sostiene ya más allá de los treinta años!

Estuvo un momento reflexionando y luego dijo:

-¡No! Es tan difícil hablar de uno mismo! En realidad, lo que tendría que decir es que jamás me he mantenido bajo el



dominio de una idea constante. No había ninguna idea. Una idea habría que amarla como a una mujer, y ser feliz cada vez que uno vuelve a ella. ¶ No la guarda siempre en su interior! ¶ Y la busca en todo lo que está fuera! Jamás he podido encontrar ideas así. Con las ideas llamadas grandes, he sostenido siempre una relación de hombre a hombre; y esta misma relación me ha unido a las que se llaman grandes con razón. Yo no creía haber nacido para la subordinación; las ideas me provocaban el deseo de destruirlas y sustituirlas por otras. ¶ Sí, puede que estos celos me hayan conducido a la ciencia, cuyas leyes se buscan en común y no se consideran incontrovertibles!

Nuevamente se detuvo y se rió de sí mismo o de su descripción.

-Sea como sea -prosiguió con seriedad-, con este modo de relacionar conmigo todas las ideas, o ninguna, he desaprendido a tomar la vida en serio. Me excita mucho más la

vida que hay en una novela, donde aparece ordenada en un sistema; pero cuando tengo que vivirla en toda su prolijidad, siempre la encuentro ya envejecida, minuciosa hasta parecerme pasada de moda y superada en su contenido ideológico. No creo tampoco que esto se deba a mi manera de ser. Porque hoy la mayoría de los hombres se parecen. Es cierto que muchos simulan una urgente alegría de vivir, que se asemeja a la forma en que se enseña a los niños de las escuelas públicas a saltar alegremente sobre las florecillas, pero siempre hay una cierta intencionalidad, y ellos se dan cuenta. La verdad es que igual pueden matarse fríamente los unos a los otros que entenderse la mar de bien. Es evidente que nuestro tiempo no toma en serio los acontecimientos y las aventuras de que está lleno. Cuando se producen, excitan. Luego suscitan inmediatamente nuevos acontecimientos, una especie de venganza hecha de tales sucesos, como si el hecho de

haber pronunciado la letra A obligara a pronunciar necesariamente de la B a la Z. Pero estos acontecimientos de nuestra vida tienen menos vida que un libro, porque carecen de coherencia en su sentido.

Así habló Ulrich. Sin continuidad. Cambiando de humor. Agathe no dio respuesta alguna; seguía con los ojos cerrados, pero estaba sonriendo.

Ulrich dijo:

-Ya no sé lo que te estoy contando. Creo que no puedo volver al punto de partida.

Estuvieron un rato en silencio. Podía contemplar minuciosamente el rostro de su hermana, no defendido por la mirada de sus ojos. Era como un pedazo de cuerpo desnudo, como cuando las mujeres están juntas en un baño femenino. El cinismo de mujer, natural e inadvertido, de esta mirada no pensada para el hombre, seguía ejerciendo en Ulrich un efecto insólito, aunque no tenía ni con mucho la intensidad que tuvo en los

primeros días de su primer encuentro, cuando Agathe reivindicó inmediatamente su derecho de hermana a hablarle, en lo posible, sin reservas orales, puesto que para ella no era un hombre como los demás. Recordó la sorpresa, mezclada con terror, que había sentido de muchacho al ver por la calle una mujer embarazada o que amamantase a su bebé: secretos cuidadosamente escondidos al adolescente se erguían entonces súbitamente, con contundencia y sin prejuicios, a pleno sol: Y probablemente había arrastrado en su interior, durante mucho tiempo, restos de tales impresiones, porque de pronto le pareció que se había librado totalmente de ellas. El hecho de que Agathe fuese una mujer y hubiese vivido seguramente muchas experiencias le pareció una idea agradable y cómoda; al hablar con ella, no había que tener los cuidados que se tienen con una adolescente, e incluso le pareció a Ulrich de una naturalidad conmovedora el hecho de que,

en una mujer, la moral se hubiese relajado. Tenía también la necesidad de tomarla bajo su protección y de resarcirla con alguna bondad de alguna cosa que le hubiera ocurrido. Se propuso hacer por ella cuanto pudiera. Incluso se hizo el propósito de buscarle otro marido. Y esta necesidad de bondad, sin que apenas se diera cuenta de ello, le devolvió el hilo perdido de la conversación.

-Es posible que, en los años de pubertad, se modifique nuestro amor propio -dijo sin transición-. Porque entonces se procede a segar la hierba de un prado de ternura en el que uno había jugado antes, con el fin de obtener forraje para alimentar a un instinto determinado.

-Para que la vaca de leche! -añadió Agathe tras una breve pausa, impertinente y llena de dignidad, pero sin abrir los ojos.

-Sí, todo va junto -opinó Ulrich y prosiguió-: Existe, pues, un momento en que nuestra vida pierde casi toda su ternura, y

ésta se despliega en ese único ejercicio, que queda así sobrecargado: ¿No te lo imaginas como si reinara en todos los lugares de la tierra una gran sequía, mientras en un solo lugar lloviera sin cesar?

Agathe dijo:

-Me parece que he amado a mis muñecas con más intensidad que a ningún hombre. Después de tu partida, encontré en la buhardilla una caja con mis viejas muñecas.

-¿Qué hiciste con ella? -preguntó Ulrich-. ¿La regalaste a alguien?

-¿A quién podía regalarla? La enterré en el fuego de la chimenea.

Ulrich replicó vivamente:

-Al recordar mis primeros años, diría que entonces apenas si estaban diferenciadas aún las nociones de interioridad y exterioridad. Cuando me arrastraba hacia un objeto, éste venía volando hacia mí; y cuando ocurría algo importante para nosotros, no éramos

los únicos emocionados, sino que las cosas mismas empezaban a rebullir. No voy a afirmar que por ello fuésemos más felices que en las épocas posteriores. No nos poseíamos a nosotros mismos; en realidad, aún no habíamos llegado a ser, nuestros estados personales no se diferenciaban aún claramente de los del mundo exterior. Aunque suene raro, digo la verdad al afirmar que nuestros sentimientos, nuestras veleidades y nosotros mismos no estábamos aún metidos totalmente en nuestro ser. Y aún es más sorprendente el hecho de poder afirmar que aún no estábamos totalmente distanciados de nosotros mismos. Porque si hoy, cuando ya crees estar en plena posesión de ti misma, te preguntas excepcionalmente quién eres en realidad, llegarás a este descubrimiento. Siempre te verás desde fuera, como un objeto. Te darás cuenta de que en una ocasión te irritas y en otra te entristeces, del mismo modo que tu impermeable está

unas veces húmedo y otras veces caliente. Con la observación, conseguirás a lo sumo ir detrás de ti misma, pero nunca meterte en ti misma. Siempre estás fuera de ti, hagas lo que hagas, y precisamente los únicos momentos que constituyen una excepción a este estado son precisamente aquellos en los que te dirían que estás “fuera de ti”. En compensación, por el hecho de ser adultos, hemos conseguido pensar “yo soy” en cualquier ocasión y siempre que se nos antoje. Tú ves un coche y, en cierto modo, percibes también vagamente la frase “veo un coche”. Amas o estás triste, y ves que eres tú quien está en tales situaciones. Pero en un sentido total y absoluto, ni el coche, ni tu tristeza o tu amor, ni tú mismo, estáis plenamente presentes. Nada está totalmente presente como lo estuvo una vez, en la infancia. Todo lo que tocas queda petrificado hasta lo más hondo de ti mismo, tan pronto como has conseguido llegar a poseer una



“personalidad”, y lo único que queda -envuelto en una manera de ser cada vez más externa- es un hilo fantasmal y nebuloso de autoconsciencia y de oscuro amor propio. ¿Qué hay en ello de equivocado? [Se tiene la sensación de que alguna cosa podría anularse! [Pero no se puede afirmar que un niño viva las cosas de un modo totalmente distinto a un hombre! No sabría darte una respuesta decisiva, aunque se podría formular alguna que otra idea al respecto. Pero yo, desde hace mucho tiempo, he encontrado mi propia respuesta en el hecho de haber perdido el amor por esta forma de “ser yo” y por este tipo de mundo.

Para Ulrich, resultaba agradable que Agathe le hubiese escuchado sin interrumpirle, porque de ella esperaba tan poco una respuesta como de sí mismo, y estaba convencido de que una respuesta, como él la deseaba, podía darla nadie en nuestro tiempo. Por otra parte, en ningún momento temió

que el tema de su conversación pudiera ser difícil para su hermana. No lo consideraba una reflexión filosófica ni creía tratar siquiera una materia insólita, como no lo cree un joven -y en esta situación estaba él- al que la dificultad de la expresión no le impide encontrarlo todo sencillo cuando la presencia de otro le incita a intercambiar con él las eternas preguntas: “¿Quién eres tú? Así soy yo.” La seguridad de que su hermana le seguía palabra por palabra le venía del hecho de que ella existiera y no de una idea. Su mirada se posó en el rostro de Agathe y en él había algo que le hacía feliz. Este rostro de ojos cerrados no tenía ni un solo rasgo que provocase repulsión. Ejercía en Ulrich una atracción insondable; como si lo atrajera a unas profundidades sin fin. Sumiéndose en la contemplación de aquel rostro, no encontraba en ninguna parte el limo de las resistencias disueltas en que se apoya un hombre hundido en el amor para encaramarse de

nuevo a un terreno seco. Pero, como él estaba acostumbrado a ver en la inclinación por la mujer una repulsión violentamente invertida hacia los seres humanos, lo que - aunque a él le disgustaba - garantiza una cierta seguridad de no perderse en ella, resultaba que sentía miedo de la pura inclinación que le llevaba con curiosidad a profundidades cada vez mayores, y este temor era casi como una alteración del equilibrio; de ahí que pronto eludiera este estado y se protegiera de su felicidad con una broma un poco juvenil, destinada a devolver a Agathe a la vida cotidiana; con el mayor cuidado de que fue capaz, puso los dedos en los párpados de su hermana e intentó abrirle los ojos. Agathe los abrió riendo y exclamó:

- ¡Con esto de ser tu amor propio, me tratas bastante groseramente!

Esta respuesta era tan juvenil como la intervención de Ulrich, y sus miradas se enfrentaron agresivamente como las de dos

muchachos que están a punto de pegarse, pero que no pueden hacerlo a causa de su buen humor. Pero de pronto Agathe abandonó esta actitud y preguntó con seriedad:

-¿Conoces el mito que Platón sacó de algún modelo antiguo, según el cual el ser humano originario fue dividido por los dioses en dos partes, hombre y mujer?

Se había erguido apoyándose en los codos y se ruborizó inesperadamente, porque se consideró un poco estúpida por haber formulado a Ulrich una pregunta sobre una historia que probablemente conocía todo el mundo. De ahí que, tras una breve reflexión, añadiera de un modo decidido:

-Estas dos mitades tan desgraciadas hacen toda clase de tonterías para volverse a unir: lo dicen todos los manuales escolares de enseñanza superior; por desgracia, no nos explican por qué esta unión no se consigue!

-Yo puedo decírtelo -intervino Ulrich, feliz al descubrir lo bien que ella le había entendido-. Nadie sabe cuál de las muchas mitades que corren por el mundo es la que le falta. Toma una de ellas, que le parece la adecuada, y hace los más inútiles esfuerzos para formar con ella una sola unidad, hasta que a la postre se descubre que no hay nada que hacer. Si de la unión nace un niño, ambas mitades creen, durante algunos años de su juventud, que por lo menos permanecen unidas en el hijo; pero éste no es más que una tercera mitad que muy pronto manifiesta su aspiración a apartarse todo lo posible de las otras dos y a buscar una cuarta. Así, la humanidad se va escindiendo fisiológicamente en “mitades”, y la unidad esencial sigue siendo como la luna asomando por la ventana del dormitorio.

-Se podría pensar que los hermanos deben haber dejado ya tras ellos la mitad del

camino a recorrer en este sentido! -le cortó Agathe con una voz enronquecida.

-Es posible, cuando son mellizos.

-Y nosotros, ¿no somos mellizos?

-[S]eguro! -Ulrich se desvió de pronto de la cuestión-. Los mellizos son poco frecuentes; los mellizos de distinto sexo constituyen una verdadera rareza; [Y] cuando, por añadidura, tienen diferente edad y se han pasado la mayor parte del tiempo sin conocerse, la cosa se convierte en un insólito fenómeno, realmente digno de nosotros! -concluyó, e intentó volver a una alegría menos peligrosa.

-[P]ero nosotros nos hemos reunido como si fuésemos dos mellizos! -replicó Agathe sin dejarse influir.

-¿Lo dices porque nos han educado de un modo inesperadamente semejante?

-Tal vez. [N] todo lo demás! Puedes decir que se trata de una casualidad, pero, ¿qué es la casualidad? Yo pienso que el azar es

precisamente el destino, o el sino, o como quieras llamarlo. ¿Jamás se te ha ocurrido pensar, por casualidad, que te echaron al mundo para ser precisamente tú? El hecho de que seamos hermanos resulta entonces doblemente significativo!

Así se expresó Agathe, y Ulrich se sometió a esta sabiduría.

-Por consiguiente, nos declaramos gemelos! -aprobó-. Criaturas simétricas del capricho de la naturaleza, a partir de ahora tendremos la misma edad, la misma estatura, el mismo color de pelo, llevaremos las mismas ropas con las mismas rayas y la misma cinta en el cuello para bajar a pasearnos por las calles de los hombres; pero te advierto que nos mirarán pasar, medio emocionados, medio burlones, como suele ocurrir cuando algo les recuerda los misterios de su ser.

-Podemos vestirnos de un modo totalmente distinto -adujo Agathe divertida-. El

uno de amarillo, cuando el otro vaya de azul, o de rojo y de verde, y podemos teñirnos el pelo de color violeta o púrpura, y yo tendré una joroba detrás y tú la tendrás delante..., pero seremos mellizos a pesar de todo!

La broma se había agotado, el pretexto había perdido su sentido, y ambos se callaron.

-¿Sabes -dijo Ulrich de pronto- que estamos hablando de una cosa muy seria?

Apenas lo hubo dicho, cuando el abanico de los párpados de su hermana volvió a posarse sobre los ojos y, ocultando tras él su predisposición a escucharle, le dejó hablar solo. O quizás parecía únicamente que cerraba los Ojos. La habitación estaba oscura; la única luz encendida iluminaba menos de lo necesario para que pudiera extenderse a todos los contornos. Ulrich había dicho:

-El mito de los hombres escindidos podría llevarnos también a pensar en Pigmalión, en los hermafroditas o en Isis y



Osiris; es siempre lo mismo, aunque en formas diversas. Este deseo de un doble de sexo contrario es ancestral. Necesitamos el amor de un ser que sea idéntico a nosotros, pero que sea otro, distinto a nosotros, una criatura mágica, que somos nosotros, pero que sigue siendo a la vez una criatura mágica, y que, sobre todo, posee un hálito de autonomía y de independencia previo a todo lo que nosotros imaginamos. Innumerables veces, este sueño del fluido amoroso que (independientemente de la limitación del mundo físico) se encuentra en dos seres iguales-distintos, es algo que ha surgido en la alquimia solitaria de las retortas de la cabeza humana.

Ulrich se habría detenido; se veía que le pasaba por la cabeza alguna cosa que le molestaba, y había concluido con unas palabras casi hostiles:

-Incluso en las relaciones más habituales del amor hay huellas de lo que digo:

en el encanto unido a toda transformación o disfraz, y también en la importancia del acuerdo y de la repetición de uno mismo en el otro. El pequeño milagro se repite, tanto si vemos desnuda por primera vez a una gran señora, como si vemos por primera vez completamente vestida a una muchacha desnuda. Y las grandes e implacables pasiones amorosas se relacionan todas ellas con el hecho de que una persona imagina ver su yo más secreto espiándole tras las cortinas de unos ojos ajenos.

Aquello sonaba como si pidiera a su hermana que no concediera un valor excesivo a su conversación. Pero Agathe volvía a pensar en el fulminante sentimiento de sorpresa que había sentido cuando ambos, disfrazados con sus ropas de andar por casa, se habían visto por primera vez. Luego respondió:

-Esto existe desde hace miles de años, ¿no? ¿Es más fácil de comprender, cuando nos lo explicamos como un doble engaño?

Ulrich calló.

Y tras una pausa, dijo Agathe contenta:

-[A]sí ocurre también en el sueño! Una se ve a veces convertida en otra cosa. O se encuentra a sí misma en forma de hombre, y es tan buena con este hombre como jamás lo ha sido consigo misma. Me dirás que son sueños sexuales; pero a mí me parece que la cosa va mucho más atrás.

-¿Tienes a menudo tales sueños? -preguntó Ulrich.

-Alguna vez; pocas.

-Yo, casi nunca -confesó-. Hace una eternidad que no los tengo.

-Y sin embargo -dijo Agathe-, una vez me explicaste (creo que fue aún en la casa vieja) que, hace unos milenios, el hombre conoció realmente otras experiencias.

-[A]h! ¿Te refieres a la visión “que da” y a la visión “que toma”? -replicó Ulrich y sonrió, aunque Agathe no se diera cuenta-, ¿a la acción de “envolver” y de “ser envuelto” el

espíritu? Claro que debí hablarte de este doble sexo del alma! ¿Por qué no había de hacerlo? Hay algo de ello en todas las cosas. Incluso en toda analogía queda un residuo de la magia de ser y de no ser iguales los dos elementos que la integran; pero, ¿no te has dado cuenta de que en todas las formas de comportamiento a que nos hemos referido, en el sueño, en el mito, en el poema, en la infancia e incluso en el amor, vemos que una mayor participación del sentimiento se paga con una falta de posibilidad de comprensión, lo que implica una falta de realidad?

-Entonces, ¿es cierto que no crees realmente en ello? -preguntó Agathe.

Ulrich no contestó. Pero, unos instantes después, dijo:

-Traduciéndolo a la bárbara forma de expresión actual, podría definirse como el porcentaje, terriblemente escaso para cada una de las .personas, de participación del hombre en sus actos y experiencias. En

sueños, parece del cien por cien, pero en estado de vigilia, no llega ni al medio por ciento! Hoy mismo has podido comprobarlo en mi alojamiento; pero mis relaciones con la gente que ya tendrás ocasión de conocer tampoco son muy distintas. Una vez (debo añadir que, si no me equivoco, fue en una conversación con una mujer que lo justificaba plenamente) lo definí como la acústica del vacío. Cuando cae al suelo una aguja en una habitación completamente vacía, el ruido que se produce tiene algo de desproporcionado, e incluso desmesurado; pero ocurre exactamente lo mismo cuando este vacío existe entre dos personas. Entonces no se sabe si se grita o si reina un silencio mortal. Porque todo lo falso y lo tortuoso adquiere la fuerza sugestiva de una tremenda tentación, desde el momento en que nada podemos oponerle. ¿No estás de acuerdo conmigo? Pero, perdona -se interrumpió-, debes de estar cansada y no te dejo dormir.

Por lo visto, siento un gran temor a que muchas cosas de las que me rodean y que constituyen mi ambiente puedan desagradarte.

Agathe había abierto los ojos. Tras permanecer tanto rato oculta, su mirada expresaba algo extraordinariamente difícil de definir, algo que Ulrich sintió extenderse por todo su cuerpo con simpatía. De repente, continuó su explicación:

-Cuando era más joven, intenté ver en este vacío una fuerza. ¿No hay nada que oponer a la vida? ¶ Pues muy bien, la vida debe huir del hombre para meterse en sus obras! Así lo pensaba, más o menos. Es evidente que hay algo muy poderoso en la falta de amor y de responsabilidad del mundo actual. Al menos, se puede ver en ello algo así como un siglo de desconcierto; así suele producirse, igual que en los siglos, en la edad de formación del hombre. Como cualquier otro joven, al principio tomé como puntos de

apoyo el trabajo, las aventuras y el placer; me parecía que tanto daba lo que hiciera, si lo emprendía con todas mis fuerzas. ¿Recuerdas que una vez hablamos de la moral de la productividad? Es la imagen innata por la que nos guiamos. Pero, cuanto más envejecemos, más claramente nos damos cuenta de que esta aparente demasía, esta autonomía y movilidad en todo, esta soberanía de las partes activadoras y de los impulsos parciales (tanto de los tuyos propios contra ti mismo como de los tuyos contra el mundo), en una palabra, todo lo que nosotros, como hombres “contemporáneos”, hemos considerado una fuerza y una característica específica nuestra, resulta que no es en el fondo más que una debilidad del todo frente a las partes. Nada pueden contra ello la pasión ni la voluntad. Así que deseas meterte de lleno hasta el centro de una cosa, te ves otra vez expulsado al borde de la

misma; [Ésta es, hoy por hoy, la experiencia de las experiencias!

Agathe, ahora con los ojos abiertos, esperaba que algo se produjera en la voz de su hermano; al no ocurrir así, y al interrumpirse su discurso como un sendero que, tras apartarse de una vía principal, ya no vuelve a ella, dijo:

-O sea que, según tu experiencia, nunca podemos ni podremos actuar por convicción. Cuando hablo de convicción -rectificó- no me refiero a ninguna ciencia, ni a un adiestramiento moral que se nos haya impuesto, sino al hecho de sentirse existir plenamente en uno mismo y de sentirse existir también en todos los demás, en el hecho de que se llene a rebosar algo que ahora está vacío; me refiero a algo de lo que se pueda partir y a lo que se pueda regresar. Ah, ni yo misma sé lo que digo -se interrumpió vivamente- [yo esperaba que pudieras explicármelo!



-Precisamente te refieres al tema de nuestra conversación -respondió dulcemente Ulrich-, y tú eres la única persona con la que puedo hablar de él en estos términos. Pero no tendría objeto que ahora empezara otra vez por añadir algunas palabras seductoras. Más bien debo decir que una situación de “estar metido en el centro”, de incólume “interioridad” de la vida (si no lo entendemos de un modo sentimental, sino con la significación que le hemos dado hace poco) es algo que probablemente no podemos exigir con los sentidos serenos.

Ulrich se había inclinado hacia adelante, tocaba el brazo de su hermana y la miró largamente a los ojos.

-Puede que sea una aversión por los hombres -dijo en voz baja-. ¶lo cierto es que la echamos dolorosamente en falta! Porque está en relación con el deseo de fraternidad, que es un aditamento del amor habitual, en la dirección imaginaria de un amor sin

mezcla de extrañeza ni de desamor. -Y un momento después, añadió:- Sabes muy bien lo bonito que es, en la cama, todo lo que se relaciona con el hermanito y la hermanita: gentes que serían capaces de asesinar a sus hermanos reales, juegan así como hermanitos acostados bajo la misma sábana.

Su rostro, en la semioscuridad, tuvo un temblor de burla contra sí mismo. Pero la fe de Agathe se sostenía en aquel rostro y no en la confusión de las palabras. Había visto rostros igualmente estremecidos, que, al instante siguiente, se precipitaban sobre ella; aquél no se le acercaba; parecía seguir un camino infinito a una infinita velocidad. Ella respondió con la máxima brevedad:

-No basta con ser hermanos!

-Ya hemos dicho que éramos gemelos! -respondió Ulrich, que se levantó sin ruido, porque creyó percibir que a su hermana la dominaba ya el gran cansancio.

-Tendríamos que ser dos gemelos siameses -añadió todavía Agathe.

-¡Bueno muy bien! ¡Gemelos siameses! -repitió su hermano.

Se esforzó en desprender su mano de la de ella y en depositar ésta sobre la colcha, y sus palabras sonaban como desprovistas de peso: sin peso y propagándose aún, etéreas, por la estancia, una vez la hubo abandonado.

Agathe sonrió y se fue sumergiéndose progresivamente en una tristeza solitaria, cuya oscuridad se transformó pronto en la del sueño, sin que, por sus muchas horas sin dormir, se diera cuenta de ello. Y Ulrich se deslizó a su despacho, y allí, incapaz de trabajar, permaneció dos horas, hasta que también le acometió la fatiga, conociendo el estado de sentirse cohibido por la deferencia. Quedó sorprendido al ver cuántas cosas habría hecho en aquel espacio de tiempo y de las cuales tenía que abstenerse porque hacían ruido. Esto era nuevo para él. E

incluso le excitó un poco, aunque, con gran interés, intentó imaginar lo que sería haber crecido realmente unido a otra persona. Tenía poca información sobre la manera de trabajar de dos sistemas nerviosos que son como dos hojas nacidas de un mismo tallo y que están unidas no sólo por su sangre, sino más aún por los efectos de una dependencia recíproca absoluta. Supuso que toda excitación de una de las dos almas tenía que ser sentida idénticamente por la otra, mientras que el proceso suscitado se operaba en un cuerpo que no era esencialmente el propio. “Un abrazo, por ejemplo; tú eres abrazado en el otro”, pensó. “Es posible que ni siquiera estés de acuerdo, pero tu otro yo proyecta sobre ti una oleada de acuerdo. ¿Qué te importa quién besa a tu hermana? Pero su excitación tienes que amarla con ella! O eres tú el que ama, y entonces tienes que hacerla participar de algún modo en tu amor, no puedes limitarte a proyectar en ella

procesos fisiológicos sin sentido...!” Ulrich sintió que en estas ideas había una fuerte irritación y un gran malestar; le pareció difícil trazar en este caso la frontera entre unas opiniones nuevas y la deformación caricaturesca de las habituales.

## 26 - Primavera en el huerto

**E**L elogio que Meingast le dedicó y las nuevas ideas que recibió de él habían ejercido en Clarisse una profunda impresión.

Su agitación y su excitabilidad mental, que a veces llegaban a inquietarla a ella misma, habían disminuido, pero esta vez no habían sido sustituidas como otras veces por el desaliento, la depresión y la desesperanza, sino por una claridad extraordinariamente intensa y por una transparente atmósfera interior. Una vez más tuvo una visión global de sí misma y se comprendió con capacidad crítica. Sin dudarle, e incluso con cierta satisfacción, reconoció que no era demasiado inteligente; era demasiado poco lo que había aprendido. En cambio Ulrich, cuando

pensaba precisamente en él al someterse a este examen comparativo, era como un patinador que se acercaba y se alejaba a voluntad sobre una reluciente superficie espiritual. Jamás se podía comprender de dónde venían las cosas cuando hablaba; o cuando se reía, cuando se irritaba, cuando le brillaban los ojos, cuando en casa y, con sus anchos hombros, le robaba espacio a Walter en la estancia donde se hallaban. Cuando no hacía más que volver la cabeza con curiosidad, todos los músculos del cuello se tensaban como los cabos de un velero que evoluciona con viento favorable. Así pues, siempre había en él alguna cosa que iba más allá de lo que era accesible para Clarisse y mantenía despierto su deseo de lanzarse sobre él con todo su cuerpo para captarlo. Pero el torbellino en el que a veces se había producido tal situación - hasta el punto de que, una vez, lo único válido en el mundo fue el deseo de tener un hijo de Ulrich- era algo ya pasado y ni

siquiera había dejado tras de sí los fragmentos que saturan incomprensiblemente la memoria una vez aplacadas las pasiones. A lo sumo, Clarisse se sentía irritada cuando recordaba su fracaso en casa de Ulrich, aunque, al margen de que le ocurriera tal cosa, su propia dignidad la inclinaba a la salud y al frescor de las sensaciones. Éstos eran los efectos que tenían precisamente las nuevas ideas que le suministraba su filosófico huésped, dejando aparte las incitaciones inmediatas que se produjeron en ella por el reencuentro con aquel amigo tan fabulosamente transformado. Así transcurrieron muchos días en un clima de múltiple tensión, mientras en la pequeña casa, que ahora iluminaban ya los rayos del sol primaveral, todos estaban a la expectativa de que Ulrich trajera o no trajera el permiso para visitar a Moosbrugger en su inquietante residencia.



Había en particular una idea que, en este contexto, le parecía a Clarisse de gran importancia: el maestro había dicho que el mundo estaba “libre de ilusiones demenciales” hasta el punto de que ya de nada se puede saber si es digno de amor o de odio; desde entonces, Clarisse estaba convencida de que era preciso dejarse llevar por una locura si se quería participar en la gracia de sentirla. Porque una locura es una gracia. ¶ Quién sabía aún por entonces si había que ir a derecha o a izquierda cuando salía de casa, fuera del que tuviese una profesión como Walter (que no dejaba de limitarlo) o bien una cita, como ella, con los padres o hermanos, lo que la llenaba de aburrimiento! ¶ En situación de delirio, las cosas son distintas! La vida está organizada de un modo tan práctico como en una cocina moderna: se sienta uno en medio y apenas si necesita moverse para hacer funcionar todas las instalaciones desde su asiento. Clarisse había

tenido siempre el sentido de estas cosas. Además, bajo el término “locura” o “delirio” no entendía otra cosa que la llamada voluntad, sólo que llevada a un grado de exaltación especial. Hasta entonces Clarisse se había sentido intimidada por el hecho de poder explicarse correctamente muy poco de lo que ocurría en el mundo; en cambio, desde su reencuentro con Meingast, aquella insuficiencia le facilitaba poder amar, odiar o actuar según su propia capacidad de juicio. Porque, según decía el maestro, a la humanidad nada le hacía tanta falta como la voluntad, y aquel don de poder desear ardientemente lo poseía Clarisse desde siempre! Cuando ella se detenía a considerarlo, la dicha le daba frío y la responsabilidad le daba calor. Naturalmente, la voluntad no era en este caso el obstinado esfuerzo por aprenderse una pieza de piano o defender la propia razón en una disputa, sino un poderoso

dejarse llevar por la vida, un sentirse poseído por uno mismo, un dispararse lleno de dicha.

Y al fin no pudo evitar hablar de ello a Walter. Le comunicó que su conciencia se fortalecía de día en día. Pero Walter, exasperado y al margen de su admiración por Meingast -presunto instigador del hecho-, replicó:

-Es realmente una suerte que Ulrich no parezca capaz de obtener la autorización.

Una simple mueca de desagrado pasó por los labios de Clarisse; pero en ella había compasión por la ignorante indiferencia y por la resistencia de su marido.

-En realidad, ¿qué esperas de este criminal que a ninguno de nosotros nos importa lo más mínimo?

-Ya se me ocurrirá cuando esté con él - fue la respuesta de Clarisse.

-**M**e parece que ahora ya deberías saberlo! -observó Walter con viril energía.

Su pequeña esposa sonrió como solía hacerlo antes de herirlo en lo más profundo. Pero después se limitó a decir:

-[Algo haré!

-[Clarisse! -replicó Walter con firmeza-

Tú no puedes hacer nada sin mi permiso; legalmente, soy tu marido y tutor.

El tono era nuevo para ella. Se apartó de su marido dando, confusa, unos pasos.

-[Clarisse! -la llamó Walter, y se levantó para seguirla-. [Voy a hacer algo contra la locura que llena esta casa!

Entonces ella comprendió que la fuerza curativa de su decisión ya se dejaba sentir también en la creciente energía de Walter. Giró sobre sus talones:

-¿Qué vas a hacer? -le preguntó, y, entre las rendijas de sus ojos, pasó un fulgor que fue al encuentro del castaño húmedo de los ojos, muy abiertos, de Walter.

-Pues mira -dijo más tranquilo, y cedió, porque le había sorprendido la precisión de

la perentoria respuesta-, en todos nosotros, que somos personas cultas, existe esta inclinación intelectual a lo enfermo, a lo monstruoso y problemático; pero...

-Pero dejamos hacer a los filisteos! -le interrumpió Clarisse triunfalmente.

Luego le siguió, no le perdió de vista. Sentía que su fuerza salvadora le rodeaba y le dominaba. De pronto su corazón se llenaba de una alegría indecible y extraña.

-Pero no le damos tanta importancia -murmuró Walter, acabando de mala gana la frase que había iniciado.

Tras él, junto al borde de su chaqueta, sintió una resistencia; al tender la mano, adivinó el canto de una de las pequeñas mesitas de patas delgadas que había en la vivienda y que de pronto se le antojaron como fantasmales; si seguía retrocediendo, haría que también la mesa se deslizara de un modo ridículo; así lo comprendió. Se resistió, pues, al súbito deseo de estar muy lejos de

aquella lucha, en un prado de un verde intenso, bajo frutales en flor y entre personas cuya sana alegría lavara y purificara sus heridas. Era un deseo tranquilo, fuerte, embellecido por mujeres que escuchaban atentamente sus palabras y se las agradecían con admiración. Y en el momento en que Clarisse se le acercó, la sintió realmente como la importuna molestia de un mal sueño confuso. Pero le sorprendió que Clarisse no dijera: **Eres un cobarde!** Lo que le dijo fue:

-Walter, ¿por qué somos desgraciados?

Al oír esta voz seductora, clara, sintió que su infelicidad con Clarisse no podía ser reemplazada por la felicidad con alguna otra mujer.

-**Debemos serlo!** -respondió con idéntico arrebató.

-**No, no deberíamos serlo!** -aseguró Clarisse en tono complaciente.

Con la cabeza inclinada hacia un lado, buscó palabras para convencerle. En el fondo

no se trataba de encontrar unas palabras concretas; estaban de pie, uno frente al otro, como un día sin crepúsculo, cuya luz se prolonga hora tras hora, sin que en ningún momento se reduzca.

-Debes admitir -empezó a hablar, en un tono tan tímido como obstinado- que los crímenes realmente no se producen por el hecho de cometerlos, sino porque se toleran.

Walter sabía muy bien lo que vendría, y significó para él una gran decepción.

-¡Oh, Dios! -exclamó impaciente-. Ya sé que la indiferencia y la facilidad con que hoy se obtiene una buena conciencia arruinan más vidas humanas que la mala voluntad de algunos individuos. Y es asombroso que ahora vayas a decir que, por esta razón, todo el mundo debe agudizar su conciencia y considerar minuciosamente todos sus pasos antes de darlos.

Clarisse le interrumpió abriendo la boca para decir algo, pero lo pensó mejor y no dio respuesta alguna.

-También yo pienso en la pobreza, el hambre, la degradación de todo tipo que se toleran entre los hombres, o en los derrumbamientos que se producen en las minas donde los administradores han economizado al máximo las instalaciones de seguridad -prosiguió Walter en tono de abatimiento- y te he dado ya la razón en todo esto.

-Pero dos amantes no pueden amarse mientras su estado no sea de "felicidad pura" -dijo Clarisse-. ☐ el mundo no mejorará mientras no existan tales amantes!

Walter juntó las manos.

-☐o comprendes hasta qué punto son injustas con la vida estas exigencias tan grandes, espectaculares y absolutas! -gritó Walter-.

☐Esto es lo que sucede con este Moosbrugger que de vez en cuando aparece en tu



cabeza como si ésta fuera una plataforma giratoria! Es cierto que tienes razón al afirmar que no se puede tener un momento de reposo mientras estas infelices bestias humanas sean sacrificadas pura y simplemente porque la humanidad no sabe qué hacer con ellas; pero no es menos cierto que también tiene razón la sana conciencia general, cuando se niega a dejarse llevar por tan refinadas dudas. Existen precisamente ciertos criterios últimos del sano pensamiento humano que no admiten demostración, sino que es preciso llevarlos en la sangre!

Clarisse replicó:

-Por lo que tú llevas en la sangre, cuando dices "ciertamente" no dices nunca nada que sea cierto.

Walter meneó la cabeza ofendido y mostró a su esposa que no quería contestarle. Estaba cansado de desempeñar siempre el papel de amonestador contra el hecho de que los pensamientos unilaterales son algo

pernicioso, y tal vez, a la larga, él mismo perdía su propia seguridad.

Pero Clarisse, con una sensibilidad nerviosa que a él siempre le dejaba estupefacto, leyó sus pensamientos, e irguiendo la cabeza, saltó por encima de todos los escalones intermedios y aterrizó junto a Walter, en el punto más alto de sus reflexiones, formulándole en voz queda la insistente pregunta:

-¿Puedes imaginar a Jesús como un director de minas?

Su rostro indicaba que al decir Jesús se refería a Walter, en una de aquellas exageraciones en las que el amor no se distingue de la locura. Él se defendió con un gesto de la mano, entre indignado y acobardado.

-**N**o seas tan directa, Clarisse! -la conminó-. **N**o debemos hablar de un modo tan directo!

-**S**í! -respondió Clarisse-. **P**recisamente hay que ser directos! **S**i no tenemos fuerza

para salvarle, tampoco la tendremos para salvarnos a nosotros mismos!

-[Y si revienta, qué! -gritó Walter con viveza.

El placer que le dio esta brusca respuesta le hizo creer que sentía en la lengua el gusto liberador de la vida, magníficamente mezclado con el gusto de la muerte y de la envolvente destrucción evocada por las alusiones de Clarisse.

Clarisse le miró expectante. Pero a Walter parecía bastarle su anterior explosión, o se calló porque estaba indeciso. Y como el jugador obligado a poner inevitablemente sobre el tapete su último triunfo, dijo Clarisse:

-[Se me ha enviado una señal!

-[Son imaginaciones tuyas! -gritó Walter lanzando las palabras hacia el techo de la habitación, que en este caso representaba el cielo.

Pero, tras sus ingrátidas palabras, Clarisse abandonó la habitación porque no quería que Walter le dijera nada más.

Luego, como represalia, la vio hablando animadamente con Meingast. El sentimiento de que eran observados, un sentimiento que molestaba a Meingast, porque él mismo no veía muy lejos, se basaba en un hecho cierto. En realidad, Walter no participaba en el activo trabajo de jardinería de su cuñado Siegmund, que había venido a visitarles y que, con las mangas arremangadas, estaba arrodillado junto al surco y hacía algo que, según Walter, debía hacerse en primavera si se quería actuar como una persona y no como un simple signo de lectura metido entre las hojas de un libro sobre la especialidad.

En realidad, Walter observaba a escondidas a la pareja que se hallaba en el ángulo opuesto del huerto.

No creía que en el rincón del huerto sometido a su observación pasara nada ilícito. Sin embargo, sentía un frío poco natural en las manos, expuestas al aire primaveral, y también en las piernas, donde había manchas de humedad, porque de vez en cuando se arrodillaba para dar indicaciones a Siegmund. Le hablaba en tono arrogante, como suelen hablar las personas débiles y humilladas, cuando pueden descargar su mal humor contra alguien. Sabía que Siegmund, el cual se había metido en la cabeza que tenía que admirarle, no renunciaría a ello fácilmente. No obstante, creía sentir una especie de soledad postcrepuscular y un frío sepulcral al observar que Clarisse no le echaba ni una ojeada, sino que miraba a Meingast con señales constantes de interés por lo que éste decía. Y, por añadidura, él se sentía orgulloso de que así fuera. Desde que Meingast estaba en su casa, se sentía tan orgulloso de los abismos que se abrían como preocupado por

volverlos a cerrar. Desde la altura del que está de pie, dejó caer sobre Siegmund, que permanecía arrodillado, las siguientes palabras:

-Es lógico que todos sintamos y conozcamos cierta inclinación a lo problemático y a lo malsano!

No era un hipócrita. En el poco tiempo pasado desde que Clarisse, por esta misma frase, le había llamado filisteo, había rectificado sus palabras sobre la “pequeña infamia de la vida”.

-Una pequeña infamia puede ser dulce o amarga -aleccionó a su cuñado-, pero nosotros estamos obligados a elaborarla en nuestro interior hasta que se convierta en algo honroso para una vida sana. Y por pequeña infamia -prosiguió- entiendo tanto el pacto nostálgico con la muerte que nos asalta cuando escuchamos la música del Tristán, como la secreta atracción propia de casi todos los crímenes sexuales, aunque no cedamos a ella. Porque yo doy el nombre de

infame y contrario a la humanidad no sólo a lo elemental de la vida, cuando se apodera de nosotros en situaciones de apuro y de enfermedad, sino también a lo excesivamente intelectual y consciente, que intenta hacer violencia a la vida. Todo lo que intenta saltar las fronteras que se nos han puesto es infame! La mística es algo tan infame como la idea de que se puede reducir la naturaleza a una fórmula matemática! Y la intención de ir a ver a Moosbrugger es tan infame como... - aquí se interrumpió Walter unos instantes, para remachar el clavo, y concluyó con las palabras-: Como si quisieras llamar a Dios a la cabecera de un enfermo!

Ciertamente, aquella frase quería decir algo, e incluso invocaba de un modo sorprendente la humanidad profesional y espontánea del médico por el hecho de que la pretensión de Clarisse y sus forzados argumentos sobrepasaran el límite de lo permitido. Pero Walter, en relación con

Siegmund, era un genio, y esto se había manifestado en el hecho de que él, Walter, había sido conducido a tales confidencias ideológicas por su mente sana, mientras que la salud, aún más sana, de su cuñado se manifestaba en el resuelto silencio de éste ante tan problemáticas materias. Siegmund hacía montones de tierra con los dedos y, sin abrir la boca, movía de vez en cuando la cabeza hacia un lado, como si quisiera vaciar una probeta, o como si quisiera hacer caer algo de una oreja, por tenerla ya demasiado llena. Tras haber manifestado Walter sus opiniones, se produjo un silencio terriblemente profundo, en medio del cual Walter oyó una frase que probablemente debió de haberle gritado Clarisse alguna vez; con una vivacidad que no era propia de una alucinación, pero sí destacándose en cierto modo sobre el silencio, oyó las palabras: “Nietzsche y Cristo sucumbieron por no llevar las cosas hasta el fin!” Esto le halagó de



un modo algo desazonador, que le recordaba el “director de minas”. Era una situación extraña; él, que era la salud misma, se encontraba allí, en el frío jardín, entre un hombre al que miraba desde lo alto, con altivez, y dos seres enardecidos de un modo antinatural, cuya muda gesticulación espiaba con superioridad y a la vez con nostalgia. Porque Clarisse era la pequeña infamia que él necesitaba para no desfallecer, y una voz secreta le decía que Meingast estaba precisamente a punto de acrecentar desmesuradamente la tolerable pequeñez de esta infamia. Él lo admiraba con la sensación que tiene un pariente que no es famoso ante otro que lo es, y el hecho de ver que Clarisse cuchicheaba con él en tono de conspiración le producía más envidia que celos, es decir, un sentimiento que se le metía hasta el fondo aún con mayor violencia; de todos modos, esto lo elevaba también de algún modo; consciente de su propia dignidad, no quería enfadarse; se

prohibió ir hacia ellos y molestarlos; frente a la exaltación de ambos, se sentía superior, y de todo ello emergía -sin que él mismo supiera cómo- una idea de una oscuridad equívoca, ajena a toda lógica: la idea de que aquellas dos personas, al otro lado del jardín, estaban invocando a Dios de una manera desenfrenada y reprobable.

Era éste un pensamiento -si es que se puede ya llamar así a un estado de tan extraña mezcla- que no se puede expresar de ningún modo, porque la química de su oscuridad queda alterada instantáneamente por la influencia esclarecida del lenguaje. Además, como lo había mostrado frente a Siegmund, Walter no asociaba en absoluto una fe a la palabra Dios, y al tener esta idea, surgió a su alrededor un receloso vacío: así, sucedió que, tras una larga pausa, lo primero que Walter le dijo a su cuñado estaba ya muy lejos de todo lo anterior.

-Eres un asno -le reprochó-, si no te crees autorizado a desaconsejarle enérgicamente esta visita. ¿De qué te sirve ser médico?

Siegmund no se molestó en absoluto por estas palabras.

-Eres tú quien tiene que entendérselas con ella -respondió con una mirada tranquila, y reemprendió su trabajo.

Walter suspiró:

-Naturalmente, Clarisse es un ser fuera de lo común! -argumentó de nuevo-. Yo puedo comprenderla perfectamente. Puedo admitir, incluso, que no deja de tener razón al concebir las cosas con tanto rigor. Piensa en la pobreza, en el hambre, en la degeneración de todo tipo que llenan el mundo; piensa en los derrumbamientos de unas minas, por ejemplo, cuyos administradores no han gastado bastante dinero en las instalaciones de seguridad.

Siegmund no mostró el menor signo de estar pensando en tales cosas.

-¡Bueno ella sí lo piensa! -prosiguió Walter con enérgica dureza-. Y me parece maravilloso que lo haga. Todos nosotros adquirimos una buena conciencia con demasiada facilidad. Y ella es mejor que nosotros, cuando exige que cambiemos y que conquistemos una conciencia activa, una conciencia sin fin, infinita. Pero lo que te pregunto es: ¿no la llevará todo esto al delirio de los escrúpulos morales, suponiendo que exista semejante cosa? ¿No es cierto que tú debes ser capaz de decidirlo?

Ante este imperativo requerimiento, Siegmund se sentó sobre una pierna y miró inquisitivamente a su cuñado:

-¡Está loca! -declaró-. Pero no puede decirse que lo esté desde el punto de vista médico.

-¿Y a ti qué te parece -preguntó Walter olvidando su sensación de superioridad- esto de que pretenda recibir signos?

-¿Dice que recibe signos? -preguntó Siegmund preocupado.

-[S]í que lo dice! [A]hí tienes, por ejemplo, este asesino demente! [Y] hace poco, el cerdo desequilibrado que estaba bajo nuestras ventanas!

-¿Un cerdo?

-No, una especie de exhibicionista.

-[A]h! -dijo Siegmund, y reflexionó-. A ti también te llegan unos signos cuando se te ocurre un tema para pintar. Ella se expresa, simplemente, con más exaltación que tú -decidió de un modo concluyente.

-¿Y cuando afirma que tiene que cargar con los pecados de estos tipos, y con los míos y los tuyos y los de qué sé yo quién? -exclamó Walter en tono apremiante.

Siegmund se había levantado y se sacudía la tierra de las manos.

-¿Hay unos pecados que la oprimen? -preguntó como sin darle importancia, y asintió cortésmente, como si se alegrara de estar conforme al fin con su cuñado-: ¶Esto es un síntoma!

-¿Un síntoma? -preguntó Walter, contrito.

-La manía de la culpabilidad es un síntoma -confirmó Siegmund con la imparcialidad del especialista.

-Éste es el caso -añadió Walter, recurriendo inmediatamente contra una sentencia que él mismo había provocado-; pero antes tienes que preguntarte una cosa: ¿existen los pecados? Naturalmente que existen. Pero entonces se produce una manía de culpabilidad que no es tal manía. ¶Puede que tú no lo comprendas, porque es algo que está por encima de todo empirismo! Existe una mortificada responsabilidad del hombre hacia una vida más alta.

-Pero ella afirma, no obstante, que le envían signos! -objetó el obstinado Siegmund.

-Y tú dices que también a mí me envían signos! -exclamó Walter con vehemencia Te digo que a veces suplicaría de rodillas a mi destino que me dejara en paz: pero no deja de enviarme signos una y otra vez, y los más extraordinarios me llegan a través de Clarisse!

Luego, prosiguió en tono más tranquilo:

-Ahora dice, por ejemplo, que este Moosbrugger es la "forma pecadora" de ella y de mí, y que nos ha sido enviado como advertencia; y esto hay que entenderlo en el sentido de que es un símbolo, un símbolo que nos indica que estamos descuidando las posibilidades superiores de nuestra vida, su forma luminosa, por así decirlo. Hace muchos años, cuando Meingast se separó de nosotros...

-Pero la manía de la culpabilidad es un síntoma de unas alteraciones determinadas! -le recordó Siegmund con la ecuanimidad desesperada del especialista.

-¿Tú, naturalmente, no conoces más que los síntomas! -dijo vivamente Walter, defendiendo a su Clarisse-. Todo lo demás escapa a tu experiencia. ¿Y puede que la superstición de tratar como una alteración todo aquello que no encaja con la experiencia más común sea precisamente el pecado y la forma pecadora de nuestra vida! Y contra ello exige Clarisse una acción interior. Hace ya muchos años, cuando Meingast nos dejó, nosotros... -pensaba que entonces, Clarisse y él habían "cargado con los pecados" de Meingast; pero no tenía objeto explicar a Siegmund el proceso de un despertar espiritual; de ahí que concluyera de un modo vago, con las palabras-: En definitiva, ¿puedes negar acaso que siempre ha habido personas que, por así



decirlo, han asimilado o concentrado en ellas los pecados de los demás?

Su cuñado le miró satisfecho.

-¡Muy bien! -respondió con amabilidad-

Tú mismo demuestras lo que yo he afirmado desde el principio. El hecho de que ella se crea oprimida por unos pecados es una conducta típica cuando se producen determinadas alteraciones. Pero en la vida existen también comportamientos que no son típicos: no he ido más allá en mis afirmaciones.

-¿Y este rigor exagerado con que lo hace todo? -preguntó Walter unos momentos después, con un suspiro-. ¿Podemos decir que semejante rigorismo sea normal?

Entretanto, Clarisse mantenía con Meingast una importante conversación.

-¿Has dicho -le recordaba- que las personas que se complacen en el hecho de entender y explicar el mundo jamás podrán cambiar nada de él?

-Sí -contestó el maestro-. Los términos “verdadero” y “falso” son subterfugios de los que jamás quieren llegar a una decisión. Porque la verdad es algo que no tiene fin.

-Por esto dijiste que hay que tener el coraje de decidirse entre “valor” y “no valor” -indagó Clarisse.

-Sí -dijo el maestro, algo aburrido.

-También es maravillosamente desdenosa la fórmula que tú has creado -exclamó Clarisse-, según la cual, en la vida de hoy, los hombres no hacen más que lo que se produce espontáneamente.

Meingast permaneció inmóvil y miró al suelo; tanto se podía creer que prestaba oído a algo como que contemplaba una piedrecita situada a la derecha de él, en su camino. Pero Clarisse no continuó prodigándole la miel de los elogios; también ella tenía ahora la cabeza inclinada, hasta tocar casi con la barbilla el hueco de la parte baja del cuello; su mirada se clavaba en el suelo, entre las

puntas de las botas de Meingast; un ligero rubor invadía su rostro lívido cuando, sofocando la voz con precaución, continuó con estas palabras:

-Dijiste que toda sexualidad es una simple cabriola sobre el potro de gimnasia!

-Sí, efectivamente lo dije en cierta ocasión. La poca voluntad que le queda a nuestra época, la gasta en la sexualidad, al margen de su pretendida actividad científica!

Clarisse vaciló un momento, luego dijo:

-Yo sí tengo mucha voluntad; pero Walter no hace más que cabriolas!

-¿Qué ocurre en realidad entre vosotros? -preguntó el maestro, curioso de pronto; pero inmediatamente añadió, casi con repugnancia-: Naturalmente, puedo imaginarlo.

Se hallaban en un ángulo del jardín, desprovisto de árboles, expuesto al sol primaveral; aproximadamente en el ángulo opuesto se hallaba Siegmund, agachado, y

Walter, de pie junto a él, le hablaba vivamente. El jardín tenía la forma de un rectángulo adosado a' la pared más alargada de la casa; en torno a sus bancales de legumbres y de flores había un sendero de grava, y dos caminos centrales, también con su correspondiente grava, formaban una cruz de color claro que se destacaba sobre el color oscuro de la tierra, donde todavía no crecía nada.

Clarisse, mirando con precaución al otro lado, donde estaban los dos hombres, respondió:

-Es posible que él no pueda evitarlo; debes saber que yo atraigo a Walter de una manera que no es correcta.

-Puedo imaginarlo -respondió esta vez el maestro con una mirada de interés-. Tienes algo de muchacho.

Con este elogio, Clarisse sintió que por sus arterias corría la dicha como granos de pedrisco.

-¿Viste “entonces” que yo podía vestirme<sup>3</sup> más de prisa que un hombre? -preguntó rápidamente.

En el rostro, arrugado con una expresión benevolente, del maestro, se pintó la incredulidad. Clarisse sonrió a medias:

-He dicho una palabra de doble sentido -declaró-; hay otras; por ejemplo, Lustmord, que significa crimen sexual y crimen por gusto.

Al maestro le pareció bien no sorprenderse de nada.

-Claro, claro -replicó-, ya lo sé. Una vez dijiste que la satisfacción del amor mediante el abrazo habitual era Lustmord.

Entonces, Meingast quiso saber a qué se refería con la palabra anziehen.

-Dejar pasarlo todo es un crimen -declaró Clarisse con la velocidad del que muestra sus habilidades en un suelo reluciente, y se desliza a toda prisa.

-¿Sabes? -confesó Meingast-, ahora ya no sé dónde estoy. Ahora vuelves a hablar de aquel tipo, del carpintero. ¿Qué quieres de él?

Clarisse, pensativa, escarbó la grava con la punta del pie.

-Es la misma cosa -respondió. Y de pronto miró al maestro-. Creo que Walter debería enseñarme a negarme a mí misma -dijo, resumiendo sus ideas en una frase concisa.

-No puedo juzgarlo -opinó Meingast, tras esperar en vano a que ella prosiguiera-. Pero es seguro que las soluciones radicales son siempre las mejores.

Lo había dicho simplemente para quedar a cubierto en cualquier caso. Pero Clarisse volvió a bajar la cabeza, de suerte que su mirada se perdió en alguna zona del traje de Meingast; tras una pausa, acercó lentamente su mano al antebrazo del maestro. Sintió de repente unos deseos

irreprimibles de agarrar aquel brazo, duro y flaco bajo las anchas mangas, y de tocar al maestro, que simuló no saber nada de las palabras esclarecedoras que había pronunciado sobre el carpintero. Mientras ocurría aquello, a Clarisse la dominaba el sentimiento de que una parte de sí misma se metía en él; en la lentitud con que su mano se perdía en el interior de la manga, en aquella lentitud fluyente, pasaban arremolinándose restos de una voluptuosidad incomprensible, que procedían de comprobar que el maestro se mantenía quieto y se dejaba tocar por ella.

No obstante, Meingast, por algún motivo, miraba estupefacto la mano que se agarraba a su brazo y ascendía por él como un cuadrúpedo montando a su hembra; bajo los párpados caídos de aquella mujer diminuta, veía estremecerse algo incomprensible: intuía un dudoso proceso que le conmovía por la forma franca en que se manifestaba.

-¡Ven! -propuso, apartando amablemente la mano de ella-. Si permanecemos aquí de pie, todo el mundo nos está viendo; vamos a continuar paseando.

Mientras caminaban de un lado a otro, Clarisse explicó:

-Yo me visto muy de prisa; más que un hombre, si es preciso. Las ropas vuelan sobre mi cuerpo, cuando estoy, cómo decirlo, cuando estoy precisamente así. Es como una especie de electricidad; lo que me pertenece lo atraigo. Pero es generalmente una atracción funesta.

Meingast sonrió ante semejantes juegos de palabras, que seguía sin comprender del todo, y buscó una respuesta al azar:

-O sea que tú te pones las ropas de la misma forma, por así decirlo, que un héroe asume su destino.

Con gran sorpresa por parte de él, Clarisse se detuvo y exclamó:



-Sí, ~~es~~ exacto! Cuando una vive así, todo esto se extiende a las ropas, a los zapatos, al cuchillo y al tenedor.

-Hay algo de verdad en ello -dijo el maestro confirmando esta declaración, que convencía de un modo oscuro. Luego preguntó directamente-: ¿Y qué te ocurre con Walter?

Clarisse no comprendía. Le miró y vio que en sus ojos había de pronto como unas nubes amarillas, que parecían arrastradas por un viento salvaje.

-Has dicho -prosiguió Meingast en tono de duda- que tú le atraes de un modo que “no es correcto”. Sin duda te referías a que no era correcto para una mujer. ¿Cómo lo explicas? ¿Es que eres una mujer frígida con los hombres?

Clarisse no conocía la palabra.

-Es frígida -aclaró el maestro- la mujer que no encuentra el menor placer en el abrazo de un hombre.

-Pero yo sólo conozco a Walter -replicó Clarisse.

-Muy bien, pero, después de lo que has dicho, se podría suponer que lo eres.

Clarisse estaba aturdida. Tenía que pensarlo. No lo sabía.

-¿Yo? No es posible; no puedo permitirlo. ¶Tengo que impedirlo -dijo-. ¶No puedo dejar las cosas así!

-¿Qué dices? -Ahora el maestro se reía de un modo obsceno-. .¿Tienes que impedirte sentir algo? ¿O que Walter cargue con los gastos?

Clarisse enrojeció. Pero, a la vez, vio con mayor claridad lo que tenía que decir.

-Si cedemos, todo se ahoga en el placer sexual -respondió con seriedad-. Yo no permito que el placer de los hombres se separe de ellos y se convierta en mi placer. Por ello los atraigo ya desde que era una muchacha. Hay algo que no marcha en el placer de los hombres.

Por diversos motivos, Meingast prefirió no entrar a fondo en el tema.

-¿Puedes dominarte hasta ese extremo?  
-preguntó.

-Sí, esto es diferente -admitió sinceramente Clarisse-. Ya te he dicho que yo sería una criminal si le dejara hacer a él!

Luego, con más vehemencia, prosiguió.

-Mis amigas dicen que una se “derrite” en los brazos de un hombre. No conozco esta sensación. Jamás me he fundido en los brazos de un hombre. Pero conozco esta sensación fuera del abrazo. Y seguramente tú también la conoces; porque has dicho que el mundo estaba demasiado libre de delirio...

Meingast negó con un gesto, como si ella no le hubiese comprendido bien. Pero ahora ya estaba todo perfectamente claro para ella:

-Cuando dices, por ejemplo, que debemos decidirnos contra lo inferior en beneficio de lo superior -exclamó-, esto significa: Existe una vida en una voluptuosidad

enorme y sin fronteras! ¶ no es la del sexo, sino la del genio! ¶ Walter la traicionará, si no se lo impido!

Meingast meneó la cabeza. Ante esta reproducción deformada y apasionada de sus propias palabras, surgió en él un deseo de negación; era una negación asustada, casi temerosa; y de todo lo que contenía, escogió lo más casual para su respuesta:

-Es dudoso que tu marido pueda obrar de otra forma!

Clarisse se detuvo, como inmovilizada por un rayo.

-¿Tiene que poder! -exclamó-. ¿Has sido tú quien nos ha enseñado que hay que poder!

-Es verdad -admitió dudoso el maestro, y la conminó inútilmente a seguir adelante con su propio ejemplo-. ¿Pero qué es lo que quieres en realidad?

-Pues mira, no he querido nada antes que tú llegaras -dijo Clarisse en voz baja-. Pero es tan tremenda esta vida que, del

océano de los placeres vitales, sólo extrae un poquito de placer sexual! Y ahora deseo una cosa.

-Es precisamente lo que te estoy preguntando -insistió Meingast.

-Hay que vivir en el mundo con un objetivo. Hay que ser "bueno" para algo. De lo contrario, todo resulta terriblemente confuso -respondió Clarisse.

-¿Se relaciona con Moosbrugger lo que tú deseas? -inquirió Meingast.

-No se puede explicar. Veremos lo que resulta! -replicó Clarisse. Y luego añadió pensativa:- No voy a secuestrar! Voy a armar un escándalo!

Su expresión se volvió enigmática:

-Te he observado -dijo de pronto-. Vienen a verte extraños personajes. Los invitas cuando crees que hemos salido. Son muchachos y hombres jóvenes! Tú no dices lo que quieren!

Meingast la miró completamente desconcertado.

-¿Estás preparando algo! -continuó Clarisse-. ¿No vas a poner en marcha! ¿Pero yo... -murmuró-, yo también tengo fuerza suficiente para tener varias amistades a la vez! ¿He adquirido los deberes y el carácter de un hombre! ¿Tratando con Walter, he aprendido a tener sensaciones masculinas!...

Nuevamente la mano de Clarisse se tendió hacia el brazo de Meingast. Se veía que no se daba cuenta de ello. Los dedos salían de la manga como garras.

-Soy un ser doble -susurró-, tienes que saberlo. Pero no es fácil. ¿Tienes razón al decir que no hay que retroceder ante la violencia!

Meingast seguía mirándola confuso. No la conocía en semejante estado de ánimo. Para él, era incomprensible el contexto en que se situaban las palabras de ella. En aquel momento, nada era más fácil para Clarisse

que el concepto del ser doble; pero Meingast se preguntaba si ella había adivinado algo de su comercio secreto y especulaba con ello. Aún no había mucho que adivinar; hacía poco tiempo que había empezado, de acuerdo con su filosofía viril, a percibir un cambio en sus sentimientos y a atraer hacia sí a hombres jóvenes, que eran algo más que discípulos. Quizás por ello había cambiado de residencia y había venido aquí, donde se sentía al abrigo de toda observación; jamás había pensado en semejante posibilidad, y aquella persona menuda e inquietante parecía capaz de presentir lo que pasaba por él. Su brazo, de un modo inexplicable, emergía cada vez más de la manga, sin que se redujera la distancia entre los dos cuerpos que unía; y aquel antebrazo desnudo y flaco, junto con la mano que se posaba en él, que tocaba a Meingast, adquiría en aquellos momentos una forma tan insólita, que, en la

fantasía del hombre, se confundió todo lo que anteriormente aún tuvo sus límites.

Pero Clarisse no acertaba ahora a dar forma a lo que quiso decir poco antes, aunque lo veía claro como la luz del día. Eran signos de ello las palabras de doble sentido, dispersas en el lenguaje como ramas de árbol que uno quiebra o como hojas que uno esparce por el suelo para permitir que así se descubra un camino secreto. Las palabras “crimen por placer” y “atraer” o “vestir” (“anziehen”), y también la palabra “schnell” (que significa “de prisa” y en su acepción verbal, “schnellen”, significa “lanzarse de un salto”), y otras muchas, e incluso quizás todas las palabras restantes podían presentar dos significados, uno de los cuales era secreto y personal. Un lenguaje doble implica no obstante una vida doble. La vida habitual es, evidentemente, la del pecado; la vida secreta es la de la forma gloriosa. Por ejemplo, la palabra “schnell”, en su forma pecaminosa, significa



la prisa cotidiana, de una agotadora banalidad; pero en su forma de exaltación, todo “se precipitaba” y se lanzaba con ímpetu a jubilosos saltos. Además, en lugar de “forma de exaltación” se puede decir también forma de fuerza o forma de inocencia, y por otra parte se pueden dar a la forma pecaminosa todos los nombres que tienen algo del abatimiento, de la insulsez y de la indecisión que caracterizan la vida diaria. Eran curiosas las relaciones que existían entre las cosas y el yo, hasta el punto de que una acción tenía sus efectos donde menos podía uno imaginar; cuanto menos acertaba a expresarlo Clarisse, más vivamente se desarrollaban en su interior las palabras, y emergían con excesiva velocidad para poder reunirías. Pero hacía ya tiempo que tenía una convicción: el deber, la prerrogativa, la misión de lo que se llama consciencia, delirio, voluntad, es dar con la forma fuerte, con la forma luminosa. Es aquella forma en la que nada resulta fortuito,

en la que no hay sitio para la vacilación y en la que coinciden la dicha y la obligación. Otras personas lo han llamado “vivir en la esencia”, han hablado del “carácter inteligible”, han definido el instinto como la inocencia y el intelecto como el pecado. Clarisse no podía pensar así, pero había hecho el descubrimiento de que se puede poner en marcha un acontecer y de que en él se implican a veces, por sí mismas, partes de las “formas luminosas”, las cuales se le incorporan de esta suerte. Por razones que, ante todo, se relacionaban con la inactividad sensitiva de Walter, pero también con una ambición heroica a la que siempre le hablan faltado recursos, Clarisse había sido arrastrada a la idea de que cualquier persona, a través de algo que emprende con toda violencia, puede erigir ante ella un monumento de sí misma y ser estimulada por él. Por ello no tenía claro lo que pretendía hacer con

Moosbrugger y nada podía responder a la pregunta de Meingast.

Además, tampoco quería hacerlo. Ciertamente, Walter le había prohibido decir que el maestro volvía a transformarse; pero no había duda de que el espíritu de éste pasaba a prepararse para un acto del que ella no sabía nada; un acto que podía ser tan magnífico como lo era su espíritu. Así pues, él tenía que entenderla, aunque disimulara. Cuantas menos palabras decía, más le mostraba a él su saber. Además, ella podía tocarlo y él no podía impedirselo. Así reconocía Meingast el propósito de Clarisse, y ella penetraba en el suyo y participaba del mismo. También esto era una especie de ser doble, y lo era con tanta fuerza que Clarisse ya no lo veía con claridad. A través de su brazo fluía toda la fuerza que poseía y cuyas proporciones no conocía en absoluto; era una corriente inagotable que pasaba al misterioso amigo y la dejaba a ella en una

impotencia y en un vacío hasta los tuétanos, que superaban todas las sensaciones del amor. Ella no podía hacer otra cosa que contemplar sonriendo su propia mano, alternando esta contemplación con miradas al rostro de Meingast. Y éste tampoco hacía otra cosa que mirarle alternativamente la mano y el rostro.

De pronto ocurrió algo que, al principio, cogió desprevenida a Clarisse, y luego la sumió en un éxtasis semejante al transporte de una ménade; Meingast había intentado mantener en su rostro una sonrisa de superioridad, que debía evitarle revelar a Clarisse su inseguridad; pero ésta iba aumentando cada minuto y surgía una y otra vez de algo aparentemente inaccesible. Porque, antes de cualquier acto asumido con dudas, hay un momento de debilidad que corresponde a los momentos de arrepentimiento posteriores a dicho acto, aunque, en el transcurso natural de los acontecimientos, este espacio de

tiempo sea apenas perceptible. Las convicciones y las imaginaciones vehementes, que protegen y aprueban la acción concluida, aún no han alcanzado en esos instantes su pleno desarrollo y, en el flujo de la pasión, vacilan con la inseguridad y la incertidumbre que luego las hará temblar o derrumbarse en el reflujo del remordimiento. Meingast había sido sorprendido en este estado de sus designios. Aquello era doblemente penoso para él, a causa del pasado y también del prestigio de que gozaba ahora entre Walter y Clarisse, y luego, además, cada viva excitación transforma la imagen de la realidad en beneficio propio, de suerte que puede obtener de ello un nuevo incremento: el estado de inquietud en que se hallaba Meingast hacía que Clarisse le resultara inquietante; el terror le daba algo de terrorífico, y los intentos de atenerse serenamente a la verdad, por el simple hecho de su impotencia, multiplicaban la consternación. Resultaba, pues,

que la sonrisa, en lugar de producir la ilusión de una calma superior, adquiría en su rostro, de un momento a otro, un aspecto de rigidez, algo de rígidamente flotante; era como si vacilase, rígida, sosteniéndose en unos inseguros zancos. En este momento, el maestro no tenía una actitud muy distinta a la de un gran perro que ve ante sí a un animal de una pequeñez desacostumbrada y no acaba de decidirse a lanzarse sobre él; una oruga, un sapo o una culebra. Se erguía cada vez más imponente sobre sus largas piernas, contraía los labios y la espalda, y luego, de pronto, se veía arrastrado por la corriente de malestar, lejos del lugar donde tenía su origen, sin que pudiera estar en condiciones de ocultar su huida con una palabra o un ademán.

Clarisse no le dejaba. Durante los primeros pasos, todavía vacilantes, aquello podía parecerse a un celo sin malicia; pero después él la arrastró tras sí y apenas pudo encontrar las palabras imprescindibles para

explicarle que quería meterse en su habitación y trabajar. Hasta que llegaron al vestíbulo no consiguió librarse definitivamente de ella, y allí consiguió llegar tan sólo movido por su voluntad de huida, sin atender a las palabras de Clarisse y azorado además por las precauciones que tenía que tomar a la vez para no llamar la atención de Walter y Siegmund. En realidad, Walter había podido adivinar, en sus líneas generales, este proceso. Se dio cuenta de que Clarisse pedía apasionadamente a Meingast alguna cosa que éste le negaba, y en su pecho empezó a penetrar el cuchillo de doble filo de los celos. Porque, aunque le producía un sufrimiento indecible la suposición de que Clarisse ofrecía sus favores a Meingast, se sentía aún mucho más ofendido al pensar que éste la rechazaba. Llevando las cosas hasta el fin, se podría decir que quería obligar a Meingast a llevarse a Clarisse con él, y que luego habría caído en la desesperación,

movido por el impulso de aquel mismo sentimiento. Se había apoderado de él una excitación melancólica y heroica. Mientras Clarisse se hallaba en el filo de su destino, no soportaba que Siegmund le preguntase si había que clavar los planteles en la tierra blanda o si era preciso amontonar y apretar la tierra alrededor de ellos. Tenía que decir algo y se sentía en el estado de un piano durante la centésima de segundo que separa el momento en que los diez dedos se apresan a lanzarse sobre las teclas para una entrada llena de empuje y el momento del gran grito. Tenía luz en la garganta; palabras cuyo sentido debía ser totalmente distinto del habitual. Pero lo único que, inesperadamente, acertó a proferir fue algo completamente diferente: “¡No lo permitiré!”, repetía, dirigiéndose más al otro lado del jardín que a Siegmund.

Resultó sin embargo que éste, aparentemente ocupado tan sólo con sus planteles y



sus montoncitos de tierra, había observado también lo que acontecía e incluso se había formado sus ideas sobre ello. El hecho es que Siegmund se levantó, se sacudió la tierra de las rodillas y dio un consejo a su cuñado.

-Si crees que va demasiado lejos, deberías inducirla a tener otras ideas -dijo como si fuese evidente que, durante todo el tiempo, hubiese estado considerando con la escrupulosidad de un médico lo que Walter le había confiado.

-¿Cómo tengo que hacerlo? -preguntó Walter aturdido.

-Como debe hacerlo un hombre -dijo Siegmund-. Los males y las quejas de las mujeres se curan siempre partiendo del mismo punto, para decirlo en pocas palabras.

A Walter se lo aguantaba todo, y la vida está llena de este tipo de relaciones, en las cuales una persona domina y desplaza a otra, que no se rebela. Para decirlo con exactitud y

de acuerdo con la propia convicción de Siegmund: la vida sana es precisamente así. Porque probablemente el mundo habría sucumbido ya en la época de las grandes migraciones, si todo el mundo se hubiese defendido siempre hasta la última gota de sangre. En lugar de obrar así, los más débiles se han replegado complacientes y han buscado otros vecinos que pudiesen ser desplazados por ellos; y de acuerdo con este modelo se desarrollan casi siempre las relaciones humanas hasta hoy, y todo acaba volviéndose bueno con el tiempo. En su círculo familiar, donde Walter era considerado un genio, Siegmund fue tratado siempre como algo tonto; él lo había reconocido así y, cuando la jerarquía familiar estaba en juego, él cedía y se sometía en todos los casos. Desde hacía muchos años, esta división había perdido su importancia en relación con las relaciones vitales nuevas; de ahí que subsistiera como tradición. Siegmund no sólo tenía una buena

clientela como médico -[y] el médico, a diferencia del funcionario, no domina sirviéndose de un poder ajeno, sino por sus capacidades personales; se enfrenta a personas que esperan su ayuda y la aceptan obedientes!-, sino que además poseía una mujer de grandes dotes, que en poco tiempo le había dado tres hijos y que era engañada por él con otras mujeres, no con mucha frecuencia, pero sí con cierta regularidad, cuando a Siegmund se le antojaba. De ahí que estuviera indudablemente en condiciones de darle a Walter un consejo autorizado y de confianza, si así le venía en gana.

En este momento salió Clarisse de la casa. No recordaba ya lo que se había hablado durante la tempestuosa huida. Sabía sin duda que el maestro había huido de ella; pero este recuerdo había perdido todos sus detalles, se había cerrado y plegado sobre sí mismo. [A]lgo había ocurrido! Con esta idea única en su memoria, Clarisse se sentía como

una persona que ha escapado a una tormenta y todavía tiene el cuerpo cargado de energía sensual. Ante ella, a pocos metros del pie de la escalera de piedra, por donde había bajado, vio un mirlo negrísimo, con el pico de color de fuego, que devoraba un grueso gusano. Había una enorme energía en el animal o en los dos colores contrastados. No se habría podido decir que Clarisse pensara nada al verlo; más bien había tras ella una respuesta que venía de todas partes. El mirlo negro era una forma pecaminosa en el momento de la violencia. El gusano era la forma pecaminosa de una mariposa. Ambos animales le eran enviados por el destino, que los ponía en su camino como signos de que era el momento de actuar. Se veía que el mirlo cargaba con los pecados del gusano a través de su pico, de un intenso color rojo-anaranjado. ¿No era el “genio negro”? ¿No lo era, del mismo modo que la paloma es el “espíritu blanco”? ¿No formaban los signos una

cadena? ¿El exhibicionista, y el carpintero, y la huida del maestro...? En ella, ninguna de estas ideas adoptaba una forma tan evolucionada; estaban de pie, invisibles, en los muros de la casa; habían sido evocadas, pero aún guardaban la respuesta en su interior. Sin embargo, lo que sintió Clarisse al bajar la escalera y ver el pájaro devorando al gusano, era una concordancia inexpresable del acontecer interior con el exterior.

Esta concordancia se transmitió de una forma extraña a Walter. La impresión que éste sintió se puso en inmediata correspondencia con lo que él llamaba “invocar a Dios”; esta vez cayó en ello sin ningún tipo de incertidumbre. No podía desentrañar lo que pasaba por la mente de Clarisse, porque la distancia que les separaba era demasiado grande; pero Walter descubrió algo que no era causal en la actitud con que se enfrentaba al mundo, un mundo al que conducía la pequeña escalera de piedra, como la escalera

de una piscina conduce al agua. Era algo elevado. No era la actitud de la vida normal. Y lo comprendió inmediatamente: Clarisse se refiere a este algo que no es casual, cuando dice: “Este hombre no se encuentra bajo mi ventana por casualidad!” Él mismo, al mirar a su mujer, sentía cómo la presión de corrientes extrañas penetraba desde fuera en los fenómenos externos y los llenaba. En el hecho de estar él ahí y Clarisse al otro lado, en posición oblicua respecto a él, cuya vista seguía el eje longitudinal del jardín y tenía que volverse para poder mirar de frente a Clarisse; en esta simple circunstancia, la muda presión de la vida adquirió de pronto más peso que la casualidad natural. De la abundancia de imágenes que se apretujaban ante sus ojos, emergió algo geométrico-lineal insólito. Así se explicaba que Clarisse hallara sentido en unas coincidencias casi inmatrimoniales, como el hecho de que un hombre se situara bajo su ventana y otro hombre fuese

carpintero; sin duda los acontecimientos tenían una manera de ensamblarse que era distinta a la habitual; pertenecían a un todo extraño que les mostraba otras facetas y que, al sacarlas de sus escondrijos profundos, autorizaban a Clarisse a afirmar que era ella misma quien atraía tales acontecimientos. Era difícil expresarlo con serena simplicidad, pero Walter cayó en la cuenta de que aquello estaba estrechamente emparentado con algo que le era bien conocido, y concretamente a lo que suele ocurrir cuando se pinta un cuadro. También un cuadro excluye, de un modo desconocido, todo color y toda línea que no correspondan a su forma fundamental, a su estilo, a su paleta, y, por otra parte, arranca de la mano del pintor lo que es necesario, gracias a unas leyes geniales, que son distintas a las leyes habituales de la naturaleza. En aquel instante, nada quedaba en él de aquel bienestar perfecto que nace de la salud, que juzga las aberraciones de la vida

según el uso que se puede hacer de ellas, en una forma que poco antes le parecía aún digna de encomio; lo que sí quedaba en él era el sufrimiento del niño que no se atreve a mezclarse en un juego.

Pero Siegmund no era hombre que se dejase desviar de un tema, una vez se había aferrado a él.

-Clarisse está sobreexcitada -afirmó-. Ha querido siempre darse de cabezadas contra la pared para derrumbarla, y ahora tiene la cabeza metida dentro de algo y no la puede sacar. ¿Tienes que intervenir, aunque se resista!

-Vosotros, los médicos, no tenéis ni idea de los procesos mentales! -exclamó Walter.

Buscó un segundo punto por donde atacar y lo encontró.

Tú hablas de “signos” -prosiguió, añadiéndose a su excitabilidad la alegría de poder hablar de Clarisse-, e investigas con



preocupación cuándo un signo es un trastorno y cuándo no lo es; pero yo te digo que el verdadero estado humano es aquel en que todas las cosas se convierten en signos! Todas las cosas! Tú podrías tal vez mirar la verdad de frente, pero jamás la verdad te mirará a ti, jamás conocerás este divino sentimiento de inseguridad!

-¡Los dos estáis locos! -observó Siegmund con sequedad-

-Sí, claro que lo estamos! -exclamó Walter-. Como creador, tú eres nulo; jamás has sabido lo que significa “expresarse”; para un artista, expresarse significa “comprender”! La expresión que damos a las cosas desarrolla en primer lugar el sentido que nos permite captarlas de un modo exacto. Lo que yo u otra persona queremos, no lo comprendo hasta que lo realizo! Ésta es nuestra experiencia viva, a diferencia de la tuya, que es una experiencia muerta! Dirás, naturalmente, que esto es paradójico, que es

una confusión entre causa y efecto, tú, con tu causalidad médica!

Pero Siegmund no lo dijo, sino que volvió a repetir impertérrito:

□Si tú no le toleras demasiadas cosas, esto redundará en su propio beneficio! □Las personas nerviosas necesitan cierta severidad!

-Y si toco el piano ante la ventana abierta —preguntó Walter, sin hacer caso, al parecer, a la advertencia de su cuñado-, ¿qué es lo que hago? Pasa gente, quizás también pasen muchachas; el que así lo desea, se detiene a escuchar; yo toco para jóvenes parejas de amantes, y para ancianos solitarios. Hay personas tontas y personas inteligentes entre ellos. Yo no les doy inteligencia. Lo que yo toco no es inteligencia. Yo me comunico con ellos. Estoy sentado, invisible, en mi habitación y les envío signos: unas cuantas notas, que son su vida, que son la mía. □También podrías decir que es una locura!

Enmudeció de pronto. La sensación que se expresa con las palabras “¡Ah, cuántas cosas podría deciros!”, una sensación fundamental y ambiciosa del ciudadano terrenal de inteligencia media que se siente impelido a la comunicación, se extinguió bruscamente. Cada vez que Walter estaba sentado en el suave vacío, detrás de su ventana abierta, y lanzaba su música al exterior con la alta consciencia del artista que da la felicidad a millares de desconocidos, aquella sensación actuaba como un paraguas abierto, y luego, así que dejaba de tocar, quedaba como un paraguas cerrado, con la tela colgante. Entonces desaparecía toda la ligereza, todo lo ocurrido parecía no haber ocurrido, y sólo podía expresarse diciendo que el arte había perdido el contacto con el pueblo y que todo era malo. Lo recordó y se sintió cobarde. No obstante, se defendía contra ello. Y Clarisse había dicho que la música hay que tocarla “hasta el fin”. Clarisse había

dicho: “Sólo entendemos una cosa mientras somos partícipes de ella!” Pero Clarisse había dicho también: “Por esta razón tenemos que meternos nosotros mismos en el manicomio!” El “paraguas interior” de Walter, medio cerrado, ondeaba al soplo de ráfagas desacompañadas de un viento tormentoso.

Siegmund dijo:

-Las personas nerviosas necesitan ser guiadas en su propio beneficio. Tú mismo dijiste que no vas a soportarlo más. Como médico y como hombre, es lo único que puedo aconsejarte: demuéstrole que eres un hombre; sé que ella se resistirá, pero acabará gustándole!

Como una máquina perfecta, Siegmund repetía incansable lo que se había convertido ya en su “conclusión final”.

Walter, en medio de una “ráfaga de viento”, contestó:

-Esta sobrevaloración médica de la vida sexual sana no tiene nada de actual. Cuando

hago música, o pinto, o pienso, actúo sobre lo que tengo cerca o lo que tengo lejos, sin quitar a una cosa lo que doy a la otra. **Al contrario!** **Déjame** que te diga que la concepción privada de la vida ya no puede encontrar justificación en nada, ni siquiera en el matrimonio!

Pero la presión más intensa procedía de Siegmund, y Walter, al soplo del viento, navegó hacia Clarisse, a quien no había perdido de vista durante toda esta conversación. Le resultaba desagradable que pudieran decir de él que no era un hombre; volvió la espalda a esta afirmación y se dejó arrastrar por ella hacia Clarisse. A medio camino, sintió entre los dientes, visibles a causa del temor, que tendría que empezar con la pregunta: “¿Qué significa eso de hablar de signos?”

Pero Clarisse le vio venir. Vio que vacilaba ya en el lugar donde se hallaba de pie. Luego sus pies se levantaron del suelo y lo

llevaron hacia ella. Clarisse lo vivía con una alegría salvaje. El mirlo voló asustado, llevándose con él el gusano. La vía quedaba ya completamente libre para la atracción. Pero de pronto, Clarisse cambió de idea y eludió el encuentro desliziéndose lentamente a lo largo del muro de la casa, en pos del exterior, sin dejar de mirar a Walter, pero con más rapidez de la que podía alcanzar su vacilante marido para pasar de la influencia a distancia a la influencia directa del diálogo.

## **27 - El general Stumm tarda muy poco en descubrir a Agathe para la buena sociedad**

**T**RAS reunirse con Agathe, las relaciones que unían a Ulrich con el extenso círculo de amistades de los Tuzzi imponían unas obligaciones sociales que suponían una gran pérdida de tiempo; la vida mundana invernal, muy activa, aún no había tocado a su fin, a pesar de lo avanzado de la estación. Las atenciones que le habían prodigado a Ulrich tras la muerte de su padre exigían, como contrapartida, que no mantuviera oculta a Agathe, aunque ambos, a causa del luto, estaban dispensados de asistir a grandes fiestas sociales. Este luto, si Ulrich hubiese aprovechado todo lo posible las ventajas que

le ofrecía, incluso habría servido para evitar todo trato social durante mucho tiempo, apartándose así de un círculo de personas en medio del cual había caído por circunstancias extrañas. Únicamente después que Agathe le hubo confiado su vida, Ulrich actuaba en contradicción con sus sentimientos y confiaba a una parte de sí mismo, incluida en la tradicional idea de los “deberes de hermano mayor”, muchas decisiones que le sumían en la inseguridad cuando se enfrentaba a ellas con toda su persona, si no le producían un evidente desagrado. A estos deberes de hermano mayor pertenecía sobre todo la idea de que, si Agathe había huido de la casa de su marido, era para ir a parar a la casa de un hombre mejor. Cuando hablaban de que su vida en común exigía tomar determinadas medidas, él solía contestar: “Si las cosas continúan así, pronto recibirás propuestas de matrimonio o, al menos, propuestas amorosas”; y si Agathe concebía



proyectos a unas semanas vista, él respondía: "Para entonces, todo habrá cambiado." Agathe se habría sentido más ofendida por ello si no se hubiese dado cuenta de la escisión que había en su hermano, lo que la inducía a abstenerse de ofrecer resistencia, cuando a él le parecía ventajoso ampliar al máximo el círculo social en que se movían. Así fue como, desde la llegada de Agathe, se mezclaron en la agitación social mucho más que si Ulrich hubiera estado solo.

La aparición de ambos, tras haber pasado mucho tiempo conociéndole a él solo y sin haberle oído pronunciar jamás una palabra sobre su hermana, despertó una atención nada despreciable. Un día el general Stumm, con su ordenanza, su cartera de mano y su pedazo de pan, volvió a presentarse en casa de Ulrich y olfateó el aire con desconfianza. En el aire flotaba un olor indescriptible. Luego, Von Stumm descubrió una

media de señora colgada en el respaldo de una silla, y dijo en tono de reprobación:

- ¡Claro, claro..., estos jóvenes!

- Mi hermana -explicó Ulrich.

- ¡Vamos, vamos! ¡Tú no tienes ninguna hermana! -rectificó el general-. Resulta que nosotros estamos en un mar de preocupaciones de la mayor importancia, y tú te escondes con una chica!

En este mismo momento penetró Agathe en la habitación, y el general perdió el dominio de sí mismo. Se dio cuenta del parentesco y, al comprobar la inocencia de aquella entrada de la muchacha, vio que Ulrich había dicho la verdad, aunque no quería abandonar la idea de que tenía ante sí a la amiga de Ulrich, que, de un modo realmente incomprensible y desconcertante, se parecía a él.

“Yo no sé lo que pasó por mí en aquel momento, querida -le contaba después a Diotima-, pero no me habría producido mayor

impresión verlo de pronto ante mí vestido de abanderado.” Porque resultaba que Stumm, a quien Agathe gustó sobremanera, sintió al verla el estupor que él había aprendido a considerar como señal de una emoción profunda. Su delicada opulencia corporal y su naturaleza sensible inclinaban a una retirada semejante a la huida ante tan dudosas circunstancias, y Ulrich, a pesar de sus esfuerzos por retenerlo, no pudo saber mucho sobre las importantes preocupaciones que habían llevado al ilustrado general a su domicilio.

-¡No! -se reprochó a sí mismo-. ¡No hay nada tan importante como para que pueda permitirme esta molestia!

-¡Pero si no nos molestas! -le aseguró Ulrich sonriente-. ¿Por qué habrías de molestarnos?

-¡No, naturalmente que no! -aseguraba ahora Stumm, ya totalmente confuso-. No os molesto, naturalmente, en cierto sentido.

«Pero, a pesar de todo! «Mira, ya pasaré otro día!

-«Pero dinos, por lo menos, a qué has venido, antes de irte! -exigió Ulrich.

-«A nada, a nada! «Una insignificancia! -le espetó, deseoso de poner los pies en polvorosa-. «Creo que se prepara el “gran suceso”!

-«Un caballo, un caballo! «Vámonos a Francia en barco! -gritó Ulrich alegremente excitado.

Agathe le miró sorprendida.

-Le pido perdón -dijo el general dirigiéndose a ella-; la señora no debe de saber de qué se trata.

-«La Acción Paralela ha dado con su idea! -completó Ulrich.

-No -objetó el general-, yo no he dicho eso. Sólo he querido decir que ahora empieza a gestarse el acontecimiento esperado por todos.

-¡Maya! -dijo Ulrich-. Esto está ocurriendo desde el principio.

-No -aseguró el general con gravedad-. No ocurriría así. Ahora hay un no-sé-qué flotando en el aire. Dentro de muy poco habrá una reunión decisiva en casa de tu prima. La señora Drangsal...

-¿Quién es? -preguntó Ulrich al oír un nombre nuevo.

-¡Claro, como te has mantenido tan al margen! -le reprochó el general en tono de lamentación, y se volvió a Agathe para corregirse-. La señora Drangsal es la dama que protege al escritor Feuermay. ¿Tampoco le conoces? -preguntó volviendo a echar hacia atrás su redondo cuerpo, al ver que no le venía confirmación alguna por parte de Ulrich.

-Claro que le conozco. Es el poeta.

-Hace versos -dijo el general, evitando con desconfianza una palabra poco usada por él.

-Y algunos buenos. Y además escribe toda clase de piezas de teatro.

-No lo sé. No llevo mis cuadernos de notas. Pero es ese que afirma que el hombre es bueno. En una palabra, la señora Drangsal protege la tesis de que el hombre es bueno, y se dice que se trata de una tesis europea, y parece que Feuermaul tiene un gran porvenir. Ella tuvo un marido mundialmente conocido como médico, y es probable que ahora quiera convertir a Feuermaul en un hombre famoso; de todos modos, corremos el peligro de que tu prima pierda la dirección y ésta pase al salón de la señora Drangsal, frecuentado sin duda por toda la gente famosa.

El general se secó el sudor de la frente; a Ulrich no le disgustaba la perspectiva.

-¿Qué dices! -le recriminó Stumm-. ¿Tú adoras a tu prima! ¿Cómo puedes hablar así? ¿No le parece a la señora que esto es actuar de un modo que sorprende por su infidelidad

y su ingratitud hacia una mujer fascinante? -dijo, dirigiéndose a Agathe.

-No conozco a mi prima -confesó ella.

-¡Oh! -dijo Stumm, y con unas palabras en las que la intención caballeresca y la involuntaria falta de caballerosidad se mezclaban en una oscura concesión a Agathe, añadió:- Es cierto que en los últimos tiempos ha bajado un poco!

Ni Ulrich ni su hermana contestaron, y el general tuvo la sensación de que debía aclarar sus palabras.

-¿Tú sabes por qué! -dijo de un modo muy significativo a Ulrich.

Le disgustaba la dedicación de Diotima a la ciencia sexual, que la apartaba de la Acción Paralela, y le preocupaba que no mejoraran sus relaciones con Arnheim; pero no sabía hasta qué punto podía permitirse hablar de tales asuntos en presencia de Agathe, cuyo rostro había ido adquiriendo una

expresión de frialdad. Ulrich, por el contrario, respondió tranquilamente:

-¿Es que no puedes seguir con tu historia del petróleo, si nuestra Diotima no posee su antigua influencia sobre Arnheim?

Stumm hizo un ademán de lamentable defensa, como si tuviese que impedir a Ulrich que contara un chiste inadecuado en presencia de una señora; pero a la vez le miró a los ojos con una acritud amenazadora. También tuvo la energía suficiente para levantar su pesado cuerpo con juvenil agilidad, y se alisó las arrugas de la guerrera. Su desconfianza previa en la procedencia de Agathe se mantenía hasta el punto de no querer revelar ante ella los secretos del Ministerio de la Guerra. Sólo en la antecámara, adonde Ulrich le condujo, se agarró con fuerza al brazo de éste, y le susurró sonriente y con la voz enronquecida:

-¡Por el amor de Dios; lo que has dicho es alta traición!



Y recomendó encarecidamente a Ulrich que no dijera una palabra de los yacimientos petrolíferos ante una tercera persona, aunque se tratase de su propia hermana.

-¡Muy bien! -aseguró Ulrich-. Pero es mi hermana gemela!

-¡Aunque sea una hermana gemela, no debes decir nada! -insistió el general, al que la presencia de la hermana le había, parecido ya lo bastante increíble como para desconcertarle el hecho de que, además, fuese gemela-. Promételo!

-De nada serviría -siguió insistiendo Ulrich- que aceptaras mi promesa, porque somos siameses, ¿entiendes?

Entonces Stumm comprendió que Ulrich con su manera de no llegar nunca a pronunciar un “sí” claro y simple, se estaba chanceando.

-Has hecho bromas mucho mejores que ésta de atribuir a una mujer tan encantadora, aunque sea diez veces tu hermana, una cosa

tan repugnante como la de haber crecido unida a ti -le reprochó.

Sin embargo, como su desconfiada excitación contra el retraimiento en que había hallado a Ulrich volvió a suscitarse, añadió unas cuantas preguntas que debían poner a prueba los manejos de éste: ¿Te ha venido ya el nuevo secretario? ¿Has estado con Diotima? ¿Has cumplido tu promesa de visitar a Leinsdorf? ¿Sabes lo que ocurre ahora entre tu prima y Arnheim? Naturalmente, estaba bien enterado de todo aquello; de ahí que el obeso desconfiado pudiera controlar el amor de Ulrich a la verdad, y el resultado le dejó satisfecho.

-Entonces, hazme el favor de no llegar tarde a la sesión fatal! -le pidió, mientras se abrochaba los botones del abrigo, un poco jadeante aún por la trabajosa travesía de los brazos a través de las mangas-. Antes volveré a llamarte y luego te pasaré a recoger con mi coche; será lo mejor.

-¿Y cuándo será ese fastidio? -preguntó Ulrich, que no estaba precisamente muy bien dispuesto.

-Dentro de dos semanas, me parece -dijo el general-. Queremos que el partido contrario venga a casa de Diotima; pero Arnheim tiene que estar presente, y ahora sigue de viaje.

Golpeó con un dedo el dorado fiador de la espada que le colgaba del bolsillo del abrigo:

-Sin él, no nos divertiría mucho la cosa; puedes hacerte cargo. Pero yo te digo -suspiró- que nada deseo tanto como que nuestra dirección espiritual siga en manos de tu prima; ¶para mí sería horroroso tener que adaptarme a otro tipo de relaciones!

A esta visita se debió, pues, que Ulrich regresara con su hermana a la vida de sociedad que abandonó cuando estaba solo. De todos modos habría tenido que reanudarla, aunque no hubiera querido, porque no podía

permanecer ni un día más escondido con Agathe ni suponer que Stumm se guardaría para él un descubrimiento que daba pie a tantas historias. Cuando los “siameses” fueron a visitar a Diotima, ésta estaba ya informada de que se aplicaban a sí mismos este dudoso e insólito calificativo, y la cosa no le gustaba nada. Porque la Divina, célebre por los respetables y notables personajes que uno encontraba siempre en su casa, empezó tomando por la tremenda la inesperada aparición de Agathe; porque una pariente que no cayera bien podía resultar mucho más peligrosa para su propia posición que un primo, y las cosas que sabía de esta nueva prima eran tan pocas como las que antes había sabido de Ulrich, lo que significó para ella, omnisciente como era, una gran molestia al tener que confesárselo al general. De ahí que hubiesen bautizado a Agathe con el nombre de “la hermana abandonada”, en parte para tranquilizarse a sí mismos, en

parte para usarlo preventivamente en círculos más amplios, y con tales ideas recibió a los dos hermanos. Quedó agradablemente sorprendida por la impresión de perfecta sociabilidad que Agathe acertó a producir, y ésta (pensando en la buena educación que le dieron en un internado, y guiada por su predisposición irónica y sorprendida a aceptar la vida por cuya causa se acusaba ante Ulrich) consiguió, desde el primer momento y casi sin quererlo, asegurarse la benevolente simpatía de la poderosa joven, cuya ambición de grandeza le era totalmente incomprendible e indiferente. Contempló a Diotima con la candidez con que habría contemplado una gigantesca central eléctrica, en cuyas ignotas operaciones para suministrar luz no podemos intervenir. Una vez que Diotima se sintió conquistada por Agathe, y al observar sobre todo que ésta gustaba a todo el mundo, empezó a considerar su éxito social como cosa propia y procuró que fuese en aumento,

en honor de sí misma. La “hermana abandonada” suscitó una atención afectuosa que, en los más íntimos, empezó en forma de asombro sincero por el hecho de no haber oído nunca una palabra sobre ella; luego, a medida que se ampliaba el círculo de personas, se convirtió en la complacencia indefinible que produce lo nuevo y lo sorprendente, una complacencia que es común a las casas reales y a las redacciones de prensa.

Entonces ocurrió también que Diotima, dotada de la cualidad (propia de la gente de “esprit”) de elegir siempre, entre varias posibilidades, la peor, la que asegura el éxito social, dio el golpe que proporcionó a Ulrich y a Agathe un lugar duradero en la memoria de la alta sociedad: resultó que a su protectora le pareció de repente encantador -y a la vez lo divulgó como algo encantador- lo que le habían dicho al principio: que su primo y su prima, reunidos en circunstancias románticas tras haber vivido separados casi toda su

vida, se llamaban a sí mismos “siameses”, aunque la ciega voluntad del destino había hecho de ellos casi lo contrario. Sería difícil decir por qué esto gustó tanto a Diotima, y luego a todos los demás, y cómo consiguió ésta dar idea de que la decisión de vivir juntos de los hermanos era tan inhabitual como comprensible; todo ello se debía a las dotes de mando de Diotima; en cualquier caso, ambas cosas se produjeron y demostraron que, a pesar de las maniobras de la competencia, ella seguía ejerciendo su suave autoridad. Arnheim, cuando se enteró de todo a su regreso, pronunció un detallado discurso ante un círculo de escogidos, rematándolo con un homenaje de respeto por las fuerzas aristocrático-populares. Por no se sabe qué conducto, se difundió incluso el rumor de que Agathe había ido a buscar refugio con su hermano tras un matrimonio desgraciado con un conocido sabio extranjero; por entonces, en los círculos más influyentes, de

acuerdo con la mentalidad de los grandes propietarios, no era bien visto el divorcio, y se adoptaba la solución del adulterio; de ahí que, entre personas ya entradas en años, la decisión de Agathe adquiriese la ambigua relevancia de la vida superior, en la que se mezclan la energía de la voluntad y lo edificante; el conde Leinsdorf, que apreciaba mucho a ambos hermanos, lo analizó una vez con estas palabras: “Que tenga que mostrarnos el teatro pasiones tan tremendas! Nuestro Burgtheater haría mejor tomando ejemplo de un caso así!”

Diotima, que estaba presente, replicó: “Hay gente que, por seguir la moda, dicen que el hombre es bueno; pero cuando se conocen los desvíos y las confusiones de la vida sexual (como yo los conozco ahora por mis estudios), entonces se sabe hasta qué punto son raros tales ejemplos.” ¿Quería limitar o subrayar el elogio dispensado por Su Excelencia? Diotima no había perdonado



aún a Ulrich lo que, desde que éste no le dijo nada de la venida de su hermana, llamaba su falta de confianza; pero estaba orgullosa del éxito en el que ella tenía parte, y todo ello se mezclaba en su respuesta al conde.

## 28 - Demasiado buen humor

CON natural habilidad, Agathe aprovechaba las ventajas que se le ofrecían en sociedad, y a su hermano le gustaba la actitud segura que adoptaba en un ambiente tan arrogante. Los años en que fue la esposa de un profesor de enseñanza media en una ciudad provinciana parecían haber desaparecido de su vida sin dejar rastro. Ulrich, encogiéndose de hombros, resumía momentáneamente aquel resultado con las palabras: “A la alta nobleza le gusta que se nos llame los siameses; siempre ha mostrado mayor interés hacia los fenómenos de feria que, pongamos por caso, hacia el arte.”

Por un acuerdo tácito, consideraban que todo lo que ocurría no era más que un

intermedio. Habría sido necesario cambiar y renovar muchas cosas en la casa; esto lo vieron claro desde el primer día; pero no lo hacían, porque temían la repetición de unas explicaciones cuyos límites eran inalcanzables. Ulrich, que había cedido a Agathe su dormitorio, se había instalado en el cuarto ropero, separado del de su hermana por el baño. Luego le había cedido además la mayor parte de sus armarios.

Como no quería ser compadecido por ello, se refería a la parrilla en que murió San Lorenzo; pero Agathe nunca llegó a pensar en serio que pudiese haber alterado la vida de soltero de su hermano, porque éste le aseguraba que era muy feliz, y porque tenía una idea muy incierta del grado de felicidad en que su hermano pudo encontrarse anteriormente. Le gustaba aquella casa tan poco burguesa, con su inútil derroche de estancias decorativas y suplementarias, situadas alrededor de las pocas piezas aprovechables,

y ahora repletas de cosas; tenía algo de la minuciosa galantería de tiempos pasados, incapaz de enfrentarse al tratamiento brutal que se complace en darle nuestra época. A veces, sin embargo, no dejaba de ser triste la muda protesta de las bonitas estancias contra el desorden que las invadía, como son tristes las cuerdas rotas y en desorden sobre la caja primorosamente tallada de un instrumento. Agathe veía entonces que su hermano había elegido con cierta simpatía y comprensión aquella casa separada de la calle, aunque pretendiera hacer creer lo contrario, y de las viejas paredes emanaba un lenguaje apasionado, que ni era totalmente mudo ni totalmente audible. Pero ni ella ni Ulrich reconocían otra cosa que el placer por el desorden. Vivían con incomodidad; desde la llegada de Agathe, se hacían traer las comidas del hotel, y esto les producía un buen humor algo desproporcionado, como suele producirse en las excursiones, cuando uno,

sobre la hierba, come mucho peor de lo que podría comer en la mesa.

En aquellas circunstancias, tampoco tenían un servicio adecuado. No cabía esperar mucho del experto sirviente que Ulrich había tomado por poco tiempo al ocupar la casa -porque el hombre era ya viejo y esperaba retirarse; estaba pendiente tan sólo de alguna formalidad para poder hacerlo-, y Ulrich requería sus servicios lo menos posible; él mismo tenía que actuar de camarera, porque la habitación que habría podido habitar una criada de verdad se hallaba aún en estado de simple proyecto, como todo lo restante. Algunos intentos de pasar por alto aquellos detalles habían conducido a pésimas experiencias. Así que Ulrich hacía grandes progresos como escudero, aprestando a su “caballero” para sus conquistas sociales. Además, Agathe se había puesto entretanto a completar su ajuar, y sus compras llenaban la casa. Dado que, en su instalación,

no había nada previsto para una mujer, había adquirido la costumbre de usarlo todo como ropero; así Ulrich, queriendo o no, se vio implicado en las nuevas adquisiciones de su hermana. Las puertas que unían las habitaciones se hallaban abiertas; los aparatos de gimnasia servían de perchas y colgadores; en el momento de la decisión, Ulrich era arrancado de su despacho como lo fue Cininato del arado. El hecho de que su voluntad de trabajar, siempre existente en estado latente, fuera interferida de esta forma, no sólo lo soportaba con la idea de que sería algo transitorio, sino que le procuraba un placer, tan nuevo para él como un rejuvenecimiento. La vitalidad, aparentemente sin objetivo, de su hermana prendía en su soledad como una pequeña llama en una estufa apagada. Claras oleadas de una alegría agradable, oleadas oscuras de humana familiaridad llenaban las estancias que habitaba y le cambiaban el carácter de una habitación

en la que hasta entonces se había movido según sus caprichos. Pero lo que más le aturdió en lo inagotable de aquella presencia era la particularidad de que las nimiedades inconmensurables que la componían, daban, al sumarse, una suma enorme y de especie totalmente distinta. La impaciencia de perder el tiempo, aquella sensación insaciable que jamás le había abandonado y que se había apoderado siempre de él ante cosas que consideraba grandes e importantes, había desaparecido completamente, con gran sorpresa por su parte. Por primera vez amaba su vida cotidiana sin prejuicios ni preocupaciones.

Incluso se quedaba sin aliento, exageradamente obsequioso, cuando Agathe ofrecía a su admiración, con la seriedad que ponen en ello las mujeres, las mil cosas graciosas que compraba. Ulrich simulaba sentir una irresistible atracción por la curiosa peculiaridad de que la naturaleza de la mujer, tan

penetrante como la del hombre, fuese más sensible que la de éste y, precisamente por ello, más propicia a adornarse de un modo brutal y a alejarse aún más de la humanidad razonable. E incluso es posible que Ulrich lo sintiese realmente así. Porque las innumerables menudencias, graciosas y agradables, en las que se vio envuelto: adornarse con cuentas de vidrio, con bucles, con los dibujos estúpidos de los encajes y bordados, con atractivos colores, chillones hasta lo desafortado..., todas estas bellezas de barraca de feria, que no engañan a ninguna mujer inteligente aunque tampoco dejan de perder nunca su atracción sobre ella, empezaron a envolverle con los hilos de una locura luminosa. Cualquiera cosa, por disparatada y de mal gusto que sea, si uno se deja llevar por ella y la trata en pie de igualdad, despliega su original estructura, el embriagador perfume de su amor propio, la voluntad que alberga de jugar y de gustar. Así le ocurría a Ulrich



con las ocupaciones que se relacionaban con el aspecto externo de su hermana. La llevaba de un lado a otro, admiraba, aprobaba y daba consejos, ayudaba en los ensayos. Se ponía con Agathe delante del espejo. Hoy que el aspecto de la mujer recuerda el de un pollo bien aderezado, es difícil imaginar su aspecto anterior con todo el encanto de lo que sirve para mantener despierto el apetito y que ha sido ridiculizado desde entonces: la falda larga, que parecía cosida al suelo por el modisto, y era como si se desplazara por milagro, escondía al principio otras sayas más ligeras, que eran como pétalos de seda multicolor, cuyo movimiento, ligeramente oscilante, se comunicaba luego a otras telas blancas, aún más suaves, cuya delicada espuma era lo que primero tocaba el cuerpo; y si esta indumentaria se asemejaba a las olas por tener a la vez algo de atrayente y algo que se hurtaba a la vista, era a la vez un artificioso sistema de fosos y bastiones alrededor de cosas

maravillosas, hábilmente defendidas, y, a pesar de su falta de naturalidad, resultaba un teatro amoroso con telones inteligentemente colocados, cuya fascinante oscuridad sólo era iluminada por la pálida luz de la fantasía. Todo este aparato de preparativos lo veía ahora Ulrich cada día desmontado, pieza por pieza y, en cierto modo, por dentro. Y aunque hacía ya mucho tiempo que los secretos de una mujer habían dejado de serlo para él, precisamente por haberlos recorrido como antecámaras o como patios anteriores a otra cosa, ahora, que no había ningún camino por recorrer ni un objetivo concreto, se le imponían de un modo totalmente distinto. La tensión inherente a todo aquello desaparecía. A Ulrich le habría costado decir los cambios que semejante cosa comportaba. Se sentía, con razón, un hombre virilmente sensible, y le parecía comprensible que a alguien pudiese atraerle ver la parte oculta de una cosa tan a menudo deseada; pero a veces

aquello le resultaba casi inquietante, y se re-belaba sonriente contra ello.

-Ees como si, de la noche a la mañana, crecieran a mi alrededor las paredes de un pensionado de señoritas y me dejaran encerrado dentro! -afirmó.

-¿Te parece tan terrible? -preguntó Agathe.

-No lo sé -respondió Ulrich.

Después definió a su hermana como una planta carnívora, y a sí mismo como un pobre insecto que se hubiese metido en su deslumbrante cáliz.

-¿Tú has cerrado los pétalos en torno a mí -dijo- y ahora me encuentro metido entre colores, perfumes y brillo, y espero, convertido contra mi propia naturaleza en parte de ti misma, a los pequeños machos que pensamos atraer!

Y le resultaba efectivamente muy extraño ser testigo de la impresión que producía su hermana a los hombres; a él, cuya

preocupación consistía precisamente en proporcionarle un hombre. No estaba celoso -¿qué atribuciones tenía para estarlo?-, ponía su bienestar por debajo del de *Agathe* y deseaba que ella encontrase pronto un hombre digno; sacarla de la situación transitoria en la que se hallaba tras haberse separado de Hagauer. Y sin embargo, cuando la veía ocupar el centro de un grupo de hombres que se afanaban en torno a ella, o cuando un hombre, en la calle, la miraba a la cara, atraído por su belleza y sin hacer caso de su acompañante, Ulrich no sabía lo que le pasaba. Entonces, como le estaba prohibida la fácil salida de los celos, a menudo le parecía que un mundo se cerraba a su alrededor, un mundo que jamás había pisado hasta entonces. Por experiencia propia, conocía tanto las cabriolas del hombre como la técnica amorosa, más precavida, de la mujer, y cuando veía a *Agathe* expuesta a aquéllas y ejerciendo esta última, sufría.

Creía asistir a los galanteos entre caballos o ratones: aquellos resoplidos y relinchos aquel estirar y ensanchar los hocicos con que unas personas desconocidas se presentan a sí mismas con ánimo de complacer y de auto-complacerse, todo aquello le repugnaba -al contemplarlo sin ninguna participación- como una pesada embriaguez adormecedora que surgiera de las profundidades del cuerpo. Y si, a pesar de todo, se confundía en una sola cosa con su hermana, como correspondía a una profunda necesidad de su sentimiento, poco faltaba entonces -a veces- para que, retrospectivamente y confundido por semejante tolerancia, sintiera la vergüenza que siente todo hombre normal cuando se le acerca otro que no lo es, bajo cualquier pretexto. Cuando se lo confesó a Agathe, ésta se echó a reír.

-En nuestro círculo existen también algunas mujeres que se interesan mucho por ti -fue su respuesta.

¿Qué pasaba entre ellos?

Ulrich dijo:

-En el fondo, es una protesta contra el mundo!

Y luego añadió:

-Ya conoces a Walter: hace mucho tiempo que no nos vemos con buenos ojos; pero aun cuando me enfado con él, y también cuando sé que le irrito, no dejo de sentir a menudo, sólo al verlo, un sentimiento de afecto, como si nuestra forma de estar en desacuerdo fuese una forma de acuerdo. Mira, en la vida entiende uno muchas cosas sin estar de acuerdo con ellas; de ahí que la posibilidad de estar de acuerdo con alguien antes de entenderlo es una insensatez tan bella como un cuento de hadas, es como cuando, en primavera, el agua baja hacia el valle desde todas partes.

Ulrich sintió que era realmente así, y pensó: “Tan pronto como consiga no tener respecto a Agathe ningún egoísmo o

egocentrismo, ningún sentimiento de fea indiferencia, entonces atraerá y sacará de mí las cualidades, como la montaña magnética atrae la brújula. Moralmente, me veo disuelto en átomos primitivos, en un estado en el que no soy ni ella ni yo. ¿Puede que sea esto la bienaventuranza!”

Pero se limitó a decir:

-¿Es tan divertido mirarte!

Agathe se puso de un color rojo subido y dijo:

-¿Por qué es “divertido”?

-¿Ah, no lo sé! A veces tienes vergüenza ante mí -dijo, Ulrich-. Pero luego piensas que “sólo” soy “tu hermano”. Otras veces no te avergüenzas en absoluto cuando te sorprendo en unas circunstancias que serían muy excitantes para un señor extraño, y entonces te parece de pronto que no debo ver nada y que tengo que volverme de espaldas inmediatamente...

-¿Qué tiene eso de “divertido”?

-Es posible que sea un placer seguir con la vista a otra persona, sin saber por qué -dijo Ulrich-. Me recuerda el amor del niño por sus cosas, sin la impotencia intelectual del niño.

-Tal vez sólo sea divertido para ti -respondió Agathe-, esto de jugar a hermano y hermana, porque estás cansado de los juegos entre hombre y mujer.

-También -dijo Ulrich, y la miró-. En principio, el amor es un simple deseo de proximidad y un instinto de hacerse con algo. Lo han escindido en dos polos, el hombre y la mujer, con las disparatadas tensiones, inhibiciones, convulsiones y aberraciones que han surgido entre ellos. Hoy tenemos ya bastante de esta ideología hinchada, que es casi tan ridícula como una gastrosofía. Estoy convencido, Agathe, de que casi todo el mundo vería con gusto la posibilidad de anular esta conexión de una excitación epidérmica con toda la



humanidad! Y más pronto o más tarde vendrá una época de simple camaradería sexual, en la que muchachos y muchachas contemplarán con unánime perplejidad un viejo montón de resortes destrozados, que antes fueron el hombre y la mujer.

-[Si ahora te dijera que Hagauer y yo hemos sido los pioneros de esta nueva época, seguro que lo tomarías a mal! -le objetó Agathe con una sonrisa agria como un buen vino poco azucarado.

-Ya no hay nada que pueda tomar a mal -dijo Ulrich.

Sonrió.

-[Un guerrero que se quita la armadura! [Por primera vez, desde hace mucho tiempo, siente en su piel el aire de la naturaleza en lugar del hierro martilleado, y ve que su cuerpo se vuelve tan frágil y cansado, que los pájaros podrían llevárselo en un vuelo! - siguió diciendo.

Y sonriendo así, olvidándose simplemente de dejar de sonreír, contemplaba a su hermana, sentada al borde de una mesa; Agathe dejaba colgar una pierna cubierta con una media negra; fuera de la camisa, no llevaba más que un pantaloncito; pero todo aquello formaba una serie de impresiones plásticamente aisladas y como desprendidas de su función. “Es mi amigo y me pone ante los ojos, de un modo encantador, una mujer”, pensó Ulrich. “Es una complicación realista el hecho de que efectivamente sea una mujer.”

Y Agathe preguntó:

-¿Es cierto que no existe el amor?

-[Claro que existe! -dijo Ulrich-. Pero es un caso excepcional. Es preciso distinguir: en primer lugar, es una experiencia física, que pertenece a la categoría de las excitaciones cutáneas, que se puede suscitar también sin impedimenta moral e incluso sin sentimientos, como un simple placer. Luego, en

segundo lugar, existen habitualmente unos movimientos del ánimo que, por lo demás, se asocian íntimamente a la experiencia corporal, pero sólo en el sentido de que, con ligeras variaciones, son idénticos en todos los seres humanos; estos momentos capitales del amor, en su forzosa uniformidad, creo que debo incluirlos más bien en lo mecánico-corporal que en el alma. Y finalmente, existe también la experiencia propiamente espiritual del amor: sólo que no debe relacionarse necesariamente con los otros dos aspectos. Se puede amar a Dios, o amar el mundo. E incluso se puede amar tan sólo a Dios o al mundo. En cualquier caso, no es absolutamente necesario amar a una persona. Pero si se ama a una persona, lo corporal atrae hacia sí a todo el mundo, hasta el punto de que éste queda, en cierto modo, vuelto al revés...

Ulrich se interrumpió y Agathe se puso muy encarnada.

Si Ulrich hubiese ordenado y colocado sus palabras con la intención de llevar hipócritamente a oídos de Agathe las imágenes del amor inevitablemente asociadas a ellas, habría cumplido su deseo.

Buscó una cerilla, sólo para interrumpir de nuevo con un gesto cualquiera la asociación involuntariamente surgida.

-De todos modos -dijo Ulrich-, el amor, cuando es amor, es un caso de excepción y no puede servir de modelo para el diario acontecer.

Agathe había cogido los extremos del mantel que cubría la mesa, y se había tapado las piernas con él.

-Los extraños que nos vieran y oyeran, ¿no hablarían de un sentimiento contra natura? -preguntó de pronto.

-¡Tonterías! -afirmó Ulrich-. Lo que siente cada uno de nosotros es el desdoblamiento de la propia persona en la naturaleza contraria. Yo soy un hombre y tú una mujer:

se dice que el ser humano lleva en sí, junto a cada una de sus cualidades, la cualidad apuesta, reprimida o difusa; en cualquier caso, posee la nostalgia de la misma, cuando no está irremediablemente satisfecho de sí mismo. Así resulta que mi contrario ve la luz y se mete en ti, y el tuyo en mí, y se sienten magníficamente en los cuerpos trocados, simplemente porque no sentían mucho respeto por su anterior ambiente y por la vista que desde él se divisaba.

Agathe pensó: “Una vez dijo mucho más sobre este tema; ¿por qué se arredra?”

Lo que decía Ulrich encajaba perfectamente con su vida de camaradas que, de vez en cuando, cuando la sociedad les deja algún tiempo libre, se sorprenden de ser un hombre y una mujer, pero al mismo tiempo son mellizos. Cuando existe tal acuerdo entre dos personas, sus relaciones por separado con el mundo adquieren el encanto de una invisible unidad con un ser en el que uno se

esconde, de un intercambio de vestidos y de cuerpos, de engañar alegremente a los demás, que nada sospechan, con la simulación de este hecho de ser dos en uno solo bajo la doble máscara de la apariencia. Pero este gozo juguetón y demasiado acentuado -[c]omo sucede a los niños que hacen ruido en lugar de ser ruido!- no armonizaba con la seriedad cuya sombra, al caer desde una gran altura, a veces reducía involuntariamente al silencio el corazón de los hermanos. Así ocurrió una noche cuando, antes de acostarse, conversaron aun casualmente, y Ulrich encontró a su hermana vistiendo su largo camisón; quiso bromear con ella y le dijo:

-Hace cien años, habría gritado al verte: “Ángel mío!” ¡Qué lástima que esta palabra esté desprestigiada!

Entonces enmudeció y pensó, desconcertado: “¿No es acaso la única palabra que puedo aplicarle? Ni amiga ni mujer! También podría tratarla de ser celestial.

Probablemente sería un énfasis algo ridículo, pero siempre resultaría mejor que no tener el coraje de creerse a sí mismo.”

Y Agathe pensó: “Un hombre en pijama no parece un ángel!”

Pero Ulrich tenía un aspecto violento, ancho de espaldas, y a ella le avergonzó de pronto el deseo de que aquel rostro enérgico y velludo le oscureciera los ojos. De un modo físicamente inocente, tenía los sentidos excitados; su sangre le recorría el cuerpo en oleadas y se extendía bajo la piel, quitándole toda la energía al interior. No era tan fanática como su hermano, y por ello sentía lo que sentía. Cuando era dulce, era dulce; no tenía la claridad de ideas ni la iluminación moral, aunque amaba y aborrecía a la vez este aspecto de Ulrich.

Y constantemente, día tras día, Ulrich lo resumía todo en la misma idea: “En el fondo, es una protesta contra la vida!” Iban del brazo por la ciudad. Armonizaban sus

estaturas, sus edades, su mentalidad. Andando el uno junto al otro, no podían verse muy bien. Figuras esbeltas, agradable la una a la otra, recorrían la calle simplemente por placer y, a cada paso que daban, sentían el hálito de su contacto en medio de personas desconocidas. ¶Nos pertenecemos! Esta sensación, que era totalmente extraordinaria, les hacía felices. Aceptándola y combatiéndola a la vez, Ulrich dijo:

-¶Es divertido que estemos tan satisfechos de ser hermano y hermana! ¶Todo el mundo ve en ello una relación normal, y nosotros le ponemos algo de insólito!

Posiblemente la había molestado. Añadió:

-Siempre lo deseé. Cuando era niño, me propuse casarme sólo con una mujer que yo adoptara y formara para mí desde la infancia. Creo que muchos hombres tienen semejantes ocurrencias, y que son cosas banales. Pero una vez, ya adulto, me



enamoré realmente de una criatura así, aunque sólo durante dos o tres horas. -Y continuó contándoselo a su hermana-: Ocurrió en el tranvía. Subió a él una chiquilla de unos doce años, acompañada de su padre, muy joven, o de su hermano mayor. Por la forma de entrar, de sentarse, de tender con negligencia al cobrador el dinero para los dos billetes, parece una gran señora, pero sin que en esta actitud haya el menor rastro de afectación infantil. Con el mismo aire, dirigía la palabra a su acompañante o lo escuchaba en silencio. Era extraordinariamente bonita; morena, de labios abultados, con las cejas bien marcadas, la nariz ligeramente respingona. Puede que fuese una polaca de cabello negro, o una eslava meridional. Creo que llevaba un vestido que recordaba alguna indumentaria nacional, pero su larga chaqueta, su talle ceñido, sus adornos de trencilla y encajes en el cuello y en los puños, todo ello era a su modo algo tan perfecto como la pequeña

persona. ¿Sería una albanesa? Estaba demasiado lejos de ella para poder oír lo que decía. Me llamó la atención que los rasgos de su rostro serio se avanzaran a su edad y parecieran totalmente adultos; sin embargo, no formaban las facciones de una mujer en pequeño, sino que eran, indudablemente, las de una niña. Por otra parte, aquel rostro infantil no era tampoco el anuncio inmaduro de la edad adulta. Parece ser que, a veces, el rostro femenino aparece acabado ya a los doce años, formado ya, incluso espiritualmente, con unos rasgos trazados de mano maestra en el primer esbozo, de suerte que todo lo que añade después la realización, no hace más que estropear la grandeza original. Uno puede enamorarse apasionadamente de semejante manifestación, enamorarse mortalmente y sin deseo alguno. Sé que, en aquella ocasión, miré tímidamente a los pasajeros que me rodeaban, porque me parecía que todo orden se esfumaba ante mí.

Luego me apeé tras la pequeña, pero la perdí de vista en medio del tráfico de la calle.

Así concluyó Ulrich su narración.

Tras esperar unos instantes, Agathe preguntó sonriendo:

-¿Y cómo concuerda esto con el hecho de que el tiempo del amor haya pasado y sólo queden la sexualidad y la camaradería?

-No concuerda en absoluto! -exclamó Ulrich, riéndose.

Su hermana reflexionó y observó en un tono marcadamente áspero y de un modo que recordaba una repetición intencionada de las palabras que ella misma pronunció la noche de su encuentro:

-A todos los hombres les gusta jugar a hermanito y hermanita. Debe tener algún estúpido significado. El hermanito y la hermanita se llaman a sí mismos papá y mamá cuando tienen una pequeña chispa de ingenio.

Ulrich quedó perplejo. Agathe no sólo tenía razón, sino que además, resultaba que todas las mujeres inteligentes son observadoras implacables de los hombres que aman; sólo que no tienen teorías sobre ello, y por esta razón no hacen uso de sus descubrimientos más que cuando las irritan. Ulrich se sentía un poco ofendido.

-Naturalmente, esto ha sido ya explicado psicológicamente -dijo vacilante-. No deja de ser posible, por otra parte, que nosotros dos seamos psicológicamente sospechosos. Inclination incestuosa, localizable en la primera infancia como la disposición antisocial y la actitud protestataria ante la vida. Incluso es posible que exista una sexualidad insuficientemente estabilizada, aunque yo...

-¡Yo tampoco! -le reprochó Agathe, y volvió a reír, aunque lo hacía contra su voluntad-. ¡A mí no me gustan las mujeres!

-Da lo mismo -opinó Ulrich-. Se trata, en cualquier caso, de las entrañas del alma

humana. Puedes decir también que existe una necesidad de sultán, una necesidad de adorar y de ser adorado uno solo, con exclusión de todo el mundo circundante; en el antiguo Oriente, esta necesidad fue el origen del harén, y hoy tenemos a cambio la familia, el amor y el perro. Puedo decir que el anhelo de poseer a un ser humano de modo tan exclusivo que nadie pueda acercarse a él es un signo de la soledad personal en la sociedad humana, y ni siquiera los socialistas lo niegan. Si tú quieres, no somos más que una desviación burguesa. ¶Mira, qué bonito...! -se interrumpió, y atrajo a Agathe tomándola del brazo.

Se hallaban junto a un pequeño mercado entre viejos edificios. Alrededor de la estatua clasicista de alguna notoriedad se extendían las multicolores legumbres y hortalizas y se abrían los grandes parasoles de lona de los tenderetes; se amontonaban las frutas, se arrastraban los cestos y eran ahuyentados

los perros que se acercaban a los tesoros expuestos al público; se veían rostros enrojecidos de hombres rudos. El aire resonaba y vibraba por las voces excitadas, en pleno ajetreo, y olía a sol, al sol que brilla sobre todas las cosas de la tierra.

-¿Es posible no amar el mundo, simplemente al verlo y olerlo? preguntó Ulrich entusiasmado-. Pero no podemos amarlo, porque no estamos de acuerdo con lo que pasa en estos momentos por sus cabezas... -añadió.

No se trataba precisamente de una disyunción al gusto de Agathe, y ésta no respondió. Pero se apretó contra el brazo de su hermano, y ambos entendieron aquel gesto como si ella le hubiese puesto dulcemente la mano en los labios.

Ulrich dijo sonriente;

-No tampoco me gusto a mí mismo! Esto es lo que ocurre cuando uno siempre tiene algo que objetar a los demás. Pero

también yo debo ser capaz de amar alguna cosa, y aquí está esta hermana siamesa que no es ni yo ni ella, y sin embargo es a la vez yo y ella; ella es el único punto donde confluye todo!

Volvía a estar contento. Y generalmente su humor arrastraba a Agathe. Pero jamás volvieron a hablar como la primera noche de su reencuentro, o como antes. Aquello había desaparecido como castillos de nubes: uno ya no cree en ellos cuando los ve sobre la calle llena de tráfico de una ciudad, en lugar de verlos sobre un paisaje solitario. Tal vez la causa era tan sólo el hecho de que Ulrich no sabía qué grado de solidez había que atribuir a las experiencias que le movían; pero Agathe creía a menudo que él no veía en ellas más que un fantástico extravío. Y ella no podía demostrarle que se trataba de algo distinto; hablaba siempre menos que él, no acertaba ni se atrevía a hacerlo. Sentía simplemente que él evitaba la decisión, y que no

debería hacerlo. En realidad, ambos se refugiaban en su divertida felicidad, sin peso ni profundidad, y Agathe estaba cada día más triste, aunque reía tanto como su hermano.



## 29 - El profesor Hagauer toma la pluma

**T**ODO cambió a causa del marido que Agathe había tenido tan poco en cuenta.

Una mañana, cuando tocaban a su fin aquellos días de gozo, recibió una pesada carta, de aspecto oficial, cerrada con un sello amarillo, grande y redondo, con el matasellos, en letras blancas, del Real e Imperial Gimnasio Rodolfo. Al instante, mientras Agathe tenía aún en la mano el sobre cerrado, surgieron de la nada edificios de dos pisos, con los mudos espejos de sus bien cuidadas ventanas; con blancos termómetros en el exterior, clavados en los marcos de color marrón; uno en cada piso, para saber exactamente la temperatura; con frontones griegos y conchas barrocas sobre las

ventanas; cabezas humanas esculpidas, que resaltaban de los muros, y otros centinelas mitológicos, que parecían productos de ebanistería pintados para imitar la piedra. Pardas y húmedas, las calles surcaban la ciudad y recordaban las carreteras que eran su origen antes de meterse entre los edificios, incluso con sus roderas profundas, y los comercios, con sus escaparates nuevos, se alineaban a ambos lados y parecían señoras de menos de treinta años que hubiesen alzado el borde de su falda y no se atreviesen a bajar de la acera y a pisar el barro de la calzada. Así era la provincia en la mente de Agathe! Fantasma en la cabeza de Agathe! Cosas que, incomprensiblemente, no habían desaparecido del todo, aunque creía haberse desprendido de ellas para siempre! Y algo aún más incomprensible: el hecho de haber tenido relación con ellas alguna vez! Vio el camino que, a lo largo de la pared de edificios bien conocidos, conducía desde la

puerta de su casa a la de la escuela, un camino que Hagauer, su esposo, recorría cuatro veces diarias, y que ella, al principio, también recorrió a menudo, acompañando a Hagauer de su casa al trabajo, durante los tiempos en que tenía buen cuidado de no dejar perder ni una sola gota de la amarga posición de su matrimonio: “Puede que ahora, Hagauer vaya a comer al hotel”, se decía. “¿Arrancará él mismo las hojas del calendario, que arrancaba yo cada mañana?” De repente todo aquello adquiriría una presencia excesiva y tan absurda como si nunca pudiese morir, y ella veía crecer en su interior, con un horror (tranquilo, el conocido sentimiento de la intimidación, compuesto de indiferencia, de valor perdido, de saciedad ante lo feo y de un estado de conciencia de la propia inseguridad. Con una especie de avidez, abrió el voluminoso escrito que le dirigía su esposo.

Cuando, tras el entierro de su suegro y una breve visita a la capital, el profesor Hagauer regresó a la población donde vivía y trabajaba, el ambiente le recibió como lo hacía siempre cuando regresaba de sus cortos viajes; con la agradable conciencia de haber resuelto a la perfección un asunto y de cambiar los zapatos de viaje por las zapatillas caseras, con las que uno trabaja el doble de bien, consideró cuanto le rodeaba. Se dirigió a su escuela; el conserje le saludó con respeto; sentía que era bien recibido cuando se cruzaba con los profesores que tenía a sus órdenes; en la dirección, le esperaban las actas y los asuntos que nadie se había atrevido a resolver en su ausencia; cuando andaba de prisa por los pasillos, le acompañaba la sensación de que sus pasos daban alas al edificio: Gottlieb Hagauer era una personalidad y lo sabía; su frente irradiaba el estímulo y el buen humor a través de toda la institución pedagógica sometida a sus

órdenes. Y cuando, fuera de la escuela, le preguntaban cómo y dónde se encontraba su señora esposa, él respondía con la serenidad de ánimo de un hombre que se sabe casado de un modo honorable. Es bien sabido que el ser masculino, mientras dura su capacidad de procreación, siente las breves pausas matrimoniales como si le quitaran un ligero yugo, aun cuando este hecho no tenga nada que ver con la intención de comportarse mal y, tras las vacaciones, se vuelva a aceptar con nuevas fuerzas la dicha habitual. Así fue como, al principio, Hagauer aceptó sin sospechas la ausencia de Agathe y ni siquiera se dio cuenta de los días que su mujer tardaba en regresar.

En realidad, lo que llamó su atención fue el calendario, el cual, con su hoja arrancada día tras día, se reflejaba en la memoria de Agathe como un símbolo terrible de la vida; estaba colgado en la pared del comedor, como una mancha que no

perteneciera a la misma -pegado a ella-, como regalo de año nuevo de un comercio de papelería, desde que Hagauer lo había traído de la escuela, y, por su misma desolación, no sólo tolerado, sino incluso mimado por Agathe. Habría sido muy propio de Hagauer hacerse cargo él mismo de arrancar las hojas de aquel calendario tras la partida de su mujer, porque contradecía sus costumbres el abandono de aquella parte de la pared. Pero, por otra parte, era un hombre que siempre sabía en qué grado de los meses o de las semanas se hallaba, dentro del mar de lo infinito; además, poseía otro calendario en su despacho de la escuela, y finalmente, en el momento en que, a pesar de todo, quiso levantar la mano para regular en su hogar la medida del tiempo, había sentido una extraña, sonriente detención, una de aquellas excitaciones en las que, como más tarde se había de ver, se anuncia el destino; él la tomó, no obstante, por un sentimiento

delicado y caballeresco que le asombró y le satisfizo por sí mismo: decidió no tocar la hoja con la fecha de la partida de Agathe hasta que ella volviera, en homenaje y recuerdo suyo.

Así, el calendario se convirtió con el tiempo en una llaga purulenta, que recordaba a Hagauer, cada vez que lo miraba, lo mucho que tardaba su esposa en reintegrarse al hogar. Ahorrativo en sus sentimientos y en su economía doméstica, le escribió postales en las que le daba noticia de sí mismo y le preguntaba, cada vez con mayor insistencia, cuándo pensaba regresar. No recibió respuesta alguna. Su expresión ya no era radiante, cuando sus amistades le preguntaban con simpatía si su esposa aún estaría ausente mucho tiempo, cumpliendo tristes obligaciones; afortunadamente, siempre tenía mucho que hacer, porque cada día, además de sus obligaciones escolares y de sus trabajos para las corporaciones a las

que pertenecía, el correo le llevaba una serie de invitaciones, informes, declaraciones de adhesión, ataques, correcciones, periódicos y libros importantes; la persona humana de Hagauer vivía ciertamente en la provincia, como parte de las feas impresiones que ésta podía producir en un viajero de fuera, pero su espíritu estaba establecido en Europa, y esto impidió que, durante mucho tiempo, comprendiera la ausencia de Agathe en toda su importancia. Con todo, una mañana le trajo el correo una carta de Ulrich en la que se le comunicaba escuetamente lo que se le tenía que comunicar: que Agathe no tenía la intención de volver con él y le pedía que accediera al divorcio. A pesar de su forma cortés, el escrito era tan implacable y tan breve, que Hagauer, al leerlo, pudo comprobar con indignación que Ulrich se preocupaba de los sentimientos del destinatario con el mismo interés que hubiera puesto en sacar un escarabajo de una hoja. Su primer



impulso defensivo fue el de no tomarlo en serio: Era un capricho! La noticia era como un espectro burlón en medio de la superabundancia, clara como el día, de trabajos ineludibles y de honrosos elogios que se volcaban sobre él. Tan sólo por la noche, cuando Hagauer volvió a ver su casa vacía, se metió en su despacho y comunicó a Ulrich, con digna brevedad, que lo mejor era dar por no enviada su comunicación. Pero no tardó en llegar una nueva carta de Ulrich en la que éste rechazaba semejante forma de ver las cosas e insistía en los deseos de Agathe -sin que ella lo supiera-; además exigía, con una precisión más cortés, que Hagauer, dentro de sus posibilidades, le diera todas las facilidades para los necesarios trámites jurídicos, como correspondía a un hombre de su categoría moral; además, era de desear que se evitaran los lamentables efectos de una confrontación pública. Entonces Hagauer comprendió que la cosa iba en serio y se tomó

tres días para hallar una respuesta que no diera lugar a posteriores reproches y que él no tuviera que lamentar.

De esos tres días, se pasó dos con la sensación de que alguien le había dado un golpe en el corazón. “Un mal sueño!”, se repetía a sí mismo con emotividad y, si no se controlaba, se olvidaba de creer en la realidad del requerimiento. Durante aquellos días, una profunda intranquilidad le penetraba el pecho, como un amor herido, y a ella se unían unos celos indefinibles, que no iban dirigidos contra un amante que, según sus cálculos, podía ser la causa del comportamiento de Agathe, sino contra algo inaccesible, detrás de lo cual se sentía relegado. Era algo así como el bochorno que sufre un hombre muy ordenado cuando ha roto u olvidado algo: de pronto, se había roto algo que ocupaba desde tiempos inmemoriales un lugar estable en su cabeza, algo de lo que uno ya no se da cuenta, pero de lo que dependen muchas

cosas. Lívido y alterado, con un dolor real, que no debe despreciarse sólo porque le falte la belleza, Hagauer iba de un lado a otro, evitaba a la gente por miedo a tener que darles explicaciones y a las afrentas que de ello habrían de resultar. Sólo al tercer día se estabilizó su estado de ánimo: Hagauer sentía por Ulrich una gran aversión natural, semejante a la que Ulrich sentía por él, y aunque nunca se había manifestado abiertamente, ahora lo hacía de pronto: lleno de presentimientos, daba a su cuñado toda la culpa del comportamiento de Agathe, a quien la vida inquieta y bohemia de su hermano le habría vuelto la cabeza al revés; se sentó a su despacho y, en pocas palabras, exigió el inmediato regreso de su esposa, declarando con firmeza que, como marido, todo lo que hubiera que hablar quería hablarlo directamente con ella.

Ulrich le envió una negativa no menos breve ni menos enérgica.

Entonces Hagauer decidió actuar directamente sobre Agathe; hizo copias de su correspondencia con Ulrich, añadió un largo y meditado escrito, y todo aquello era lo que Agathe tuvo ante sus ojos al abrir el voluminoso sobre, con el matasellos oficial.

El propio Hagauer tenía la sensación de que todo lo que parecía que iba a ocurrir no podía ser real. Al regreso de sus ocupaciones profesionales, se encontró una noche, en la “casa desolada”, ante un pliego de papel de cartas, como se había encontrado Ulrich a su vez frente a otro pliego, y no supo por dónde empezar. Pero en la vida de Hagauer, había tenido éxito muchas veces el conocido “sistema de los botones”, y también esta vez lo usó. Consiste este procedimiento en actuar metódicamente sobre los propios pensamientos -y precisamente ante trabajos de gran agitación interior-, del mismo modo que una persona manda coser botones a sus ropas, porque perdería mucho tiempo si

pretendiera quitárselas sin botones. Por ejemplo, el escritor inglés Surway, a cuyos trabajos se remitía Hagauer -porque, a pesar de su dolor, le parecía importante compararlos con sus propias opiniones-, distinguía cinco de tales botones en el proceso de un pensamiento eficaz: a) Observaciones sobre un acontecimiento, las cuales permiten percibir inmediatamente una dificultad en su interpretación; b) Delimitación y constatación precisas de estas dificultades; c) Pronóstico de posible solución; d) Desarrollo racionalizado de las consecuencias de este pronóstico; e) Nueva observación para su incorporación o rechazo y, consiguientemente, éxito del pensamiento. Hagauer había aplicado ya con ventaja semejante sistema a una ocupación tan mundana como el tenis, deporte que aprendió en el club de funcionarios y que adquirió para él un atractivo intelectual digno de consideración; sin embargo, jamás había usado el sistema en asuntos estrictamente

sentimentales; porque la vida cotidiana de su intelecto se componía en gran parte de relaciones profesionales y, en incidencias más personales, del “buen sentimiento” que supone una mezcla de todos los sentimientos posibles para la raza blanca en un caso dado y que se hallan en circulación, con una ligera preferencia por los sentimientos locales, profesionales o sociales más inmediatos. De ahí que, a pesar de haberse ejercitado en ello, era difícil aplicar el sistema de los botones al insólito deseo de su esposa de divorciarse. Precisamente en las dificultades que le afectan a uno personalmente, el “buen sentimiento” tiene la particularidad de escindirse con facilidad; por un lado, le decía a Hagauer que un hombre de su tiempo, como él, se veía impelido por muchas cosas a no poner dificultades a la pretensión de disolver unos lazos basados en la confianza; pero por otra parte, no dejaban de existir razones que le absolvían de tal obligación; porque no se puede

aprobar la inveterada ligereza con que hoy en día se abordan tales asuntos. En este caso -Hagauer lo sabía muy bien-, un hombre moderno tiene que “relajarse”, es decir, distraer su atención, adoptar una actitud corporal suelta y dar oídos a lo que perciba en lo más profundo de sí mismo. Precavido, interrumpió sus reflexiones, se quedó con la vista fija en el calendario abandonado, y prestó oídos a lo que ocurría en su interior; unos momentos después le respondió una voz que venía de muy adentro, de unas profundidades situadas por debajo del pensamiento consciente; esta respuesta le decía exactamente lo que ya había pensado: que un antojo tan inmotivado como el de Agathe no se podía tolerar así, sin más ni más.

Así, el espíritu del profesor Hagauer se encontró también, inesperadamente, enfrentado a los botones -de a) a e)- de Surway o a cualquier otra serie de botones equivalente, y sintió que revivían las dificultades

para interpretar el acontecimiento observado por él. “¿Es que yo, Gottlieb Hagauer -se preguntaba Hagauer-, tengo alguna culpa en este penoso incidente?” Se autoanalizó y no halló la menor objeción a su propia conducta. “¿Es la causa de todo otro hombre al que ella ama?”, prosiguió en sus sucesivos pronósticos de una posible solución. Le era difícil admitirlo, porque, al obligarse a una reflexión objetiva, era difícil admitir que otro hombre pudiera ofrecer a Agathe algo mejor que él. De todos modos, aquella reflexión podía ser empañada, más que cualquier otra, por la vanidad personal; de ahí que la tratara con la máxima precisión; al hacerlo, se le ofrecieron perspectivas en las que nunca había pensado, y súbitamente, a partir del punto c) (cf. Surway), se sintió tras las huellas de una solución posible, una solución que le llevaba más allá de los puntos d) y e): por primera vez desde su matrimonio le llamó la atención un grupo de fenómenos que, por lo



que sabía, sólo se podían aplicar a mujeres en las que el amor por el otro sexo no tiene nada de profundo ni de apasionado. Le resultaba doloroso que no hubiera en su recuerdo ni una sola prueba de aquella entrega franca y extática que había conocido antes, cuando era soltero, en personas del sexo femenino cuya vida sexual estaba fuera de toda duda; pero aquello le daba al mismo tiempo la ventaja de que ahora podía excluir con plena tranquilidad científica la destrucción de su felicidad matrimonial por un tercero. La conducta de Agathe se rebajaba así por sí misma a un rechazo puramente personal de esta felicidad, y como además había partido sin dar la menor señal previa, y como resultaba que en tan poco tiempo era imposible que se hubiese producido un cambio fundamentado de su manera de ver las cosas, Hagauer llegó a la convicción -que ya no le abandonó- de que el incomprensible comportamiento de Agathe sólo podía explicarse

como una de aquellas tentaciones, lentamente acumuladas, a negar la vida, cuya aparición se produce -según se dice- en las naturalezas que no saben lo que quieren.

¿Poseía realmente Agathe semejante naturaleza? Había que examinarlo, y Hagauer, pensativo, se rascaba la barba con el mango de su pluma. La impresión que ella producía solía ser la de un “camarada con quien no es difícil entenderse” -así lo llamaba él-; sin embargo, frente a los problemas que a él le preocupaban más intensamente, manifestaba una gran indiferencia, por no decir desidia. Sin duda había en ella algo que no armonizaba con él, ni con otras personas, y sus intereses; aunque tampoco los contradecía; se reía o se ponía seria cuando correspondía, pero -cuando Hagauer lo pensaba- había producido siempre, durante todos aquellos años, la impresión de estar un poco distraída. Parecía prestar oído a lo que le decían o a lo que le planteaban,

pero sin creer en ello jamás. Mirándolo más detenidamente, a él le parecía de una indiferencia casi enfermiza. Al verla, a veces se tenía la impresión de que no captaba nada de cuanto la rodeaba... y de pronto, antes de que él mismo se diera cuenta, su pluma había empezado a correr sobre el papel con unos movimientos llenos de carácter. “Te parece una gran cosa -escribió-, eso de creerte demasiado buena para amar la vida que yo estoy en condiciones de ofrecerte, una vida que, con toda su modestia, es pura y llena; ahora me da la impresión de que siempre has cogido esta vida como con pinzas. Te has negado a la riqueza humana y moral que también una vida modesta puede ofrecer, y aun admitiendo que pudieras sentirte justificada a obrar así por cualquier motivo, tú siempre habrías desperdiciado la voluntad de un cambio moral y, en su lugar, habrías preferido elegir una solución artificial y fantástica.”

Volvió a reflexionar. Pasó revista a los alumnos que habían pasado por sus manos, para hallar un caso que le sirviera de explicación; pero apenas se había entregado a ello, se le ocurrió de pronto la parte de la reflexión anterior que le faltaba, la pieza que hasta entonces había echado de menos con un malestar confuso. En aquel instante, Agathe no era ya para él un caso absolutamente personal, que no admitiera un planteamiento colectivo; cuando pensaba en lo mucho que ella estaba dispuesta a abandonar, sin estar deslumbrada por una pasión concreta, tuvo el placer de llegar fatalmente a la suposición fundamental, bien conocida en la pedagogía moderna, de que a Agathe le faltaba la facultad de reflexión suprasubjetiva y de establecer un contacto intelectual seguro con el medio ambiente. Entonces escribió con rapidez: “Es posible que, respecto a lo que ahora quieres emprender, tampoco tengas clara conciencia de lo que se trata; **Te** pongo en

guardia ante una decisión firme! Puede que seas precisamente el polo opuesto a una personalidad bien orientada en la vida y consciente de sí misma, como yo lo soy; pero precisamente por ello no deberías eludir con tanta frivolidad el punto de apoyo que yo te ofrezco.”

En realidad, Hagauer quería escribir algo distinto. Porque la inteligencia de una persona no es una facultad cerrada y sin conexiones; sus efectos entrañan defectos morales; se habla de estupidez moral, y así también los defectos morales -cosa que rara vez se tiene en cuenta- están en disposición de desviar o cegar las fuerzas de la razón, llevándolas por donde se les antoja. Así pues, Hagauer veía ante su vista espiritual un tipo cerrado que, teniendo en cuenta las definiciones ya existentes, más bien se inclinaba a designar como “una variante, bastante inteligente en su conjunto, de la idiotez moral, que se expresa tan sólo en determinados

fenómeno de deficiencia”. Sólo que no se atrevía a utilizar esta explicación tan ilustrativa, en parte porque quería evitar que se irritase todavía más su esposa fugitiva, y en parte porque un profano, suele comprender erróneamente tales definiciones, cuando se las aplican a él. Sin embargo, se podía comprobar objetivamente que los fenómenos puestos en tela de juicio pertenecían en general a la vasta especie e la debilidad mental. Y finalmente, a partir de esta oposición entre conciencia y caballerosidad, Hagauer halló una salida: los fenómenos de deficiencia observados en su mujer, en relación con una inferioridad femenina ampliamente extendida, podían definirse también como una imbecilidad social. Con tales opiniones, acabó su carta de un modo apasionado. Con la ira profética del amante y del pedagogo desairado, describió a Agathe la disposición asocial, que evitaba y amenazaba el sentido comunitario, de su naturaleza, definiéndola

como una “subvariante” que, en ningún momento y en ningún lugar, afrontaba los problemas de la vida con energía y espíritu creador, como lo “exige de sus hijos nuestra época”, sino que se obstinaba en elegir el autoaislamiento, “separada de la realidad por un cristal” y siempre al borde del peligro patológico. “Si había algo en mí que te disgustaba, tenías que haberlo combatido” -escribía-; “pero la verdad es que tu ánimo no está a la altura de las energías del presente y retrocede ante sus exigencias. Me he limitado a ponerte en guardia contra tu carácter -concluía-, y repito que necesitas un punto de apoyo mucho más que otras personas. En tu propio interés, te conmino a que regreses inmediatamente, y declaro que la responsabilidad que tengo sobre ti como esposo me impide acceder a tus deseos.”

Hagauer releyó la carta otra vez antes de firmarla, la encontró muy incompleta en el análisis del tipo humano en cuestión, pero

no cambió nada. Sólo al final -soplando mediante una fuerte espiración todo el esfuerzo orgullosamente desplegado al reflexionar sobre su mujer, y considerando lo mucho que se podía decir aún sobre la cuestión de los “nuevos tiempos”-, deslizó en la carta una frase galante sobre la preciosa fortuna legada por su honorable padre difunto, situándola en el pasaje donde figuraba la palabra responsabilidad.

Cuando Agathe hubo leído todo el texto, ocurrió el hecho sorprendente de que el contenido de aquellas manifestaciones no dejó de producirle cierta impresión. Lentamente, tras releer el escrito palabra por palabra sin pensar siquiera en sentarse, la dejó caer y la pasó a Ulrich, que había observado, no sin extrañeza, la excitación de su hermana.



## 30 - Ulrich y Agathe buscan un motivo *a posteriori*

**M**IENTRAS Ulrich leía, Agathe observaba con abatimiento su expresión. Con el rostro inclinado sobre la carta, la expresión de su hermano indicaba que no acababa de decidirse entre la burla, la preocupación o el desprecio. En aquel instante, un gran peso cayó sobre ella; era como si, desde todas partes, el aire se volviera opaco, adquiriendo una insoportable pesadez, tras haber reinado antes una deliciosa y poco natural ligereza: lo que había hecho con el testamento de su padre pesaba por primera vez sobre la conciencia de Agathe. Pero no bastaría con decir que ella calibraba de pronto hasta dónde llegaba su culpabilidad; lo que le ocurría era

que sentía esta medida real como algo aplicable a todo, también a su hermano, y sentía asimismo un indescriptible desengaño. Todo lo que había hecho le parecía incomprensible. Había hablado de matar a su marido, había falsificado un testamento y se había unido a su hermano sin preguntarle si no alteraba su manera de vivir: lo había hecho todo en un estado de quimérica embriaguez. Y en este momento se sentía especialmente avergonzada por el hecho de no haber tenido la idea más natural e inmediata: cualquier mujer que se libra de un hombre a quien no ama busca otro mejor o se desagravia mediante una empresa distinta, pero no menos natural. El propio Ulrich había aludido a ello con frecuencia, pero ella jamás le había hecho caso. Y ahora estaba allí, a la expectativa, y no sabía lo que iba a decir su hermano. Su propio comportamiento le parecía atribuible a una persona que no estuviera en sus cabales, hasta el punto de dar

la razón a Hagauer, el cual, a su modo, le mostraba lo que ella era; y su carta en manos de Ulrich la ponía en un estado de turbación semejante al de un hombre que, siendo objeto de una acusación, recibiera además una carta de su antiguo maestro en la que éste le asegurara su desprecio. Naturalmente, jamás admitió que Hagauer ejerciera influencia alguna sobre ella; sin embargo, era como si él pudiese decirle: “**M**e he engañado contigo!”, o bien: “**P**or desgracia, nunca me he engañado respecto a ti, y siempre he tenido la sensación de **q**ue acabarías mal!” En la necesidad de sacudirse tan ridícula y lamentable impresión, interrumpió a Ulrich, que seguía con la lectura de la carta y que parecía como si no tuviera que acabar nunca, y lo hizo con estas impacientes palabras:

-Me describe a la perfección.

Soltó esta frase con aparente indiferencia, pero con la firmeza de una provocación

que acusa claramente el deseo de oír lo contrario.

-Y aunque no lo exprese, hay algo evidente: o no estaba en mis cabales cuando me casé con él sin ningún motivo de peso, o no lo estoy ahora, al abandonarlo con motivos igualmente inconsistentes.

Ulrich, que en aquel instante estaba leyendo por tercera vez los pasajes que hacían de su imaginación un testimonio involuntario de las íntimas relaciones con Hagauer, respondió distraído unas palabras incomprensibles.

-Escucha lo que te digo! -le pidió Agathe-. ¿Soy una mujer de mi tiempo, económica o intelectualmente activa? No. ¿Soy una mujer enamorada? Tampoco. ¿Soy la madre y la compañera buena, equilibradora, simplificadora, capaz de formar un nido? En absoluto. ¿Qué es lo que queda? ¿Por qué estoy en el mundo? La sociedad en que nos movemos (puedo decírtelo en

seguida) me resulta en el fondo completamente indiferente. E incluso creo que podría prescindir perfectamente de la música, la literatura y el arte que hacen las delicias de los círculos ilustrados. A Hagauer, por ejemplo, no le ocurre lo mismo. Hagauer lo necesita, aunque sólo sea para sus citas y referencias. Él no deja nunca de poseer el elemento reconfortante y ordenador de una colección. ¿No tiene razón al reprocharme que no hago nada, que me cierro ante la “riqueza de lo bello y de lo moral”, y que sólo en el profesor Hagauer puedo encontrar comprensión e indulgencia?

Ulrich le devolvió el escrito y replicó con calma:

-Vamos a mirar las cosas de frente: para decirlo en pocas palabras tú has sido efectivamente una imbécil social. -Sonrió, pero en su tono se percibía la irritación que en él había dejado la lectura de aquella carta tan familiar.

Sin embargo, a Agathe no le gustó que su hermano le respondiera en aquellos términos. Aquella respuesta aumentaba su pesar. Entonces le preguntó a Ulrich en un tono tímidamente burlón:

-Si esto es así, ¿por qué insististe, sin decirme una palabra, para que me divorciara y perdiera a mi único protector?

-Puede que lo hiciera -respondió Ulrich esquivando el golpe- porque es maravillosamente fácil emplear un tono de firmeza viril en el trato con los demás. Yo golpeé la mesa con el puño y él dio otro puñetazo en la mesa; naturalmente, yo tuve que pegar después con doble fuerza; creo que éste fue el motivo de mi forma de actuar.

Hasta entonces, aunque su mal humor se lo hiciera imperceptible, Agathe se había alegrado mucho, casi con una alegría salvaje, de que su hermano, en secreto, hubiese hecho lo contrario de lo que había manifestado en los tiempos de sus frívolos juegos

fraternos. Porque el hecho de que él ofendiera a Hagauer no podía tener, en apariencia, más que un objeto, el de erigir tras ella un obstáculo que excluyera toda posibilidad de volver atrás. Ahora, sin embargo, en lugar de esta alegría oculta, sólo existía el vacío de lo perdido, y Agathe enmudeció.

-No debemos pasar por alto -prosiguió Ulrich- lo bien que Hagauer consigue entenderte mal, si puedo expresarlo así. Debes andarte con cuidado, porque, a su modo, sin recurrir a una oficina de detectives, reflexionando simplemente sobre las debilidades de tus relaciones con la humanidad, puede descubrir lo que hiciste con el testamento de papá. ¿Cómo te defenderemos entonces?

Por primera vez desde que estaban juntos, los dos hermanos llevaron su conversación a la estratagema, entre feliz y funesta, de Agathe contra Hagauer. Ella encogió los hombros con viveza e hizo un gesto indefinido de defensa.

-Naturalmente, Hagauer tiene razón - dijo Ulrich con suavidad y con insistencia, para dar que pensar a su hermana.

-No tiene razón! -le replicó ella agitada.

-Tiene razón en parte -intervino Ulrich conciliador-. En una situación tan peligrosa, debemos empezar por confesarnos con una claridad absoluta. Lo que tú has hecho, puede llevarnos a la cárcel a los dos. Agathe le miró con los ojos muy abiertos por el terror. En realidad, sabía todo aquello, pero jamás lo había oído expresar de una forma tan explícita.

Ulrich respondió con un gesto amistoso.

-Esto no es lo peor -continuó-. Pero lo que tú has hecho y la manera de hacerlo, ¿cómo podemos mantenerlo libre del reproche de que... -buscó una expresión que le dejara satisfecho y no la encontró-; bueno, digamos simplemente que es un poco como dice Hagauer ¿se trata realmente de algo que se inclina hacia el lado de la sombra, de



algunos fenómenos de insuficiencia, de unos defectos surgidos de la falta de algo? Hagauer representa la voz de todo el mundo, aunque las palabras suenen ridículas en su boca.

-Ahora vendrá lo de la pitillera -exclamó Agathe con un hilo de voz.

-Sí, ahora va a venir -respondió Ulrich impertérrito-. Debo decirte algo que ya lleva mucho tiempo agobiándome.

Agathe no quería dejarle hablar.

-¿No sería mejor que nos volviéramos atrás? -preguntó-. Puede que tuviera que hablar con él a las buenas y presentarle una excusa cualquiera.

-Es demasiado tarde. Podría usarlo como instrumento para obligarte a regresar con él -declaró Ulrich.

Agathe calló.

Ulrich empezó a hablar del estuche de cigarrillos que un hombre acomodado roba en un hotel. Tenía la teoría de que sólo

podían existir tres motivos para este at-entado contra una propiedad ajena: la necesidad, la profesión o, en el caso de que ninguno de estos motivos correspondiera, la disposición interna.

-Una vez, al hablar de ello, me dijiste que también se podía obrar por convicción -le dijo Agathe.

-Pues sí: por principio.

-No, no por principio!

-De eso se trata, justamente! -dijo Ulrich-. Cuando uno hace algo, la acción debe asociarse, por lo menos, con un convencimiento! No voy más allá! No hay nada que se haga “pura y simplemente”, tiene que existir una fundamentación, externa o interna. Posiblemente esto no sea fácil de distinguir, pero no vamos a filosofar sobre ello; me limito a decir que, cuando uno considera exacto algo totalmente infundado, o cuando surge una decisión como de la nada, entonces uno es

sospechoso de poseer una disposición enfermiza o defectuosa.

Con estas palabras, Ulrich había dicho posiblemente algo mucho peor de lo que quería; esto daba un nuevo giro a sus inquietudes.

-¿Esto es todo lo que tienes que decirme? -preguntó Agathe tranquila.

-No, no es todo -respondió exasperado Ulrich-; cuando no existen motivos, hay que buscar uno.

Ninguno de los dos tenía la menor duda sobre el lugar donde tenían que buscar tales motivos. Pero Ulrich deseaba otra cosa y, tras unos momentos de silencio, dijo pensativo:

-En el momento en que renuncias al acuerdo con los demás, dejas de saber por toda la eternidad lo que es bueno y lo que es malo. Si quieres ser buena, tienes que estar convencida de que el mundo es bueno. Pero no lo somos ni el uno ni el otro. Vivimos una

época en que la moral se halla en descomposición o en convulsión. Pero tenemos que conservarnos puros, por un mundo que aún puede venir!

-¿Tú crees que esta pureza puede tener alguna influencia en el hecho de que venga o no venga? -objetó Agathe.

-No, desgraciadamente no lo creo. Creo, a lo sumo, que si tampoco los hombres que lo comprenden actúan correctamente, entonces es indudable que no vendrá, y la decadencia será inevitable.

-¿Y qué beneficio vas a sacar de que las cosas sean o no sean distintas dentro de quinientos años?

Ulrich vaciló.

-Yo cumplo con mi deber, ¿entiendes? Posiblemente como lo cumple un soldado.

Era muy probable que, en aquella mañana desgraciada, Agathe tuviese necesidad de un consuelo distinto y más dulce que el que Ulrich le daba. Respondió:

-¿O como lo cumple, en definitiva, tu general?

Ulrich calló.

Agathe no estaba dispuesta a detenerse.

-Lo cierto es que no estás muy seguro de cuál es tu deber -prosiguió-. Lo cumples porque eres así, y porque tienes ganas de cumplirlo. Tampoco yo he actuado de otra manera!

Perdió de repente el dominio de sí misma. Había algo que resultaba enormemente triste. Súbitamente, los ojos se le llenaron de lágrimas y un violento sollozo le anudó la garganta. Para ocultarlo y no ofrecerlo a los ojos de su hermano, le tendió los brazos al cuello y escondió el rostro en hombro. Ulrich se dio cuenta de que estaba llorando y de que le temblaba la espalda. Le invadió una molesta turbación: sintió que se estaba quedando frío. Los muchos sentimientos tiernos y dichosos que creía poseer hacia su hermana, no existían en aquel

momento que debía ser conmovedor para él; tenía la sensibilidad embotada y no se ponía en funcionamiento. Acarició a Agathe y le susurró una palabra de consuelo, pero lo hizo a regañadientes. La mutua excitación intelectual no se produjo; de ahí que el contacto de ambos cuerpos le pareciera a Ulrich el de dos estropajos. Puso fin a dicho contacto llevando a Agathe a una silla, mientras él quedaba a unos pasos de ella, sentado en otra silla. Respondió a las objeciones de su hermana con estas palabras:

- ¡La verdad es que la historia del testamento no te satisface en absoluto! ¡Ni lo hará, porque fue algo contrario al orden!

-¿Orden? -exclamó Agathe entre lágrimas-, ¿Deber?

En realidad estaba desconcertada por el frío comportamiento de Ulrich. Pero volvió a sonreír. Comprendió que tenía que arreglárselas sola. Tuvo la sensación de que la sonrisa que consiguió articular flotaba a mucha

distancia de sus labios yertos. En cambio, Ulrich se sentía ahora libre de su turbación, e incluso le pareció hermoso que no se hubiese producido en él la turbación física habitual; vio con claridad que también aquello tenía que ser distinto entre ambos. Sin embargo, no tuvo tiempo de pensar en ello, porque vio que Agathe estaba muy afectada; por ello se decidió a hablar.

-No te ofendas por las palabras que he empleado -suplicó- y no me las tomes a mal. Probablemente no tengo razón al elegir palabras como orden y deber; suenan a sermón. Pero, ¿por qué -se interrumpió inmediatamente-, por qué diablos tienen que ser odiosos los sermones? ¿Tendrían que ser nuestra suprema felicidad!

Agathe no tenía los menores deseos de contestar.

Ulrich se desvió de la cuestión.

-¡No creas que desee jugar a hacerme el justo contigo! -le pidió-. No quise decir que

yo no haga nada malo. Pero no me gusta tener que hacerlo en secreto. Me gustan los bandidos de la moral, no los ladrones. Lo que quisiera es hacer de ti un bandido de la moral -bromeó- ☒ no tolero que peques por debilidad!

-☒o tengo ningún punto de vista de honor en este aspecto! -dijo su hermana detrás de la sonrisa, muy alejada de su rostro.

-☒s terriblemente divertido que exista una época como la nuestra, en la que todos los jóvenes simpatizan con el mal! -le dijo sonriendo, para apartar la conversación de lo personal-. Esta preferencia actual por lo moralmente repulsivo es naturalmente una debilidad. Puede que se trate de una saturación burguesa de bondad; del hecho de haber bebido el cáliz de la bondad hasta las heces. Al principio, yo mismo pensaba que había que decir a todo que no; y así pensaban todos los que hoy oscilan entre los veinticinco y los cuarenta y cinco años; pero



no fue más que una especie de moda: ahora puedo imaginar que va a producirse muy pronto el cambio total, y que va a venir una juventud que, en lugar de la inmoralidad, esgrimirá de nuevo la moralidad. Los viejos años que jamás han sabido lo que tiene de excitante la moral y que sólo han sido capaces de producir unos lugares comunes morales cuando la ocasión lo exigía, se convertirán de pronto en precursores y pioneros de un carácter nuevo.

Ulrich se había levantado y paseaba inquieto.

-Incluso se podría decir -propuso- que lo bueno es un lugar común casi por su misma naturaleza, y que lo malo será siempre una crítica! Lo inmoral adquiere su derecho de ciudadanía actuando como una crítica radical e implacable de lo moral! Nos demuestra que la vida funciona también de otra forma. Se dedica a desmentir. Y nosotros se lo agradecemos con cierta

indulgencia! El hecho de que existan falsificadores de documentos que son indudablemente encantadores debería demostrar que algo no marcha en el concepto de que la propiedad es algo intocable. Puede que esto no necesite demostración; pero es entonces cuando empieza el trabajo: porque tenemos que considerar la posibilidad de que existan criminales dignos de disculpa para cualquier crimen, incluido el infanticidio o cualquier otra crueldad...

En vano intentó atrapar una mirada de Agathe, a pesar de haberla incitado con la mención del testamento. Ella hacía ahora un gesto involuntario de defensa: no era un teórico y sólo podía parecerle disculpable su propio delito; la comparación de su hermano no hizo más que volver a ofenderla.

Ulrich rió:

-Parece un juego, pero tiene su significación -aseguró- el hecho de que podamos hacer tales malabarismos;

demuestra que algo no funciona en la valoración de nuestros actos. Y es cierto que algo no funciona: en una sociedad de falsificadores de testamentos, es indudable que tú misma defenderías la inviolabilidad de las prescripciones jurídicas; tan sólo en una sociedad de personas justas se diluyen y se invierten estas cosas.

Y si Hagauer fuese un bribón, tu acto sería fervorosamente justo; ~~es~~ casi una lástima que sea una persona decente! Así juegan con nosotros lanzándonos de un lado para otro como pelotas. Esperó una respuesta, que no llegó; entonces se encogió de hombros y repitió:

-Estamos buscando una razón que sirva para ti. Hemos comprobado que las personas honestas sienten placer por el delito, aunque sólo lo sienten en su fantasía. Debemos añadir que, por contra, si oímos hablar a los criminales, veremos que casi sin excepción pretenden pasar por gente honrada. Por

consiguiente, casi podríamos dar una definición: los crímenes son la fusión, en los señores que pecan, de todo lo que el resto de la gente deja pasar en forma de pequeñas irregularidades. Es decir: en la fantasía y en las mil pillerías cotidianas que se piensan. También podríamos decir que los crímenes flotan en el aire y buscan simplemente la zona de menor resistencia para meterse en determinadas personas. E incluso podríamos decir que, aunque son sin duda actos de individuos moralmente incapaces, también son, fundamentalmente, la expresión condensada de un error general humano en la distinción entre el bien y el mal. Esto es lo que, ya desde la juventud, nos inspiró la crítica que nuestros contemporáneos no consiguieron superar.

-Pero, ¿qué es entonces el bien y el mal?  
-adujo Agathe sin que Ulrich notara hasta qué punto la atormentaba con su imparcialidad. -Pues no lo sé -respondió él

riendo-. Ahora me doy cuenta por primera vez de que aborrezco el mal. Nunca lo había sabido hasta ese punto. □Ah, Agathe, tú no tienes idea de lo que es -se lamentó pensativo- la ciencia, por ejemplo! Para decirlo en pocas palabras: a un matemático no le parece peor “menos cinco” que “más cinco”. Un investigador no debe sentir repugnancia ante nada, y un caso de cáncer bonito le dará más placer, en determinadas circunstancias, que una mujer bonita. Un científico sabe que nada es verdad y que la verdad completa sólo se halla al fin de los días. La ciencia es amor-al. Toda esta extraordinaria penetración en lo desconocido nos quita el hábito de ocuparnos personalmente con nuestra conciencia, y ni siquiera nos concede la satisfacción de tomar en serio esta ocupación. ¿Y el arte? ¿No significa siempre la creación de imágenes que no coinciden con la vida? No hablo del falso idealismo o de la superabundancia del desnudo en épocas en que la gente va

vestida hasta la punta de la nariz -volvió a bromear-. Pero, piensa en una verdadera obra de arte; ¿nunca has tenido la sensación de que en ella hay algo que te recuerda el olor a quemado que despiden un cuchillo al afilarlo contra una piedra? Es un olor divertido, meteórico, tempestuoso, celestialmente inquietante!

Fue éste el único momento en que Agathe le interrumpió por propio impulso.

-¿No escribiste poemas, en otro tiempo? -le preguntó.

-¿Aún lo recuerdas? ¿Cuándo te lo confesé? -preguntó Ulrich-, Sí, todos hacemos poemas un día u otro. Los he hecho incluso siendo matemático -admitió-. Pero a medida que yo me hacía mayor, los poemas se volvían peores; y pienso no tanto en una falta de talento como en una creciente aversión a lo romántico desordenado y bohemio de estas desviaciones sentimentales...

Su hermana se limitó a menear la cabeza ligeramente; pero Ulrich lo notó.

-Claro que sí! -insistió-. Un poema no debe limitarse a ser un estado de excepción, como tampoco es un acto de bondad! Pero veamos, ¿adónde va a parar, si puedo preguntarlo, el momento de exaltación en el momento que sigue a esta exaltación? Te gustan los poemas, ya lo sé; pero lo que quiero decir es que uno no puede limitarse a tener ese olor a quemado en el olfato hasta que desaparece. Esta actitud parcial e incompleta es exactamente el paralelo de la que, en la moral, se agota en una crítica a medio formular.

Y de pronto, volviendo al tema principal, le dijo a su hermana:

-Si en este asunto de Hagauer me comportara como tú esperas hoy de mí, tendría que mostrarme escéptico, indolente e irónico. Los niños, seguramente muy virtuosos, que tú y yo podemos tener aún, dirán probablemente de nosotros que hemos

vivido en una época burguesa muy segura, una época que no tuvo preocupaciones o, a lo sumo, las tuvo muy superfluas. ¶ resulta que nosotros, con nuestra convicción, nos hemos tomado tanto trabajo...!

Probablemente Ulrich quería decir otras muchas cosas; de hecho, se estaba reservando la jugada que tenía preparada para su hermana, y hubiera hecho mejor revelándosela. Porque de pronto ella se levantó y, con un pretexto fútil, se dispuso a salir.

-¿Quedarnos, pues, en que soy una imbecil moral? -preguntó en un forzado intento de bromear-. No acepto todo lo que digas en contra.

-¶os dos somos unos imbeciles morales! -aseguró cortésmente Ulrich-. ¶os dos!

Y quedó un poco desazonado por la prisa con que su hermana le dejó sin decirle cuándo regresaría.



## **31 - Agathe va a suicidarse y hace una amistad masculina**

**E**N realidad, Agathe había huido porque no quería ofrecer otra vez a su hermano la visión de las lágrimas que apenas lograba contener. Estaba tan triste como una persona que lo ha perdido todo. No sabía por qué. La cosa se produjo mientras hablaba con Ulrich. Y tampoco sabía por qué. Su hermano debería haber hecho algo distinto en lugar de hablar. No sabía qué. Sin duda tenía razón al no tomar en serio la “estúpida coincidencia” de la excitación de Agathe con la carta, y al seguir hablando como lo hacía siempre, Pero ella no tuvo más remedio que huir.

Al principio no tuvo otra necesidad que la de correr. Salió corriendo a ciegas de su casa. Si las arterias urbanas la obligaban a cambiar de rumbo, ella mantenía su dirección. Huía; del mismo modo que las personas y los animales escapan de una catástrofe. No se preguntaba por qué. Sólo cuando se cansó, vio con claridad lo que se proponía: **no regresar!**

Quería andar hasta la noche. Alejarse de casa a cada paso. Suponía que cuando se detuviera, al caer la noche, su decisión habría madurado. Era la decisión de matarse. En realidad no era la decisión de matarse, sino la esperanza de que por la noche se habría cumplido. Había un remolino y un impulso en su cabeza, tras esta esperanza. Ni siquiera llevaba nada encima para matarse. Su pequeña cápsula de veneno estaba en algún cajón o en una maleta. Lo único que estaba decidido respecto a su muerte era la decisión de no volver. Quería huir de la vida. Por ello

andaba. Era como si, a cada paso, fuese saliendo de la vida.

Con el cansancio, le vino la nostalgia de los prados y de los bosques, de andar en silencio y al aire libre. Pero para ello necesitaba tomar un vehículo. Tomó un tranvía. La habían educado para contener sus emociones ante personas extrañas. De ahí que, al sacar el billete y al pedir una información sobre el trayecto, su voz no delató la menor excitación. Se sentó y permaneció quieta y erguida, sin mover un dedo. Y mientras permanecía en esta posición, le vinieron los pensamientos. De hecho, habría sido mucho mejor para ella poder desahogarse; con los miembros inmovilizados, los pensamientos como grandes bultos que ella intentara hacer pasar inútilmente por una abertura. Le había caído muy mal lo que le dijo Ulrich. No quería tomarlo a mal. Se negó a sí misma el derecho a ello. ¿Qué le había dado ella? Le quitaba su tiempo sin darle nada a cambio; le

distraía de su trabajo y alteraba sus costumbres. Al pensar en las costumbres de su hermano, tuvo una dolorosa sensación. Mientras estuvo en la casa, ninguna otra mujer puso, al parecer, los pies en ella. Agathe estaba convencida de que su hermano necesitaba poseer siempre una mujer. Así pues, tenía que contenerse por causa de ella. Y como no podía ofrecerle ninguna compensación, era mala y egoísta. En aquel instante, con gusto habría vuelto atrás y le habría pedido perdón tiernamente. Pero nuevamente recordó la frialdad con que la había tratado. Era evidente que su hermano lamentaba haberla llevado con él. ¡Cuántas cosas no había proyectado y dicho antes de hartarse de ella! Pero ahora ya no hablaba de esas cosas. La gran desilusión que le trajo la carta volvió a atormentar el corazón de Agathe. Estaba celosa. Lo estaba de un modo vulgar e insensato.

Hubiera querido imponerse a su hermano y sentía la apasionada e impotente amistad de la persona que se opone a que la rechacen. “¡Por él sería capaz de robar o de lanzarme al arroyo!”, pensó, y se dio cuenta de que aquello era ridículo, aunque no podía hacer otra cosa. Las conversaciones de Ulrich, con sus bromas y su superioridad aparentemente imparcial, tenían sobre todo aquello el efecto de un escarnio. Ella admiraba aquella superioridad y todas las necesidades intelectuales superiores a las suyas. Pero no veía por qué todas las ideas tenían que ser inmediatamente válidas para todo el mundo! En su vergüenza, exigía que la consolaran personalmente y no que la ilustraran de un modo general! No quería ser valiente! Y tras unos instantes, se acusó a sí misma de serlo, y aumentó su dolor al figurarse que no merecía nada mejor que la indiferencia de Ulrich.

Este rebajarse a sí misma, una actitud a la que no daban pie de un modo suficiente ni el comportamiento de Ulrich ni la lamentable carta de Hagauer, era una explosión temperamental. Todo lo que hasta entonces - en el período no muy largo que la separaba de su infancia- había sentido Agathe como un fracaso ante las exigencias de la vida en común, fue provocado por el hecho de haberse pasado todo ese tiempo pensando que vivía sin -e incluso contra- sus más íntimas inclinaciones. Eran inclinaciones a la abnegación y a la confianza, porque jamás se había acomodado a la soledad como su hermano; no obstante, si hasta entonces le había sido imposible entregarse a una persona o a una cosa con toda el alma, era porque llevaba en su interior la posibilidad de una entrega más total, una entrega que quería tener por objeto al mundo o al mismo Dios. Es bien sabido que la entrega a toda la humanidad parte del hecho de no llevarse bien con el

propio vecino, y asimismo puede nacer un oculto e íntimo deseo de Dios a partir de la existencia de un gran amor en un ejemplar asocial. En este sentido, el criminal religioso no supone un absurdo mayor que la religión en una persona ya mayor, que no ha encontrado su pareja. La conducta de Agathe respecto a Hagauer, en su forma disparatada de proceder egoísta, era tanto el estallido de una voluntad impaciente como la violencia con que se acusaba de haber sido despertada a la vida por su hermano, y de perderla inmediatamente por culpa de su propia debilidad.

No podía resistir más en el tranvía que la transportaba cómodamente. Cuando, a ambos lados de la ruta, las casas empezaron a volverse más bajas y de aspecto rural, saltó del vehículo e hizo el resto del camino a pie; Los patios delanteros estaban abiertos; a través de los portales y por encima de tapias bajas, se veían artesanos, animales y niños

jugando. El aire estaba lleno de una paz en cuya vastedad sonaban voces y ruidos de herramientas. Con los movimientos irregulares y suaves de una mariposa, estos sonidos se agitaban en el aire, mientras Agathe, como una sombra, sentía que se deslizaba entre todo aquello hacia el refugio más elevado de las viñas y los bosques. Se detuvo una vez; se hallaba ante un patio donde trabajaban unos toneleros y oyó el benigno sonido de los martillos sobre la madera. Toda su vida le había gustado contemplar estos sanos trabajos y había sentido un gran placer viendo la obra modesta, pero bien pensada y llena de sentido, de las manos humanas. Tampoco esta vez se cansaba del ritmo acompasado de los mozos, de los movimientos de los hombres que se afanaban en torno a su trabajo. Aquello le hizo olvidar durante unos momentos sus penas y la sumió en una agradable y vacía comunión con el mundo. Siempre sintió



admiración hacia las personas que podían hacer unas cosas nacidas de unas necesidades tan diversas y naturales, reconocidas por todo el mundo. En cambio, ella misma no podía ser activa, aunque no dejaba de poseer dotes intelectuales y prácticas. La vida, sin ella, era completa. Y de pronto, antes de darse cuenta de la relación, oyó sonar unas campanas y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no volver a llorar. La pequeña iglesia del suburbio había hecho sonar probablemente sus dos campanas durante todo ese tiempo, pero Agathe no se dio cuenta hasta entonces, y en aquel mismo instante se sintió dominada por la sensación de que aquellos sonidos sin finalidad, excluidos de la buena tierra pletórica de energías y que volaban por los aires, estaban emparentados extraordinariamente con su propia existencia.

Reemprendió a toda prisa su camino y, acompañada por los sonos que ya no la

abandonaban, pasó rauda entre las últimas casas y salió a las colinas, cuyas márgenes, en su parte inferior, estaban cubiertas de viñedos y de arbustos aislados al borde de los senderos, mientras que en la parte alta se movía el bosque de color verde claro, como haciendo signos. Ahora sabía ya adonde tenía que ir, y aquello le proporcionaba una hermosa sensación, como si a cada paso se sumergiera cada vez más en la naturaleza. Su corazón latía por el encanto y por el esfuerzo, cuando se detenía de vez en cuando y se cercioraba de que las campanas seguían acompañándola, aunque sonaban como escondidas a gran altura, en el aire, y apenas audibles. Le pareció que jamás había oído sonar de aquel modo las campanas, en pleno día, sin ningún pretexto solemne o especial, mezcladas democráticamente con los trabajos naturales, conscientes de su propia necesidad. Pero de todas las lenguas de la ciudad de mil voces, aquélla era la última que le hablaba, y

en ello había algo que la arrastraba, como si quisiera elevarla y llevarla a la cima de la montaña; pero luego volvía a abandonarla y se perdía en un pequeño sonido metálico, que no aventajaba a los restantes silbidos, murmullos y zumbidos procedentes del campo. Llevaba aproximadamente una hora subiendo, cuando Agathe se encontró de pronto ante la pequeña zona de setos que había conservado en la memoria. Estaba alrededor de una tumba abandonada al borde del bosque, donde se había matado un poeta casi cien años atrás, siendo enterrado allí mismo de acuerdo con su último deseo. Ulrich había dicho que no era un buen poeta, a pesar de ser famoso, y la poesía evidentemente miope que se expresa en el deseo de ser enterrado ante una buena vista, había encontrado en Ulrich un crítico implacable. Pero a Agathe le gustaba la inscripción de la gran losa, tras haber descifrado juntos, durante un paseo, las letras de estilo

Biedermeier, medio borradas por la lluvia, y ella se inclinó sobre las grandes cadenas negras, de eslabones angulosos, que protegían contra la vida aquel cuadrilátero de la muerte.

“No he sido nada vuestro”, había ordenado poner en la tumba el insatisfecho poeta, y Agathe pensó que aquello podía afirmarse de ella misma. Aquella idea, al borde de un púlpito silvestre, sobre los viñedos verdeantes y la ciudad extraña e inabarcable que elevaba lentamente sus columnas de humo en el cielo matinal, volvió a conmoverla. Se arrodilló de pronto y apoyó la frente contra uno de los pilares de piedra que sostenían las cadenas; la posición poco habitual y el frío contacto de la piedra le dieron la ilusión de la paz rígida y sin voluntad de la muerte. Intentó contenerse. Pero no lo consiguió. Cantos de pájaros penetraron en su oído; los había tan diversos, que quedó asombrada; las ramas de los árboles se movían, y como

no notaba que hiciera viento, se le antojó que eran los mismos árboles los que movían su ramaje; en medio de un silencio súbito, pudo percibir un ligero trote; la piedra que tocaba en su actitud de descenso era tan fría, que tuvo la sensación de que entre ella y su frente había un pedazo de hielo que les impedía el contacto directo. Sólo tras unos momentos supo que, en las cosas que rechazaba, se expresaba precisamente lo que quería imaginar, el sentimiento fundamental de su superfluidad; aquello que, para definirlo de la manera más escueta, sólo podía expresarse con estas palabras: la vida era completa sin su persona; ella no tenía nada que buscar ni que organizar en la vida. Esta tremenda sensación no era, en el fondo, ni desesperada ni ofendida, era simplemente una forma de ver y oír que Agathe había conocido siempre, sólo que le faltaba todo impulso e incluso toda posibilidad de intervenir en ella. En esta exclusión había casi un estado de

recogimiento, del mismo modo que existe un asombro que olvida toda pregunta. Podía marcharse tranquilamente. ¿Adonde? Tenía que existir un “adónde” cualquiera. Agathe no era una de aquellas personas en las que la idea firme de la insignificancia de todas las imaginaciones consigue producir una especie de complacencia equivalente a una contención guerrera o alevosa, con la que se hace frente a un destino poco satisfactorio. Era generosa y cándida en estas cuestiones; no era como Ulrich, que ponía a sus sentimientos las mayores dificultades imaginables, con el fin de prohibírselos cuando no pasaban la prueba. ¶Ella era realmente estúpida! Sí, era esto lo que se decía a sí misma. ¶No quería reflexionar! De un modo porfiado, seguía apretando la frente inclinada contra las cadenas de hierro, que cedían un poco y luego le imponían una resistencia tensa. Durante las últimas semanas había empezado a creer otra vez en Dios, pero sin pensar en Él.

Ciertos estados, en los que el mundo se le presentaba siempre distinto a lo que aparentaba, y de tal suerte que ella misma no vivía ya excluida, sino en una convicción radiante, habían desembocado, a causa de Ulrich, en una metamorfosis interna y en una transformación casi total. Se habría sentido dispuesta a imaginar un Dios que abría su mundo como un escondrijo. Pero Ulrich decía que aquello no era necesario, y que más bien resultaba perjudicial imaginar más de lo que podía uno experimentar. Y era cosa de su hermano decidir algo semejante. Pero entonces tenía que guiarla también a ella, y no abandonarla. Él era el umbral entre dos vidas, y toda la nostalgia que ella sentía hacia una de aquellas dos vidas, y la huida de la otra, conducían antes que nada a su hermano. Lo amaba de un modo tan desvergonzado como se ama a la vida. Ulrich se despertaba todas las mañanas en todos los miembros de Agathe, cuando ésta abría los

ojos. Y ahora mismo la estaba mirando desde el espejo oscuro de la pena que ella sentía: y fue precisamente entonces cuando Agathe recordó nuevamente que quería matarse. Tenía la sensación de que había salido de casa para contrariarle a él y para ir hacia Dios, cuando la abandonó con el propósito de matarse. Pero el propósito se había extinguido y había vuelto a hundirse en sus orígenes, en el hecho de que Ulrich la había ofendido. Estaba enfadada con él, y esta sensación persistía; pero los pájaros cantaban, y ella volvió a oírlos. Se sentía tan confusa como antes, pero con una especie de confusión alegre. Quería hacer algo, cualquier cosa, pero tenía que ser algo que afectara a Ulrich y no a ella sola. La infinita paralización que la hizo caer de rodillas cedió el paso al calor de la sangre que, llena de vida, le corría por todos los miembros mientras volvía a ponerse en pie.



Cuando levantó la vista, había un señor junto a ella. Se sintió molesta, porque no sabía cuánto tiempo llevaba mirándola. Cuando la mirada de Agathe, oscurecida aún por las emociones, se deslizó hacia los ojos del desconocido, se dio cuenta de que éste la había estado contemplando con sincera simpatía y de que, al parecer, intentaba inspirarle una efusiva confianza.

Era un señor alto y delgado, llevaba un traje oscuro y una corta barba rubia le cubría el mentón y las mejillas. Bajo aquella barba se podían adivinar unos labios suaves y ligeramente salientes, que formaban un curioso contraste juvenil con los pelos grises que se repartían a mechones entre el pelo rubio, como si el paso del tiempo los hubiese olvidado. Aquel rostro no era fácil de descifrar. La primera impresión sugería un maestro de enseñanza media; la severidad de aquel rostro no era como tallada en madera dura; más bien poseía algo de suave, que se

hubiese endurecido con las pequeñas molestias y disgustos de cada día. Con todo, si se prescindía de dicha suavidad, en la que la barba viril parecía como plantada con el fin de poner un elemento de equilibrio en el rostro -equilibrio aprobado por su propietario- se veía que en aquel fondo originariamente un poco femenino había detalles duros, casi ascéticos de la forma, creados en el blando material por una voluntad infatigablemente activa.

Agathe no sabía qué pensar de aquella aparición; también en ella se equilibraban la aversión y la atracción. Lo que sí comprendió era que aquel hombre quería ayudarla.

-La vida ofrece tantas ocasiones para fortalecer la voluntad como para debilitarla; no hay que huir nunca de las dificultades, sino que debemos intentar superarlas -dijo el desconocido, y para ver mejor se rompió los cristales de las gafas, que se le habían empañado. Agathe le miró con asombro. Al

parecer, llevaba bastante rato observándola, porque sus palabras venían de una conversación interior ya iniciada. Entonces se asustó y se quitó el sombrero, intentando aprovechar aquel momento para hacer una acción que no es correcto olvidar; pero en seguida volvió a recuperarse y continuó.

-Perdone que le pregunte si puedo ayudarla -dijo-. Me parece que un dolor, y a menudo una conmoción realmente tan profunda del "yo" como la que veo aquí, es más fácil de confiar a un desconocido que a cualquier otra persona.

Se notaba que el forastero no hablaba sin esfuerzo; parecía haber cumplido un deber caritativo dirigiéndose a aquella hermosa mujer, y ahora que ya andaban el uno junto al otro, el hombre luchaba con las palabras. Porque Agathe se había limitado a levantarse y a alejarse lentamente de la tumba en compañía del desconocido; salieron de los árboles hacia el aire libre, hasta el borde de las

colinas, sin decidirse a escoger alguno de los senderos que conducían al fondo del valle. Lo que hicieron fue andar un buen trecho, conversando, a lo largo de la cresta; luego se volvieron y rehicieron el camino; ninguno de los dos sabía adonde quería dirigirse el otro, y habría deseado tenerlo en cuenta.

-¿No quiere usted decirme por qué lloraba? -repitió el desconocido con la voz dulce del médico que pregunta dónde nos duele. Agathe meneó la cabeza.

-No me resulta fácil explicárselo -dijo, y le preguntó de pronto-: Pero contéstele usted otra pregunta: ¿Qué le da a usted la certidumbre de que puede ayudarme, si no me conoce? **M**ás bien me inclino a creer que no se puede ayudar a nadie!

Su acompañante no respondió inmediatamente. Varias veces se dispuso a decir algo, pero parecía que se obligaba a esperar. Finalmente dijo:

-Probablemente sólo se puede ayudar a una persona cuyo sufrimiento haya experimentado uno mismo. Calló.

Agathe se rió al pensar que aquel hombre pudiera haber tenido sus mismas penas, unas penas que tendrían que repugnarle si las conociera. Su compañero pareció pasar por alto aquella risa o considerarla una inconveniencia propia de los nervios. Reflexionó y dijo con calma:

-Naturalmente, no pretendo que se pueda pensar en la posibilidad de mostrar a alguien cómo debe hacerlo. Pero vea usted: en una catástrofe, el miedo es contagioso, y... también lo es la circunstancia de haber salido de ella. Me refiero al simple hecho de escapar, como en un incendio. Todo el mundo pierde la cabeza y todos corren entre las llamas. ¿Qué enorme ayuda, si una sola persona, desde afuera, les hace una señal, nada más que una señal, gritándoles en palabras ininteligibles que existe una salida...!

Agathe estuvo a punto de volver a reírse ante las tremendas ideas que escondía en su interior aquel hombre tan bondadoso; pero precisamente porque no armonizaban con él, daban a su rostro como de cera húmeda un aspecto casi inquietante.

-¡Habla usted como un bombero! -respondió Agathe, imitando intencionadamente la frivolidad y la superficialidad de una dama, para esconder su curiosidad-. Pero usted se habrá hecho sin duda alguna idea sobre la catástrofe en la que me encuentro.

Sin que ella lo quisiera, se imponía la seriedad de la burla; porque la idea pura y simple de que aquel hombre quería ayudarla, la irritaba a causa de la gratitud, no menos pura y simple, que sentía nacer en ella. El desconocido la miraba con asombro, luego se concentró, y contestó, casi en un tono de reprensión:

-Probablemente es usted demasiado joven para saber que nuestra vida es muy simple. Sólo resulta irremediabilmente intrincada cuando uno piensa en sí mismo; ¶pero en el momento en que no pensamos en nosotros mismos, sino que nos preguntamos cómo ayudar a otro, se simplifica mucho!

Agathe calló y meditó. Y fuese por su silencio o por la amplitud estimulante en que sus palabras tomaban el vuelo, el desconocido continuó hablando sin mirarla:

-La exageración de lo personal es una superstición moderna. Hoy se habla mucho de la cultura de la personalidad, de vivir la vida y de afirmarla. ¶Pero con estas palabras confusas y equívocas, sus prosélitos sólo revelan que necesitan la niebla para ocultar el verdadero sentido de su revuelta! ¿Qué es lo que hay que afirmar? ¿Hay que afirmarlo todo y hacerlo sin orden ni concierto? La evolución va siempre unida a una presión en contra, ha dicho un pensador americano. No

podemos desarrollar una faceta de nuestra naturaleza sin detener el crecimiento de las demás. ¿Y qué es lo que hay que vivir de la vida? ¿Lo espiritual o lo instintivo? ¿Los caprichos o el carácter? ¿El egoísmo o el amor? Si lo que tiene que vivir hasta el fin es nuestra naturaleza superior, entonces nuestra naturaleza inferior debe aprender a renunciar y a obedecer.

Agathe se pregunta por qué tenía que ser más sencillo preocuparse de los demás que de uno mismo. Era una de aquellas naturalezas que nada tienen de egoístas, que sin duda piensan siempre en sí mismas, pero no para cuidarse, y esto está mucho más lejos del egoísmo habitual, preocupado por obtener ventajas, que el satisfecho desinterés de los que se preocupan por sus semejantes. De ahí que lo que le decía su acompañante le resultara radicalmente extraño, aunque no dejó de afectarla, y las palabras aisladas, esgrimidas con tanta energía, se movían ante



ella de un modo tranquilizador, como si su significado fuese, más que audible, visible en el aire. Sucedió luego que se pusieron a andar por el lindero de un bosque y se abrió ante Agathe una vista magnífica del profundo valle; en tanto que, para su acompañante, esta situación le sugería al parecer un púlpito o una cátedra. Ella se detuvo y, con su sombrero, que durante todo el tiempo llevaba negligentemente en la mano, trazó una raya en medio del discurso del desconocido.

-O sea que usted se ha hecho una imagen de mí - dijo-, y me parece adivinar que no es muy halagadora.

El señor alto se asustó, porque no había querido ofenderla, y Agathe le miro sonriente.

-Usted parece confundirme con el derecho a la libertad personal. ☒ además, de una personalidad un poco nerviosa y bastante desagradable!- afirmó

-Me he limitado a hablar de la condición fundamental de la vida personal- se disculpó él- y además, por la situación en la que la he encontrado a usted, he tenido la sensación de que podía ayudarla con un consejo. La condición fundamental de la vida está sometida en la actualidad a diversos malentendidos. Todo el nerviosismo moderno, con sus excesos, proviene únicamente de una atmósfera interior desmadejada, en la que falta la voluntad; porque sin un esfuerzo específico de la voluntad, nadie puede obtener la unidad y la continuidad que lo eleven por encima del caos del organismo.

De nuevo aparecieron dos palabras, unidad y continuidad, que eran como un recuerdo de la nostalgia de Agathe y de los reproches contra sí misma.

-Explíqueme usted lo que entiende por tales cosas- pidió- ¿Es cierto que sólo puede existir una voluntad cuando se tiene un objetivo?

-[No se trata de lo que yo entienda!- le dijo a Agathe en un tono de respuesta entre brusco y delicado- ¿No nos dicen acaso los grandes archivos de la humanidad, con una claridad insuperable, lo que tenemos y lo que no tenemos que hacer?

Agathe estaba perpleja.

-Para exponer unos ideales básicos de vida -la ilustró su acompañante- es preciso tener un conocimiento tan penetrante de la vida y de los hombres, y a la vez un desprecio tan heroico de las pasiones y del egoísmo, que sólo ha sido posible en unas pocas personalidades a lo largo de unos milenios. Y estos maestros de la humanidad han conocido en todos los tiempos la misma verdad.

Agathe se puso involuntariamente a la defensiva, como suele hacerlo cualquier persona que prefiere su carne y sangre jóvenes a los huesos de unos sabios muertos.

-Pero unas leyes humanas surgidas hace miles de años no pueden servir para las circunstancias actuales! -exclamó.

-No quedan tan lejanas como lo pretenden los escépticos, separados de la experiencia viva y del conocimiento de sí mismos! -replicó el ocasional compañero de Agathe con amarga satisfacción-. La verdad profunda de la vida no se transmite mediante el debate, así lo dijo ya Platón; el hombre la percibe como una interpretación viva y una realización de sí mismo! Créame, lo que hace al hombre verdaderamente libre y lo que le quita la libertad, lo que le da una verdadera beatitud y lo que la destruye es algo no sujeto al progreso; cualquier ser humano que viva con sinceridad lo sabe en el fondo de su corazón, sólo con prestarle oído.

Las palabras "interpretación viva" le gustaron a Agathe, pero le vino una idea inesperada:

-¿Es usted religioso? -preguntó.

Miró a su acompañante con curiosidad. Éste no contestó.

-¿No será usted un clérigo? -repitió Agathe, y se tranquilizó al pensar en su barba; porque el resto de su persona parecía capaz de darle semejante sorpresa. Hay que admitir que ella no se habría asombrado más, si su acompañante le hubiese soltado, en medio de la conversación y como de pasada: “Nuestro ilustre soberano, el Divino Augusto!” Agathe sabía perfectamente que la religión desempeñaba un gran papel en la política; pero uno está tan acostumbrado a no tomar en serio las ideas puestas al servicio de la opinión pública, que la suposición de que los partidos de la fe religiosa se componen de gente creyente puede resultar tan exagerada como la exigencia de que un secretario de correos sea filatélico.

Tras una pausa larga y en cierto modo vacilante, el desconocido replicó:

-Prefiero no contestar a su pregunta; está usted demasiado lejos de todas estas cosas.

Pero Agathe estaba poseída de una gran avidez.

-¡Deseo saber quién es usted! -pidió, y este deseo era realmente una de aquellas prerrogativas femeninas a las que difícilmente se puede oponer resistencia. En el desconocido se podía observar nuevamente la misma inseguridad, algo ridícula, de antes, al quitarse el sombrero para subrayar su anterior saludo; parecía como si en el brazo tuviera una comezón de descubrirse otra vez la cabeza; pero luego se produjo un movimiento de rigidez; un ejército de pensamientos parecía librar batalla con otro, y acabar vencíéndolo, en lugar de resolver como jugando un asunto tan fácil.

-Me llamo Lindner y soy profesor del gimnasio Franz-Ferdinand -dijo, y añadió

tras una pequeña reflexión-: También soy profesor de universidad.

-Entonces debe de conocer usted a mi hermano -preguntó Agathe contenta, y le dio el nombre de Ulrich-. Si no me equivoco, ha hablado hace poco de matemáticas y humanismo, o algo así, en la Sociedad Pedagógica.

-Lo conozco de nombre y..., ah, sí!, estuve en la conferencia -admitió Lindner.

A Agathe le pareció ver como un repudio en la respuesta; pero lo olvidó al atender a las palabras siguientes.

-¿Su padre fue el célebre jurista? -preguntó Lindner.

-Sí, ha muerto hace poco, y ahora vivo con mi hermano -dijo Agathe sin reservas-. ¿Por qué no viene un día a visitarnos?

-Por desgracia no tengo tiempo para la vida de sociedad -replicó Lindner con brusquedad y con los ojos bajos, en actitud insegura.

-Entonces espero que no se opondrá usted -prosiguió Agathe sin ocuparse de la resistencia de su interlocutor- a que venga a verle alguna vez:  $\square$ necesito consejo!

Él seguía tratándola de señorita.

-No soy señorita, sino señora -añadió ella- y me llamo Hagauer.

-O sea que usted es nada menos que la esposa del meritísimo pedagogo Hagauer. - Había iniciado la frase en una especie de embeleso y, al acabarla, lo refrenó en un tono vacilante. Porque Hagauer era dos cosas: era pedagogo, y era un pedagogo progresista; en realidad, Lindner era su adversario; pero, ¿no es reconfortante descubrir en la confusa niebla de una psique femenina que acaba de tener la imposible ocurrencia de visitar a un hombre en su casa, a un enemigo tan familiar? El paso de esta segunda sensación a la primera era lo que se reflejaba en el tono de su pregunta.



Agathe lo había notado. No sabía si debía decir a Lindner el estado de las relaciones con su esposo. Entre ella y este nuevo amigo, todo podía acabar inmediatamente si se lo decía; esta impresión se le impuso con toda claridad. Y le habría disgustado; precisamente porque Lindner despertaba sus ganas de burla con algunas de sus particularidades, le inspiraba confianza. La impresión, que su aspecto externo hacía aún más plausible, de que aquel hombre no parecía desear nada para él, la obligaba de un modo sorprendente a la sinceridad; esta impresión acallaba todo deseo, y la sinceridad aparecía por sí sola.

-¡Estoy a punto de divorciarme! -acabó confesando.

Siguió un silencio; Lindner producía una impresión de abatimiento. A Agathe le pareció tanto más lamentable. Finalmente, Lindner dijo con una sonrisa molesta:

-¡Imaginé algo así, cuando la he encontrado!

-¿O sea que es usted enemigo del divorcio? -exclamó Agathe, y dio rienda suelta a su irritación-. ¡Claro! ¡Tiene usted que serlo! ¡Pero sepa que esto es una actitud retrógrada por su parte!

-Al menos, puede no parecerme algo tan natural como se lo parece a usted -se defendió Lindner pensativo; se quitó las gafas, las limpió, volvió a ponérselas y contempló a Agathe.

-¡Creo que a usted le falta voluntad! -comprobó.

-¿Voluntad? ¡Tengo, al menos, la voluntad de divorciarme! -exclamó Agathe, y supo que su respuesta no era nada inteligente.

-No hay que entenderlo así -la censuró suavemente Lindner-. Puedo admitir gustoso que tenga usted razones de peso. Pero lo que pienso es otra cosa: la libertad de costumbre que hoy nos concedemos desemboca

siempre, en la práctica, en un signo de que el individuo se halla indisolublemente soldado a su “yo” y es incapaz de vivir y actuar en horizontes más amplios. Los señores poetas -añadió celoso, en un intento de bromear sobre el peregrinaje interior de Agathe, que en boca de Lindner adquiriría un aspecto realmente agrio-, unos señores que halagan la inteligencia de las jóvenes damas y ellas se lo pagan sobreestimándolos, lo tienen mucho más fácil que yo, porque yo le digo que el matrimonio es la institución de la responsabilidad y del dominio del hombre sobre sus pasiones. Sin embargo, antes de que un individuo se libere de los medios exteriores de protección que la humanidad, conociéndose perfectamente a sí misma, ha establecido contra su propia insuficiencia, habría que decir que el aislamiento y la ruptura de la obediencia a un conjunto superior son males peores que los desengaños del cuerpo, tan temidos por nosotros.

-Parece un código de guerra para arcángeles! -dijo Agathe-. Pero yo no veo que usted tenga razón. Le acompañaré un trecho. Tiene que explicarme cómo es posible pensar así. ¿Adónde va usted ahora?

-Tengo que ir a casa -contestó Lindner.

-¿Tendría su mujer algún inconveniente en que yo le acompañase a casa? Abajo, en la ciudad, podemos tomar un coche. Aún me queda tiempo.

-Viene a casa mi hijo, de la escuela -dijo Lindner con una dignidad en la que había una actitud de defensa-. Comemos siempre puntualmente; por esta razón tengo que estar en casa. Por lo demás, mi mujer murió de repente hace unos años -dijo corrigiendo la hipótesis equivocada de Agathe, y añadió, mirando el reloj, con molestia y temor:- Tengo que darme prisa!

-Entonces tendrá que explicarme todo esto en otra ocasión, es importante para mí! -dijo vivamente Agathe-. Si usted no quiere

venir a vernos, yo puedo pasarme por su casa.

Lindner hizo una aspiración, como si le faltara aire, pero no ocurrió nada. Finalmente dijo:

-Pero usted es una mujer! No puede visitarme!

-Claro que sí! -aseguró Agathe-. Ya verá como cualquier día me presento. Aún no sé cuándo. Nada malo va a ocurrir!

Así se despidió de él y eligió un camino distinto al suyo. "No tiene usted voluntad.", dijo a media voz, intentando imitar a Lindner; pero la palabra voluntad sonaba fresca y viva en la boca. A ella se asociaban sentimientos como el orgullo, la dureza, la confianza; una altiva tonalidad del corazón: aquel hombre le había hecho bien.

## 32 - El general lleva a Ulrich y a Clarisse al manicomio

**M**IENTRAS Ulrich se hallaba solo en casa, recibió una llamada del Ministerio de Guerra. Le preguntaban si podía hablarle personalmente el señor director de Cultura y Formación Militar, en el caso de que fuera a su casa al cabo de media hora; treinta y cinco minutos después, el tiro de caballos del general Von Stumm subía echando espuma por la pequeña rampa.

-¡Vaya lío! -le gritó el general a su amigo, el cual se dio cuenta en seguida de que esta vez faltaba el ordenanza con el pan del espíritu. El general llevaba puesta su guerrera e incluso había prendido en ella sus condecoraciones.

-¡En buen lío me has metido! -repitió-. Esta noche hay una gran reunión en casa de tu prima. Ni siquiera he podido tener una entrevista con mi jefe; y ahora me llega de pronto la noticia de que tenemos que ir al manicomio; ¡tenemos que estar allí antes de una hora!

-Pero, ¿por qué? -preguntó Ulrich con naturalidad-. Generalmente se espera un acuerdo por ambas partes.

-¡No me vengas con preguntas! -le suplicó el general-. ¡Será mejor que llames inmediatamente a tu amiga o prima o lo que sea, y le digas que pasaremos a recogerla!

Mientras Ulrich llamaba por teléfono al tendero al que solía acudir Clarisse para sus pequeñas compras, y esperaba a que ella se pusiera al aparato, se enteró de la desgracia de la que se quejaba el general. Para acceder al deseo de Clarisse, transmitido por Ulrich, éste se había dirigido al jefe del servicio médico militar, quien, a su vez, se había

puesto en contacto con su famoso colega civil, director de la clínica universitaria donde Moosbrugger estaba a la espera de un dictamen superior. A causa de un malentendido entre ambos caballeros, se acordó inmediatamente el día y la hora de la cita, y Stumm había sido informado de ello con mil excusas y en el último momento, existiendo además el error de que él mismo había sido anunciado al célebre psiquiatra, que esperaba complacido su visita.

-**M**e siento mal! -declaró. Era una fórmula vieja y habitual para indicar que necesitaba una copa.

Tras beberse el licor, fue cediendo su tensión nerviosa.

-¿Qué puede importarme a mí una casa de locos? **S**i tengo que ir, es sólo por tu culpa! -se lamentó-. ¿Qué voy a decirle a ese estúpido profesor cuando me pregunte a qué he ido?



En aquel momento estalló al otro extremo de la línea telefónica un jubiloso grito de guerra.

-¡Muy bien! -dijo el general malhumorado-. Pero además tengo que hablar contigo urgentemente sobre esta noche. Y también tengo que entrevistarme con Su Excelencia, ¡y sale a las cuatro! -Miró su reloj y no se movió de la silla, tanta era su desesperación.

-¡Bien, ya estoy listo! -declaró Ulrich.

-¿No viene tu señora hermana? -preguntó Stumm sorprendido.

-Mi hermana no está en casa.

-¡Qué lástima! -deploró el general-. ¡Tu hermana es la mujer más admirable que he visto!

-¡Yo pensaba que era Diotima! -dijo Ulrich.

-También -respondió Stumm-. También ella es admirable; pero desde que se dedica a la ciencia del sexo, me siento como un escolar ante ella. Me gusta echarle una ojeada, eso

sí. ¡Dios mío!, la guerra es un oficio simple y brutal; siempre lo he dicho. Pero en el terreno sexual, el hecho de que le traten a uno como un profano es un atentado contra el honor de un oficial.

Entretanto habían subido al coche y partieron al trote.

-¿Es bonita tu amiga, al menos? -se informó Stumm con desconfianza.

-Es única, ya la verás -replicó Ulrich.

-Así pues, esta noche -suspiró el general- va a iniciarse algo. Espero un acontecimiento.

-Siempre que has venido a verme, has dicho lo mismo -objetó Ulrich sonriendo.

-Es posible, pero ahora es verdad. Y esta noche serás testigo de la entrevista entre tu prima y el profesor Drangsal. Espero que no habrás olvidado todo lo que te he dicho al respecto. La Drangsal (así la llamamos tu prima y yo), la Drangsal ha “drangsalizado” a tu prima hasta llegar al punto donde ahora

estamos; ha pronunciado sus arengas ante todo el mundo, y esta noche se entrevistarán las dos. Sólo esperábamos a Arnheim, para que él también pudiera formarse una opinión.

-¿Ah, sí? -Ulrich no sabía que Arnheim, al que llevaba mucho tiempo sin ver, estuviera de vuelta.

-¡Claro que sí! Sólo por unos días -explicó Stumm-. Hemos tenido que tomar el asunto en nuestras manos...

Se interrumpió de pronto y, desde los oscilantes asientos tapizados, se abalanzó hacia el pescante con una rapidez que nadie habría podido imaginar.

-¡Idiota! -rugió de un modo solemne y terminante a los oídos del ordenanza, el cual, vestido de cochero, conducía el tiro de caballos ministerial; el general, indefenso contra el balanceo del vehículo, se agarraba a la espalda del insultado-. ¡Está dando usted un rodeo!

El soldado vestido de paisano mantenía la espalda rígida como una tabla, insensible a los nada oficiales intentos que hacía el general para agarrarse a él como a una tabla de salvación; luego dio a su cabeza un giro de noventa grados, de suerte que no podía ver ni al general ni a los caballos, y anunció orgulloso, dirigiéndose al vacío, que el camino más corto era intransitable porque en él estaban haciendo obras, pero que pronto volvería a enfilarlo.

-Entonces yo tenía razón! -gritó Stumm volviendo a caer hacia atrás y atenuando, en parte por Ulrich y en parte por el ordenanza, su inútil estallido de impaciencia-. Resulta que el tipo tiene que dar un rodeo y yo tengo que entrevistarme hoy mismo con Su Excelencia, que quiere volver a casa a las cuatro, y además tengo que mantener antes una conferencia con el ministro... Su Excelencia el señor ministro ha anunciado para esta noche su visita a casa de los Tuzzi! -

añadió en voz baja, exclusivamente para los oídos de Ulrich.

-¿Qué me dices? -Ulrich se mostró sorprendido por la noticia.

-Ya te he dicho que, desde hace algún tiempo, hay algo flotando en el aire.

Ulrich quería saber lo que había flotando en el aire.

-¿Puedes decirme lo que quiere el ministro? -pidió.

-Ni él mismo lo sabe -replicó Stumm jovial-. Su Excelencia tiene la sensación de que ha llegado el momento. El viejo Leinsdorf tiene también la sensación de que ha llegado el momento. El jefe del Estado Mayor tiene asimismo la sensación de que ha llegado el momento. Si hay tanta gente que tiene esa sensación, es posible que haya algo de cierto en ella.

-Pero, ¿el momento de qué? -siguió inquiriendo Ulrich.

-Aún no es necesario saberlo -le informó el general-. [S]on impresiones tan absolutas! Por otra parte, ¿cuántos vamos a ser hoy? -preguntó, quizás por distracción o quizás por perplejidad.

-¿Cómo puedes preguntármelo? -exclamó Ulrich asombrado.

-Ahora me refería -aclaró el general- a cuántos vamos a ser los que visitemos el manicomio. [P]erdona! [Q]ué confusión tan divertida! Hay días en los que uno tiene demasiadas cosas en la cabeza. Bueno, ¿cuántos seremos?

-No sé quién va a venir; de tres a seis personas, según.

-Lo que quise decir -dijo el general pensativo- es que si somos más de tres, habrá que tomar otro coche. Compréndelo; yo voy de uniforme...

-Sí, naturalmente -le tranquilizó Ulrich.

-No puedo viajar como si estuviera metido en una lata de sardinas.

-Cierto. Pero, dime, ¿cómo has llegado a esas impresiones absolutas?

-Tú crees que vamos a encontrar un coche allí? -siguió Stumm ,con sus cavilaciones-. Está en el quinto infierno!

-Alquilaremos uno de camino -replicó Ulrich con decisión-. Y ahora explícame, por favor, cómo habéis llegado a la absoluta impresión de que ahora es el momento de algo.

-No hay nada que explicar -replicó Stumm-. Cuando yo digo que algo tiene que ser absolutamente así, y no de otra forma, esto significa precisamente que no puedo explicarlo. A lo sumo, se podría añadir que la Drangsal es una especie de pacifista, probablemente porque Feuerinaul, el poeta que ella lanza, escribe poemas sobre el tema de que el hombre es bueno. Ahora hay mucha gente que lo cree así.

Ulrich no se fiaba de él.

-Pero si hace poco me has contado precisamente lo contrario! Me has dicho que la

Acción estaba ahora por la acción, por la mano dura y cosas por el estilo!

-También -admitió el general-. Y hay círculos influyentes que están por la Drangsal; ella sabe entenderlo perfectamente. Para la Acción Patriótica, se requiere una acción de la bondad humana.

-¿Ah, sí? -dijo Ulrich.

-Sí, y ahora tú ya no te ocupas de nada! Hay otros a quienes la cosa les da que pensar. Te recuerdo, por ejemplo, que la guerra civil del 66 en Alemania se desencadenó por el hecho de haberse declarado hermanos todos los alemanes en el parlamento de Fráncfort. Naturalmente, no quiero decir con ello que tal vez el ministro de la Guerra o el jefe de Estado Mayor tengan estas mismas preocupaciones; sería una tontería por mi parte. Pero de una cosa viene la otra: Es así! ¿Me comprendes?

No era claro, pero era exacto. Y el general añadió una sabia observación.



-Mira, tú pides siempre claridad -le reprochó a su vecino-. Te admiro por ello, pero debes pensar alguna vez históricamente: ¿Cómo es posible que los implicados directamente en un acontecimiento sepan de antemano si va a resultar algo grande? [Sólo pueden saberlo porque imaginan que lo es! Y puestos ya a ser paradójicos, me atrevo a afirmar que la historia universal se escribe antes de que ocurra; al principio es siempre una especie de chismorreó. Y los hombres enérgicos se hallan entonces ante una tarea muy difícil.

-Tienes toda la razón -reconoció Ulrich-. [Y ahora cuéntamelo todo!

Pero el general, aunque él mismo deseaba hablar de ello, se vio asaltado por otras preocupaciones en aquellos momentos sobrecargados, cuando los cascos de los caballos habían empezado ya a pisar un terreno blando:

-Yo, para el caso de que me llame el ministro, me he puesto ya como un árbol de Navidad -exclamó señalando su guerrera de color azul celeste y las condecoraciones prendidas en ella-. ¿Crees que pueden producirse incidentes molestos, si me presento a los locos con este uniforme? ¿Qué hago, por ejemplo, si alguno de ellos insulta mi guerrera? Es evidente que no puedo sacar el sable, y si me callo, el peligro también es muy grande!

Ulrich tranquilizó a su amigo advirtiéndole que llevaría una bata sobre el uniforme; pero antes de que Stumm se declarara satisfecho con esta solución, vieron a Clarisse que, con un magnífico vestido de verano, les salía al encuentro impaciente, acompañada de Siegmund. Le dijo a Ulrich que Walter y Meingast se habían negado a acompañarles. Luego, tras llamar a otro coche, el general dijo a Clarisse con gran satisfacción:

-[Señora, cuando la he visto bajar hacia nosotros, me ha parecido que veía un pequeño ángel!

Sin embargo, cuando saltó del coche frente a la puerta de la clínica, el general Stumm von Bordwehr estaba muy rojo y algo alterado.

## 33 - Los locos saludan a Clarisse

CLARISSE retorció los guantes entre sus dedos, miraba a las ventanas y no permanecía quieta ni un momento, mientras Ulrich pagaba el coche alquilado. Stumm von Bordwehr no quería permitir que Ulrich lo hiciera, y el cochero permanecía a la espera en el pescante y sonreía lisonjeado, mientras los dos caballeros estaban discutiendo. Siegmund se sacudía como de costumbre una mota de polvo de la chaqueta con las puntas de los dedos o miraba al vacío. El general dijo a Ulrich en voz baja:

-Tu amiga es una mujer extraña. Durante el viaje me ha estado exponiendo lo que es la voluntad. No he entendido una palabra!

-Ella es así! -dijo Ulrich.

-Es bonita -susurró el general-. Parece una danzarina de ballet de catorce años. Pero, ¿por qué dice que hemos venido aquí para abandonarnos a nuestro “delirio”? ¿Pues no me ha dicho que el mundo está demasiado “desprovisto de delirio”? ¿Es que tú puedes decirme algo más sobre ello? Ha sido tan penoso, que no he podido responderle ni una sola palabra.

Era evidente que el general retrasaba la partida de los coches sólo para poder formular aquellas preguntas; pero antes de que Ulrich diera una respuesta, le libró de este trabajo la llegada de un emisario que saludó a los recién llegados en nombre del jefe de la clínica; disculpó a su señor ante el general Von Stumm porque un trabajo urgente le rendiría unos momentos y condujo al grupo a una sala de espera. Clarisse no perdió de vista ni una sola piedra de las escaleras y pasillos; también en la pequeña sala de

espera, que con sus sillas tapizadas de terciopelo gastado, recordaba la anticuada sala de espera de primera clase de una estación de ferrocarril, la mirada de Clarisse lo recorría todo en un lento movimiento. Los cuatro se quedaron sentados después que salió el emisario, y al principio no decían ni una palabra; hasta que Ulrich para romper el silencio, preguntó bromeando a Clarisse si no se estremecía al pensar que se enfrentaría a Moosbrugger cara a cara.

-¡Bah! -dijo Clarisse con desdén-. Él no ha conocido más que sucedáneos de mujer; la cosa tenía que acabar así!

El general quiso rehabilitarse, porque, con retraso, se le había ocurrido una idea.

-Hoy en día, la voluntad es algo muy moderno -dijo-. También en la Acción Patriótica nos preocupa mucho este problema.

Clarisse le sonrió y estiró los brazos para calmar su tensión.

-Cuando hay que esperar, se siente en los miembros lo que va a venir, como si miráramos a través de un telescopio.

Stumm von Bordwehr reflexionó; no quería quedarse otra vez atrás.

-¡Justo! -dijo-. Esto se relaciona probablemente con la moderna cultura física. ¡También nosotros nos ocupamos de ella!

Luego entró muy de prisa el consejero áulico con su cohorte de asistentes y de voluntarias; estuvo muy amable, sobre todo con Stumm; habló de una urgencia; lamentó tener que limitarse contra su voluntad a aquel breve saludo y no poder hacerles de guía personalmente. Les presentó al doctor Friedenthal, que lo haría en su lugar. El doctor Friedenthal era un hombre alto, delgado, de constitución algo delicada y cabellos largos; al hacer las presentaciones, sonreía como un acróbata que sube a una escalera de mano antes de efectuar un salto mortal.

Cuando el jefe se despidió, entonces trajeron las batas.

-Para no intranquilizar a los pacientes - explicó el doctor Friedenthal.

Mientras se ponía la suya, Clarisse sintió que le crecían las fuerzas de un modo extraño. Se encontraba allí como un pequeño médico. Se sintió muy masculina y muy blanca.

El general buscó un espejo. Era difícil encontrar una bata que se adaptara a las poco frecuentes proporciones de altura y amplitud que caracterizaban su figura. Cuando por fin consiguió envolver todo su cuerpo, parecía un niño con un camisón.

-¿Cree usted que debo quitarme las espuelas? -le preguntó al doctor Friedenthal.

-¡Los médicos militares también llevan espuelas! -dijo Ulrich.

Stumm hizo un último esfuerzo desesperado y complicado para echar una ojeada a su espalda, donde la envoltura médica caía



en grandes pliegues sobre las espuelas. Luego se pusieron en movimiento. El doctor Friedenthal les pidió que no perdieran la serenidad en ningún momento.

-Hasta ahora todo ha marchado bastante bien -susurró Stumm a su amigo-, aunque la verdad es que esto no me interesa nada; podría emplear muy bien este tiempo hablando contigo sobre la reunión de esta noche. Escúchame; has dicho que te lo contara todo abiertamente; la cosa es muy simple: todo el mundo se arma. Los rusos tienen una artillería de campaña completamente nueva. ¿Me atiendes? Los franceses han empleado su servicio militar de dos años para ampliar su ejército de un modo gigantesco. Los italianos...

Habían vuelto a bajar la escalera principesca y anticuada por la que antes subieron; habían dado la vuelta hacia un lado y se hallaron metidos en un lío de pequeñas habitaciones y tortuosos corredores cuyas

vigas pintadas de blanco sobresalían del techo. Eran en su mayoría dependencias de la administración y la secretaría las que estaban recorriendo; a causa de la falta de espacio que había en el viejo edificio, aquellas estancias tenían algo de oscuro y apartado. Las poblaban personas de aspecto inquietante, en parte con el uniforme de la casa y en parte vestidas de calle. En una puerta se leía: “Recepción”, en la otra: “Hombres”. Al general se le acabaron las ganas de charlar. Tenía la capacidad de presentir incidentes que pudieran surgir a cada momento y que exigieran una gran presencia de ánimo por su peculiar naturaleza. Contra su voluntad, le preocupaba también el problema de cómo comportarse en el caso de que una necesidad ineludible le obligara a separarse de los demás y se tropezara de pronto, solo y sin ningún acompañante especializado, con un enfermo mental, en un lugar donde todos los hombres son

iguales. Clarisse, por el contrario, iba precediendo medio paso al doctor Friedenthal. El hecho de que éste dijera que debían llevar una bata blanca para no asustar a los enfermos la sostenía como un traje salvavidas en medio de las impresiones que le venían en oleadas. Ideas entrañables ocupaban su mente. Nietzsche: “¿Hay un pesimismo de la fuerza? ¿Una inclinación intelectual hacia lo duro, lo tremendo, lo malo, lo problemático de la existencia? ¿La exigencia de lo terrible como un enemigo digno? ¿No es la locura, necesariamente, un síntoma de depravación?” No lo pensaba literalmente, pero lo recordaba en conjunto; sus pensamientos lo habían comprimido hasta formar un paquete muy pequeño y lo habían reducido maravillosamente al espacio mínimo como el estuche de herramientas de un ladrón. Para ella, esta trayectoria era mitad filosofía, mitad adulterio.

El doctor Friedenthal se detuvo ante una puerta de hierro y sacó de un bolsillo del pantalón una llave de seguridad. Cuando abrió, una claridad deslumbrante sorprendió a los presentes, los cuales abandonaron la protección de la casa, y en ese mismo instante oyó Clarisse un grito estridente y terrible, como no lo había oído en su vida. A pesar de su valor, tuvo un sobresalto.

-¡No es más que un caballo! -dijo el doctor Friedenthal, y sonrió.

En realidad se hallaban en un pedazo de calle que, desde la entrada y a lo largo del edificio administrativo, conducía hacia atrás, al patio de los corrales. Nada lo distinguía de otras calles con roderas antiguas y hierbajos bien instalados, y el sol caía de lleno. No obstante, todos, excepto Friedenthal, estaban extrañamente sorprendidos e incluso indignados de un modo confuso y perplejo, por el hecho de hallarse en una calle normal después de dejar atrás un camino tan largo y

más lleno de aventura. En el primer momento, la libertad tenía algo de chocante, aunque era mucho más reconfortante, y había que habituarse de nuevo a ella. En Clarisse, cuyos choques tenían siempre un carácter más directo, la tensión estalló en una risita ahogada.

El doctor Friedenthal les precedía sonriente a través de la calle y, en la parte opuesta, abrió un pesado portalón de hierro situado en el muro de un parque.

-¡Ahora es cuando empieza! -dijo con dulzura.

Y se hallaron efectivamente en el mundo que, durante tantas semanas, venía atrayendo a Clarisse de un modo incomprensible, no sólo a causa del escalofrío que da lo incomparable y lo apartado de todo, sino como si le fuera destinado vivir algo que antes no habría podido imaginar. Al principio, a los recién llegados apenas si les fue posible distinguir este mundo de un viejo e inmenso

parque, que ascendía formando una suave pendiente en una de sus direcciones, y en la parte más elevada, entre grupos de árboles corpulentos, tenía pequeños edificios blancos, que parecían chalets. Detrás, el cielo que asomaba permitía adivinar una buena vista. Y en una de aquellas zonas más altas, pudo observar Clarisse a los enfermos con sus guardianes; formaban grupos, sentados, y parecían ángeles blancos. El general Von Stumm consideró que era el momento adecuado para reanudar su conversación con Ulrich.

-Bien, yo pienso que aún tengo que prepararte para la reunión de esta noche -empezó diciendo-. Los italianos, los rusos, los franceses y también los ingleses, ¿entiendes?, se están armando, y nosotros...

-Vosotros queréis tener vuestra artillería, ya lo sé -le interrumpió Ulrich.

-Eso también! -prosiguió el general-. Pero si no dejas que acabe de expresarme,

estaremos otra vez con los locos y no podremos hablar con calma. Quise decir que nos hallamos en el centro y que nuestra posición es muy peligrosa desde el punto de vista militar. ☒ resulta que en esta situación no se exige de nosotros -habló ahora de la Acción Patriótica- más que una bondad humana!

-☒ vosotros estáis en contra! Ya lo he comprendido.

-☒ Al contrario! -aseguró Stumm-. ☒ No estamos en contra! ☒ Tomamos muy en serio el pacifismo! Lo único que queremos es imponer nuestra propuesta sobre la artillería. Y si, por así decirlo, pudiésemos conseguirlo yendo de la mano con el pacifismo, estaríamos inmejorablemente protegidos contra todas las malas interpretaciones imperialistas que nos acusan de alterar la paz. Te concedo que existe cierta confabulación entre nosotros y la Drangsal. Pero, por otra parte, hay que hacerlo con cierta precaución; porque existe además su partido rival, la

corriente nacionalista, que ahora tenemos metida en la Acción y que está contra el pacifismo y por la instrucción militar.

El general no pudo terminar y tuvo que tragarse la continuación de su discurso con una expresión de amargura, porque estaban llegando ya a lo alto y el doctor Friedenthal esperaba a su cortejo. El lugar de los ángeles resultó rodeado de un ligero enrejado, y el guía lo cruzó sin darle importancia, como un simple preludeo.

-Una "sección pacífica" -explicó el médico.

Sólo había en ella mujeres; llevaban el pelo suelto sobre los hombros, y tenían los rostros repulsivos, de rasgos grasientos, contrahechos, blandos. Una de aquellas mujeres se dirigió inmediatamente al médico y le tendió una carta.

-Es siempre lo mismo -explicó Friedenthal, y leyó:- "Adolf, querido! ¿Cuándo vendrás? ¿Me has olvidado!?"



La mujer, una anciana de unos sesenta años, estaba junto a él con expresión estólida y escuchaba.

-¡Haz que venga inmediatamente! -suplicó.

-¡Seguro! -prometió el doctor Friedenthal, que rompió la carta ante los mismos ojos de ella y sonrió a la enfermera vigilante.

Clarisse le pidió explicaciones inmediatamente:

-¿Cómo puede usted obrar así? -le dijo-

¡A los enfermos hay que tomarlos en serio!

-¡Vengan! -replicó Friedenthal-. No merece la pena que perdamos más tiempo aquí. Si ustedes quieren, después les mostraré centenares de cartas semejantes. Ustedes han visto, sin duda, que a la vieja no le ha afectado en absoluto el hecho de que yo rompiera su carta.

Clarisse estaba perpleja; porque lo que decía Friedenthal era cierto, pero alteraba las ideas que ella tenía. Y antes de que pudiera

ponerlas en orden, sufrieron una nueva alteración; porque en el momento en que abandonaban aquel lugar, otra vieja, que había estado a la escucha, se levantó la bata y mostró a los señores visitantes, sobre las toscas medias de lana, sus feos muslos de mujer de edad, hasta el vientre.

-¡Vieja marrana! -dijo Stumm von Bordwehr en voz baja, y, asqueado e irritado, olvidó por unos momentos la política.

Sin embargo Clarisse había descubierto que las piernas se parecían a la cara. Mostraban con toda probabilidad los mismos estigmas de decadencia física adiposa; pero en Clarisse surgió por primera vez la impresión de unas relaciones desconocidas y de un mundo en el que las cosas se producen de un modo que escapa a todos los conceptos habituales. En aquel instante se le ocurrió también que no había percibido la metamorfosis de los ángeles blancos en aquellas mujeres y que, a pesar de circular en medio de ellas, ni

siquiera había distinguido cuáles eran enfermas y cuáles enfermeras. Se volvió y miró hacia atrás; pero el camino había doblado uno de los edificios y ya no pudo ver nada; tropezó como un niño que vuelve la cabeza y tiene que seguir con esfuerzo a los que le preceden. La serie de impresiones que entonces se iniciaron no formaron ya el arroyo transparente de acontecimientos que comparamos con la vida cuando nos disponemos a vivirla, sino que constituyeron un remolino espumeante, en el que sólo ocasionalmente se formaban superficies lisas que se aferraban a la memoria.

-Otra "sección pacífica"; esta vez de hombres -les dijo el doctor Friedenthal, que reunía a su cortejo junto a la puerta del edificio.

Cuando se detuvieron ante la primera cama, presentó al enfermo que la ocupaba con una voz meliflua y cortés, diciendo que

se trataba de un caso de “demencia paralizante depresiva”.

-Un viejo sifilítico. Delirio de culpabilidad e ideas nihilistas -susurró Siegmund al oído de su hermana para explicarle el término.

Clarisse se encontró ante un anciano caballero que, por su aspecto, debió de pertenecer a la alta sociedad. Estaba sentado en la cama, muy erguido, y no llegaría a los sesenta años; tenía la piel del rostro muy blanca. Una abundante cabellera, también blanca, le enmarcaba las facciones bien cuidadas y llenas de espiritualidad. Tenían la nobleza inverosímil que sólo corresponde a las descripciones de las malas novelas.

-¿No sería posible pintarlo? -preguntó Stumm von Bordwehr-. Es la belleza espiritual hecha carne; le regalaría el cuadro a mi prima -le dijo a Ulrich.

El doctor Friedenthal sonrió con melancolía y explicó:

-La nobleza de la expresión se debe a que los músculos faciales están totalmente relajados.

Después, con un leve gesto, mostró a los visitantes la rigidez de las pupilas inmovilizadas y continuó andando. No había demasado tiempo, teniendo en cuenta la abundancia del material.

El viejo caballero, que había asentido tristemente a todo lo que se había dicho ante su cama, continuaba respondiendo en voz baja y preocupada, cuando los cinco se detenían ya algunas camas más allá, junto al caso siguiente que había seleccionado Friedenthal.

Esta vez era un individuo obsesionado él mismo por el arte, un pintor grueso y alegre, cuya cama estaba junto a la ventana iluminada; tenía papel y muchos lápices sobre el cobertor de su cama y se pasaba el día ocupado con ellos. Lo que primero llamó la atención de Clarisse fue la risueña agitación de

sus movimientos. “¡Así tendría que pintar Walter!”, pensó. Friedenthal, que notó la simpatía de Clarisse, quitó al gordo una de sus hojas y la tendió a Clarisse; el pintor sonrió como un conejo y se comportó como una mujer coqueta. Clarisse, con gran sorpresa, vio un esbozo de una gran pintura, dibujado con seguridad, completamente sensato e incluso banal en su significado, con muchas figuras mezcladas entre sí y sujetas a las leyes de la perspectiva y con una sala realizada con una minuciosidad detallista; el conjunto producía casi el efecto de algo sano y académico, como si hubiese sido efectuado en una escuela de Bellas Artes.

-¡Está hecho con un oficio sorprendente!  
-exclamó involuntariamente Clarisse.

Friedenthal sonrió orgulloso.

-¡Chúpate ésa! -le gritó sin embargo el pintor-. ¿Lo ves? ¡Al señor le gusta! ¡Enseñale más! ¡Ha dicho que era sorprendente!

¿Por qué no le enseñas más? Ma sé que tú te burlas de mí, pero a él le gusta!

Lo dijo de buen humor y parecía entenderse bien con el médico, a quien tendía los otros dibujos, a pesar de que éste no apreciara su arte.

-Hoy no tenemos tiempo para ti -le replicó Friedenthal, y luego, vuelto hacia Clarisse, resumió su crítica con estas palabras:

-No está esquizofrénico; por desgracia no tenemos ahora a ningún otro que lo esté; en general, los esquizofrénicos son grandes artistas, muy modernos.

-¿Y enfermos? -dudó Clarisse.

-¿Por qué no? -respondió tristemente Friedenthal.

Clarisse se mordió los labios.

Entretanto, Stumm y Ulrich habían llegado al umbral de la habitación siguiente, y el general dijo:

-Cuando veo todo esto, me sabe muy mal haber tratado de idiota a mi ordenanza; no volveré a hacerlo.

Entraban en una sala ocupada por enfermos en avanzado estado de idiocia.

Clarisse no lo veía aún, y pensaba:

-Incluso un arte tan honorable y respetado como el académico tiene a su hermano en el manicomio, un hermano desheredado, negado, pero semejante a él hasta el extremo de que uno puede confundirlos.

Esto le producía casi más impresión que la observación de Friedenthal prometiéndole que en otra ocasión le mostraría artistas expresionistas. No obstante, se prometió volver al tema. Iba con la cabeza baja y seguía mordiéndose los labios. Algo no funcionaba. Le parecía un error manifiesto encerrar a gente tan dotada; sin duda los médicos entendían de enfermedades, pensaba, pero probablemente no captaban el arte en todo



su alcance. Tenía la sensación de que iba a ocurrir algo. Pero no acertaba a adivinarlo. Con todo, no perdió la sensación de seguridad, porque el pintor la hubiera tratado de “señor”; le parecía un buen signo.

Friedenthal la contemplaba con curiosidad.

Cuando ella sintió que la miraba, levantó la vista con su encogida sonrisa y se dirigió hacia él; pero antes de que pudiera decir algo, una tremenda impresión acabó con todas las reflexiones. En la nueva sala, una serie de horrores ocupaba las camas. Todo lo deforme, lo sucio, lo deteriorado, lo paralizado se sumaba en aquellos cuerpos. Dentaduras destrozadas. Cabezas bamboleantes. Cabezas demasiado grandes, demasiado pequeñas, contrahechas. Mandíbulas colgantes por las que caía la baba, o movimientos masticatorios bestiales de las bocas, en las que no había ni palabras ni alimento. Entre aquellas almas y el mundo

parecían existir barras de plomo de muchos metros de espesor; después de las risas y leves murmullos de la otra sala, el oído quedaba sorprendido por un opaco silencio, en el que sólo había gruñidos y estertores oscuros. Estas salas ocupadas por idiotas de último grado constituyen una de las más tremendas impresiones que pueden asaltarle a uno en el feo ambiente del manicomio, y Clarisse se sintió simplemente precipitada en una negrura atroz y absoluta, en la que ya nada se podía distinguir.

Pero el guía Friedenthal podía ver incluso en aquella oscuridad, y señalando camas distintas, explicaba:

-Esto es idiocia, y esto es cretinismo.

Stumm von Bordwehr escuchaba.

-¿No es lo mismo un cretino que un idiota? -preguntó.

-No, son algo distinto desde el punto de vista médico -le informó el doctor.

-Interesante -dijo Stumm-. No ocurre lo mismo en la vida normal.

Clarisse iba de cama en cama. Fijaba sus ojos en los enfermos y los obligaba a un esfuerzo supremo, sin que lograra desentrañar nada de aquellos rostros que no notaban su presencia. Todas las ideas y fantasías se esfumaron. El doctor Friedenthal la seguía con paso leve y explicaba:

-Idiicia amaurótica familiar..., esclerosis hipertrófica tuberosa..., idiicia tímica...

El general, que ya creía haber visto bastantes “idiotas” y pensaba que Ulrich opinaba como él, miró el reloj y dijo:

-¿Dónde habíamos quedado? ¶Tenemos que aprovechar el tiempo! -y un poco inopinadamente añadió-: Por favor, recuerda lo que te dije: el Ministerio de la Guerra se da cuenta de que a un lado tiene los pacifistas y al otro los nacionalistas...

Ulrich, que no podía desprenderse tan fácilmente como el general de la influencia del ambiente, le miró sin comprender.

-No bromeo en absoluto -declaró Stumm-. ¶Te estoy hablando de apolítica! Tiene que ocurrir algo. Ya nos habíamos quedado detenidos en esto anteriormente. Si no ocurre pronto alguna cosa, vendrá el aniversario del emperador y nos llevaremos un chasco. Pero, ¿qué es lo que tiene que ocurrir? Es una pregunta lógica, ¿no crees? Y si ahora te resumo un poco por encima todo lo que te he dicho, resulta que los unos nos exigen que les ayudemos a amar a todos los hombres, y los otros nos piden que les permitamos atormentar al prójimo, para que venza la raza más noble, o lo que sea. Las dos cosas tienen sus pros y sus contras. ¶De ahí que, para decirlo en pocas palabras, tú deberías conciliarlos de un modo u otro, para evitar mayores males!

-¿Yo? -se defendió Ulrich, después que su amigo hizo estallar la bomba de aquel modo, y se hubiese echado a reír, si el lugar lo hubiese permitido.

-¡Ú, claro que sí! -replicó el general con firmeza-. Yo te apoyaría con gusto, pero tú eres el secretario de la Acción y la mano derecha de Leinsdorf.

-Haré que te admitan en esta casa! -declaró Ulrich decidido.

-Muy bien! -dijo el general, a quien el arte de la guerra le había enseñado que la mejor manera de evitar una resistencia inesperada era ocultar su sorpresa-. Si me consigues una plaza en esta casa, puede que conozca a alguien que haya descubierto la idea más grande del mundo. Los de fuera ya no encuentran placer alguno en las grandes ideas -y volvió a mirar el reloj-. Creo que hay algunos que se consideran el Papa o el Universo, así me lo han contado; pero de éstos aún no hemos visto ninguno, y eran

precisamente los que más ganas tenía de ver. Tu amiga es terriblemente minuciosa -se lamentó.

El doctor Friedenthal, prudentemente, apartó a Clarisse de la visión de los oligofrénicos.

El infierno no es interesante, es terrible. Cuando no se ha humanizado (como lo hace Dante al poblarlo de literatos y de personajes importantes y al desviar así la atención de la técnica de los castigos) sino que se ha intentado dar de él una idea originaria, ni siquiera las personas más imaginativas van .más allá de unas torturas pueriles y unas deformaciones insustanciales de las particularidades terrenas. Pero precisamente la idea vacía del castigo y el tormento infinitos, inimaginables y Por tanto inevitables, la suposición de un cambio hacia el mal absolutamente indiferente a todo esfuerzo en contra, todo ello tiene la atracción del abismo. Así son también los asilos de

alienados. Son casas de pobres. Tienen algo de la falta de fantasía del infierno. Pero muchas personas,

que no tienen idea de las causas de las enfermedades mentales, nada temen tanto, fuera de la posibilidad de perder el dinero, como la posibilidad de perder algún día la razón. Y es curioso que existan tantas personas atormentadas por la idea de que pueden perderla súbitamente. La sobreestimación de lo que poseen da lugar probablemente a la sobreestimación del horror que, según las personas sanas, rodea a las casas de locos. La misma Clarisse experimentó un ligero desengaño, derivado de una vaga esperanza producida por su educación. Al doctor Friedenthal le ocurría precisamente lo contrario. Estaba acostumbrado a seguir aquel camino. Orden como en un cuartel o como en cualquier otro establecimiento de vida comunitaria, alivio de los dolores y las molestias más primordiales, prevención de los empeoramientos

evitables, un poco de curación o mejora: éstos eran los elementos de su actividad diaria. Observar mucho, saber mucho, pero no poseer una explicación suficiente de todas las circunstancias, he aquí los elementos de la parte intelectual de su acción. Al hacer la ronda por todos los edificios, recetas, además de los medicamentos contra la tos, los resfriados, el estreñimiento, las llagas y las contusiones, unos cuantos calmantes: éste era su trabajo curativo cotidiano. La espectral atrocidad del mundo en que vivía no la sentía más que cuando el contraste venía suscitado por un contacto con el mundo normal; esto no era posible que se produjera cada día, pero las visitas le daban una buena ocasión; de ahí que lo que veía Clarisse estuviese organizado con una especie de sentido de la puesta en escena; después de haberla sacado de su ensimismamiento, la sucesión de elementos cada vez más dramáticos estaba perfectamente dosificada.



Apenas hubieron abandonado la sala, se les unieron unos cuantos individuos corpulentos, de anchas espaldas y rostros amables, con expresión de suboficial del ejército, y con batas blancas e inmaculadas. La operación fue tan silenciosa, que produjo el efecto de un redoble de tambor.

-Ahora viene una sección de los locos furiosos -anunció Friedenthal.

Se estaba aproximando ya a un griterío y a un parloteo que parecía venir de una enorme pajarera. Al detenerse ante la puerta, vieron que no tenía mango; uno de los guardianes la abrió por medio de un mecanismo de disparador, y Clarisse se las arregló, como siempre, para entrar la primera. Pero el doctor Friedenthal la tiró bruscamente hacia atrás.

-[Aquí hay que esperar! -dijo sin disculparse, con expresión significativa y con voz cansada. El guardián que había abierto, había dejado sólo un espacio que cubría con

su cuerpo; primero se asomó al interior y vio lo que ocurría; luego se metió dentro con rapidez y le siguió un segundo guardián, que se situó al otro lado de la puerta. A Clarisse empegó a palparle con fuerza el corazón. El general dijo, en tono de persona enterada:

-**Avanzadilla, retaguardia, cubrir los flancos!**

Y cubiertos de esta forma, penetraron y fueron guiados a través de las camas por los hercúleos guardianes. Lo que había en las camas, excitado y profiriendo gritos, agitaba brazos y piernas; producía la impresión de que cada individuo estuviese gritando dentro de una estancia donde estuviera solo; al mismo tiempo, todos parecían enzarzados en una conversación tempestuosa, como aves exóticas, encerradas en una jaula común, que se expresaran en idiomas de islas diferentes.

Algunos tenían los miembros libres; otros estaban atados a los bordes de la cama

con cuerdas que sólo dejaban a las manos un pequeño margen de movimientos.

-Es para que no se suiciden -explicó el médico, que fue enumerando las enfermedades: parálisis, paranoia, demencia precoz, etc.; éstas eran las razas a las que pertenecían aquellas aves exóticas.

Al principio, Clarisse volvió a sentirse intimidada por una impresión caótica y no halló ningún punto de apoyo. Pero luego se produjo como un signo amistoso: ya desde lejos, alguien le hacía señas vivamente y le gritaba palabras cuando aún Clarisse estaba a algunas camas de distancia. El loco se revolcaba en su cama, como si quisiera liberarse con desesperación para correr hacia ella; sus gritos sobrepasaban a los del coro; sus acusaciones y explosiones de ira atraían cada vez más la atención de Clarisse. Cuanto más se acercaba a él, más la intranquilizaba la impresión de que el individuo parecía dirigirse exclusivamente a ella; ella, por su parte,

no acertaba a comprender en absoluto lo que él quería expresarle. Cuando finalmente llegaron a la cama del hombre, el jefe de los guardianes le contó al médico algo en voz tan baja que Clarisse no pudo comprenderlo; Friedenthal adoptó alguna disposición con el rostro serio. No obstante, en tono de broma, se dirigió al enfermo. El loco no contestó inmediatamente, pero preguntó de pronto:

-¿Quién es este señor? -y dio a entender con un gesto que se refería a Clarisse.

Friedenthal señaló al hermano de ella y contestó que se trataba de un médico de Estocolmo.

-¡No, éste! -replicó el enfermo, y volvió a señalar con insistencia a Clarisse.

Friedenthal sonrió y afirmó que se trataba de una doctora de Viena.

-No; es un señor -contradijo el enfermo, y se calló.

Clarisse sintió que el corazón le palpitaba fuertemente. También aquí la confundían con un hombre!

Entonces el enfermo dijo con lentitud:

-Es el séptimo hijo del Emperador.

Stumm von Bordwehr dio un codazo a Ulrich.

-Esto no es verdad -respondió Friedenthal, y continuó el juego volviéndose a Clarisse y conminándola a hablar:

-Dígale usted misma que se equivoca!

-No es verdad, amigo mío -dijo Clarisse en voz baja al enfermo, con una excitación que casi le impedía articular una sola palabra.

-Eres el séptimo hijo! -insistió el enfermo obstinado.

-No, no -aseguró Clarisse, y le sonrió de pura excitación, como en una escena de amor, cuando los labios se quedan rígidos por la timidez.

-¡No eres! -repitió el enfermo, y le dirigió una mirada que ella no sabía cómo definir. No se le ocurrió absolutamente nada que responderle; contemplaba con una amabilidad indefensa al enfermo que la confundía con un príncipe, y continuaba sonriendo. Sentía que algo muy raro le ocurría: en ella tomaba forma la posibilidad de darle la razón al loco. Algo se desencadenaba en ella bajo la presión de aquella afirmación repetida; algo que de algún modo le quitaba el dominio de sus pensamientos; se creaban nuevas estructuras mentales cuyos contornos emergían de la niebla; el loco no era el primero en querer saber quién era ella ni en confundirla con un “señor”. Mientras ella, presa aún en aquel extraño conglomerado de ideas, seguía mirando la cara del loco (de cuya edad se hacía tan poco cargo como de los residuos de vida libre que expresaban aún sus rasgos) se produjo algo totalmente inexplicable en el rostro y en todos los miembros de aquel

hombre. Fue como si la mirada de ella resultara de pronto demasiado pesada para los ojos en que se posaba; porque éstos iniciaron una especie de deslizamiento, de caída. Pero también los labios iniciaron un movimiento de viva agitación; y como pesadas gotas, cada vez más frecuentes, una serie de obscenidades bien perceptibles se mezclaron con un rápido charloteo. Ante esta transformación, que era como una caída, Clarisse quedó tan turbada y abatida, como si algo cayera también en su interior; involuntariamente hizo un gesto de aproximación al infeliz con ambos brazos, y antes de que nadie pudiese impedirlo, el enfermo se abalanzó también en dirección a ella; apartó las sábanas, se arrojó al borde de la cama y empezó a trabajar el miembro viril como un mono que se masturba en el interior de su jaula.

-¡No hagas porquerías! -dijo con rapidez y severidad el médico, y en el mismo instante los guardianes agarraron al hombre y a las

sábanas y, en un santiamén, hicieron con todo ello una especie de paquete completamente inmóvil.

Clarisse se había ruborizado intensamente; estaba tan confusa como cuando, en un ascensor, perdemos de pronto la sensación de pisar terreno firme. Le pareció de repente que todos los enfermos ante los que ya había pasado gritaban tras ella, y los restantes, los que aún no había visto, le gritaban de frente. La casualidad, o la fuerza contagiosa de la excitación, quiso que también el enfermo inmediato, un amable viejo que había dirigido bondadosas bromas a los visitantes cuando aún estaban cerca de su cama, saltara en el momento en que Clarisse pasó junto a él y empezara a proferir maldiciones, con palabras obscenas que formaban en su boca una espuma repugnante. También los puños de los guardianes se cerraron como tenazas en torno a sus miembros y redujeron a la nada todo intento de resistencia.



Pero el mago Friedenthal conocía la forma de acrecentar el efecto de sus números. Protegidos, como a la entrada, por los acompañantes, abandonaron la sala por el otro extremo, y de pronto los oídos parecieron sumirse en una suave calma. Se hallaban en un agradable pasillo, limpio y cubierto de linóleo, y vieron a personas de aspecto endomingado, con hermosos niños, que saludaron al médico llenos de confianza y buenas maneras. Eran visitantes que esperaban el permiso para entrar a ver a sus parientes, y una vez más la impresión del mundo sano resultó sumamente inquietante; aquellas personas tan modestas y educadas, vestidas con sus mejores ropas, les produjeron, en el primer momento, la impresión de muñecos o de flores artificiales muy bien imitadas. Pero Friedenthal pasó entre ellos y anunció a sus amigos que iba a llevarlos a una sección de asesinos y otros locos responsables de crímenes graves. Las

precauciones y la expresión de los guardianes (cuando se hallaron poco después ante otra puerta) no prometían tampoco nada bueno. Penetraron en un patio cerrado, circundado por una galería y semejante a Uno de aquellos jardines artificiales modernos en los que hay más piedras que plantas. En el primer momento, el aire vacío parecía un cubo de silencio en su interior; tan sólo unos instantes después se hicieron visibles seres humanos sentados en silencio junto a las paredes. Muy cerca de la entrada, había jóvenes idiotas en cucullas, con mocos, cubiertos de suciedad y completamente inmóviles, como si la idea grotesca de un escultor los hubiera colocado como pilares flanqueando la puerta. Junto a ellos estaba sentado, a cierta distancia de los demás, un hombre sencillo; era el primero de los que estaban sentados junto a la pared; llevaba puesto aún un oscuro traje dominguero, sólo que su camisa no tenía cuello; debía de haber

ingresado hacía poco, y su forma de no querer oír ni ver nacía le hacía extraordinariamente conmovedor. De pronto, Clarisse imaginó el dolor que le causaría a Walter si lo abandonara, y casi estuvo a punto de llorar. Aquello le ocurría por primera vez, pero lo pasó rápidamente por alto, porque los demás locos ante los cuales la conducían daban simplemente la impresión del hábito silencioso, tan conocido en las cárceles. Saludaban tímida y cortésmente, y exponían pequeñas demandas. Sólo uno de ellos, un hombre joven, se puso más insistente y empezó a quejarse; sólo Dios sabía de qué olvido profundo surgía. Exigía al médico que le dejase salir y le preguntaba por qué estaba allí. Cuando el médico le dijo, evasivo, que no era él, sino el director, quien debía decidirlo, el enfermo no cedió; sus peticiones empezaron a repetirse como una cadena que corre cada vez a mayor velocidad; progresivamente su voz adquirió el tono de la presión, que pasó

al de amenaza y desembocó en el del peligro animal inconsciente. Cuando llegó a este extremo, los gigantes volvieron a sentarlo en el banco a la fuerza, y él se sumió de nuevo en su silencio perruno, sin haber recibido respuesta alguna. Era algo que Clarisse ya conocía y que se añadió simplemente a la general agitación que la llenaba.

Tampoco tuvo tiempo de otra cosa, porque al otro extremo del patio había una segunda puerta blindada, y los vigilantes llamaron a ella. Aquello era nuevo; hasta entonces habían abierto las puertas simplemente con precaución, pero sin anunciar su llegada. Sin embargo, aquella puerta la golpearon cuatro veces con el puño y escucharon atentamente la posible agitación procedente del otro lado.

-A esta señal, todos los que están ahí dentro tienen que colocarse en las paredes - explicó Friedenthal- o sentados en los bancos que corren a lo largo de ellas.

En efecto, cuando se abrió la puerta lentamente, grado a grado, se vio que todos los que antes habían ocupado la totalidad de la sala, en silencio o haciendo ruido, habían obedecido como penados sometidos a un régimen disciplinario. A pesar de todo, los guardianes entraron con tantas precauciones, que Clarisse se agarró de pronto a la manga del doctor Friedenthal y preguntó excitada si allí estaba Moosbrugger. Friedenthal meneó la cabeza sin decir nada. No tenía tiempo. Rápidamente, conminó a los visitantes a que se mantuvieran, por lo menos, a dos pasos de distancia de los enfermos. La responsabilidad de la empresa parecía pesarle un poco. Eran siete contra treinta, en un patio apartado del mundo, amurallado y habitado sólo por locos, de los cuales, casi todos habían cometido por lo menos un asesinato. Las personas acostumbradas a llevar un arma para defenderse, se sienten más inseguras que las demás cuando

no la tienen; de ahí que no pudiera reprochársele al general, quien había dejado su sable en la sala de espera, el hecho de que le preguntara al médico:

-¿No lleva usted ningún arma encima?

-La atención y la experiencia -replicó Friedenthal, que se sintió halagado por la pregunta-. Se trata simplemente de ahogar en su germen cualquier intento de revuelta.

Efectivamente, tan pronto como alguien intentaba el menor movimiento para salirse de las filas, caían inmediatamente los vigilantes sobre él y lo empujaban rápidamente a su sitio, de suerte que estos asaltos de los guardianes parecían los únicos actos de violencia practicados en aquel lugar. Clarisse no estaba de acuerdo con ellos. "Lo que quizás no comprenden los médicos -se dijo-, es que estos hombres, aunque están encerrados juntos todo el día sin vigilancia, no se hacen nada entre sí; sólo son peligrosos para nosotros, que venimos de un mundo que les es,

extraño”, y quiso dirigirse a uno de los enfermos; imaginó de repente que conseguiría hallar la forma de entenderse con uno. Cerca de la puerta había un hombre robusto, de mediana estatura, con una cerrada barba de color castaño y los ojos muy penetrantes; se apoyaba en la pared con los brazos cruzados, no decía nada y miraba con indignación los movimientos de los visitantes. Clarisse se le aproximó; pero en el mismo momento el doctor Friedenthal puso su mano en el brazo de ella y la retuvo.

-Éste no -dijo en voz baja.

Buscó a otro asesino para Clarisse y le habló. Era un hombre bajo y corpulento, con el cráneo afeitado y de forma puntiaguda, como el de un Preso; seguramente el médico sabía que era accesible, porque el interpe-lado se cuadró inmediatamente ante él y, al responderle de un modo servicial, mostró dos hileras de dientes que recordaban de un

modo inquietante dos hileras de losas funerarias.

-Pregúntele por qué está aquí -susurró el doctor Friedenthal al hermano de Clarisse, y Siegmund, formuló la pregunta al hombre que tenía cabeza puntiaguda y anchos los hombros:

-¿Por qué estás aquí?

-¡No sabes muy bien! -fue la escueta contestación.

-No lo sé -le objetó con bastante ingenuidad Siegmund, que no quiso aflojar en seguida-. ¿No quieres decirme por qué estás aquí?

-¡No sabes muy bien! -repitió con renovada insistencia el enfermo.

-¿Por qué eres descortés conmigo? -preguntó Siegmund-. ¡La verdad es que no lo sé!

“Eso es mentira!”, pensó Clarisse, y se alegró cuando el enfermo se limitó a responder:



-¡Porque quiero! ¡Puedo hacer lo que quiera!!! -repitió e hizo sonar los dientes.

-¡Pero no hay que ser descortés sin motivo! -repitió el desgraciado Siegmund, que en realidad parecía no pensar más que en aquel loco.

Clarisse estaba furiosa con él, que desempeñaba el papel del hombre que excita a un animal en un parque zoológico.

-¡A ti no te importa! ¡No hago lo que quiero! ¿Entiendes? ¡Lo que quiero! -le espetó el enfermo mental en el tono de un sargento, y se rió, pero no con la boca ni con los ojos (llenos de una ira tremenda), sino con algún otro elemento de su rostro.

El propio Ulrich pensó: “No me gustaría estar a solas con el tipo.” A Siegmund le resultaba difícil mantenerse firme en su lugar, porque el loco se había acercado a él, y Clarisse deseaba que agarrara por el cuello a su hermano y le pegara un mordisco en la cara. Friedenthal, muy satisfecho, permitía

que la escena siguiera su curso; sin duda tenía derecho a esperar algo de un colega médico, y la confusión de éste le producía placer. De un modo magistral, permitió que la escena llegara a su punto culminante, y sólo cuando el colega fue incapaz de pronunciar una palabra más, dio la señal de interrupción. Pero seguía existiendo en Clarisse el deseo de intervenir! Con el bombardeo de preguntas y respuestas, este deseo se había acentuado, y de pronto no pudo contenerse; se acercó al enfermo y le dijo:

-Vengo de Viena!

Era algo tan absurdo como un sonido brotado completamente al azar de una trompeta. Ni sabía lo que buscaba al decir aquello, ni cómo se le pudo ocurrir, ni se había preguntado si el hombre sabía en qué ciudad se encontraba, y suponiendo que lo supiera, la observación de Clarisse era realmente absurda. Pero ella sintió al hablar una gran confianza. Y lo cierto es que a veces

ocurren milagros, sobre todo en los manicomios; al decir su frase y al situarse con ardiente excitación ante el asesino, una especie de resplandor descendió sobre éste; sus dientes de “máquina trituradora se replegaron tras los labios y la penetrante mirada 'se cubrió de benevolencia.

-¡Oh, Viena, la dorada! ¡Una hermosa ciudad! -dijo con el prurigo del antiguo miembro de la clase media que sabe decir una frase en el momento oportuno.

-¡Le felicito! -dijo riendo el doctor Friedenthal.

Pero para Clarisse, la escena había adquirido una gran importancia.

-¡Ahora vamos a ver a Moosbrugger! -dijo Friedenthal.

Pero ya no fue posible verlo. Volvieron a cruzar con precaución los dos patíos y subieron a lo alto del parque, hasta un pabellón que se hallaba, al parecer, muy apartado; entonces les salió al paso un guardián, que

venía corriendo y que producía la impresión de llevar algún tiempo buscándoles. Se acercó a Friedenthal y le transmitió un largo parte en voz baja; por la expresión del médico, que interrumpía al otro de vez en cuando con preguntas, debía de tratarse de algo muy importante y desagradable. Con el aire serio y afligido, Friedenthal volvió a acercarse a los que esperaban y les comunicó que un incidente en una de las secciones reclamaba su intervención y que no podría continuar acompañándoles porque no se sabía cómo iba a acabar. Se dirigió en primer lugar a la respetable persona que, bajo la bata blanca, llevaba el uniforme de general; pero Stumm von Bordwehr declaró agradecido que ya había visto bastante de la disciplina y el orden reinantes en el establecimiento y que, después de lo que habían presenciado, poco importaba ver un asesino más. Por el contrario, Clarisse adoptó tal expresión de desencanto y consternación, que

Friedenthal añadió a sus palabras la propuesta de efectuar en otro momento la visita a Moosbrugger y a otras cosas, y de llamar por teléfono a Siegmund tan pronto como se pudiera decidir un día para dicha visita.

-¡Es usted muy amable! -le dijo el general, dándole las gracias en nombre de todos-. Por mi parte, yo no sé si mis ocupaciones me permitirán estar presente.

La cita quedó en pie, con esta reserva, y Friedenthal se puso en marcha, desapareciendo a los pocos momentos tras la eminencia; los demás, acompañados del guardián que el médico dejó con ellos, se encaminaron hacia la salida. Abandonaron el camino y siguieron la línea más corta por la hermosa ladera cubierta de plátanos y hayas. El general se había quitado la bata y la llevaba alegremente sobre el brazo, como un sobre todo de viaje durante una excursión; pero no se volvió a establecer el diálogo entre ellos. Ulrich no tenía ganas de que le continuasen

preparando para la reunión de la noche, y el propio Stumm estaba demasiado pendiente de su regreso a casa; sólo con Clarisse, a cuya izquierda andaba galantemente, se sentía obligado a intercambiar algunas palabras. Pero Clarisse estaba ausente y silenciosa. “¿Se sentirá todavía molesta por lo que hacía aquel cerdo?”, se preguntaba, y tenía la necesidad de explicar de algún modo que, ante lo insólito de las circunstancias, no le había sido posible intervenir como un caballero; de todos modos, volvió a pensar que lo mejor era no decir nada. Así, el regreso fue silencioso y sombrío.

Sólo cuando Stumm von Bordwehr subió a su coche y confió a Ulrich el cuidado de Clarisse y del hermano de ésta, volvió a sentirse de buen humor, y con el buen humor le vino también una idea que puso un poco de orden en las deprimentes experiencias vividas. Del gran estuche de piel que llevaba consigo, había sacado un cigarrillo y,

ya recostado en el tapizado asiento, lanzó al aire soleado las primeras nubecillas azules. Cómodamente instalado, dijo:

-Debe de ser algo terrible una enfermedad mental así! Sólo ahora me doy cuenta de que, en todo el tiempo que hemos estado dentro, no he visto fumar ni a una sola persona! No nos damos cuenta del gran bien que tenemos cuando tenemos salud!

## **34 - Se prepara un gran acontecimiento. El conde Leinsdorf y el Inn**

**A** este día tan agitado siguió una “gran noche” en casa de los Tuzzi.

La Acción Paralela hizo un desfile de gala, en medio de la luz y el esplendor; relucían los ojos, relucían las joyas, relucían los hombres, relucía el ingenio. Según cómo, un enfermo mental habría deducido que los ojos, las joyas, los nombres y el ingenio venían a desembocar en una misma cosa, durante aquella velada social: y no le faltaría razón. Todo lo que no estaba pasando el tiempo en la Riviera o en los Lagos del norte de Italia compareció, exceptuando unos pocos que, por esta época, a fines de



temporada, no admitían ya que se pudiera producir ningún “acontecimiento” social.

En lugar de los que faltaban, vino una serie de gente que nadie había visto nunca. Un largo intervalo había causado lagunas en la lista de los que debían estar presentes, y para llenar dichas lagunas hubo que recurrir a personas inéditas con una precipitación que no correspondía a los hábitos prudentes de Diotima: el propio conde Leinsdorf había pasado a su amiga una lista de personas que él sugería invitar por consideraciones políticas; después que el principio de la exclusividad de su salón se había sacrificado ya una vez a estas consideraciones superiores, Diotima daba mucha menos importancia a todo lo que pudiera venir. Lo cierto era que Su Excelencia constituía la única causa de la solenne reunión; Diotima opinaba que sólo se puede ayudar a la humanidad cuando se la presenta por parejas; pero el conde Leinsdorf insistía en la afirmación de que “el

capital y la cultura, en el curso de la evolución histórica, no habían hecho lo que les correspondía, y era preciso hacer con ellos un último intento”.

Y el conde Leinsdorf insistía cada vez en lo mismo:

-Querida, ¿no se acaba usted de decidir? -solía preguntar-. Ya ha llegado la hora de hacerlo. Surgen toda clase de gentes con ideas destructivas: tenemos que dar a la cultura una última oportunidad para que restablezca el equilibrio.

Pero Diotima, distraída por la riqueza de formas que adoptaba el acoplamiento humano, olvidaba todo lo demás.

Finalmente, el conde Leinsdorf la amonestó:

-Mire, querida, ¿no ha sido usted la que me ha habituado a ello? Ahora hemos dado a todo el mundo la consigna de la acción; yo, personalmente, al ministro del Interior lo he..., vaya, a usted puedo confiárselo!, pues

he conseguido que presente la dimisión; las cosas han llegado muy arriba, mucho; pero la verdad es que también se ha producido un escándalo, y nadie ha tenido la valentía de ponerle fin! Yo le confío a usted todo esto - prosiguió-, y el señor presidente de ministros me ha pedido además que nosotros mismos participemos más intensamente en la encuesta para descubrir los deseos de los círculos correspondientes de la población respecto a la reforma de la administración interior; porque el nuevo ministro aún no se ha hecho cargo del asunto; ¿y ahora es cuando quiere dejarme en la estacada, usted que siempre ha sido la más perseverante? Debemos dar una última oportunidad a Capital y Cultura; ya sabe: de esta forma... o de otra.

Esta frase final, algo incompleta, la profirió en un tono tan amenazador, que resultaba de ello un hecho incontrovertible: sabía lo que quería, y Diotima prometió

también de buen grado que se daría prisa; pero luego lo olvidó y no lo hizo.

Un día, el conde Leinsdorf fue presa de su conocida energía y se presentó en casa de Diotima empujado por una fuerza de cuarenta caballos.

-¿Ha ocurrido algo? -preguntó, y Diotima no tuvo más remedio que decir que no.

-¿Conoce usted el Inn, querida? -preguntó.

Naturalmente, Diotima conocía el río de este nombre, el más conocido después del Danubio, un río mezclado de mil maneras distintas a la geografía y a la historia patrias. No sin ciertas dudas, contempló a su visitante, aunque se esforzaba por sonreír.

Pero el conde Leinsdorf estaba mortalmente serio.

-Si prescindimos de Innsbruck -empezó a informarla □qué ridículamente pequeños son los pueblos del valle del Inn y qué

magnífico río es el Inn en nuestro país! Es algo que jamás se me había ocurrido pensar!

Meneó la cabeza y continuó diciendo:

-Resulta que hoy he visto casualmente un mapa de carreteras -acabó así su explicación- y he comprobado que el Inn viene de Suiza. -Naturalmente, es probable que ya lo supiera; todos lo sabemos, pero no lo pensamos. Nace en Maloja, y no es más que un arroyo ridículo; yo mismo lo he visto; es como el Kamp o el Morava entre nosotros. Pero, ¿qué han hecho de él los suizos? ¡La Engadina! ¡La Engadina, mundialmente famosa! ¡La Engad-Inn, mi querida amiga! ¿Había usted pensado alguna vez que todo esto tan importante de la Engadina venía de la palabra Inn? Pues hoy se me ha ocurrido. ¡Y nosotros, con nuestra insoportable modestia austríaca, nunca hacemos nada de nada con las cosas que son nuestras!

Después de esta conversación, Diotima se apresuró a convocar la sociedad deseada,

en parte porque veía que tenía que estar al lado del conde, y en parte porque temía llevar a su distinguido amigo a una situación extrema, si se negaba a ello.

Pero cuando ella se lo prometió, dijo Leinsdorf:

-Por favor se lo pido, mi queridísima amiga, no olvide invitar esta vez a la..., bueno, a la X, a la que usted llama "Drangsal"; su amiga, la Wayden, lleva semanas dándome la lata sobre esa mujer!

Incluso aquello prometió Diotima, aunque en otros tiempos, en aquella tolerancia respecto a su competidora habría visto una prevaricación contra la patria.

## **35 - Se prepara un gran acontecimiento. El consejero gubernamental Meseritscher**

**C**UANDO las estancias quedaron llenas con los rayos que despedían las luces de fiesta y la sociedad presente, “se” pudo observar no sólo a Su Excelencia, acompañado de otros grandes de la aristocracia cuya asistencia había sido preparada por él, sino también a Su Excelencia el señor ministro de la Guerra, y en su séquito la cabeza impregnada de “esprit” y un poco trabajada por las excesivas preocupaciones del general Stumm von Bordwehr. También se veía a Paul Arnheim. (Las cosas son más simples y más eficaces sin título nobiliario. Aquel “se” era algo muy pensado. Es lo que se llama una litote, una

atenuación artificial de la expresión; se separa, por así decirlo, una insignificancia del propio cuerpo, del mismo modo que el rey se quita el anillo de un dedo para ponerlo en otro.) Luego se veía también a todo lo que pintaba algo en los ministerios (el ministro de Educación y Cultura, en la Cámara Alta, había excusado personalmente su asistencia ante el señor conde, porque aquel mismo día tenía que asistir a la consagración de una gran verja de altar en Linz). Después se veía también que las embajadas y representaciones extranjeras habían enviado a una “elite”. También había nombres conocidos “de la industria, el arte y la ciencia”; había una vieja alegoría de la laboriosidad en la inevitable conjunción de estas tres actividades burguesas, una alegoría que se le imponía por sí sola a la pluma del que hacía la crónica. Luego, esa misma pluma, hábil y fluida, pasaba a referirse a las damas: beige, rosa, cereza, crema...; bordados y trencillas, triple



rebozo o caída bajo la cintura; y entre la condesa de Adlitz y el consejero de comercio Weghuber, se citaba a la conocida señora Melanie Drangsal, viuda del cirujano de fama mundial, “acostumbrada ella misma a acoger en su casa, con proverbial amabilidad, a la gente distinguida”. Finalmente, al final de esta sección y un poco al margen, venía Ulrich de Tal y Cual con su señora hermana. “Se” había dudado en escribir: “de cuya abnegada actividad al servicio de lo cultural y de lo patriótico se conocen tan loables empresas”, o en poner simplemente: “un coming man”. Hacía ya tiempo que “se” comentaba si este favorito del conde Leinsdorf podía, según decían muchos, inducir a su protector a cometer una gran imprudencia, y la tentación de mostrarse enterado antes que nadie era grande. Pero la más profunda satisfacción del que sabe algo es siempre el silencio, sobre todo cuando se trata de alguien precavido; a ello debieron

Ulrich y Agathe una simple colocación de sus nombres entre los últimos citados, inmediatamente antes de la “crema” de la sociedad que ya no se mencionaba por sus nombres individuales, sino que estaba destinada simplemente a la fosa común de “todo lo que posee un rango y un nombre”. En ella se encontraba mucha gente, por ejemplo el consejero áulico Schwung, célebre profesor de Derecho Penal, que pasaba unos días en la capital para participar en una encuesta ministerial, y esta vez también estaba presente el joven poeta Friedel Feuermaul; aunque se sabía que su genio había ayudado no poco a la preparación de aquella velada, tenía que quedar bien claro que aún le faltaba mucho para conquistar una consideración tan firme como la que corresponde a los títulos y a las “toilettes” suntuosas. Apenas si merecieron una mirada de soslayo gentes como Leo Fischel, director titular de banca, con su familia, los cuales habían tenido acceso a casa de

Diotima tras grandes esfuerzos, gracias a las diligencias de Gerda, sin intervención de Ulrich, es decir, gracias únicamente a la tolerante negligencia que predominaba en aquellos momentos. Y sólo la esposa de un jurista famoso, pero que aún quedaba por debajo de la onda de percepción de aquella sociedad, una mujer que, a pesar de que no “se” conocía aún su misterioso nombre de Bonadea, fue exhumada con retraso y situada entre las “toilettes”, porque su aparición suscitó la admiración general.

Este “se”, esta curiosidad vigilante de la opinión pública, era naturalmente una persona; generalmente son muchas, pero en la metrópoli de Kakania había entonces una que sobrepasaba a todas las demás; era el consejero gubernamental Meseritscher. Nacido en Wallachisch-Meseritsch, de donde su nombre conservaba huellas, este editor, redactor-jefe y cronista principal de Correspondencia social y parlamentaria-, fundada

por él, había llegado a la capital muy joven (durante la década de los años sesenta del siglo pasado); había abandonado la perspectiva de hacerse cargo de la taberna de sus padres en Wallachisch-Meseritsch y había elegido la profesión de periodista, atraído por el esplendor del liberalismo, entonces en pleno auge. En seguida había contribuido lo suyo a este esplendor, fundando una correspondencia que se inició con el envío a los periódicos de pequeñas noticias locales de tipo policíaco. Esta primera forma de su Correspondencia, gracias a la laboriosidad, a la seguridad y a la seriedad de su propietario, no sólo consiguió la aprobación de los periódicos y de la policía, sino que pronto mereció la atención de los organismos superiores, que la utilizaron para colocar noticias deseables, de las que no querían responsabilizarse ellos mismos; luego le dieron preferencia y le suministraron material, hasta que alcanzó una “posición excepcional

en la difusión de noticias oficiosas, que provenían de fuentes oficiales. Hombre lleno de energía y trabajador infatigable, cuando Meseritsch vio crecer su éxito, amplió su actividad al campo de las noticias sobre la corte y la alta sociedad, e incluso es posible que jamás hubiese salido de Meseritsch para ir a la capital, de no haber tenido siempre este sueño secreto. Hacer listas sin lagunas de todos los asistentes a un acto era su especialidad. Su memoria para las personas y para lo que de ellas se contaba era excepcional, y fácilmente le proporcionó una relación con los salones, que no era inferior a la que tenía con la policía. Conocía el gran mundo mejor de lo que éste se conocía a sí mismo; con un amor inagotable, a dos personas que se viesan en una reunión de la alta sociedad podía presentarlas, al día siguiente, como un caballero al que se han confiado desde hace decenios todos los proyectos matrimoniales y todos los asuntos de “trapos”. Finalmente, en

las fiestas y solemnidades, el pequeño caballero activo, ágil, siempre servicial y complaciente, era una figura ciudadana; en los últimos años de su vida, tales manifestaciones sociales sólo adquirirían una consideración indiscutible 'gracias a él y a su presencia.

Esta carrera alcanzó su punto culminante con el nombramiento de Meseritscher como consejero gubernamental, porque este título llevaba aneja una cualidad peculiar: Kakania era sin duda el Estado más pacífico del mundo; pero en algún momento, y en la convicción profundamente ingenua de que ya no habría más guerras, tuvo la ocurrencia de clasificar a sus funcionarios en clases jerárquicas que correspondían a las de los oficiales, e incluso las dotó de uniformes y emblemas semejantes a los del ejército. El grado de consejero gubernamental correspondía desde entonces al de teniente coronel imperial y real; aunque no se tratara en realidad de

un grado muy alto, lo peculiar consistía, cuando se le concedió a Meseritscher, en que a éste (de acuerdo con una tradición inviolable que, como todo lo inviolable, en Kakania sólo se violaba excepcionalmente) sólo le habría correspondido ser consejero imperial. El rango de consejero imperial, como podría hacer creer el contenido de la expresión, no era más que el de consejero gubernamental, sino menos; un consejero imperial era equiparable sólo a un capitán. Y Meseritscher habría tenido que ser consejero imperial, porque dicho título sólo se concedía - además de a los empleados de la cancillería - a individuos de profesiones liberales, como por ejemplo los peluqueros de la corte y los fabricantes de coches, y también, por la misma razón, a los escritores y artistas; en cambio, el título de consejero gubernamental era un verdadero título de funcionario. En el hecho de que, a pesar de todo, Meseritscher fuese el primero y el único en obtenerlo, se

expresaba mucho más que la importancia del título, e incluso mucho más que la cotidiana invitación a no tomar demasiado en serio lo que ocurriera en el país: con aquel título no justificado, se ratificaba de un modo delicado y discreto la íntima vinculación del incansable cronista con la Corte, el Estado y la Sociedad. Meseritscher había servido de ejemplo a muchos periodistas de su tiempo y era miembro de la presidencia de muchas e influyentes asociaciones de escritores. Corría incluso el rumor de que se había hecho confeccionar un uniforme de cuello dorado, pero que sólo se lo ponía a veces en su casa. Aunque esto no debía de ser cierto, porque en el fondo de sí mismo, Meseritscher siempre había conservado ciertos recuerdos del comercio de vinos de Meseritsch, y un buen tabernero no suele ser bebedor. Un buen tabernero conoce los secretos de sus clientes, pero no hace uso de todo lo que sabe; jamás se mezcla con opiniones propias



en las discusiones; pero cuenta y anota con satisfacción todo lo que sean hechos, anécdotas o chistes. Y así Meseritscher, que en todas las fiestas aparecía como el reconocido cronista de las grandes damas y de los hombres elegantes, no hizo ni siquiera el intento de tomar jamás un buen sastre para él; conocía todos los secretos que ocurrían entre los bastidores de la política, pero no escribía ni una línea de política; conocía todos los inventos y descubrimientos de su época y no comprendía ninguno. Le bastaba con saber que todo aquello existía y era algo presente. Amaba sinceramente su época y ésta se lo pagaba también con cierto amor, puesto que él no dejaba de informar diariamente que ella estaba presente y existía.

Cuando entró y Diotima se dio cuenta de su presencia, ella le hizo inmediatamente una seña para que se acercase.

-Querido Meseritscher -dijo con la mayor amabilidad de que fue capaz-, espero que

no haya tomado usted el discurso de Su Excelencia en la Cámara Alta como la expresión de nuestras opiniones, ni que lo tome al pie de la letra...

El hecho era que Su Excelencia, en relación con la caída ministerial, y excitado por sus preocupaciones, no sólo había pronunciado un discurso muy comentado en la Cámara Alta, un discurso en el que reprochaba a su víctima haber olvidado el verdadero espíritu constructivo de Solidaridad y de severidad, sino que además se había dejado llevar por su celo a formular unas consideraciones generales que, de un modo poco claro, culminaron en una valoración de la importancia de la prensa; a esta "institución convertida en gran potencia" le reprochaba más o menos todo lo que un caballero cristiano de ideas nobles, independientes e imparciales puede reprochar a un organismo que, en su opinión, no tiene ninguna de dichas cualidades. Esto era lo que la diplomática

Diotima intentaba reparar; mientras hallaba palabras cada vez más bonitas y más -oscuras para definir el verdadero estado de ánimo del conde Leinsdorf, Meseritscher la escuchaba pensativo. Pero de pronto le puso a Diotima la mano en el brazo y la interrumpió con magnanimidad:

-Mi querida señora, no hace falta que lo tome tan a pecho -dijo a modo de resumen-. Su Excelencia es un buen amigo nuestro. ¿Que ha exagerado mucho...? ¿Por qué no puede permitírsele como caballero -que es?

Y para demostrar a Diotima lo diáfano de sus relaciones con el conde, añadió:

-¡Precisamente ahora voy a verle!

Así era Meseritscher! Pero antes de ponerse en camino, volvió a dirigirse confidencialmente a Diotima:

-¿Qué ocurre en realidad con Feuermaul, querida amiga?

Diotima encogió sonriente sus hermosos hombros.

-En realidad, nada sensacional, querido consejero gubernamental. No queremos que nos acusen de haber rechazado a alguien que se acerca a nosotros con buena voluntad.

“Eso de “buena voluntad” está bien!”, pensaba Meseritscher mientras caminaba en busca del conde Leinsdorf; pero antes de alcanzarlo, e incluso antes de haber concluido su pensamiento, cuyo final también le hubiese gustado conocer, le salió al paso amablemente el dueño de la casa.

-Querido Meseritscher, las fuentes oficiales me han fallado otra vez! -dijo sonriendo el jefe de sección Tuzzi-; me dirijo a la fuente de información semioficial: ¿puede usted decirme algo sobre este Feuermaul que hoy tenemos entre nosotros?

-¿Qué voy a decirle, señor jefe de sección? -se lamentó Meseritscher.

-Dicen que es un genio!

-Me parece de primera! -contestó Meseritscher.

Si queremos informar con rapidez y seguridad sobre algo nuevo, es preciso que esta novedad no se distinga demasiado de las cosas viejas, ya conocidas. El genio no es una excepción a esta regla; principalmente el genio verdadero y reconocido, acerca del cual los contemporáneos no tardan en ponerse de acuerdo. Otra cosa es el genio que no todo el mundo considera inmediatamente como tal! Éste tiene, por así decirlo, algo de perfectamente antigénico, y no sólo en lo que respecta a su propia conducta consigo mismo, de suerte que uno puede equivocarse con él en todos los aspectos. Para el consejero gubernamental Meseritscher existían, pues, unas existencias en forma de genios, a los que él dedicaba toda clase de atenciones; pero no le gustaba admitir a nuevos genios entre sus existencias. A medida que se volvía viejo y experimentado, se había ido afinando en él la costumbre de considerar el genio artístico en alza (y especialmente el

genio literario, que le era profesionalmente afín) como una frívola tentativa de perturbar su misión informativa, y lo odiaba cordialmente hasta que no estaba maduro para ser incluido en la rúbrica de las noticias sobre personalidades. Feuermaul aún no había llegado tan lejos; era preciso llevarlo de la mano. Y el consejero gubernamental Meseritscher no podía estar de acuerdo con ello sin pensarlo a fondo.

-**¶**Dicen que es un gran poeta! -insistió el jefe de sección Tuzzi con inseguridad, y Meseritscher respondió con firmeza:

-¿Quién lo dice? **¶**Los críticos literarios de los periódicos lo dicen! ¿Qué valor tiene esto, señor jefe de sección? -prosiguió-. Lo dicen los especialistas. ¿Quiénes son los especialistas? Muchos dicen lo contrario. Y tenemos ejemplos de especialistas que hoy dicen una cosa y mañana otra. ¿Se trata de ellos acaso? Lo que es realmente glorioso tiene que llegar a los no especialistas, **¶**sólo

entonces merece confianza! Si quiere que le diga lo que pienso, de un hombre importante, no hay que saber lo que hace, sino simplemente que llega y se va.

Con su tono melancólico, se había ido excitando, y sus ojos estaban pendientes de Tuzzi. Éste callaba y cedía.

-¿Qué ocurre realmente en la actualidad, señor jefe de sección? -preguntó Meseritscher.

Tuzzi se encogió de hombros, sonriente y distraído.

-Nada. Absolutamente nada. Un poquito de ambición. ¿Ha leído algún libro de Feuermaul?

-Sé lo que dice en ellos; habla de paz, de amistad, de bondad y cosas así.

-¿O sea, que no lo considera muy importante? -dijo Tuzzi.

-¡Dios mío! -exclamó Meseritscher, y se volvió-. ¿Soy acaso un *especialista*?

Pero en este momento, la señora Drangsal orientaba su proa hacia ellos, y Tuzzi tuvo que dar algunos pasos, cortésmente, en su dirección; este momento fue aprovechado por Meseritscher, que avizó un hueco en el grupo que rodeaba al conde Leinsdorf; tomando una decisión rápida J sin dejarse detener por nadie, fue a echar el ancla al lado del conde. Éste se hallaba conversando con el ministro y otros caballeros; pero, tan pronto como el consejero gubernamental Meseritscher hubo expresado a todos su gran veneración, se volvió ligeramente hacia él y se lo llevó a un lado.

-Meseritscher -le dijo en tono perentorio-, prométame que no habrá malentendidos; estos señores de la prensa no saben nunca lo que tienen que escribir. Pues bien: en la situación general no se ha producido el menor cambio desde la última vez. Puede que cambie algo. No lo sabemos. Lo principal es que no nos molesten. Le ruego, pues, que



aunque alguno de sus colegas se □ pregunte, toda la velada de hoy es simplemente un asunto doméstico de la señora Tuzzi.

Los párpados de Meseritscher, de un modo lento y grave, conformaron que había comprendido la disposición emanada del Alto Mando. Y como una confianza merece otra, se le humedecieron los labios con un brillo que más bien habría correspondido a los ojos, y preguntó:

-¿Y qué pasa con Feuermaul, Excelencia, si es que está permitido saberlo?

-¿Por qué no va a estar permitido? -respondió asombrado el conde Leinsdorf-. □ No pasa absolutamente nada con Feuermaul! Simplemente, ha sido invitado porque la baronesa Wayden no se dio tregua ni descanso hasta conseguirlo. ¿Hay algo más? ¿Sabe usted alguna cosa?

Hasta entonces, el consejero Meseritscher no había querido otorgar la menor importancia al caso Feuermaul,

considerándolo simplemente una de tantas rivalidades sociales de las que cada día tenía noticia. Pero ahora, el hecho de que el propio conde Leinsdorf le quitase importancia Con tanta energía, ya no le permitía mantener dicho criterio, y quedó plenamente convencido de que se estaba preparando algo importante. “¿Qué pueden estar tramando?”, cavilaba mientras seguía andando, y fue considerando una tras otra las más audaces posibilidades de política interior y exterior. Pero un rato después, pensaba de un modo resuelto: “No será nada!”, y ya no permitió que nada le distrajera de su actividad de informador. Porque, aunque pareciese contradecir el contenido de su vida, Meseritscher no creía en los grandes acontecimientos, y no le gustaban. Cuando uno está convencido de que vive en una época muy bella y muy grande, no soporta la idea de que pueda ocurrir en ella algo todavía más importante, más bello y más grande. Meseritscher no era un

alpinista; de haberlo sido, habría dicho que aquello era tan cierto como que los miradores se instalan siempre en montañas de altura media, y nunca en las grandes cumbres. Como no disponía de tales posibilidades metafóricas, se contentó con un ligero malestar y con el propósito de no citar nunca a Feuermaul por su nombre en sus informes.

## **36 - Se gesta un gran acontecimiento. Nos encontramos con viejos conocidos**

**U**LRICH, que había permanecido de pie al lado de su prima mientras ésta conversaba con Meseritscher, le preguntó al quedarse un momento solos:

-Por desgracia, he llegado tarde: ¿cómo fue el primer encuentro con la Drangsal?

Diotima levantó sus pesados párpados durante un momento de cansancio cósmico y luego volvió a dejarlos caer.

-Algo encantador, naturalmente -dijo-. Ha sido ella quien ha venido a mi encuentro. Hoy quedaremos de acuerdo sobre una cosa u otra. **¶**Son cosas tan poco importantes!

-**¶**Ya lo veo! -dijo Ulrich.

Sonaba como en conversaciones anteriores; parecía como si desearan poner punto final.

Diotima volvió la cabeza a un lado y miró inquisitiva a su primo.

-Ya se lo dije. Casi ha pasado todo y es como si no hubiera ocurrido -afirmó Ulrich.

Tenía necesidad de hablar; por la tarde, cuando había llegado a su casa, había encontrado en ella a Agathe, que volvió a salir poco después; no habían intercambiado más que unas pocas palabras antes de venirse; Agathe mandó a buscar a la mujer del jardinero para que la ayudara a vestirse.

-Ya se lo advertí! -dijo Ulrich.

-Advertir... ¿de qué? -preguntó Diotima con lentitud.

-Ah, pues no sé! De todo!

Era verdad. Ni él mismo sabía ya de qué. Quería ponerla en guardia contra sus ideas, contra su ambición, contra la Acción Paralela, contra el amor contra el espíritu,

contra el Año Universal, contra los negocios, contra su salón, contra sus pasiones; contra la sensibilidad y contra la indolente tolerancia, contra la desmesura y contra la corrección, contra el divorcio y también contra el matrimonio; no había nada contra lo que feo quisiera advertirla: “¡Y es que ella es así!”, pensaba. Le parecía ridículo todo lo que ella hacía y era, sin embargo, tan hermosa, que aquello resultaba triste.

-¡Ya la advertí! -repitió Ulrich-. ¿Es cierto que ahora sólo se interesa usted por los problemas de la sexualidad?

Diotima pasó por alto aquellas palabras.

-¿Considera usted que este favorito de la Drangsal tiene alguna aptitud? -preguntó Diotima.

-Seguro que sí -contestó Ulrich-. Es apto, joven, está a medio hacer. Su propio éxito y esta mujer lo pudrirán. Entre nosotros, se echan a perder incluso los niños de pecho, porque les decimos que son unos

maravillosos seres instintivos, que sólo saldrían perdiendo con un desarrollo intelectual. Este joven tiene a veces magníficas ocurrencias, pero no puede pasarse diez minutos sin decir alguna imbecilidad. -Se acercó al oído de Diotima-. ¿Conoce usted mejor a la mujer?

Diotima movió la cabeza de un modo casi imperceptible.

-Tiene una peligrosa ambición -dijo Ulrich-. Pero a usted le interesará mucho en sus nuevos estudios: en el lugar donde antes las mujeres hermosas llevaban una hoja de parra, ella ha puesto una hoja de laurel. ¡Odio a las mujeres así!

Diotima no se rió, ni siquiera sonrió; abandonó simplemente el oído a su "primo".

-¿Qué opina de él como hombre? -preguntó Ulrich.

-Triste -susurró Diotima-. Como un corderito engordado antes de tiempo.

-¡Por qué no! La belleza del hombre no es más que una característica sexual secundaria -opinó Ulrich-. Lo que, en principio, excita de él es la esperanza en su éxito. En diez años, Feuermaul se convertirá en una figura internacional; ya procurarán que así sea las relaciones de la Drangsal, y luego ella se casará con él. Si la gloria no le abandona, el matrimonio será feliz.

Diotima reflexionó y corrigió con seriedad:

-La felicidad del matrimonio depende de unas condiciones que uno no aprende a juzgar sin un disciplinado trabajo sobre sí mismo.

Luego dejó abandonado a Ulrich, como un orgulloso navío que se aparta del muelle donde estaba situado. Sus deberes de anfitriona la indujeron a apartarse, e hizo un signo imperceptible con la cabeza, sin mirar a su primo, cuando soltó las amarras. Pero no había actuado con enojo; al contrario, la voz



de Ulrich era para ella como una vieja música de juventud. Incluso se preguntó en silencio a qué resultados conduciría un estudio de la persona de su primo desde el punto de vista de la ciencia erótica. Era curioso que, hasta entonces, su minuciosa investigación de tales cuestiones no se hubiese relacionado nunca con él.

Ulrich levantó los ojos y, a través de un agujero entre el ajetreo de gente, una especie de canal óptico que tal vez hubiese seguido también la vista de Diotima antes de dejar su sitio algo inopinadamente, divisó, en la habitación contigua, a Paul Arnheim conversando con Feuermaul, y la señora Drangsal permanecía de pie al lado, benévola. Era ella quien había puesto en contacto a ambos hombres. Arnheim tenía la mano levantada, con el cigarro; era como un inconsciente gesto de defensa; pero sonreía muy amablemente; Feuermaul hablaba con viveza, sostenía su cigarro entre dos dedos y, entre

frase y frase, chupaba con la avidez de un ternero que tiene el hocico pegado a la ubre materna. Ulrich podía imaginar lo que estaban diciendo, pero no se tomó la molestia de hacerlo. Permanecía de pie, en un feliz abandono, y buscó a su hermana con la vista. La descubrió en medio de un grupo de hombres prácticamente desconocidos para él, y su actitud ausente fue recorrida de arriba abajo por una helada sensación de frío. Entonces, Stumm von Bordwehr le puso suavemente el dedo entre las costillas y en aquel mismo instante se aproximaba por el otro lado el consejero áulico profesor Schwung, el cual, unos pasos antes de llegar a Ulrich, fue detenido por un colega de la capital que se interpuso.

-¡Por fin te he encontrado! -susurró el general aliviado-. El ministro desea saber lo que son imágenes directrices.

-¿Imágenes directrices? ¿Por qué?

-No sé por qué. Bueno, ¿qué son imágenes directrices?

Ulrich definió:

-Verdades eternas que no son verdaderas ni eternas, sino válidas para una época, a fin de que ésta pueda regirse por algo. Se trata de una expresión filosófica y sociológica y se usa muy raras veces.

-¡Ajá, parece exacto! -dijo el general-. Este Arnheim afirma que la doctrina de que el hombre es bueno no es más que una imagen directriz. Feuermaul, por su parte, ha contestado que no sabía lo que era una imagen directriz, pero que el hombre era bueno,  que esto es una verdad eterna! Entonces, Leinsdorf dijo: "Es muy cierto. En realidad, no hay hombres malos, porque nadie puede desear el mal; se trata únicamente de personas desencaminadas. Precisamente, hoy la gente está nerviosa, "porque en tiempos como los actuales van surgiendo tantos escépticos, que no creen en nada

sólido.” Entonces yo he pensado: “Éste tendría que haber estado con nosotros esta tarde.” Por lo demás, él mismo cree que hay que obligar a las personas, cuando no quieren ver las cosas claras. Y luego resulta que el ministro quiere saber qué es eso de las imágenes directrices: ahora voy corriendo a verle y regreso en seguida; ¿seguirás aquí, para que pueda encontrarte? Hay otra cosa de la que tengo que “hablar urgentemente contigo, y después te presentaré al ministro.

Antes de que Ulrich pudiera pedir una explicación, pasó Tuzzi por su lado diciendo:

-Hace tiempo que no le vemos entre nosotros! -Puso la mano en el brazo de Ulrich y prosiguió-: ¿Recuerda que le dije que tendríamos que habérmolas con una invasión de pacifismo?

Simultáneamente miró amablemente al general a los ojos, pero Stumm tenía prisa y se limitó a responder que, como oficial, él tenía otra imagen directriz, pero que

cualquier convicción honorable... el resto de la frase desapareció con él, porque Tuzzi le enojaba siempre, cosa que no favorece nada la elaboración de las ideas.

El jefe de sección hizo unos alegres guiños a espaldas del general y luego volvió a dirigirse al “primo”.

-Naturalmente, el asunto de los yacimientos petrolíferos no es más que un “bluff” -dijo.

Ulrich lo miró con asombro... -¿Es que no sabe usted nada de esta historia del petróleo? -preguntó Tuzzi.

-Claro que sí -respondió Ulrich-. Simplemente, me ha sorprendido que usted lo sepa -y para no parecer descortés, añadió:-  
 ☐Ha sabido guardar muy bien el secreto!

-Hace tiempo que conozco la historia -explicó Tuzzi halagado-. Naturalmente, ha sido Arnheim, a través de Leinsdorf, quien ha hecho que Feuermaul esté hoy aquí. Por otra parte, ¿ha leído usted sus libros?

Ulrich dijo que sí.

-Un pacifista a ultranza! -dijo Tuzzi. Y la Drangsal, como la llama mi mujer, le hace de madre con tal ambición que, por el pacifismo, andaría sobre cadáveres si fuera necesario, aunque lo único que le viene de familia es interesarse por los artistas. -Tuzzi reflexionó unos breves momentos, y luego reveló a Ulrich-: Naturalmente, el pacifismo es lo principal; los yacimientos petrolíferos no son más que una maniobra de distracción; por ello promocionan a este Feuermaul con su pacifismo, porque entonces todos van a pensar: “¡Ajá, aquí tenemos la maniobra de distracción!”, y creerán que por algún lado se esconde el asunto de los pozos de petróleo. Es perfecto, pero demasiado inteligente para que uno no se dé cuenta. Porque, si este Arnheim obtiene los yacimientos de Galizia y un contrato de suministro, con el ejército, nosotros nos veremos obligados, naturalmente, a proteger las fronteras. También

tendremos que poner bases petrolíferas para la marina en el Adriático e inquietar a Italia. Pero, si excitamos así a nuestros vecinos, aumentará naturalmente la necesidad de paz y la propaganda pacifista, y si luego aparece el zar con cualquier idea sobre la paz eterna, encontrará el terreno psicológicamente abonado. Esto es lo que Arnheim quiere!

-¿Y usted tiene algo en contra?

-Como es lógico, nada tengo en contra -dijo Tuzzi-. Pero usted recordará probablemente lo que ya le dije una vez: que no hay nada tan peligroso como la paz a cualquier precio. Debemos guardarnos del diletantismo!

-Pero Arnheim es industrial de armamento -objetó Ulrich sonriente.

-Claro que lo es! -susurró Tuzzi algo excitado-. Por el amor de Dios, no tenga usted unas ideas tan simples sobre estas cosas! Él tendrá su contrato. Y a lo sumo llegarán a armarse también los vecinos. Ya verá usted:

En el momento decisivo se nos descubrirá como pacifista! El pacifismo es un negocio seguro y estable; la guerra es un riesgo.

-Creo que el partido militar no tiene tan malas intenciones -intervino Ulrich-. Simplemente, mediante el negocio con Arnheim, pretende facilitar a la artillería un cambio de armamento, y no otra cosa. En definitiva, hoy todo el mundo se arma para la paz; probablemente piensa dicho partido que es correcto hacerlo alguna vez con ayuda de los amigos de la paz!

-¿Y cómo piensan ponerlo en práctica estos señores? -inquirió Tuzzi, sin entrar en la broma de Ulrich.

-No creo que hayan llegado a planteárselo; primero se limitan a tomar posiciones sentimentalmente.

-Ah, claro! -clamó irritado Tuzzi, como si no hubiera esperado otra respuesta-. Los militares según usted, no deben pensar en otra cosa que en la guerra, y dirigirse, para



todo lo demás, a los organismos (competentes. Pero antes de hacerlo así, los señores prefieren poner a todo el mundo en peligro con su diletantismo. Se lo repito: En la diplomacia, nada hay tan peligroso como hablar de la paz sin ton ni son! Siempre que la necesidad de obtenerla ha alcanzado cierto nivel y no ha sido posible contenerla, ha estallado una guerra! Se lo puedo demostrar documentalmente.

En este instante, el consejero áulico Schwung había conseguido deshacerse de su colega y se sirvió muy cordialmente de Ulrich para ser presentado al dueño de la casa. Ulrich accedió, haciendo la observación de que se podía decir que el famoso sabio condenaba el pacifismo en el campo del derecho penal, como lo hacía el competente jefe de sección en el campo de la política.

-Pero, por el amor de Dios! -se defendió Tuzzi echándose a reír-. Usted me ha entendido mal!

Y el propio Schwung, tras esperar unos momentos, se unió, sintiéndose ya seguro, a aquellas protestas diciendo que no le haría ninguna gracia ver que su concepción de la responsabilidad restringida era definida como algo inhumano y sangriento.

-[A]l contrario! -exclamó, como viejo actor de la cátedra que era, con una voz que se desplegaba para subrayar lo que decía, como lo hubieran hecho los brazos-. [P]recisamente la pacificación del hombre nos obliga a cierta severidad! ¿Debo suponer que el señor jefe de sección ha oído algo sobre mis actuales esfuerzos en este asunto?

Se volvió sin transición a Tuzzi, que, de hecho, nada había oído sobre la polémica en torno a la cuestión de saber si la responsabilidad restringida de un criminal enfermo podía basarse sólo en sus ideas o sólo en su voluntad, pero que asintió cortésmente. Schwung, muy satisfecho de los efectos que producía, empezó acto seguido a encomiar la

impresión que le producía una concepción de la vida tan seria como la que testimoniaba aquella misma velada, y contó que él, prestando oídos a conversaciones que sonaban a su alrededor, había percibido con mucha frecuencia las expresiones “rigor viril” y “salud moral”.

-Nuestra cultura ha sido contaminada demasiadas veces por seres inferiores, por imbéciles morales -añadió para sí mismo, y preguntó-: ¿Cuál es, en realidad, el objetivo de la velada de esta noche? Al pasar junto a diversos grupos, he oído con sorprendente frecuencia unas opiniones rousseauianas sobre la innata bondad del hombre...

Tuzzi, a quien iba dirigida principalmente la pregunta, sonrió silencioso; pero entonces el general volvía precisamente a Ulrich, y Ulrich, que deseaba deshacerse de él, lo presentó a Schwung y lo definió como el hombre ideal, entre todos los presentes, para contestar a aquella pregunta. Stumm von

Bordwehr se defendió vivamente, pero ni Schwung ni Tuzzi lo soltaron; y Ulrich se las prometía ya muy felices, iniciando los primeros pasos de la retirada, cuando un antiguo conocido le detuvo con estas palabras:

-Mi mujer y mi hija también están aquí.

-Era el director de banca Leo Fischel.

-Hans Sepp ha hecho ya el Examen de Estado -contó-. ¿Qué me dice usted? Sólo le falta el doctorado. Estamos todos allí, al otro lado, en un rincón -indicó la estancia más apartada-. Conocemos a tan poca gente aquí. Además, llevamos mucho tiempo sin verlo por casa! ¿Su padre, no es así? Hans Sepp nos ha proporcionado la invitación para esta noche; mi mujer insistía mucho: el chico no es tan incapaz. Gerda y él están comprometidos de un modo semioficial. ¿Pero, no lo sabía usted? Mire, esa chica, Gerda, yo no sé si está enamorada de él o si es algo que sólo se le ha metido en la cabeza. ¿Por qué no viene a hablar un ratito con nosotros...?

-Luego vendré -prometió Ulrich.

-[Sí, venga! -repitió Fischel, y se calló.

Luego musitó-: ¿No es éste el dueño de la casa? ¿No tendría usted la bondad de presentármelo? Aún no hemos tenido ocasión de conocerlo. Ni a él ni a ella.

Cuando Ulrich se disponía a complacerle, Fischel le retuvo.

-¿Y el gran filósofo? ¿Qué hace? -preguntó-. Naturalmente, mi mujer y Gerda están perdidamente enamoradas de él. Pero, ¿qué ocurre con los yacimientos de petróleo? Ahora dicen que ha sido un falso rumor: [No lo creo! [Siempre se desmienten las cosas! Las cosas funcionan así, ¿sabe?: cuando mi mujer se pone a malas con una criada, resulta que ésta miente, que es inmoral e insolente, o sea: que está llena de defectos morales. Pero cuando yo le prometo a la criada, en secreto, un aumento de sueldo para tener calma y tranquilidad, entonces el alma desaparece. Ya no se habla del alma y todo va

como una seda, y mi mujer no sabe por qué. ¿No? ¿No es así? Los pozos de petróleo tienen demasiadas posibilidades comerciales como para creer en un mentís.

Y como Ulrich seguía silencioso, y Fischel quería volver a su mujer con los ornamentos del que lo sabe todo, continuó diciendo:

-¡Hay que admitir que esto es bonito! Pero mi mujer quisiera saber a qué viene que se hable de un modo tan extraño. Y este Feuermaul, ¿qué es, en realidad? -y añadió inmediatamente-: Gerda dice que es un gran poeta; Hans Sepp dice que no es más que un escalador por el que la gente se ha dejado embaucar.

Ulrich dijo que la verdad estaba más o menos en medio.

-¡Muy bien dicho! -reconoció Fischel-. Naturalmente, la verdad está siempre en medio, y esto es algo que olvidan todos, porque no hay más que extremistas! A Hans

Sepp se lo digo siempre: todo el mundo puede tener sus opiniones, pero sólo permanecen a la larga las que nos dan beneficios; esto demuestra que los demás las han admitido.

Algo importante había cambiado imperceptiblemente en Leo Fischel, pero Ulrich omitió por desgracia dedicarle su atención, y se apresuró a pasar el padre de Gerda al grupo del jefe de sección Tuzzi.

En dicho grupo, Stumm von Bordwehr se había vuelto elocuente, porque no podía hacerse con Ulrich y tenía dentro una necesidad tan viva de expresarse, que ésta explotó por el camino más corto:

-¿Cómo explicar la velada de hoy? -exclamó, repitiendo la pregunta del consejero áulico Schwung-; yo diría, considerándolo bien, que lo mejor es no explicarla. Esto no es un chiste, señores -aclaró, no sin un modesto orgullo-: esta tarde, conversando con una joven señora a la que he tenido que

enseñar la clínica psiquiátrica de nuestra universidad, le he preguntado causalmente lo que ella quería en realidad, a fin de explicárselo todo, y me ha dado una respuesta ingeniosa, que induce excepcionalmente a la reflexión. Me ha dicho: “Si hay que explicarlo todo, el hombre jamás cambiará nada.”

Schwung desaprobó tal afirmación con un gesto de cabeza.

-Yo no sé lo que ella quería decir -se defendió Stumm- y no voy a identificarme con sus palabras, pero así, de inmediato, se intuye algo de cierto en ellas! Veán ustedes, yo, por ejemplo, debo a mi amigo, que ha aconsejado más de una vez a Su Excelencia y también a la Acción -dijo señalando a Ulrich con cortesía-, muchas enseñanzas; pero lo que aquí se está gestando hoy implica una cierta versión hacia las enseñanzas. Con ello vuelvo nuevamente a lo que he afirmado al principio.



-Pero usted quiere -dijo Tuzzi-, quiero decir que se dice que los señores del Ministerio de la Guerra desean provocar hoy una resolución patriótica; reunir dinero público, o algo así, para suministrar armamento nuevo a la artillería. Naturalmente, esto tendrá tan sólo un valor demostrativo, para efectuar cierta presión sobre el parlamento a través de la voluntad pública.

-Ciertamente, así me gustaría entender algunas de las cosas que he oído hoy -añadió el consejero áulico Schwung.

-Esto es mucho más complicado, señor jefe de sección! -dijo el general.

-¿Y el doctor Arnheim? -preguntó Tuzzi sin ambages-. Tengo que decirlo francamente: ¿están ustedes seguros de que tampoco Arnheim quiere otra cosa que los campos petrolíferos de Galizia, los cuales son inseparables, por así decirlo, de la cuestión de los cañones?

-Yo sólo puedo hablar de mí y de lo que a mí me corresponde hacer en este asunto, señor jefe de sección -volvió a ponerse en guardia Stumm-, ☐ las cosas son mucho más complicadas!

-☐Claro que son más complicadas! -admitió sonriendo Tuzzi.

-Naturalmente, necesitamos los cañones -dijo con celo el general-, y es posible que sea ventajoso colaborar para ello con Arnheim en la forma que usted ha indicado. Pero repito que sólo puedo hablar desde mi punto de vista de informador cultural, y yo les pregunto: ☐de qué sirven los cañones sin el espíritu!

-¿Y por qué se ha concedido tanto valor a la incorporación del señor Feuermaul? -preguntó Tuzzi burlón-. ☐Es el derrotismo en carne y hueso!

-☐Perdone que le contradiga -dijo el general con decisión-, pero es el espíritu de nuestro tiempo! El espíritu de la época tiene

hoy dos corrientes. Su Excelencia (que ahora está con el ministro, y yo vengo precisamente de allí), Su Excelencia, por ejemplo, dice que hay que lanzar la consigna de la acción; esto es lo que exige el desarrollo de los tiempos. Y realmente, hoy todo el mundo siente una inclinación mucho menor por las grandes ideas de la humanidad que hace, por ejemplo, unos cien años. Pero, por otro lado, también la idea del amor a la humanidad tiene, naturalmente, su razón de ser, sólo que, en este aspecto, dice Su Excelencia: “Si alguien no desea su propia felicidad, hay que obligarle a ello, en determinadas circunstancias!” O sea que Su Excelencia está en favor de una de las corrientes, pero tampoco se sustrae a la otra...!

-No lo he comprendido del todo -objetó el profesor Schwung.

-Es que tampoco es fácil de entender -concedió Stumm de buen grado-. Puede que tengamos que partir una vez más del hecho

de que yo observo dos corrientes en el espíritu de nuestra época. La primera de ellas dice que el hombre es bueno por naturaleza, sólo con que se le deje en paz, si puedo expresarlo así...

-¿Qué significa eso de bueno? -le interrumpió Schwung-

Quién puede tener hoy unas ideas tan ingenuas? ¿Es que vivimos aún en el mundo de ideas del siglo XVIII?

-Tengo que protestar -se defendió el general, ofendido-. Piense usted simplemente en los pacifistas, en los vegetarianos, en los enemigos de la violencia, en los reformadores naturales de la vida, en los antiintelectuales, en los que se niegan a hacer el servicio militar... (así, tan de pronto, no se me ocurre nadie más) y en todos los que, por así decirlo, ponen esta confianza en la humanidad; todos ellos forman una gran corriente. Pero, por favor... -añadió con la solicitud que resultaba tan amable en él-, si

usted quiere, partamos también de lo contrario. Podemos partir, por ejemplo, del hecho de que el hombre debe ser sometido a servidumbre, porque cuando está solo y actúa por sí mismo, no hace nada a derechas: es posible que en este caso nos pongamos de “acuerdo más fácilmente. La masa necesita una mano dura, necesita jefes que actúen enérgicamente con ella y no se limiten a charlar; en una palabra: necesita tener encima el espíritu de la acción; por así decirlo, la sociedad humana se compone únicamente de una pequeña cantidad de voluntarios, que luego reciben la instrucción necesaria, y de millones de seres sin ambiciones superiores, que sólo sirven obligatoriamente a los demás: ¿no es así, más o menos? Por razón de las experiencias adquiridas, este reconocimiento se ha ido abriendo paso en nuestra Acción; de ahí que la primera corriente (porque todo lo que acabo de describir constituía ya la segunda corriente en el espíritu del

tiempo), la primera corriente está, pues, como intimidada ante el temor a que la gran idea del amor y la fe en los hombres pudiera perderse del todo; y entonces, unas fuerzas determinadas, que han enviado precisamente a Feuermaul a nuestra Acción, han puesto manos a la obra para salvar en el último momento lo que aún pueda salvarse. Así, todo se comprende mejor de lo que parece al principio, ¿no es cierto? -opinó Stumm.

-¿Y qué ocurrirá? -preguntó Tuzzi.

-Creo que nada -respondió Stumm-. Hemos tenido ya muchas corrientes dentro de la Acción.

-Pero entre estas dos existe una contradicción intolerable! -adujo el profesor Schwung, que, en su calidad de jurista, no podía tolerar una falta de claridad semejante.

-Bien mirado, no -le replicó Stumm-. También la otra corriente pretende amar al ser humano; pero piensa que primero hay

que transformarlo por medio de la violencia: se trata, por decirlo así, de una diferencia técnica.

Entonces tomó la palabra el director Fischel:

-He llegado tarde, y por esto no llego a ver todo el alcance de la conversación; **P**ero, si me permiten, diré que el respeto por el hombre me parece que está situado muy por encima de lo contrario! Esta noche, he oído (procedentes de diversas partes, aunque sin duda se trata de casos excepcionales) unas opiniones increíbles sobre personas de otras ideas, y principalmente de otras nacionalidades.

Con su barbilla lisa entre dos grandes patillas y sus lentes de pinza colocados de través, parecía un lord británico aferrado a las grandes ideas sobre la libertad humana y la libertad de comercio; lo que no decía era que las opiniones vituperadas se las había oído a Hans Sepp, su futuro hijo político, el

cual se hallaba como pez en el agua dentro “de la segunda corriente del espíritu de la época”.

-¿Unas opiniones brutales? -le preguntó el general, dispuesto a dar más informaciones.

-Extraordinariamente brutales -confirmó Fischel.

-Puede que se tratase del “adiestramiento físico”; es fácil confundir ambas cosas -dijo Stumm.

-¡No, no! -exclamó Fischel-, ¡Eran unas opiniones irrespetuosas, casi revolucionarias! Es posible que usted no conozca a nuestra levantisca juventud, mi general: me ha sorprendido que esta clase de gente tenga acceso a esta casa.

-¿Opiniones revolucionarias? -preguntó Stumm, al que no le gustaba nada aquello, y sonrió con toda la frialdad que le permitía su cara redonda-. ¡Desgraciadamente, señor director, me veo obligado a decirle que yo no



estoy, por principio, contra lo revolucionario! Siempre, naturalmente, que no se permita hacer la Revolución! A menudo tales opiniones contienen una enorme dosis de idealismo. En cuanto a lo del acceso, debo decir que la Acción, que debe abarcar a toda la patria, no tiene derecho a rechazar unas fuerzas constructivas, sea cual sea la forma en que se expresen!

Leo Fischel se calló. El profesor Schwung no daba demasiada importancia a la opinión de un dignatario que no pertenecía a la administración civil. Tuzzi había estado soñando: “Primera corriente..., segunda corriente.” Le recordaba dos expresiones semejantes: “Primer muro de contención..., segundo muro de contención”, aunque sin que ambas expresiones le vinieran a las mientes, ni tampoco la conversación con Ulrich en que fueron pronunciadas; simplemente nacieron en él unos incomprensibles celos por su mujer, algo relacionado con aquel general

tan poco peligroso mediante unos lazos invisibles, que no acertaba a deshacer de ningún modo. Cuando el silencio le despabiló, quiso demostrar al representante del ejército que no se dejaba inducir a error por unos discursos desbordantes.

-Si yo quisiera resumir todo esto, mi general -empezó diciendo-, podría decir que el partido militar desea...

-Pero, mi querido jefe de sección, si no existe ningún partido militar! -le interrumpió inmediatamente Stumm-. Siempre oye uno hablar del partido militar, cuando el ejército, por su misma esencia, está por encima de todo partido!

-Pues entonces la jurisdicción militar -replicó Tuzzi, algo destemplado por la interrupción-. Usted ha dicho que el ejército no se sirve únicamente de cañones, sino que necesita también el espíritu adecuado: ¿con qué espíritu preferiría usted cargar sus piezas de artillería?'

-Va usted demasiado lejos, señor jefe de sección -aseguró Stumm-. Hemos partido de la necesidad de que yo explicara a este señor la velada de hoy, y he dicho que, en realidad, no hay nada que explicar: Esto es lo único que mantengo! Porque, si realmente el espíritu de cada época tiene las dos corrientes de que he hablado, no es menos cierto que ninguna de las dos es para “explicarla”. Hoy se defienden los instintos, las hormonas y cosas por el estilo: yo, ciertamente, no estoy de acuerdo, pero hay algo en ello que no podemos desdeñar.

Tras estas palabras, el director Fischel volvió a respirar y encontró inmoral que el ejército, en determinadas circunstancias, quisiera equipararse al antisemitismo para entrar en posesión de sus cañones.

-Pero, señor director! -le tranquilizó Stumm-. Ante todo, no cuenta para nada ese poquito de antisemitismo, cuando la gente son eminentemente “anti”: los alemanes

están contra los checos y los magiares, los checos están contra los magiares y los alemanes, y así resulta que todos están contra todos. En segundo lugar, el cuerpo de oficiales austríaco ha sido siempre internacional; basta con ver todos estos nombres italianos, franceses, escoceses, y ¿qué sé yo?, incluso tenemos un general de infantería, Von Kohn, que es comandante de cuerpo en Olmütz!

-Con todo, temo que ustedes se sobrevaloran -dijo Tuzzi, interrumpiendo la interrupción-. Ustedes son internacionales y belicistas, pero quieren hacer tratos con las corrientes nacionales y pacifistas: es más de lo que podría aspirar a conseguir cualquier diplomático de profesión. Hacer una política militar con el pacifismo es algo que, en Europa, está ocupando hoy a los especialistas más experimentados!

-Pero si no somos nosotros quienes hacemos política! -volvió a defenderse

Stumm, en un cansino tono de queja por tanta incomprensión-. Su Excelencia desea dar una última oportunidad a Capital y Cultura para llegar a una unidad espiritual: éste es el origen de la velada de hoy. Naturalmente, si el espíritu civil no pudiera en modo alguno llegar a este acuerdo, nos veríamos en la situación...

-¡Maya! ¿En qué situación? ¡Merece la pena saberlo! -exclamó Tuzzi, atizando prematuramente la palabra esperada.

-Como es lógico, en una situación difícil -opinó Stumm con precaución y modestia.

Mientras los cuatro caballeros estaban conversando en estos términos, Ulrich, había conseguido mucho antes deshacerse de ellos e iba en busca de Gerda, describiendo un gran arco para evitar el grupo de Su Excelencia y del ministro de la Guerra, con el fin de que no le llamasen a ellos con un signo.

La vio ya desde lejos, sentada junto a la pared, al lado de su madre, que miraba con

gesto rígido al salón, y Hans Sepp estaba de pie, inquieto y altanero, al otro lado de ella. Desde el último y desafortunado encuentro con Ulrich, Gerda había adelgazado y, cuanto más se acercaba a ella, más desprovista y desnuda de encantos, pero, precisamente por ello, con un no sé qué de fatalmente atractivo, aparecía aquella cabeza sobre los hombros frágiles, destacándose en la habitación. Cuando pudo divisar a Ulrich, un vivo rubor inundó sus mejillas, seguido de una palidez aún más fuerte; efectuó un involuntario movimiento con el torso, como una persona a quien le duele el corazón y una circunstancia cualquiera le impide llevarse la mano a él. A Ulrich le pasó rápidamente por la cabeza la escena en que él, entregándose brutalmente a la ventaja de que excitaba el cuerpo de ella, había abusado de su voluntad: ahí estaba ahora aquel cuerpo, visible para él bajo los vestidos, sentado en una silla; la voluntad ofendida le daba la orden de comportarse

con orgullo, y el cuerpo temblaba por ello. Gerda no estaba enojada con Ulrich, y él lo notaba, pero ella quería “acabar” con él a cualquier precio. Aminoró el paso imperceptiblemente, para gozar el mayor tiempo posible de todo aquello, y aquel voluptuoso retraso parecía adecuado a la relación entre aquellos dos seres, que jamás pudieron estar juntos del todo.

Cuando Ulrich estaba ya cerca de ella y no veía más que el estremecimiento en el rostro que le esperaba, algo ingrávido cayó sobre él, algo que era como una sombra o como una ráfaga de calor, y entonces percibió a Bonadea, que pasó junto a él en silencio, prácticamente sin ninguna intención concreta y que probablemente le había seguido, y él la saludó. El mundo es hermoso cuando uno lo acepta como es: por un segundo la ingenua contradicción de la opulencia y la pobreza, tal como se expresaba en ambas mujeres, se le apareció tan grande como el

contraste entre hierba y piedra en el límite de las rocas, y tuvo la sensación de alegrarse de la Acción Paralela, no sin una sonrisa de culpabilidad. Cuando Gerda vio descender aquella sonrisa y posarse sobre su mano tendida, le temblaron los párpados.

En este momento, Diótima vio que Arnheim conducía al joven Feuermaul al grupo de Su Excelencia y del ministro de la Guerra, y entonces, con su experiencia táctica, cortó todas las comunicaciones haciendo penetrar en la estancia a todo el servicio doméstico con refrescos.



## 37 - Una comparación

**C**ONVERSACIONES como las descritas, las había a docenas, y todas tenían algo en común, que no se puede describir así, sin más ni más, pero que tampoco se puede callar cuando no se pretende, como el consejero Meseritscher, dar simplemente una descripción brillante de una sociedad mediante una enumeración: estaban éste y el de más allá, llevaban puestas tales y tales cosas, y dijeron esto y aquello; a esto se reduce, por otra parte, lo que muchos consideran el verdadero arte de la narración. Por consiguiente, Friedel Feuermaul no era un miserable adulator ni lo fue jamás, sino que tenía simplemente las ocurrencias oportunas en el momento preciso, cuando decía de Meseritscher delante de Meseritscher: “Es el Homero de nuestro tiempo! No, no, lo digo

completamente en serio”, añadía al ver que Meseritscher insinuaba un gesto de enojo; “esta conjunción “y”, indestructiblemente épica, con la que usted va alineando personas y acontecimientos, tiene a mis ojos algo realmente grande”. Se había apoderado del jefe de la correspondencia social y parlamentaria porque éste no había querido dejar la casa sin ofrecer sus respetos a Arnheim; con todo, Meseritscher no puso su nombre entre los de los invitados que citó.

Sin meternos en una sutil diferenciación entre idiotas y cretinos, debemos recordar que a un idiota de cierto grado no le resulta posible la noción de “padres”, y en cambio sigue siéndole familiar la idea de “padre y madre”. Este humilde “y”, que servía para la simple yuxtaposición, era también la conjunción que utilizaba Meseritscher para relacionar los fenómenos de la sociedad. Además, hay que recordar que los idiotas, en la concreción simple de su pensamiento,

poseen algo que, de acuerdo con la experiencia de todos los observadores, se dirige misteriosamente al fondo del alma; y que los poetas también hablan preferentemente al alma, y lo hacen además de un modo idéntico en la medida en que deben destacarse por una disposición interna que sea lo más palpable y contundente posible. Así pues, si Friedel Feuermaul trataba a Meseritscher de poeta, también habría podido (con las mismas sensaciones que flotaban confusamente en él, y que en su caso se traducían en una iluminación súbita) tratarle de idiota, y hacerlo de un modo también significativo para la humanidad. Porque el elemento común de que aquí se trata es un estado de espíritu no organizado por ninguna noción general, que no decantan ni divisiones ni abstracciones; un estado de espíritu caracterizado por la más inferior de las conexiones, que precisamente se expresa del modo más palpable en la limitación al

simplicísimo nexo, el desvalido “y” que yuxtapone, que sustituye para el débil mental unas relaciones más complejas; y hay que afirmar que también el mundo, al margen de todo el espíritu que contiene, se halla en un estado afín a este estado de imbecilidad, e incluso se trata de algo difícilmente evitable, si queremos comprender los acontecimientos que se desarrollan en él, a partir del conjunto.

¶ No es que los autores o los cómplices de este punto de vista tengan que ser a la fuerza los únicos inteligentes! En este caso, no se trata de individuos, como tampoco de los asuntos que tengan éstos entre manos, ni de los asuntos que, con más o menos astucia, eran tratados por los que aquella noche habían acudido a casa de Diotima. Porque si, por ejemplo, el general Von Stumm tuvo durante la pausa una conversación con Su Excelencia en cuyo transcurso se contradijo de un modo amablemente obstinado y

respetuosamente generoso con estas palabras: “Discúlpeme, Excelencia, que discuta con tanto ardor esta opinión, pero en el orgullo de la gente por su raza no sólo hay presunción, sino algo de una simpática nobleza”, el general sabía muy bien lo que pretendía decir con sus palabras; lo que no sabía es lo que decía: porque en tales términos civiles hay algo de más; como cuando pretendemos sacar una única cerilla de una caja con las manos enfundadas en unos guantes muy gruesos. Y Leo Fischel, que no se había separado de Von Stumm al observar que el general se impacientaba por hablar con Su Excelencia, añadió:

- [A las personas no hay que distinguirlas por la raza, sino por sus méritos!

Y lo que contestó Su Excelencia tuvo su lógica; Su Excelencia pasó por alto al director Fischel, que le acababan de presentar, y contestó a Von Stumm:

-¿Para, qué necesitan los burgueses una raza? Han considerado siempre una presunción abusiva el hecho de que un chambelán deba tener una nobleza de dieciséis generaciones, y ellos, ¿qué hacen? Quieren imitarlo y no hacen más que exagerar. Más de dieciséis generaciones es puro esnobismo!

Su Excelencia estaba excitado y era lógico que se expresara en tales términos. Lo que es cuestionable no es que el hombre posea razón, sino el uso que hace de ella en sociedad.

Su Excelencia estaba enojado por la penetración de elementos “plebeyos” en la Acción Paralela, una penetración provocada por él mismo. Diversas consideraciones políticas y sociales le habían obligado a ello. Él mismo no aceptaba más que el “pueblo político”. Sus amigos políticos le habían aconsejado: “No te hará ningún daño prestar oídos a lo que dicen de la raza, de la pureza y de la sangre; Quién tomará en serio

lo que dice un individuo!” “Pero ellos hablan de los seres humanos como si éstos fueran bestias!”, había objetado el conde Leinsdorf, que tenía un concepto católico de la dignidad del hombre, un concepto que le impedía darse cuenta de que los ideales de la cría de gallinas o de caballos podían aplicarse también a los hijos de Dios, a pesar de ser él mismo un gran terrateniente. Entonces, sus amigos le habían dicho: “No debes ver las cosas en seguida con tanta profundidad! Y puede que incluso sea mejor que hablen de humanitarismo y de estos conceptos revolucionarios extranjeros, como ha ocurrido siempre hasta ahora.” Y aquello había convencido finalmente a Su Excelencia. Sin embargo, Su Excelencia estaba también enfadado porque aquel Feuermaul, cuya invitación él mismo había impuesto a Diotima, no hacía más que introducir una nueva confusión en la Acción Paralela y le decepcionaba. La baronesa Wayden le había

contado de él maravillas, y el conde había cedido finalmente a sus presiones. “En esto tiene usted toda la razón”, había concedido Leinsdorf; “tal como ahora van las cosas, podemos ganarnos fácilmente el reproche de que somos germanófilos. Y también tiene usted razón al decir que probablemente no nos perjudicará invitar a un poeta que dice que debemos amar a todos los hombres. Pero usted comprenderá que yo no puedo hacerle esto a Tuzzi”. Sin embargo, la Wayden no había cedido y debió de encontrar nuevos motivos esclarecedores, porque al acabar la entrevista, Leinsdorf le prometió exigir de Diotima la invitación. “No lo haré por mi gusto”, había dicho el conde. “Pero una mano dura necesita también una palabra bonita para hacerse comprensible a la gente: en esto estamos de acuerdo. Y también tiene usted razón al afirmar que, en los últimos tiempos, las cosas van demasiado lentas



porque no se hacen con el entusiasmo necesario.”

Pero ahora no estaba satisfecho. Su Excelencia no creía en absoluto que los demás fuesen tontos, aunque él se considerara más inteligente, y no comprendía por qué aquellas personas inteligentes, reunidas, le producían tan mala impresión. Sí, toda la vida le producía aquella misma impresión, como si, al lado de una situación de inteligencia tanto en lo particular como en los dispositivos oficiales, entre los que también contaba la fe y la ciencia, existiera, en lo general, una situación de incapacidad total. Una y otra vez surgían ideas que aún no se conocían, que incitaban las pasiones y volvían a desaparecer al cabo de un año o de un solo día; las gentes se dejaban llevar tan pronto por los unos como por los otros, y pasaban de una superstición a otra; un día aclamaban a Su Majestad, y al día siguiente pronunciaban abominables discursos incendiarios en el Parlamento: ¶pero

de todo aquello jamás había salido nada! Si todo aquello se hubiese podido reducir un millón de veces y darle, por así decirlo, las proporciones de un solo cerebro, se habría obtenido exactamente la imagen perfecta de la incoherencia, de la falta de memoria, de la inconsciencia y de una estúpida veleidad, una imagen que el conde Leinsdorf se había hecho siempre del loco, aunque hasta entonces había pocas ocasiones de reflexionar sobre ello. Se hallaba a disgusto en medio de los señores que le rodeaban, pensaba que precisamente la Acción Paralela hubiese tenido que sacar a la luz lo verdadero, y no acertaba a formarse una idea de la fe, de la que únicamente intuía que debía ser agradablemente tranquilizadora como la sombra de un elevado muro, y probablemente se tratara del muro de una iglesia.

-Es curioso! -dijo a Ulrich, abandonando unos instantes aquellas reflexiones-. Si lo miramos todo desde cierta distancia, esto

le recuerda a uno algo así como los estorninos, cuando, en otoño, se posan en bandadas sobre los árboles frutales.

Ulrich había vuelto ya de su visita a Gerda; la conversación no dio de sí todo lo que al principio prometía; Gerda no había conseguido más que arrancar con esfuerzo algunas respuestas de algo que tenía metido en el pecho como una cuña; en compensación, había hablado Hans Sepp, en

.papel de guardián de Gerda, y había demostrado inmediatamente que no se dejaba intimidar por aquel ambiente corruptor.

-¿No conoce usted al gran etnólogo Bremshuber? -había preguntado a Ulrich.

-¿Dónde vive? -preguntó Ulrich.

-En Scharding del Laa -dijo Hans.

-¿Qué es? -volvió a preguntar Ulrich.

-¡Esto no importa! -dijo Hans-. ¡Ahora, precisamente, aparecen gentes nuevas! ¡Es farmacéutico!

Ulrich había dicho a Gerda:

-[A]sí que está usted realmente comprometida, como me han dicho!

Y Gerda había respondido:

-Bremshuber preconiza la represión sin contemplaciones de todas las gentes de otras razas; [S]in duda esto es menos cruel que tolerarlas y despreciarlas! -Volvieron a temblarle los labios, al arrancar esta frase, hecha de enormes pedazos mal encajados entre sí.

Ulrich se había limitado a mirarla y a menear la cabeza.

-[N]o, lo entiendo! -dijo, tendiéndole la mano para despedirse, y ahora se hallaba junto a Leinsdorf y se sintió inocente como un astro en el espacio infinito.

-Pero si no se miran las cosas a distancia -prosiguió el conde Leinsdorf tras una pausa, dando curso con lentitud a sus ideas-, entonces a uno le da vueltas la cabeza y se siente como un perro que intenta agarrarse la cola. Veán ustedes -añadió-, he cedido ante

mis amigos y he cedido ante la baronesa Wayden; pero cuando uno escucha todo lo que estamos diciendo, tiene la impresión de que, aisladamente, se trata de cosas inteligentes; pero precisamente en las relaciones culturales ennoblecidas que perseguimos, la impresión que se tiene es de arbitrariedad y de gran incoherencia.

Alrededor del ministro de la Guerra y de Feuermaul, que Arnheim. había traído consigo, se había formado un grupo; era Feuermaul quien llevaba la voz cantante con gran vitalidad, y amaba a todos los hombres, mientras que alrededor de Arnheim, tras haberse retirado de nuevo a un lugar más distante, se formaba un segundo grupo, en el que Ulrich pudo ver después a Hans Sepp y a Gerda. Se oyó a Feuermaul que gritaba: "La vida no se comprende por el aprendizaje, sino por la bondad; hay que tener fe en la vida."

La señora Drangsal se hallaba de pie detrás de él y confirmó sus palabras: “Goethe tampoco llegó a doctor!” A sus ojos, Feuermaul se parecía mucho a Goethe. El ministro de la Guerra se mantenía también muy tieso y no dejaba de sonreír, del mismo modo que estaba acostumbrado a mantener la mano a la altura de la visera durante un desfile.

El conde Leinsdorf preguntó:

-Diga, ¿quién es en realidad este Feuermaul?

-Su padre tiene unas cuantas industrias en Hungría -replicó Ulrich-. Creo que se trata de algo relacionado con el fósforo y que ninguno de sus obreros vive más de cuarenta años: enfermedad profesional, osteomielitis.

-Sí, pero, ¿y el hijo? -La suerte de los trabajadores no conmovió a Leinsdorf.

-Al parecer tiene estudios: derecho, me parece. El padre es un self-made-man, y al parecer le ha molestado mucho que el hijo no tuviera ganas de estudiar.

-¿Por qué no las ha tenido? -preguntó el conde Leinsdorf, que tenía un día muy inquisitivo.

-¡Dios mío! -manifestó Ulrich encogiéndose de hombros-. Probablemente es la eterna historia de “padres e hijos”. Si el padre es pobre, a los hijos les gusta el dinero; si el papá tiene dinero, los hijos aman a los hombres. ¿Acaso Su Excelencia no ha oído hablar del problema del hijo en nuestro tiempo?

-Sí, algo he oído. Pero, ¿por qué Arnheim protege a Feuermaul? ¿Tiene esto algo que ver con los yacimientos de petróleo? -preguntó el conde Leinsdorf.

-¿Su Excelencia está al corriente?-exclamó Ulrich.

-¡Claro! ¡No sé todo! -respondió Leinsdorf, con paciencia-. Pero hay algo que no entiendo. Que las personas tienen que amarse entre sí y que el gobierno necesita para ello una mano dura es algo que hemos

sabido siempre; ¿por qué venirnos de pronto con alternativas?

Ulrich replicó:

-Su Excelencia deseó siempre una manifestación que surgiera de todo el pueblo; pues, ahí la tiene.

-[Ah, esto no es cierto! -le contradijo excitado Leinsdorf; pero, antes de que pudiera proseguir, fueron interrumpidos por Stumm von Bordwehr, que venía del grupo Arnheim y deseaba, con grandes prisas, que Ulrich le dijera algo.

-[Perdone, Excelencia, si les molesto! -suplicó-. Dime, por favor -continuó, dirigiéndose a Ulrich-, ¿se puede afirmar con fundamento de causa que el hombre sigue siempre sus inclinaciones y jamás la razón?

Ulrich le miró ausente.

—Allí tenemos a un marxista -explicó Stumm- que afirma, más menos, que la infraestructura de una persona determina de un modo tal y absoluto su superestructura



ideológica. Y un psicoanalista le contradice; este último afirma que la superestructura ideológica es, de un \*modo total y absoluto, producto de su infraestructura instintiva, 'k - Las cosas no son tan simples -manifestó Ulrich, que deseaba librarse de él.

-Yo lo digo siempre! Pero de nada sirve! -respondió el general inmediatamente, sin perder de vista a Ulrich. Sin embargo, Leinsdorf volvió a tomar entonces la palabra.

-Vea usted -le dijo a Ulrich-, algo así es lo que yo quería poner a discusión. Puesto que, tanto si la infraestructura es económica o sexual (que a mí me da lo mismo), lo que yo quería decir es: ¿por qué la gente que está en la superestructura es tan poco digna de confianza? Ya lo dice el proverbio: el mundo está loco, y a veces uno llegaría a creer que es cierto!

-Es la psicología de las masas, Excelencia! -volvió a intervenir el ilustrado general-. En lo que respecta a las masas, lo

comprendo muy bien. La masa se mueve sólo por instintos, y especialmente, como es natural, por aquellos instintos que son comunes a la mayoría de los individuos: [E]sto es lógico! O mejor dicho: [E]sto es de una falta de lógica natural! Porque a las masas les falta lógica y sólo se sirven de pensamientos lógicos para adornarse con ellos. Sólo por una cosa se deja llevar: [P]or la sugestión, y por nada más! [S]i usted pone en mis manos los periódicos, la radio, la industria cinematográfica y tal vez unos cuantos instrumentos culturales más, me comprometo a conseguir en un par de años (como me dijo una vez el amigo Ulrich) que los hombres se conviertan en antropófagos. Precisamente por ello la humanidad necesita una guía enérgica. [S]u Excelencia, por lo demás, lo sabe mejor que yo! Lo que no puedo creer, aunque lo afirme Arnheim, es que un individuo que se sitúa en ocasiones a un nivel tan alto carezca de lógica.

¿Qué habría podido decir Ulrich para apoyar a su amigo en una controversia tan azarosa? A la cuestión formulada por el general, se adherían un confuso amasijo de teorías, como sí en un anzuelo, en lugar del pez, quedara prendido un manojó de hierbas. ¿Qué contestar a aquello de si el hombre seguía sólo sus inclinaciones, o hacía, o sentía e incluso pensaba únicamente las cosas a las que le llevaban las corrientes inconscientes del deseo o la suave brisa del placer, como hoy se supone? ¿O seguía acaso a la razón y a la voluntad, como hoy se supone también? ¿O seguía unas inclinaciones determinadas de un modo especial, como por ejemplo las sexuales, cosa que hoy no deja de suponerse? ¿O no seguía principalmente las inclinaciones sexuales, sino los efectos psicológicos de unas condiciones económicas, como también se supone hoy? Una estructura tan intrincada como aquélla es algo a considerar desde diversos ángulos y, en la

imagen teórica, conviene escoger como eje uno u otro aspecto: aparecen verdades parciales, de cuya interpenetración va emergiendo poco a poco la verdad: pero, ¿emerge realmente? Siempre que se ha tomado una verdad parcial como la única válida, se han producido represalias. Por otro lado, difícilmente se habría llegado a dicha verdad parcial, si no se la hubiese sobreestimado. Es así como la historia de la verdad y la historia del sentimiento se interfieren en diversos puntos, pero la del sentimiento ha permanecido siempre en la oscuridad. Sí, Ulrich estaba convencido de que ni siquiera se trataba de una historia, sino más bien de una confusa mescolanza. Tiene gracia, por ejemplo, que las ideas religiosas, y consiguientemente muy apasionadas, que la Edad Media se hizo sobre el hombre, estuvieran muy convencidas de su razón y de su voluntad, en tanto que hoy, muchos sabios, cuya pasión consiste, a lo sumo, en fumar mucho, consideren

el sentimiento como la base de todo lo humano. Tales ideas le pasaban a Ulrich por la cabeza, y no tenía, como es lógico, el menor deseo de responder a los discursos de Stumm, el cual -dicho sea de paso- tampoco esperaba respuesta; simplemente, se estaba refrescando un poco, antes de decidirse a reemprender su camino.

-¿Conde Leinsdorf! -dijo Ulrich con suavidad-. ¿Recuerda usted que una vez le di el consejo de fundar una secretaría general para todas las cuestiones que requiriesen tanto espíritu como precisión?

-Ciertamente, me acuerdo -respondió Leinsdorf-. Se lo conté ya a Su Eminencia y se echó a reír. ¿Ha dicho que usted llegaba demasiado tarde!

-¿Y sin embargo es esto, precisamente, lo que usted echaba en falta hace un momento, Excelencia! -prosiguió Ulrich-. Ya ve usted que, en la actualidad, el mundo no recuerda lo que deseaba ayer, y que se halla en

unas disposiciones de ánimo que cambian sin razón suficiente; que siempre está excitado; que jamás llega a un resultado, y que si uno intentara imaginar metido en una sola cabeza todo lo que está ocurriendo en las cabezas de la humanidad, se encontraría realmente con una serie inconfundible de conocidos fenómenos de degeneración, que hoy se cargan en la cuenta de la inferioridad mental.

Esto es de una brillante exactitud! -exclamó Stumm- que se aferraba de nuevo al orgullo de los conocimientos adquiridos aquella misma tarde. Es la imagen cabal de... vaya, he vuelto a olvidar el nombre de esta enfermedad mental, pero es exactamente su imagen!

-No -dijo sonriendo Ulrich-, no se trata seguramente de la imagen de ninguna enfermedad mental concreta; porque lo que distingue a la persona sana de un enfermo mental es precisamente el hecho de que sano

tiene todas las enfermedades mentales, y el enfermo no tiene más que una.

-Muy ingenioso! -exclamaron Stumm y Leinsdorf casi a coro, que no con las mismas palabras, y luego añadieron también al unísono: -Pero, ¿qué significa?

-Significa -afirmó Ulrich- lo siguiente: si entiendo por moral la Reglamentación de todas las relaciones que incluyen sentimiento, fantasías o cosas así, entonces el individuo se regirá por los otros, y de este modo adquirirá en apariencia alguna solidez, pero, en el terreno moral, todos los individuos juntos no consiguen superar el estado de la demencia!

-Vaya, esto va demasiado lejos! -dijo el conde Leinsdorf en tono bondadoso, y también el general añadió:

-Pero escucha, toda persona debe tener su propia moral no se puede prescribir a nadie que defina sus preferencias hacia los perros o hacia los gatos!

-¿Se le puede prescribir o no, Excelencia? -preguntó Ulrich, insistente.

-Sí, antiguamente -dijo el conde Leinsdorf con diplomacia, aunque dominado por su firme creencia de que existe la “verdad” en todos -los terrenos-. Antiguamente era mejor. Pero ahora...!

-Entonces sigue teniendo vigencia la guerra de religión -opinó Ulrich.

-¿Lo llama usted guerra de religión? -preguntó Leinsdorf, lleno de curiosidad.

-¿Pues qué, si no?

-Vaya, vaya, no está mal! Una nueva definición de la vida actual. Por otra parte, yo he sabido siempre que en usted se esconde un católico no del todo malo!

-Sí soy malo! -respondió Ulrich-. No creo que Dios haya existido, sino que aún tiene que venir. Pero sólo vendrá si se le hace el camino más corto que hasta ahora.

Su Excelencia rechazó la afirmación de Ulrich con unas palabras llenas de dignidad:



- Esto es demasiado elevado para mí!

## **38 Se prepara un gran acontecimiento. Pero nadie lo ha notado**

**E**N cambio, el general exclamó:

-Por desgracia tengo que reunirme sin demora con Su Excelencia; pero debes explicarme aún todo esto sin falta; no te dejaré escapar. Volveré, si estos señores lo permiten!

Daba la impresión de que Leinsdorf quería decir algo; las ideas trabajaban violentamente en su interior; pero Ulrich y él apenas se quedaron solos un instante; inmediatamente se vieron rodeados de personas, traídas por la circulación general y retenidas por la atracción de Su Excelencia. Naturalmente, no se hablaba ya de lo que Ulrich había dicho antes, y nadie, fuera de él, seguía

pensando en ello; entonces, por detrás, un brazo fue al encuentro del suyo, y Agathe se puso a su lado.

-¿Has encontrado ya un motivo para defenderme? -preguntó con acariciadora malicia.

Ulrich no soltó su brazo y se separó con ella de los hombres con quienes había estado conversando.

-¿Podemos ir a casa? -preguntó Agathe.

-No -dijo Ulrich-, yo no puedo irme aún.

-Sin duda son los tiempos que vienen los que te obligan a permanecer puro y a no salir de aquí -dijo Agathe bromeando.

Ulrich le oprimió el brazo.

-[C]reo que habla mucho en mí favor el hecho de que no debiera estar aquí, sino en la cárcel! -susurró Agathe al oído de su hermano.

Buscaron un lugar en que pudiesen estar solos. La asamblea estaba ya en ebullición y sus miembros se iban mezclando lentamente

unos con otros. De todos modos, seguía siendo visible la separación entre dos grupos: uno alrededor del ministro de la Guerra, en el que se hablaba de paz y amor, y otro alrededor de Arnheim, en el que se estaba diciendo que donde mejor prosperaba la clemencia alemana era bajo la energía alemana.

Arnheim escuchaba con benevolencia, porque jamás rechazaba una opinión sincera y tenía una especial preferencia por las opiniones nuevas. Su preocupación era que el negocio con los yacimientos petrolíferos encontrara dificultades en el Parlamento. Contaba con que sería totalmente inevitable la oposición de los políticos eslavos, y esperaba hacerse una idea de la disposición de ánimo en que se hallaban los alemanes. En los círculos gubernamentales, el asunto marchaba bien, exceptuando cierta inquina en el Ministerio del Exterior, al que no concedía

demasiada importancia. Al día siguiente tenía que salir para Budapest.

En torno a él y a las restantes personas de importancia, había bastantes “observadores” hostiles. La forma más rápida de identificarlos era comprobando que se trataba de las personas más amables, de los que decían a todo que “sí”, mientras que los demás tenían casi siempre opiniones diversas.

Tuzzi intentó convencer a uno de ellos con estas palabras:

-Lo que se dice no significa nada.  
Nunca significa nada!

El otro se lo creyó; era un parlamentario. Pero no cambió la opinión con que había venido: la de que en aquel lugar no se preparaba nada bueno.

Por el contrario, Su Excelencia, en la conversación que tuvo con otro interlocutor, defendió la importancia de la velada con las palabras siguientes:

-Mi querido amigo, desde el año 1848, incluso las revoluciones se hacen hablando mucho!

Sería erróneo no ver en estas diferencias más que la lícita distracción frente a la monotonía que la vida tenía normalmente; y sin embargo, este error tan grave se comete con la misma frecuencia con que se hace uso de la frase: “Es una cuestión de sentimiento!”, sin la cual es inimaginable la estructuración de nuestro espíritu. Esta frase inevitable separa lo que debe ser de lo que puede ser en la vida. “Separa -decía Ulrich a Agathe-, el orden establecido de un margen de acción concedido a la persona. Separa lo que se racionaliza de lo que se considera irracional. Usada en sentido habitual, implica la confesión de que la humanidad obedece, en lo esencial, a una presión, y en lo accesorio, a una arbitrariedad sospechosa. Se cree que la vida sería una cárcel si no fuera cosa nuestra decidir si preferimos el agua o

el vino, ser ateos o devotos, pero en modo alguno se pretende decir con ello que todo lo que es asunto de sentimiento queda realmente a merced de la voluntad; lo que realmente existe, sin que los límites sean muy claros, son asuntos sentimentales lícitos e ilícitos.”

El que existía entre Ulrich y Agathe era de los ilícitos, aunque ambos, que iban del brazo buscando en vano un escondrijo, se limitaban a hablar de la reunión y, de un modo tácito y entusiasta, sentían el gozo de volver a estar juntos, tras haberse separado. Por contra, la posibilidad de elegir entre amar a todos los hombres o exterminar antes a una parte de ellos, parecía ser una cuestión de sentimiento doblemente lícita, porque, de no serlo, no se habría discutido con tanto celo en casa de Diotima y en presencia del conde Leinsdorf, aunque dicha cuestión dividiera a la sociedad en dos partidos hostiles. Ulrich afirmó que la invención de los asuntos

de sentimiento había hecho a la causa del sentimiento el más flaco de los servicios que jamás recibiera dicha causa. Cuando se dispuso a explicar a su hermana la impresión de extraña aventura que despertaba en él aquella velada, se encontró hablando de un modo que proseguía, contra su voluntad, la conversación interrumpida por la mañana, y que probablemente estaba destinado a justificarla.

-En realidad -dijo Ulrich- no sé por dónde empezar para no aburrirte. ¿Quieres que te diga lo que entiendo por moral?

-Desde luego -respondió Agathe.

-Moral es la reglamentación del comportamiento dentro de una sociedad, y especialmente de sus primeros impulsos internos que son los sentimientos y las ideas.

-¿Cómo has progresado en unas horas! -replicó Agathe sonriendo-. Esta mañana decías aún que no sabías lo que era la moral!



- ¡Claro que no lo sé! Sin embargo, puedo darte perfectamente una docena de explicaciones. La más antigua es que Dios nos reveló el orden de la vida en todos sus detalles...

- ¡Ésta sería la más bonita! -dijo Agathe.

- ¡No obstante, la más verosímil -insistió Ulrich- es que la moral, como cualquier orden, se crea por la presión y por la violencia! Un grupo de personas que llega al poder impone simplemente a las demás las normas y principios mediante los cuales asegura su dominación. Al mismo tiempo, este grupo depende de aquellos que le han hecho grande. Y a la vez, les sirve de ejemplo. Y también, al mismo tiempo, viene modificado por movimientos de reacción: se trata, naturalmente, de algo muy intrincado para poderlo explicar en unas palabras; además, el hecho de que el proceso no se produzca sin la intervención del espíritu, ni tampoco gracias al espíritu, sino a través de la práctica, da como resultado final un entresijo

inabarcable, que al parecer se extiende sobre todas las cosas de un modo tan independiente como el cielo de la divinidad. Así, todo se remite a este círculo, pero este círculo no se relaciona con nada. En otras palabras: Todo es moral, pero la moral no es moral en sí misma...!

-Algo encantador por su parte! -dijo Agathe-. ¿Sabes que hoy me he topado con una buena persona?

Ulrich se quedó algo sorprendido por esta interrupción, y cuando Agathe se disponía a contarle su encuentro con Lindner, él intentó al principio integrarla a sus propias reflexiones:

-También aquí encontrarás buenas personas a docenas -le dijo-, pero también te enterarás de la razón por la cual están metidas las personas malas entre ellas, si me permites continuar hablando un poco más...

Con estas palabras, para evitar el jaleo, habían llegado a la antecámara, y Ulrich tuvo

que pensar adonde podían dirigirse; le pasó por la cabeza la habitación de Diotima, y también la estancia de Rachel, pero no quería volver a poner los pies en ninguna de las dos, y así se quedaron, él y Agathe, provisionalmente de pie entre piezas de ropa vacías de los cuerpos de sus propietarios, colgadas en el vestíbulo. Ulrich no acertaba a continuar:

-De hecho, tendría que volver a empezar desde el principio -declaró con un gesto de impaciencia y desconcierto. De pronto, dijo:

-¿Tú no quieres saber si has obrado bien o mal; lo que te inquieta es hacer ambas cosas sin un motivo sólido!

Agathe asintió.

Ulrich le tomó las dos manos.

La piel mate de su hermana, con el perfume de plantas que él no conocía y que emanaba, bajo sus ojos, del vestido ligeramente descotado, perdieron para él, durante unos instantes, toda significación terrena. La

pulsación de la sangre pasó de una mano a la otra. Un foso profundo de procedencia supraterrrenal parecía mantenerlos cercados, a ella y a él, en una tierra de nadie.

A Ulrich le faltaron de pronto las ideas para definirlo; ni siquiera disponía de las que le habían servido antes con tanta frecuencia. “No vamos a actuar a partir de la sugestión de cada momento, sino a partir de un estado que permanece hasta el fin.” “De suerte que nos conduzca al centro del que ya no se regresa para retractarse.” “No desde el borde ni de sus estados cambiantes, sino de la única felicidad inmutable”: frases como éstas le venían a los labios e incluso le habría parecido posible hacer uso de ellas, si se hubiese tratado de una simple conversación; pero en la aplicación inmediata que debían experimentar en aquel momento entre él y su hermana, aquello resultaba de pronto imposible. Esto le irritó de un modo desconcertante. Pero Agathe le comprendió con toda

claridad. Y habría tenido que hacerla feliz el hecho de que, por primera vez, se rompiera la cáscara que rodeaba a Ulrich y de que su “duro hermano” pusiera su interior al descubierto como un huevo caído en el suelo. Pero esta vez, con gran sorpresa por su parte, no se hallaba del todo dispuesta a conjuntar su sentimiento con el de él: entre la mañana y la noche se situaba el maravilloso encuentro con Lindner, y aunque aquel hombre no había hecho más que despertar su sorpresa y su curiosidad, aquel granito de arena bastaba para impedir el infinito espejismo del amor eremítico. Ulrich lo sintió en las manos de ella, aun antes de que hubiera una respuesta, y Agathe... nada respondió.

Ulrich adivinó que aquel retraimiento inesperado tenía algo que ver con el encuentro cuya narración él debió de escuchar antes. Avergonzado y confuso por el rechazo de su sentimiento sin respuesta, dijo con un movimiento de cabeza:

-¿Es molesto ver todo lo que esperas de la bondad de un hombre semejante!

-Probablemente lo sea! -admitió Agathe.

Él la miró. Comprendió que aquella experiencia representaba para su hermana mucho más que las solicitudes que le habían hecho bajo la protección de él. Incluso conocía un poco a aquel hombre; Lindner representaba algo en la vida pública: era el hombre que, en su momento y en la primera sesión de la Acción Patriótica, pronunció el breve discurso que fue acogido con un penoso silencio; un discurso adecuado al “momento histórico”, o algo así, inhábil, sincero e insignificante...: involuntariamente, Ulrich miró a su alrededor, pero no recordó haber visto a aquel hombre entre los presentes, y sabía también que no lo habían vuelto a invitar. Debía de haberse encontrado con él en otras ocasiones, probablemente en sociedades eruditas, y

probablemente había leído algo de él, porque, al intentar ordenar sus recuerdos, a partir de partículas ultramicroscópicas de los mismos, se configuró el juicio como una gota tenaz y repulsiva:

-¡Un pobre asno! Si uno pretende encontrarse a cierto nivel vital, tomará tan poco en serio a un hombre así como al profesor Hagauer.

Así se lo dijo a Agathe.

Agathe se calló e incluso le apretó la mano con más fuerza.

Ulrich tuvo una sensación: había en aquello algo de absurdo y anormal, pero tampoco había forma de detenerlo.

En aquel momento, entró gente en el vestíbulo, y los dos hermanos se soltaron.

-¿Vuelvo a acompañarte dentro? -preguntó Ulrich.

Agathe dijo que no y miró buscando una salida.

A Ulrich se le ocurrió de pronto que, para librarse de los demás, lo único que podían hacer era meterse en la cocina.

Allí estaban ordenando vasos y poniendo pasteles en planchas. La cocinera se afanaba con gran celo; Rachel y Solimán esperaban su cargamento, pero no cuchicheaban como solían hacerlo en tales ocasiones, sino que se mantenían inmóviles cada uno en su sitio. La pequeña Rachel hizo un signo, cuando entraron los dos hermanos; Solimán se limitó a mantener fijos sus ojos oscuros, y Ulrich dijo:

-Hace mucho calor en la sala, ¿podemos tomar un refresco con vosotros?

Se sentó con Agathe en el banco de la ventana, y dejó platos y vasos visibles, de forma que se pudiese creer en una broma de dos personas de confianza de la familia, en caso de que los descubriesen. Una vez sentados, dijo con un pequeño suspiro:



-¿O sea que el hecho de juzgar bueno o insoportable a ese profesor Lindner es una simple cuestión de sentimiento!

-Es decir -prosiguió Ulrich- que el sentimiento no es verdadero o falso. El sentimiento sigue siendo un asunto particular! Sigue confiándose a la sugestión, a la imaginación, al convencimiento! Ni tú ni yo somos distintos a los que están ahí dentro! ¿Sabes lo que quieren?

-No, pero, ¿no es indiferente?

-Puede que no sea indiferente. Porque forman dos partidos, cada uno de los cuales tiene tanta razón o está tan equivocado con el otro.

Agathe dijo que a ella siempre le parecería un poco mejor creer en la bondad humana que simplemente en los cañones y en la política: aunque la forma en que la cosa se presentara fuera ridícula.

-¿Cómo es ese hombre que has conocido? -preguntó Ulrich.

-¡Ah, es imposible decirlo: es bueno! - contestó su hermana, y se echó a reír.

-¿Tú no puedes apostar por lo que te parece bueno, del mismo modo que no puedes apostar por lo que le parece bueno a Leinsdorf! -dijo Ulrich molesto.

Ambos hermanos se hallaban crispados por la risa: era la suave corriente de la alegre expresión mundana contradicha por otras corrientes contrarias, más profundas. Rachel lo adivinó hasta las raíces de sus cabellos bajo la cofia; pero se sentía a sí misma tan lamentable, que aquello ocurrió de un modo mucho más amortiguado que en el pasado, como un recuerdo de tiempos mejores. La bella curva de sus mejillas presentaba un hundimiento imperceptible, el negro brillo de sus ojos estaba enturbiado por el desaliento. Si Ulrich hubiese tenido el humor de comparar su belleza con la de su hermana, necesariamente le habría llamado la atención que el antiguo esplendor moreno de Rachel

se había deshecho como un pedazo de carbón sobre el que hubiese pasado un pesado vehículo. Pero él no se daba cuenta de ella. Estaba embarazada y nadie lo sabía, fuera de Solimán, el cual, sin comprender la realidad de la desgracia, respondía a ella con planes románticos y pueriles.

-Desde hace siglos -prosiguió Ulrich- el mundo conoce la verdad del pensamiento; de ahí que, lógicamente, también conozca hasta cierto punto la libertad de pensamiento. Al mismo tiempo, el sentimiento no había conocido ni la escuela severa de la verdad ni la de la libertad de movimientos. Porque toda moral, durante su reinado, sólo ha reglamentado el sentimiento en la medida (y con mayor rigidez aún dentro de su círculo) en que ciertos principios y sentimientos fundamentales eran necesarios para actuar como se le antojara; todo lo restante lo ha abandonado al buen parecer de cada uno, al juego personal de los sentimientos, a los

inseguros esfuerzos del arte y a la deliberación académica. Por consiguiente, la moral ha adaptado los sentimientos a las necesidades de la moral, olvidando así desarrollarlos, aunque ella misma depende de ellos. Ella es sin duda el orden y la unidad del sentimiento.

Aquí se detuvo. Sentía el rostro extasiado de Rachel en su propio rostro lleno de ardor, a pesar de que ella no pudiera ya dedicar el mismo entusiasmo que antes a los asuntos de las personas importantes.

-No deja de ser curioso que esté hablando de moral incluso en la cocina -dijo Ulrich, confuso.

Agathe le miró, tensa y reflexiva. Él se inclinó para acercarse a su hermana y añadió en voz baja, con una sonrisa brusca e irónica:

-Pero se trata únicamente de otra expresión para un estado de apasionamiento que se arma contra todo el mundo.

Sin que tuviera intención de ello, se había repetido el antagonismo de la mañana, apareciendo él en el papel poco agradable del pedagogo. Pero no podía hacer otra cosa. Para él, la moral no era ni dominio ni sabiduría ideológica, sino el infinito conjunto de posibilidades de vida. Creía en la gradual capacidad de aumento de la moral, en unos niveles de su experiencia vital, y no sólo, como suele ocurrir, en unos grados determinados de su conocimiento, como si de algo concluso y perfecto se tratara, ¶para lo cual el hombre no es demasiado puro. Creía en la moral sin creer en una moral determinada. Generalmente se entiende por moral una especie de exigencias policiales gracias a las cuales la vida se mantiene en regla; y el hecho de que la vida ni siquiera las obedezca les da el aspecto de no poderse cumplir totalmente y -de esta forma tan lamentable- parecen un ideal. Pero no hay que poner la moral a este nivel. La moral es imaginación. Esto

era lo que Ulrich quería hacer ver a Agathe. Y lo segundo era esto: la imaginación no es arbitrariedad. Si se confía la imaginación a la arbitrariedad, se paga caro. En la boca de Ulrich temblaban las palabras. Estuvo a punto de aludir a una diferencia no considerada como merece: la de que las distintas épocas han desarrollado la razón a su manera, pero también han fijado y aprisionado a su manera la imaginación moral. Estuvo a punto de hablar de ello, porque la consecuencia era: una trayectoria de la razón y de sus productos que, a pesar de todas las dudas, avanza más o menos en línea recta por todos los cambios históricos, y frente a ella un montón de escombros con los sentimientos, las ideas, las posibilidades de vida, formando capas superpuestas, tal como surgieron, como accesorios, y tal como volvieron a quedar abandonadas. Porque existe además otra consecuencia: se dan en definitiva una serie interminable de posibilidades de tener tal o

cual opinión, tan pronto como se alcanza el dominio de la vida de los principios fundamentales, pero no existe ni una sola posibilidad de armonizarlas. Porque hay otra consecuencia: que estas opiniones se dan de bofetadas entre sí, porque no tienen la menor posibilidad de ponerse de acuerdo. Porque todo ello, en conjunto, es consecuencia de que la afectividad en los seres humanos se mueve de un lado a otro como el agua en un botijo que no se sostiene de pie. Y Ulrich tuvo una idea que ya le venía persiguiendo toda la noche; se trataba, por lo demás, de una idea antigua que aquella noche acabó simplemente de confirmarse, y había querido mostrar a Agathe dónde residía el error y cómo se podía eliminar, si todos querían hacerlo; en realidad, la única Y dolorosa intención que tenía era demostrar que es mejor no confiar ni siquiera en los descubrimientos de la propia imaginación.

Y Agathe, con un pequeño suspiro, como una mujer asediada que se defiende en última instancia antes de entregarse, dijo:

-¿Acaso no hay que hacerlo todo “por principio”? -y miró a su hermano, devolviéndole la sonrisa.

Pero él respondió:

-Sí; pero sólo por un principio!

Y aquello era algo totalmente distinto a lo que había deseado decir. Era algo que venía nuevamente del mundo de los mellizos siameses y del Imperio milenario, donde la vida crece en una calma mágica como una flor, y si aquello no era algo cogido al vuelo, indicaba la existencia de unos límites del pensamiento, unos límites que son engañosos y solitarios. Los ojos de Agathe eran como ágatas rotas en pedazos. Si, en aquel segundo, Ulrich hubiese dicho algo más o hubiese posado su mano en ella, habría ocurrido algo, algo de lo que un instante más tarde ella ya nada podía decir, porque de



nuevo había desaparecido. Ulrich no quería decir nada más. Tomó una fruta y empezó a mondarla con un cuchillo. Se sentía feliz porque la distancia que poco antes le había separado aún de su hermana se había fundido en una proximidad sin medida; pero también se sintió contento cuando, en ese preciso instante, les interrumpieron.

Era el general, el cual, con la astuta mirada de un comandante de patrulla que sorprende al enemigo en el vivac, espía la cocina.

-¡Perdón, si molesto! -exclamó al entrar-. Pero en un tête-à-tête con el hermano, mi querida señora, no puede haber un gran delito!

Luego, dirigiéndose a Ulrich, dijo:

-¡Te están buscando como si fueses un imperdible que se hubiese perdido!

Y luego, Ulrich le dijo al general lo que había querido decir a Agathe. Pero antes preguntó:

-¿Quiénes son los que me están buscando?

-¿Tendría que llevarte a presencia del ministro! -dijo Stumm, acusador.

Ulrich hizo un signo de negación.

-Bueno, de todos modos es demasiado tarde -dijo el bondadoso general-. El anciano caballero acaba de salir. Pero yo, por mi propia cuenta y cuando la distinguida dama haya encontrado una compañía mejor que la tuya, tengo que interrogarte sobre lo que tú entiendes por “guerra de religión”, si es que aún te acuerdas de lo que has dicho antes.

-Precisamente estábamos hablando de este tema -dijo Ulrich.

-¿Que interesante! -exclamó el general-. ¿También la señora se ocupa de moral?

-Mi hermano no hace otra cosa que hablar de moral -le corrigió Agathe sonriendo.

-¿Ha sido el tema del día! -se quejó Stumm-. Por ejemplo, Leinsdorf ha dicho hace unos minutos que la moral era tan

importante como la comida. «A mí no me lo parece!»

Al hablar así, se inclinó con placer sobre los dulces que Agathe le tendía. Había querido hacer un chiste. Agathe le consoló:

-«A mí tampoco me lo parece!» -dijo.

-«Un oficial y una mujer deben tener moral, pero no les gusta hablar de ello!» -siguió improvisando el general-. «¿No tengo razón, querida?»

Rachel le había acercado una silla de cocina, que limpió solícita con su delantal. Las palabras de Stumm le llegaron al corazón; casi se le subieron las lágrimas a los ojos.

Pero Stumm volvió a animar a Ulrich:

-Bueno, ¿qué hay de las guerras de religión? -y antes de que Ulrich pudiera decir algo, volvió a interrumpirle con estas palabras-: Tengo la sensación de que también tu prima anda buscándote por la sala, y si he conseguido anticiparme a ella ha sido gracias a mi formación militar. No puedo perder el

tiempo. [A] decir verdad, no es nada bonito lo que está ocurriendo ahí dentro! Casi nos ponen en ridículo. Y ella, ¿cómo decirlo?, ella deja sueltas las riendas. ¿Sabes lo que se ha decidido?

-¿Quién ha decidido?

-Muchos se han marchado ya. Otros se han quedado y están muy atentos a los acontecimientos -dijo el general, dando un rodeo-. O sea, que no se puede decir quién decide.

-Entonces, quizás sea mejor que empieces por decir lo que han decidido -opinó Ulrich.

Stumm von Bordwehr se encogió de hombros.

-Bueno, sí. Pero, en un sentido reglamentario, no se trata, afortunadamente, de una decisión -manifestó-. Porque, a Dios gracias, todas las personas responsables se habían retirado a tiempo. Podemos decir, pues, que se trata de una decisión particular,

de una propuesta o de un voto minoritario. Yo sostendré la opinión de que nada sabemos oficialmente. Y tú tienes que decírselo a tu secretario, a causa del proceso verbal, para que nada se filtre en él. Perdona, querida -dijo dirigiéndose a Agathe-, que hable de un modo tan profesional.

-Pero, ¿qué es lo que ha pasado? -preguntó también ella.

Stumm hizo un amplio gesto.

-Ese Feuermaul, no sé si lo recuerda usted, ese Feuermaul a quien hemos invitado tan sólo porque (¿cómo lo diría yo?), porque es un exponente del espíritu de nuestro tiempo, y porque es evidente que teníamos que invitar a los exponentes más opuestos entre sí. Al margen de este hecho, y aprovechando incluso ciertas excitaciones intelectuales, cabía esperar que pudiéramos tratar unos temas que hoy son, por desgracia, de capital importancia. Su hermano lo sabe muy bien, querida señora; había que

poner en contacto al ministro con Leinsdorf y Arnheim, para ver si Leinsdorf no tenía nada contra ciertas... concepciones patrióticas. Y si lo miramos en términos absolutos - volvió a dirigirse familiarmente a Ulrich-, no estoy descontento del todo; las cosas se han arreglado bastante bien. Pero mientras esto estaba ocurriendo, ese Feuermaul y los otros -aquí Stumm se vio obligado a añadir algo para que Agathe lo comprendiera-, me estoy refiriendo a ese exponente de una idea según la cual el hombre es en cierto modo una criatura pacífica y llena de amor, con la que uno puede entenderse perfectamente, y los otros, o sea los exponentes que afirman aproximadamente lo contrario: que se necesita una mano dura y todo lo que sea preciso para mantener el orden...; pues bien, Feuermaul y los otros se enzarzaron en una disputa y, antes de que nadie pudiese impedirlo, llegaron a una resolución común!

-¿Común? -preguntó Ulrich.

-Sí. Lo he contado, simplemente, como si se tratara de un chiste -aseguró Stumm, que se sintió halagado a posteriori por la involuntaria comicidad de su descripción-. Nadie podía esperarlo. ☒ si te digo cuál es la resolución, no podrás creerlo! Y como se supone que yo he visitado esta tarde a Moosbrugger de un modo casi oficial no habrá forma de convencer al ministerio de que yo no estoy detrás de todo esto.

Aquí, Ulrich se echó a reír a carcajadas, unas carcajadas que siguieron interrumpiendo de vez en cuando las posteriores manifestaciones de Stumm, cosa que Agathe comprendía del todo únicamente cuando el amigo de su hermano le hacía observar a éste, algo ofendido, que parecía nervioso. Lo que había ocurrido correspondía demasiado al modelo que Ulrich le acababa de exponer a su hermana, para que no pudiera alegrarse de ello. El grupo de Feuermaul había entrado en liza en el último momento, para salvar lo

que aún-pudiera salvarse. En tales casos, el objetivo suele ser más confuso que la intención. El joven poeta Friedel Feuermaul -para los amigos Pepi, porque le entusiasmaba la Viena antigua y hacía esfuerzos por parecerse a Schubert, aunque hubiese venido al mundo en una pequeña ciudad de Hungría- creía en la misión histórica de Austria, y creía también en la humanidad. Era evidente que una empresa como la Acción Paralela, si no contaba con él, había de inquietarle. ¿Cómo podía prosperar sin él una empresa humanitaria de signo austríaco, o una empresa austríaca de signo humanitario! Por otra parte, sólo se lo había manifestado, encogiéndose de hombros, a su amiga Drangsal; pero ésta (viuda honoraria de su patria y propietaria de un salón de belleza intelectual, que sólo en el último año había sido superado por el de Diotima) lo había dicho a todas las personas influyentes con las que había entrado en contacto. Así fue cundiendo



el rumor de que la Acción Paralela corría peligro, si no... este “si no” y aquel “peligro” eran algo muy vago, como es lógico; porque primero era preciso obligar a Diotima a invitar a Feuermaul, y luego ya se vería lo que pasaba. Pero el anuncio de un peligro que se suponía emanado de la Acción Patriótica fue advertido por los políticos atentos que no reconocían la patria, sino únicamente un pueblo, como una mujer en forzoso maridaje con el Estado, que la maltrata; hacía ya tiempo que estos políticos veían con desconfianza en la Acción Paralela una simple fuente de una nueva opresión. Y si lo disimulaban por cortesía, daban menor valor a la intención de parar el golpe (porque siempre han existido entre los alemanes humanistas desesperados, pero jamás dejaron de ser, en conjunto, unos opresores y unos parásitos políticos) que a la útil referencia a que los propios alemanes admitían la peligrosidad de su nacionalismo. Así, la señora profesora

Drangsal y el poeta Feuermaul se sentían movidos por un interés en sus esfuerzos, que consideraban benéficos, sin que llegaran a dar unos motivos de ello, y Feuermaul, que era un sentimental reconocido, fue poseído por la idea de que era preciso dar al propio ministro de la Guerra unos consejos sobre el amor y la paz. Seguía siendo algo oscuro el motivo de escoger precisamente para ello al ministro de la Guerra y el papel que a éste se atribuía; pero la idea misma era tan brillante y tan dramática, que realmente no necesitaba otro apoyo. Lo mismo opinó Stumm von Bordwehr, el general infiel, al que su sed de cultura conducía a veces al salón de la Drangsal, sin que Diotima lo supiera; consiguió además que la concepción originaria, según la cual el industrial de armamento Arnheim era una parte del peligro, cediera el paso a la concepción de que el pensador Arnheim era una parte importante de todo lo bueno.

Así, hasta entonces todo había ocurrido como podía esperarse de los interesados, y también el hecho de que la entrevista del ministro con Feuermaul, al producirse aquel mismo día y a pesar de la colaboración de la señora Drangsal, no diera otro resultado que algunas maravillosas expansiones del espíritu del poeta y la paciente audición de las mismas. Por parte de Su Excelencia, era algo perfectamente acorde con el curso de las cosas humanas. Pero a Feuermaul todavía le quedaban reservas; su cohorte se componía de literatos jóvenes y viejos, de consejeros de la corte, de bibliotecarios y de unos cuantos amigos de la paz (en resumen, de gente de todas las edades y posiciones, unidas por un sentimiento hacia la patria y su misión humanitaria, un sentimiento que lo mismo se habría manifestado por la resurrección de los suprimidos omnibuses de caballos, con su histórico tiro de tres caballerías, o por la porcelana vienesa); además, en el curso de la

velada, estos leales se habían aliado por relaciones múltiples con los adversarios, que tampoco llevaban el cuchillo entre los dientes; de ahí que se hubiesen producido muchas conversaciones en las que las opiniones se mezclaron de un modo confuso. Esta tentación le asaltaba a Feuermaul tras haberse despedido del ministro de la Guerra y al desviarse por unos momentos la atención de la señora Drangsal, atraída por circunstancias desconocidas. Stumm von Bordwehr sólo era capaz de decir que había entrado en una discusión muy viva con un joven, cuya descripción no permitía excluir que se tratase de Hans Sepp. Era, en cualquier caso, uno de aquellos que necesitan una víctima a la que dar la culpa de todos los males que no son capaces de eliminar. La presunción nacionalista no es más que un caso particular de esta actitud: se escoge por pura convicción a una de estas víctimas propiciatorias, que no tenga ningún vínculo racial ni

el menor parecido con uno mismo. Como se sabe, constituye un gran alivio, cuando uno se enfada, descargar las iras contra alguien, aunque ese alguien no pueda hacer nada; lo que ya se sabe menos es que puede ocurrir lo mismo con el amor. Y ocurre, en efecto: a menudo el amor debe descargarse sobre alguien que nada puede hacer, porque no tiene ocasión de hacerlo. Así, Feuermaul era un joven industrioso que, en la lucha por el propio provecho, podía no tener nada de buena persona; pero la víctima propiciatoria de su amor era el “hombre”, y cuando pensaba en el hombre en general, apenas si podía dar satisfacción a su bondad insaciable. Por contra, Hans Sepp era en el fondo un buen tipo, que ni siquiera tenía valor para jugarle una mala pasada al director Fischel y, en compensación, su víctima propiciatoria era el “hombre no germano”, al que cargaba con todo su resentimiento por lo que no podía cambiar. Sabe Dios lo que al principio se

habían dicho ambos; probablemente empezaron por lanzarse los respectivos chivos expiatorios el uno al otro, porque Stumm contaba: “En realidad no sé cómo ocurrió: de pronto se reunieron otras personas junto a ellos, luego, en un abrir y cerrar de ojos, se produjo una verdadera aglomeración, y al final toda la gente que había en las salas les estaba rodeando.”

¿Sabes por qué han discutido? -preguntó Ulrich.

Stumm se encogió de hombros.

-Feuermaul le gritó al otro: “Usted desea odiar, pero no puede!

“Porque el amor es algo congénito en todos los hombres!” Algo así le dijo. Y el otro también le gritó: “¿Y usted pretende amar? Pues aún le es menos posible; usted, usted...” No puedo repetir exactamente lo que dijo porque, a causa de mi uniforme, me mantenía a cierta distancia.

-¡Oh! -manifestó Ulrich-. ¡Has dicho lo esencial -y se volvió hacia su hermana con una mirada que buscaba la de ella.

-Pero si lo más importante fue la resolución final! -recordó Stumm-. Resulta que estaban a punto de devorarse el uno al otro, y que sí tú esto y si tú lo de más allá, al final han llegado a una resolución común, e incluso muy común.

La figura completamente redonda de Stumm producía la impresión de una herméutica seriedad.

-El ministro se marchó inmediatamente-informó.

-Bueno, ¿y qué fue lo que resolvieron? -preguntaron ambos hermanos.

-No lo puedo decir con exactitud -respondió Stumm- porque también yo me esfumé en seguida, y ellos aún no habían terminado. Además, uno tampoco puede prestar atención a tales cosas. ¡Era algo en beneficio de Moosbrugger y contra los militares!

-¿De Moosbrugger? ¿Cómo es posible? -dijo Ulrich riendo.

-¿Cómo? -repitió el general, caustico-.  
 ¶Ya puedes reírte, ya! A mí, esta historia me dará qué hacer! Por lo menos un día de papeleo. Con gente así, ya se sabe: “¿cómo?” Puede que el culpable de todo fuese aquel viejo profesor que hoy ha estado defendiendo continuamente la horca y pronunciándose contra la clemencia. O es posible que haya ocurrido porque en los últimos días los periódicos han vuelto a hablar de este monstruo. Lo cierto es que, de pronto, todo el mundo se ha puesto a hablar de él. ¶Hay que anular todo esto! -dijo con una energía poco habitual en él.

En este instante fueron penetrando en la cocina, uno detrás de otro, Arnheim, Diotima, e incluso Tuzzi y el conde Leinsdorf. Arnheim había oído las voces desde el vestíbulo. Había estado a punto de irse a escondidas, porque la inquietud que se había



creado le dio la esperanza de que esta vez podría evitar una entrevista con Diotima, y al día siguiente ya estaría otra vez de viaje por algún tiempo. Pero la curiosidad le llevó a echar una ojeada a la cocina; Agathe le vio, y la cortesía le impidió retirarse. Stumm le asaltó inmediatamente para informarse sobre el curso de los acontecimientos.

-Puedo transmitírselo incluso palabra por palabra, con el texto original -respondió Arnheim sonriente-. Era tan divertido, que no he podido abstenerme de tomar nota en secreto.

Sacó una pequeña tarjeta de su cartera y, descifrando su escritura taquigráfica, leyó lentamente el contenido de la declaración proyectada:

-”La Acción patriótica, a propuesta de los señores Feuermaul y (no he podido coger los otros nombres), ha decidido: Cada uno debe dejarse matar por sus ideas; pero quien obligue a otras personas a morir por ideas

ajenas es un asesino!” Esto fue lo que se propuso -añadió- y mi impresión es que no se podrá cambiar nada.

El general exclamó:

-Es textual! Yo también lo he oído!

Son repugnantes estos debates intelectuales!

*Arnheim* dijo con suavidad

:

-Es el deseo de firmeza y de dirección que tiene la juventud actual.

-Pero no es sólo cuestión de jóvenes -le replicó Stumm con repugnancia-; también había unas cuantas cabezas calvas rondando por allí.

-Entonces es el deseo de dirección en general -afirmó Arnheim y asintió con amabilidad—. Hoy se trata de algo generalizado. Por lo demás, la resolución ha sido sacada de un libro actual, si mi memoria no me engaña.

-¿Cómo? -dijo Stumm.

-Sí -dijo Arnheim-. Y hay que tratarla, naturalmente, como si no existiera. Pero si supiéramos convertir en algo aprovechable la necesidad intelectual que en ella se expresa, es seguro que sacaríamos algo.

El general se mostró algo inquieto; se dirigió a Ulrich:

-¿Tienes idea de lo que se podría hacer?

-Naturalmente! -respondió Ulrich.

La atención de Arnheim fue desviada por Diotima.

-Por favor! -dijo el general en voz baja-.

Explicáte! Preferiría que la dirección quedara en nuestras manos!

-Entonces tienes que hacerte cargo de lo que ha ocurrido en realidad -dijo Ulrich sin darse prisa-. Esta gente no deja de tener razón cuando el uno acusa al otro de que quisiera amar si pudiera, y el otro le replica que lo mismo puede decirse del odio. Ocurre algo idéntico con todos los sentimientos. Hoy, el odio tiene algo de conciliador, y por

otra parte, para saber lo que es realmente el amor, habría que sentir por una persona... yo afirmo -dijo Ulrich con brevedad- que estos dos seres humanos no han existido aún.

-Sin duda esto es muy interesante -le interrumpió el general con rapidez-, porque no llego a comprender en absoluto cómo puedes afirmarlo. Pero mañana tengo que redactar un informe sobre los acontecimientos de hoy, y te conjuro a que te ocupes de él! En el ejército, lo fundamental es que siempre se pueda comunicar un progreso; es inevitable cierto optimismo, incluso en la derrota, cosas del oficio! ¿Cómo puedo describir lo que hoy ha ocurrido aquí presentándolo como un progreso?

-Escribe -le aconsejó Ulrich guiñando un ojo- que fue la venganza de la imaginación moral!

-En el ejército no se puede escribir una cosa así! -le respondió el general, molesto.

-Entonces no lo escribas -prosiguió seriamente Ulrich- y escribe: todas las épocas creadoras han sido graves. No existe felicidad profunda sin una moral profunda. No hay moral que no se pueda deducir de algo sólido. No hay felicidad que no se base en una convicción. Ni siquiera los animales viven sin moral. Pero hoy, el hombre no sabe ya con qué...

Stumm interrumpió también aquellas palabras que fluían con tanta aparente parsimonia:

-Querido amigo, yo puedo hablar de la moral de una tropa, de una moral de combate o de la moral de una mujer; pero siempre en casos individuales; y en un documento militar oficial se puede hablar tan poco de moral, sin tomar estas precauciones, como de la imaginación o de Dios Padre: ¿sabes muy bien!

Diotima vio a Arnheim de pie junto a la ventana de su cocina, una visión

extrañamente doméstica, después de haberse pasado toda la noche intercambiando únicamente unas palabras con precaución. De pronto, ella sintió el contradictorio deseo de proseguir la interrumpida conversación con Ulrich. En su cabeza reinaba la agradable desesperación que, estallando a la vez en varias direcciones, se atenúa y se diluye casi en una amable y tranquila esperanza. El fracaso del concilio, previsto desde hacía mucho tiempo, le era indiferente. También la infidelidad de Arnheim, así lo creía, le era casi indiferente. Él la miró al entrar, y por unos instantes reapareció el viejo sentimiento: un espacio vivo les unía. Pero luego volvió a recordar que Arnheim la evitaba desde hacía semanas, y la idea de que era un “cobarde erótico” devolvió a sus rodillas la fuerza que la encaminó altivamente hacia él. Arnheim lo vio: la mirada de ella, la duda, la distancia que se esfumaba; sobre los caminos helados, que les unían en número

interminable, vagaba el presentimiento de que aún podrían deshelarse. Arnheim se había separado de los demás, pero él y Diotima, en el último momento, cambiaron de dirección y se encaminaron hacia Ulrich, el general Stumm y los demás, que se hallaban al otro lado

Desde las inspiraciones del hombre que está fuera de lo común hasta el kitsch que une a los pueblos, todo lo que Ulrich llamaba imaginación moral, o simplemente sentimiento, constituye una fermentación única y secular, sin final. El hombre es un ser que no puede salir adelante sin entusiasmo. Y el entusiasmo es el estado en el que todas sus ideas y sentimientos tienen el mismo espíritu. ¿Piensas, casi al contrario, que se trata del estado en que un sentimiento, un único sentimiento, tiene una fuerza enorme que puede arrastrar consigo a todos los demás (que te arrebatara!)? ¿No? ¿No era esto lo que querías decir? Pues es así, de todos

modos. También es así. Pero la fuerza de semejante entusiasmo carece de sostén. Los sentimientos y las ideas sólo adquieren una continuidad apoyándose entre sí, formando un todo; deben orientarse de un modo u otro hacia un mismo objetivo y arrastrarse entre sí. Con todo los medios, con estupefacientes, con fantasías, con la sugestión, la fe, la convicción, y a veces con la simple ayuda de los efectos simplificadores de la estupidez, el hombre trata de crear un estado que se le parezca. Cree en unas ideas, no porque a veces sean ciertas, sino porque tiene que creer. Porque debe mantener en orden sus inclinaciones. Porque tiene que tapar con un engaño el agujero que hay entre sus paredes vitales, un agujero por el que sus sentimientos podrían escapar a los cuatros vientos. Probablemente lo justo sería, en lugar de entregarse a efímeros estados aparentes, buscar al menos las condiciones del verdadero entusiasmo. Sin embargo, aunque, en



conjunto, el número de decisiones que dependen del sentimiento es infinitamente más grande que el de las que pueden ser adoptadas por la simple razón, y todos los acontecimientos que mueven a la humanidad surgen de la imaginación, resulta que sólo los problemas racionales se revelan como algo supra-personal; para todo lo demás, nada ha ocurrido que merezca el nombre de esfuerzo común, ni que insinúe simplemente el conocimiento de su urgente necesidad.

Así habló aproximadamente Ulrich, entre las comprensibles protestas del general.

En los incidentes de la velada (aunque no carecieran de turbulenta e incluso, debido a una interpretación desfavorable, tuvieran unas consecuencias determinadas) sólo veía el ejemplo de un desorden infinito.

En este momento, el señor Feuermaul le parecía tan indiferente como el amor al prójimo, y el nacionalismo tan indiferente

como el señor Feuermaul, y Stumm le preguntó en vano cómo había que destilar de esta posición absolutamente personal la idea de un progreso palpable.

-Puedes comunicar -replicó Ulrich- que se trata de la guerra de religión del Milenario. Y que jamás los hombres habían estado tan maltrechados contra ella como en esta época; porque los escombros de "sentido en vano", que van dejando una época tras otra, han alcanzado la altura de una montaña, sin que nada se oponga a ello. Así pues, el misterio de la Guerra puede prever tranquilamente la próxima catástrofe masiva.

Ulrich profetizaba lo que iba a ocurrir, y no tenía la menor idea de ello. Tampoco le importaba en absoluto el acontecer real, sino que luchaba por su propia salvación. Quería meter de por medio todo aquello que pudiera impedirle. Por esta razón se reía también e intentaba desacertar a los demás con la apariencia de que se burlaba y exageraba,

exageraba por Agathe; estaba prosiguiendo su conversación con ella, y sólo la última conversación. En realidad, estaba erigiendo un baluarte de ideas contra ella, y sabía que, en cierto lugar del mismo, había un pequeño cerrojo: si se tiraba de él, todo quedaría inundado y enterrado por el sentimiento. Y de hecho, no dejaba de pensar ni un momento en ese cerrojo.

Y Diotima estaba cerca de él y sonreía. Adivinaba algo del esfuerzo de Ulrich respecto a su hermana, estaba doloridamente emocionada; olvidó la ciencia del sexo, y algo estaba abierto: podía ser el futuro, y eran, en cualquier caso, sus propios labios. Arnheim preguntó a Ulrich: -¿Y usted cree... que se podría hacer algo en contra? La manera que tuvo de formular esta pregunta daba a entender que, a través de la exageración, reconocía que se trataba de algo serio, pero que también esta seriedad le parecía exagerada. Tuzzi le dijo a Diotima: De todos modos, hay

que impedir que nada de estos sucesos trascienda al público. Ulrich respondió a Arnheim: ¿No es obvio? Hoy nos vemos enfrentados a demasiadas posibilidades de vida y de sentimiento ¿No se asemeja esta dificultad a aquella que la inteligencia domina cuando se halla ante una desmesurada cantidad de hechos y una historia de las teorías? Y para ella hemos encontrado un comportamiento abierto, y sin embargo riguroso, que no necesito describirle. Y ahora le pregunto: ¿no sería posible encontrar también algo parecido para el sentimiento? No cabe duda de que nos gustaría descubrir por qué hemos llegado aquí; ésta es la fuente principal de todas las violencias del mundo. Lo cierto es que otras épocas, con sus medios insuficientes, lo han intentado; pero la gran época de la experiencia, partiendo de su espíritu, no ha conseguido aún en absoluto...

Arnheim, el cual comprendió inmediatamente e interrumpió con gusto, le puso la mano en el hombro como conjurándole:

-¡Esto sería una creciente relación con Dios! -exclamó en tono sofocado y de advertencia.

-¡Esto no sería lo más terrible! -dijo Ulrich, no sin un tono incisivo, de burla hacia aquel miedo prematuro-. Pero yo no iba tan lejos!

Arnheim se moderó inmediatamente y sonrió:

-Uno se alegra de ver cómo, tras una larga ausencia, alguien no ha cambiado; ¡esto es algo muy raro, hoy en día! -dijo.

Por otra parte, una vez se sintió nuevamente en seguridad, gracias a aquella benevolente defensa, se alegró realmente. Ulrich habría podido referirse a la penosa oferta de empleo, y Arnheim le agradecía que, en su irresponsable intransigencia, despreciara todo contacto con la tierra.

-Tenemos que hablar de ello alguna vez -añadió cordialmente-. No veo muy claro cómo concibe usted esta traslación de nuestro comportamiento teórico en la práctica.

Ulrich sabía que realmente las cosas aún no estaban claras. Él no se refería ni a una “vida de investigador” ni a una vida “a la luz de la ciencia”, sino a una “búsqueda del sentimiento”, semejante a una búsqueda de la verdad, sólo que en este caso no importaba para nada la verdad. Seguía con la vista a Arnheim, que se estaba acercando a Agathe. Allí estaba también Diotima, de pie; Tuzzi y el conde Leinsdorf iban y venían. Agathe charlaba con todos y pensaba: “¿Por qué habla él con todo el mundo? ¿Tendría que continuar hablando conmigo! ¿Está quitando valor a lo que me decía!” Algunas de las palabras que oía le gustaban, pero le hacían daño a pesar de todo. Ahora, todo lo que venía de Ulrich le hacía daño, y una vez más,

en ese mismo día, volvió a sentir de pronto la necesidad de huir de él, había perdido la esperanza de ser lo bastante para él, porque se sentía estrecha de miras. La idea de que, un rato después, tendrían que volver a casa los dos, como dos personas que comentasen en broma la velada, le resultaba insoportable!

Pero Ulrich seguía pensando: "Arnheim no lo comprenderá nunca!" completó así sus pensamientos: "Evidentemente, el hombre científico está limitado en su sentimiento, y el práctico aún más. Esto es tan necesario como tener las piernas firmes, cuando se quiere sujetar algo con los "brazos." Él también era así en circunstancias normales. Tan pronto como se ponía a pensar, aunque fuera sobre el sentimiento en la persona, sólo fiaba paso al sentimiento con grandes precauciones. Agathe lo llamaba frialdad; pero él sabía que si uno quiere ser completamente el otro, tiene que renunciar antes a la vida, como en una aventura mortal, porque es

imposible imaginar cómo continuarán las cosas. Él sentía deseos de ello y en este instante ya no tenía ningún miedo. Miró largamente a su hermana: el vivo juego de la conversación sobre el rostro incólume, escondido debajo de las palabras. Quería pedirle que se fuera con él. Pero antes de que pudiera abandonar su sitio, Stumm le habló tras venir nuevamente a su lado.

Al buen general le agradaba Ulrich; le había perdonado ya sus chistes sobre el Ministerio de la Guerra, e incluso no dejaba de gustarle su plática sobre la “guerra de religión”, porque en ella había algo de fiesta militar, como las hojas de roble en el gorro o los gritos de júbilo en el aniversario del emperador. Puso su mano en el brazo de su amigo y se lo llevó aparte, para no ser oídos por nadie.

-Mira, a mí me parece muy bien que digas que todos los acontecimientos surgen de la imaginación -empezó diciendo-;



naturalmente, ésta es mi opinión privada, y no la oficial.

Ofreció a Ulrich un cigarrillo.

-Tengo que irme a casa -dijo Ulrich.

-Tu hermana está conversando de un modo magnífico; no la molestes -dijo Stumm-. Arnheim se está aplicando con todas sus fuerzas a hacerle la corte. Pero lo que yo quería decirte es que ahora todo el mundo ha perdido el entusiasmo por las grandes ideas de la humanidad; deberías volver a impulsar este entusiasmo. Quiero decir que nuestra época está adquiriendo un nuevo espíritu, y tú tendrías que hacerte con él.

-¿Cómo se te ha ocurrido semejante idea? -preguntó Ulrich con desconfianza.

-Es lo que yo pienso. -Stumm esquivó la cuestión y continuó hablando en un tono imperativo-: Tú eres partidario del orden; esto es algo que se ve perfectamente en todo lo que dices. Además, veo que me Preguntan: ¿Es bueno el hombre, o necesita más bien

una mano dura? En esto reside cierta necesidad actual de decisión. En fin, ya te he dicho que para mí sería un gran alivio que quisieras volver a tomar el mando de la Acción. ¶Al fin y al cabo, uno no sabe qué puede pasar con tantos discursos!

Ulrich se echó a reír:

-¿Sabes lo que voy a hacer? ¶No vendré más! -respondió con alegría.

-¿Por qué no? -dijo Stumm con ardor-. ¶Entonces tendrán razón los que dicen que nunca has representado una verdadera fuerza!

-Si revelara a la gente lo que pienso, tendrían razón al hablar más -respondió Ulrich sin dejar de reír, y se apartó de su amigo.

Stumm estaba enojado, pero acabó imponiéndose su índole bondadosa y dijo, despidiéndose:

-Estas historias son endemoniadamente complicadas. ¶He llegado a pensar que lo

mejor sería que un verdadero imbécil se impusiera a todo; estos misterios insolubles (me refiero a una especie de Juana de Arco) nos ayudara!

La mirada de Ulrich buscó a su hermana y no la encontró. Cuando le preguntó por ella a Diotima, Leinsdorf y Tuzzi acababan de regresar de las habitaciones y comunicaron que todo el mundo se estaba marchando.

-Les he dicho sin más -informó Su Excelencia exasperado a la anfitriona- que todo lo que han hablado no correspondía a su verdadera opinión. Y la Drangsal ha tenido entonces una idea realmente salvadora se ha decidido proseguir en otra ocasión la velada de hoy. Pero ese Feuermaul, o como se llame, leerá entonces algún poema extenso, y todo marchará de un modo mucho más tranquilo. Naturalmente, en vista de la urgencia de la cosa, me he permitido acceder en nombre de usted.

Entonces supo Ulrich que Agathe se había despedido de pronto y había abandonado la casa sin él; le dijeron que su hermana, al tomar aquella decisión, no había querido molestarle.

